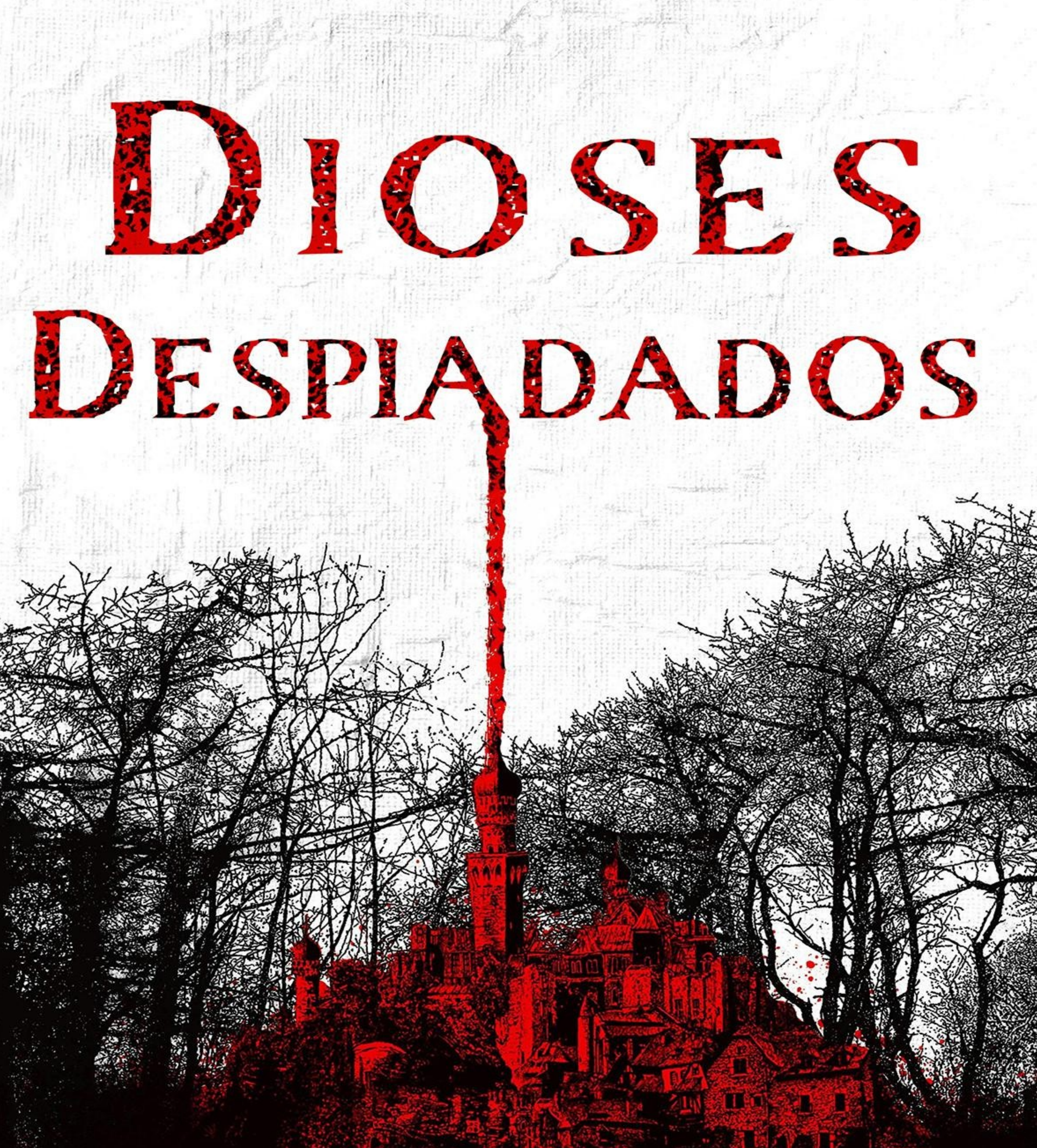
EMILY A. DUNCAN



Nadya ya no confía en su magia. Serefin está luchando contra una voz en su cabeza que no es suya. Malachiasz está en guerra con quién y en qué se ha convertido.

A medida que su grupo se separa continuamente, La chica, el príncipe y el monstruo encuentran sus destinos irrevocablemente entrelazados. Sus caminos están siendo orquestados por alguien… o algo. Las voces que Serefin escucha en la oscuridad, las que Nadya cree que son sus dioses, las que Malachiasz está desesperado por conocer, esas voces quieren una apuesta en el mundo y se niegan a permanecer calladas por más tiempo.

Emily A. Duncan

Dioses despiadados

Algo oscuro y sagrado - 2

ePub r1.0
Marethyu 20.08.2023

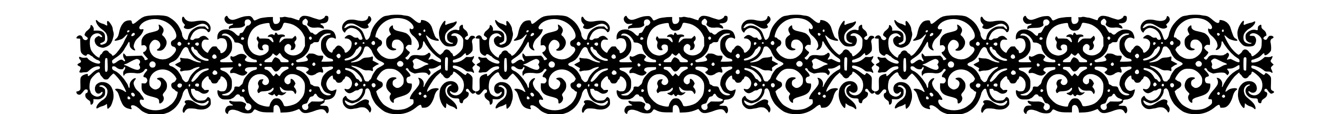
Título original: *Ruthless Gods*
Emily A. Duncan, 2020
Traducción: Cristina Zuil
Ilustración de cubierta: Mark McCoy
Mapa: Rhys Davies

Editor digital: Marethyu
ePub base r2.1


Índice de contenido


IMPERIO AECII
Montañas Valikhor
Fronteras en conflicto
Las Lagunas
Bosque Dozvlatenya
Monasterio
Kazatov
Catedral
Palacio
Khavirsk
Montañas Baikkle
Grazyk
Rudnya
Tvir
TRANAVIA
Voldoga
Komyazalov
Ulznyachya
KALYAZIN
Rosni-Ovorisk
Tanów
Kyętri
Minas de Sal
Tobalsk
Łaszczów
Montañas Tallnidesh
Haa'ti
Farees'n
Ra'visan
Baqtu
Qoraz
AKOLA
LIDNADO
Yazin Ari
Narjeen
Irdistini
Isarin
Arenas Grises
Rhys Davies

Para los raros.
Y para mis hermanos, Noah e Ian.



Prólogo

LA CHICA ATRAPADA EN EL MEDIO

Todo era oscuridad. Inmensa, fría y viva. Podía sentirla respirar, desplazarse, *querer* de ella. No había nada que impidiera que la consumiera.

Sus brazos estaban atados a una losa, no había forma de escapar de ese lugar que no reconocía. No recordaba cuándo había dejado de luchar. Pero el verdadero miedo, el horror abrasador que amenazaba con destrozarla, era que no sabía *quién* era.

—Eso volverá. —Una voz suave se enroscó alrededor de ella, tranquila, la mano contra su pelo suave donde todas las demás habían sido duras y crueles —. Se te permitirá una cosa, verás. Se devolverá cuando el proceso haya terminado. Pero no hasta que su sabor se convierta en un vino amargo que desees y detestes en el mismo instante. Cuando sea algo por lo que matarías pero que te mataría si lo tuvieras, sólo entonces se te devolverá.

Ansiaba alcanzar la voz. Era terriblemente familiar. Eran huesos y oro y sangre, *mucha* sangre. Un chico con un trono y un chico alcanzando a otro y una chica con el pelo como la nieve que no pertenecía.

Pero nada de eso importaba allí.

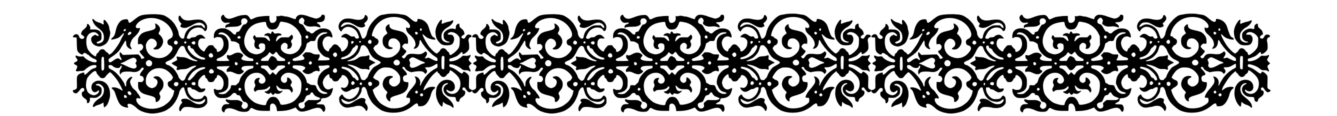
La oscuridad se arrastraba bajo su piel. Se instalaba en su interior, se instalaba en sus huesos y nadaba por sus venas mientras la hacía pedazos y la convertía en *otra* cosa.

Si pudiera gritar, lo haría. Si pudiera luchar, lo haría.

Pero no pudo hacer nada.

Sólo podía sufrir su destino.

Sólo existía la oscuridad, que se prolongaba tanto que se preguntaba si lo había imaginado todo. Nunca hubo una voz. Nunca hubo una mano suave contra su pelo. No había nada, *nada más* que esa oscuridad.



1

SEREFIN MELESKI

Víbora, tumba, truco de la luz, Velyos siempre busca lo que no le pertenece.

Las cartas de Włodzimierz

Serefin Meleski habitaba la franja de la noche que se prestaba a la traición. Era una época en la que se desenvainaban los cuchillos, en la que se creaban planes y se hacían realidad. Era el tiempo de los monstruos.

Conocía íntimamente ese lapso de horas, pero incluso el conocimiento de lo inevitable no era suficiente para hacerlo menos doloroso. No era que pasara las noches en vela porque esperara otra tragedia.

No, lo hizo porque era más fácil beber hasta el olvido que enfrentarse a las pesadillas.

Estaba despierto cuando Kacper entró en su habitación. Para despertarlo, de manera evidente, pero a lo mejor no le sorprendió especialmente encontrar a Serefin recostado en la tumbona de su salón, con un pie apoyado en el suelo y la otra pierna apoyada en el respaldo. Un vaso vacío en el suelo al alcance de la mano y un libro colgado sobre el brazo donde Serefin lo había puesto para marcar su lugar mientras consideraba lo mismo que había considerado cada noche durante los últimos cuatro meses: sueños de polillas, sangre y monstruos.

Horrores en los límites de su conciencia y esa *voz*. La voz delgada y carrasposa que lo acosaba desde un lugar más allá de la muerte. Nunca se iba. Esas extrañas entonaciones zumbaban constantemente en sus venas.

«*Cualquier problema es de tu propia cosecha*» dijo la voz.

Hizo lo posible por ignorarlo.

—¿Quién es? —preguntó a Kacper.

Hacía tiempo que le habían colocado la corona de hierro martillado en la cabeza, la palma de la mano cortada y sangrando en un altar al ser nombrado rey de Tranavia; su caída se acercaba. Nunca le había gustado a la nobleza, ni cuando era el Gran Príncipe, ni mucho menos desde su coronación. Nunca fue cuestión de qué o cuándo, sólo de quién sería el primero lo suficientemente valiente como para atacar.

Había dejado que los tensos susurros continuaran y pospuso la explicación completa de cómo había muerto su padre. Estaba tentando al destino. La política tranaviana era complicada. Muy complicada.

—Hay una reunión colectiva —respondió Kacper, con voz suave.

Serefin asintió, sin molestarse en incorporarse. Se lo había anticipado el *slavhki* que había sido partidario de su padre.

—Kszesi Ruminski está involucrado —continuó Kacper.

Serefin hizo una mueca de dolor y finalmente se puso en pie. Moviendo el dedo, encendió unas velas con la magia que desprendía su sangre y se limpió la mano, con movimientos lentos.

La familia de Żaneta llevaba meses exigiendo respuestas. Serefin no sabía qué decir.

«Oh, lo siento mucho, ella cometió una ligera traición y el Buitre Negro decidió que estaría mejor entre los suyos. Una situación trágicamente incómoda, pero ¡ahí está! No hay nada que hacer».

Era un punto constante y enconado de ansiedad que se había instalado bajo su piel. Sí, Żaneta lo había traicionado y sí, había muerto por ello, pero ¿se merecía el aterrador destino que Malachiasz había elegido para ella?

—Estás inusualmente tranquilo con esto —señaló Kacper.

—¿Qué harán, me pregunto? ¿Colgarme? ¿Meterme en las mazmorras y olvidarme?

Kacper se desinfló un poco, con los hombros caídos.

—Odio cuando eres derrotista —murmuró, pasando por donde estaba Serefin para dirigirse a la habitación de éste.

—¿A dónde vas? —preguntó Serefin. Contempló las botellas de su armario antes de sacar de la estantería una botella de vodka milagrosamente llena—. No soy derrotista —murmuró—. Soy pragmático. Realista. Esto era inevitable.

—Un golpe no es una fatalidad —espetó Kacper desde el interior de la habitación. ¿Estaba haciendo las maletas?—. Nada de esto habría ocurrido si hubieras ahorcado a esa maldita clériga en lugar de obligarla a entrar en el mismo extraño limbo al que has obligado al resto del país. Pero no lo hiciste.

Y aquí estamos con un golpe de estado en nuestras manos porque no tenemos a nadie a quien culpar. ¿Quieres acabar como tu padre?

Serefin se estremeció. Bebió un largo trago. Soñó con polillas, sangre y con el cuerpo de su padre a sus pies. No había asestado el golpe mortal, pero de todos modos era su culpa.

—No —susurró, apartando una pálida polilla de la llama de la vela.

—No. No la tienes.

Pero es probable que eso también sea inevitable, pensó Serefin con tono moroso. Kacper no se tomaría bien que lo dijera en voz alta.

—La mitad de tu ropa se la han comido las polillas. —Kacper sonaba desesperado.

La puerta se abrió de golpe. La mano de Serefin se dirigió a su libro de hechizos, con la adrenalina a flor de piel. Se estremeció y suspiró. Sólo era Ostyia.

—Oh, estás despierto —dijo rotundamente.

—Cierra esa puerta.

Lo hizo.

—¡Le dije lo que estaba pasando y se queda ahí bebiendo! —se quejó Kacper.

Serefin ofreció a Ostyia la botella de vodka.

Kacper asomó la cabeza y gimió mientras ella lo cogía y daba un sorbo.

Le guiñó un ojo a Serefin, un parpadeo exagerado.

—Vuelve aquí, Kacper —dijo Serefin.

Kacper resopló con fuerza y se apoyó en la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevan reunidos?

—Estoy bastante seguro de que es la primera —respondió Kacper.

—No atacarán esta noche.

—Pero…

—No atacarán esta noche —repitió Serefin con firmeza.

Reprimió su creciente pánico y le devolvió la botella a Ostyia. La ansiedad había estado persiguiendo sus pasos durante meses, esperando a que flaqueara. Si se detenía y pensaba demasiado en ello, se lo tragaría vivo. Tenía que fingir que eso no estaba ocurriendo.

Kacper se desplomó contra el marco de la puerta.

—Tu deseo de velar por mi seguridad es, por supuesto, apreciado —dijo Serefin, ignorando la mirada seca que le lanzó Kacper—. Eres un buen espía, pero un poco precipitado.

Kacper se deslizó hasta el suelo.

—Averigüemos primero lo que quieren —dijo. Dejó la botella sobre la mesa, apartando otra polilla.

Ostyia frunció el ceño, se acercó a la tumbona y se sentó en el reposabrazos. Bostezó.

—Sabíamos que Ruminski querría respuestas en algún momento —dijo Serefin.

—Lleva *meses* pidiéndolo, Serefin. Simplemente se ha cansado de esperar —se quejó Kacper.

Serefin levantó los hombros encogiéndose de hombros.

—¿Quizás se pueda razonar con ellos? Seguro que hay algo que quieren y que yo puedo darles.

—Las reuniones clandestinas de tus enemigos no sugieren una lista de demandas que puedan ser atendidas —dijo Ostyia.

—Toda la corte es mi enemiga —murmuró Serefin, arrojándose a una silla tapizada—. Ese es el problema.

Ella asintió pensativa.

Había intentado ganarse a la corte a su favor, pero nada funcionaba. Había demasiados rumores que combatir y que no podía explicar. No podía revelar quién había matado realmente a su padre, y los susurros que circulaban por las entrañas de la corte empezaban a acercarse peligrosamente a la verdad.

Una asesina kalyazi. El Buitre Negro. Traición. Desastre. Un noble desaparecido. Un rey muerto. Títulos de la gente común que Serefin no podía quitarse de encima: Rey de las Polillas, Rey de Sangre. Serefin bendecido por algo que nadie podía explicar. ¿Qué podría ser la sangre que cayó del cielo esa noche sino una bendición?

Serefin no tenía más que preguntas y resistencia por parte de su nobleza. Los kalyazi estaban presionando a las fuerzas de Tranavia, y aunque Tranavia no supiera que el único clérigo de Kalyazin había matado al rey, los kalyazi seguramente lo sabían.

La esperanza renovada de Kalyazin era lo último que necesitaba Serefin.

No podía detener la guerra. No podía responder a las preguntas de su nobleza a menos que quisiera que colgaran a Nadya y descubrió que no quería eso. Ella había hecho lo que él no podía, y aunque seguía siendo de un territorio enemigo y una fuerza para algo en lo que Serefin no confiaba ni creía, no la haría ejecutar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ostyia.

Serefin se pasó una mano por el pelo.

—No lo sé.

* * *

Había una solución obvia para apaciguar a Ruminski, pero Serefin no sabía cómo intentar recuperar a Żaneta. Por lo que pudo discernir, los Buitres se habían fracturado significativamente. No había visto a muchos deslizándose por el palacio, pero no estaba dispuesto a ir a la puerta de la catedral y llamar para ver quién respondía.

Se frotó los ojos, cansado. Quería dormir toda la noche, por una vez. En lugar de eso, buscó a la clériga, refugiada en la biblioteca como siempre, porque, como ella decía, ¿dónde más iba a estar?

—Así que su majestad se ha dignado a agraciar a la pobre *boyaro* encerrado en su torre, consumiéndose —dijo cuando la encontró.

Estaba sentada en el nicho de una ventana alta, con una pierna apoyada en el borde. Llevaba el pelo rubio y blanco suelto sobre los hombros. Serefin no recordaba ningún momento en el que no estuviera cuidadosamente trenzado.

Se puso en tensión y miró a través de los huecos de las pilas para ver si había alguien cerca que pudiera escuchar. Pero era demasiado temprano para que algún *slavhki* estuviera despierto.

—Es como si quisieras que me obligaran a colgarte —murmuró.

Resopló suavemente, con los ojos castaños oscuros despectivos. Había dejado de actuar como la eslava despistada y rezagada y la chica que había aparecido en lugar de Józefina era aguda e ingeniosa y completamente exasperante. El apuesto muchacho akolano con el que estaba constantemente, Rashid, le había dado a Serefin, en voz baja, nuevos papeles para explicar a esa chica —pecas pálidas, piel pálida, cabello pálido, pero ojos y cejas curiosamente oscuros—, muy distinta de la pelirroja Józefina. La documentación era falsa; la explicación, sorprendentemente sólida. Las inundaciones de los lagos habían dificultado su viaje y habían llegado demasiado tarde al Rawalyk, pero aún no podían volver a casa. Serviría. Su nombre de pila era funcionalmente lo suficientemente tranquilo como para pasar, aunque se escribiera de forma diferente.

Ella suspiró, desplazándose hacia la esquina de la alcoba, y le indicó que se subiera. Él se acomodó junto a ella y hojeó la pila de libros que ella había apilado. Textos tranavianos sobre las antiguas religiones que estaban tan decrépitos y frágiles que podrían deshacerse en sus manos.

—¿Dónde diablos has encontrado esto? —preguntó.

—No quieres que te responda —dijo distraídamente mientras volvía a su libro—. Pero avisa al bibliotecario. No quiero que el viejo mago de sangre se

muera de la impresión cuando encuentre su colección de textos prohibidos saqueada.

—No sabía que habíamos prohibido los textos.

Hizo un zumbido.

—Por supuesto que sí. Hay que mantener toda esa herejía al frente del reino de alguna manera, ¿no?

—Nadya…

—Tengo que decir —continuó—, que me sorprende que no los hayan quemado. Ustedes parecen del tipo de quema de libros.

No iba a morder ese cebo en particular.

Estaban en silencio mientras Nadya leía y Serefin hojeaba otro libro. No pudo entender qué estaba estudiando ella.

—¿Has visto algún Buitre por aquí últimamente? —preguntó finalmente Serefin.

Ella bajó su libro y le lanzó una mirada incrédula.

—¿Tengo *qué*?

Supuso que esperaba que la respuesta fuera afirmativa y que todo fuera sencillo para él; un lío fácil de limpiar.

—Debería pensar que el rey de Tranavia tendría más trato con esa secta que con una campesina cautiva —dijo primorosamente.

—Espero que alguien te oiga decir estas cosas y me obligue a hacerlo —respondió.

Eso le valió una breve carcajada. Se echó hacia atrás, dejando caer las piernas al aire libre. Ni siquiera sabía por qué le preguntaba, salvo que ella había aparecido en Grazyk al mismo tiempo que Malachiasz y claramente lo conocía; no sabía qué habían tenido entre ellos. Nunca se lo había preguntado. Pero Nadya había dicho lo suficiente de improviso como para sugerir que ella y el Buitre Negro habían sido más que extraños aliados y que lo que él había hecho era más que una simple traición.

¿Por qué asumió que ella sabía más sobre los Buitres que él? Ella, la clériga de Kalyazin. Era ridículo; esto no lo llevaba a ninguna parte.

Apoyó la cabeza en la pared.

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó ella.

—No tengo que darte mi razonamiento —le recordó.

—Serefin, cada día haces que me arrepienta un poco más de no haberte matado. —Pero no había calor en sus palabras. Tenían una tregua incómoda, y aunque Nadya estaba furiosa porque él la había mantenido más o menos atrapada en Tranavia, tampoco parecía del todo ansiosa por irse.

—Żaneta —dijo en voz baja.

Nadya palideció.

Asintió secamente con la cabeza.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con delicadeza.

—Malachiasz se la llevó.

Se tensó al oír su nombre y se rascó una uña, negándose a mirar a Serefin.

—Ella te traicionó —dijo. Parecía que intentaba convencerse de que lo que había hecho Malachiasz estaba justificado.

—Y he muerto.

—Y tú moriste.

—Supuestamente.

—Están empezando a hablar, ya sabes —dijo Nadya. Su mano se dirigió al cuello, cayendo cuando sus dedos no encontraron más que aire. Un tic ausente que él había visto realizar innumerables veces. Había llevado un pequeño amuleto de plata durante un tiempo, pero también había desaparecido—. No éramos los únicos en la catedral aquella noche. Dicen que «ni siquiera la muerte manda a este nuevo joven rey».

Serefin se estremeció.

—Mi diosa es la muerte —continuó Nadya—. Nadie entra en su reino y regresa.

Sangre, estrellas y polillas. Y esa voz, *esa voz*.

Serefin lo apartó antes de que le hablara.

—¿Y qué piensa ella?

Nadya se encogió de hombros desganada, con la mirada perdida en la biblioteca.

—Ya no me habla.

Esta no era la conversación que Serefin había ido a mantener. Pero la desolación en la voz de Nadya lo impactó incluso a él.

—¿Qué pensará Tranavia de un rey que fue traído de vuelta de la muerte? —dijo, después de un largo tramo de silencio.

Miró, con una ceja alzada. Recordó el halo que había temblado alrededor de su cabeza, fracturado y manchado. Levantó una mano, y una de las polillas de color gris pálido que revoloteaban constantemente alrededor de Serefin se posó en su dedo índice.

—Serefin Meleski —dijo contemplativa—. Hay una marca en ti que se oscurece cada día. Pensé… —Se interrumpió, señalando con la mano las pilas de libros—. No sé qué pensé… ¿Que podría ayudar? ¿Que podría querer hacerlo? No importa.

—¿Ayudarme? ¿O ayudarle a él?

—No importa —repitió ella, con un filo en su voz.

—Si las sospechas aumentan, ninguno de los dos saldrá indemne —dijo.

Asintió con la cabeza. Esto ya era traicionero para ella. Si su corte se volvía contra ella, él no podía hacer nada. Aunque todavía no estaba del todo seguro de por qué quería protegerla.

—No debería *querer* ayudar. Has destruido mi casa —dijo.

Serefin había evitado sacar el tema, pero se había preguntado cuándo lo haría. Cerró el libro y lo puso sobre su pila. Serefin nunca había tenido intención de incendiar el monasterio, y no podía hablar de lo que había hecho Teodore una vez que se había marchado. Había encontrado allí lo que buscaba: a ella. Y la presión de su padre para capturar a la clériga y ver cómo su poder podía aumentar el de un mago de sangre había desaparecido. A Serefin no le importaba especialmente descubrir la respuesta a esa pregunta. Quería acabar con una guerra, y sería más fácil con esta chica como palanca.

—Lo hice. Mentiría si dijera que no he estado esperando algún tipo de venganza.

—Mentiría si dijera que no lo quiero.

—¡Míranos, siendo honestos el uno con el otro!

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Te arrepientes?

—Es la guerra —dijo él. Ella le dirigió una mirada mordaz, y él suspiró —. Nadya, si me permitiera arrepentirme de todo lo que he hecho, no sería capaz de levantarme por la mañana.

Hizo un sonido pensativo.

—¿Esto es lo que decides: «bueno, entonces es la venganza»?

—No vale la pena mi tiempo. Serefin, habiendo observado tu corte, puedo decir con seguridad que cualquier caos que pudiera surgir de tu muerte difícilmente sería suficiente para disuadir algo en el frente.

—Ah, salvado por mi propia corte profundamente disfuncional.

Nadya lo fulminó con la mirada.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Żaneta?

—Su padre va a dar un golpe de estado si no la traigo pronto.

—¿Crees que no lo hará independientemente de tus acciones?

—Ah, arruinado por mi propia corte profundamente disfuncional.

Ella tenía razón. No iba a detener lo que se estaba poniendo en marcha. El misticismo que crecía a su alrededor estaba empeorando todo. ¿Cómo podía Tranavia ser gobernada por alguien tocado por algo que nadie entendía?

Y *esa voz*. Le susurraba constantemente, pero si no respondía, no era real. Si no se lo decía a nadie, no era real.

O tal vez simplemente era el hijo de su padre y también estaba perdiendo la cabeza.

Se sentaron en silencio. Él no sabía qué hacer, y ella no podía ayudar: si lo derrocaban, la colgarían.

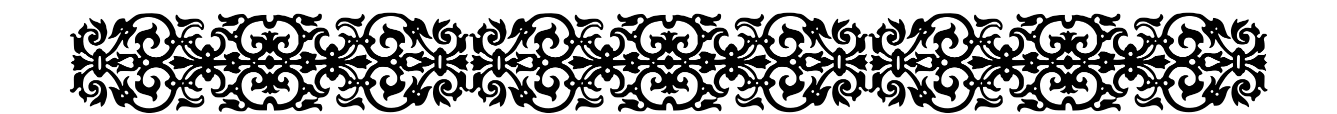
—No podemos atraparla sin un Buitre —dijo Nadya. Luego, más suave—. ¿Has oído algo…?

Sacudió la cabeza, cortándola. Cada pocas semanas ella preguntaba por Malachiasz y él siempre daba la misma respuesta.

Era una mentira. Pero ella no querría escuchar las cosas que él había oído. Los rumores de muertes y magia oscura que sólo podían ser causados por su primo.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo—. Tienes que hacerlo.

Novedoso, que el *nosotros* se había convertido sólo en *él* arreglando cosas. Esa era la cuestión: no tenía elección. Nada cambiaría si no paraba esto en seco.



2

NADEZHDA LAPTEVA

Una diosa del invierno conoce el sabor del frío amargo y los huesos rotos, del suelo helado que ahoga la vida. Una diosa de la muerte conoce la venganza y el odio ardiente que alimenta las guerras de los hombres. Marzenya es benévola, cuando lo desea, pero la crueldad se asienta más fácilmente sobre sus hombros.

Códice de lo Divino, 399:30

Había un número sorprendente de textos sagrados de Tranavia para que los leyera la última —quizá la última—, ya que había fracasado por completo en el clero de Kalyazin, mientras esperaba su momento, cautiva en el corazón de Tranavia.

No cautiva, técnicamente, reprendería Serefin*, sólo que no deberías irte*.

La definición de cautiva, entonces, respondería, pero lo entendía. Nadya corría un peligro constante cuanto más tiempo permaneciera en Grazyk, pero permanecer en el palacio la mantenía dentro de la frágil esfera de protección de Serefin. Una protección que a él le resultaba extraña. Ella no tenía magia y no sobreviviría al viaje a través de Tranavia para llegar a casa. El pozo de poder que había tocado se había secado o nunca había sido verdaderamente suyo. Y por mucho que lo odiara, se quedó esperando el regreso del chico triste y roto que la había traído hasta aquí. Le frustraba la esperanza que sentía cada vez que le preguntaba a Serefin si tenía noticias y lo rápido que se desmoronaba cuando él le decía que no.

¿Por qué iba a tener esperanzas en el chico que la había traicionado tan completamente? Su furia se había convertido en un dolor adormecido con el paso de los meses de silencio. Ya no le quedaba rabia para luchar contra Serefin, y mucho menos contra el fantasma de Malachiasz.

Así que merodeó por el palacio y arrastró los textos religiosos que pudo encontrar hasta el pequeño rincón. Ninguno de ellos era especialmente útil. Sus dioses eran sus dioses, y poco podía informarle un libro escrito hace siglos por un sacerdote tranaviano que ella no supiera ya.

Pero había destellos ocasionales entre las páginas de lo que le faltaba, indicios de por qué había fracasado tanto. Por qué los dioses ya no le hablaban, y cómo un chico retorcido en forma de monstruo era capaz de hacerse pedazos y volver a reunirse en forma de algo potencialmente divino.

A veces los libros que encontraba hablaban de antiguas sectas religiosas y de santos que Nadya no conocía. ¿Cuántos clérigos habían sido abandonados como Nadya? Se le rompería el corazón, pensó, si es que le quedaba algo por romper.

Después de que Serefin se alejara, claramente sin estar más cerca de una decisión que antes, ella abandonó la biblioteca, dejando la pila de textos oscuros y finalmente prohibidos apilados en la alcoba. Todos los días escondía la escalera en una parte aleatoria de la sala. Hasta el momento, nadie había molestado sus crecientes pilas, pero estaba atrapada en una guerra silenciosa con el viejo bibliotecario, que siempre actuaba como si el hecho de que alguien utilizara la biblioteca fuera lo peor que pudiera ocurrirle.

—¡Ahí estás! —Parijahan tiró de Nadya en dirección a las cocinas, donde había planeado sacar pan y queso de contrabando, y hacia sus aposentos—. Hay una cena de la corte esta noche y debes asistir.

Nadya gimió.

—Serefin no mencionó eso.

—Dijo que si lo hacía harías un acto de desaparición tan espectacular que ni siquiera yo sería capaz de encontrarte. Está claro que tenía razón.

—Lo mataré —murmuró Nadya mientras dejaba que Parijahan la arrastrara de vuelta a las habitaciones que compartían.

—Ya lo habrías hecho si fueras a hacerlo —contestó Parijahan de manera uniforme.

La chica akolana llevaba unos pantalones sencillos y sueltos y una blusa en tonos complementarios de oro oscuro. Llevaba el pelo negro fuertemente trenzado; el aro de oro de su nariz captaba la luz cada vez que pasaban por una ventana. Habían abandonado la pretensión de que Parijahan actuara como sirvienta de Nadya, aunque Parijahan seguía rechazando las ofertas de Serefin de tener sus propias habitaciones y ser tratada como la noble que realmente era. Demasiado sospechoso, decía, y Nadya se había dado cuenta de que había un puñado de *slavhki* que Parijahan siempre se desvivía por evitar.

Incluso con el rey de Tranavia finalmente muerto, Parijahan estaba más al límite que nunca, sus secretos retenidos con firmeza por Nadya.

La traición de Malachiasz fue igual de brutalmente inesperada para Parijahan, pero al interrogarla al respecto Nadya no obtuvo más que respuestas crípticas que significaban poco. Preguntar a Rashid fue peor. El chico akolano era demasiado bueno para hilar sus palabras, así que no dijo absolutamente nada, pero tardó diez minutos en hacerlo.

—¿Te dijo Serefin algo más? —preguntó Nadya.

Parijahan negó con la cabeza.

—¿Soy yo, o parece que no ha dormido?

—No sólo tú. —Había manchas oscuras bajo los ojos azul pálido de Serefin y rastrojos espolvoreando su pálida mandíbula y sus mejillas. Y había apestado a alcohol—. Francamente, no lo culpo.

Nadya tampoco podía decir que había dormido bien. Los meses transcurridos desde aquella noche en la catedral habían sido duros, y cuando dormía veía cosas que no quería considerar especialmente. Pero al menos cuando dormía no tenía que enfrentarse al silencio en su mente. No estaba acostumbrada a estar sola con sus pensamientos y descubrió que lo odiaba.

—¿Has leído algo interesante? —preguntó Parijahan. Era su pregunta habitual tras las visitas de Nadya a la biblioteca.

Nadya siempre se encogía de hombros sin compromiso. Ni siquiera sabía lo que buscaba. Sobre todo, se escondía. De sí misma, de Serefin, de Parijahan.

—Hubo una santa tranaviana llamada Maryna Cierzpieta a la que le cortaron la cabeza, pero la recogió y siguió su camino.

Parijahan la miró de reojo.

—No sé si te lo estás inventando o no.

Nadya presionó una mano sobre su corazón.

—Esta es mi *religión*, Parj, ¿mentiría?

Parijahan resopló.

—¡Estoy hablando en serio! Ella inició un culto a la personalidad y todo eso. Todo se extinguió unos ciento treinta años antes de que Tranavia se separara de los dioses.

Parijahan hizo un ruido contemplativo cuando llegaron a sus habitaciones. Nadya se tumbó en un sillón del salón.

—No te vas a encerrar en esa biblioteca todos los días para leer historias de santos que ya conoces.

Frustrada, los dedos de Nadya se dirigieron a sus cuentas de oración, y el *shock* la golpeó de nuevo cuando encontró su cuello desnudo. Era algo cotidiano y aún esperaba que dejara de dolerle. Se recogió el pelo y comenzó a trenzarlo.

—¿Cómo decidió el camino que tomó? —preguntó finalmente—. ¿Cómo se le ocurrió que debía ser él quien desbancara a los dioses? Debió leerlo en alguna parte. Algo lo llevó por ese camino. Tengo que encontrarlo.

Parijahan se movió por la habitación, sentándose al lado de Nadya.

—O, simplemente, es un chico idealista que encontró algo a lo que culpar. No va a encontrar respuestas a ese problema en los libros antiguos.

—No sé qué más debo hacer —dijo Nadya en voz baja.

Parijahan le tomó la barbilla y le inclinó la cara hacia la suya.

—No te atrevas. Él te hizo daño. No puedes lanzarte a intentar salvarlo cuando está claro que él no quería ser salvado.

—Lo sé. —Nadie sabía que los dioses ya no hablaban con Nadya. Ella no era más que una campesina kalyazi. Buena para poco, útil para menos. Ella no estaba tratando de salvarlo; ella quería entender. Era su defecto fatal, su deseo de entender. Era lo que él había utilizado tan voluntariamente en el tapiz de mentiras que había tejido a su alrededor.

—Además… —dijo Parijahan, con un cambio de voz, calculador y astuto —, si sacó sus grandes ideas de un libro, ¿no deberías estar buscando en la catedral?

Nadya se estremeció. Llevaba meses evitando ese lugar. La idea de volver la helaba hasta la médula… y sin embargo…

Parijahan se dio cuenta de su vacilación.

—No está ahí —dijo—. Estás a salvo.

Una posición imposible, la de odiar y la de echar de menos a la vez.

—¿Me estás regañando o animando? No está muy claro.

Parijahan sonrió con pesar.

—¿Tal vez un poco de ambos?

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta la cena?

Parijahan observó la posición del sol a través de la ventana con un encogimiento de hombros.

—Tenemos tiempo.

* * *

Nadya contempló las estatuas quebradas que bordeaban la entrada de la enorme catedral negra, y se preguntó si tenía *más* miedo ya que sabía lo que acechaba dentro. Si el terror que se instalaba en sus miembros se debía a que, esa vez, entraba sin protección.

Parijahan le dedicó una mirada de pasada al frente derruido de la catedral, sin inmutarse. Nadya había llegado a encontrar esa indiferencia como un aspecto reconfortante de la chica akolana. Parijahan abrió de un tirón las enormes puertas de madera.

Había un silencio sepulcral. Nadya tragó duro. No quería recordar la última vez que estuvo allí, con los dedos enredados en los de Malachiasz, confiando en él contra toda razón. Y desde luego no quería importunar a ningún Buitre en su casa.

Pero no fue el hogar de ellos una vez, pensó. Arrastró una mano contra la pared, preguntándose a qué dios había pertenecido esa iglesia cuando Tranavia aún se preocupaba por esas cosas. El pánico empezaba a arañar su pecho por el silencio en su cabeza, así que apartó los pensamientos, siguiendo a Parijahan que, desgraciadamente, tenía la intención de ir a donde ella quería.

—Oh, Parj, ¿debemos?

—¿Dónde más? —respondió Parijahan.

Tenía razón. No había habido ni siquiera un susurro sobre lo que había pasado con el Buitre Negro. Aunque Nadya preguntó, la realidad era que no quería saberlo.

Saberlo sería reconocer la cicatriz ennegrecida en la palma de su mano cada vez que se calentaba, un ardor que duraba horas antes de desaparecer. Reconocer la atracción de su corazón hacia algo lejano, como si estuviera vinculado a alguien. No sabía qué había pasado la noche en que se grabó el símbolo de Velyos en la palma de la mano, y luego el de Malachiasz. Algo había sucedido cuando le había robado su poder para usarlo con el suyo. Cuando había hecho lo imposible.

Permaneció inmóvil. La oscuridad viscosa de la magia de Malachiasz dormía en algún lugar de su interior.

Parijahan intentó abrir la puerta de los aposentos de Malachiasz, y una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios cuando la encontró abierta.

Nadya dudó. Nada había cambiado desde la última vez que estuvo allí. La chaqueta militar remendada de Malachiasz colgaba del respaldo de la silla donde la había tirado por última vez. Había cuadros apilados en todos los

rincones libres de la habitación y montones de libros rodeaban las estanterías. Montones y montones de libros.

Parijahan silbó por lo bajo.

—Ahí lo tienes. —Recogió la chaqueta, frunciendo el ceño antes de entregársela a Nadya.

Esperó a que Parijahan se diera la vuelta antes de ponerse la chaqueta por encima del vestido y de arrimar la cara al cuello. Seguía oliendo a él, a hierro, a tierra y a *chico*, de una forma que era reconfortante y dolorosa, y la punzada en su pecho era una puñalada cruel.

Era difícil analizar sus sentimientos sobre la traición de Malachiasz. Con el tiempo, esperaba poder desentrañar su maraña de emociones. Sabía cómo debía sentirse y cómo todos *esperaban* que se sintiera. Pero no podía averiguar si alguna de esas cosas era cierta para ella.

Sí, estaba furiosa y dolida, pero también se sorprendió esperando que él irrumpiera en sus habitaciones, un torbellino de pelo oscuro y chistes malos y sonrisas dolorosamente brillantes. Lo extrañaba.

Pero él ya no era así. Idealista, pero poderoso y cruel, su cuerpo se retorcía y su mente se hacía añicos.

Nadya deseaba desesperadamente dejar de pensar en él por completo. Le había mentido durante meses, haciéndose pasar por un chico ansioso que había cometido un error y necesitaba ayuda para solucionarlo. En cambio, la había utilizado para obtener un poder tan terrible que había eliminado lo último de su humanidad.

El tonto y condescendiente chico tranaviano con la sonrisa socarrona, que se mordía las uñas cuando estaba nervioso, se había ido. Quizá para siempre. Y estaba tan profundamente triste que se había tragado el calor de su ira. Él no se merecía su tristeza, pero eso no suponía ninguna diferencia para su corazón.

—¿Crees que planeó esto desde el principio? —Nadya habló en voz baja.

Parijahan levantó la vista de donde estaba hojeando una pila de cuadros.

—¿Por fin estás preparada para hablar de esto?

Nadya se encogió de hombros.

—Pasé meses con él y nunca pareció ni remotamente interesado en encontrarte —dijo Parijahan—. Tuve que convencerlo de que viniera con nosotros cuando empezamos a seguir los rumores sobre una clériga. Al final, algo lo obligó a huir a Kalyazin, y más tarde a volver aquí. Nunca dijo el qué.

—Bueno, es un mentiroso.

—Es muy bueno mintiendo —convino Parijahan—. Aunque sólo sea porque dice la verdad mientras lo hace.

La puerta de su estudio descansaba como una mancha negra en la pared. ¿Qué esperaba encontrar allí? ¿La cosa que lo puso en su temeraria búsqueda para destruir a sus dioses? ¿Algo más?

Hojeó los libros sin pensar. Eran pilas eclécticas: historia, novelas, teoría mágica. Pero ella no entendía la magia de sangre lo suficiente como para comprender esa última. Estaba perdiendo el tiempo.

Parijahan abrió la puerta del estudio. Tosió al entrar en la habitación. Nadya no la siguió inmediatamente, aunque algo la empujó hacia la puerta. Oyó que Parijahan cambiaba de lugar los papeles en su escritorio, y se estremeció, con un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

Magia.

Algo que no había tocado en mucho tiempo.

—¿Qué tienes? —dijo. Se le revolvió el estómago. Había algo familiar y terrible que la acosaba, un llamado que le hizo sentir una profunda ola de miedo.

—Algunos de sus hechizos, creo —dijo Parijahan, sin darse cuenta de la repentina ansiedad de Nadya.

Nadya se estremeció al entrar en el estudio. Le dolía la palma de la mano izquierda, un dolor sordo que subía constante y lentamente por su brazo. El sudor le llegó a las sienes. Tenía demasiado calor y demasiado frío y podía sentir, podía sentir…

Arrebató los papeles de la mano de Parijahan, arrugándolos en su mano apretada. Respiraba con dificultad y no podía evitar la sensación de que algo iba muy mal. Había algo que se movía, algo hambriento que deseaba con un dolor tan profundo y poderoso que iba a engullirlo todo si no se le detenía.

—¿Nadya?

Golpeó con una mano sobre el escritorio.

—No —dijo rotundamente—. Así no es cómo funciona la magia.

Extendió los hechizos delante de ella. Su corazón se estremeció al ver el garabato desordenado y casi incomprensible de Malachiasz. No debería ser capaz de sentir su poder, no debería ser capaz de sentirlo. No ahora, no después de haber pasado tanto tiempo.

Podía leer tranaviano, pero las palabras estaban borrosas. Frenética, hojeó más páginas, sacando notas y diagramas garabateados a toda prisa debajo de los hechizos. Un sinfín de marcas que Nadya no entendía.

—No debería estar aquí —susurró mientras el horror seguía enroscándose en su interior. Levantó una página que claramente había sido bañada en sangre, la parte inferior rígida y oscura. La parte superior la podía leer, y deseaba no hacerlo.

Notas sobre la magia kalyazi, sobre la magia divina, sobre su magia. Notas sobre cómo su magia y la magia de la sangre podrían cruzarse, cómo no deberían, pero podrían, cómo había *algo más* que estaba cambiando muy lentamente y podría ser nuevo o podría ser una fusión de ambos.

Serefin había mencionado, en una ocasión, el hallazgo de libros de hechizos tranavianos con oraciones kalyazi garabateadas en su interior en el campo de batalla. Era una combinación imposible. ¿Por qué la estudiaba Malachiasz?

Se congeló; el algo más al otro lado de ese hilo de conexión se había vuelto casi tangible. Una mirada lejana que se dirigía a ella donde antes no había ninguna. Era un poder mucho mayor que el suyo, infinitamente oscuro. La magia que no le pertenecía zumbaba bajo sus venas con un doloroso tirón hacia quien realmente la poseía.

Ella nunca debió robarle su poder.

Pero seguro que él sabía lo que ella pretendía cuando arrastró la hoja por la palma de su mano. Había sido su idea una vez, una astuta reflexión de que ella sería más fuerte si usaba su sangre. Aborrecible, horrible, y, sin embargo, ella había hecho exactamente lo que él quería al final. Sólo una nueva tergiversación de la verdad para empujarla a ayudar involuntariamente a sus incomprensibles planes.

Nadya había caído demasiado lejos, sacrificando todo lo que creía por una oportunidad de cambiar el mundo, y fue castigada con el silencio.

Jadeó, la mano ardiente se enroscó contra su corazón. El poder del lodo se había alterado. Una atadura, una línea rápidamente tensada.

No debería haber venido aquí.

El monstruo. *Malachiasz*. Se apartó del poder que de repente era demasiado fuerte, demasiado malvado.

Nadya respiró entrecortado, el sonido confuso de Parijahan llamándola por su nombre se reflejaba en sus oídos, y dejó que su conciencia se extendiera, rozando cautelosamente con las yemas de los dedos el cristal negro que separaba a Malachiasz de ella, pero que los unía.

Esto es culpa mía. Había creado algo cuando robó su poder y lo unió al suyo. Por supuesto que perduraba, por supuesto que había consecuencias.

Dioses, ella podía sentirlo. Se estaba desmoronando, erosionando como la cara de un acantilado que es sacudida por las olas del océano.

Entonces, tan claro como si estuviera ocurriendo delante de ella, oyó el sonido de una garra de hierro raspando el cristal. Un chirrido doloroso y cáustico que clavó agujas en los oídos de Nadya. Abajo, abajo, abajo. Una mano se estrelló contra el cristal, con dedos delgados y garras de hierro que goteaban.

Nadya se separó.

Volvió a tropezar con el escritorio. Nadya deseó que su última comida no volviera. Esto no podía estar pasando. ¿*Cómo* estaba ocurriendo esto?

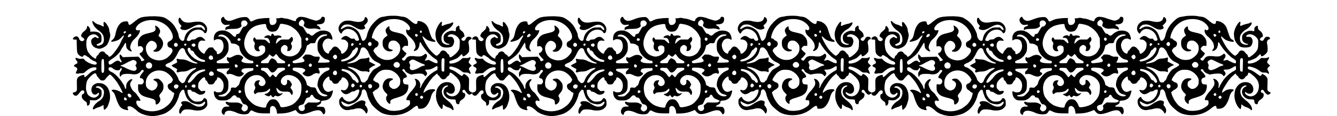
Pasaron unos segundos agónicos sin que se reavivara la retorcida conexión. El roce con el caos de su locura.

Pero se había sentido como Malachiasz. El monstruo seguía siendo Malachiasz.

¿Sería la esperanza, entonces, lo que la mató al final?

Nadya miró a Parijahan, que la miraba con horror.

—Bueno —raspó Nadya—, supongo que no está muerto.



Interludio

EL BUITRE NEGRO

El hambre no cedía. El roer en los bordes de su ser era demasiado para soportar, pero nunca suficiente. Sólo podía tener hambre, *necesidad*, hasta que finalmente se liberó en el olvido perfecto y no sintió nada. Sin hambre, sin el incesante e interminable vacío que tiraba de su núcleo, la amenaza siempre presente de romperse por completo.

La oscuridad era un consuelo. Las antorchas eran escasas y difíciles de encontrar allí, y se evitaban con facilidad. Era un escape bienvenido para permanecer lejos de los destellos de luz que le recordaban a los *desaparecidos*. De lo que parpadeaba fuera de su conciencia, lo suficientemente lejos como para que no pudiera captarlo. El implacable batir de alas de un pajarito que se negaba a ser ahogado por la oscuridad.

Era irritante y lo suficientemente dulce como para llevar su locura un poco más lejos, un poco más profundo. Pero la ignorancia era más dulce. Nunca se movió más allá de ese agarre inicial.

Había destellos que no le pertenecían, no pertenecían a nadie, frustrantes en su desplazamiento. Una chica con el pelo como la nieve, ferozmente deslumbrante, con pecas pálidas espolvoreando su piel. Una chica discutiendo, arraigada y obstinada y apasionada. Hermosa, brillante, tortuosamente ausente. No tenía ni idea de quién era y eso lo hacía todo más frustrante.

Eterno e instantáneo, el tiempo se volvió ajeno. Los destellos, *las distracciones*, se desvanecieron. Sólo quedaba el hambre, siempre el hambre. Sólo la sensación de ser desarmado y vuelto a armar y despedazado una vez más.

(Ser deshecho era, aparentemente, un proceso continuo).

Había una vaga necesidad de hacer algo. Pero nada era algo, era todo y ¿no podía esperar? Todo podía esperar. Hasta que la oscuridad fuera menos asfixiante. Hasta que el hambre fuera menos empalagosa. Hasta que sus

pensamientos estuvieran encadenados en una línea, en lugar de trozos incoherentes y dispersos que saltaban y revoloteaban y…

Revoloteó.

Alas.

Otra vez.

Allí.

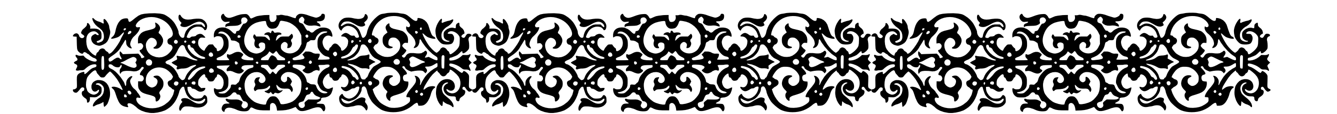
El pajarito.

Alcanzó y falló. Su mano chocó con algo frío y bajó sus garras, lentamente, con cuidado. El sonido fue calmante, claro. Sus manos sangraban. Sus manos siempre sangraban. Había algo allí. Las alas volaron de nuevo, demasiado rápido, demasiado agudo, demasiado pronto, demasiado *real*.

Había algo más.

Un recuerdo, roto, disperso, fugaz.

Se ha ido.



3

SEREFIN MELESKI

> Svoyatova Elżbieta Pientka*: Una tranaviana que se quemó en el lugar del clérigo Evdokiya Solodnikova. En el lugar donde se enterró su cuerpo, se dice que los muertos hablan con los vivos.*
>
> Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin estaba a mitad de camino en las escaleras de la torre para visitar a la bruja antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se detuvo, con la mano sujeta a la barandilla, y se preguntó si no debería ir solo. Pero era demasiado tarde para volver atrás. Pelageya supo que estaba allí en cuanto se abrió la puerta de su torre.

Dio los pasos de dos en dos. A Serefin no le gustaba del todo verse obligado a recurrir a la bruja, pero era extrañamente inevitable. Ella lo había puesto en ese camino, ¿no era así? Seguramente le daría algún consejo horriblemente esotérico que él no entendería y que sería aterrador en su amplia predicción de la perdición futura.

Llegó a la cima de la torre y encontró la puerta entreabierta, abriéndose bajo el ligero golpe de sus nudillos.

Bueno, eso es menos que ideal, pensó con el ceño fruncido. Una nube de polillas voló en el aire. Las apartó con un gesto.

—¿Pelageya? —llamó, abriéndose paso.

A Serefin se le cayó el estómago. La habitación estaba hecha pedazos.

Era como si la bruja nunca hubiera estado allí. Las telarañas cubrían todos los rincones. La chimenea tenía restos de ceniza, pero estaba casi limpia. Un círculo de bruja destacaba en el centro del suelo. Se le escapó un suspiro: sólo era carbón, no sangre.

Se movió alrededor del círculo, con los dedos golpeando el lomo de su libro de hechizos.

Eso no era lo que él esperaba.

Arrodillándose, se raspó el dorso del dedo con una navaja que llevaba en la manga y hojeó su libro de hechizos. Pelageya no dejaría eso sin razón, y aunque Serefin no podía leer los sigilos garabateados dentro del círculo, saber los sigilos era cosa de Buitres, podía cargar el hechizo.

Dudó. Lo que estaba haciendo era profundamente estúpido. Si Kacper u Ostyia estuvieran allí, antes le pondrían una cuchilla en la garganta que dejarle negociar con magia incierta.

Excepto que sus voces de la razón no estaban allí. Rápidamente presionó su palma ensangrentada hacia abajo. Su concentración se redujo a un único punto bajo su mano. Se prendió fuego desde allí, como la pólvora que encendía los cañones mágicos, y poco a poco fue rellenando el círculo, esbozando cada sigilo hasta que el suelo ardió con un extraño y acre fuego verde.

Pero eso fue todo.

Se apartó del hechizo, ligeramente decepcionado, pero aliviado al mismo tiempo. Sólo era un hechizo en blanco que la bruja había dejado para jugar con Serefin. Golpeó el círculo con la punta de la bota, interrumpiendo cuidadosamente el flujo de energía, con la esperanza de que el hechizo no le explotara en la cara. Las llamas se apagaron.

—Hice apuestas conmigo misma, ya sabes, sobre cuál de ustedes vendría a mí primero.

Serefin estuvo a punto de saltar.

—La chica que es clériga pero no clériga, bruja pero no bruja. —Pelageya estaba sentada en el centro del círculo en ruinas, contando con sus huesudos dedos—. El monstruo que se sienta en un trono de huesos dorados y alcanza los cielos más allá de su entendimiento, o el príncipe tocado por un poder en el que no cree.

Serefin apoyó la mano en su libro de hechizos y esperó a que el corazón dejara de sacudir su cuerpo.

—¿Ganaste?

—¿Ganar qué? —preguntó Pelageya, todavía contando.

—La apuesta.

—No. ¿Dónde está la bruja?

—No es una bruja, es una clériga.

—No se puede ser clérigo si los dioses no te hablan —dijo Pelageya, agitando una mano—. Tampoco se puede ser bruja con lo que ella es. Manchada pero sagrada. Un rompecabezas. Ella es muchas cosas, incluso no está aquí. No es lo que esperaba. Pero lo es. Una mitad de mi deliciosa sanguinaria y patéticamente delirante pareja de magos de sangre.

Los ojos de Serefin se entrecerraron al ver la habitación vacía.

—¿Qué ha pasado aquí?

Un parpadeo. La habitación ya no estaba vacía. El círculo de brujas en el suelo era ahora de tiza en lugar de carbón. Las calaveras de los ciervos colgaban de sus cuernos en el techo y Serefin se encontró sentado en una silla tapizada de negro, con polillas revoloteando nerviosamente alrededor de su cara, con la cabeza dando vueltas.

—¿Qué pasó dónde? —preguntó Pelageya, que de repente no era mayor que Serefin. Llevaba los rizos atados hacia atrás, alejados de la cara, y eran negros salvo por un mechón sorprendentemente blanco que desaparecía en la masa de pelo anudada en la parte posterior de la cabeza—. Quieres algo —dijo, tomando una calavera humana de una mesa auxiliar antes de sentarse en la silla frente a Serefin, con la calavera sobre su regazo, de cara a él.

—Debería irme —dijo Serefin, poniéndose de pie.

Permaneció atrapado en su silla. Un parpadeo de pánico lo recorrió.

—Oh —dijo Pelageya, golpeando su barbilla—. Oh, no. Tengo a uno y el otro vendrá eventualmente. Meleski y Czechowicz, pero más cerca de lo que sabes, más cerca de lo que han dicho los que han mentido. Vendrá, muy pronto, y entonces, por fin, podré ocuparme de la bruja que es una clériga que no es una bruja ni una clériga.

—¿Qué tiene que ver Malachiasz con esto?

Pelageya se inclinó hacia adelante sobre el cráneo.

—*Todo*, querido principito.

—Rey —murmuró Serefin.

—¿Perdón?

—Ahora soy el rey —dijo, pasando los dedos por la corona de hierro martillado que descansaba sobre su cabello. Seguía sintiendo que se había cometido un error y que le habían dado algo que no le pertenecía. Supuso que nadie creía realmente que lo fuera. Lo único que quería era demostrar que el trono era suyo por derecho, aunque tuviera que demostrárselo a sí mismo junto con su nobleza.

Pelageya asintió, pero no pudo evitar la sensación de que no estaba convencida, su mirada se dirigió a su ojo izquierdo. Levantó una mano hacia

él de forma cohibida.

—*Ella lo sabe*.

Serefin se mordió el interior de la boca para no reaccionar a la voz aflautada.

—Negro, dorado, rojo y gris. Buitres, polillas y sangre, siempre sangre. Un niño nacido en un salón dorado y un niño nacido en la oscuridad. Criado en la amargura y criado en la mentira. Cambia de lugar; cambia de nombre. Nada para ello, es un espejo, ya ves. La sangre es la misma, la oscuridad más empalagosa en uno, pero un espejo, miras para encontrarte a ti mismo y encuentras al que te aterra convertirte. Dos tronos, dos reyes, dos chicos para hundir este mundo en la oscuridad con tal de salvarlo.

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Serefin. Lamentaba haber ido solo. Deseó que la mano firme de Kacper estuviera contra su hombro, alejándolo una vez más de los desvaríos incoherentes de la bruja.

—¿De qué estás hablando? —dijo Serefin, con la voz baja.

—Escóndete y olvida. Escóndete y recuerda. Se esconde de la verdad, se regodea en la mentira de una familia engañosa desde el principio. Él se esconde bajo la magia que ha quemado el recuerdo de lo que solía ser. Un día, ambos recordarán, ¿y qué pasará entonces?

—¿Recordar *qué*? —Los nervios de Serefin se estaban deshaciendo aún más.

Pelageya se quedó mirando a media distancia, con los dedos pálidos acariciando la parte superior del cráneo.

—¿Debo contarte una historia, querido rey de las polillas, rey de sangre, rey de los *horrores*?

—Sí. —La palabra se escapó en un susurro antes de que pudiera detenerla y se estremeció. Quería desesperadamente huir de cualquier revelación que estuviera a punto de caer.

—Una historia sobre dos hermanas del país del lago. Una historia sobre una chica que se casó con un príncipe que no le gustaba y que se convirtió en un rey al que odiaba. La chica se convirtió en una mujer que dio a luz a un hijo al que no entendía, pero al que amaba de todos modos. Pero no fue suficiente. Y ella buscaría el olvido lejos del marido que detestaba. Un segundo hijo, de la oscuridad, escondido y nacido de la pasión enmascarada y la mentira.

—No… —murmuró, sacudiendo la cabeza—. No —las paredes comenzaron a cerrarse a su alrededor, todo se volvió negro en los bordes.

—¡Los tranavianos lo hacen tan fácil! —dijo Pelageya, encantada—. ¡Oh, no, no, ya ves, este niño es de la hermana, no de la mujer, dijeron! ¡Escóndelo en una verdad retorcida y nadie sospechará! ¡Envíenlo a la alta orden de Tranavia y nadie recordará que era otra cosa que un *slavhka* prescindible! Quemen sus huesos y destrocen su cuerpo y no importará de quién proceda. Haz un arma; haz un rey.

Está mintiendo, pensó Serefin frenéticamente, pero sabía, de alguna manera, en lo más profundo de su ser, en ese lugar que mantenía a Malachiasz en sus pensamientos mucho tiempo después de que él se hubiera ido, que no lo hacía. Tal vez por eso le dolió tanto que Malachiasz abriera la puerta de la torre de Pelageya y que su sonrisa de dientes afilados no tuviera nada de reconocimiento.

—¿Dónde está tu hermano, querido rey? ¿Dónde ha ido el Buitre Negro?

La palabra *hermano* golpeó a Serefin como un puñetazo en el pecho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Serefin, con voz tensa.

Pelageya se rió.

—Lo preguntas como si tuvieras dudas. Pero sabes, *sabes*, que la sangre es la misma.

—¿Por qué me dices esto? —¿Por qué ahora? Cuando lo único que tenía era un odio latente que ardía por el Buitre Negro porque había muerto por su culpa. Por culpa de Malachiasz. Su *hermano*.

—¿Quién más te lo diría? —preguntó ella—. Ciertamente no tu madre.

Serefin se estremeció. ¿Cuánto sabía su madre del destino de Malachiasz? *¿Cómo era posible todo esto?*

Los ojos oscuros de Pelageya siguieron a las polillas que revoloteaban alrededor de la cabeza de Serefin.

—Eso —dijo— es un hecho interesante. ¿Ha hablado ya contigo? Seguro que sí. Sin embargo, susurros, sólo susurros, porque eres tranaviano y, por lo tanto, muy difícil de romper. *Tú no eres el que él quería*.

Pelageya inclinó la cabeza y se levantó, acercándose a las pesadas cortinas que lo cubrían todo de oscuridad. Las descorrió, inundando la habitación con una luz cegadora.

—Las sombras rastreras se deslizan desde la oscuridad; la retribución cae del cielo —murmuró—. Tienes tiempo, pero se escapa rápidamente. Y se escapa. Las cosas se ponen en marcha y debes ver si te mantienes o caes.

Serefin se puso en pie con dificultad, sus miembros por fin libres. Esto era más de lo que quería. No le importaba que hubiera más que decir. Pelageya se apartó de la ventana y le dedicó una sonrisa irónica.

Huyó.

* * *

Serefin entró en las habitaciones de su madre, ignorando las protestas de su criada.

—Soy su *hijo* —le espetó mientras ella se apresuraba a seguirlo, murmurando sobre el decoro. Encontró a su madre en el salón y le cerró la puerta en las narices a la criada. Un jarrón de cristal cerca de la puerta se tambaleó precariamente.

Klarysa levantó la vista de su libro y miró con atención a la puerta y al jarrón.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —Preguntó Serefin, sorprendido por su nivel de voz.

—Vas a tener que ser mucho más específico, querido —dijo ella, ajena a su angustia. Extendió una mano, invitándole a acercarse, y se quitó la máscara de tela de la cara.

No se movió. Quiso tomar el maldito jarrón y lanzarlo contra la pared. Tampoco lo hizo.

—Sabías lo que mi padre estaba haciendo —dijo con cuidado, lentamente —. Me advertiste, lo sabías todo el tiempo

Sus ojos azul pálido se estrecharon y Serefin consideró distraídamente que tanto él como Malachiasz habían heredado esos ojos.

—Y tú lo detuviste —dijo plácidamente, enganchando su máscara de nuevo sobre su cara—. La corona es tuya.

—Sabías que actuaba con los Buitres.

—Lo hice.

—Sabías que el Buitre tiene la culpa de esto.

Frunció ligeramente el ceño.

—Fue el Buitre Negro.

—¿Cómo no sabes quién es? —preguntó Serefin, con la voz finalmente quebrada. Se pasó las manos por el pelo. Llevaba meses guardando información sobre Malachiasz a medida que le llegaba, porque al final tendría que enfrentarse al Buitre Negro. Tendría que hacerle responder por su traición.

Pero ahora no sabía qué debía hacer.

—Serefin, ¿de qué estás hablando?

—La bruja tuvo que decírmelo —dijo, con el pánico desgarrando su voz —. Ni siquiera tuviste la decencia de decírmelo tú misma. ¿Sabías, cuando lo enviaste a los Buitres, en qué se convertiría?

Klarysa finalmente se tensó.

—¿Qué?

—Nunca estuviste aquí. Por supuesto que no lo sabías. Por supuesto que nunca lo viste de pasada. Pero podrías habérmelo dicho. Estuvo aquí todo este tiempo, tan cerca, y nunca lo supe.

La sangre se drenó de su cara.

Serefin se desplomó en una silla, dejando caer la cabeza entre las manos.

—¿Pelageya te lo dijo? —dijo Klarysa con tristeza, el hilo de tensión entre ellos amenazaba con romperse.

Asintió, sin levantar la cabeza.

—Debía quedarse con Sylwia —susurró—. Un bastardo no tiene lugar en la corte y había demasiados que sospechaban.

—Nunca fue mi primo —dijo Serefin—. Y dejaste que los Buitres lo tuvieran.

—No te pongas sentimental, Serefin, te queda fatal. Era demasiado poderoso para ir a otra parte.

—Bueno, ahora es el Buitre Negro y conspiró con mi padre para matarme, así que felicidades, supongo que tienes razón.

Klarysa parecía mareada, con la piel muy pálida.

—Te equivocas.

—Te aseguro, Madre, que no. Mi hermano pequeño ha cometido una traición y yo no puedo hacer nada porque él ocupa el único otro alto cargo en Tranavia. No tenemos una legislatura oficial para esto porque ningún Buitre se ha atrevido a extralimitarse así.

Algunos se habían aventurado a acercarse; no todos los Buitres Negros se habían contentado con permanecer en su catedral y sus minas. Pero ninguno tan lejos como Malachiasz.

Se llevó la mano a la boca y Serefin tuvo la fugaz idea de que iba a caer en uno de sus frecuentes ataques. Para ser sincero, le sorprendía que hubiera permanecido tanto tiempo en Grazyk; el residuo mágico en el aire no le sentaba bien.

—Los rumores…

—Los rumores están equivocados. Lo que pasó fue peor. —Serefin suspiró, apoyando la cabeza en la silla. El techo de la sala de estar de su madre estaba pintado con flores brillantes y símbolos mágicos para la salud

estaban garabateados en el yeso. No había buitres a la vista—. Creí que estaba muerto durante años. Casi desearía que lo estuviera.

Porque su destino está en mis manos.

—Serefin.

—No quiero tus excusas, madre, al fin y al cabo todo fue por decoro. ¿Cómo ibas a saber que tu hijo bastardo crecería depravado y sin alma? Oh, claro, espera, ese es el destino de todos los Buitres, ¿no?

Se echó hacia atrás como si hubiera sido golpeada. Serefin se marchitó.

Esa revelación no cambiaría nada. Malachiasz tenía que responder por sus acciones.

—Dos tronos y un par de hermanos arruinados para sentarse en ellos —murmuró—. Aunque, pronto, supongo que no. —Se quitó la corona de la cabeza y pasó el pulgar por el hierro frío.

Su madre se relajó, aliviada de poder agarrar un tema de conversación que no fuera Malachiasz. Había metido sus manos temblorosas en su regazo en un intento de calmarlas.

—Hay un colectivo de *slavhki* que desea verme fuera del trono —dijo Serefin—. Y no sé qué hacer.

Klarysa se levantó. Se abrochó el libro de hechizos a la cintura y se movió con rapidez por la habitación, colocando las manos sobre los hombros de Serefin.

—Sabes exactamente qué hacer. Haces que se arrepientan de que sus tibios susurros hayan llegado a tus oídos. —Le levantó la barbilla—. Tú eres el rey. ¿Crees que tu padre no tenía enemigos que susurraban por su destitución del trono cada noche?

—Yo *era* uno de esos enemigos —dijo con cansancio.

Le besó la parte superior de la cabeza.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Así justificas lo que le pasó a Malachiasz?

Suspiró.

—Si hubiera podido mantenerlo cerca, lo habría hecho. Ustedes dos eran lo único que hacía soportable este palacio.

—Entonces, ¿por qué lo enviaste lejos? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Los Buitres vinieron a por él, no pudimos hacer nada. —Alisó el pelo de Serefin mientras lo atraía hacia ella—. No te lo dije porque habrías intentado apartarlo de la orden. Eres muy terco, Serefin, y no debemos preocuparnos por los asuntos de los Buitres.

Se estremeció, sus uñas arañaron ligeramente su cuero cabelludo.

—La traición es otro asunto —continuó pensativa—. Por muy poético que sea que mis hijos empuñen los dos tronos de Tranavia, no podemos tener traición. Pero veamos primero a esos *slavhki*, ¿sí?

* * *

El pánico de Serefin se había convertido en frustración cuando encontró a Ostyia en el pasillo. La agarró del brazo, ignorando su grito de sorpresa mientras la arrastraba a sus habitaciones y cerraba la puerta de golpe.

—Sabías lo de Malachiasz —dijo, con un tono más acusador de lo que pretendía.

—¿Qué?

—Lo sabías. Sabías que era el Buitre Negro todo el tiempo.

Puso los ojos en blanco.

—¿Por qué te importa esto *ahora*? No te lo dije porque no creí que importara.

—Pensé que estaba muerto. Durante años. Me dejaste pensarlo.

—¡Puede que lo sea! —dijo incrédula—. ¿De qué se trata, Serefin?

Por un breve instante, consideró decirle la verdad. ¿O ella también lo sabía? ¿Qué más le había ocultado por su supuesto bien?

Ostyia gimió.

—Fue hace unos años. Lo vi sin su máscara. Sé que estabas cerca, pero él estaba… —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Envenenado. No quería romperte el corazón cuando por fin lo habías superado.

—No era para que me lo ocultaras —dijo.

Ella se encogió de hombros, claramente sin inmutarse.

—¿Por qué sacas el tema?

Serefin negó con la cabeza, haciéndole un gesto para que se fuera. Aquel era un punto de discordia creciente entre ellos y estaba dispuesto a dejar que se agravara.

—No importa —murmuró, odiando que todos le ocultaran la verdad—. Nada importa. Tengo que ir a cenar.

—Así no, no lo harás. —Le agarró la muñeca y le tiró hacia atrás—. Limpia primero. No les des más munición contra ti.

Apretó los dientes y se pasó una mano por la mandíbula. Tenía que afeitarse.

Si se corría la voz sobre Malachiasz… Serefin ya estaba pisando terreno peligroso. No podía culpar de la muerte de su padre al Buitre, aunque en

última instancia le gustaba pensar que era culpa suya: la gente común y los *slavhki* idolatraban a los Buitres hasta el punto de arriesgarse a una guerra civil si amenazaba su dominio.

Malachiasz debía saber que no tendría inmunidad concedida a nadie más por pura falta de precedentes. Pero la traición era la traición.

Ostyia llamó a un criado y esperó mientras Serefin se esforzaba por estar medianamente presentable.

—Tenemos que encontrar a Żaneta —dijo, yendo a tomar una navaja de afeitar y consiguiendo que Cyryl, su criado, le apartara la mano de un manotazo. Suspiró y dejó que Cyryl lo empujara a un taburete.

Ostyia se subió a su escritorio. Parecía pensativa.

—Es probable que esté en Kyętri…

Serefin se estremeció, lo que le valió un ceño fruncido por parte de Cyryl. Tenía que jugar el juego de una manera que los *slavhki* entendieran, con poder. Żaneta era una pieza que él tenía y que los que lo querían fuera de *él*.

Para Serefin, era matar dos pájaros de un tiro.

—¿Puedo cortarte el pelo, *Kowesz Tawość*? —Preguntó Cyryl—. Ya que estamos aquí…

Serefin agitó una mano sin compromiso.

—Por fin —murmuró Ostyia.

Era una de las que hablaban, ella misma se había cortado el flequillo y lo tenía torcido.

—Sería un riesgo dejar Grazyk —dijo Ostyia—. Hay que averiguar cómo hacerlo sin salir de la ciudad.

Serefin frunció el ceño.

—¿Y si no puedo? —reflexionó en voz baja.

—Se lo llevan todo.

* * *

Serefin no podía dar un paso sin tropezar con un nuevo *slavhka* bajo que había llegado desde algún lugar de Tranavia, con la esperanza de encontrar el favor del joven rey.

Fue sumamente agotador.

La cena debía ser más tranquila que la mayoría de las veces, pero aun así era demasiada gente para el gusto de Serefin. Si tan sólo fuera del tipo que se nutre de las interacciones sociales. En lugar de eso, le desesperaban las ganas de escapar.

La sala estaba débilmente iluminada con demasiadas velas goteantes repartidas por la mesa. Las antorchas ardían contra la pared, proyectando la sala inferior con una luz parpadeante y errática. Las pinturas del techo le resultaron a Serefin vagamente familiares de una manera diferente a la habitual, como si las hubiera visto una vez en un sueño, esta vasta batalla entre osos y águilas.

El *slavhka* que encontró sentado a su izquierda no era otro que Patryk Ruminski. Serefin ahogó un suspiro al ser anunciado. La velada iba a ser larga.

Nadya captó su atención desde donde estaba sentada más abajo, tensa, antes de seguir a los nobles sentados cerca de él. Le dirigió una mirada comprensiva antes de volverse hacia la persona que estaba a su derecha. Las máscaras no habían pasado de moda, para consternación de Serefin, y Nadya llevaba lo mínimo, con una tira de encaje blanco atada sobre los ojos.

Serefin reconoció la forma lánguida en que se mantenía la muchacha junto al clérigo, el montón de pelo negro y los ojos azul oscuro que mantenían la atención de la sala desde detrás de la máscara de hierro que ocultaba todo el rostro menos una cuarta parte.

Un Buitre. El segundo al mando que no había sido visto en ningún sitio en meses. Serefin escaneó la sala. No había más Buitres a la vista.

Nadya levantó ligeramente la mano, haciendo un gesto a Serefin para que se acercara.

¿Los Kszęszi Ruminski ligados a una chica que debería estar muy por debajo de su atención y un Buitre primero? ¿O sufrir sin saber lo que el Buitre estaba haciendo allí toda la cena?

Serefin decidió transigir. Fue sólo diplomático.

Murmuró sus saludos a Ruminski y al chico sentado a su otro lado, al que no reconoció en absoluto, antes de dirigirse hacia donde estaba sentada Nadya, muy consciente de que debería ser al revés. Nadya debería acudir a *él*. Él era el rey. Eso rompía todo tipo de protocolo.

—Después de esto voy a tener que sufrir una conversación de lo más incómoda —dijo Serefin, apoyando una mano en el respaldo de la silla de Nadya e inclinándose.

—Pensé que hablar con los que querían deponerte era una mundanidad —murmuró Nadya.

—Lo *es*, pero… —Se cortó. Era inútil hablar de ese tipo de cosas con ella.

Nadya señaló al Buitre, pero Serefin habló antes que ella.

—Ya nos conocemos —dijo brevemente—. Dale mis saludos a Jen Eczkanję.

El Buitre resopló.

—Algo me dice que no querrá eso. Mi nombre es Żywia, y tienes razón, nos hemos conocido.

Serefin se quedó frío. Los Buitres no se limitaron a repartir sus nombres. Nadya miraba a Żywia con cautelosa curiosidad.

—¿De qué se trata? —preguntó. Miró con anhelo la copa de vino de Nadya. Necesitaba un trago—. ¿Te ha enviado él?

—Nos llevó algún tiempo, ya ves, poner todo en orden. Y no sé qué desorden ha ocurrido aquí en nuestra ausencia.

El estómago de Serefin se apretó ante «nuestra». Pero era imposible que estuviera allí. Nadya, que antes había estado jugueteando con su cuchillo para la cena, lo sostenía ahora con la práctica de alguien que podía hacer que la hoja desafilada matara sin dificultad. Parecía tranquilamente displicente, como si todos los días tratara con las altas esferas del culto más sangriento de Tranavia.

Bueno, consideró Serefin, *supongo que sí*.

—¿Quién ha decidido que lideren los Buitres? —Żywia preguntó—. No es que importe, que jueguen a ser líderes.

Serefin se había encontrado con un puñado de Buitres desde que fue coronado. Cada uno había afirmado gobernar en ausencia del Buitre Negro, y cada uno había desaparecido, para no volver a ser visto.

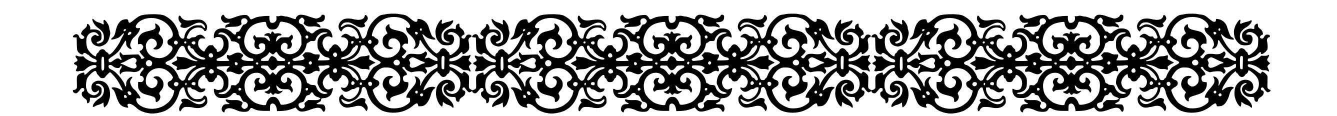
—¿Es esa la única razón por la que estás aquí?

Sacudió la cabeza.

—Hablaremos más tarde, Su Majestad. No soy más que un mensajero.

Serefin asintió, enderezándose y preparándose para volver a su asiento. Vio la expresión de Nadya mientras se alejaba.

Su agarre en el cuchillo se había endurecido.



4

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Lizavieta Zhilova*: Cuando el mago de sangre tranaviano Pyotr Syslo quemó su pueblo hasta los cimientos cuando ella era una niña, Lizavieta, concedida por la diosa Marzenya para vengarse, lo cazó y alimentó con sus ojos al lobo que rondaba sus pasos.*

Libro de los Santos de Vasiliev

—Tu historia está desgastada —dijo el Buitre despreocupadamente mientras cogía su vaso de vino.

Nadya se tensó. Cogió el tenedor para clavar un champiñón salpicado de eneldo y esperó a que terminara de masticar para contestar.

—No sé de qué estás hablando.

Żywia le lanzó una mirada irónica y de soslayo antes de quitarse la máscara de la cara. Nadya oyó unos cuantos jadeos escandalizados en la mesa.

La Buitre era inesperadamente encantadora. Su piel era suave y sus rasgos finos; una serie de cuidadosos círculos estaban tatuados en una línea que bajaba por su barbilla y se extendía por su garganta.

—Malachiasz no tiene secretos para mí, querida.

—Ya somos uno —murmuró Nadya.

—Me impresionó que llegaras tan lejos inicialmente sin que los *slavhki* hicieran agujeros en tu primer cuento. Fue una buena historia, aunque un poco macabra.

—Se le ocurrió a Malachiasz —dijo Nadya. Si el Buitre sabía que ella era kalyazi, no tenía sentido seguir mintiendo. Salvo que estaban en una cena de la corte y había decenas de oídos escuchando.

—Ese chico nunca deja de sorprenderme. Pero tu nueva historia, bueno… y emparejada con un momento tan *conveniente*…

Los ojos de Nadya se entrecerraron.

—No estás aquí para darme advertencias.

Żywia se encogió de hombros.

—No. ¿Advertir a Tranavia? Sí. ¿Pero a ti? No. —Levantó la mano, enroscando un mechón de pelo negro alrededor de su dedo índice—. Sin embargo, deberías preocuparte. Sólo he vuelto un día y los *slavhki* hablan. Hablan mucho de la *slavhka* con una historia sospechosa que está cerca del rey, pero nadie sabe quién es exactamente su familia.

Nadya tragó con fuerza.

—Sé lo que pasó —continuó.

Porque Malachiasz no tiene secretos para ella, pensó Nadya con amargura. *Pero a mí me mintió en todo.*

—¿Y?

—Y los rumores que difunden los *slavhki* se acercan peligrosamente a un cierto matiz de verdad.

A Nadya se le escurrió la sangre de la cara. La única razón por la que había durado tanto tiempo era porque la verdad era tan insólita que había sido engullida por un remolino de rumores aún más mundanos.

El pánico empezó a presionar su caja torácica. Miró a Serefin desde la mesa. Se veía miserable, sentado junto al hombre que intentaba quitarle el trono.

Su historia no estaba hecha para durar tanto. Había agujeros evidentes, lagunas claras en las que las cosas no tenían sentido porque ella estaba allí con unos papeles falsificados y una historia construida a la desesperada cuando todos estaban demasiado devastados para pensar con claridad.

—Cuando su corte se vuelva finalmente contra ti, ¿crees que tendrás la protección del rey? —Żywia preguntó.

Nadya necesitaba salir.

Żywia sonrió dulcemente.

—Has sobrepasado tu propósito, querida, eso es todo. Hiciste lo que se requería de ti y trajiste a nuestro Buitre Negro de vuelta a donde pertenece. Es hora de que te vayas. Considera que estoy siendo altruista.

El aire entre ellas se había enfriado, y la malicia se enhebraba en la voz del Buitre. Nadya pulgarizó la parte inferior de su cuchillo de la cena. La mirada de Żywia bajó a la mano de Nadya y su sonrisa se amplió.

—Según mis cálculos, sólo tienes unos días antes de que los *slavhki* se muevan para hacerte encarcelar en el mejor de los casos, y ahorcarte en el peor. Yo huiría, *towy dżimyka*.

—No me llames así —espetó Nadya, antes de apartar su silla de la mesa y salir a toda prisa de la habitación.

Se quitó el encaje de los ojos mientras caminaba, deseando poder arrancar también las galas. Arrancarlo todo y estar en otro lugar, en cualquier otro lugar, en casa. Pero ya no sabía dónde estaba su *hogar*. No tenía el monasterio al que volver. Y no había dioses que guiaran sus acciones.

—No es justo —murmuró. Metió la mano en el bolsillo y sacó sus cuentas de oración, que le habían sido devueltas después de meses de buscarlas.

Habían descansado en la mesa auxiliar junto a la cama de Malachiasz. Junto a su máscara de hierro y a un libro delgado que Nadya había cogido y en el que no había vuelto a pensar. Por supuesto, tenía sus cuentas de oración todo el tiempo, lo que hacía más fácil convencerla de que se podía confiar en él, de que la forma herética en que había usado la magia era necesaria.

Se las colocó alrededor del cuello, frotando su mano sobre las cuentas, y continuó hacia su nuevo escondite. Nadya había descubierto algunos de los secretos de Tranavia en su aburrimiento mientras estaba en Grazyk. Más allá del ala oriental, donde los suelos se volvieron menos pulidos y los sirvientes dejaron de aparecer con regularidad, había una vieja puerta. Su madera envejecida y polvorienta estaba tallada hasta el fondo con símbolos que Nadya no podía descifrar.

Abrió la puerta de un empujón, demasiado consciente de cómo el pasillo vacío se ahuecaba, y ella con él. Se estremeció. La habitación estaba a oscuras y mató el instinto de buscar sus cuentas de oración para hacer un hechizo de luz. Llevaba una vela en el bolsillo, fruto de algunas andanzas nocturnas que Serefin no debía conocer, así que la encendió.

Nadya se encontraba en una vieja y olvidada capilla. Giró lentamente, observando las líneas de iconos pintados en las paredes, santos y símbolos de dioses que conocía muy bien.

Y algunos que no conocía en absoluto.

Pasó junto a los bancos cubiertos de un polvo tan espeso que parecía tapizado. La parte delantera de la capilla albergaba un altar ornamentado, tallado con más símbolos que Nadya no reconocía.

Nadya había pasado mucho tiempo en esa capilla abandonada y aún no tenía nada que mostrar, pero eso nunca la detuvo. Seguiría rezando. Lo intentaría hasta que escuchara a su diosa una vez más.

Enrolló sus cuentas de oración alrededor de su mano, con el pulgar recorriendo la madera lisa, sintiendo los bordes ásperos de los iconos tallados. *No sé qué viene ahora*, rezó, como lo había hecho mil veces antes. Mantuvo el pulgar sobre el icono de una calavera. El icono de Marzenya.

Su diosa del hielo, del invierno y de la magia.

Y la muerte. Siempre la muerte.

Nadya había sido elegida para ser un instrumento de aquellos por encima de todos los demás.

Y Nadya había ignorado las llamadas de su diosa a la muerte cada vez que Marzenya le ordenaba matar a Malachiasz. Ella se había desviado de su camino y estaba atada a un monstruo. Y el silencio de sus dioses había seguido.

Lo que más la asustaba era el vacío. La sensación de que algo que siempre había sido cálido y estaba ahí, simplemente había desaparecido.

Lo que hice estuvo mal. Tomé el camino fácil cuando debería haber luchado. Debería haber… Nadya vaciló. Debería haber acabado con la vida de Malachiasz. Pero incluso ahora, ella quería traer de vuelta al niño tranaviano, no matar al monstruo. La herejía.

Sé lo que debería haber hecho. Los errores que he cometido son imperdonables. Por favor, no dejes que esto sea el final.

No esperaba una respuesta. Sin embargo, el silencio le punzó el corazón. No era una puerta que se cerraba como antes, era una oración enviada al aire vacío donde no había nadie para escucharla.

Marzenya no estaba escuchando.

Volvió a ponerse las cuentas de oración sobre la cabeza y se secó los ojos. Lo que *quería* era algo lo suficientemente grande como para tragársela y no poder seguir pensando, ni sintiendo, ni pasar el tiempo dando vueltas a que no sólo había fracasado, sino que eso era todo, era el fin. La magia que había conocido había desaparecido. No era más que una campesina que había matado a un rey y que sería colgada por ello.

Lo que sí sintió fue rabia.

—He pasado meses —susurró con dureza—, leyendo y rezando para que haya algo que pueda hacer. No he encontrado nada. Necesito tu ayuda. No entiendo cómo puedo ser la esperanza de Kalyazin en un suspiro y ser desechada como nada al siguiente.

Tenía referencias oblicuas a un solo clérigo en la historia que había pedido a los dioses por magia, físicamente, pero eso era imposible. Y en el

fondo del cerebro de Nadya, constantemente presentes, estaban los sueños que tenía de monstruos que eran algo más que monstruos.

Quería respuestas y puede que nunca las obtenga.

Allí no había nada para ella.

Había…

Se detuvo. Levantó la cabeza. El aire de la habitación se había espesado con su poder.

Ninguna de esas palabras era para ti. Lo lanzó como una cuchilla, en tranaviano. Su lucha no era para ser compartida. Especialmente no con él.

Una locura que la rodea como un depredador, que hace que su respiración sea demasiado rápida y que su corazón lata tan rápido en su pecho que cree que va a estallar.

La vela parpadeó donde descansaba en el banco junto a Nadya. La locura se desplazó. Se posó en un banco, observándola atentamente, pero cuando volvió la cabeza no había nada. Sólo parpadeos en el rabillo del ojo.

Ella no quería eso. Era demasiado pronto, había pasado una eternidad, no podía soportar tenerlo tan cerca. Podía sentir la incoherencia mutante del monstruo.

Lo que ella quería era sentir horror, ira, asco, cualquier cosa, cualquier cosa que lo alejara.

Pero Nadya tenía curiosidad, más que nada.

¿Puedes hablar? Tal vez no era más que su locura.

Hubo un ensamblaje de fragmentos antes de una chispa de claridad.

—Tak —respondió.

Una sola palabra, un sí tranquilo, pero su voz era un fragmento de hielo.

—*Siempre estás ahí, pajarito* —continuó lentamente—. *Revoloteando fuera de todo, pero no puedes ser atrapado. Trato de echarte fuera y sin embargo permaneces, irritante, inútil, revoloteando constantemente*.

Su voz era baja y suave y muy de Malachiasz, pero estaba enhebrada por el caos cuando se deslizaba silenciosamente por la parte posterior de su cabeza.

Por supuesto, cuando ella estuviera en su punto más bajo, él estaría allí para recordarle en qué otra cosa había fallado. Cómo no había visto su plan ni siquiera cuando lo expuso delante de ella, le había dicho que no era de fiar.

El corte en la palma de la mano le picaba y su corazón se apretaba dolorosamente. Nada de eso debería ocurrir.

Ese parpadeo en sus ojos cuando había huido de la capilla, la escoria que drenaba sus últimos jirones de humanidad. Él no la conocía. Ella no le

conocía.

Cuatro meses era mucho tiempo para vivir con el olvido. Era mucho tiempo para vivir con las sombras de todo lo que no había visto y no podía parar. Era mucho tiempo para vivir con el silencio.

Nadya suspiró. *¿Y qué consuelo te daría atraparme? ¿Disfrutas tanto de tu completa y absoluta soledad?*

—Los huesos de un pájaro son ligeros, se rompen fácilmente.

Mejor, entonces, consumirse solo en las sombras y aplastar todo lo que se acerque. Qué destino. Patética criatura.

Qué destino para el chico que se había ganado su corazón con tan ardiente lealtad hacia sus amigos. Era una de las pocas cosas que Nadya no consideraba una mentira. Parijahan y Rashid no habían sido peones en ese gran juego que él estaba jugando. Tal vez la condena a la locura aislante era lo que se merecía, pero había estado tan solo que ese era un giro del destino verdaderamente cruel.

Él empujó el hilo que los separaba, buscando un punto débil que ella no creía encontrar.

Seguro que puedes romperlo. ¿No eres muy poderosa? ¿No eres un ser de la divinidad oscura?

Lo estaba incitando; quería escuchar su voz, tan agitada y retorcida como sonaba.

—¿Quién eres?

Y aunque sabía que esa pregunta llegaría, la golpeó como un puñetazo en las tripas.

No importa, se las arregló.

Las piezas volvieron a ensamblarse, mientras su atención se convertía en curiosidad. Cuando la descartó casualmente como si no fuera nadie. Ella no tenía magia para que él se preguntara; una acólita campesina Kalyazin no podía mantener su interés.

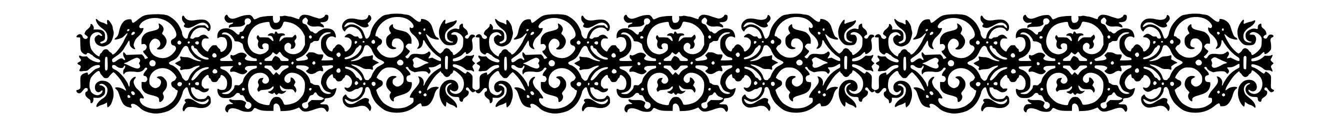
Ignoró la punzada de dolor al darse cuenta.

Maldito chico. Seguro que puedes ignorar a un pajarito irritante.

Cerró la conexión. Era imperfecto. Él volvería. Tal vez ni siquiera se había ido, pero la ominosa presencia en el aire se desvaneció lentamente, y con ella llegó su capacidad de respirar de nuevo.

Y la grieta en su corazón se hizo más profunda.

Huir de la capilla era como admitir la derrota. ¿Pero a quién quería engañar? No podía ayudar a nadie. Se frotó la cicatriz en la palma de la mano mientras caminaba. Quería que todo terminara.



Interludio

MALACHIASZ CZECHOWICZ

—Niño tonto, no te hablaré así. Despierta.

Malachiasz jadeó, y el mundo se volvió claro como si lo hubieran mojado con agua helada.

—Ah, ahí estás. Eso no fue tan difícil.

La boca le sabía a sangre mientras tragaba, desorientado, con la cabeza palpitando. No sabía dónde estaba… espera. La torre de la bruja. ¿Cómo estaba allí?

Parpadeó y se quitó las lágrimas cuando Pelageya se puso delante de él con una sonrisa irónica.

—A ti, *Chelvyanik Sterevyani*, te esperaban primero. Me has hecho perder una apuesta y eso no me gusta.

Intentó que no cundiera el pánico mientras su corazón se aceleraba en el pecho, buscando algo que le sirviera de base, pero no había nada.

—Te pregunté antes si esto valdría la pena —dijo contemplativa—. Te lo volveré a preguntar. Entonces podrás decirme por qué estás aquí.

¿Por qué estoy aquí?

Un fuego parpadeante proyectaba la habitación con una inquietante luz verde. Ese lugar era diferente a los anteriores. Goteaba de cráneos de criaturas tanto naturales como monstruosas. Una calavera de la que brotaban más cuernos que cualquier ciervo colgaba del techo. Parpadeó. También tenía más cuencas oculares que un ciervo.

—¿Me has preguntado eso? —Su voz era más débil de lo que le hubiera gustado. Todo estaba borroso, como si estuviera presionando a través de una niebla. Se frotó las sienes. ¿Por qué no podía recordar?

Había destellos, trozos; recordaba fragmentos. Era poco claro y confuso. Se aferró a un recuerdo completo y se aferró a él; Pelageya haciéndole esa

misma pregunta y el ceño de Nadya fruncido mientras intentaba encajar las palabras de Vatczinki en su comprensión tranaviana y se quedaba en blanco.

Nadya.

Infiernos.

Los rizos blancos de la bruja estaban atados hacia atrás, lo que hacía que las líneas de su rostro, muy desgastadas, se vieran con claridad. Llevaba un collar de dientes que repiqueteaba cuando se movía por la habitación. ¿Era ésta su torre? ¿O se trataba de otro lugar?

—Lo hice, querido muchacho, y debo decir que estabas muy seguro en tu respuesta, pero percibí un titubeo. ¿Valió la pena?

—Sí —respondió con firmeza.

Ella le miraba fijamente, sin pestañear. Él se obligó a permanecer quieto bajo el peso de su mirada.

—Tienes un aspecto diferente —dijo brevemente.

No quería saber qué significaba eso. Las garras de hierro que inclinaban sus dedos eran suficientes. Levantó una mano. Había sangre fresca bajo sus uñas.

—¿Y con qué nombre te presentas ahora, *sterevyani bolen*?

Sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—Mi nombre es…

—No servirá de nada —dijo suavemente—. Lo tendrás sólo un segundo, fugaz y trivial.

—Malachiasz —dijo con firmeza—. Me llamo Malachiasz Czechowicz.

Su sonrisa era lúgubre y eso despertó una ira en Malachiasz que no acababa de entender. ¿Cómo se atrevía a fingir que sus decisiones le importaban?

—Chico tonto —murmuró—. ¿Por qué vienes a mí?

Cerró los ojos y un escalofrío de horror lo recorrió. Debería irse. Coger lo que ella le había dado y huir.

—No es suficiente —dijo—. Pensé… No importa. Falta algo. *Casi* funciona, pero no es suficiente.

Ella resopló.

—Nunca será *suficiente,* ¿verdad? Te dejaron probar el poder demasiado joven. Esa familia tuya es una línea maldita; lo sabes, lo *sabes*. En algún lugar profundo de esas partes de ti mismo que has encerrado. ¿Qué pasará cuando no te quede nada? Estás cerca del límite, pero pronto caerás y no habrá más piezas que regalar por retazos de poder. ¿Qué harás con esa magia que atesoras?

Abrió la boca para hablar, pero ella lo cortó.

—Oh, no, no, lo sé, lo sé, ya ves. Espero a ver si tienes éxito donde todos han fracasado. ¿Visionario o loco? Tales ideales, y tal oscuridad, tal crueldad, combinados nunca son buenos. Una mente inteligente, muy inteligente, pero un corazón hueco que bombea sangre ennegrecida. Pero aún late, y mientras late puede romperse.

Se tensó.

—A menos que lo rompas primero… —Inclinó la cabeza, dando vueltas y mirando al fuego—. ¿Quién te detendrá? ¿Quién, en efecto?

No se le iba a detener. Ese era el horror; esa era la brillantez.

—La chica, el monstruo, el príncipe y la reina —murmuró. Pasó la mano por las llamas. Estas lamieron su piel sin quemar su carne—. Salvo que él es el rey y ella no es una reina. No es como lo preveía, todo lo rompiste a conciencia, pero hace que la canción sea más interesante. Más astuto, más inteligente, más fuerte de lo que esperaba, pero aun así se ajustan a las notas que se les dieron.

—Y la oscuridad, los monstruos, las sombras de las profundidades están despertando y tienen *hambre*. —Lo miró de reojo—. Lo mismo que dices dominar te destrozará, porque, sí, eres poderoso, pero también estás ciego a lo que te destruirá al final. Deberías tomar el poder que te has tragado y aceptar sus limitaciones.

—Una profecía de muerte. Qué pintoresco, de verdad, bruja —dijo secamente.

—No, no escucharías eso, ¿verdad? Muchacho arrogante, inteligente y tonto. Un día probarás el arrepentimiento. Serás reclamado por lo que más odias. Espera y verás. Pero tienes razón. No viniste a mí para escuchar sobre la perdición, viniste a mí por algo más. Algo que puedo dar que nadie más puede.

—O tomar —permitió.

Dio una palmada.

—¡O *tomar*! El chico se aleja cada vez más de lo humano y se amolda a la apariencia de un monstruo.

De repente estaba demasiado cerca, sus dedos se aferraban a su barbilla mientras le levantaba la cara.

—¿A qué sabrá tu arrepentimiento, me pregunto? ¿Será dulce o un veneno amargo? Tan confiado, tan inteligente, tan seguro de sí mismo.

—Tengo todas las razones para ser todas esas cosas. —Su voz no sonaba tan segura.

—Por supuesto. —No se dio cuenta del cambio, pero la bruja no parecía mayor que él. Sus rizos negros se movían en espiral alrededor de su pálido rostro; sus ojos negros eran inquietantemente afilados. Las arrugas ya no estropeaban su suave piel, y sus labios eran carnosos y oscuros. Los labios se dibujaron en una media sonrisa—. Hermoso, arrogante y poderoso.

Le pasó los dedos por la boca.

—¿Qué vas a hacer, *sterevyani bolen? ¿Chelvyanik Sterevyani? ¿Czącrnisz Swotep?* ¿Qué has hecho?

Se congeló. Llevaba demasiado tiempo despierto y todo lo que se había roto volvía a la superficie. Pelo pálido, manos ásperas, rasgos pecosos, una nariz arrugada por el pensamiento.

Una chica kalyazi con las manos empapadas de sangre, que se acercaba a él mientras él la alejaba. Ella le había dado tanto y él la había aplastado porque no era suficiente.

Odiaba a la bruja por despertarlo, por hacerlo recordar.

Se inclinó hacia delante. La bruja presionó su pulgar contra sus labios, separándolos hasta que su dedo índice rozó la punta de sus colmillos. Probó su sangre, lo que provocó algo en lo más profundo de su ser.

Un siseo de aire escapó de su pecho. La sonrisa de la bruja creció. Levantó la mano, con la sangre goteando por sus dedos. Tocó los cuernos que volvían a formar una espiral en su pelo.

—Qué fascinante paradoja eres —murmuró—. De nuevo pregunto, ¿valió la pena?

—Sí —dijo, su voz era poco más que un susurro.

Ella asintió.

—Sí. Y cuando se separen, cuando el niño y el monstruo ya no puedan reconciliarse, cuando se den cuenta de que han ido demasiado lejos y han alcanzado demasiado y se hayan deslizado en una grieta del mundo donde sólo habitan los horrores más oscuros, ¿merecerá la pena entonces? Qué cosa para reflexionar. Pero a ti no te importan las profecías de fatalidad.

Le cogió la muñeca, arrastrando su mano hacia la luz. La cicatriz en espiral de la palma de su mano, ¿había estado siempre ahí?

—Oh —susurró la bruja.

Ella tocó el centro de la espiral antes de que él tuviera la oportunidad de detenerla. La línea de su corazón se tensó y tembló como si alguien tratara de serrar a través de ella.

La bruja trazó la espiral, con un toque ligero como una pluma.

—Marcado por delante de su tiempo. Qué fascinante. Qué inesperado. ¿Cómo sucedió esto?

Había habido un *voryen*. Un aliento cálido en su oreja. Labios en un beso rápido contra su sien. Robando su poder de una manera que ningún mago debería poder. Sacudió la cabeza.

—Me pregunto qué cambia esto —reflexionó—. ¿Esto te arañará más rápido o te salvará? Aunque —rió—, no hay forma de salvarte. Maldito muchacho, criatura de las tinieblas, ¿qué horrores desatarás en el mundo bajo la apariencia de una protección benévola? ¿Qué destrucción bajo la mentira de la salvación? ¿A cuántos llevarás por tu terrible camino?

Se puso en pie, con temblores de ansiedad que sacudían su cuerpo. Pensó que se detendría, y se decepcionó al ver que no era así. Maldito niño. Pero la voz era diferente y le siguió un suspiro, melancólico. No sabía qué estaba recordando.

—Sería tan fácil —dijo Pelageya, observando su paso—. La puerta está ahí misma. Podrías detener todo esto. Podrías volver con la pequeña clériga, ser un buen rey monstruo y dejar de intentar cambiar las estrellas. Ella está cerca, muy cerca.

Se detuvo en seco, con el corazón en la garganta. Dejó escapar un largo y entrecortado aliento mientras miraba la puerta.

Podría detener esto. Abrir la puerta y pedir perdón por los miles de mentiras. Dar la vuelta. Ella lo perdonaría. Y si no lo hacía, su puñal en el corazón podría ser aún más dulce.

Pero no sería suficiente. Se alejó de la puerta.

Pelageya esbozó una pequeña y salvaje sonrisa. Y preguntó por última vez.

—¿Valió la pena?

Esta vez dudó. Un solo latido en el que no sabía, no sabía, *no sabía*.

¿Qué le había hecho a Nadya?

Faltaban muchas cosas, pero lo que no faltaba era la clériga kalyazi, cuyos puños ensangrentados se relajaron por la conmoción cuando él había cogido su mano y se la había llevado a los labios. La chica que apoyó su espada en su cuello una y otra vez y la dejó caer cada vez, encontrando algo en él que valía la pena salvar. La hermosa y exasperante pesadilla de una chica de la que no podía alejarse, incluso cuando cada giro de su cuerda alrededor de su dedo clavaba una daga más profundamente en su corazón.

No sabía cuándo sus planes de manipulación se habían convertido en sentimientos reales.

Odiaba a la bruja por haberlo despertado.

—Sí —gruñó.

Ella sonrió.

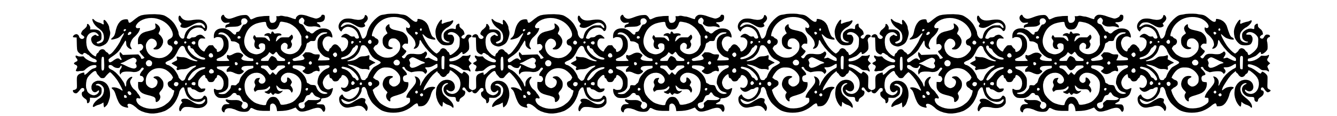
—Entonces te quitaré esa pesada y mortal carga. Te daré lo que deseas. Pero, oh, debes saber esto, *Chelvyanik Sterevyani*, que no hay vuelta atrás una vez que recorras este camino. Puedo tomar y retener esto de ti, pero si alguna vez lo quieres de vuelta el dolor será mayor que cualquier cosa que hayas sufrido hasta ahora.

Dejó caer un puñado de huesos en su mano.

—Esto sólo será el comienzo. Habrá más por venir.

No le dio más oportunidades de cambiar de opinión. Lo besó.

Y se hizo añicos.



5

SEREFIN MELESKI

Svoyatovy Aleksandr y Polina Rozovsky*: Gemelos nacidos bajo las lunas dobles de Myesta pero no tomados por ella como clérigos. Cuando fueron desgarrados por deporte por los magos de sangre tranavianos, sus almas espejadas partieron la tierra en dos y se tragaron vivos a los magos.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Kszi Ruminski se mostró perfectamente civilizado hasta que Nadya salió de la sala. Sus ojos la siguieron, oscuros y encapuchados. Żywia se encontró con la mirada de Serefin al otro lado de la mesa, sonrió con ironía y se levantó para seguir a Nadya.

—¿Es ése? —preguntó Ruminski, señalando la puerta por la que había desaparecido Nadya.

—¿Perdón? —Serefin hizo un gesto para que un sirviente le rellenara la copa de vino. No estaba lo suficientemente borracho para esto.

—El que elegiste después de que Rawalyk se fuera a la mierda. —Ruminski estaba muy pasado de copas y rozando la beligerancia.

—Eso pone lo que pasó mucho más delicado de lo que yo lo haría —respondió alegremente Serefin—. Y, no. ¿Querías que dijera que sí? No creo que asesinarla me ayude a encontrar a tu hija más rápido.

Ruminski frunció el ceño.

—El asesinato sería demasiado sencillo, *Kowesz Tawość*.

Serefin se tensó. Giró la copa bajo su dedo. Esperaba que fueran a por él, pero ¿Nadya? Si las cosas se volvían en esa dirección, no sabía hasta dónde llegaría para salvar a una chica kalyazi, incluso a ella.

—¿Oh?

—Su Majestad, se da cuenta de que ella no es quien dice, ¿no?

Serefin levantó una ceja.

—¿Estás diciendo que tengo una impostora en mi corte?

—Estoy diciendo que tiene algo mucho peor.

Ruminski creía que Serefin no tenía ni idea. Eso era bueno, al menos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Estamos en guerra, *Kowesz Tawość*.

Serefin nunca se acostumbraría a que lo llamaran así. Apretó los dientes. Tampoco se acostumbraría nunca a que le recordaran la guerra como si no hubiera pasado la mayor parte de su corta vida en lo peor de ella. Como si no hubiera podido dormir una noche entera durante años porque, si los horrores del campo de batalla no le quitaban el sueño, lo harían las cosas que había visto después. Había perdido a tanta gente que consideraba amigos a manos de los kalyazi, había visto cómo la guerra despojaba a Tranavia de sus recursos año tras año.

—Lo estamos —respondió, con un tono que claramente tomó a Ruminski por sorpresa—. Por eso necesito que mi corte me respalde y apoye mis acciones. Mi padre hundió este país en esta guerra; yo pretendo reconstruirlo. Debemos devolver a Tranavia su antigua gloria, ¿no estás de acuerdo?

Ruminski asintió amablemente con la cabeza.

—Por supuesto —dijo—, pero no sería prudente que se pusiera demasiado cómodo. ¿No es eso lo que le pasó a su padre, después de todo?

—No fue la complacencia lo que mató a mi padre, se lo aseguro.

—No, fue usted.

Serefin dio un largo trago a su vino antes de sonreír a Ruminski.

—¿Estás preparado para lanzar esa acusación?

—Más preparado de lo que cree.

Lo dudo. Serefin se recostó en su silla, apoyando el codo en el brazo.

—Mi padre murió por un experimento de magia que llevó demasiado lejos. No es el primero que muere de esa manera.

—Las mentiras que has estado alimentando a la corte no van a satisfacer mucho más tiempo.

—¿Es una amenaza, *myj ksęszi*? —Preguntó Serefin con displicencia.

—La simple verdad, *Kowesz Tawość*. No soy la única persona que se siente de esa manera.

—¿A qué manera te refieres? Olvidas que cuando mi padre subió al trono lo hizo matando, bastante públicamente, debo añadir, a su padre.

—¿Es eso una admisión?

—No, porque yo no lo hice.

—Hay otros que están de acuerdo conmigo.

—¿Estar de acuerdo contigo en qué punto? No estás siendo muy claro. Todo lo que sé es que sospechas que he matado a mi padre, lo cual está muy bien, perfectamente tranaviano, si quieres, pero tú y yo sabemos que tal acusación no valdría contra la corona.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

Serefin tragó saliva. Tenía miedo de la verdad, porque la verdad era mucho peor y sería absolutamente suficiente para derribarlo.

—No deseo pasar a la acción, debes entenderlo —continuó Ruminski—. Pero haré lo que sea para recuperar a mi hija, y para mantener los intereses de aquellos que han depositado su confianza en mí. Así que, si no me devuelven a mi hija, haré lo que deba.

Kacper tenía una lista de nobles que se habían aliado con Ruminski. Tendría que verla después de esto; tenía la sensación de que podría conocer ya algunos de los nombres.

Ruminski se puso de pie.

—Buenas noches, *Kowesz Tawość*, espero que mi punto de vista haya quedado claro.

—En realidad no —respondió Serefin.

Ruminski se inclinó más hacia abajo, señalando vagamente la puerta por la que había salido Nadya.

—Su documentación es falsa. Es un fraude. Y, ¿*Kowesz Tawość*? Debe descansar un poco, no tienes buen aspecto.

El hombre se alejó a grandes zancadas. Serefin se levantó a toda prisa, huyendo de la sala antes de que algún otro *slavhki* pudiera acorralarlo. Estaba borracho. Estaba cansado. Y aún tenía que enfrentarse al Buitre.

Ruminski pensó que había orquestado la muerte de su padre, codicioso de la corona. El hecho de que Serefin siempre hubiera dejado perfectamente claro que el trono era lo último que quería no importaba. Tenía la sospecha de que se trataba de algo totalmente distinto: Serefin quería terminar la guerra.

Sus intentos hasta ahora habían sido infructuosos. Kalyazin se negaba a escuchar las conversaciones sobre una tregua y todos los enviados de Serefin volvían medio locos o no regresaban nunca.

A Serefin se le nubló el ojo izquierdo, más de lo habitual, y su visión se volvió tan borrosa que dejó de caminar, momentáneamente cegado. Su vista nunca era buena; iba por la vida con su entorno perpetuamente borroso, pero esto era diferente.

—*Podrías haberlo manejado mejor*.

A Serefin se le escapó un gemido y cerró los ojos. Cuando los abrió, una visión nebulosa se había superpuesto frente a la vista de Serefin. Como si un ojo viera algo diferente al otro.

Había un bosque, oscuro, profundo y primitivo. Ominoso. Un lugar donde los árboles eran monstruosos y grandes, casi infranqueables. Era el dominio de algo antiguo, algo que había dormido durante mucho tiempo y que estaba despertando.

—*Hay un número de cosas que se despiertan, encontrarás*. —Y esa voz, *esa voz*. Serefin se estremeció. Se estaba volviendo loco, eso era todo. Estas alucinaciones eran la primera señal.

—*Tu continua obstinación es cada vez más cansina. Querías a la chica, pero, por desgracia, está demasiado enrollada entre los dedos de los demás*.

Serefin respiró con inquietud. Nunca había hablado con tanta coherencia. Esto era demasiado real.

El bosque se volvía más oscuro, la sangre se filtraba por entre las raíces de los árboles. El pánico se apoderó de él y se cubrió el ojo malo, esperando que el bosque desapareciera, y se sintió aliviado al comprobar que había desaparecido en los pasillos del palacio.

—*No es tan fácil* —dijo la voz—. *¿Crees que puedes vivir con un ojo cerrado?*

Serefin finalmente se quebró. *Sólo tienes uno. No tienes los dos*.

—*Todavía*.

Hizo todo lo posible por mantener la calma y continuar por los pasillos como si nada hubiera pasado, con una mano sujeta a su ojo. Pero algo había cambiado. Todas las cosas que había estado ignorando y esperando que desaparecieran no se iban. Eran cada vez más fuertes.

—¿*Kowesz Tawość*?

Serefin se detuvo en seco y casi chocó con un *slavhka* que estaba ante él en el pasillo, observándolo con cierta preocupación.

—¿Está bien?

Extendió una mano. El chico era más o menos de su edad y le resultaba vagamente familiar. El nombre le llegó unos segundos después: Paweł Moraczewski. Un *slavhka* que seguramente estaba alineado con Ruminski y no alguien que quisiera saber que estaba teniendo alucinaciones.

—Estoy bien —dijo brevemente.

Pasó por delante del chico, sabiendo que los rumores se extenderían como un reguero de pólvora en cuestión de horas. Entró tambaleándose en sus

habitaciones, bajando la mano y dejando que su ojo se abriera. Luego se dirigió a su gabinete de licores.

Cuando su puerta se abrió de golpe un segundo después, casi arrojó la botella que tenía en la mano contra la pared.

Era sólo Kacper.

—El Buitre quiere hablar contigo. —Dirigió una mirada bastante mordaz a la botella que tenía Serefin en la mano. Serefin se la ofreció sin palabras. Suspiró con fuerza—. Me abstendré.

—Bueno, no te hagas el remolón —respondió Serefin.

Kacper se rió.

—Vamos, la dejé con Nadya y me preocupa que se maten antes de que lleguemos.

Serefin lo miró fijamente.

—Sangre y hueso, estás borracho. Siéntate, Serefin.

Serefin frunció el ceño, pero dejó que Kacper lo sentara en la tumbona.

—He visto… —Se interrumpió.

Kacper se acercó.

—¿Qué? —Se agachó frente a Serefin, el calor de su mano descansando donde la de Serefin temblaba.

Serefin se enamoró muy repentinamente del profundo y oscuro color marrón de los ojos de Kacper y de la cicatriz que le marcaba la ceja.

Pero la atención de Kacper estaba en el ojo malo de Serefin y éste tuvo que luchar contra el impulso de ocultarlo. Sabía que era diferente. Su ojo izquierdo se había vuelto del azul oscuro de la medianoche, la pupila había desaparecido y sólo quedaba un destello de estrellas. Constelaciones que se arremolinaban y cambiaban, siempre cambiantes.

¿Qué había visto? ¿Qué era ese lugar? Kacper alargó la mano y tocó suavemente la piel bajo el ojo izquierdo de Serefin. Sus dedos se humedecieron con sangre.

—Eso es nuevo —dijo Serefin, con la voz entrecortada. Estaba extrañamente caliente, el lugar que tocó Kacper casi ardía. Debía estar más borracho de lo que pensaba.

Kacper asintió lentamente. Se limpió la mano y dobló un pañuelo en la palma de Serefin.

—Que no se entere nadie. —Serefin resopló. Si supiera la mitad.

—De todos modos, todos creen que estoy perdiendo la cabeza —murmuró Serefin—. Pronto lo sabrán. —Le contó a Kacper lo de Paweł.

Kacper parecía dolido.

Serefin se masajeó cuidadosamente la cuenca del ojo. La visión, y la voz, eran malas noticias. Kacper tenía razón, nadie podía saberlo. Incluso Kacper y Ostyia. Nadie.

Tal vez si salía del palacio, lejos de este lugar donde había sido asesinado, se le pasaría. Estaba demasiado asustado para decírselo a su madre, pero ella podría tener un consejo similar. El aire de Grazyk era agrio, la niebla tóxica que se cernía sobre la ciudad era espesa y pesada. Tal vez necesitaba alejarse. Se pondría bien.

No iba a huir. Estaba haciendo lo mejor para el reino. Ruminski tenía razón en un punto, Serefin estaba tan mal como parecía y no lo haría. Pero sería un giro peligroso dejar el trono sin vigilancia.

No creía que tuviera muchas opciones.

—¿Quiénes son los nobles que trabajan con Ruminski?

—Kostek, Bogusławski, Tuszynska, Moraczewska, Maslówski y Fijalkowski —dijo Kacper de memoria.

Serefin suspiró. Los Maslówski eran encuadernadores de libros de hechizos. Los Kostek eran comerciantes con un río comercial que utilizaba medio país. Todos ellos eran nobles con intereses creados en la guerra en curso. Ruminski obtenía beneficios gracias a la guerra, y aunque Serefin deseaba, desesperadamente, que los nobles de su corte no fueran mezquinos y codiciosos, sabía sin duda que lo eran. Por eso odiaba tanto la corte.

Se puso de pie, vacilando ligeramente sobre sus pies.

—Vamos a escuchar lo que el Buitre tiene que decir, entonces.

* * *

Żywia estaba sentada con las piernas sobre la mesa, con su máscara de hierro a los pies. Nadya se paseaba, extrañamente nerviosa. Ninguna de las dos reconoció a Serefin cuando entró en la habitación.

Esta iba a ser una noche larga.

—Ruminski sabe que tus papeles son falsos —le dijo a Nadya mientras se sentaba.

Pareció que iba a desmayarse por un momento, antes de que su expresión se endureciera.

—Te lo dije —dijo Żywia, cantando.

—Cállate —espetó Nadya.

—No sabe con certeza que eres kalyazi, no creo, pero lo sabrá. Lo sospecha —dijo Serefin—. Y cuando tú caigas, está por ver si yo seré el

siguiente, o si me perdonará.

El silencio en la sala era tan tenso que cuando la puerta se abrió ambas chicas dieron un salto. Ostyia se deslizó silenciosamente en la silla junto a Serefin.

—Por supuesto —continuó Serefin—, siempre podría culpar de todo esto a Malachiasz.

—¿Y arriesgarse a una guerra civil? —Żywia preguntó agradablemente.

—Esa es la cuestión, ¿no?

—Y me temo que no puedes permitirte eso.

Hizo un gesto de cansancio.

—No me va a gustar lo que tienes que decirme, ¿verdad?

—Absolutamente no.

—¿Esto viene de Malachiasz?

Nadya se estremeció.

Żywia negó con la cabeza.

—Tiene otros asuntos que atender.

—Eso es lo que dijiste la última vez, y esos «otros asuntos» estaban planeando asesinarme —señaló Serefin—. Un hecho que no he olvidado y del que me ocuparé a su debido tiempo.

Żywia le dirigió una mirada poco comprensiva.

—Los kalyazi han descubierto una forma de utilizar la magia de la que sabemos muy poco —dijo—. Es increíblemente eficaz, aunque su alcance parece limitado. No estamos hablando de un resurgimiento de los clérigos, sino de algo más. La magia tiene el mismo… —Agitó una mano, buscando la palabra adecuada—… sabor a magia divina, pero es ligeramente diferente.

Nadya fruncía el ceño y se frotaba la cicatriz de la palma de la mano. Tenía un aspecto extraño, recién infectado.

—Preocupante —murmuró Serefin—. Pero explica la reunión de Kalyazin.

—¿El qué? —preguntó Nadya.

Le había estado ocultando muchas cosas y no estaba seguro de lo que ella había averiguado por su cuenta. El hecho de que Kalyazin estuviera presionando con fuerza y Tranavia estuviera luchando por contenerlos no era algo que ella hubiera averiguado todavía, aparentemente.

No podía entender cómo Tranavia había pasado de estar a punto de terminar esta guerra definitivamente a su favor a luchar por evitar que los kalyazi atravesaran sus fronteras. Ninguno de los informes tenía sentido y algunos días estaba medio tentado de volver al frente él mismo.

Ignoró a Nadya.

—¿Cuando dices que la magia es efectiva…?

—Todavía no ha matado a un Buitre, pero ha estado cerca —dijo Żywia. Miró a Nadya—. ¿Deberíamos discutir esto delante de ella?

—¿Qué puedo hacer al respecto? —preguntó Nadya. Se sentó y apoyó dramáticamente la barbilla en la mano.

—Tú eres el enemigo.

—Estoy *agotada*.

Żywia lanzó a Nadya otra larga mirada antes de inclinarse hacia delante y dejar caer un puñado de huesos sobre la mesa. Nadya emitió un sonido grave en el fondo de su garganta. Serefin los miró con los ojos entrecerrados, tratando de descifrar su génesis.

—Son reliquias —susurró Nadya. Su mano se alargó para alcanzarlas, con los ojos extrañamente vidriosos, antes de que Żywia inmovilizara su brazo en la mesa con una jaula de garras de hierro.

Oh. Humano, entonces.

Żywia no rompió el contacto visual con Serefin, su rostro era difícil de leer.

—Continua —dijo Serefin.

—Los *Voldah Gorovni* han resurgido —dijo Żywia, todavía sujetando a Nadya a la mesa—. Ya sea por esta magia o porque los Buitres han estado más activos, no puedo decirlo.

—Activo porque su rey ha perdido completamente el control. —Señaló Serefin.

Żywia parecía querer discutir, pero asintió.

—¿Cuánto control tiene? —preguntó Nadya en voz baja.

—Es limitado. Su crisis de conciencia efectivamente fracturó la orden e incluso con él como está ahora…

Un parpadeo de disgusto pasó por el rostro de Nadya.

—… no ha sido suficiente para volver a crear los lazos rotos.

—Ha habido *slavhki* que han reclutado Buitres en el campo de batalla —dijo Serefin. Esos informes habían sido desconcertantes. Había una razón por la que no permitían a los Buitres en el frente. Eran imprevisibles y las bajas en los bandos tranavianos de aquellas batallas podrían haberse evitado fácilmente si los Buitres no hubieran estado presentes.

—Y los kalyazi están, sorprendentemente, reaccionando de la misma manera a la amenaza. Hemos estado a punto de perder unos cuantos por los cazadores de buitres.

—¿Esto es todo lo que has venido a buscar? —preguntó Serefin—. Es una información válida y te lo agradezco, pero me sorprende recibirla.

Żywia dudó, finalmente soltó a Nadya y se echó hacia atrás. Los dedos de Nadya volvieron a acercarse a las reliquias antes de sacudirse y apretar ambas manos en los puños. Żywia frotó la línea de tatuajes a lo largo de su barbilla con el pulgar.

—¿Por qué no hemos visto esto antes? —preguntó a Nadya.

—No funcionaron —respondió Żywia antes de que Nadya pudiera hacerlo —. No así.

—La magia está cambiando —murmuró Nadya.

Serefin frunció el ceño.

—Tranavia no sobrevivirá con mi orden dividida —dijo Żywia con cautela.

Tranavia dependía de la magia de sangre para todo, y los Buitres eran la máxima autoridad en materia de magia. Serefin había evitado pensar en las posibles repercusiones de su falta de liderazgo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Interceder? Algo me dice que Malachiasz se considera a sí mismo muy por encima de mi regla mortal.

—No, no se puede razonar con él —dijo.

—¿Entonces qué?

Señaló a Nadya.

Hubo un tiempo de silencio antes de que Nadya, que seguía mirando las reliquias, dijera:

—En absoluto.

Serefin frunció el ceño.

—Habló muy bien de ti —dijo Żywia, algo diferente en su tono. Se estaba desesperando.

Nadya se inclinó sobre la mesa.

—A. Mí. No. Me. Importa —dijo, con la mandíbula apretada—. Él construyó ese infierno para sí mismo, que se pudra en él.

—Entonces, ¿por qué te quedas aquí? ¿Qué sentido tiene quedarse en la capital de tus enemigos?

—Yo también me estoy pudriendo —dijo Nadya con rotundidad.

El Buitre hizo una pausa, antes de sonreír ligeramente.

—Así es. Bueno, fue un intento. Supongo, entonces, que he venido a advertirte.

—¿De?

—Se va a mover pronto.

Nadya se tensó y su mano se dirigió a un collar de cuentas de madera.

—No puedo decirte sus planes exactos…

—Increíblemente útil —dijo Kacper secamente.

Żywia sonrió, todo dientes afilados.

—*Literalmente* no puedo decírtelo porque tiene mi lealtad y, por tanto, mi obediencia.

—¿Por qué la advertencia? —preguntó Serefin—. No son especialmente magnánimos cuando se trata del mayor bienestar del país.

—Antes le importaba —dijo Żywia—. En algún lugar dentro de él todavía lo hace. No lo hice, no lo hago, pero te mereces una oportunidad antes de que él ataque.

Nadya palideció. Serefin asintió.

—¿No puedes decirnos a quién va a pasar primero?

Żywia abrió la boca y la cerró, sacudiendo la cabeza.

—Lástima. —Serefin iba a tener que tomar una decisión, y rápidamente.

—¿No es decirnos esto una traición a tu lealtad? —preguntó Nadya—. Además, no ha actuado contra nosotros en los últimos cuatro meses, ¿por qué iba a esperar tanto tiempo?

Żywia arqueó una ceja, esperando claramente la respuesta de Serefin.

La expresión de Nadya se cansó mientras ambos dudaban.

—No me digas lo que ha hecho. No quiero saberlo.

—No. No lo haces —dijo Żywia con rotundidad.

—No creo que tengas que preocuparte de que ataque contra ti, Serefin —dijo Nadya en voz baja.

Serefin no podía apostar la estabilidad de su reino por su suposición de que Malachiasz iría a por su pueblo, sus dioses, antes de intentar ocupar el trono de Serefin por segunda vez. Incluso si el siguiente movimiento de Malachiasz fuera contra los kalyazi, no pondría fin a la guerra, sólo empeoraría las cosas.

Kacper se movió de repente, distante, presintiendo algo. Se inclinó cerca de Serefin.

—Alguien rompió los hechizos fuera de tus habitaciones.

Mierda.

—¿Qué tan rápido puedes empacar tus cosas? —le preguntó a Nadya.

Su rostro se volvió gris.

—¿Por qué?

—Diría que tenemos un puñado de minutos, como mucho, antes de que un contingente de guardias que, francamente, Ruminski no debe controlar,

irrumpa para arrestarte. No tendrás un juicio; serás ahorcada inmediatamente. A partir de ahí, es probable que me acuse de albergar a una espía enemiga: ¿eres una espía?

Nadya, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

—Bueno, eso es bueno al menos. Sea como sea, esto se utilizará para quitarme poder. —Rozó una polilla—. Quiere a Żaneta y quiere que esta guerra siga agitándose. Y tú —enfocó sus ojos hacia Żywia—, la tienes a ella.

—No dejamos ir a los nuestros sin razón —dijo Żywia.

—Útil. —Serefin se puso de pie, haciendo un gesto para que Nadya lo siguiera—. Gracias, de nuevo, por tu información y tu advertencia. Pero si no puedes entregar la única cosa que realmente ayudará, supongo que nuestra conversación ha terminado.

Abrió la puerta de un tirón.

—No tengo ese poder —dijo rápidamente Żywia—. Tienes que pedírselo a Mal, el Buitre Negro.

Serefin hizo una pausa.

—¿Está en Grazyk?

—No. No sale de las minas.

Serefin cerró los ojos.

—¿Y es desde las minas desde donde atacará?

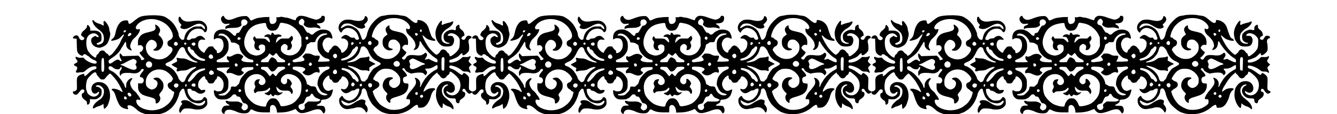
Żywia asintió.

Había algo que no se había dicho y que helaba a Serefin. ¿A qué, exactamente, se enfrentaba con su hermano?

Pero ya no había opción ante él; lo estaban empujando.

—Por supuesto. Supongo que le haré una visita.

Esto sería por el bien del reino. Esto sería para mantener su trono.



6

NADEZHDA LAPTEVA

¿Qué hay de Milyena Shishova? ¿Qué hay de la chica tocada por la diosa de la magia que trabajó bajo su pulgar hasta que un día se despertó y su diosa se había ido? Lo único que los dioses dejan atrás es la angustia.

Los libros de Innokentiy

Nadya tuvo que correr para alcanzar a Serefin.

—¡No hablas en serio! —dijo.

—Baja la voz —siseó, haciendo una pausa de sólo unos segundos para que ella se pusiera al día—. Esto es lo que vamos a hacer —dijo, con la voz baja—. Tengo que hablar con mi madre. Vuelve a tus habitaciones y preparate para salir. Enviaré a Ostyia por ti, ella te sacará del palacio.

—¿Por qué me ayudas?

—No lo sé —admitió—. Pero vas a venir conmigo a las Minas de Sal.

—*Serefin…*

—No tenemos tiempo —espetó—. Ve.

No quería descubrir lo que podría pasar si ese noble le ponía las manos encima. Ser kalyazi era una cosa, pero si se descubría que era una clériga, era un lío totalmente diferente. Se alegraba de marcharse, de verse obligada a abandonar el lugar en el que había dejado que la enjaularan a ella y a su culpa, pero de ninguna manera iba a ir a las Minas de Sal.

La cicatriz de la palma de la mano le dolía desde la conversación en el santuario abandonado. Se había ennegrecido de forma extraña, como si las venas estuvieran sangrando alrededor de la palma. Apartó la mano de la vista.

—Nos vamos —anunció en cuanto estuvo en sus habitaciones.

Parijahan estaba en el sillón del salón, con la cabeza de Rashid en su regazo. Estaba trenzando su pelo con pereza. Levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Saben que mi documentación es falsa.

Rashid se sentó, maldiciendo en voz alta.

Tardaron poco en recoger las pocas posesiones que tenían. Llamaron a la puerta, con demasiada fuerza para ser Ostyia, y Nadya se quedó helada, intercambiando una mirada aterrorizada con Parijahan.

La columna vertebral de Parijahan se enderezó.

—Tengo una idea —dijo—. Nos dará algo de tiempo. —Se desató la trenza, dejando que su cabello oscuro cayera en ondas sueltas alrededor de sus hombros, y se quitó los zapatos—. Detrás de la tumbona —le gritó a Nadya —. Quédate callada y fuera de la vista.

Se pasó una mano por el pelo y dijo algo fuerte en su idioma, abriendo la puerta de un tirón.

—Más vale que tengas una buena razón para molestarme a estas horas de la noche. No, no, no te atrevas a pasar este umbral hasta que me digas quién eres y qué quieres.

—¿Son estas las habitaciones de Nadzieja Leszczynska? —preguntó el guardia.

—¿Parece que me llamo Leszczynska? —escupió Parijahan—. Estás avanzando y te he dicho que te quedes atrás. Por favor, empújame más, me encantaría provocar un incidente internacional con Tranavia.

Nadya se acercó a la tumbona para ver qué pasaba. Un *slavhka* bien vestido, al que Nadya no reconoció, apartó al guardia de su camino. Desplegó un papel y se lo puso a Parijahan en la cara.

—¿Puede Tranavia resistir una guerra con Akola? —Preguntó Parijahan de manera uniforme.

El *slavhka* bajó el papel.

—Tengo una orden para Leszczynska, debe venir con nosotros de inmediato.

—Bien por ella. Ha encontrado las habitaciones equivocadas.

El hombre parecía desconcertado.

—Le aseguro que estos eran…

—Mi nombre es Parijahan Siroosi, Prasīt de la Casa Siroosi de Akola de los Cinco Soles, y si no te alejas de mi puerta en los próximos diez segundos, decidiré que la magnánima relación que ha florecido entre nuestros dos países termine esta noche.

Nadya se tapó la boca con una mano. Rashid se encontraba despreocupado, impasible, encaramado en el brazo del sillón, con las largas

piernas estiradas, con un filo que le recordaba a Nadya lo potencialmente peligroso que podía ser cuando lo deseaba de verdad.

El *slavhka* tartamudeó, sonando increíblemente nervioso, pero Parijahan se limitó a cerrarle la puerta en la cara. Esperó un poco antes de darse la vuelta, algo en su postura disminuyó.

—Tenemos que irnos —dijo, con la voz baja.

Nadya se subió al respaldo de la tumbona.

—Parj, qué…

Parijahan le hizo un gesto para que se fuera. Volvió a calzarse y recogió su mochila de donde la había metido en una estantería.

Nadya sabía que Parijahan pertenecía a una de las principales casas nobles, pero no tenía ni idea de lo importante que era la chica akolana.

Rashid se rascó la mandíbula.

—Tu familia sabrá que estuviste aquí en unos tres días.

—Lo sé —respondió ella en breve.

Se oyó un golpe mucho más suave en la puerta y Ostyia entró.

—Princesa, ¿eh? —fue todo lo que dijo.

Los ojos de Parijahan se cerraron.

—¿Podemos irnos?

—Claro, claro, *Su Alteza*.

Parijahan hizo que la otra chica se estrellara contra la pared con una daga en la garganta en un instante.

—No —dijo entre dientes apretados—, me llames así. Nunca. Otra vez.

Ostyia le sonrió con desenfado.

—Por supuesto.

Parijahan dio un paso atrás, agotada. Nadya buscó a tientas su mochila mientras Ostyia volvía a salir por la puerta, haciéndoles señas para que la siguieran.

La muchacha noble los llevó por los mismos pasajes traseros que Nadya había encontrado durante sus andanzas de medianoche. Podría haber escapado hace mucho tiempo si lo hubiera deseado, pero no, había esperado como una tonta.

Serefin y Kacper se reunieron con ellos en los establos del extremo norte del palacio.

—¿Qué vas a hacer con Ruminski? —preguntó Nadya.

—Mi madre ocupará el trono en mi ausencia —respondió Serefin—. Ruminski no se atrevería a dar un golpe de estado contra ella.

Kacper no parecía tan seguro.

—Siempre y cuando vuelvas pronto —murmuró.

Serefin parecía que iba a decir algo tajante, pero suspiró.

—Siempre y cuando vuelva pronto —repitió.

Rápidamente prepararon los caballos y cabalgaron hacia el suroeste. La ciudad se desvaneció y las aldeas de la periferia se convirtieron en nada más que un camino atestado a ambos lados de bosque oscuro y denso. Ostyia no dejaba de quejarse de que había sido demasiado fácil salir de la ciudad; Serefin se limitaba a poner mala cara. Y Nadya se iba a quedar dormida en su caballo y se iba a caer enseguida; nunca había sido especialmente buena montando.

Le dolía la mano y se resistía a quitarse el guante para estudiar la cicatriz. Hacía un frío cortante, impropio de la época, como si el invierno hubiera caído sobre la tierra y combatido tanto la primavera como el verano.

Se sintió aliviada cuando Serefin se apartó finalmente del camino para que pudieran dormir unas horas antes de volver a ponerse en marcha. Pensó que el ritmo vertiginoso al que se movían era innecesario hasta que Rashid señaló que Serefin no tenía ni idea de si Ruminski honraría la regencia de su madre.

—Efectivamente, has dejado el trono a esos buitres —dijo Rashid.

—La alternativa sería dejarlo en manos de los actuales Buitres —dijo Serefin—. Y siento una gran curiosidad por saber si Malachiasz sería un rey decente. —Dirigió la pregunta a Nadya, una espinosa indirecta.

Ella lo ignoró, y finalmente se quitó el guante y se frotó la palma de la mano. ¿El poder de Malachiasz estaba infectando la cicatriz? ¿Era lo que supuraba bajo la superficie?

Nadya había cometido un terrible error al dejarlo vivir.

Serefin sacó una petaca de plata del bolsillo de su abrigo y bebió un trago.

—Si me ocupo de esto lo antes posible, no hay nada de qué preocuparse —dijo con demasiada displicencia.

Tal vez Nadya había cometido un error al dejar vivir a Serefin también.

Rashid asintió lentamente, cuestionando también claramente la inteligencia de Serefin.

—Bueno, entonces, será mejor que terminemos esto rápidamente.

—Ese es el plan.

—¿Crees que vendrán a por nosotros? —preguntó Nadya.

—¿Tú? Probablemente. ¿Yo? Poco probable.

—No, *contratarán asesinos* para que vayan a por ti —murmuró Kacper, pero parecía preocupado.

Serefin miró a Kacper con desprecio y le quitó la tienda de campaña de las manos, dirigiéndose al otro lado del claro para montarla.

Nadya se acercó a Serefin mientras los demás preparaban el resto del campamento. Trabajaba con la soltura de alguien que ha hecho esto mil veces antes. Estaba sorprendida, sabía que era un soldado, lo había visto de primera mano, pero se imaginaba que el ejército lo trataba igualmente como a un príncipe y lo atendía de pies a cabeza.

Tras un largo silencio, habló.

—No puedo dejar que sigas tu camino.

—¿Puedes, exactamente, impedir que me vaya? —preguntó ella, sentándose cerca de él mientras hacía un montón con los palos de madera de la tienda y empezaba a montarla—. ¿Por qué no me entregaste a ese *slavhka*?

Se encogió de hombros.

—Estaría mal dejarte colgada por algo que apenas fue tu culpa.

—Me infiltré en el *Rawalyk* con la única intención de matar al rey —le recordó—. Y lo conseguí.

Se apoyó en sus talones.

—Lo hiciste.

—Yo también iba a matarte.

Se rió suavemente mientras se remangaba. Sus antebrazos estaban llenos de cicatrices, una historia de golpes fortuitos con una espada no tratada en medio de la batalla, cortes descuidados por la magia sin pensar en el daño que podrían dejar. Diferente de la dedicada y cuidadosa retícula de dolor autoinfligido que se había pintado en los pálidos antebrazos de Malachiasz.

—Me alegro de que no lo hicieras, aunque toda mi corte parece estar en desacuerdo. —Serefin terminó la tienda y se sentó a su lado—. No juego a sus juegos como ellos quieren —dijo. Se pasó una mano por el pelo, los dedos se engancharon en la corona de hierro martillado que aún descansaba sobre su frente. Se la quitó con un suspiro—. Esperaba que la corte, al menos la mayoría, quisiera que la guerra terminara. Me avergüenzo de mi *slavhki* al comprobar que no es así. —Se frotó la mandíbula, claramente incómodo—. Y los rumores no fueron fáciles de ignorar.

—¿Y crees que llevar a Żaneta a su padre los apaciguará?

—No tengo ninguna otra opción.

—¿Por qué parece que estás huyendo?

Le lanzó una media sonrisa.

—Porque creo que podría serlo. —Se puso sobrio—. Tengo otras razones para dejar Grazyk. El residuo mágico en el aire no era bueno para mí. Tenía…

—Hizo un gesto de desprecio con la mano—. Alucinaciones.

Nadya se quedó helada.

—¿Tú qué?

Se sacudió su preocupación.

—Nada más que la vieja magia. No estoy acostumbrado a estar tanto tiempo en Grazyk. El aire me afectó, eso es todo. Estaré bien ahora que estamos fuera de la ciudad. De todos modos, sé que no quieres ir a las minas, pero necesito tu ayuda.

—No sabes lo que estás pidiendo —dijo en voz baja. La boca se le llenó de humedad como si fuera a vomitar. ¿Qué quería decir con alucinaciones? Se había sentido un poco extraña cuando había llegado a Grazyk, pero el mal aire no la había molestado después de un tiempo.

—Dime —dijo con suavidad.

Sacudió la cabeza.

Frunció el ceño.

—Nadya…

—Vengan conmigo —dijo Parijahan, acercándose a ellos—. Les diré lo que necesitan saber.

Nadya dejó que Parijahan apartara a Serefin. No necesitaba conocer las profundidades de la traición de Malachiasz. No por ella.

Los sonidos de la suave voz de Parijahan explicando lo que había sucedido y de Ostyia y Kacper discutiendo sobre si debían encender una hoguera recorrieron el claro. Rashid se sentó junto a Nadya.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Es terrible que lo extrañe?

—No —dijo Rashid—. Yo también lo extraño. No tenemos que ir con ellos, sabes.

—No tengo otro sitio al que ir, Rashid —dijo ella, con voz suave.

—Vuelve a Kalyazin. Encuentra al ejército. Encuentra a Anna.

Su corazón se retorció. No era útil para el ejército. Y no sabía qué le diría a Anna si la volvía a encontrar.

—Sólo estoy cansada. Sigo pensando que tal vez haya pasado el tiempo suficiente como para seguir con mi vida, pero… —Sacudió la cabeza. No podía mencionar exactamente que podía sentir la presencia de Malachiasz *constantemente,* pero el sentimiento era el mismo.

—¿Por qué tú y Parijahan siguen aquí? —Ella cambió de tema. La idea de que se fueran la desesperaba y la ponía tan nerviosa que nunca se había atrevido a preguntar.

La oscura mirada de Rashid se dirigió a donde Parijahan hablaba con Serefin. Estaba tensa, con la mano cerca de la daga que llevaba en la cadera.

—No creo que haya terminado aquí —dijo—. Tampoco está preparada para volver a casa. Así que yo también me quedo.

Nadya siguió su mirada, ligeramente desconcertada.

—¿Tú y ella…? —Se interrumpió, sin saber qué estaba preguntando.

Se rió.

—No. No me va eso. Además, no soy del tipo de Parj. Mi familia estaba en deuda con la suya, pero hace tiempo que saldé la deuda. Es una estrella fría alrededor de la cual orbitamos todos, pero la quiero igual.

Serefin lanzó una mirada aguda hacia Nadya y ella se preguntó qué le había dicho Parijahan.

—¿No consiguió su venganza?

Rashid se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Espero que sí. Para este maldito y monstruoso país, seguro que lo espero.

* * *

Nadya tiró del primer reloj, apagando el fuego hasta las brasas y sentándose de espaldas a él, con la chaqueta que llevaba ceñida a su cuerpo.

No debería tener su maldito abrigo. Nadya arrimó la cara al cuello donde olía a él y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que su olor se desvaneciera. No debía pensar en él, sólo lo llamaría a ella, lo haría… Suspiró.

Y aquí estás.

—*Estás en un lugar diferente* —Sonaba curioso. Esta vez no había tardado tanto en ser coherente. Se preguntó qué significaba eso. ¿Qué era Malachiasz y qué era el monstruo?

Y tú estás exactamente en el mismo lugar. *Qué aburrido*. Una suposición fácil. Żywia había dicho que no dejaba las minas; era desgarrador. Una de las pocas verdades que había compartido era su miedo absoluto a ese lugar oscuro y terrible.

Un brillo de irritación.

No esperaba que volvieras, dijo. *Después de todo, me habían pesado y medido a fondo y me habían encontrado en falta. Dioses, debe ser frustrante. Para un ser de algún poder divino encontrarse ligado a un mortal sin magia*.

Lo que más odiaba de esta conexión, aparte de todo, era la sensación de que él estaba tan cerca de ella. Que se sentara cerca, con su esbelto y escuálido cuerpo plegado y sus largas piernas estiradas.

Pero no estaba. Sólo estaba ella, sola en la oscuridad de espaldas a un fuego moribundo.

—*¿No hay magia?* —Estaba desconcertado.

¿No dijiste que no tenía importancia?

—*Un error de cálculo.*

¿Lo cometiste?

Ese pequeño destello de irritación se convirtió en una llama. Se quedó callada. No debería provocarlo. Pero era tan fácil. Tomó esta cosa corrupta y de pesadilla entre ellos y la convirtió en algo casi familiar. Excepto que ella no debería querer eso. Tenía que encontrar una línea dentro de sí misma que no cruzaría.

El claro en el que acampaban no estaba lejos de la carretera, pero de repente les pareció que estaba a kilómetros de distancia. Los árboles eran demasiado altos, las ramas enjutas alcanzaban los dedos que se convertirían en una jaula y los atraparían dentro. La oscuridad ya no era natural, sino espesa, empalagosa y mortalmente fría.

¿Por qué has vuelto? preguntó ella, después de que el silencio entre ellos se volviera peligrosamente cómodo, incluso cuando el mundo a su alrededor se volvía más amenazante.

Ella era consciente de que él la observaba, o como quiera que se llame, a través de ese trozo de magia que los unía.

—*No lo sé* —dijo él, y ella se odió a sí misma por dejar que su determinación se debilitara.

Había caos y oscuridad en esa voz, pero también el chico solitario que se había aislado aún más por una causa infructuosa. Quería sentir la emoción de la justicia. Tenía lo que quería y se sentía miserable por ello. Pero, en cambio, anhelaba darle alguna medida de consuelo que no merecía.

Era demasiado fácil fingir, así, sin poder verlo, oyendo sólo su voz, que no se había convertido en algo horrible. Tendría que seguir buscando el lugar en el que finalmente se sintiera asqueada por lo que él era.

Bueno, no podemos seguir haciendo esto, ¿verdad? dijo ella. *Seguro que tienes cosas mucho más importantes que atender*.

Silencio. Era como si se contentara con mirar. Nadya lo encontró inquietante. No sabía cuánto estaba viendo él, cuánto de ella estaba viendo.

De repente se tensó, como un depredador preparado para atacar.

—*No estás solo*.

Nadya puso los ojos en blanco. *Por supuesto que no*…

—*Ella está aquí*.

¿*Ella*? A Nadya no le gustaba la esperanza que se encendía en su interior. Él tenía un vínculo con lo divino que ella no tenía, por muy retorcido y horrible que fuera.

—*Hay brujas, y está ella. No volveré a sufrirla* —dijo.

En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido. Nadya frunció el ceño, desconcertada, y miró hacia arriba, justo al rostro joven y pálido de Pelageya.

Ahogó un grito. Pelageya se llevó un dedo a los labios, sonriendo pícaramente.

—Hola, niña —dijo, extendió la mano—. Ven conmigo, hay algo que debo mostrarte. Eres la última, ves, y es el momento. Ya es hora. Ya es hora.

Nadya miró hacia donde dormían los demás. No estaba dispuesta a dejarlos desprotegidos, no cuando el aire se había vuelto tan malo a su alrededor mientras dormían. Y Parijahan había aceptado hacer la siguiente guardia. Se daría cuenta si Nadya no venía a despertarla.

—Oh, no, no hay opción aquí. —Pelageya agarró la muñeca de Nadya.

Y estaban en otro lugar.

Nadya se puso en pie tambaleándose, observando la habitación poco iluminada. Era la torre del palacio, excepto que la vista a través de las ventanas era de un bosque oscuro.

La habitación se estremeció. Nadya apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio.

—Oh, no te preocupes por eso. La casa se pone inquieta —dijo Pelageya.

—Tengo que volver —dijo Nadya.

—¿Por qué? ¿Volver a suspirar por el patético chico que te rompió el corazón, a un páramo de tu propia creación? —Pelageya se golpeó la nariz con un dedo—. No lo has sentido, ¿verdad? Lo que ha estado haciendo.

Nadya no había sentido mucho últimamente. Sacudió la cabeza. Nadya no estaba segura de querer saber adónde llevaría esta conversación.

La bruja miró a Nadya con una lástima que la puso furiosa.

—Para. Llévame de vuelta. No quiero esto.

—Oh, niña. Te he dejado para el final porque tu camino será duro y largo. Fervoroso, celoso y abandonado al final. ¿O tal vez no? O tal vez sí. Es tan difícil de decir con esos monstruos divinos que llamamos dioses. Es tan difícil ver qué es lo que te están haciendo.

Nadya agarró sus cuentas de oración, con lágrimas punzantes en los ojos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó en un ronco susurro.

Era preocupante que la bruja estuviera mucho más coherente que la última vez que Nadya la había visto. No sabía de dónde procedía el poder de Pelageya, esa fuerza del viento y la naturaleza y esa extraña magia. No sabía si era una magia a la que ella misma podía acceder. Había utilizado el poder al margen de la voluntad de sus dioses, pero cuando ahora lo buscaba, no había nada.

—Las cosas están despertando. Las cosas viejas, las cosas oscuras. Las viejas que han dormido durante tanto tiempo. Tú lo pusiste en marcha. Tú y ese Buitre.

Nadya abrió la boca para discutir, pero Pelageya le puso las manos delante de la cara.

—Tus intenciones no importan. Tú y el muchacho, aunque algo me dice que no se involucró tan voluntariamente, liberaron a Velyos de su prisión. Velyos ha encontrado un nuevo mortal al que reclamar. Despertará a los que se aliaron con él en su larga lucha contra el líder de tu panteón.

Nadya frunció el ceño. Su panteón no tenía un líder. No tenían un único dios por encima de todos los demás. Era más variado que eso, más amplio que eso. ¿Y qué quería decir con que Velyos reclamaba a alguien? ¿*A quién*?

Pelageya ladeó la cabeza.

—¿La pequeña clériga no lo sabe? Sí, una clériga, no me sacudas la cabeza, puede que seas un bicho raro, puedes bañarte en sangre y ser tocada por la oscuridad, pero no puedes esconderte de tu destino negando, de tu realidad tan fácilmente. Siéntate, niña, tenemos mucho que hablar.

Nadya se sentó tímidamente.

—¿Té? No les he ofrecido té a esos chicos. Qué par tan extraño y brutal son. Querían información o magia y nada más. Qué groseros. Está claro que su madre nunca les enseñó modales.

¿*Madre*? No sabía qué hacer con eso, así que lo guardó.

Pelageya se ocupó de un samovar.

—Sus tranavianos. El Buitre y el príncipe, o rey, supongo. El niño fundido de la sombra y el niño fundido del oro.

—¿Lo has visto? —susurró.

Pelageya levantó la vista.

—No importa. No contestes. Yo no…

—Te preocupas, pequeña kalyazi, y esa es tu debilidad. Podría ser tu fuerza, en otro tiempo, en otra vida. ¿Pero aquí? ¿En este mundo de monstruos y guerra? Te preocupas demasiado.

Nadya se mordió el labio inferior, tratando de alejar las lágrimas amenazantes. Tomó la taza de té caliente que le tendió Pelageya y la bebió lentamente.

—No sé qué debo hacer —dijo.

—Tienes poco tiempo, ya ves —dijo Pelageya—. Muy poco tiempo antes de que los cielos se desgarren y llueva todo ese fuego y condenación. ¿Crees que sólo inundará Tranavia? ¿Crees que tu preciosa Kalyazin se salvará?

—No importa —dijo Nadya con cansancio. Subió las piernas a la silla.

—Se rompe tan fácilmente por una travesura divina. —Pelageya chasqueó la lengua ante Nadya—. Qué pena, qué pena. Tenía tantas esperanzas en ti, niña. La salvación o la destrucción, capaz de cualquiera de las dos cosas, pero renunciar a ella echará por tierra todas las posibilidades.

Nadya agarró con fuerza su taza. No se sentaría aquí para que se burlaran de ella.

Pelageya tomó la mano de Nadya al pasar por su silla. Nadya protestó y trató de apartar la mano cuando Pelageya le dio la vuelta.

—Tú también —dijo—, pero lo tuyo es diferente.

—Robé su magia —dijo Nadya.

—Chica inteligente. Seguro que al Buitre no le ha gustado.

Nadya se encogió de hombros.

—Una cosa imposible. Pero debería haber esperado cosas imposibles de ti, considerando todas las cosas.

¿Qué se supone que significa eso?

—Tal vez esperar menos de esos ahora.

El dedo de Pelageya trazó la cicatriz ennegrecida de la palma de Nadya. Ella se revolvió.

—¿Poder sin explotar que se ha enconado, o algo más oscuro que ha estado esperando para salir a la superficie?

Nadya apartó la mano de un tirón.

—No conseguiste el fuego del infierno que te prometieron. ¿Y ahora qué?

—No quería el fuego del infierno…

—Oh, mentiras. Te dices a ti misma que tus opiniones fueron influenciadas por unos bonitos tranavianos, pero yo conozco la verdad de tu alma viciosa.

Nadya se movió incómoda.

—Conozco la verdad de la oscuridad que albergas.

—No sé de qué estás hablando —espetó Nadya. Sus palabras no significaban nada. La mujer estaba enfadada.

—Eso sólo empeorará —dijo Pelageya, señalando su mano—. Eso, y el silencio. No me mires así, chica, ¿crees que no lo sé?

—¿Me has traído aquí por alguna razón? ¿O sólo querías burlarte de mí?

Pelageya se rió.

—¡Qué lengua tan afilada! Si quieres respuestas hay un lugar al que puedes ir. Aunque tendrás que vigilar esa mano.

—¿Dónde?

—Eres una chica inteligente, seguro que has oído hablar de Bolagvoy.

El nombre le resultaba familiar pero no podía ubicarlo.

—¿En las montañas de Valikhor?

Nadya se burló. *Eso* lo sabía.

—¡Qué desconfianza! Olvidas que venimos del mismo lugar. Conozco mis códices y versos. Conozco mis santos. Conozco mis historias sobre Valikhor.

Nadya gimió.

—No puedo *pedir* perdón. —La sede de los dioses era una vieja leyenda, y por mucho que Nadya pensara que podría tener algo de verdad, nunca sobreviviría al viaje. Había surgido a menudo durante sus estudios solitarios en Grazyk, y finalmente había decidido no depositar sus esperanzas en los mitos.

Pelageya tiró de un rizo negro.

—¿No puedes?

—Sólo los divinos pueden llegar a la montaña. Bolagvoy está cerrado.

—Bueno, es una pena que no conozcas a nadie que haya probado la divinidad.

Su corazón se aceleró.

—No puedes hablar en serio. No se puede salvar.

—¿Salvar? No. ¿Regresar? Mmm, bueno, también no. ¿Pero posees la clave para romper la armadura de locura que ha construido a su alrededor? Posiblemente.

—¿Y de qué serviría todo esto? —gritó Nadya, poniéndose de pie, haciendo chapotear el té hirviendo contra su mano—. Maté al maldito rey, pero no pude detener la guerra. No puedo detener lo que sea que esté haciendo Malachiasz. No puedo *hacer nada*. No tengo nada. ¿Qué *quieres* de mí?

Pelageya se rió, con un extraño sonido chillón.

—No se trata de lo que yo quiera, niña. ¿Qué quieres tú? Tú que has vivido toda tu vida al capricho de los demás. ¿Es la libertad realmente tan

debilitante?

Sí.

—Quiero… —Nadya se lamió los labios secos. Quería oír la voz de Marzenya. Ella quería ver la sonrisa de Malachiasz y escucharlo reírse de sus chistes malos. Ella quería, tan profundamente, hacer la voluntad de los dioses. Quería *demasiado*.

Se restregó los talones de las palmas de las manos contra los ojos. Pelageya estaba tejiendo una red a su alrededor.

—No lo sé —susurró. Se había desenganchado y no podía encontrar el camino de vuelta—. ¿Funcionaría? ¿Ir a las montañas? —Odiaba lo esperanzada que sonaba.

Pelageya se encogió de hombros.

—Podría, no podría.

La falta de respuestas enigmáticas no iba a llevarla a ninguna parte.

—El bosque se lleva. Sacrificio, siempre sacrificio, ¿y es un sacrificio que estás dispuesta a dar? Quema, cambia, come. Tiene hambre, las cosas viejas tienen mucha hambre. Y el hambre, el roer, destruirá y devorará y te comerá viva.

Nadya cerró los ojos.

—Arrasará con lo divino como arrasará con la humanidad.

—Así que incluso si puedo conseguir que me ayude…

—Destrozará su mente y retorcerá aún más su cuerpo. Aniquilación para un ser como él. ¿Crees que vale la pena? ¿Su destrucción vale tu salvación? Qué elección. ¿Puedes amar a alguien y pedirle que se destroce por ti?

—Tengo que hacerlo —susurró Nadya.

Pelageya sonrió.

—¿Conocería un niño de Tranavia las historias? ¿Sabría que el bosque siempre tiene hambre? ¿Que lo miraría, divino y loco y roto, y *querría*?

Ella tendría que mentirle. Como él le había mentido a ella.

—¿Sabría un muchacho demasiado enamorado de su propio país de Nastasya Usoyeva y su corazón de oro y su lengua de plata, que sufrió las pruebas del bosque y miró los rostros de los dioses? —Pelageya continuó—. ¿A quién se le concedió el habla de los dioses sólo por la petición y la voluntad?

—Nadie puede sobrevivir mirando a los dioses —dijo Nadya con cansancio.

—Lo has hecho.

Nadya se quedó quieta. No lo había hecho. Había visto visiones de monstruos. Horrores, pesadillas, nada más.

—El sabor de la divinidad es un veneno dulce, pero veneno al fin y al cabo. Infecta, sanguijuela, destruye… bueno, consume. Como el bosque consumirá. Como esa mano tuya consumirá.

Nadya cerró los dedos. Nada de esto tenía sentido.

—¿Por qué me ayudas? ¿Por qué ahora? —No había tenido noticias de la bruja desde antes de que mataran al rey.

—Porque algo ha cambiado —dijo Pelageya. Le lanzó un objeto a Nadya.

Nadya lo tomó apenas. Una *voryen*, enfundada en cuero negro, con un mango blanco y pálido. La sacó de la funda. La hoja era del mismo tono marfil. Se quedó sin aliento. La *voryen* estaba tallada en hueso.

Le dolía la palma de la mano. Frunció el ceño y sintió un extraño pulso en la daga de hueso al enroscar los dedos alrededor de ella.

—Eso te comerá viva si se lo permites —dijo Pelageya, señalando la mano de Nadya.

—¿Qué es?

—¿Qué crees? El poder. Los monstruos siempre han dormido en los límites de tu mundo. Tu Buitre creó el velo que separa a tus dioses del mundo, ¿qué crees que ha hecho ahora con su poder?

La visión de Nadya se atascó.

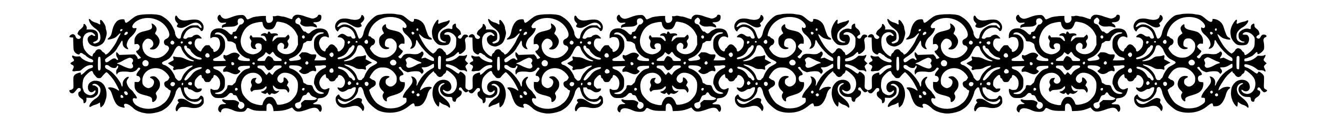
—¿Qué? —susurró.

Pelageya levantó la cabeza.

—Ah, se nos acaba el tiempo. Buena suerte, *koshto dyzenbeek*, *koshto belsminik*.

Cuando Nadya parpadeó, estaba sentada frente a una hoguera muerta, con el sol rozando el horizonte y la daga de hueso en el regazo.

—Bueno, demonios —juró.



7

SEREFIN MELESKI

Las aguas cantan. Omunitsa aúlla.

Códice de lo Divino, 188:20

—Estoy preocupado.

—Tú y literalmente todos los demás. —Serefin levantó la vista de su asiento. Habían cambiado los caballos por lo que sería el primero de muchos botes, supuso que para evitar a los asesinos, y sus piernas se movían por el borde mientras cruzaban uno de los cientos de lagos de Tranavia. Kacper estaba a su lado, con la angustia dibujada en las duras líneas de su cuerpo. Como si estuviera listo para salir corriendo. Los demás estaban bajo cubierta; era temprano aún, la luz de la mañana todavía era gris en el agua y estaba llena de sombras. Sólo el capitán del barco y su esquelética tripulación estaban cerca.

Kacper suspiró y se sentó junto a Serefin, casi apoyándose en él contra el frío. Serefin le ofreció su petaca y se sorprendió cuando Kacper la aceptó. No era una buena señal.

—¿Y si todo esto fuera una estratagema para sacarte de Grazyk? ¿Y si no tiene nada que ver con Żaneta? ¿Y si…?

—Kacper.

—Tu madre es de acero, pero sus nervios no lo son. Y, ¿qué pasa si…?

—*Kacper*.

—Vas a volver a ser derrotista, lo sé —se quejó Kacper.

—No es así. Todas tus preocupaciones son válidas.

—¿Entonces por qué estamos aquí?

Porque Serefin estaba viendo cosas que no existían, y tal vez si se alejaba de toda esa magia, dejaría de hacerlo. Porque Serefin estaba perdiendo la cabeza y no tenía mejor opción ante él que huir y esperar que pudiera buscar a Żaneta y arreglar las cosas.

—Me estoy… rompiendo —dijo, en voz muy baja—. Y tal vez no sea nada, pero creo que me pasó algo al morir.

—Además de todas las polillas que mastican tu ropa —dijo Kacper, con la voz tensa.

—Además de eso.

—Y tu ojo.

—El ojo es definitivamente parte del problema.

Y mientras Serefin hablaba, todo se transformaba a su alrededor.

—*Algo se está moviendo. Algo hambriento.*

Esta vez fue peor. Todo su cuerpo se puso rígido cuando lo golpeó una visión que no era una visión porque era más, real y justo delante de él. No estaba en este barco, ni siquiera en Tranavia. Estaba en otro lugar, un lugar que no lo quería allí y que lo destruiría si tuviera la oportunidad. La sangre goteaba por la corteza de árboles tan grandes que no podía ver a su alrededor. El repentino chasquido de las ramas era siniestro, tan lleno de una promesa de terror que se avecinaba que el corazón de Serefin se le clavó en la garganta.

Este lugar quería algo; su muerte, su vida, no lo sabía.

Algo se deslizó entre los árboles, cerca del suelo, y Serefin sólo vio el destello de unos dientes que goteaban sangre, demasiados para que la boca de la criatura pudiera contenerlos.

—*Cuanto más te acerques a mí, más fácil será. No puedes luchar, muchacho, sólo puedes someterte o ser tomado.*

La visión se apagó, y Serefin se quedó, respirando con dificultad, en la cubierta del barco. Kacper lo había arrastrado lejos del borde, con sus dedos agarrando la chaqueta de Serefin con tanta fuerza que pensó que la tela podría romperse.

—¿Están bien, chicos? —llamó el capitán del barco.

—Estamos bien —dijo Kacper, con algo que Serefin no podía distinguir en su voz. Era miedo.

—Serefin —murmuró Kacper. Volvió a introducir los dedos fríos en el pelo de Serefin, con la palma de la mano apoyada en el lado de la cara de Serefin—. Casi te tiras por la borda. ¿Qué fue eso?

Serefin resistió el impulso de apoyarse en la mano de Kacper mientras se apartaba y se ponía en pie. Era inútil que Kacper se preocupara; no podía

hacer nada para ayudar.

—Por eso —dijo, con la voz quebrada—, tuve que irme.

Pero lo sacudió la idea de que fuera lo contrario. ¿Y si cuanto más se alejaba de su casa, más fuerte se hacía esa voz?

* * *

—Tienes un plan, ¿verdad? —preguntó Nadya, con su frustración evidente mientras se acercaba a él.

Serefin estaba en la barandilla de otro barco, había perdido la cuenta después del susto que le había dado a Kacper, en gran parte gracias a la pesadilla despierta que era su vida, masajeando su ojo malo después de ver a alguien empalado en la cornamenta de un monstruo que no podía identificar. Las visiones se habían ido superponiendo poco a poco a su vista cada vez más, hasta hacerse inquietantemente constantes. Había llegado a temer estar despierto porque nunca sabía cuándo podrían aparecer las visiones, pero temía aún más el sueño.

—Planes es todo lo que tengo —respondió—. Queda por ver si éste funcionará.

Se bajó las mangas de la chaqueta por encima de las manos. Era una chaqueta militar tranaviana, y demasiado grande para ella. Serefin tenía la más remota idea de dónde la había conseguido, sólo una rama del ejército tenía charreteras plateadas y técnicamente nunca entraban en combate, pero no le correspondía preguntar.

Nadya parpadeó ante la nieve que caía a su alrededor. Extendió la palma de la mano y vio cómo los copos se derretían contra su piel.

Un sonido espeluznante surgió del agua, seguido de un golpe contra el costado de la embarcación, un golpe tan fuerte que ésta se inclinó precariamente hacia un lado.

Serefin y Nadya intercambiaron una mirada con los ojos muy abiertos. Se inclinaron sobre la barandilla, ignorando a Hanna, la capitana del barco, que les gritaba que se alejaran del borde.

El tiempo cambió en un abrir y cerrar de ojos, y lo benigno se volvió de repente feroz. El agua se agitó; la barca se balanceó tanto que Serefin temió ser arrojado.

Una fuerte mano lo agarró por el hombro y lo apartó de un tirón.

—Retrocede, muchacho —dijo Hanna bruscamente—. Si te caes, ellos te hundirán y entonces no habrá forma de salvarte.

—¿Ellos? —preguntó Nadya.

—*Rusałki* —dijo la mujer—. Hoy están enfadados.

El barco se agitó y cubos de agua helada cayeron sobre la cubierta. Hanna maldijo. Serefin buscó su libro de hechizos, pero Nadya le agarró la mano, negando con la cabeza.

—Enfoque equivocado, creo —dijo.

Kacper se inclinó sobre la barandilla cuando sonó otro golpe cruel. Hanna lo apartó rápidamente y le ordenó que bajara a cubierta con una mirada.

En medio del agua oscura y agitada, un destello de piel pálida se abrió paso.

—¿Estamos en peligro? —preguntó Serefin.

Hanna parecía insegura.

—Si hay suficientes de ellos allí abajo y quieren lo que hay en esta nave lo suficientemente mal, sí, pero eso no debería ser un problema. Normalmente nos dejan en paz.

Serefin no podía entender qué podían querer en la nave. El rostro de Nadya estaba mortalmente pálido. Hizo una mueca de dolor y se frotó la cicatriz en la palma de la mano antes de coger el collar que llevaba al cuello.

Una mano se estrelló contra el costado del barco, justo por encima del agua. La piel era enfermizamente translúcida, y unas largas y ennegrecidas garras se enroscaban en las yemas de los dedos. Las garras se clavaron en el casco del barco, astillando la madera. Una única y penetrante nota musical sonó sobre el agua, convirtiéndose en una melodía inquietantemente extraña.

Serefin miró tímidamente por encima de la barandilla. El rostro de una chica apareció bajo la superficie. Sus ojos eran negros como el carbón y demasiado grandes para ser naturales, lo suficiente como para que se notara que algo iba mal, pero eran los ojos más bonitos que Serefin había visto nunca.

Su cabeza salió a la superficie y su rostro cambió por completo. Tenía el pelo negro y enmarañado pegado a la frente, la boca demasiado hundida en las mejillas y, cuando sonreía, Serefin veía filas y filas de dientes diminutos y afilados.

Ella se lanzó. Lo hizo retroceder, sus dientes chasqueando a centímetros de su cara.

—Chico estúpido —murmuró Nadya, empujándolo.

Las garras volvieron a clavarse en la madera cuando la *rusałki* empezó a trepar por la borda. Decenas de brazos pálidos y desgarbados la siguieron, agarrándose a todos los lados del barco. Estaban rodeados.

—Llevo toda mi vida en las aguas y nunca los he visto actuar así —gritó Hanna, luchando por mantener la barca firme.

Serefin estaba de nuevo en la barandilla y no sabía cómo había acabado allí. Las garras se movían a centímetros de su piel. Sabía que lo hundirían y lo ahogarían, pero no le preocupaba.

—¡No! —Nadya lo apartó de nuevo, lanzando su mano mala hacia el *rusałki*.

El *rusałki* se congeló.

Se giraron, lentamente, en un solo movimiento, y miraron fijamente a Nadya. Su rostro estaba pálido, con la boca abierta. Encontró la mirada de Serefin, con pánico en sus ojos.

¿Qué tipo de magia tenía esta chica?

NADEZHDA LAPTEVA

La cicatriz le dolía, la oscuridad le apuñalaba en el centro. El corazón le retumbó en el pecho. Esto no debería estar ocurriendo. Algo estaba mal.

Parijahan se zafó fácilmente del agarre de un *rusałki*, su atención se fijó en la mano de Nadya.

Nadya dejó caer lentamente su mano y todos la vieron caer. Había un hilo de poder, uno que no reconocía, que la unía a los *rusałki* y no entendía qué significaba, pero lo sintió cuando se rompió. En el momento en que se rompió el control que tenía sobre los monstruos, estos volvieron a desgarrar el barco hacia las profundidades.

Flexionó la mano y cerró los ojos, con una extraña mirada de Serefin clavada en su espalda. ¿Qué era esa magia? Las garras de un *rusałki* le apretaron el antebrazo, con fuerza y dolor. La nieve se había convertido en aguanieve y golpeaba su piel en miles de frías bofetadas. La cadera de Nadya se estrelló contra la barandilla del barco.

Ni magia de brujas, ni magia de sangre, ni magia divina.

No había nada más. No había *nada más*.

¿Qué acababa de hacer? ¿Y podría volver a hacerlo?

El hilo que la unía a Malachiasz se movió: su atención estaba en ella, pero no importaba, no cuando esos monstruos iban a ahogarlos a todos, ¿y para qué? Hanna dijo que querían algo, pero ¿qué?

Con urgencia, tiró de ese hilo de poder, buscando más allá de la oscuridad. Un Rusałki clavó más sus garras en los brazos de Nadya y si no descubría cómo utilizarlo iba a morir. Todos lo harían.

Allí.

La cuerda se tensó y con ella llegó una emocionante oleada de poder. Un poder que ya había echado de menos; la forma era muy diferente de la magia que ella conocía.

Nadya puso su voluntad en ese poder. Se irían. No atormentarían este barco. No harían daño a nadie.

Déjalo ahora.

Todo se estremeció a su alrededor y Nadya dejó escapar un suspiro, las rodillas cedieron y la hicieron caer a la cubierta.

El silencio que siguió se prolongó tanto que ella esperaba que renovaran sus esfuerzos. Entonces todos los *rusałki* huyeron.

Serefin se apartó de donde casi lo habían tirado y se agachó frente a ella, con las polillas estallando en el aire a su alrededor.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—Estoy bien, gracias por preguntar —consiguió entre jadeos.

Él miró fijamente, sin divertirse. Los únicos sonidos provenían de la lluvia que golpeaba la cubierta, menos violenta que antes, pero tanto más helada.

Sangre y hueso. La maldición tranaviana surgió de forma imprevista. Nadya acababa de utilizar una magia imposible de definir delante del capitán del barco. Miró a la mujer, que estaba de pie cerca, observándolos con recelo.

—No voy a hacer preguntas —dijo Hanna. Se quitó el sombrero y lo escurrió, aunque seguía lloviendo, antes de volver a ponérselo sobre su cabello oscuro—. No quiero saberlo. Ha sido demasiado extraño para mí. Los *rusałki* son criaturas silenciosas, se llevan su buena ración de vidas, pero nunca me han hecho caso. —Sacudió la cabeza—. Hoy hay algo horrible en el aire.

No sólo hoy. Nadya frotó el pulgar sobre su cicatriz. La oscuridad reaccionó a su tacto y se estremeció. Parijahan se desplomó contra la barandilla, con la cabeza entre las manos.

—¿Estás bien? —preguntó Nadya, alarmada.

La respiración de Parijahan era rápida, con jadeos de pánico.

—Podría haberme ahogado —dijo, con la voz temblorosa.

Como su hermana. Se acercó a Parijahan, con cuidado de mantener la distancia, pero Parijahan apoyó inmediatamente la cabeza en el hombro de Nadya. Serefin las observó en silencio.

—Todo está bien —murmuró Nadya, pero la mentira le quemaba la lengua. No podía dejar de frotarse la cicatriz.

Estuvieron un rato sentadas bajo la lluvia, ya empapados hasta los huesos, así que no tenía mucho sentido moverse bajo cubierta. Parijahan tardó en calmarse.

—¿Qué es eso? —preguntó después de ver a Nadya trazar la espiral en su palma por milésima vez.

Todavía tenía el colgante de Velyos. Lo sacó de su bolsillo y se lo entregó a Parijahan.

—Era la única manera de conseguir el poder suficiente para hacer lo necesario —dijo lentamente—. Usando un viejo dios que exige sacrificios de sangre. Bueno, creo que Velyos es un dios. En realidad, no lo sé. Eso suena mal. Y lo que es peor, robé parte del poder de Malachiasz con él.

Todavía estaba demasiado cerca, el peso de su muñeca, pesada por la conformidad, el arrastre de la hoja sobre su palma, esculpiendo un reclamo sobre él contra el que tenía que estar luchando incluso ahora. ¿Por qué la había dejado?

Parijahan lanzó una mirada furtiva a Nadya. Serefin le arrebató el colgante y lo hizo girar entre sus dedos, con las cejas bajas de forma casi imperceptible.

Nadya pensó en lo que había dicho, y se rio de forma sorda y horrorizada.

—Oh, no —susurró.

—No es posible que tomes su magia —dijo Serefin con suavidad.

—Eso es lo que dijo Pelageya, también —susurró Nadya—. Pero lo hice.

Serefin negó con la cabeza.

—La magia no funciona así. Hay reglas…

—Oh, *suenas* como él.

Eso hizo que se callara rápido, pero no por mucho tiempo.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó Serefin, su sorpresa se convirtió en curiosidad, también como Malachiasz. Se estremeció. Los tranavianos y su fascinación destructiva por la magia.

—Siempre lo siento —dijo ella en voz baja—. A él —aclaró, bajando la voz.

Serefin parpadeó, sorprendido, pero Parijahan parecía preocupada.

Nadya miró entre ellos, presionando el pulgar contra el centro de su palma.

—No… no se sentía como su magia. No sé lo que era. —*No sé lo que me está pasando*.

—Me preocupa un poco más que seas constantemente consciente de la presencia del Buitre Negro.

Nadya se encogió de hombros sin poder evitarlo.

—Hice lo que tenía que hacer. Estas son las consecuencias.

—¿Significa eso que funciona a la inversa?

Nadya se mordió el labio inferior. No se atrevía a contarles las conversaciones.

—No lo sé —dijo finalmente—. Sé que es consciente de mí. No quién soy, sólo que estoy aquí.

Parijahan dejó escapar un suave suspiro. Serefin parecía enfermo. Se frotaba el ojo malo. Nadya se preguntó si le estaría molestando; no era la primera vez que lo veía favoreciéndolo.

—Bueno —dijo en voz baja—, esto cambia las cosas.

—¿Sigues empeñado en liberar a Żaneta de las Minas de Sal? —preguntó Nadya secamente.

—No hay nada más que hacer —respondió él, sonando tan impotente como se sentía ella.

—Podrías empezar por contarme lo que te pasó esa noche. Lo que realmente pasó —dijo Nadya. No le estaba contando toda la verdad, y tampoco esperaba esa cortesía por su parte, pero tal vez entender mejor lo sucedido ayudaría—. Sé que has muerto, Serefin. *Puedo verlo en ti*.

—¿Es este el momento para esa conversación?

—¿Cuándo mejor?

Suspiró. Kacper y Ostyia estaban bajo cubierta, sorprendentemente apartados de su rey. Hanna hacía tiempo que se había trasladado a la popa del barco, murmurando que sus «buenas damas nunca se comportaban así». Finalmente se sentó, cruzando las piernas por debajo de él. Abrió la mano y el colgante cayó de sus dedos, rebotando cuando la cuerda se enganchó en sus nudillos.

Se lo tiró a ella.

—No tengo la menor idea de lo que me pasó. —Se frotó el ojo, esta vez con más fuerza.

Nadya pasó el pulgar por encima de la talla. ¿Cómo la había encontrado Kostya, su viejo amigo travieso pero piadoso, en primer lugar? ¿Por qué había llegado hasta ella?

Cuando miró a Serefin, vio con horror cómo su mano se volvía roja de sangre. Le cogió la muñeca y le apartó el brazo. Serefin emitió un suave sonido de protesta, pero ella lo hizo callar.

Su ojo era de color azul noche, sin rastro de la pupila, salpicado de estrellas que cambiaban constantemente de constelación, pero el blanco era carmesí, como si todas las venas hubieran estallado. Había sangre goteando por el rabillo del ojo.

Su pulso se aceleró bajo su pulgar. Fue vagamente consciente de que Parijahan se marchaba, tal vez a buscar a los tranavianos, pero ellos no podían ayudar. Esto no era culpa de la magia de la sangre; el mal aire de Grazyk no lo estaba enfermando.

—¿Nadya? —dijo. Sonaba pequeño y perdido, como un niño pequeño que de repente se encuentra solo en el bosque. Le infundió un miedo absoluto en el corazón. Las polillas que le seguían crearon una frenética nube de polvo alrededor de su cabeza.

Emitió un sonido bajo y tranquilizador, y presionó con los dedos la piel de debajo del ojo. Estaba oscurecida, como si estuviera magullada, y la sangre también se acumulaba allí.

—No puedo cerrarlo —dijo, con el pánico enhebrado en su voz—. Se llevó este y ya no puedo controlarlo.

—¿Este?

Serefin no respondió. La pupila de su ojo bueno se había desvanecido, el anillo de hielo era sólo una astilla, la conciencia parpadeaba dentro y fuera. El sudor le llegaba a las sienes y su respiración se aceleraba.

—Serefin, ¿qué pasa? —preguntó Nadya. Se tragó el pánico.

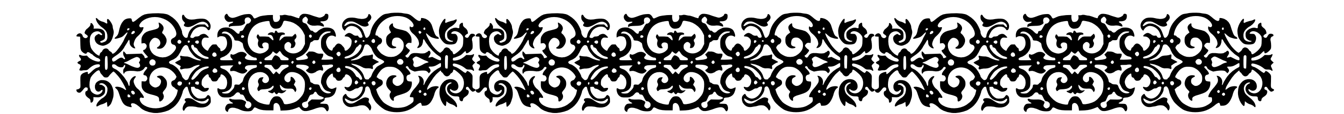
Una mancha negra se cerró de golpe sobre el ojo de Serefin. Kacper lo atrapó cuando se quedó paralizado y se desmayó. El rostro de Kacper estaba tenso y retraído y tan preocupado que a Nadya se le apretó el corazón. Ató el parche y alisó el pelo de Serefin antes de limpiar la sangre que ya empezaba a brotar por debajo. La delicadeza de su tacto hizo que Nadya se sintiera como una intrusa.

—¿Qué le pasa? —preguntó, volviéndose hacia Nadya.

Nadya negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Más vale que lo averigües y que lo arregles, kalyazi. O toda su palabrería para mantenerte con vida no servirá de nada porque yo misma te mataré.



8

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Zakhar Astakhov*: Astakhov estaba en comunión con las voces del bosque, algunos dicen que con Vaclav, otros dicen que con algo mucho más antiguo, otros dicen que no hablaba más que con el «leshy» quien finalmente tomó su mente y lo arrastró al bosque de Tachilvnik para darse un festín con sus huesos.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Había reconocido el símbolo del colgante de Nadya. ¿Era un dios kalyazi el que tenía el control de su ojo? Serefin pensaba que los dioses aborrecían la magia de sangre, de eso se trataba toda esta sangrienta guerra, ¿no? Y su visión le había parecido a algo que se podía alcanzar con magia de sangre.

Serefin había devuelto el parche a Ostyia, un poco deteriorado, después de que su último barco atracara y buscara nuevos caballos. Nadya le había inspeccionado el ojo y declarado que estaba bien, dadas las circunstancias, lo que él entendió como que ella tampoco tenía idea de lo que estaba pasando.

No había sido la visión lo que le había aterrorizado tanto como la impotencia que se había apoderado de él. No podía cerrar el ojo, no podía detener lo que estaba viendo. Apenas podía moverse.

Iba a perderse en esta cosa si no hacía algo al respecto. Y ahora tenía el estrés añadido de la preocupación de que la extraña conexión de Nadya con Malachiasz fuera a comprometerlo todo.

Żywia había venido por su cuenta, lo que significaba que Malachiasz estaba conspirando activamente para usurpar la autoridad de Serefin, o algo peor. Y, por desgracia, Serefin no podía matar a Malachiasz en las Minas de Sal, aunque quisiera hacerlo.

No sabía realmente cómo matar a un Buitre; sólo morían en circunstancias extraordinarias. Y él tendría que crear precisamente eso. Puede que los

Voldah Gorovni hayan resurgido, pero Serefin no podía ir exactamente a un grupo de cazadores de Buitres kalyazi y preguntarles las mejores prácticas para matar a los monstruos.

Hacía tiempo que habían pasado la última aldea que se atrevía a descansar cerca de Kyętri y la magia oscura que albergaba. El terreno era llano y los árboles estaban atrofiados, si es que tenían vida. La nieve que caía del cielo permanentemente gris lo hacía aún más sombrío. Serefin estaba acostumbrado a viajar en el frío, pero hacía tanto tiempo que el frío no daba tregua que se hacía insoportable.

—Sabe que estoy cerca.

La voz de Nadya sobresaltó a Serefin cuando acercó su caballo al suyo. Todavía llevaba la chaqueta, casi oculta bajo el segundo abrigo que llevaba. Llevaba una capucha sobre el pelo, el cuello de piel alrededor de los hombros escarchado. Sus manos se preocupaban por el collar de madera de cuentas de oración que llevaba al cuello.

Los demás habían quedado más atrás. Serefin miró por encima del hombro. Kacper parecía aburrido; Ostyia hablaba con Rashid, tan animada como siempre.

—¿Sólo tú? —se volvió hacia Nadya.

—Sí. No sabe quién soy.

—Incómodo.

Nadya arrugó la nariz.

—No es especialmente coherente.

Serefin levantó una ceja.

—Olvidé que estuviste inconsciente durante ese tiempo.

—Sé lo que hizo.

—Sí, pero es más difícil de entender si no lo has visto. ¿Cuál es tu plan?

—Tiene que reconocer mi autoridad, independientemente… —se interrumpió al ver la expresión de la cara de Nadya. Suspiró y se colocó el sombrero con más fuerza sobre las orejas.

—Te acabo de decir que apenas es coherente. Apelar al protocolo no te va a servir de nada.

—Nadya, lo que me gustaría es atravesarle el pecho con un cuchillo, sacar a Żaneta y acabar con él.

Se estremeció.

—¿Lo arreglaría…? —se llevó los dedos al ojo.

Se quejó.

—Estoy perdiendo la cabeza.

Se quedó pensativa.

—Posiblemente, sí.

Frunció el ceño. ¿Qué estaba esperando, qué ella no estuviera de acuerdo? ¿Esa chica que hablaba con los dioses regularmente? Era una estupidez.

Un destello de bosque oscuro, el olor de las hojas viejas y el musgo húmedo llenó de repente la nariz de Serefin, sacudió la cabeza, tratando de disipar la escena antes de que se convirtiera en una completa alucinación.

—¿Tienes un plan mejor?

—Voy sola.

Él entrecerró los ojos.

—¿Pensé que no querías ir *en absoluto*?

Estaba callada, contemplando el campo estéril salpicado de árboles muertos que acabaría conduciendo a una puerta al infierno. Había un buitre posado en un árbol cercano y Serefin no podía evitar la sensación de que los observaba, esperando para informar.

—No hay razón para que todos nosotros muramos ahí abajo —dijo.

—Qué noble —dijo Serefin con rotundidad.

—Soy increíblemente noble.

—Dime tu motivo, Nadya.

—No tengo que hacerlo.

Inclinó la cabeza hacia atrás, girando el cuello para mirarla. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —se enderezó en su silla de montar.

—Nada —dijo ella—. Necesito a Malachiasz para algo.

—Me acabas de decir que apenas era coherente y que si bajaba allí sería un desastre.

—Yo no he dicho *eso*.

—Lo has insinuado. Quizá deberíamos intentar confiar el uno en el otro —dijo y ante la incrédula burla de ella, continuó—. ¿Sólo un poco?

Ella sonrió al oír eso.

—¿Para qué lo necesitamos?

—Es complicado y muy religioso.

No consiguió disimular su desagrado. Se rió.

—No hay ningún *nosotros*. Sólo quieres a Żaneta como palanca para recuperar tu trono.

—Oh, no lo digas así.

—La dejaste con los Buitres durante meses y sólo vas a encontrarla ahora porque te es útil.

Tragó saliva. No podía discutir con ella.

—Los tranavianos son crueles —dijo.

Si mordía el anzuelo, ella nunca le diría lo que estaba planeando. Contuvo su creciente frustración.

—¿Para qué? —continuó suavemente—. Él cometió traición, Nadya, y tú eres técnicamente el enemigo; necesito saber qué estás planeando.

Tras unos segundos de silencio petulante, suspiró.

—Hay un lugar en Kalyazin que el mito dice que es la sede de los dioses. Voy a ir allí. Deja de mirarme así; sé lo que quiere hacer Malachiasz. Está rodeado por un bosque que sólo los divinos pueden atravesar.

Ante el confuso silencio de Serefin, continuó.

—Los dioses ya no me hablan. Y eso no te importa, bien… ¿pero esto? —Hizo un gesto hacia la nieve que espolvoreaba el suelo—. Y el ataque de los *rusałki*, los rumores de otras cosas, horrores, que emergen de la profunda oscuridad donde dormían. Se avecina algo, Serefin.

—*Algo se está moviendo. Algo está hambriento*.

Se estremeció violentamente.

—Eso implica que te voy a dejar ir —dijo.

—Lo que pienses de los dioses, no me importa. Pero hay algo en el aire y me propongo averiguar qué es y cómo detenerlo. No tienes que venir conmigo. Conseguiré a Żaneta para ti; tú toma tu trono de vuelta, tal vez detengas esta maldita guerra mientras estás en ello. Y me *dejarás* ir. Necesito ir a casa. Y necesito a Malachiasz para esto.

—Entonces, ¿crees que es divino?

—Creo que es un idiota. Pero ese ritual de tu padre consistía en convertirse, si no en un dios, en algo parecido, y creo que Malachiasz ha conseguido algo parecido. Él puede llevarme a donde necesito ir.

—¿Se lo has dicho a los demás? —dijo con su voz que salió tensa.

Nadya negó con la cabeza.

—Probablemente moriré allí abajo.

Serefin no quería que bajara allí sola, pero la perspectiva de tratar con su hermano, la palabra seguía siendo extraña y desconocida e incómodamente *correcta* para Serefin, no era algo que deseara hacer. No quería admitir lo mucho que deseaba dejar que Nadya se ocupara de este problema.

—Dime que tienes un plan, por lo menos.

—Hemos estado hablando, él y yo. Hay una grieta en su armadura.

—No escucho un plan.

—¿Porque tus planes han sido tan detallados? —ella puso los ojos en blanco—. Lo que sea que haya hecho… no creo que lo haya llevado tan lejos como esperaba.

—Me has perdido.

Se rió, sorprendiendo a Serefin, que nunca la había oído reír así. No era burlona, sino un sonido suave y fácil.

—Se destrozó a sí mismo, sí, pero si tuviera el poder de destronar a los dioses, bueno, ¿no habríamos visto ya los resultados?

No, si los dioses no existen, pensó Serefin con petulancia.

—*Oh, qué ilusión* —dijo la voz de la caña.

Levantó una mano y una gran polilla de color gris oscuro se posó en su dedo índice, con sus alas revoloteando y captando la luz mortecina.

—¿Crees que se puede salvar? —preguntó Serefin. Estaba dispuesto a jugar el juego largo. Así sería más fácil matar a Malachiasz.

—Difícilmente. Pero tal vez se ha recuperado una apariencia de coherencia.

—¿Y si no?

—Si no… —Nadya hizo una pausa. Miró al buitre que aún los observaba—. Entonces los Buitres finalmente lograrán aquello para lo que fueron creados y será el fin de los clérigos de Kalyazin.

—Pensé que querías que se pudriera.

—Yo sí —dijo Nadya con fervor—. Se merece cualquier pesadilla en la que esté metido. Pero él es el único que puede llevarme a donde necesito estar.

Cabalgaron en silencio durante un rato, hasta que los caballos, uno tras otro, empezaron a desistir, plantando firmemente sus cascos y negándose a seguir adelante. Serefin no podía culparlos, ya que no quería ir más lejos, y decidió a regañadientes dejarlos atrás.

—¿Aquí fuera? —protestó Rashid. Estaban a kilómetros de cualquier señal de vida, y los campos circundantes estaban secos y estériles.

—No soy un monstruo —dijo Serefin.

—Discutible.

Serefin lo ignoró, se cortó el antebrazo con la navaja que llevaba en la manga y hojeó su libro de hechizos. Arrancó una página, manchó la sangre de forma poco elegante y sopló las cenizas que siguieron hacia los caballos. Se mojó los dedos en la sangre y tocó a cada caballo, ligeramente, no había necesidad de ser sucio, en el flanco.

—Estarán bien. Llegarán a casa.

—Eso es una fuga para ti —murmuró Kacper, desaprobando—. Déjalo.

—¡*Tú* eres el monstruo! —exclamó Rashid.

Kacper puso los ojos en blanco.

Serefin se volvió hacia Nadya. Ella miraba el horizonte en dirección a las Minas de Sal. Deseó no tener que depositar tanta confianza en ella; necesitaba a Żaneta, y si ella fallaba, él perdería mucho más en esta empresa que ella.

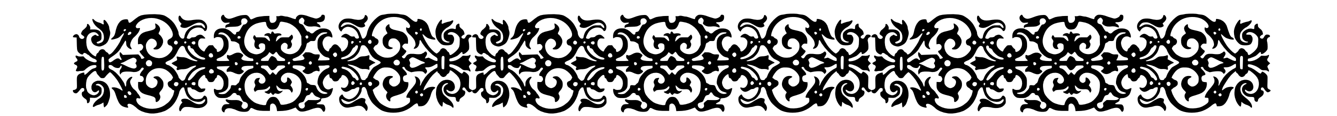
Un clérigo kalyazi y el rey de Tranavia. Enemigos jurados convertidos en aliados agotados. No había ninguna buena razón para su alianza fuera de la pura desesperación en este punto.

Serefin iba a dejar que lo intentara. Hacía falta mucho para matar a un Buitre. Y aún más para matar a Malachiasz, pero Serefin tenía la sensación de que ahora sería más difícil que si Nadya lo consiguiera.

—No hagas que me arrepienta de esto —advirtió.

Ella le lanzó una sonrisa melancólica.

—Ya me arrepiento de haberlo pedido.



9

NADEZHDA LAPTEVA

El sabor de la sangre a través de los dientes rotos y una promesa, un recordatorio de que nada dura para siempre. El hambre es eterna.

El Volokhtaznikon

Cuando se escabulló del campamento, los campos áridos eran espeluznantes con la oscuridad que los cubría. A pesar de lo alegre que había sido con Serefin, no tenía ningún plan. Tenía una esperanza y una oración y eso era todo. Con cada paso que daba se acercaba más a su muerte.

Resultaba inquietante lo discreta que era la entrada a las Minas de Sal. Comparada con la extravagancia de la catedral de Grazyk, ésta era siniestra en su quietud. Qué fácil sería para los desprevenidos tropezar con la sencilla choza y entrar en algo horroroso.

Qué fácil era para ella entrar en algo horrible.

—Y así el pajarito se arriesga al olvido —dijo, de repente, a su lado.

Nadya trató de no estremecerse al oír su voz. No logró esa contención. Mantuvo la mirada fija en la puerta tallada con símbolos, las marcas sangrientas pintadas en las paredes de madera.

—No me había dado cuenta de que habías salido de tus salones sagrados —dijo.

No mires.

Él resopló suavemente y pasó junto a ella. Ella dejó caer su mirada antes de que se fijara en él.

—Tú seguirás —dijo.

Se puso tras él, manteniendo la mirada baja, siguiendo las plumas ensangrentadas de sus pesadas y negras alas mientras arrastraban el suelo tras él.

No mires.

Dudó ante la puerta. La oscuridad tras el umbral era asfixiante. Esto era realmente entrar en el infierno. Era seguirle a un lugar del que nunca podría escapar.

—Has venido de lejos.

Nadya estuvo a punto de saltar al oír la voz junto a su oído. Una mano la agarró del brazo, empujándola en la dirección correcta mientras el mundo se volvía negro a su alrededor.

Żywia.

—¿Dónde está el rey? ¿No fue idea suya toda esta locura?

Hubo una pausa. Żywia acomodó un mechón de pelo errante de Nadya detrás de su oreja, el suave rasguño de sus garras de hierro rozando su mejilla. Cuando Nadya no contestó, Żywia se rió.

—Oh, esto es diferente, ¿verdad? Esto es sobre *él*.

El Buitre no había sido así en el palacio. ¿Fue este lugar el que los descompuso hasta sus partes más oscuras, dejándolos más monstruos que humanos?

—Querida, me alegro mucho de haber conseguido hablar contigo, aunque esto sólo va a acabar en miseria. Estoy deseando que lo intentes. Ven ahora, y no tropieces. Es un largo camino hacia abajo.

Żywia enredó sus dedos entre los de Nadya, el movimiento fue brusco.

—No se lo diré, no lo haré —dijo ella—. Está tan *desconcertado* por ti. Tan confundido, y no le diré que sabes lo que sabes. Inténtalo, *towy kalyazi*, lo que no se sabe es si lo conseguirás.

El Buitre condujo a Nadya por las escaleras.

Cuanto más bajaban, más frío hacía, y Nadya pensó que aquello no acabaría nunca. Estaría atrapada en esas escaleras, en la oscuridad, para siempre, y así moriría. Ella nunca habría logrado bajar sin Żywia y odiaba depender del Buitre.

Nunca se aclaró y por eso no pudo ver. El aire sabía a hierro, tenía un tinte metálico. La oscuridad era insoportable. Las cosas se movían en las profundidades de la oscuridad y ella no podía decir si las criaturas que se agazapaban en las esquinas de los pasajes laberínticos y se escondían en las puertas, con sus hileras e hileras de dientes, que *parecían* vagamente humanas, eran reales, o si su cerebro las estaba imaginando.

No sabía si Malachiasz, *Malachiasz no*, el Buitre Negro, estaba cerca o si la había abandonado a su suerte.

Algo gritó en la oscuridad y Nadya se quedó helada, jadeando. No había sonado humano, o lo había hecho, pero apenas, los últimos jirones que quedaban mientras los clavos de hierro arrastraban todo lo demás.

Żywia dejó de caminar, esperando que Nadya se moviera.

—¿Qué fue eso? —Nadya siseó.

—No quieres que te lo diga —dijo Żywia. Nadya pudo oír la sonrisa en su voz.

No lo sabía. No quería saberlo.

Su corazón latía demasiado deprisa, alojado en su garganta, y por mucho que tragara no conseguía que se moviera. No le entraba aire en los pulmones. Era como si no hubiera aire aquí abajo y fuera a asfixiarse mientras las paredes se cerraban a su alrededor. Żywia redujo la velocidad para evitar que Nadya se estrellara contra la áspera pared de piedra mientras el pasaje se estrechaba, dejando sólo una franja de espacio para pasar. Nadya nunca se había creído temerosa de los espacios pequeños, pero al introducirse en aquel pasillo no pudo evitar pensar que la estaban llevando directamente a una trampa y que las paredes se la iban a tragar viva.

Se concentró en la mano de Żywia en la suya, real. La respiración en sus pulmones, real. Los gritos cercanos, no eran reales. Incluso si lo *fueran*.

Empezó a caminar de nuevo y, *finalmente*, el pasillo se abrió en una gran sala del trono. Las antorchas proyectaban una luz enfermiza y pálida. Símbolos sangrientos salpicaban las paredes, huesos incrustados en el suelo, como los de la catedral, pero sin ninguna elegancia. Lo que esto hablaba era mucho más primitivo. El trono de este sucio lugar estaba tallado en hueso, con paneles de oro e incrustaciones de amatista. Era una construcción hermosa y aterradora, casi gemela a la que se encontraba en la catedral de Grazyk, que brillaba bajo la luz parpadeante.

No mires, no mires, no mires.

Pero sus ojos lo encontraron de todos modos.

Se sentó de lado en el trono de una forma que le resultaba dolorosamente familiar, con la pierna levantada sobre el brazo. Bajo su piel pálida se dibujaban venas negras. De su cuerpo sobresalían púas de hierro que goteaban sangre. Unas pesadas alas negras se apoyaban en el otro brazo del trono. Masticaba ociosamente el extremo puntiagudo de una garra con dientes de hierro afilados y brillantes.

Eso no era lo peor. Eso no era lo que hacía que su estómago se agriara y la bilis subiera a su garganta. Había algo que temblaba en sus bordes y que ella no podía ubicar. Como si todo en lo que se había convertido se hubiera

retorcido aún más oscuro mientras acechaba en las sombras. Había grietas en su piel, pero con un escalofrío, todo cambiaba. Cada vez que su cerebro lo rastreaba, sus rasgos monstruosos se alteraban. Un escalofrío. Unos ojos nuevos recorrieron sus mejillas y su mandíbula, abriéndose a intervalos. Un escalofrío. Dientes afilados abriendo la piel de su mejilla. Sus ojos se desdibujaron. Ojos en su frente, ensangrentados y pálidos en lugar de negros como el ónix. Un horror siempre cambiante y caótico.

La desesperación amenazaba con ahogarla. Esto era mucho peor de lo que había imaginado.

Sus ojos de ónice la recorrieron mientras ella evitaba desesperadamente encontrarse con ellos. Su pelo negro tinta era largo y enmarañado, enhebrado con cuentas doradas y trozos de hueso. La peor parte, el brillo que hizo añicos la frágil armadura que había construido a su alrededor, fue cuando el cambiante plano de sus rasgos se posó fugazmente en su rostro totalmente humano y dolorosamente bello. Transitorio, silencioso, desaparecido en un instante.

Sólo un monstruo.

Una lenta sonrisa se extendió por su boca, revelando dientes de hierro y toques de colmillos mientras la estudiaba de forma cuidadosa y cautelosa.

Tenía que hacer *algo*. Se inclinó.

—*Kowej Eczkanję*, estoy aquí para hacerte la vida imposible.

Ella no tuvo tiempo de enderezarse de su falsa deferencia. Él estaba al otro lado de la habitación, con la mano agarrando la parte posterior de su cabeza, tirando de ella hacia atrás.

—Es más fácil matarte ahora —dijo pensativo—. Toma.

—¿A diferencia de a través de un hilo mágico?, supongo que sí. Es más fácil para mí contraatacar —señaló.

Sus garras de hierro arañaron su cuero cabelludo. Sería tan fácil. Presiona un poco más y estará muerta. Tenía que hacer que la idea de su muerte no fuera tan convincente.

—Pero… —dijo ella, burlándose de su tono reflexivo—. Eso sería un final agrio para tu curiosidad.

Él le permitió enderezarse, moviendo su mano para inclinar su barbilla hacia arriba con una garra de hierro, forzando su cara hacia la de él. Ella había olvidado lo alto que era.

—Supongo que ya lo veremos, cariño.

Y en el cambiante paisaje infernal que era, vislumbró al asustado y solitario niño que se había hecho pedazos y buscaba algo, cualquier cosa, que

pudiera salvar los restos.

Una grieta en la armadura.

Una debilidad que Nadya puede explotar.

El Buitre Negro la dejó ir. Ella dio un paso atrás. La observó como lo haría un depredador, con los ojos afilados y la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó.

—Hay una *slavhka* que se incorporó a sus filas hace varios meses —dijo Nadya—. La quiero de vuelta.

Żywia miró con curiosidad al Buitre Negro, como si no tuviera idea de por qué Nadya estaba allí. Nadya no podía confiar en la chica, pero sí se preguntaba por qué el Buitre no le había dicho quién era. Frunció ligeramente el ceño, devolviendo la mirada de Żywia. Algo brilló en sus ojos de ónix.

—Oh, el *error*, por supuesto. Tráela, Żywia. Pero ten cuidado, hace mucho tiempo que no ve la luz.

El horror se instaló en lo más profundo de Nadya. En realidad, no había conocido a Żaneta, pero la *slavhka* la había tratado con bastante amabilidad cuando pretendía competir por la mano de Serefin.

Lo cual, consideró Nadya, le alegraba que el *Rawalyk* hubiera acabado en desastre. Ahora que conocía a Serefin no se le ocurría un destino peor que el de estar casada con él y había estado a punto de ganar toda aquella pesadilla.

—¿Qué es lo que necesitas con mi Buitre? —preguntó.

—Si es un error, no parece que te sirva de mucho —respondió Nadya.

Estaba cerca, levantando sus cuentas de oración con su garra. El tiempo era un círculo y Nadya tenía que revivir su pasado en una nueva y retorcida realidad. Un niño en la nieve, demasiado curioso para su propio bien. Un monstruo en la oscuridad, contemplando un rompecabezas. Sus ojos de ónice recorrieron los símbolos de las cuentas, un ligero ceño fruncido tirando de su boca.

—Magia de bruja y divinidad —murmuró—. Todavía no me has dicho quién eres, *towy dżimyka*.

Escuchar el apodo sin la calidez que Malachiasz ponía en él dolía más de lo que Nadya quería admitir.

—Tú tampoco. Supongo que estamos en paz —respondió ella.

Un parpadeo.

—Kalyazi, claramente.

—¿Oh? Pensaba que mi tranaviano era bastante impecable.

No lo era, Nadya lo sabía, pero su dominio del idioma había mejorado mucho desde que él había trabajado con ella por primera vez.

—Valiente de su parte, al pensar que saldría ileso de este lugar. O tonto. Estamos en guerra, pequeña kalyazi.

Nadya se encogió de hombros.

—Creía que los Buitres no participaban en la guerra. ¿Qué tienen que luchar? No hay más clérigos.

—Hay uno —dijo pensativo.

—Sí —dijo Nadya en voz baja—. Lo hay.

Él sabía lo que era. Incluso en su estado disperso, apenas coherente y sin alma. Su mente estaba destrozada pero no embotada.

—¿Me vas a matar?

Él frunció el ceño, pensando. No. Todavía no.

Todavía no.

—*No hay nada que temer de mí, Nadya —había dicho él, todavía no, que adornaba sus palabras*, pensó ella miserablemente. *Y lo ignoraba*.

Nadya se tensó cuando él se puso detrás de ella. La oscuridad de su presencia la rozó, y su miedo se elevó tanto que se mareó.

No debería haber venido aquí sola. El horror en blanco subió por su columna vertebral.

—¿Me dirás tu nombre? —preguntó.

—¿Me dirás el tuyo?

Su risa era baja y chirriante, un sonido doloroso.

—No tengo nombre —habló en voz baja, con la cara cerca de la de ella—. Soy más que eso. Más que todo. La oscuridad que hay que adorar, el veneno en los corazones de los hombres, la herejía, la sombra.

—Suena agotador.

—¿Por qué estás aquí? —continuó, arrastrando una garra por su mejilla, el roce lo suficientemente ligero como para que su carne no se abriera bajo el afilado hierro. Su aliento era caliente en su oreja—. ¿Por qué has venido apestando a magia de bruja y a santidad? ¿Para qué sirves si no es para que te arruine? ¿Qué valor tienen tus huesos si no es para ser aplastados?

—Oh, por favor, haz la pregunta de la que realmente quieres la respuesta.

Ella no era más que un pajarito y él era el buitre bestial que masticaba los huesos hasta hacerlos polvo y se tragaba el sol. Temerle era natural, era lo que él esperaba, y ella no quería darle esa satisfacción.

La hizo girar para que se enfrentara a él, con las manos ásperas contra sus hombros. Ella tuvo que bajar la mirada, el horror cambiante de su rostro era demasiado.

—¿La magia es tuya? —preguntó.

Le levantó la mano derecha de su hombro, girando la palma hacia arriba. Frunció el ceño; su cicatriz estaba limpia. Sin mediar palabra, se quitó el guante y giró su propia palma. Su cicatriz estaba ennegrecida, con venas oscuras que se extendían por la palma. Una de las venas había empezado a encajar en su dedo anular.

¿Por qué el de él estaba limpio y el de ella corrompido *así*?

Parecía desconcertado. Cerró los dedos en torno a su propia cicatriz, y su otra mano trazó la de ella con un toque casi suave.

—La magia no es mía —dijo.

Sus ojos se clavaron en ella.

—Pero tú sabes lo que es.

Ella había asumido que era el poder de Velyos, pero ¿y si no lo era? ¿Qué sabía él?

—No sé cómo romperlo

Ella tocó un trozo de hueso que se enhebraba entre sus oscuros y salvajes mechones de pelo enmarañados. Estaba demasiado lejos, pero no se apartó.

Necesitaba meter los dedos en la grieta de su armadura y abrirla. Tenía su nombre, sabía cuánto de sí mismo había atado a él, pero ¿sería suficiente? Tenía que querer que fuera un ancla. Tenía que querer ser Malachiasz Czechowicz.

De alguna manera, ella tenía que encontrarlo. Tenía que encontrar al chico y al mismo tiempo convencer al monstruo de que la dejara llevarse a Żaneta. Era una tarea imposible.

La tensión quedó suspendida entre ellos. Fue un descubrimiento inquietante, descubrir que ella no sentía el deseo de tomar su *voryen* y atravesar su corazón.

—¡Aquí está! —Żywia cantó, rompiendo el silencio mientras empujaba una forma encorvada y frágil hacia la sala del trono.

Nadya soltó un suspiro. El Buitre Negro se alejó, de vuelta a su trono, el momento entre ellos se rompió.

Żywia subió de un salto al estrado y se acomodó a los pies del trono.

—¿Qué quieres con ella? —preguntó. Como si Serefin no se lo hubiera dicho.

Nadya la fulminó con la mirada. Żywia negó con la cabeza, ligeramente.

¿La estaba ayudando o no?

Nadya se acercó a la forma arrugada de Żaneta. Le aterrorizaba lo que encontraría bajo la cortina de rizos inertes.

—Me han dicho que ha cometido una traición —dijo el Buitre Negro.

—¿Te lo han dicho? —preguntó Nadya—. Tú estabas allí.

Żywia la miró con los ojos muy abiertos mientras la expresión del Buitre Negro se volvía distante y confusa.

—¿Qué? —su voz se quebró sobre la única palabra, un niño perdido, desconcertado en la oscuridad hasta que fue arrastrado de nuevo.

Basta ya. Ella no debería separar a los dos así. Fue todo Malachiasz.

Nadya se encogió de hombros. Estaba claro que quería preguntarle algo más, pero en lugar de eso se encorvó en su trono, frunciendo el ceño casi con petulancia. Nadya se dio la vuelta.

—¿Żaneta? —susurró, asustada de alcanzarla.

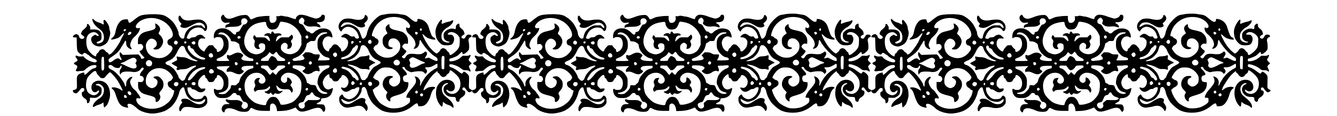
—Su dominio de su nombre es cuestionable —dijo el Buitre Negro. Apoyó la barbilla en la mano mientras observaba—. Su comprensión de la… *realidad* es cuestionable.

—Habla por ti —murmuró Nadya.

Captó la ceja fruncida del Buitre Negro y los ojos entrecerrados de Żywia. Estaba siendo demasiado familiar.

Nadya alargó la mano y se sobresaltó cuando unos dedos nudosos con uñas dentadas y rotas se cerraron sobre su muñeca. La cortina de pelo se abrió.

—Oh, cariño, ¿qué te han hecho? —susurró.



10

SEREFIN MELESKI

Desprende la carne, destroza el hueso y ve lo que da forma al corazón palpitante de un ser que una vez fue y ya no es. Velyos es un truco. Velyos es paciencia.

Las cartas de Włodzimierz

Serefin había aprendido muy pronto que hacer enojar a Ostyia sólo provocaría su sufrimiento, por lo que tendía a evitarlo a toda costa. Cuanto más trataban con Malachiasz, más inevitable era.

—¿Qué quieres decir con que la dejaste ir? —dijo Ostyia, con la voz nivelada

—No podíamos asaltar las Minas de Sal exactamente, ¿verdad? —respondió.

Cuando se despertaron y vieron que Nadya se había ido, Serefin se sintió más aliviado que otra cosa. No estaba preparado para enfrentarse a Żaneta, y Nadya había tomado la carga sobre sus hombros.

—¿La dejaste ir para hacer qué? ¿Recuperar a Żaneta?

Serefin asintió.

El ojo de Ostyia brilló.

—¿Y eso es todo?

—Lo que haga ahí abajo es asunto suyo. —Pasó junto a ella y avivó el fuego antes de buscar en su mochila algo para comer. Los akolanos se habían alejado para ver más de cerca la entrada de las minas, probablemente en su detrimento—. Deja de cuestionar mis decisiones.

Sus puños se cerraron.

—¡No puedes hablar en serio, Serefin!

—¿Tienes un plan mejor? —espetó.

—Ella va a traer a la persona que te *asesinó* cuando estamos teniendo un gran tiempo de tratar las cosas sin su intromisión, así que, sí, tengo un plan mejor. Pero no importa porque no es que me escuches nunca.

—¿Por qué debería escuchar a alguien que me ha mentido durante años?

Se le cayó la mandíbula.

—Nunca mentí —dijo fríamente—. No estabas exactamente preguntando por él.

Kacper observaba su pelea como si temiera que fuera a volverse contra él a continuación. Serefin no podía pensar en una sola vez que hubiera luchado así con Ostyia, pero no podía *soportar* que se cuestionara cada decisión que tomaba cuando todo se le escapaba de las manos.

No es de extrañar que nadie en Tranavia le tomara en serio. Nunca podía decir una palabra sin que alguien lo cuestionara.

—¿Estás *seguro* de que eso es lo que quieres hacer, Serefin? ¿No hay una mejor manera de manejar esto, Serefin? ¿Seguro que podrías tener un poco más de tacto, Serefin?

—Actúas como si te hubiera agraviado, cuando eres tú el que deja que el enemigo se vaya a balancear con la persona que te hizo matar. No puedo creer que haya tenido que decir eso *dos veces*.

—*No importa* —dijo Serefin—. No importa. La decisión está tomada y lo hecho, hecho está.

—Si tomas una decisión que es estúpida y que va a terminar en tu muerte, ¿realmente crees que no voy a tratar de detenerte?

—Es cada maldita decisión que tomo, Ostyia. No sólo las estúpidas. Es *todo*. No puedo hacer nada sin que me cuestiones.

Frunció el ceño.

—Los dos lo hacen —continuó Serefin.

Kacper se sentó más erguido, lanzando a Serefin una mirada herida.

—*¿Cómo puedes gobernar si tus subordinados te pisotean?* —dijo la voz, instalándose en la nuca de Serefin.

Necesitaba un trago. Pero la voz no estaba equivocada, exactamente.

—Sangre y hueso, por eso toda la corte piensa que soy un borracho débil, fácil de conspirar, ¿no? Porque dondequiera que voy ustedes dos están socavando mis decisiones.

—Serefin… —Kacper comenzó.

—O porque *eres* un borracho —dijo Ostyia.

Serefin cerró los ojos mientras la ira lo atravesaba.

—¡Ostyia! —dijo Kacper con brusquedad, tratando desesperadamente de evitar que esto se saliera de control.

—Nunca debimos irnos —continuó—. Tu madre no va a ser capaz de enfrentarse a Ruminski, y nadie creerá que te fuiste por tu salud, por cierto, otra cosa que a los *slavhki* les encanta cotillear. Y todos han decidido que estás tan loco como tu padre, pero al menos él sabía lo que hacía, porque tú claramente no lo sabes. Tienes razón, Serefin, te digo cuando eres imprudente, porque nadie más lo hará. Todo el mundo está esperando felizmente verte caer, y…

—Para —dijo Serefin, con la voz nivelada.

—*Esperando ver caer al joven rey. Esperando verle engullido por el enemigo del oeste. Un animal hambriento y esperando para atraparlo en sus fauces para que todo vuelva a ser como ha sido durante un siglo. Dará vueltas y más vueltas y tú habrás dejado que ocurra*.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Ostyia—. ¿Qué sentido tiene? A este paso no vamos a tener nada a lo que volver. Y el Buitre Negro te va a matar porque se lo vas a permitir.

—*¿De verdad crees que puedes librarte de mí, niña? ¿Eres realmente tan ingenua?*

—Para. —Serefin no sabía si le hablaba a la voz o a Ostyia, pero la palabra salió tensa y mordaz y tan contundente que se calló—. Es mi hermano —dijo finalmente.

Kacper dio un pequeño grito. Los ojos de Ostyia se abrieron de par en par por la sorpresa.

—No —susurró ella—. No, es tu primo.

Serefin negó con la cabeza.

—No se parece en nada a Sylwia ni a Lew y lo sabes. Sin embargo, se parece muchísimo a Klarysa.

Malachiasz era más alto que Serefin, más delgado, con la piel más pálida y los rasgos más afilados. Pero ambos tenían esos ojos pálidos como el hielo.

Sacudía la cabeza lentamente.

—Esto no cambia nada —dijo, pero estaba nerviosa.

—Bueno, sí, en eso, al menos, tienes razón. —Serefin se puso en pie. Ostyia dio un paso atrás—. No se puede cambiar lo que hizo. Sólo tengo que vivir con la agonía de preguntarme si podría haber hecho algo para evitarlo si hubiera sabido que estaba vivo durante los últimos *ocho años*.

Ostyia dio un respingo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Respiró con fuerza y no contestó.

Un pensamiento se deslizó y echó raíces. Era horrible y no estaba seguro de qué le había llevado a expresarlo, pero ya no tenía la sensación de estar hablando.

—Estabas celoso.

Negó con la cabeza con vehemencia, pero hubo un cambio en su postura, un golpe aterrizado.

—Eras el único amigo que tenía —dijo, con voz suave y a punto de romperse—. Después del ataque, después… —su mano se levantó y se dirigió a la cuenca de su ojo marcado.

Muchos niños nobles habían muerto en ese ataque. Serefin y Ostyia habían vivido. Nadie culparía al heredero del trono, pero Ostyia se había enfrentado al resentimiento que suponía ser uno de los únicos en marcharse.

—He tomado mi decisión. No me hablarás así —dijo lentamente, aún sin saber con quién estaba hablando—. Si vuelves a cuestionarme haré que te envíen de vuelta al frente en un recorrido que no tiene fin.

Y no sabía si era la vara de hierro en su voz, la forma en que había bajado a un zumbido sin tono, muerto, o las propias palabras, pero las lágrimas ardían en su único ojo azul. Apretó el puño, cargado de ira, y se alejó furiosa.

Un silencio nervioso llenó el campamento antes de que Kacper dejara escapar un largo suspiro.

—Lo que vayas a decir, no lo hagas —espetó Serefin.

Kacper levantó las manos. Seguía observando el lugar donde Ostyia había desaparecido.

—¿Es seguro que se vaya sola?

—¿Quieres ir tras ella? *Por supuesto*

Salió más venenoso de lo que Serefin pretendía. Su piel estaba demasiado caliente, el sudor le llegaba a las sienes. Buscó en su mochila la petaca.

Kacper se estremeció, pero sus ojos buscaron los de Serefin.

—¿Estás bien, Serefin?

—Deja de preguntarme eso —oteó los campos. Ostyia estaba lo suficientemente lejos como para que su miserable visión no pudiera verla—. ¿También vas a decidir lo que es mejor para mí? Porque yo tampoco te necesito.

—¿Sabes qué? Voy a ir tras Ostyia. No voy a ser tu saco de boxeo. Sigue adelante y bebe hasta morir.

Serefin se desplomó en el suelo con la petaca y lo vio partir.

* * *

El bosque estaba oscuro. Las hojas eran gruesas y pesadas, por lo que la luz de la luna no se filtraba entre las ramas, sino que sumía el sotobosque en una oscuridad total y completa. Una sombra se movía entre los árboles, demasiado rápido para poder verla bien. Había un gemido en la tierra, como si algo antiguo y vasto se despertara y saliera a la superficie desde abajo. Sopló un viento frío, con colmillos helados que mordían la piel de Serefin mientras éste se despertaba jadeando.

No sabía cómo había acabado en este lugar.

Ni siquiera sabía *dónde estaba*.

Serefin se dio la vuelta, buscando un camino que seguir para volver a casa, pero sólo había maleza y hojas muertas.

—*Bueno, tienes un talento inesperado para estar en dos sitios a la vez*.

Serefin se giró, reconociendo la voz. Alta, melódica, como de caña. No vio a nadie, pero había oído hablar a alguien.

—¿Qué quieres decir? —Serefin habló en voz alta. Al menos, pensó que lo había hecho. Se estremeció.

—*Quiero decir lo que quiero decir. Estás aquí pero no estás. No me sirve de mucho ahí pero ya vendrás con el tiempo*.

A Serefin no le gustó lo segura que sonaba la voz.

—¿Qué quieres de mí?

—*Oh, tu poder, tu estatus, tu mente inteligente y astuta. El reino de lo divino es vasto y de gran alcance, pero son los mortales quienes cambian este mundo, y los mortales verán nuestros caprichos convertidos en realidad*.

—¿Nos necesitas? —preguntó Serefin. Odiaba tener que reconocer a ese ser. Era tranaviano. Los dioses eran inútiles. Eso es lo que era, ¿no? ¿Un dios?—. Desgraciadamente, tengo mis propios problemas y no incluyen venir… aquí… —Serefin se interrumpió. Dondequiera que sea.

—*¿Cuánto tiempo crees que puedes correr, muchacho? ¿Cuánto tiempo crees que puedes sobrevivir mientras te tomo, pieza por pieza?*

El tono de la voz le heló hasta la médula. Serefin se tocó el ojo malo. El miedo a perder el control de su ojo era demasiado cercano, demasiado real. Tenía que salir de aquí.

—El tiempo que haga falta —dijo finalmente.

—*Ha pasado tanto tiempo* —dijo la voz—. *Tanto tiempo encerrado en una prisión creada por sacerdotes mortales. Tu mundo se ha convertido en*

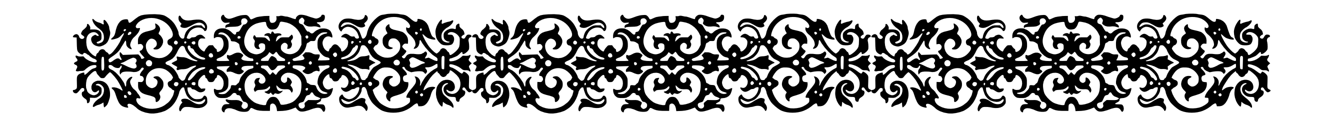
un lugar en el que los míos observan desde las sombras cómo construyes tus muros y tus velos y destruyes un equilibrio que ha existido desde el principio de los tiempos. Tu arrogancia es preciosa. Creéis que podéis controlar las estrellas, cambiar los cielos. Pequeños tontos. No puedes huir, pequeño tonto, no puedes esconderte de esto.

Serefin se cubrió los ojos. Si dejaba de ver el bosque, dejaría de estar en el bosque. Esto no era real. Estaba en el campamento fuera del nido del Buitre. Esto era un truco y nada más.

Se despertaría y Ostyia y Kacper estarían de vuelta y menos enfadados y Ostyia dejaría de acosarle. Todo estaba bien; todo tenía que estar bien.

Serefin se despertó con un jadeo.

Todavía estaba en el bosque.



11

NADEZHDA LAPTEVA

Sofka Greshneva era hermosa, trascendente. Fue tocada por Marzenya. Hasta que dejó de serlo. Hasta que no hubo nada. Hasta que sólo hubo silencio.

Los libros de Innokentiy

Nadya no sabía qué la perseguiría más tiempo: Los ojos de Żaneta, negros como el carbón, con el blanco tragado por la oscuridad, su piel oscura incómodamente cetrina, sus frenéticos sollozos, o que cuando había enseñado los dientes había habido hileras de uñas y colmillos de hierro.

Żaneta se había abalanzado sobre la mano de Nadya cuando se la llevaban, desesperada y con pánico. Su voz era confusa y equivocada, pero suplicaba a Nadya que no dejara que se la llevaran. La noble muchacha seguía allí en alguna parte, al igual que Malachiasz dentro del monstruo.

Żywia fue a conducir a Nadya fuera de la habitación, pero el Buitre Negro la detuvo.

—No —dijo suavemente—. Déjala.

Nadya respiró tranquilamente mientras algo sutilmente peligroso se movía.

—No tiene miedo, ¿no es curioso? —se encorvó en su trono—. No hay ningún olor en ella. Nervios, tal vez, pero no miedo. Que se quede, que vea —sonrió—. Que tenga miedo.

Żywia soltó a Nadya, haciéndole un gesto para que se acercara a un rincón; Nadya huyó de buena gana hacia él.

—De todos modos, tengo mejores cosas que hacer que lidiar con una bruja kalyazi, —murmuró, empujándose fuera del trono—. Dile a Tomasz que me traiga una nueva.

A Nadya le temblaban las manos. Se hundió lentamente en el suelo, llamando la atención de Żywia. La chica asintió mientras Nadya se deslizaba de nuevo en las sombras.

El nuevo, por así decirlo, era un hombre aturdido. Sus ropas estaban raídas y Nadya no podía decir si era tranaviano o kalyazi, pero no quería saberlo. Lo que estuviera a punto de sucederle no sería menos horrible por saberlo.

Żywia se agachó junto a Nadya.

—¿Qué está haciendo? —susurró Nadya.

—Siempre avanzando —dijo Żywia, observando al Buitre Negro con atención extasiada—. Siempre buscando el siguiente paso, la siguiente pizca de magia que lo haga más, mejor y lo más lejos posible de lo humano.

A Nadya se le revolvió el estómago. El Buitre Negro levantó la barbilla del hombre con una garra de hierro. El hombre se quedó mirando, sin ver.

—Sería mejor si estuviera más lúcido —murmuró el Buitre Negro—. Pero no estoy seguro de que hubiera sobrevivido a tanta magia introducida en él de otra manera, ¿crees, Żywia?

—Eso, y que se resista cuando se hace la extracción.

—Oh, pero la lucha es la mitad de la diversión —dijo distraídamente.

Nadya se tapó la boca, jadeando, cuando él clavó su mano con garras en el pecho del hombre, abriéndole las costillas, y le arrancó el corazón que aún latía.

Enterró la cara contra las rodillas, congelada por el terror mientras se reproducía una y otra vez detrás de sus párpados. Y los sonidos, *los sonidos*, ¿era peor que el hombre no hubiera gritado? Que no hubiera habido más que el crujido y el chasquido de los huesos y el sonido de la humedad mientras la sangre salpicaba por todas partes.

Podía *oír* el goteo de la sangre en el frío suelo de piedra. Oyó el ruido sordo del hombre al caer su cuerpo. Levantó la cabeza sólo un poco, para ver al Buitre Negro mirando el corazón, desapasionadamente contemplativo.

Sonrió, ligera y cruelmente.

—Ah, ahí está el miedo —lanzó el corazón a Żywia, que lo cogió, lo suficientemente cerca como para que la sangre salpicara a Nadya.

Todavía estaba caliente.

Se lamió la sangre de sus delgados dedos.

—No es perfecto —dijo—. Pero *es* algo.

Żywia, con menos entusiasmo, pero con la misma curiosidad, probó la sangre que cubría sus manos. Hizo un sonido suave y afirmativo.

—Siempre podría… tomarlo todo, supongo.

—Yo también acabo de cenar —dijo afligido, y su voz sonó tan parecida a la de *Malachiasz* que Nadya se sobresaltó.

Żywia le lanzó una mirada de reojo antes de devolverle el corazón. Se lo llevó a la boca y lo mordió.

Nadya se desmayó.

* * *

Nadya dejó que Żywia la arrastrara por los pasillos, demasiado oscuros para que Nadya pudiera escapar. Trató de bloquear los gritos, pero eran *constantes*.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó.

—Basta con saber que esta vez no soy yo quien grita —contestó Żywia sombríamente.

Nadya se había despertado casi inmediatamente después de desmayarse, pero el Buitre Negro había desaparecido. Sólo quedaba Żywia. Su cabeza latía con fuerza y su garganta estaba dolorosamente seca. Tuvo ganas de vomitar y tragó con fuerza cuando su boca se llenó de humedad.

—No te vas a ir —había dicho Żywia—. Él no te dejará. Pero puedes venir conmigo.

—¿Dónde?

—A donde tenemos a nuestros invitados, obviamente.

—¿Me estás ayudando o tratando de sabotear mis esfuerzos?

Żywia se rió.

—Estoy seguro de que se siente como ambos.

El Buitre llevó a Nadya a una habitación poco iluminada, escasamente amueblada. No era incómoda, sino ascética, de una manera a la que Nadya estaba acostumbrada, de hecho. El Buitre encendió una antorcha y la colocó en un candelabro de la pared. Cerró la puerta.

—Creía que el rey se ocupaba de esto —dijo—. Pensé que Malachiasz estaba recibiendo su merecido.

Nadya suspiró. Se sentó en la cama, repentinamente agotada. No es que fuera a dormir aquí.

—La situación cambió.

Żywia cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la puerta cerrada. Llevaba una túnica carmesí, con las mangas largas y raídas, sobre unos calzones negros.

La mano de Nadya buscó la empuñadura de la daga de hueso que llevaba al cinto.

Żywia puso los ojos en blanco.

—Me cuesta creer que hayas cambiado repentinamente de opinión.

No se trataba de los sentimientos de Nadya. Se trataba de ser pragmática. Si iba a descubrir lo que le corroía la mano, si iba a arreglar algo, necesitaba a Malachiasz.

—Eso es precisamente lo que ha ocurrido.

El Buitre la miró con el ceño fruncido, frotando su pulgar por los tatuajes de su barbilla.

—Todo lleva al mismo fin —señaló Nadya.

La mirada de Żywia se volvió distante.

—Lo que él es ahora es todo lo que estamos hechos para ser. Pero está tan disperso, su brillo se atenúa por el caos en el que está atrapado. Y egoístamente extraño a mi amigo.

—¿Un monstruo puede hacer eso?

—Los monstruos podemos hacer muchas cosas.

—Pero no crees que tenga éxito.

Nadya tampoco creía que lo haría, francamente, pero tenía que intentarlo.

—No lo sé. Sabía lo que estaba haciendo. Me alegro de que esté dispuesto. Y veré lo que puedo hacer con respecto a Żaneta, aunque no prometo nada. Es su decisión si se queda o se va.

—Gracias, es inesperadamente amable.

—No es amabilidad —dijo Żywia—. Eres kalyazi, querida, y esto seguramente significará un desastre para ti. Pero iré a buscarte algo de comida. Eso será una bondad.

—Entonces, gracias por eso.

* * *

Al día siguiente, se encontró vagando sin rumbo por los pasillos oscuros, consciente de que la elección podría acabar muy fácilmente con su muerte, pero incapaz de esperar hasta que Żywia la buscara.

—Dime… —apareció de la oscuridad, sobresaltando tanto a Nadya que desenfundó su *voryen*. Le dirigió una mirada divertida y despectiva, y sus rasgos se posaron en los de Malachiasz durante una fracción de segundo mientras empujaba la espada con facilidad hacia un lado.

Enfundó lentamente su espada y esperó a que él continuara. En cambio, él empezó a caminar por un pasillo adyacente.

Nadya dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿Decirte qué? —preguntó, trotando tras él.

—¿Por qué un clérigo se considera seguro para caminar por estos pasillos?

De repente, su espalda se estrelló contra la pared, su mano tembló al alcanzar su *voryen*, sabiendo que sería inútil si él golpeaba. Su corazón latía con fuerza, su aliento era rehén de sus pulmones.

Apoyó una mano junto a su cabeza. Ella pudo oír el arañazo de sus garras de hierro contra la piedra. La otra mano le levantó la barbilla.

—No estoy segura aquí —susurró—. No necesitas recordármelo.

El calor de su cuerpo la rodeaba. Sólo tenía que desplazarse ligeramente para que sus cuerpos se tocaran. Miró su boca, las venas negras de veneno que se asentaban bajo su piel. En una fracción de segundo, su estado de ánimo podría cambiar y ella podría ser empalada. Pero había un brillo curioso en sus ojos mientras la inmovilizaba contra la pared.

—Si te mato —dijo contemplativo—. ¿Sería todo? ¿Sería el final? —pasó una de sus garras por su mejilla.

—Lo sería para mí, sí —dijo ella, sin poder resistir la seca ocurrencia.

Ella no esperaba la sonrisa que se dibujó en su boca, ni la divertida perplejidad que se dibujó en su rostro. Tocó una de las charreteras plateadas de su chaqueta, con el ceño fruncido por los tatuajes de su frente. Había olvidado que llevaba su maldita chaqueta. Un ojo parpadeó en su mandíbula, goteando sangre.

Tras un largo silencio, se retiró, girando inmediatamente sobre sus talones y continuando por el pasillo.

Es, literalmente, tan insufrible como siempre, pensó mientras daba un paso tembloroso hacia adelante, dándose un respiro para recuperar el aliento. Seguía siendo exasperante, condescendiente y demasiado convencido de su propia importancia. Todavía no se había consumido.

Nadya se puso a su altura y trató de ignorar la pequeña media mirada que le devolvió y que era, de nuevo, demasiado parecida a la de Malachiasz. Tenía que mantener su esperanza en perspectiva. Los trozos del chico que amaba eran sólo eso, trozos dispersos.

El chico al que no debería amar.

Pero Nadya sólo podía pensar en el chico apoyado en la barandilla de un barco junto a ella, con su largo cabello atrapado por la brisa, bromeando sobre

cómo nunca había tenido a nadie en su vida que se preocupara lo suficiente por él. Revelando detrás de su apariencia frívola lo desesperadamente solo que estaba.

Su corazón astillado no le permitiría abandonar a ese chico. Incluso si lo necesitaba sólo para poder destruirlo.

No sabía a dónde la llevaba, cada pasillo era más horrible que el siguiente, y el pensamiento se instalaba como un revoltijo de serpientes en la boca del estómago. Consideró la posibilidad de preguntarle, como si estuviera con Malachiasz, que se tomaría todas sus preguntas con esa forma suave y ligeramente superior que tenía, pero las contestaría igualmente. Pero no le daría al monstruo la satisfacción. Finalmente, se detuvo ante una puerta anodina, y le devolvió la mirada subrepticiamente.

—¿Adónde me has llevado? —preguntó ella.

Se llevó un dedo a los labios, con una sonrisa.

—Paciencia, *towy dżimyka*, paciencia —un pinchazo de dolor la apuñaló.

Un grito resonó en el pasillo y Nadya dio un salto. Abrió la puerta y dio medio paso atrás, como si le sugiriera que entrara primero en la habitación, pero en lugar de eso se adentró en el espacio oscuro, su magia encendiendo antorchas cerca de la puerta.

Las sombras se ahuyentaron poco a poco mientras encendía cientos de velas por toda la sala. De alguna manera, Nadya sabía lo que iba a ver cuándo la oscuridad finalmente retrocediera.

—Tienes que dejar de llevarme a tus santuarios envenenados —murmuró en voz baja. Estaba encendiendo velas en un altar cubierto de sangre seca. Todo le resultaba demasiado familiar.

Observó lentamente los pilares de piedra, tallados con símbolos que no entendía. Una lámpara de araña hecha de huesos iluminaba el vasto techo abovedado, pero había un trasfondo de oscuridad que se agitaba en las sombras.

Un hilo de poder discordante la sacudió cuando se adentró en la habitación. Le picaba la mano.

—Son esos… —se detuvo, olvidando que no estaba con Malachiasz.

Le lanzó una sonrisa malvada. Demasiado parecido a Malachiasz.

—Sí —dijo, su voz enmarañada sonaba totalmente satisfecha consigo misma.

Huesos humanos. Precioso.

Cuando el resplandor ahuyentó las sombras, iluminó las paredes llenas de calaveras, con símbolos tallados en las frentes. Las lágrimas se le clavaron en

los ojos al ver cuánta muerte estaba presenciando en un instante.

La catedral del Buitre Negro había sido hermosa. Pero esto… esto no entendía el propósito.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella.

Tosió, violentamente, y se volcó. Cuando se enderezó, estaba mirando la sangre que cubría su mano. Un ojo se abrió en su mandíbula y lo presionó distraídamente, la sangre rezumaba sobre sus dedos.

—No lo sé —dijo finalmente—. Hay algo que falta.

Es un acto. Sabe cómo manipular, incluso así.

—No estás aquí por la chica —continuó. Volvió a toser, escupiendo una bocanada de sangre.

Esto lo está destruyendo. Ella lo observó con leve disgusto.

—No. ¿La dejarías ir?

Se encogió de hombros.

—No me gusta perder las cosas que son mías.

—Pero tú eres la mitad de la esfera política de Tranavia, ¿no? —se movió a su alrededor, con cuidado, posándose en un banco de piedra.

Hizo un ruido de profunda falta de compromiso.

Algo retumbó bajo sus pies, con un gruñido animal y monstruoso. Su cabeza se inclinó, escuchando.

—¿Qué fue eso? —preguntó Nadya, en voz baja. Se estremeció y el miedo la hizo temblar. Había cosas en este lugar que eran más oscuras de lo que ella conocía y más antiguas de lo que podía comprender—. Żaneta es un peón político. Difícilmente estoy aquí con un propósito noble —ella deseaba estar aquí. Deseó estar aquí para salvar a Żaneta en lugar del monstruo que tenía delante y que no deseaba ser salvado.

Se colocó un mechón de pelo negro detrás de la oreja.

—No hace mucho bien a nadie en su estado actual.

—¿Qué le pasó?

—¿Por qué quieres saberlo?

Se encogió de hombros.

—La llamaste un error.

La observó en silencio, dudando claramente de si debía contestar. ¿Quién era ella para hacerle preguntas?

—Algunos no aceptan bien los cambios. Ella se resistió con especial fuerza y eso provocó complicaciones.

Nadya se sintió enferma ante la impasibilidad con la que transmitió tal horror.

—¿Me dejarás llevarla, entonces?

—No lo he decidido.

Ella asintió lentamente. Otro grito, de garganta desgarradora y desgarradora, desgarró la capilla. Ella se estremeció, rodeando su cuerpo con los brazos.

—¿No te gustan las canciones de los míos? —preguntó, y sus labios se dibujaron en una sonrisa.

—¿Qué *es* eso?

—¿Crees que somos los únicos monstruos que viven aquí abajo? Los Buitres son simplemente los más capaces de parecer agradables.

Su mirada se dirigió a la puerta. ¿Vería más horrores mientras estuviera aquí abajo? Ya la atormentaban las figuras que se arrastraban en las sombras, encorvadas como personas, pero con demasiados dientes, demasiados ojos.

Un movimiento le llamó la atención y, mientras miraba, la sangre empezó a gotear de las cuencas de los ojos y a salir por las mandíbulas abiertas de los cráneos que había en la pared. Cerró los ojos y apretó los talones de las manos contra ellos.

Exhaló una suave carcajada.

—La mayoría de los humanos que descienden no duran tanto como tú.

Un suave gemido salió de su garganta, pero eso fue todo. El miedo se había convertido en su defecto; este lugar era tan poco convincente y malévolo. Las cosas se sentían mal, fuera de lugar, y cuando iba a echar un segundo vistazo aparecía el horror.

—¿No eres humano? —preguntó.

Una mirada seca, pero luego sólo una tristeza insondable.

—Aquí abajo ya no hay nadie.

Le dolía el pecho de la forma más extraña.

—¿Por qué otra cosa estás aquí? —preguntó.

Tú, pensó, porque de alguna manera mi vida se ha entrelazado con un horror de una forma de la que no puedo escapar. Y te necesito para encontrar el camino de vuelta a mis dioses.

Los dioses que quería destruir.

Le dolía la cabeza.

—¿Recuerdas tu nombre? —preguntó suavemente.

Se quedó tan quieto que fue como si se hubiera convertido en piedra. A Nadya se le aceleró el pulso y quiso salir corriendo. La tensión en la habitación se había vuelto mortal.

Se giró lentamente, acercándose a ella. Se deslizó hacia el fondo del banco hasta que no hubo otro lugar donde ir.

—¿Qué estás insinuando, *towy kalyazi*?

Se estiró hasta que su mano chocó con el banco de al lado, patinando hacia atrás, tendiendo un puente entre los dos mientras él se acercaba de una manera que la aterrorizaba.

—¿Has venido a ser mi salvadora? ¿Una santa kalyazi benévola que viene a limpiar los monstruos de Tranavia? —su tono era venenoso.

—No —susurró ella—. Quiero decir… tal vez una vez, pero no.

Levantó una mano. Se subió al banco del que ella se había deslizado. Se agachó allí, con los antebrazos apoyados en las rodillas, las manos con las largas garras a la vista.

—Conocí a un chico tranaviano en Kalyazin —dijo, con la voz temblorosa y las palabras saliendo demasiado rápido de ella. Tenía que arriesgarse—. Era extraño y emocionante y me robó el corazón. Me mintió y lo perdí. Estoy aquí porque necesito la ayuda del rey de los monstruos para recuperar algo que perdí. Tengo miedo de que este mundo arda y necesito que me ayudes a evitarlo.

Ladeó la cabeza. *Eso*. Eso era lo que ella necesitaba para seguir despertando en él. Esa curiosidad. Esa era la grieta en su armadura. Eso era lo que tenía que desgarrar. Él era más coherente de lo que ella esperaba; tenía que usar eso.

—¿Por qué debería ayudarte?

¿Por qué *debería* ayudarla? Qué podría decir para convencerle de que, sí, le necesitaba y, no, no debía matarla aquí en la oscuridad.

—Porque falta algo —ella se enderezó, poniéndose de rodillas. Se quedó quieto mientras los centímetros que los separaban se desvanecían.

Extendió una mano temblorosa y las yemas de los dedos rozaron su mejilla. Pasó los dedos por encima de los cuernos que se enroscaban en su pelo.

Le cogió la mano, tirando de ella hacia abajo para mirar la cicatriz que atravesaba su palma. Ella sintió un extraño pulso de poder cuando su piel tocó la de ella. ¿Era su magia, o esta fealdad era algo totalmente distinto?

—¿Qué eres? —murmuró.

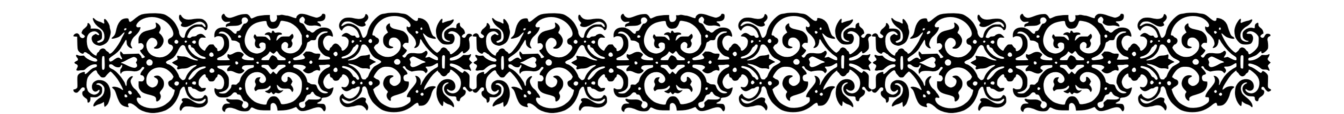
Sacudió la cabeza lentamente.

—No lo sé —su voz se quebró.

Y con un rápido estallido de dolor, la estampó de nuevo contra el banco, con la cabeza chocando con la piedra, con la mano en la garganta.

—Consideraré tu petición —dijo.

Luego se fue, volviendo a cruzar el santuario sin decir nada más. Y todas las velas se apagaron, dejando a Nadya en la oscuridad.



12

NADEZHDA LAPTEVA

Ella arrancó las gargantas de los que se oponían a ella, esta diosa de la magia, esta diosa de la muerte.

Las cartas de Włodzimierz

Nadya se quedó sola en esta sala de los horrores. Vagó por los pasillos oscuros, esperando desesperadamente que hubiera luz y encontrando muy poca. Pero eran los sonidos los que empezaban a irritarla. Los gritos y los extraños cánticos que zumbaban por debajo de todo eran *constantes* y ella no podía desconectarlos, obligada a escuchar el coro de agonía que rondaba este lugar. Y cada vez que veía un tramo de luz, veía los símbolos tallados en la pared, pintados con sangre, e inmediatamente deseaba estar en la oscuridad. Había tanto horror aquí, que entendía por qué había rumores de que los que viajaban por debajo de la tierra se volvían locos antes de llegar a la superficie.

Los buitres con los que se cruzó la rodearon sin mirarla. Ella era el juguete del Buitre Negro para atormentar, por lo tanto, intocable. Los Buitres que ella vio se parecían a Żywia, o a Malachiasz cuando era sólo un niño. Simplemente personas. Uno nunca sabría que eran miembros de un terrible y monstruoso culto. Eso la hizo demasiado audaz al explorar.

Żywia la encontraría en poco tiempo, estaba segura. Nadya entró en un espacio húmedo e incómodo, más frío que el resto de las habitaciones en las que había estado. Podía oír el suave traqueteo de las cadenas y se le metió en los huesos. Un calabozo. Miró a través de los barrotes de la jaula y casi se ahogó con su propio aliento. Había una forma arrugada en el fondo de una celda que ella reconoció.

No. No, lo perdí. Lo perdí, esto no puede ser real.

—¿Kostya? —se aventuró.

La figura levantó la cabeza, con los ojos oscuros nublados y la cara sucia.

—¿Nadya?

Luego estaba junto a los barrotes, con las manos ensangrentadas rodeándolos.

Nadya cruzó hacia él en un instante, pasando los barrotes para agarrar los hombros de Kostya, sus brazos, su cara. Estaba vivo. Y parecía… si no bien, al menos entero. Demacrado, pero *vivo*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó incrédulo. Sus dedos recorrieron su rostro casi con reverencia.

Nadya abrió la boca y la cerró. Habían pasado demasiadas cosas, oh dioses, había cambiado tanto desde aquel día en que había huido del monasterio. No había una buena manera de decir lo que estaba haciendo. Lo que había hecho.

—Es una historia muy larga —dijo en voz baja. Se inclinó hacia atrás, examinando la puerta de la celda. No era una ganzúa y no tenía las herramientas necesarias.

Pero…

Flexionó los dedos, lanzando una mirada a Kostya mientras se alejaba de él y éste la dejó ir de mala gana.

—¿Qué estás haciendo? —susurró él, siguiéndola a lo largo de los barrotes de la celda mientras ella buscaba la cerradura de la puerta.

—Sacándote.

Él lo sabría en el momento en que ella usara esa magia asquerosa. ¿Valía la pena tentar su ira?

Los fuertes rasgos de Kostya estaban abatidos y cubiertos de moratones. Los dioses tenían un retorcido sentido del humor para enviarlo de vuelta a ella justo cuando intentaba salvar a una abominación de niño en su lugar.

Sus dedos encontraron la cerradura y no se permitió pensar demasiado. La cicatriz de la palma de la mano se calentó, la magia era tóxica y oscura, pero se aferró a ella, deseando que el mecanismo cambiara.

La cerradura cayó al suelo con un estruendo, sonando como una alarma.

El dolor atravesó la palma de la mano de Nadya y siseó entre los dientes, observando con horror cómo las líneas negras de la cicatriz se extendían por su mano como estelas de veneno, ennegreciendo las puntas de sus dedos.

Muy bien, no volveré a hacer eso, pensó. Pero la puerta estaba abierta y Kostya la abrazaba con un calor tan feroz que casi sollozaba de alivio.

Tenía que sacarlo.

El hilo que la unía a Malachiasz se movió con rabia. Él llegaría pronto.

Kostya la soltó, pero tenía la misma luz asustada en los ojos del ataque al monasterio, y la llenó de tal pánico que habló antes de que él pudiera decir nada.

—Te mostraré la puerta de salida —dijo—. Hay un grupo con dos akolanos al este. Encuentra a los akolanos y diles quién eres.

La confusión pasó por su rostro.

—¿Qué? Pero qué vas a…

Ella fue arrancada de él.

—Oh, *towy dżimyka* —la voz del Buitre Negro estaba cerca, su boca en la concha de su oreja—. Mal hecho.

La expresión de Kostya se convirtió en puro terror. El Buitre Negro tomó la mano de Nadya, presionando con el pulgar la cicatriz de la palma. Ella gimió cuando el dolor le subió por el brazo, y sus rodillas se debilitaron. Se apoyó en él para intentar no caer.

—Parece que hemos terminado nuestra discusión demasiado pronto —dijo—. Y aquí me estás robando.

—¿Qué…? —se interrumpió. Se lamió los labios secos y agrietados—. ¿Qué se necesita para liberarlo?

—Nadya, no —susurró Kostya.

El Buitre Negro se congeló al oír su nombre. Nadya lo miró, con miedo a moverse. Una grieta se estremeció en su expresión, y dejó escapar un jadeo tembloroso. Se estremeció contra ella. Su mano se desplazó hasta la muñeca de ella, apretándola con tanta fuerza que le desgarró la piel.

Parpadeó, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, *Nadya* —dijo él, y su respiración se entrecortó—. Supongo que tenemos que llegar a un acuerdo. Sólo uno saldrá de este lugar. ¿Vas a salvar la *slavhka* o el…? —el desdén enhebró sus rasgos—. Campesino.

El tranaviano de Kostya no era tan bueno como el de ella; probablemente sólo había entendido lo suficiente para deducir que Nadya iba a sacrificar algo por su libertad. El noble Kostya no querría eso.

—No lo encierres de nuevo —dijo rápidamente—. Iré contigo. Haré mi elección.

El Buitre Negro la miró y asintió. Inmediatamente, otro Buitre estaba allí, agarrando los brazos de Kostya y arrastrándolo.

—¿Nadya? —dijo Kostya alarmado, suplicante.

—Estará bien —mintió—. Lo prometo.

La cara de pánico y esperanza de Żaneta pasó por delante de ella. Ella no podía hacer esto. Ella no podía hacer esta elección.

Serefin la necesitaba para sacar a Żaneta. Su trono estaba en juego, y no era algo que ella pudiera ignorar en favor de lo que su corazón quería. Kalyazin estaría mejor servido con él en el trono de Tranavia.

Pero no podía dejar a Kostya. El tiempo se acababa.

—Ven, mascota —dijo el Buitre Negro—. El juego ha cambiado.

Le siguió hasta el santuario de los huesos, de vuelta al infierno, atrapándose en algo de lo que nunca escaparía. Sólo podía salvar a uno y ella no estaba incluida en ese trato, no cuando él tenía una parte de su nombre.

Cuando ella lo alcanzó, él estaba haciendo girar ligeramente un cáliz sobre el altar manchado de sangre. Ella no quería saber qué había dentro.

—Fue llevado a estos pasillos hace mucho tiempo —dijo—. ¿Por qué sigue vivo?

El Buitre Negro se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Mentiroso.

Sus ojos brillaron y el aire se volvió peligroso a su alrededor.

—La chica o el chico —dijo, agitando una mano—. Haz tu elección.

—La estabilidad de *tu* país está en juego aquí —espetó—. Y vas a convertir esto en un juego.

Él sonrió y fue lo mismo que darle un puñetazo en el pecho.

—Entonces considera cuánto tienes que perder tú también.

No fue una elección. No podía dejar a Kostya a la voluntad de Tranavia otra vez. Él era su mejor amigo. Él era la única familia que le quedaba. Pero salvar a Żaneta significaba que Serefin podría recuperar su trono de aquellos que verían esta guerra sin sentido continuar hasta que ambos países no fueran más que cenizas. Era retorcido e imposible.

—Él no es a quien he venido a salvar —dijo en voz baja—. Pero es a él a quién elegiré

Esta era la elección equivocada y ella lo sabía. Estaba condenando a todos con esta decisión. Pero no podía dejar a Kostya. Él era kalyazi; ella tenía que proteger a su gente primero.

Pero tenía otra oportunidad aquí con el Buitre Negro. Un último intento. Tal vez Żywia, que entendía lo que estaba en juego, la ayudaría como había dicho. Tal vez Żywia sacaría a Żaneta como espíritu y salvaría el destrozado reino de Serefin. *Poco probable*.

Nadya acababa de arruinar todo.

—Entonces se hará —dijo.

Se preguntó si habría otros de su monasterio todavía aquí. No había forma de salvarlos a todos, se dio cuenta con horror. No podía hacer *nada*. Sólo tenía retazos de un poder que la estaba matando; ni siquiera podía convencerlo de que dejara libres a Kostya y a Żaneta. Ni siquiera pudo encontrar a Malachiasz detrás del monstruo.

La desesperación mordía sus bordes. No debería haber bajado aquí.

Se acercó, moviéndose con cautela. No tenía nada que perder.

—Tienes mi nombre —dijo—. O, al menos, una parte de él. Conozco el tuyo, *Chelvyanik Sterevyani*, te conozco. ¿Quieres recuperarlo?

—No —dijo, frunciendo el ceño. Los cambios en sus rasgos se agitaban de forma más caótica que antes, como si una tormenta se desatara en su interior. Un grupo de ojos se abrió a lo largo de su cuello y se cerró de nuevo unos segundos después.

Ella le hizo callar, presionando su dedo sobre sus labios. Él se puso rígido y una mano se deslizó contra el altar para estabilizarse mientras ella se acercaba. Su otra mano se posó en la cadera de él, deslizándose hasta su cintura, con la piel desnuda caliente al tacto.

Su mirada era oscura, pero había una mirada extraña y confusa en su rostro que le facilitó continuar. Pasar el dedo por sus labios separados, el destello de los colmillos y los dientes de hierro apenas visibles, un recordatorio de que esto no era algo que ella debía hacer. No era así como se salvaría.

Pero tal vez no lo sería. Y ella moriría aquí. Y, por tanto, le besaría una vez más antes de que ocurriera lo inevitable. Él se había estrellado mucho más allá del punto de no retorno y ella ni siquiera sabía qué iba a salvar.

Su otra mano, con las garras de hierro que tan fácilmente podrían hacerla pedazos, se posó en su mejilla, en su cuello. La mano de ella se deslizó de nuevo hacia su pelo enmarañado.

Entonces le atrajo la cara hacia la suya y le besó con fuerza.

Él emitió un sonido que era una mezcla entre sorpresa y *deseo*, dando un paso atrás tembloroso que le hizo chocar con el altar. Se agarró a su nuca y una mano se deslizó por su costado para acercarla. Ella sangraba por esos estúpidos pinchos de hierro que le rompían la piel, y sus garras se clavaban en su espalda, y esto era una herejía segura.

¿Pero qué importaba? Los dioses la habían abandonado de todos modos.

Él le devolvió el beso con una desesperación aterradora que le hizo pensar que tal vez, tal vez, podría salvarse.

Sus manos se deslizaron por el cuerpo de ella, provocando un calor que la hizo jadear contra su boca. Se apartó sólo el tiempo suficiente para levantarla, girando para depositarla en el altar, derribando el cáliz y derramando sangre por todas partes. Ella estaba a su altura, atrapando sus caderas entre sus rodillas. Él desvió su atención hacia su cuello y su aliento la abandonó de golpe. Ella se apoyó en las manos, resbalando sobre la sangre que cubría el altar. Sus afilados dientes rozaron la sensible piel de su garganta y todo su cuerpo reaccionó, sacudiéndose contra él.

Y se dejó caer. Sus cálculos nunca tuvieron en cuenta la forma en que él siempre la hacía sentir como si hubiera estrellas en su sangre. Incluso aquí.

Sus manos ensangrentadas se aferraron a su cara mientras le besaba la frente, el puente de su afilada nariz, su mejilla, arrastrándose hacia atrás hasta que finalmente, por fin, le rodeó el cuello con sus brazos y le susurró:

—Malachiasz, por favor.

Se puso rígido, las manos que habían sido inusualmente cuidadosas se pusieron de repente tensas, las garras perforando sus costados. Ella jadeó de dolor y cerró los ojos mientras se inundaban de lágrimas.

Pero ella lo mantuvo quieto; le rozó la mejilla con la nariz.

—Te llamas Malachiasz Czechowicz —dijo ella, con el dolor ahogando su voz mientras su propio siseo de angustia se clavaba diez puñales más en su cuerpo—. Eres el chico más estúpido que he conocido. Eres el Buitre Negro, pero eres más que eso. Eres exasperante, amable y demasiado inteligente para tu propio bien. Por favor, Malachiasz, por favor recuerda.

Se hizo el silencio. Nada más que el sonido de su respiración, pesada contra ella. Nada más que la sangre goteando por sus costados, su cabeza mareada al perder demasiado, demasiado rápido.

Ella gritó cuando él le arrancó las manos, desprendiendo sus garras de su carne. Se alejó a trompicones.

Sus ojos eran de un azul pálido y su expresión era de puro horror.

—Nadya —susurró.

Sí, dioses, por favor, que esto funcione.

Su mano atrapó la de ella. Dedos pálidos y manchados de sangre con uñas perfectamente normales. Atrapó su cara entre las manos, con los ojos recorriéndola con incredulidad.

—Estás aquí —susurró, con el pulgar acariciando su mejilla. Parpadeó, dándose cuenta de dónde estaba. Contempló el altar ensangrentado con desconcierto, y una respiración traqueteante se le escapó de golpe.

—¿Nadya? —su voz sonaba confusa, como si no supiera cómo había acabado aquí.

Ella se acercó, juntando sus manos sobre las de él.

—*Dozleyena*, Malachiasz.

Se estremeció, los ojos se cerraron al oír su nombre. Se dijo a sí mismo la forma de su nombre. Le temblaban las manos.

Una decadencia negra y rastrera se extendía por su pómulo. Un ojo se abrió en su sien. La sangre se filtró por las comisuras de sus ojos y cuando los abrió estaban negros como el ónix. Su cabeza se movió una vez, una sonrisa lenta y amarga se dibujó en sus labios.

—No —murmuró—. No es suficiente.

Se apartó de ella bruscamente, con las garras saliendo rápidamente de sus uñas mientras la miraba.

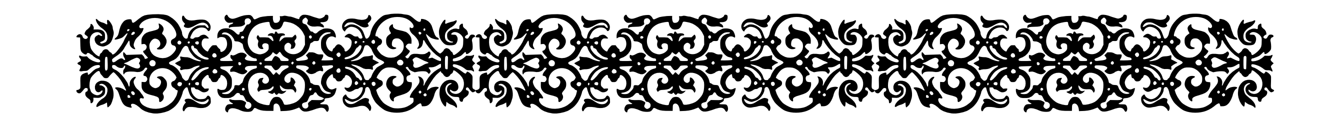
—Tienes algo más que no te pertenece, pequeña kalyazi —dijo, con los dedos fríos contra su mejilla. Entonces, la palma de su mano se posó sobre su cara y fue como si le arrancaran el alma del cuerpo. Ella se atragantó y le arañó el antebrazo, clavándole las uñas en la piel, intentando apartar la mano, pero él era demasiado fuerte y ella había perdido demasiada sangre.

Algo se rompió en su pecho. Un sollozo brotó de ella, un torrente de poder que no era suyo la abandonó cuando él recuperó el hilo de magia que había robado.

Retiró la mano, con las puntas de los dedos ennegrecidas.

—Mi curiosidad ha sido saciada —comentó desapasionadamente—. Tu muerte es tuya, *towy dżimyka*.

Se alejó y la dejó desangrándose en el altar.



13

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Ivan Moroshkin*: Un clérigo de Devonya, donde cayeron las flechas de Iván, se consumió el fuego.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin sentía que llevaba días caminando sin parar. Le dolía todo y ya no podía ver por el ojo izquierdo. Finalmente se rindió y se sentó debajo de un gran árbol, cerrando los ojos.

¿Qué me está pasando?

Había vivido toda su vida en perfecta normalidad. Su propia magia de sangre era lo más extraño, pero eso era algo perfectamente benigno en Tranavia. Todo el mundo podía usar magia de sangre si realmente lo deseaba.

Pero esto… era más de lo que podía soportar. De repente, la idea de parecerse demasiado a su padre se sintió incómodamente cerca de la verdad. Tal vez la locura era un destino del que nunca podría escapar.

Tardó más de lo que le gustaba en admitir que estaba totalmente solo. Si esto era real, ¿dónde estaban los demás? ¿Dónde estaba *él*?

Toda la frustración y la rabia que había sentido contra Ostyia y Kacper eran ahora muy pequeñas. Debería haberlo dejado en paz; Ostyia sólo quería ayudar, no era su culpa que él fuera un desastre. Y Kacper… él… Kacper se merecía algo mejor.

El pánico amenazaba con engullirlo. Pero Serefin había lidiado con horrores, y lidiaría con esto. Sin embargo, su temor era que no fuera cierto y que lo destrozara.

Cerró su ojo malo. Todavía estaba en el bosque.

—Bueno, mierda —dijo Serefin.

Se levantó y trató de averiguar en qué dirección estaba el este, dándose por vencido después de unos minutos de mirar frustradamente el abismo del bosque donde todo parecía igual y no había marcas de dirección.

No he sobrevivido tanto tiempo sólo para morir en un bosque, pensó con amargura.

—Por supuesto que no.

Casi se le salta la piel al oír la voz delgada y carrasposa que sonaba a su lado. La voz que estaba acostumbrado a escuchar en su cabeza sonaba muy fuera. Lentamente se giró, aterrado por lo que iba a ver.

La figura que estaba a su lado era alta y estaba vestida de negro, salvo por los huesos de la mandíbula atados con una cuerda al cuello. Si era humana, Serefin no podía saberlo; su cabeza era el cráneo de un ciervo, el musgo colgando de los cuernos rotos, las fosas ennegrecidas como ojos y nada más. Una araña se arrastraba de una cuenca ocular a la siguiente antes de ponerse a construir una telaraña en la gran extensión fría. La figura apestaba a podredumbre grave.

La calavera se inclinó hacia arriba como si contemplara el dosel de hojas de arriba.

—Me he cansado de los bosques de Tranavia —comentó.

Serefin soltó un grito ahogado. ¿Ya no estaba en Tranavia? ¿Cómo era *posible*?

—¿No será demasiado exagerado suponer que tú tienes la culpa de que yo esté aquí? —Serefin se dio cuenta de la ligereza con la que se dirigía a un Dios.

El ser tenía unos dedos largos y enjutos con la punta de unas garras desgarradas y golpeadas. Apretó una mano sobre su pecho.

—¿Yo? Querido muchacho, has llegado hasta aquí por tu propio pie.

—No eres particularmente… imponente para un dios —dijo, ignorando aquella imposible revelación. ¿No se suponía que los dioses quemaban los ojos de los mortales con sólo verlos? ¿No era algo *habitual* para los kalyazi que sus dioses no pudieran mostrarse en imágenes porque sus verdaderas formas eran demasiado hermosas para los mortales? Quizá Serefin se lo estaba inventando.

—No es un dios. Una vez un quizás, ahora un después, entre una esencia para el cambio, para el caos y para los muertos que esperan bajo la superficie.

Un escalofrío de miedo recorrió la columna vertebral de Serefin. Si esto iba a ser como hablar con Pelageya, no quería tener nada que ver con ello.

—Un dios sería diferente, por supuesto, tienes razón. Siempre cambiante, siempre cambiando; nunca permaneciendo en el aquí, en el ahora, sino en el futuro, en el pasado y en algún otro lugar, en algún lugar diferente a la vez. Un espectáculo para matar a un mortal como tú. Bueno… —El ser hizo una pausa y Serefin pudo sentir que esas enormes extensiones negras lo consideraban—. Tal vez no como tú. Quema un ojo y conserva el otro, pero nadie sale indemne. Nadie sale limpio.

—No lo entiendo —dijo Serefin desesperadamente.

—¿Estás listo para cooperar? ¿Preparado para hacer lo que te pido porque te pido muy poco?

Serefin frunció el ceño.

—Ah, entonces no. A su debido tiempo, lo entiendo. Puedo ser paciente, mucho más paciente que un muchacho de pocos años que va dando tumbos por este mundo pensando que lo sabe todo. Puedo durar más que tú, niño. He sobrevivido a muchos otros.

—Estaría más dispuesto a considerarlo si supiera lo que se me pide.

—Presuntuoso.

—Eso dicen.

El ser torció una mano hacia Serefin.

—Ven.

Comenzó a adentrarse en el bosque.

* * *

Serefin estaba al borde del colapso. ¿Cuánto tiempo había pasado? El bosque seguía oscuro, el amanecer no se acercaba al horizonte.

Decidió que lo único que lamentaba era que probablemente iba a morir aquí y que había dejado las cosas tan desordenadas con Ostyia y Kacper. Deseaba desesperadamente que estuvieran aquí. Kacper quejándose de que era una idea terrible y Ostyia tratando de alejarlo. Había sido tan cruel con ellos. Demasiado parecido a su padre y no quería convertirse en eso. Cualquier cosa, *cualquier* cosa menos eso.

—¿Adónde vamos? —preguntó con voz ronca, trotando para alcanzar a la figura que se asomaba, jadeando por el esfuerzo—. ¿Y alguna vez me dirás tu nombre?

La figura se detuvo y se volvió hacia Serefin, que se había acercado demasiado. La sensación de soledad loca y etérea era tan asfixiante que tuvo

que retroceder unos pasos mientras le subía por el pecho y se anidaba entre las costillas, martilleándole el corazón. Alienígena y oscura.

—¿Estás listo para cooperar? —preguntó, con su voz carrasposa y agradable.

—No.

La figura se giró sin decir nada más y siguió caminando.

—No *puedes* obligarme a seguirte —dijo Serefin petulantemente.

Pero la figura estaba haciendo exactamente eso. Dejó escapar una carcajada de pánico, tratando de forzar la quietud y descubriendo que era incapaz.

—¿Qué sabes, tranaviano, sobre los clérigos de Kalyazin?

Serefin tropezó con el dios que no era, aparentemente, un dios. Sólo sabía tanto como cualquier tranaviano. Todos los clérigos, excepto uno, habían muerto cuando le enviaron al frente, y los kalyazi sólo aguantaban por los pelos.

Y aunque podía decir con bastante seguridad que *conocía* a Nadya, no tenía ni idea de cómo funcionaba su poder. La habilidad que había mostrado durante el duelo contra Felicíja no se parecía a ninguna magia de sangre que Serefin hubiera visto jamás. Y la había utilizado dentro de Tranavia, donde supuestamente los dioses no tenían acceso. ¿Acaso los clérigos no tenían que rezar para obtener su poder? Se le ocurrió que no había visto a la chica hacer magia desde aquella noche en la catedral del Buitre. ¿Qué significaba eso? ¿Y qué hay de la cicatriz ennegrecida en su palma?

Serefin conocía la magia de sangre. Nunca necesitó entender ningún otro camino.

En retrospectiva, había permitido a Nadya mucha libertad teniendo en cuenta lo que había hecho potencialmente a su país. Excepto que no había habido señales de juicio divino, por lo que nunca había actuado con el deseo de verla castigada por derribar el velo que supuestamente había existido.

No ayudó mucho a su argumento de que sus dioses eran seres todopoderosos. Si realmente tuvieran tal poder, ¿no habría pasado algo? ¿No habrían castigado a Tranavia por sus supuestas transgresiones?

Nadya no pudo discutir con él cuando sacó el tema.

El ser se limitó a reírse cuando Serefin sacó el tema. Su risa era un sonido chirriante y terrible.

—Vuestras míseras vidas son un *tic* en sus ojos, nada más. Esa clériga hizo muchas cosas cuando llegó a Tranavia; aún no habéis visto las ramificaciones de ninguna de ellas. Pero llegarán, con el tiempo.

—Está claro que no sabes nada de los clérigos de Kalyazin. Una lástima. Aunque, ¿de qué te serviría ese conocimiento? Excepto, tal vez, entender cómo lidiar con la tormenta que se avecina.

Serefin suspiró. Estaba muy cansado. Si seguía caminando se iba a desplomar. Tal vez esa era la intención del ser, pero Serefin no iba a doblegarse tan voluntariamente. No iba a aceptar nada a ciegas.

—¿Qué es lo que crees que me vas a arrancar, muchacho? ¿Una historia? ¿Una explicación? No te debo ninguna respuesta. No te debo nada. Me debes todo. Tu padre seguiría vivo si no fuera por mí. Tú seguirías muerto si no fuera por mí.

Serefin se congeló y se detuvo.

El ser se volvió hacia él.

Parecían estar bajo el mismo árbol de antes. Enorme y vasto, irreal en su tamaño, con hojas marrones arrugadas que aún se aferraban a las ramas mientras el viento amargamente frío los azotaba. A Serefin se le cayó el estómago.

—Ah, ¿no lo sabías? Por supuesto que no. *Tranaviano*, lo he olvidado. ¿Crees que la mayoría de la gente sobreviviría a lo que te hizo tu padre? ¿Crees que la mayoría de la gente vive con una cicatriz como esa?

¿Cicatriz? No tenía ninguna cicatriz, excepto la que le atravesaba el ojo.

El ser chasqueó los dedos.

—Bien, bien, bien. Tan poco ven los de su clase. Tan poco saben. Como niños, tambaleándose por el mundo, jugando con fuerzas que no entienden. Eres obstinado, pero te romperás. Ya se están rompiendo.

Serefin cerró los ojos. Su mano temblorosa subió por su pecho, los dedos se engancharon en la piel suave y levantada de su garganta, las secuelas de un cuchillo separando su carne. No recordaba lo que había sucedido después de que Żaneta lo empujara hacia la oscuridad. Probablemente era lo mejor; no quería recordar cómo había muerto. Pero no lo había notado, *no se había dado cuenta*.

¿Cómo no se había dado cuenta de esto?

¿Todo el mundo a su alrededor lo había ignorado educadamente?

—Tu clase creó a los Buitres, construcciones fascinantes, pero eso no es lo que eres. Tú, querido muchacho, eres algo totalmente distinto, y yo lo he hecho así. Te diré lo que quiero, en términos nada sencillos, porque te romperás y tendré que volver a armarte y realmente eso es muy agotador. Difícilmente quiero estar después recogiendo un niño que no puede mantenerse unido.

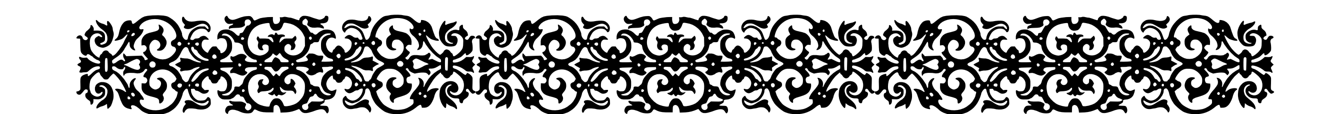
—Oh, oh, espera, ese es el otro. Es tan difícil seguiros la pista a todos, todos parecéis iguales. Él será para otro, pero tú, tú eres *mío*. Y ya he alargado bastante este juego.

Serefin se desplomó por el lado del árbol.

—¿Aún no has encajado las piezas? ¿No te has dado cuenta? Eres muy inteligente y, sin embargo, no lo suficiente.

El dios, no un dios, inclinó la cabeza y Serefin podría haber jurado que esa cara de calavera infernal sonreía.

—Quiero vengarme.



Interludio

EL BUITRE NEGRO

Si ser deshecho era violencia, ser rehecho era horror. Los gritos de las Minas de Sal, antes intrascendentes, le calaron hasta los huesos, clavando sus garras en él y dejándolo a medio formar y muy roto.

Esto era… peor, de alguna manera, que antes. Él no quería esto. Había trabajado tan duro para el olvido, para este poder crudo y oscuro, y podía sentir que se le escapaba.

Y por mucho que no quisiera que se fuera, por mucho que agradeciera el silencio, podía sentir las manos de ella en su pelo, su boca en su piel. Ella había abierto la puerta de un tirón y le había devuelto a la apariencia de algo que él ya no creía poder ser. Ella era enloquecedora y poderosa, demasiado poderosa. Ya se había visto atrapado en su fuego y esta vez no había nada que le impidiera arder por completo.

Había parpadeos, pedazos de él despertando, y trató de empujarlos de nuevo hacia abajo, *pero no sabía cómo detener esto*.

Sus dedos chocaron con los huesos de la pared mientras sus piernas cedían, su cuerpo se revolvía. Los silenciosos cánticos que siempre se arrastraban por las profundidades de las minas se volvieron agónicos. Se arrastró de nuevo hacia arriba, empujando su hombro hacia la puerta de la capilla de huesos.

Estaba tendida en un charco de sangre, demasiada sangre. Podía olerla, afilada y metálica, y *suya*.

Le temblaban las manos.

Sus manos sangraban.

Necesitaba acercarse, pero no podía enfrentarse a la posibilidad de haber hecho lo imposible. No cuando estaba al borde de la coherencia. No cuando casi la tenía; estaba a su alcance.

Su nombre era…

Su nombre…

Estaba ahí, justo fuera de su alcance, y no podía luchar por ella. No lo quería. Pero lo hizo, *lo hizo*. ¿Cómo es posible querer algo y odiarlo tanto?

Estaba lo suficientemente cerca como para ver la elevación superficial de sus pulmones, para sentir el pulso agitándose en su garganta como un tamborileo contra su piel, palpitante pero débil, ligero, desvanecido. La sangre manchaba su pálido cabello y salpicaba su rostro.

El suyo no era un poder que pudiera salvar. Él fue hecho para nada más que la destrucción, el caos, el desastre, el dolor, el dolor, el *dolor*.

Pero ella estaba muriendo y él tenía su nombre. Lo *recordó*. Había nieve en el suelo y la piel de su sombrero estaba cubierta de hielo. El frío enrojeció sus mejillas, cubriendo las pálidas pecas que espolvoreaban su piel. Ella había apoyado las manos en las empuñaduras de sus *voryen*, le observaba con una especie de curiosidad cautelosa que nunca llegó a convertirse en el odio que él esperaba, que él deseaba, porque si le hubiera odiado todo esto habría sido fácil.

Todo habría sido perfecto.

No lo había entregado fácilmente. Lo tenía cerca, lo mantenía a salvo, pero se lo dio de todos modos. (¿Cómo es que estaba aquí; qué había hecho?).

Su voz, susurrando su nombre. El única ancla que tenía. Lo único que no le habían quitado, que él mismo no había dejado de lado.

Hasta que el monstruo lo hizo.

No sabía cómo conciliar el deseo y la repugnancia. Saber que era demasiado tarde y, sin embargo, anhelar mirar atrás. Estaba a su alcance. Le dolía, era demasiado, estaba demasiado lejos. Se alejó del dolor.

Los latidos de su corazón se desvanecían.

Pensó que nada sería más doloroso que el acto de ser deshecho. Pero esto fue peor.

El latido del tambor, cada vez más silencioso, era demasiado fuerte. Y aunque era un ser fracturado y destrozado, no podía dejar que ese pulso se detuviera.

Ella le había susurrado su nombre al oído. Un ancla a algo humano.

Malachiasz se ha despertado.

—Diablos —gimió, escupiendo sangre.

La cabeza le latía con fuerza, con un dolor cegador detrás de los ojos. Dio el último y tembloroso paso hacia el altar, con el pecho agarrotado por el daño que había causado, pero que no recordaba.

Menos que ideal.

Todavía podía oír el parpadeo del pulso de Nadya que se desvanecía y no había nada que pudiera hacer. Ella no podía morir aquí de todos los lugares, él no lo permitiría.

Bueno, hay una cosa, supongo.

—Me va a matar —susurró.

El santuario estaba vacío, pero reconoció los huesos esparcidos por todas partes. Sangre y huesos, ¿qué estaba haciendo aquí?

Su visión se hizo añicos, un caleidoscopio de luz fracturada, y se desplomó, jadeando. Tardó un latido en volver a alinearse, vio cómo se abría un ojo en el dorso de su mano, su visión se astilló de nuevo, se cerró, vio con claridad.

—Eso es… también menos que ideal —dijo, tirando de su cuerpo dolorido hacia atrás y escupiendo otra bocanada de sangre.

La magia de sangre no podía curar. Era efectivamente inútil y ella estaba *muriendo*. Pero podía hacer una cosa.

Utilizó la uña del pulgar para cortar su antebrazo, observando distraídamente los cortes no hechos por él que recorrían sus brazos. La degradación de su piel le devoró hasta la muñeca como un cadáver que lleva meses en la tumba y desapareció momentos después, dejándole el brazo entero y a él más agitado que antes.

—Me disculparía por esto, pero antes me robaste la magia —dijo.

Hablar era lo único que le impedía entrar en pánico hasta la inutilidad. Si pensaba en lo cerca que estaba de perderla se iba a derrumbar.

Tocó con las yemas de sus dedos ennegrecidos sus labios, dejando que la magia se filtrara en ella. Oyó los latidos de su corazón fortalecerse mientras un poder más oscuro que la magia de la sangre corría por ella.

Apretó los ojos mientras su visión se astillaba.

—*Taszni nem, Malachiasz Czechowicz* —susurró, apretando los dientes mientras empezaba a resbalar. Se sentía desubicado, desequilibrado y menos humano que nunca.

No podía quedarse aquí. No quería que ella lo viera así. Aunque, si ella estaba aquí… había visto cosas peores.

Malachiasz le apartó un mechón de pelo manchado de sangre de la cara y le besó suavemente la frente.

La dejó en el altar y esperó no llegar a lamentarlo.

Żywia lo atrapó en el pasillo y lo arrastró por otro pasillo, ignorando sus protestas.

—¡Cállate, cállate! —le espetó ella, agarrando su brazo—. ¿La has matado?

—¿Qué? *No* —se masajeó las sienes. Le *dolía* la cabeza. Cada vez que su cuerpo se movía el dolor lo atravesaba. Sus rodillas empezaron a ceder de nuevo, la decadencia le recorrió el brazo, los ojos se abrieron parpadeando. Se llevó una mano a la boca que se abrió en su cuello, gimiendo suavemente.

La mano de Żywia era lo único que lo mantenía firme.

—Antes no sentía esto —dijo entre dientes apretados. La bruma de poder había sido suficiente para que los cambios no se registraran. Esto era una agonía.

—Tienes que matar a la chica. Malachiasz, *hay algo malo en ella*.

Todo estaba borroso y frunció el ceño ante Żywia.

—Es una clériga —dijo, confundido.

—No es eso. Es otra cosa.

Hizo un ruido despectivo y empezó a tirar.

—Tiré huesos, leí vísceras, hice todo lo que se supone que debo hacer, y te juro, Malachiasz, que te arrepentirás del camino que ella te llevará. Hay una oscuridad en ella esperando a salir.

—Żyw…

—Escúchame por una vez en tu *maldita vida*, Malachiasz —dijo Żywia—. El rey tiene un tenue control sobre Tranavia y Kalyazin tiene…

—Reliquias —murmuró Malachiasz, sin saber cómo lo sabía.

—Esta es nuestra oportunidad de mantener a Tranavia al borde del caos mientras tú arreglas el orden desde dentro. Eso es lo más importante. No una noción fantástica sobre los dioses kalyazi, sino los Buitres. Su clase. Su orden.

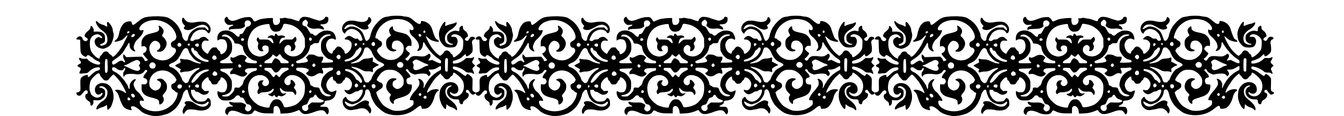
Żywia le soltó y se dio la vuelta para irse. Él la agarró, haciéndola retroceder, con la mano en la mandíbula.

—Llévala a la superficie. Y no te atrevas a hacerle daño.

Invocó la magia que ataba a los Buitres a él y Żywia se estremeció.

—Estás cometiendo un error —murmuró.

—Entonces me haré cargo de las consecuencias.



14

NADEZHDA LAPTEVA

No todas las historias son dulces. Hubo una clériga de Zlatek, Anastasiya Shelepova, que fue descubierta practicando magia de sangre. Fue quemada como hereje después de que Zlatek la despojara de su magia y de su voz, sus milagros fueron descontados y todas las referencias a ella fueron eliminadas de los textos debido a sus últimas transgresiones.

Las cartas de Włodzimierz

Nadya no recordaba haber salido de las Minas de Sal. Debió de poner un pie delante del otro; debió de subir tambaleándose cientos de escaleras. Y así *debió* de ser, porque volvió a tropezar en el campamento, helada e incoherente por la pérdida de sangre.

Parijahan se puso en pie de un salto para sujetar a Nadya, y la miró fríamente antes de preguntar:

—¿Cuánto tiempo debo esperar antes de decir *te lo dije*?

—Al menos una semana —dijo Nadya.

Parijahan suspiró. Su rostro palideció al ver el vestido ensangrentado de Nadya.

—Esta es tu sangre.

—¿Mi sangre? Sí. En su mayoría. Algo de ella es suya. Mucha de ella, francamente, no tengo idea de dónde vino porque hay *mucha sangre* ahí abajo. Está en todas partes, y yo…

—Nadya, estás en *shock*.

Ella asintió pensativa.

—Sí, eso *me* sigue pasando.

Y se derrumbó.

En los escasos momentos en los que Nadya estuvo consciente, todo era una niebla borrosa, y cada vez que caía en la inconsciencia pensaba que tal vez esto era finalmente el final. No sabía realmente por qué valía la pena *volver*. Morir habría significado no tener que reconciliarse con su fracaso. No más tranavianos, no más nada.

Cuando por fin se despertó, Nadya estaba en una cálida habitación de lo que parecía ser una granja. Un horno ardía en un rincón y de las vigas colgaban flores y hierbas secas. Sus costados estaban bien envueltos con vendas y llevaba una camisa limpia.

Y acurrucado y dormido en una silla de madera, de una forma que tenía que ser terriblemente incómoda, estaba Kostya.

El corazón de Nadya se apretó. El pensamiento fugaz de que había salvado al chico equivocado se deslizó por la parte posterior de su cabeza y, aunque no podía retractarse, lo lamentó. No era justo para Kostya. No era justo para el mejor amigo que creía haber perdido para siempre.

Pero tal vez por eso le costaba comprender que Kostya había *vuelto*. Lo había llorado y había seguido adelante, se había convertido en una persona que no estaba del todo segura de que él reconociera, y no estaba preparada para ver cómo eso podía afectar a su amistad.

Se despertó cuando ella se movió, parpadeando de una manera que sugería que no estaba seguro de su entorno, antes de que sus ojos se aclararan y estuviera al lado de Nadya en un instante.

Se miraron fijamente en un pesado silencio.

—Hola, Kostya —dijo finalmente Nadya.

Él sonrió. Parecía estar a punto de abrazarla, así que ella apoyó la mano en su pecho.

—Eso casi definitivamente dolería —dijo.

Se rió un poco.

—Por supuesto —una sombra pasó por su rostro—. Lo mataré —dijo, mortalmente serio—. Por lo que ha hecho a nuestro pueblo, a ti.

Oh, vamos a ir directamente al grano, ¿verdad? Esta no era una conversación que ella pudiera tener. Había estado tan cerca. Durante una fracción de segundo, había tenido a Malachiasz y lo había perdido. No era particularmente buena para salvar a la gente que le importaba, consideró. Pero había salvado a Kostya, ¿no?

Excepto que ella lo había salvado a costa de Serefin, alguien que podía ayudar a detener la guerra que estaba matando a tantos. Y no sabía cómo iba a lidiar con esa culpa además de todo lo demás.

Hizo callar a Kostya y dejó que le cogiera la mano, aunque recordaba la mirada que le dirigió antes del ataque al monasterio, y sabía mejor, ahora, lo que significaba.

—Una batalla diferente para otro día —dijo.

Asintió con la cabeza, claramente insatisfecho. Seguramente no estaba viendo ya en quién se había convertido Nadya. La chica que estaba tan cansada de la guerra que no podía acumular la justa indignación para odiar a los tranavianos simplemente por lo que eran. Simplemente porque se *esperaba*.

La antigua Nadya le habría dado la razón con vehemencia. La antigua Nadya habría ignorado que sus costados sólo se mantenían unidos con algunos hilos y vendas y habría corrido a matar al Buitre Negro ella misma.

Pero la vieja Nadya tenía los dioses y el poder y se enamoró de un monstruo de todos modos. Y se quedó sin nada.

Ella levantó la mano, alisando su cabello oscuro de la frente.

—Nunca te había visto con el pelo tan largo.

Siempre lo llevaba corto, con el símbolo sagrado de Veceslav afeitado a un lado.

—No había mucho espacio para la higiene en las Minas de Sal —dijo con pesar.

Sus ojos oscuros estaban atormentados, su tiempo en las minas escrito en su rostro demacrado. Su mano rozó sus cuentas de oración y recordó el colgante. Todavía lo tenía en alguna parte. El collar que había atrapado a Velyos, y, por lo que insinuó Pelageya, había puesto en marcha esta locura.

—Nadya, ¿qué ha pasado?

Sacudió la cabeza sin decir nada. No sabía por dónde empezar. No podía hablarle de Malachiasz. O de Serefin. Intentó relatar los acontecimientos de los meses transcurridos desde la destrucción del monasterio. Dando vueltas al obvio agujero que creó su historia cuando Malachiasz desapareció. No podía explicar cómo había llegado a hablar con tanta fluidez el tranaviano; no podía explicar cómo había accedido a las Minas de Sal, por qué había estado tan relajada con la única persona que era enemiga de Kalyazin, entre otras.

El enemigo de mi pueblo es un ridículo muchacho de dieciocho años, pensó, no por primera vez.

Era obvio que Kostya podía sentir sus pasos laterales. Nadya no estaba haciendo un buen trabajo enmascarando su vacilación.

—¿Pero el rey está muerto? —le preguntó, después de que ella le contara una versión aguada y, francamente, descaradamente falsa de aquella noche en

la catedral.

Ella asintió.

—¿Y el príncipe?

—¿Serefin? —preguntó sin pensarlo.

Sus ojos se entrecerraron.

Si Kostya estaba aquí con ella, pero no había conocido a Serefin… ¿dónde estaba?

—Serefin vive —dijo en voz baja.

—Pero…

—Lo sé, Kostya —dijo ella, con la voz quebrada—. *Lo sé* —Serefin era la razón por la que todos los que había conocido estaban muertos. Dioses, había cometido tantos errores terribles.

Por suerte, la salvó que Parijahan entrara en la habitación.

—Bendita madre —murmuró, aliviada—. No estaba segura de que fueras a sobrevivir a eso. ¿Cómo saliste?

Nadya negó lentamente con la cabeza.

—Él no… —miró a Kostya.

Parijahan le lanzó una mirada mordaz. Estaba claro que había sido poco amistoso con ellos.

Nadya frunció el ceño, pensando mucho. Los últimos segundos volvieron a aparecer en forma de flashes borrosos. La mano de alguien, suave contra su cara. Un toque de magia llenando su cuerpo.

Aunque recordaba vívidamente que lo había retirado, aún podía sentir la magia de Malachiasz.

Nadya volteó la mano, donde las venas ennegrecidas se habían extendido por la palma. Kostya se movió, como si fuera a cogerle la mano, y ella la apartó.

—Fallé —le dijo a Parijahan—. Pero lo tuve, por un momento.

Las cejas de Parijahan se tensaron hacia abajo. Asintió con la cabeza.

—Hemos perdido el otro.

—*¿Qué?*

—Me desperté una mañana y él simplemente… se había ido.

—¿Qué pasa con Kacper? ¿Ostyia?

Nadya fue muy consciente del lenguaje corporal de Kostya al reconocer los nombres como tranaviano. Sus anchos hombros se pusieron rígidos por la tensión.

—Ya se habían ido. Esos tres se pelearon. Hubo muchos gritos. De verdad, no creo que Serefin esté bien.

Kostya se impacientaba a su lado.

—¿Qué quieres decir con que se han ido?

—Nadya —dijo Kostya con urgencia.

Ella lo ignoró, mirando suplicante a Parijahan.

—Ojalá tuviera respuestas. Las cosas se deterioraron con Serefin muy rápidamente y no pensé en tener a alguien vigilándolo. Pensé que su gente lo haría.

Nadya se inclinó hacia atrás. ¿Un regalo o una maldición?

—¿Y qué hacemos?

—Desgraciadamente, por muy insufribles que fueran esos tranavianos, eran increíblemente útiles. Así que no estoy seguro. Por ahora, deberías descansar —ella lanzó a Kostya una mirada que él respondió de la misma manera—. Vamos, kalyazi, vete.

Kostya no respondió. Nadya le dio un codazo en la mano.

—Te lo explicaré más tarde, lo prometo. Sólo… —se mordió las ganas de suspirar—. No te va a gustar, así que prepárate.

Confundido y más que molesto, asintió con la cabeza y salió de la habitación sin decir nada más. Parijahan lanzó una mirada cómplice a Nadya.

—No me vengas con eso.

—Y yo que pensaba que eras un pequeño fanático…

—Voy a volver a dormir, Parj.

Parijahan se rió y se sentó en el borde de la cama antes de seguir reflexionando y cambiarse para estar al lado de Nadya.

Nadya apoyó la cabeza en su hombro.

—Siento que no haya funcionado.

—Estaba tan cerca —dijo Nadya, parpadeando las lágrimas—. Está *ahí*, pero está completamente *ido*.

Parijahan se quedó callado antes de decir finalmente:

—Tendremos que quedarnos aquí un poco más. Rashid no tiene ni idea de cómo has sobrevivido a eso, has perdido mucha sangre. Tienes que curarte.

—¿Dónde estamos?

—Un pueblo a pocos días al oeste de Kyętri. Un granjero nos ha dejado muy amablemente alojarnos en esta casa vacía por el módico precio de diez łowtek la noche.

—Rayos.

Parijahan se encogió de hombros.

—Puedo pagarlo, pero me estoy acercando al final de mis fondos. Dijo que su hijo es el dueño de la casa, pero está al frente y el comercio casi se ha

detenido aquí.

—Nada ha cambiado —dijo Nadya en voz baja—. En todo caso, todo ha empeorado.

—Tal vez —dijo Parijahan—. O tal vez fue sólo un primer paso y simplemente hay más pasos por venir.

—No estoy segura de cuánto más podré soportar.

Estaba desconcertada y agotada y no podía dejar de pensar en la expresión de asombro en el rostro de Malachiasz antes de que se le borrara todo.

Parijahan tiró de la mano corrupta de Nadya hacia su regazo.

—Esto parece que debería ser una prioridad —observó.

Nadya flexionó los dedos.

—Yo tampoco sé qué hacer con esto.

—Descansa —dijo Parijahan—. Eso es todo lo que puedes hacer.

* * *

Nadya ya no estaba en la granja.

—¿Cómo sigues haciendo esto?

Pelageya levantó la vista de una ristra de patas de pollo que tenía en sus manos.

—¿Haciendo qué?

Nadya señaló a su alrededor. Se encontraban en la sala de estar donde había conocido a Pelageya antes, con una luz media que entraba a través de las ventanas polvorientas. Del techo colgaban ahora manojos de flores secas junto a calaveras ensartadas en sus cuencas oculares. Nadya estaba arropada en una silla, con las manos envueltas en una taza de té caliente. Le dolían los costados, pero no era insoportable.

Pelageya la ignoró.

—Fracasó en su noble búsqueda, ¿verdad?

—Muy bien, mándame de vuelta —dijo Nadya, luchando por levantarse de la silla.

—Tan sensible —dijo Pelageya, chasqueando la lengua a Nadya—. Te quedarás donde estás si sabes lo que te conviene.

—Se ha establecido que no lo sé, en realidad.

Pelageya soltó una carcajada.

Nadya hizo un gesto de dolor cuando se acomodó en la silla, preocupada por si se había arrancado un punto. Pelageya la miró.

—Deberías estar muerta.

—Muchas veces, estoy segura —dijo Nadya con sequedad. Era más fácil ser brusca con Pelageya cuando no parecía mayor que ella.

—Las garras del Buitre están envenenadas. Y estoy seguro de que las de tu chico son peores que las de cualquier otro de su especie.

Nadya frunció el ceño. Se llevó la mano al costado. ¿Cómo había sobrevivido?

—Pero tú vives y persistes. No puedo darte respuestas, sólo consejos.

—Nunca he pedido consejo —dijo Nadya, ignorando la insinuación de que Pelageya tenía respuestas para Nadya que le estaba ocultando.

—¿Qué vas a hacer? No tienes tu monstruo mascota para tirar de una correa en el país de sus enemigos…

—Y no tengo magia —murmuró Nadya.

—¿No has pensado nunca en por qué existes? —preguntó Pelageya.

Eso suena profundamente desagradable, pensó Nadya. Volvió a meter la cara en el vapor caliente que salía del té.

—Un clérigo que está en comunión con todo el panteón, algo inédito, que llegó en una época de lucha en la que no había otros clérigos. ¿Qué te hace tan especial?

Nadya la ignoró. No le correspondía a ella cuestionar.

—Creía que eras como cualquier otro clérigo, con un talento propio para la magia que los dioses explotan e inflan para que parezca que no puedes hacer nada sin ellos, pero estaba equivocada.

—¿Mal por qué ya no tengo magia de la que hablar?

—No, porque tu poder proviene de otro lugar —dijo Pelageya. Se puso de pie y colocó las patas de pollo sobre una mesa antes de tomar la mano de Nadya. Los zarcillos negros habían trepado por sus dedos anular e índice—. ¿Qué creemos que es esto?

—Usé a Velyos para robar el poder de Malachiasz —dijo Nadya.

—¿Y eso te convierte en una especie de *kashyvhes* mágico? No, niña, es algo largamente ignorado que has despertado y que ahora busca lo que se le debe.

Un escalofrío de miedo recorrió la columna vertebral de Nadya.

—No suelo equivocarme —reflexionó Pelageya—. Pero me equivoqué contigo.

¿Por qué no podía ser simplemente una clériga tonta que había tomado malas decisiones? Eso era sencillo. No quería saber qué era diferente en ella, porque entonces no era sólo una clériga, y eso era todo lo que quería ser.

Excepto que ella era la clériga destinada a detener la guerra, y había *fracasado*.

—No sé qué debo hacer —susurró.

Pelageya se sentó en el brazo de la silla frente a Nadya.

—Pensé que… —Nadya se interrumpió—. Pensé que derribar el velo cambiaría las cosas, aunque matar al rey no lo hiciera, pero hice ambas cosas y nada cambió.

—¿No estás viendo tu retribución divina?

—Claramente no.

—No piensas con suficiente abstracción, niña. ¿Pensaste que la ira de los dioses vendría en forma de fuego infernal y destrucción? Los dioses no funcionan así. Estás viendo tu retribución, simplemente está cayendo sobre Kalyazin también.

La sangre se drenó de su cara. *El invierno*. El incesante invierno. Los iba a congelar a todos; los iba a matar de hambre. Y sería una retribución para Tranavia, ciertamente, pero ¿de qué valía si los tranavianos no se daban cuenta de quién lo causaba?

—¿Crees que es eso? ¿Algún tiempo molesto? Nadezhda, eres mucho más inteligente que esto.

¿Lo era? Ella no había sido lo suficientemente inteligente para ver a través de las mentiras de Malachiasz. O para traerlo de vuelta. No se sentía particularmente inteligente en absoluto.

Pelageya suspiró.

—¿Crees que el nuevo y joven rey está luchando por mantener su trono debido a la incompetencia? Es tan despiadado y sanguinario como se espera que lo sea un rey tranaviano, incluso más.

—Oh —respiró Nadya—. ¿Bozidarka?

—O Veceslav. Cualquier número de sus dioses podría estar torciendo los planes del rey a su alrededor hasta que realmente caiga.

Nadya miró la madera oscura del techo. Tenía un sentido enfermizo. Había esperado un apocalipsis, pero había recibido exactamente lo que quería para Tranavia: el caos.

—¿De verdad quieres que Tranavia se desmorone? —preguntó Pelageya —. Están en el precipicio y sólo haría falta el más leve empujón para que cayeran al vacío.

—¿Cómo? —preguntó Nadya. Era la única manera de detener la guerra, la única manera de redimirse.

Una pequeña sonrisa tiró de la boca de la bruja.

—Pronto —murmuró—. Muy pronto.

* * *

Pasaron algunos días más antes de que Nadya estuviera lo suficientemente bien como para salir de la cama. Cada movimiento era una pequeña agonía, respirar le *dolía*, pero si se quedaba en la cama por más tiempo, iba a arrastrarse por el suelo.

Kostya seguía rondando sus límites, pero la tensión iba en aumento, a punto de estallar cada día que ella dejaba pasar sin decirle la verdad.

Honestamente, ella había estado esperando salirse con la suya. No quería ver su decepción.

Se sentó a la mesa y le tendió una taza de té. Los moratones de su cara se estaban curando, más amarillos que negros.

—Nadya, tienes que hablar conmigo —dijo en voz baja.

No es técnicamente cierto, pensó ella con desazón. La lluvia golpeaba las sucias ventanas y ella clavaba los dedos de los pies en el suelo de tierra compactada.

—Sólo quiero saber qué pasó, *todo*. ¿Por qué estabas viajando con el príncipe?

—Espera —dijo ella, levantando una mano—. Espera. Hay cosas que tienes que decirme también.

Hizo una pausa, desconcertado.

—Esto no va a ser un interrogatorio, va a ser un intercambio de información.

—Pensé que era una conversación —dijo.

—Lo sería si no estuvieras tan empeñado en odiar todo lo que te voy a contar.

—Yo no…

—Es peor de lo que crees, Kostya. Es peor que probablemente la cosa más terrible que puedas imaginar. Y no voy a ser interrogada, pero te lo diré si quieres escuchar.

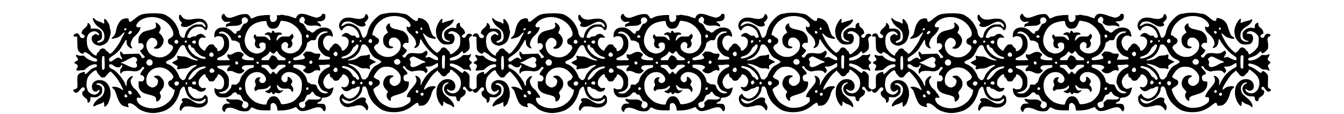
—Quiero escuchar —dijo sin dudar.

—Entonces también tienes que responder a mis preguntas.

Asintió con la cabeza, sin saber qué significaba eso. Su expresión no se agrió demasiado cuando ella le explicó por qué había estado con Serefin, incluso cuando glosó la *otra* razón para estar en las Minas de Sal. Pero antes de que pudiera preguntar por el colgante, por Velyos, un golpe, tentativo y

suave, sonó en la puerta. Intercambió una mirada confusa con Kostya mientras Parijahan iba a abrir con cautela.

Nadya oyó un grito de sorpresa y el sonido de algo golpeando el suelo. Se levantó para investigar, llevándose su taza de té, y se quedó helada cuando reconoció la voz que hablaba en un rápido tranaviano.



15

SEREFIN MELESKI

Nadie sabe cuál fue el desaire de Lev Milekhin a los dioses; nadie sabe qué pasó cuando hizo la peregrinación a Bolagvoy, salvo que volvió tocado por un dios diferente al que le abandonó, y nunca más volvió a hablar.

Los libros de Innokentiy

Serefin se despertó de una horrible pesadilla para descubrir que no había sido una pesadilla. Todavía estaba en el maldito bosque.

Al menos la eterna noche estaba pasando. Estaba oscuro, pero el parpadeo ocasional de la luz a través del espeso dosel de hojas y el sonido de los pájaros que revoloteaban entre los árboles era un alivio mayor de lo que podrían decir las palabras.

Estaba cansado, y hambriento, y ciertamente no tenía ningún deseo de permanecer en este maldito claro, así que se levantó y comenzó a caminar. El temor que le invadía había desaparecido. El bosque era… normal. Sería agradable si no estuviera tan aterrorizado de no poder volver con sus amigos.

Tenía la vaga sensación de que la voz no había mentido cuando afirmaba que ya no estaba en Tranavia, y no entendía cómo era posible, incluso cuando empezó a avanzar a trompicones hacia las afueras de una aldea kalyazi.

¿Hasta dónde me ha llevado esa criatura? pensó, horrorizado. Rápidamente, se encogió de hombros para quitarse la chaqueta militar y la metió en su mochila. Fue a quitarse el anillo de sello, pero se detuvo, ya que el metal estaba frío bajo sus dedos. Quitárselo le parecía mal, aunque bien podría hacer que lo mataran. Y si no lo hacía, lo haría su acento. La opción más sensata sería evitar el pueblo por completo, pero estaba mareado por el cansancio y el hambre.

El invierno había sido duro para este pueblo; estaba sufriendo. Los campos deberían haber reverdecido y los campesinos se esforzaban por compensar el invierno. Los edificios por los que pasó estaban desgastados, los tejados de paja eran delgados y parches. Era similar a la pobreza de Tranavia, y trató de no dejar que eso le afectara.

Esta guerra estaba destruyendo a todos.

Quiso llorar de alivio cuando encontró una posada porque eso significaba que los aldeanos no le miraban *demasiado* de cerca, aunque había cosechado algunas miradas extrañas. En este lugar se veían viajeros, y aunque no les gustaran, estaban acostumbrados a ellos. Se había bajado más el sombrero en un intento de disimular la cicatriz de su cara, aunque sabía que era infructuoso. Su sombrero era de estilo tranaviano, otro error.

Se metió en el edificio, agradecido por alejarse de los aldeanos de fuera aunque tuviera que enfrentarse a los de dentro. Hacía calor, un fuego ardiendo en el centro de la sala. A Serefin le llamó la atención de inmediato el penetrante olor a tierra de las hierbas secas que colgaban de la pared. Todo esto era una tremenda tontería por su parte, pero no le importaba. Estaba cansado, se encontraba en el país de sus enemigos, y en el peor de los casos sería reconocido como tranaviano y luego… ¿qué? ¿Ahorcado? ¿Arrojado al ejército? Eso probablemente sería hacerle un favor.

Deseaba que Kacper estuviera aquí. Por cien mil razones, deseaba que Kacper estuviera allí, pero también porque Kacper era muy bueno en este tipo de cosas. Nunca se habían encontrado en una situación así, pero a Kacper le gustaba saber cosas, sobre todo si tenían que ver con el funcionamiento de las personas y con lo que las hacía funcionar. Kacper podía hacerse pasar por un kalyazi increíblemente convincente.

No estoy entrenado para esto, pensó Serefin salvajemente. Era un soldado, no un espía. No podía fingir de esa manera.

Tenía que arriesgarse.

Serefin palpó ligeramente el forro de sus bolsillos y sacó una fina bolsa que contenía un puñado de *kopecks* kalyazi. No era mucho, pero sería suficiente para una comida caliente y un lugar cálido para dormir. También una bebida. Tal vez dos. Con suerte, dos.

La multitud sentada en torno a una larga mesa cercana no le dedicó a Serefin ni una sola mirada, enfrascada en una feroz discusión que avanzaba demasiado rápido para que él pudiera seguirla. Captó algunos fragmentos; se trataba de algún tipo de debate político, y un anciano de barba larga y canosa

estaba regañando a un hombre más joven y diciéndole que estaban en un *korchmy* y que el *neznichi krovitz* no tenía poder allí.

Serefin frunció ligeramente el ceño. ¿Estaban cerca de la fortaleza de un príncipe bajo? Seguramente no. ¿Y por qué un bajo príncipe no tendría jurisdicción en una posada?

Habló lo menos posible con el posadero, que se limitó a indicarle que se acercara a una de las dos largas mesas que se extendían por la sala. Serefin evitó al gran grupo. Sólo necesitaba sobrevivir a esto y encontrar a sus amigos, e ignorar la atracción hacia el oeste, hacia donde aún no podía decir. La voz quería venganza, pero ¿de quién? Serefin también quería venganza, aunque prefería llamarla justicia para dormir mejor por la noche. Matar a un padre y a un hermano podría ser suficiente para hacerle estallar de una vez; ya estaba muy cerca de desmoronarse.

—Tu sombrero es feo.

Serefin levantó la vista de su caldo, que sabía fatal pero estaba caliente. Al menos, el pan negro era bueno y el alcohol ya hacía sus efectos, pequeñas gracias. Una mujer que estaba un poco más abajo en la mesa —con un pañuelo bordado sobre el pelo y una mirada que decía que sabía exactamente de dónde había salido un sombrero como el suyo— lo observaba.

—Sombrero feo de un soldado feo —dijo bruscamente—. No se puede ser exigente con este tiempo.

Había dicho unas siete palabras más de las que quería, pero la mujer asintió y su atención se desvió de él. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando la puerta de la posada se abrió de golpe y el aire helado entró en la habitación. Serefin reaccionó sin pensarlo y se abrió el dorso de la mano.

Alguien gritó y la mesa del otro lado de la habitación se volcó mientras el grupo se apresuraba a alejarse del Buitre que entraba en la habitación. Los ojos de Serefin se cerraron por un segundo; no estaba en condiciones de luchar contra uno de ellos.

Y definitivamente estaba aquí para él.

Demasiado para salir de una pieza.

Se agachó cuando una cuchilla hecha con magia salió volando hacia él. La cabeza le daba vueltas. ¿Por qué siempre esperaban a que él bebiera?

Supuso que era culpa suya por querer emborracharse siendo plenamente consciente de que los asesinos de Ruminski eran inevitables. Pero, ¿cuáles eran las alternativas? ¿No emborracharse? Poco probable. ¿Y por qué un Buitre?

Quizás era de Malachiasz, no de Ruminski.

No debería usar la magia. Usarla lo pintaría inmediatamente como el hereje que era porque todos sabían que sólo había una clériga y que estaba lejos de aquí. Pero el Buitre se estaba acercando y había poder temblando bajo su piel y polillas revoloteando alrededor de su cabeza y en su pelo y no le costó ningún esfuerzo sumergirse en ese lugar caótico y sacar estrellas del aire y enviarlas directamente a esa máscara de hierro dentada. Se oyó un grito terrible y desgarrador cuando la luz atravesó la máscara y se introdujo en la piel del Buitre, la carne burbujeando por debajo. Serefin miró hacia otro lado, pero no pudo evitar los gritos de dolor que desgarraban la garganta.

Interesante, pensó.

Esperaba que esto no se volviera en su contra. No era prudente usar un poder que no entendía.

El buitre se puso en guardia y le desgarró el costado con sus garras. Sólo llevaba una simple camisa y ninguna protección. Siseó entre los dientes, la sangre le corría por el costado. Pero con toda esa sangre surgió una involuntaria oleada de poder que tuvo que reprimir, porque si sobrevivía a esto iba a tener problemas.

Rápidamente esquivó el siguiente intento del Buitre, apretando una mano en su costado sangrante. De repente, su visión cambió, volviéndose extrañamente nítida y enfocada de una forma tan desorientadora que casi tropezó con sus propios pies. Durante un hermoso y brillante segundo pudo ver.

Pero tan rápido como vino, se fue, y todo lo que vio fue horroroso. Los que huían de la posada eran cadáveres, con la carne ennegrecida y podrida. Apéndices desgastados hasta el hueso, extremidades rotas, sangre negra saliendo de sus ojos. Y Serefin se encontraba en un bosque oscuro y opresivo que iba a tragárselo entero y a escupirlo como si fuera una media persona, sólo una criatura, nada más que un niño cuya mente había sido cortada en dos después de ser arrojado por los dioses y desechado.

Entonces el bosque desapareció y la mente de Serefin se aclaró.

La magia se acumuló en la mano de Serefin y la golpeó contra la cara del Buitre con tanta fuerza que el monstruo cayó como una piedra. Sus nudillos se rompieron.

Serefin soltó un largo y tembloroso suspiro y se frotó los ojos. Eso no era nada. Eso tenía que ser nada. No podía soportar la alternativa.

Se agachó junto al Buitre, aturdido pero vivo.

—*Czijow* —dijo amablemente. Era inútil no usar más el tranaviano; dudaba que saliera vivo de este pueblo—. Supongo que eres de Ruminski —

hizo una pausa y le arrancó la máscara al Buitre.

Tenía más o menos la edad de Serefin. Los rizos rubios pálidos le caían sobre la frente. Su rostro sangraba donde la magia de Serefin había cortado su máscara, y sus ojos azul oscuro eran venenosos.

—¿Sí? ¿No? ¿El Buitre Negro, entonces?

El Buitre escupió, esquivando por poco la cara de Serefin.

—Ah, eres uno de los que lo odian, tenemos eso en común. Así que, Ruminski. Excelente. ¿Dijo que yo era un borracho débil y una muerte fácil? Está teniendo algunos problemas, ¿no es así, para hacerse con mi trono? ¿Hay un puñado de *slavhki* que le impiden reclamarlo sin causa y sin pruebas de mi muerte?

El Buitre no habló. Su mano buscó algo en su cinturón, pero Serefin le cogió la muñeca, le quitó un frasco y agitó el líquido que contenía.

—¿Vas a matarte en lugar de hablar conmigo? Parece extremo —lanzó la botella por encima de un hombro y la oyó romperse—. Vas a volver corriendo a Tranavia y a decirle a Ruminski que espero que se pase las noches sudando. Que sus planes nunca van a funcionar. Si cree que le he dejado el trono al abandonar la ciudad, es tan tonto como parece. Dile. —Serefin se acercó— que su hija está entre los Buitres y que ninguna negociación o amenaza a mi trono le dará lo que quiere. Puede tratar con el Buitre Negro. Pero tú lo sabías. Sólo que nunca se lo dijiste, ¿verdad? ¡Debería disfrutar del tiempo que tiene! Tengo algunas cosas de las que ocuparme primero, luego voy a desgarrarlo miembro por miembro y disfrutar cada segundo.

Serefin arrancó una polilla del aire y la introdujo entre los labios del Buitre. Éste luchó, pero finalmente se atragantó, con los ojos desorbitados.

—Ah, sí, eso pensé —dijo Serefin, con una sonrisa socarrona—. Vuelve directamente a entregar mi mensaje. Y, por favor, si quieres hacerlo más espantoso, adelante —dejó que el Buitre se levantara con dificultad y se adentrara en la noche como si estuviera en trance.

No tengo ni puñetera idea de lo que acabo de hacer, pensó Serefin suavemente.

Seguramente alguien había ido al puesto militar más cercano. Tal vez podría salir de la aldea antes de que llegara el ejército kalyazi.

Se levantó como si estuviera aturdido. Dio un paso adelante y su pierna cedió.

Consiguió ponerse de nuevo en pie, dirigiéndose a la puerta.

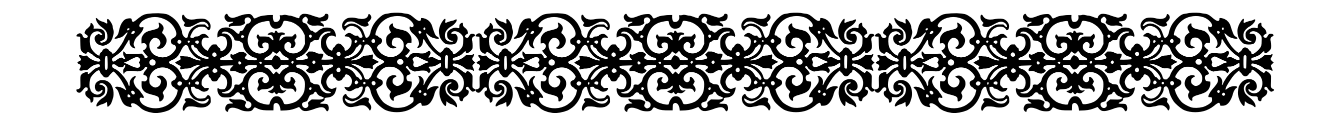
Y directamente en la punta de una cuchilla.

Mierda, pensó, levantando las manos, la mirada viajando por la longitud de la espada, hasta el abrigo azul kalyazi con medallas de alto orden blasonadas en la chaqueta. Una trenza negra colgada sobre un delgado hombro. Y directamente a los afilados ojos verdes de alguien a quien reconocía y deseaba no reconocer.

—Mierda —dijo en voz alta.

Yekaterina Vodyanova, la zarevna de Kalyazin, sonrió alegremente.

—Bueno —dijo, encantada—. El rey de Tranavia está muy lejos de casa, ¿verdad?



16

NADEZHDA LAPTEVA

Las tormentas no siempre vinieron de la mano de Peloyin; ese usurpador, ese fraude. Hubo otra vez, una y otra y otra. Humo y sombra y una voz como un trueno, un cadáver de árbol golpeado por un rayo. Aquel que retuvo cada movimiento del aire ante su abrupta profanación.

Los libros de Innokentiy

Nadya se quedó boquiabierta y el té ardiente se derramó sobre sus dedos temblorosos. Dejó rápidamente la taza en el suelo.

Malachiasz tenía un aspecto terrible. Estaba empapado hasta los huesos y cubierto de barro; la sangre seca le cubría un lado de la cara, como si le hubieran golpeado en la mandíbula. Su pelo negro goteaba y temblaba, con los labios azules por el frío. Podía ver las huellas de sus venas bajo su piel pálida. No hay garras. Ni dientes de hierro. No hay púas de metal que sobresalgan de su carne. Sólo un adolescente, con los brazos rodeando su cuerpo, lo que acentuaba su delgadez. Llevaba una túnica gris deshilachada sobre unos calzones manchados de barro y una mochila maltrecha colgada del hombro.

Nadya se sintió aliviada. Y entonces toda la rabia que no había sentido la golpeó de repente. Estaba tan furiosa como para matarlo.

Sus pálidos ojos se encontraron con los de ella, recelosos. El puño de Nadya se cerró.

Rashid la agarró del brazo.

—De ninguna manera. Te arrancarás los puntos.

—No hay nada que me apetezca más en este momento que darle un puñetazo en su estúpida cara, no me lo quites, Rashid —replicó Nadya, pero le dolía el costado.

—¿Puntos? —preguntó suavemente Malachiasz, y todo el aire de la habitación fue aspirado. Se hurgaba las cutículas y los dedos de la mano derecha ya sangraban. Tosió violentamente.

Este era el chico que la había convencido tan seriamente de que le importaba, sólo para echárselo en cara. Cómo se atrevía a volver y actuar como si pudieran volver a la cómoda y extraña amistad que tenían antes, cuando todo era una mentira.

—Eso es lo que pasa cuando empalas a una persona con diez de tus malditas cuchillas —espetó ella, pálida.

Cuchillas para dedos, dijo él, desconcertado, antes de que sus manos se cerraran lentamente en puños, no combativos, sino protectores, un destello de pánico cruzó su rostro. Miró a Parijahan suplicante, pero ella dio un paso más hacia Nadya. El sutil cambio de lealtades hizo que su pánico aumentara.

—¿Qué hice? —preguntó lentamente.

Nadya se burló, resistiendo el impulso de poner los ojos en blanco. Rashid frunció el ceño. Malachiasz había pasado de apoyarse en la puerta a parecer que sus piernas estaban a punto de ceder.

—Pero esto es lo que querías —dijo Rashid a Nadya.

—Dije que necesitaba que volviera, no dije que iba a ser perdonado —respondió ella.

Malachiasz se estremeció como si le hubiera golpeado. Ella observó cómo intentaba alejar al niño ansioso y… fracasó. Levantó una mano y empezó a roer un padrastro. Ella, no podía ser, pero había algo extraño en su forma de actuar.

—Malachiasz…

Se sobresaltó al oír su nombre, los ojos se le cerraron brevemente.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Frunció el ceño. Sacudió la cabeza lentamente. Kostya había llegado detrás de ella para apoyarse en la puerta opuesta, el odio que irradiaba de él en ondas frías.

—Me desperté en las minas —dijo Malachiasz—. Pero era Grazyk, la catedral. Yo… hay otras cosas, fugaces, pero…

—Lo de la catedral fue hace casi seis meses —dijo ella.

Volvió a sacudir la cabeza y se pasó una mano por el pelo; sus dedos se engancharon en un trozo de hueso enhebrado entre las cuentas de oro atrapadas en las hebras, y eso lo que hizo fue sacudirlo aún más.

—Está bien —dijo en voz baja—. No ha sido un resultado calculado.

Parijahan resopló.

—Idiota.

Él sonrió débilmente. Su mirada volvió a Nadya, se posó en su collar, y su rostro palideció.

—Yo no…

—¿Ese gran plan tuyo? No —dijo ella, con la voz aguda—. ¿O tal vez? Quién sabe. Tenemos que hablar.

—Sí. —Parecía que prefería hacer cualquier otra cosa.

—Deberías limpiarte primero —dijo Parijahan.

Dejó que Parijahan lo arrastrara a la habitación. Se quedó allí desganado, perdido y desconcertado, antes de que ella le diera un empujón en la dirección correcta.

Rashid se fue a calentar la casa de baños y Malachiasz lo siguió tan rápido como pudo, claramente deseando estar lejos de Nadya. Y por muy enfadada que estuviera, le dolía. Porque lo había echado de menos y estaba justo delante de ella, *tan cerca*, pero no podía tenerlo porque había mentido e intentaba destruir a sus dioses en aras de algún ideal extremo. Porque no sabía qué era él y no podía ver más allá de ese monstruo en la oscuridad.

Ella se estremeció con fuerza, envolviéndose con los brazos. El monstruo al que había besado. Pero no la recordaba. Esa pura blasfemia la tenía que soportar ella sola. Para que ella olvidara, sola. Había sido un beso de despedida.

Parijahan miró a Kostya por encima del hombro de Nadya.

—Déjalo —le advirtió.

—Nadya… —Kostya la tiró para que se pusiera frente a él. La ira, la confusión y el desconcierto en su rostro eran una avalancha.

—Era mi amigo —dijo ella, con la voz ronca—. Pero algo pasó y ya no lo es, pero lo necesito para algo. Necesito hacer algo grande, algo que podría arreglar todo, pero no puedo hacerlo sin él.

Kostya arrugó la frente.

—No lo entiendo.

—No sé si puedo ayudarte a entender —susurró ella.

Un doloroso silencio se extendió entre ellos hasta que, con un gruñido de disgusto, él pasó junto a Nadya y Parijahan, saliendo por la puerta y adentrándose en la lluvia.

Nadya se mordió el labio, conteniendo las lágrimas.

—No esperaba que esto fuera tan duro.

—¿Quieres que hable con Konstantin? —preguntó Parijahan.

—Es muy amable de tu parte ofrecerte, pero no, lo haré yo. Se calmará —dijo Nadya, aunque no estaba segura de que eso fuera cierto.

—¿Y?

—Oh, definitivamente también hablaré con el otro —dijo Nadya—. ¿Cómo se atreve a actuar así? Como si no hubiera pasado nada. Como si no se acordara.

—Tal vez no lo haga —dijo Parijahan.

—Aunque no lo recuerde, seguro que se acuerda de que todo lo que me dijo fue una mentira —dijo Nadya. Sin embargo, eso planteaba un problema. ¿Cómo iba a averiguar qué había hecho exactamente si no lo recordaba? No podía descartar ese tiempo perdido, apartándolo con optimismo con la explicación de que él había sido demasiado incoherente para hacer un daño real. No era cierto.

Parijahan frunció el ceño.

—Sí mintió —dijo, pero sus ojos grises eran, como siempre, demasiado perspicaces—. ¿Así es como vas a castigarlo, entonces?

—Se merece lo que yo decida.

Y era cierto, pero ella sabía que eso no era lo que Parijahan estaba tratando de decir. No podía evitarlo. Estaba enfadada con todo el mundo. Estaba enfadada con Malachiasz por mentir. Estaba enfadada con Marzenya por darle la espalda cuando Nadya más la necesitaba. Y ella vería esto a través de utilizarlo de la manera que él la utilizó. Si ella era la que se suponía que iba a detener esta guerra, entonces ella iba a hacer eso, sin importar lo que costara.

PARIJAHAN SIROOSI

Solo había tantos informes militares secos de Tranavia que Parijahan no sabía cuánto podría aguantar antes de querer quemar todo el país ella misma. Dejó a Rashid, que seguía desconcertado por un informe que Parijahan estaba segura de que no significaba nada y que Serefin no había querido traer. Entró en la pequeña cocina y encontró a un Malachiasz mucho más limpio, hirviendo agua para el té. Lo observó: la forma en que se tensaba al oír sus pasos y se relajaba de nuevo sin mirar.

—Parj.

—¿Intentas sobornar para conseguir el perdón?

—Yo —dijo Malachiasz, con la voz primorosa— estoy tratando de sobornar para que no me corten la garganta o me rompan la nariz. El perdón no es un factor y requiere remordimiento.

Parijahan se rió y se subió a la mesa.

—Tienes un aspecto lamentable.

—Gracias —respondió—. Eso es exactamente lo que quiero oír ahora, tú sí que sabes todas las formas de hacerme sentir mejor, Parj.

Había encontrado frambuesas y manzanas marchitas en alguna parte, y las estaba remojando en el té, pero Parijahan suponía que sabría exactamente dónde encontrar los ingredientes para una bebida muy tranaviana en esta pequeña granja tranaviana.

La venganza personal de Parijahan contra su país no se parecía en nada a la de Nadya, y no le importaban especialmente los monstruos y la herejía, sea lo que sea que eso significara. Si Malachiasz fuera algún *slavhka* rico, sus sentimientos podrían ser diferentes.

—Te he echado de menos —dijo—. Ojalá me hubieras dicho la verdad sobre lo que estabas planeando.

—No he tenido la capacidad de echar de menos a nadie —dijo él, falsamente alegre.

Ella se quedó callada. Su tono arrogante no estaba disimulando todo como de costumbre. Las grietas se notaban. Ella sabía lo solo que estaba, pero no se había dado cuenta de lo asustado que estaba también. Y deseó, con todas sus fuerzas, que las cosas no hubieran acabado así porque, a pesar de todo lo que él era, ella quería ayudarle y ahora no estaba segura de poder hacerlo. Sus circunstancias estaban cambiando rápidamente y no sabía cuánto tiempo le quedaba aquí. Pronto tendría que dejarlo atrás.

—Sin remordimientos, entonces —dijo finalmente.

Él tamborileó los dedos contra la mesa.

—No sabía si confiarías en mí o se lo dirías a ella —dijo, con la voz casi inaudible.

Parijahan abrió la boca para protestar, pero él levantó una mano.

—No puedes culparme por ello cuando soy muy consciente de que te gustaría ver todo mi país en llamas —señaló.

Ella suspiró.

Un racimo de ojos, de colores inquietantes y goteando sangre, se abrió en su mejilla. Se apartó de la mesa antes de que pudiera mancharse de sangre. Pasaron unos segundos antes de que desaparecieran y pudiera limpiarse.

Ella hizo una mueca. Era asqueroso.

Había sido obvio que habría ramificaciones de pesadilla por lo que él había hecho, pero ella no había esperado esto. Pensó en la noche en que se le escapó el control y le admitió lo que era; la forma en que le tembló la voz, cómo pensó que iba a llorar cuando ella aceptó la revelación encogiéndose de hombros y le dijo que le tocaba hacer la cena. Ella no había esperado que él quisiera ser peor de lo que ya era. Un error de juicio.

—Tenemos que hablar.

—¿Tenemos? —Él se mostró un inmediato receloso.

Ella casi se rió.

—No sobre nada de esto.

No sabía por qué Malachiasz era la persona cuya ayuda quería para tomar la decisión que tenía ante sí: él había *mentido*, y ¿cómo iba a saber si iba a utilizar lo que tenía que contarle en su contra? Era políticamente tenue, y él era ambicioso, como mínimo.

Él inclinó la cabeza de forma incrédula y sirvió el té en dos tazas feas y deformes y le ofreció una.

—Sabes que soy exigente con el té.

—Si lo odias, haré que la misión de mi nueva vida sea conseguirte té de Akola.

Ella arrugó la nariz.

—Sí que necesitas una nueva misión de vida.

—No puedes odiarlo por ese principio.

Ella no lo odiaba. Era mucho más dulce de lo que normalmente le gustaba, pero la dulzura no era empalagosa, era agradable.

—Supongo que te quedas con tu búsqueda de tontos

Él sonrió. Ella lo miró por encima del borde. Estaba descalzo, con el pelo recogido al azar, y no era el monstruo incoherente que Nadya siempre insinuaba.

—¿De qué querías hablar?

Ella negó con la cabeza.

—Aquí no, en algún lugar donde los demás no puedan oír, más tarde.

No quería hablar de Akola con Rashid al alcance del oído, por muy mal que le pareciera ocultarle algo.

Esperó a que ella continuara.

—Estoy en problemas.

—¿Y necesitas *mi* ayuda?

—Necesito consejo. —Parijahan tomó otro sorbo—. Deberías llevarle a Nadya su té. Probablemente no te pegará.

Él frunció el ceño, debatiendo si debía seguir presionando o esperar. Pero la conocía; comprendía que acabaría contándoselo.

Porque, aunque él había demostrado que no sentía lo mismo, ella confiaba en él. Por muy terrible que fuera, la traición que él había hecho era algo que ella comprendía, aunque deseara que lo hubiera hecho de otra manera. Sabía lo mucho que quería cambiar las cosas, lo dispuesto que estaba a llegar a los extremos. Podría habérselo contado, aunque fuera sólo una parte. Entonces no habría esta incomodidad entre ellos donde antes sólo había habido facilidad. Habían chocado el uno con el otro, bastante literalmente, pero él había encajado tan bien en el extraño grupo de kalyazi que Parijahan había reunido a su alrededor desde que huyó de Akola. Ella los echaba de menos, a los que se habían ido, y siempre había sido muy consciente de que él era el que se había *quedado*; el tranaviano, el Buitre Negro, el chico que quería demasiado, sabía demasiado y era demasiado. No quería perderlo como había perdido a los gemelos y a la querida y dulce Lyuba. Pero tampoco quería perderlo, bueno, todo por culpa de él y de sus acciones precipitadas y sus mentiras.

Así que le concedería lo que él se negaba a concederle a ella, aunque pudiera acabar en desastre. Francamente, no estaba segura de que las cosas pudieran ir mucho peor de lo que ya estaban.

Asintió rápidamente con la cabeza. Y, con cara de estar mirando la manzana del verdugo, se llevó la taza de té a la otra habitación. Parijahan no oyó inmediatamente ningún grito, por lo que supuso que Nadya había decidido ahorrárselo. Esta vez.

NADEZHDA LAPTEVA

Kostya aún no había regresado de la lluvia, y Nadya estaba sentada a la mesa con un mapa abierto ante ella, tratando de averiguar cómo podrían llegar a Bolagvoy sin que les llevara medio año. Las perspectivas no eran buenas.

Tendría dieciocho años cuando llegaran tan lejos en Kalyazin, consideró con angustia. El país era enorme, y las Montañas Valikhor estaban prácticamente en el lado opuesto, justo en la frontera con el Imperio Aecii, con sus llanuras y sus señores de los caballos.

Una taza de té fresca se deslizó sobre la mesa hacia ella. Malachiasz se sentó frente a ella, con movimientos lentos y cuidadosos, como si le doliera mucho.

Un racimo de ojos se abrió en su mejilla. Él se estremeció, y una mano temblorosa voló inmediatamente para cubrirse la cara. Nadya observó en silencio cómo dejaba escapar un largo y tembloroso aliento antes de bajar lentamente la mano. Los ojos habían desaparecido.

—Bueno —dijo ella.

Apretó los dedos contra su mejilla, buscando. No podía ocultar lo que era. La coraza del adolescente ansioso era demasiado fácil de fracturar por el monstruo fuera de su control.

Dioses, ella quería enfurecer, porque él parecía tan *triste* y no sabía si era él jugando a ser humano para obtener la respuesta que quería.

Tomó un pequeño sorbo del té, encontrando semillas de frambuesa flotando en la parte superior. Estaba dulce y *bueno*. No quería pensar en que Malachiasz era la única persona de la granja que preparaba un té así.

Se había aseado, su largo pelo negro se secaba enmarañado y salvaje alrededor de sus afilados rasgos. El agotamiento pintaba sombras bajo sus ojos pálidos y huecos bajo sus pómulos. Los rasgos de su rostro no se movían tan salvajemente como antes, pero la decadencia se deslizaba por su mejilla mientras ella lo observaba.

Estaba callado, rascando la mesa con una uña mordida, pero Nadya había echado de menos sus silencios reflexivos y eso también la frustraba.

—Nadya, yo…

—¿Tu…?

Hablaron al mismo tiempo.

Nadya miró con desprecio y continuó.

—¿Te arrepentiste alguna vez de lo que hacías? ¿Te sentiste alguna vez mal por todas las mentiras?

Él se aclaró la garganta, pero no habló. Asintió lentamente.

—No lo suficiente como para decirme alguna vez la verdad.

—Tenía que hacer lo mejor para Tranavia —dijo, con la voz ronca.

—Por supuesto.

—Yo… gracias. Por…

—Para. Para, Malachiasz. Si todo esto es un juego para ti, no quiero formar parte de él.

—Sí —dijo bruscamente—. Porque no soy más que un monstruo. Es lo que siempre seré. No importa lo mucho que reces, no importa cuántas veces me conviertas en la apariencia de algo humano. Apenas soy eso. Apenas me sostenía antes y apenas me sostengo ahora.

Su mandíbula se apretó.

—Pero aparentemente, me necesitas —continuó él.

Y ella lo necesitaba.

Él suspiró.

—Nunca quise hacerte daño.

—No importa. No importa lo que querías o no querías. Te sentaste en tu trono y observaste mientras el rey casi masacraba, no sólo a mí, sino a Serefin; ejecutaste un plan para destruir a mis dioses. Hiciste todas esas cosas. Sucedieron. —Hizo una pausa, apretando el puente de la nariz—. Fui a esas minas por *ti* y no fue sólo porque te necesito, pero no puedo… no puedo hacer esto. Ahora mismo no.

Él levantó una ceja, distante.

—Sin embargo, tienes razón, te necesito por lo que te has convertido.

Hizo una mueca.

—¿No es lo que esperabas?

—No.

—¿De verdad creías que iba a ser un sentimiento? —le dirigió una mirada oscura, sus ojos pasaron de negro a azul pálido tan rápidamente que ella casi se lo pierde. Un escalofrío de hielo recorrió su columna vertebral. Qué rápido había pasado de ser un niño temblando bajo la lluvia a ser algo vicioso.

—¿Uno de tus dioses no puede ayudarte?

Ella miró hacia abajo. Lejos de sus pálidos ojos que eran demasiado capaces de ver una parte de ella que no creía que nadie más viera. La chica que simplemente no sabía qué hacer. Tal vez él era la razón por la que esa chica estaba allí, sus palabras sacaban un océano de dudas dentro de ella. Y como él era *Malachiasz Czechowicz* no necesitaba que ella se lo explicara. Sus ojos se abrieron de par en par, con una expresión de tristeza.

—Oh —dijo él, amable de una manera que ella no quería porque no quería nada de él que pudiera hacerle perdonar.

—*Para* —dijo ella, porque se estaba sintiendo atraída por este chico torpe y terrible más allá de toda razón. Y tenía que luchar contra ello. No se atrevería a dejar que le mintiera de nuevo.

Él esbozó una leve sonrisa feroz. Puso sus manos tatuadas sobre la mesa y se inclinó para inspeccionar el mapa.

—¿A dónde vamos?

—No te he dicho cuál es el plan.

—Lo harás. Seguro que es algo especialmente desacertado que irá en contra de mis tiernas sensibilidades…

—¿Las tienes?

Se tomó un momento de contemplación pensativa antes de sacudir la cabeza con nostalgia.

Se le escapó una risa. Y su corazón vaciló al ver cómo la sonrisa de él se convertía en una sonrisa genuina, más tranquila que antes, con su antiguo brillo atenuado. Sus dientes un poco más afilados, la oscuridad más presente en sus bordes. Cada pequeña faceta de él que antes estaba un poco apagada se había convertido en algo completamente monstruoso.

Suspiró con fuerza y señaló un punto del mapa. Lo miró fijamente antes de levantarse y acercarse al otro lado de la mesa. Se inclinó sobre su silla. Ella no podía decir si su rostro había palidecido o si su complexión era tan enfermiza en la tenue luz de la granja.

—Eso está al otro lado de Kalyazin —dijo. Un quiebre en su voz confirmó que, sí, estaba definitivamente más pálido.

—Sí.

Se frotó la mandíbula, perplejo, y preguntó distraído:

—¿Quién es el chico?

Ella le lanzó una larga mirada, sin estar segura de sí hablaba en serio. Él levantó las cejas.

—Se llama Konstantin. Nos criamos juntos en el monasterio.

—Ah —dijo Malachiasz.

—Ha estado en las Minas de Sal.

—*Ah*.

Él tiró de un trozo de hueso que tenía enhebrado en el pelo, buscando ansiosamente algo que hacer con las manos.

Nadya no pudo averiguar si el pequeño trozo de columna vertebral era de un animal o de algo… más grande. Decidió no pensar en ello. Se apartó de él y él volvió a sentarse frente a ella. La tensión volvió a recorrer la habitación cuando la tranquilidad temporal entre ellos pasó.

—¿Has tenido en cuenta que podría negarme a cruzar todo tu gélido país sin más razón que la que me has pedido?

—Podrías, ciertamente —respondió ella—. Y eso sería el fin de esto.

Y el fin de todo lo que teníamos. Pero tal vez eso sería mejor. Se separan aquí, ahora, y ella ya no tendría que llevarle a su propia destrucción. Él sobreviviría un poco más; ella también. Ella no tendría que mentir así.

Él frunció el ceño.

—Difícilmente te estoy atrapando aquí, Malachiasz.

Cada vez que ella decía su nombre había un segundo en el que sus ojos se cerraban y su cuerpo se estremecía, en el que se acercaba un poco más a *la*

apariencia de algo humano y ella lo tendría un poco más antes de dar un paso atrás hacia el monstruo.

Tosió como si su pecho se hundiera. Tenía sangre en los labios que se limpió apresuradamente.

—A riesgo de parecer sospechosamente serio —dijo con cuidado, con la voz rasposa—. Me gustaría ayudar.

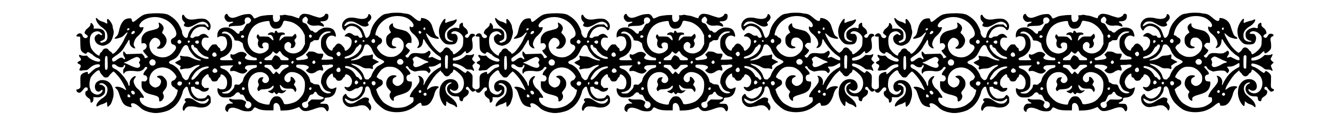
—Puede que cambies de opinión cuando te diga para qué te necesito —murmuró ella mirando el mapa—. Y tienes razón, es sospechoso.

Cuando ella levantó la vista, él la estaba observando. No, estudiándola, como si quisiera recuperar los meses perdidos que habían pasado separados. La sensación era ridícula. Apenas se habían conocido durante un año, menos, verdaderamente. Él había mentido en *todo*. Cualquier cosa más de él era otro juego para volver a tener su gracia.

Excepto… ¿cuál sería el punto? Ella ya había hecho todo lo que él quería que hiciera.

¿Y si él estaba siendo sincero con ella?

Nadya se encontró con sus gélidos ojos pálidos. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.



17

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Arkadiy Karandashov*: Zarevich de Kalyazin, unió el este y el oeste. Sobre su tumba se han realizado muchos milagros.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Estaba rodeado. Incluso cuando la *tsarevna* levantó su espada y apoyó la parte plana contra su hombro, mirando a Serefin de arriba a abajo con una sonrisa irónica, él no pudo ver ninguna forma de huir. La magia de sangre no podía hacer mucho cuando las espadas se mantenían a centímetros de las arterias principales.

—Es curioso —dijo—. Cuando alguien irrumpió en el puesto de avanzada, diciendo que había un tranaviano en la aldea cercana, esperaba a algún soldado medio muerto, no, bueno, al *más importante* de los tranavianos —sus afiladas y oscuras cejas se volvieron hacia abajo en señal de confusión—. ¿Quién iba a saber que el rey de Tranavia era tan imprudente?

Serefin suspiró. Fue a pasarse una mano por el pelo y se encontró con la punta de una espada a centímetros de su cuello.

—Tranquila —dijo—. Acabo de luchar contra un asesino de mi propio pueblo, no quiero otra pelea.

—No —dijo ella tranquilizándose—. Por supuesto que no.

Él desenganchó su libro de hechizos y lo dejó caer al suelo.

—Me has dejado sin poder, enhorabuena.

Ella hizo un gesto a uno de sus soldados que rápidamente lo recogió. Serefin no pudo evitar una ligera punzada de pánico al perderlo, pero había cosas peores que podían perderse aquí.

Yekaterina miró a Serefin.

—Y corten las mangas de su abrigo.

—¿Y dejarme indefenso ante tu invierno kalyazi? Qué cruel.

—Para empezar, no deberías estar en Kalyazin —respondió ella—. Y espero que tengas una buena explicación para esto. No creí que esta fuera la forma en que ustedes hacían las cosas. De forma encubierta y lo que sea —agitó una mano vagamente—. O ensuciarse las manos… bueno, fuera de toda la sangre, supongo.

—Es complicado.

—Una pena —levantó su espada y apoyó la punta contra el esternón de Serefin—. Supongo que matarte no me servirá de mucho, ¿verdad? Hemos oído que las cosas no van muy bien en Tranavia.

—¿Oh? ¿Tan buenos son tus espías?

Ella se burló. Tenía rasgos finos y piel pálida. La familia real de Kalyazin no estaba mucho mejor que la de Tranavia, porque por lo que Serefin sabía, Yekaterina sólo tenía una hermana menor inválida. Al igual que el padre de Serefin, el zar había enviado a Yekaterina al frente cuando sólo era una niña. A diferencia de su padre, el padre de ella no la había hecho asesinar por un ritual de magia de sangre. Qué suerte tuvo la realeza con eso.

Yekaterina lo consideró. Suspiró.

—Tendré que hablar contigo de verdad, ¿no? Uf. Que miseria.

—De verdad, siento mucho que no sea el momento de hacer una matanza sin sentido. Mi corazón llora.

—Dioses, eres peor de lo que imaginaba.

—Infinitamente halagado.

Ella puso los ojos en blanco. Serefin se fijó en el collar de dientes que llevaba colgado al cuello y se le cayó el estómago. Su mensaje nunca llegaría a Ruminski, porque el Buitre nunca iba a salir de Kalyazin. No sabía que la *tsarevna* era *Voldah Gorovni*, y sin embargo tenía un sentido enfermizo.

Y le dio a Serefin una idea terrible.

—¿Lo has añadido a tu colección, entonces? —preguntó, señalando con la cabeza los dientes.

Yekaterina frunció el ceño y levantó la mano para tocar el collar.

—Esperaba que él enviara un mensaje para mí, pero es lo que hay. Intentó matarme —continuó Serefin—. ¿Eres muy buena cazando Buitres?

—Arregla este lugar —ordenó ella, sus soldados se apresuraron a obedecer sus órdenes—. Me muero de hambre. Pónganlo en algún sitio mientras encuentro algo de comida.

Serefin fue empujado a un banco, con las muñecas atadas a la espalda.

Yekaterina se sentó frente a él, con un plato de arenque y pan de centeno en las manos. Llevaba el atuendo militar de una oficial kalyazi, aunque Serefin no pudo averiguar su rango, lo que sugería que no tenía un rango militar real y que el ejército sólo la tenía en cuenta por su sangre.

Incomodo.

—Eres muy amable al no matarme en el acto —dijo Serefin.

—Los rumores dicen que mataste a tu padre para convertirte en rey —respondió ella.

Él ladeó la cabeza.

—En realidad, tu clériga mató a mi padre.

Yekaterina se quedó quieta.

—¿Qué?

—¿Nadezhda Lapteva? ¿Nadya? Una chica absolutamente exasperante. Alguien tan pequeño no debería ser capaz de tener tanta obstinación.

—¿La clériga estaba en Tranavia?

—¿Pensé que tus espías eran *buenos*?

Ella se sonrojó.

—No te preocupes. Ella está bien. Bueno, puede que no esté bien. La última vez que la vi iba a las Minas de Sal a tratar con el Buitre Negro. —La expresión de Yekaterina disminuyó aún más—. Una historia aburrida en realidad, y francamente, me encantaría acabar con mi actual Buitre Negro. Sin embargo, es probable que haya salido con vida, los dos tenían una relación asombrosamente extraña, pero realmente ¿quién puede decirlo?

Se quedó sentada en silencio. Serefin sonrió.

—Ah, veo que tengo algo que quieres.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Yekaterina, con la voz baja.

Serefin no tenía ni puta idea de dónde estaba Nadya, pero tenía que esperar que Kacper y Ostyia siguieran con ella. Tenía que esperar que estuvieran bien porque no podría sobrevivir a la alternativa. Los echaba de menos desesperadamente. Se dio cuenta de que echaba de menos a *Kacper*. Se había acostumbrado demasiado a la presencia tranquila y constante de Kacper y los días sin él tenían un tipo de soledad muy específico que Serefin no estaba preparado para analizar.

Yekaterina se recostó en su silla. La oyó jurar en voz baja en kalyazi.

—Me tienes en una situación incómoda, ¿lo sabes? —dijo Yekaterina.

—Curiosamente, no siento una gran compasión por ti.

—¿Qué te pasa en el ojo?

—Eres increíblemente encantadora, ¿lo sabes? ¿La gente te lo dice?

—Hay rumores sobre ti… —se inclinó de nuevo hacia delante, apoyando la barbilla en la mano—. Pero eran tan ridículos que los descarté.

—La guerra ha cambiado y todos lo sabemos, pero nadie sabe cómo detenerla —dijo Serefin—. ¿Por qué estamos luchando?

—Ustedes son unos herejes.

—Y ustedes son unos ilusos —respondió Serefin—. ¿Cuáles son los rumores?

—Moriste la noche anterior a tu padre. Te trajeron de vuelta en una marea de sangre.

—Sí.

Se puso rígida, pero se recuperó notablemente.

—Pero no ha habido susurros de la participación de la clériga.

—Todo el asunto fue bastante turbio. Traté de mantenerla al margen por razones obvias.

—¿Por qué la protegiste?

—Porque no necesitaba que Kalyazin asaltara mi capital para recuperarla. Soy un estratega, querida, y saber dónde estaba tu clériga sólo traería más esperanzas a tu pueblo.

Yekaterina lo consideró.

—Eres más problemático vivo que muerto —dijo ella.

—No hace falta que me halagues —sin embargo, se estremeció. La *tsarevna* lo encerraría o lo ejecutaría; aquí no había término medio.

Terminó su comida y se puso de pie, moviéndose alrededor de la mesa. Pasó una mano por el pelo de Serefin y le echó la cabeza hacia atrás.

—Eres muy bonito para ser un tranaviano —murmuró.

—Graci… as —tenía que salir de aquí.

—Qué vergüenza. Mi padre dice que un rey hermoso siempre esconde una agenda cruel —ella inclinó su cara cerca, la boca en su oído—. Mejor si hubieras sido feo. —Ella trazó la cicatriz en su cara—. Mejor si esto hubiera hecho su trabajo.

Un escalofrío se instaló en la boca del estómago de él. Yekaterina se echó hacia atrás.

—¿Qué piensas, ahorcamiento o decapitación? ¿Debo cortarte el cuello? Parece que eso ya te lo han hecho una vez; terminemos el trabajo. ¿Qué tipo de ejecución merece el rey de Tranavia? —Sonrió—. En realidad… tengo una idea mejor.

Serefin cerró los ojos. No iba a haber forma de salir de esta.

* * *

Serefin había sido llevado a una iglesia de piedra en las afueras del pueblo. No se trataba de un edificio, sino más bien de una roca tallada al descuido que se había deslizado desde las montañas hacía miles de años, con cúpulas de cebolla colocadas encima.

La *tsarevna* se había puesto un pañuelo negro en la cabeza, con anillos de hierro en la sien que se balanceaban a los lados de la cara. Abrió la puerta con el hombro y saludó a la sacerdotisa de la entrada. Se besó los dedos y tocó un icono cerca de la puerta del santuario.

Había un frágil silencio en la iglesia, un fino hielo a punto de romperse, y debajo de él algo horrible. Serefin había estado en muchas iglesias kalyazi durante su estancia en el frente. Pero nunca una que se sintiera… *viva*.

La visión de Serefin se dividió. Siseó entre los dientes cuando los iconos cambiaron, los rostros arrancados y desfigurados, las velas se derritieron hasta convertirse en charcos de cera, y los dibujos tallados en las paredes se convirtieron en huesos incrustados en la piedra. Se congeló, un escalofrío lo recorrió, y el soldado kalyazi tuvo que empujarlo hacia adelante.

Pero su ojo malo aún no estaba acabado. Deseó poder cubrirlo y hacer que esto se detuviera.

No se puede vivir con un ojo cerrado.

Podía intentarlo. Pero, al igual que en el barco, su ojo izquierdo se negaba a cerrarse y se veía obligado a observar cómo unas sombras aterradoras con demasiados dientes y demasiados ojos se deslizaban por los rincones oscuros de la iglesia.

Había entrado en los dominios de algo grande y antiguo y su mirada se había vuelto hacia él.

El sudor le llegaba a las sienes. Su visión retrocedió hasta que no hubo iglesia, ni roca para tallarla, sólo un claro y una antigua losa de piedra, con sangre goteando por sus lados. Una hoja manchada de carmesí yaciendo en el polvo. El ojo de los dioses en un lugar sagrado.

Había movimiento alrededor del altar, o el recuerdo de él. De personas convertidas hace tiempo en nada más que polvo y cenizas, y una acción, cometida tantas veces que los huesos de la tierra la recordaban. Una vida tomada en ese altar una y otra vez, un círculo que vuelve a su punto de origen.

Todo lo que Serefin sabía sobre los kalyazi estaba resultando fantásticamente engañoso. Había pensado que eran gente piadosa y atrasada,

que temían la magia que no estaba sancionada por sus dioses. Pero también pensaba que sus dioses sólo sancionaban un tipo específico de magia: la de los clérigos. Ya no estaba seguro de que eso fuera cierto.

Eso explicaba por qué Kalyazin se había pasado un siglo luchando contra un país que utilizaba una gran cantidad de magia cuando ellos tenían muy poca. Pero ¿qué magia utilizaban y cómo había pasado desapercibida para Tranavia durante tanto tiempo?

Tenía el terrible presentimiento de que estaba a punto de averiguarlo.

—Llévalo abajo —dijo Yekaterina, sonando aburrida—. Quiero más respuestas antes de ocuparme de él.

Un hombre de mediana edad le agarró del brazo. Su aspecto era discreto; pelo rubio, ojos oscuros, la mitad de la cara en la sombra de su capucha ladeada, no especialmente memorable, a diferencia de los miembros de la secta en Tranavia.

Hasta que se echó la capucha hacia atrás y Serefin pudo ver las cicatrices que asolaban la mitad de su cara. Hechas por garras, con la distancia justa entre ellas para ser dedos. Llevaba un collar de dientes como el que rodeaba el cuello de Yekaterina.

—Has vuelto pronto —dijo el hombre, mirando a Serefin.

—Sí, bueno, mis planes fueron cambiados por éste —dijo ella—. Estaré con ustedes en breve.

El hombre arrastró a Serefin por el pasillo, abriendo una puerta que conducía a unas escaleras que descendían a la oscuridad. El hombre cogió una antorcha de la pared y fue el primero. El pasillo se alargaba una y otra vez, parecía que nunca llegarían al final, pero finalmente el hombre se detuvo. No abrió la puerta, sino que se dirigió a Serefin después de colocar la antorcha en un candelabro.

—Nadie ha pasado por estas salas que no sea de la orden en mucho tiempo. Especialmente el enemigo —dijo el hombre.

—¿No? Qué sorprendente.

El hombre lo observó un poco más. Serefin dejó escapar un suspiro de alivio. No tenía ni idea de quién era Serefin. Probablemente la *tsarevna* sólo sabía cómo era él, como él sabía cómo era ella, en el caso de que se encontraran en la batalla.

Este era exactamente el tipo de lío en el que se *metería* sin que Kacper estuviera cerca para evitar que hiciera algo sin sentido. El hombre empujó a Serefin a la habitación, un estudio poco iluminado. Le indicó a Serefin que se sentara, y esperó junto a la puerta.

El hombre era claramente *Voldah Gorovni*, igual que Yekaterina. Aunque Żywia había mencionado que los cazadores de buitres habían tenido un resurgimiento, Serefin no había esperado encontrarlos. Esta era la suerte que necesitaba, extrañamente. Esta era la respuesta a su problema con Malachiasz.

Después de todo, tal vez podría hablar para salir de esto.

Yekaterina apareció unos minutos después.

—¿Qué sabes de lo que pasó en Kartevka?

Serefin la miró sin comprender. ¿Qué? Pensó en la montaña de informes militares que Ostyia le había echado en cara en Grazyk. Había leído tal vez la mitad de ellos antes de quedarse dormido en su escritorio. Kacper lo había despertado, arrastrándolo suavemente hasta sus aposentos, hablando durante todo el trayecto de que debería haber dejado que Serefin se quedara allí para que el dolor de espalda del día siguiente fuera suficiente para que se cuidara.

—Entiendo que esto es una especie de interrogatorio, pero ¿puedo hacer preguntas? —preguntó esperanzado.

Los labios de Yekaterina se movieron. Creyó que iba a negarse, pero asintió con la cabeza, haciéndole un gesto para que continuara.

—¿Matan realmente a los buitres, o los dientes son de adorno?

Yekaterina enarcó una ceja.

—Porque —continuó Serefin— no he oído hablar de ningún asesino de buitres hasta hace poco, lo que sugiere que no eres muy *buena* en tu trabajo. Pero, dejando eso de lado: ¿Te gustaría matar al Buitre Negro?

Se quedó helada.

—Seguro que no compartes el gobierno de todo tu país con un monstruo.

—Mi confianza en tus habilidades está disminuyendo gravemente, ya que tu información parece ser, una vez más, incorrecta.

Ella frunció el ceño, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y le lanzó algo a Serefin. Él se inclinó hacia delante, no le habían atado las manos, un descuido por su parte, aún podía lanzar magia mientras pudiera extraer sangre, y atrapó una ristra de dientes de hierro.

—Qué asco —dijo, examinando el trofeo—. Pero estoy escuchando.

—Los monstruos son monstruos —dijo ella—. Todos se pueden matar.

—¿Cómo?

—¿Crees que te voy a revelar nuestros secretos?

—Ah, tienes razón, el ojo raro no es suficiente, ¿verdad?

Serefin la tenía en eso. Ella sabía lo que significaba su ojo, aunque él quisiera negárselo a sí mismo.

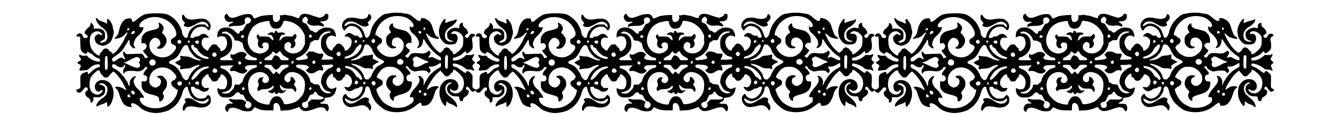
—Me *gustaría* tener los dientes del Buitre Negro para mi colección —dijo pensativa.

—Tiene unos dientes preciosos, te lo prometo.

Y aunque esto le favorecía a Serefin, aunque era algo que había que hacer, escuchar esas palabras lo sacudió. Lo único en lo que podía pensar era en el chico escuálido de pelo negro, salvaje y sonrisa vibrante que había arrastrado por el palacio cuando era niño. El chico que había llevado una pila de libros a su habitación para leerle cuando Serefin se estaba recuperando de su lesión ocular y no podía ver nada. Que probablemente había evitado que se volviera loco de aburrimiento.

Pensar en ese chico tan inteligente hizo que Serefin sintiera otra punzada de arrepentimiento. Malachiasz tenía el potencial de ser un poderoso aliado. En cambio, se había convertido en el enemigo.

Su hermano tenía que morir y Serefin tenía que hacerlo antes de que lo que fuera que lo reclamara lo llevara al bosque y lo hiciera pedazos.



18

NADEZHDA LAPTEVA

> Svoyatova Aleksasha Ushakova*: Afectada por Devonya, fue despojada de todo poder. Sus huesos están malditos y descansan en la bóveda bajo el Monasterio de Baikkle, arruinando a todos los que los tocan.*
>
> Libro de los Santos de Vasiliev

Alguien se aferró al antebrazo de Nadya, arrastrándola a un granero abandonado de la propiedad de la granja. Ella sacó un *voryen*, los puntos de su costado tirando peligrosamente y el calor floreciendo en su cintura.

Se encontró cara a cara con Kostya. Él ignoró la daga que tenía clavada en su costado, estudiándola con una expresión extrañamente desganada.

Ella se relajó.

—Ahí estás, te he estado buscando.

—He estado tratando de discernir qué pasó con la Nadya que conozco —dijo él.

Ella se estremeció. La frialdad de su oscura mirada era la de un extraño.

—Porque —continuó, con voz distante—, la Nadya que conozco nunca trataría con el enemigo. La Nadya que conozco está tan dedicada a los dioses que *nunca* dejaría viva a una abominación contra los dioses.

Nadya cerró los ojos.

—La Nadya que conozco no haría esto —dijo, mirándola fijamente—. ¿Sabes lo que él ha hecho?

Ella asintió sin abrir los ojos. ¿Era una cobarde por ser tan incapaz de enfrentarse a él? Tal vez sí.

—No creo que lo sepas —dijo él con cuidado.

—Kostya —dijo ella, con la voz quebrada. Él quería pensar lo mejor de ella y eso sólo empeoraba las cosas. Ella extendió la mano, pero él se apartó

—. Lo sé.

Ella se apretó las manos contra el pecho, dolorosamente consciente de la humedad pegajosa que se filtraba a través de su túnica.

—¿Sabes lo que pasó en el monasterio después de que te fueras?

—No —susurró ella. Nadya no había llorado por el hogar que había perdido. No de verdad. No había habido tiempo. Le aterrorizaba que lo hubiera superado, que se hubiera vuelto tan amargada, tan caída, que sin importar lo que dijera Kostya, seguiría entumecida y fría.

Él respiró con fuerza.

—Estás sangrando —murmuró, acercándose a ella en contra de su buen juicio.

—Estoy bien —dijo ella—. No vas a dejar de enfadarte conmigo porque me haya quitado unos puntos.

Él vaciló.

—No estoy… —se detuvo—. No, tienes razón, lo estoy. Nadya, no lo entiendo.

—No puedo hacerte entender —dijo ella lentamente—. La mayor parte del tiempo, yo tampoco lo hago.

—Mataron a Anton —dijo él en voz baja.

El corazón de Nadya se desgarró. Kostya y su hermano menor habían llegado juntos al monasterio, Anton era sólo un bebé en ese momento. El niño siempre corría detrás de Kostya y Nadya, metiéndose debajo de los pies, un hermano menor generalmente odioso y adorable para ambos.

—Kostenka… —murmuró ella, acercando su nombre en diminutivo.

Había poca luz en el viejo granero, pero pudo ver la brillante película de lágrimas que brillaba en los ojos de Kostya.

—Murió cuando aún estábamos en el monasterio —dijo Kostya—. El príncipe lo utilizó como cebo mientras me torturaba.

Nadya cerró los ojos, las emociones que había dejado de lado amenazaban con caer sobre ella de golpe.

—El padre Alexei murió en las Minas de Sal —continuó Kostya—. No les servía, era demasiado viejo, así que los Buitres se deshicieron de él. Nadie sabía realmente lo que eso significaba. Día tras día se llevaban a más de nosotros, hasta que quedaron muy pocos. Hasta que sólo quedé yo.

Ningún intento de luchar contra ello evitaría las lágrimas. No podía fingir en su interior que todos habían salido ilesos. Todos los que ella había amado. La única familia que tenía: había desaparecido.

—Esto es lo que hacen los tranavianos, Nadya. Todo lo que saben es la destrucción y el caos. Así es como siempre ha sido y siempre será.

Se llevó las palmas de las manos a los ojos para tratar de forzar las lágrimas. No podía quebrarse aquí, no ahora, todavía no. Todavía quedaba mucho por hacer.

—No puedes poner excusas. No para él —dijo Kostya, pero su voz era más suave.

Ella sintió su mano en el brazo mientras la acercaba. Ella lo dejó, enterrando su cara contra su hombro.

—Lo siento —susurró.

E incluso después de tanto tiempo en las Minas de Sal, incluso en su estado diezmado y roto, él seguía oliendo a incienso. Olía a hogar y ella lo echaba de menos. El mundo era frío y cruel y ella quería estar en casa.

Necesitaba que Kostya entendiera que había hecho lo que tenía que hacer, que los fallos de su corazón eran suyos y que estaba intentando ser mejor. Pero le había fallado a su pueblo, así de simple.

—No podía pensar en ello —dijo, hueca—. Tenía que seguir adelante y la única forma de hacerlo era simplemente… superarlo.

—¿Qué pasa, Nadya?

Se inclinó hacia atrás y sacó el colgante que Kostya había metido en sus manos antes de que el monasterio ardiera.

—¿De dónde has sacado esto?

Toda la sangre se drenó de su rostro.

—Lo guardaste tú —dijo en voz baja.

Le dio la vuelta al colgante en su cordón para que cayera sobre la palma de su mano.

—¿Sabes lo que es?

Él asintió.

Las cosas eran potencialmente mucho peor de lo que ella había imaginado.

—¿Por qué me lo diste?

—Para mantenerlo a salvo —dijo él—. La Iglesia… quiero decir… se suponía que debía…

—¿Quién te lo dio, Kostya? —Sus palabras la dejaron helada. Se suponía que no debía usar el colgante. Pero por supuesto que no. Había necesitado sangre para liberar a Velyos de la prisión, y ¿no era ella la gran clériga sagrada que nunca se mancharía de esa manera?

¿Qué he hecho?

—Una mujer vino al monasterio hace varios años. Pidió hablar conmigo. El Padre Alexei dijo que ella quería que la persona más cercana a ti, te vigilara.

—Mantenerme vigilada —repitió Nadya. ¿Qué quería decir eso? ¿Qué creía la Iglesia que iba a hacer?

Kostya frunció el ceño.

—Me dio el colgante, pero no fue muy clara en cuanto a lo que debía hacer con él, sólo que era obligatorio que permaneciera a salvo y cerca de la clériga porque evitaría que ocurriera lo terriblemente inevitable. Esas fueron las palabras que utilizó —dijo—. Lo terriblemente inevitable.

Nadya había permitido que eso sucediera. Peor aún, prácticamente lo había impulsado.

—Dijo que era tan peligroso tenerlo cerca como necesario, pero nunca entendí a qué se refería.

Se suponía que nunca debía usar el poder de Velyos, pensó Nadya, con una comprensión enfermiza. Empezó a temblar. *Se suponía que nunca debía liberarlo*.

—Nunca me dijiste por qué el Buitre Negro está aquí —continuó Kostya, con voz fría una vez más.

—Necesito usar su poder. Necesito ir al oeste.

Kostya negaba con la cabeza.

—No hay nada que necesites hacer que incluya a ese monstruo.

—Kos… —empezó ella, exasperada, pero él siguió adelante.

—No. Estás poniendo excusas —respondió él—. Tenemos que irnos. Estás lo suficientemente bien como para viajar. Si nos vamos esta noche, sólo tardaremos una semana más o menos en llegar al monasterio de Privbelinka. Ven conmigo, Nadya, volveremos juntos a Kalyazin, encontraremos al ejército, todo será como debía ser.

Como debía ser. Pero, ¿destinado a ser para quién? ¿Para la vieja Nadya, que no sabía nada fuera de los muros del monasterio y que debía ser arrastrada por el país como una figura y un arma? Ella no podía volver a eso.

Ella no respondió, pero Kostya no se inmutó. Le cogió las manos y su actitud cambió al instante.

Cree que me voy con él, pensó Nadya, con el corazón hundido. Cómo deseaba que fuera tan fácil.

—Kostya —dijo lentamente, suplicante—. No puedo.

El desconcierto pasó por sus rasgos.

—¿Qué? Claro que puedes. Lo arreglaremos, Nadya, juntos. Todo saldrá bien —le dio un beso en la frente antes de que ella pudiera detenerlo y se levantó, comenzando a dirigirse a la granja.

—Diablos —susurró ella. Permaneció allí durante mucho tiempo, dejando que el frío se le metiera en los huesos, antes de seguirle finalmente.

Malachiasz levantó la vista cuando ella entró en la casa y tomó asiento en la mesa con cautela. Una mirada extraña y recelosa apareció en sus ojos cuando vio la sangre en su túnica.

—Él ha entrado ahí —dijo, señalando la otra habitación—. ¿Qué te ha pasado?

—Tú, técnicamente —respondió ella secamente mientras Parijahan hacía un sonido de desaprobación y se iba a buscar a Rashid.

—Bien —dijo él en voz baja.

—Sabes, en el gran esquema de las cosas, empalarme literalmente no es tu peor ofensa.

Malachiasz puso los ojos en blanco. Ella suspiró. Así que así iba a ser. Bien. No necesitaba ser su amiga. Sólo tenía que sufrirlo un poco más hasta que arreglara las cosas, y entonces esto podría terminar.

Rashid entró, vio la sangre en la túnica de Nadya y gimió, señalando a Malachiasz.

—No le he pegado —dijo Nadya—. Aunque todavía podría hacerlo.

Rashid se deslizó en el banco junto a Nadya.

—¿Puedo?

—Sólo si él mira hacia otro lado —dijo ella. Malachiasz volvió a poner los ojos en blanco y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Rashid se rió y le levantó la túnica para despegar el vendaje de su costado y limpiar la herida de arma blanca que sangraba lentamente.

—Tranquilízate o esto no se curará nunca —dijo con suavidad.

Ella hizo un ruido de despreocupación. Sus manos estaban calientes mientras le vendaba las heridas con vendas nuevas.

—No quiero quedarme sentado más tiempo. Deberíamos averiguar dónde ha ido Serefin.

Malachiasz levantó la cabeza.

—¡No! —dijo Nadya.

Volvió a dejar caer la cabeza contra la mesa con un suave golpe.

—¿Por qué lo necesitas?

—¿No lo has atrapado? —le preguntó a Rashid.

—Es el responsable directo de una parte. Supuse que lo sabía.

—No recuerdo nada —murmuró abatido Malachiasz. Levantó la cabeza con cautela. Rashid había terminado, así que decidió prescindir de él. Un racimo de ojos dolorosamente inyectados en sangre parpadeó en su mejilla, y él se sobresaltó, su visión real debía romperse cada vez, con una expresión fracturada, y ella se preguntó si era mentira.

—Ves por qué me cuesta creerte, ¿verdad?

Malachiasz asintió petulantemente.

—Es que es terriblemente conveniente.

Apoyó la barbilla en las manos, frunciendo el ceño. Pero ella recordaba la mirada de sus ojos antes de huir del santuario y su falta de memoria no era precisamente descabellada.

Apoyó la cabeza en el hombro de Rashid. Parijahan entró y puso un mapa sobre la mesa. Kostya entró detrás de ella, deslizó una taza de té hacia Nadya y, al ver que el único asiento disponible estaba cerca de Malachiasz, se apoyó en la puerta.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Parijahan.

Nadya dio un sorbo al té. La forma en que Malachiasz lo había preparado había sido mejor. Cerró los ojos brevemente, regañándose interiormente, antes de inclinarse hacia delante. Dio un golpecito a las montañas de Valikhor.

—Necesito estar aquí.

—Eso está al otro lado de Kalyazin —dijo Parijahan con recelo—. ¿Y para qué lo necesitas? —Señaló con la cabeza a Malachiasz.

—Pensé que lo necesitábamos por su brillante personalidad —dijo Rashid —. Y porque le echamos de menos.

—La adulación te llevará a todas partes, Rashid —respondió Malachiasz.

—Sólo por ti, Malachiasz.

—Hay un templo en la base de las montañas. Hay rumores de que es una línea directa con los dioses.

—Creía que eso era algo que tenías de forma inherente —dijo Malachiasz.

Por alguna razón, la mordacidad de sus palabras era mucho mejor que la simpatía que ella sabía que era falsa. Era muy consciente de la mirada de Kostya que le quemaba el costado de la cara.

—Está muy lejos —dijo Parijahan, pensativa—. Lo suficientemente lejos como para que nadie pueda encontrarme.

Malachiasz lanzó una mirada curiosa a Parijahan. Ella no lo aclaró, pero lo que pasó entre ellos hablaba de un entendimiento.

Nadya frunció el ceño. Colocó la mano sobre la mesa, boca arriba. La cicatriz en espiral había ennegrecido casi toda la palma de la mano, retorciéndose hasta manchar la punta de los dedos. Kostya lanzó un grito de horror, pero su reacción era de esperar. Había algo infinitamente más aterrador en la forma en que Malachiasz palidecía.

—Independientemente de que mis interacciones con tu poder deberían ser, francamente, imposibles, ahora mismo no tengo nada. Bueno, tengo esto, pero creo que me está matando.

Se inclinó sobre la mesa, lanzándole una mirada tentativa, y tomó su mano entre las suyas. La cicatriz de la palma era pálida y estaba curada.

La uña del pulgar era una garra de hierro y tocó el dorso contra la palma de ella. Ella siseó ante el frío y la repentina sensación de algo *más*. Una magia que no había sentido en meses. Frunció el ceño, concentrándose, y luego una sonrisa se dibujó en su boca. Dejó que el mapa se enrollara y se subió *a la* mesa, doblando su larguirucho cuerpo y sentándose en la mesa con las piernas cruzadas. Acercó su mano a la cara.

—Es como si se mantuviera ahí —dijo pensativo—. Yo… —Dudó—. Deberías haber muerto por esas heridas en las Minas de Sal.

—La magia de sangre no puede curar —comentó Parijahan.

—No, no lo hice. Lo que hice fue darte un toque de mi poder para mantenerte viva. —La miró desde su nube de pelo negro enmarañado—. Pero no debería haber quedado así.

—Estaba ahí antes —dijo Nadya—. Ha estado ahí desde que lo robé en la catedral.

—¿He mencionado lo molesto que fue eso? —preguntó él ociosamente mientras volvía a inspeccionar su mano. El calor de sus manos contra las de ella le distrajo. Aisló el dedo índice de ella, rozando la almohadilla del suyo sobre la uña. Hizo un sonido contemplativo y le mostró el dedo.

Estaba sangrando.

Un escalofrío de presentimiento se instaló en la boca del estómago de ella.

—Interesante —murmuró Malachiasz—. ¿Puedo abrirlo?

—¿Abrirlo?

Puso una garra de hierro sobre la palma de la mano de ella y alzó las dos cejas con expectación.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo ella.

—Yo en tu lugar no daría ni un paso más, kalyazi —dijo agradablemente Malachiasz—. Esto no es realmente de tu incumbencia.

Nadya miró a Kostya y negó con la cabeza. Su expresión era tormentosa mientras volvía a la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho.

Malachiasz se cortó el borde de la palma de la mano. Se mordió el labio. No le dolió realmente, pero una extraña sensación de horror la recorrió. Se estremeció y Malachiasz levantó los ojos hacia su rostro. Los dedos de ella intentaron cerrarse y él los volvió a abrir con suavidad.

—No es mi magia —dijo él, desconcertado.

Ella frunció el ceño. Podía sentir un poder que no era su magia divina y había asumido que era de él. ¿Qué era? ¿Y era por eso que no podía hablar con los dioses? ¿Y si no la ignoraban en absoluto?

Malachiasz sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió la sangre de la palma de la mano.

—No tengo ni idea de qué es esto —dijo.

—Me encanta oírte decir eso.

Él se rió. A ella, el corazón le dio un doloroso vuelco en el pecho y quiso darse una patada. Se suponía que no debía hacer *esto*. No con él, no de nuevo. Esto era exactamente lo que necesitaba evitar.

No apartó su mano de la de él.

—No hay ningún sacerdote al que acudir para obtener respuestas —dijo Nadya, con la voz baja—. Si no obtengo respuestas… —Sacudió la cabeza—. Tal vez nada. Tal vez estoy inflando mi propia importancia y he hecho todo lo que debía hacer. Pero nada ha cambiado para bien. Kalyazin y Tranavia siguen en guerra. Serefin podría perder su trono a manos de un grupo de nobles belicistas. Tú… —Hizo una pausa, esperando que Malachiasz reconociera sus palabras. Su clara reticencia era reveladora—. Has destrozado algo en este mundo y es sólo cuestión de tiempo que veamos cómo se manifiesta. Necesito llegar a ese templo. Pero está rodeado por un bosque que sólo los divinos pueden atravesar.

Malachiasz frunció la cara, arrugando la nariz.

—Eres lo más parecido que tenemos. Pero será difícil. Más bien imposible.

Requeriría algo de él que ella no estaba segura de que estuviera realmente dispuesto a abandonar.

La mano de ella estaba acunada en la de él, descansando en su regazo. Él jugaba ligera y distraídamente con los dedos de ella de una manera suavemente íntima.

La había traicionado. ¿Por qué no podía odiarlo por eso? ¿Por qué la ira que se cocinaba constantemente bajo la superficie no se convertía en algo

más?

¿Por qué quería que él entrelazara sus dedos con los de ella y presionara el pulgar contra su palma?

—Tregua —dijo él, con la voz apenas por encima de un susurro.

Ella cerró los ojos, tragando con fuerza, y retiró la mano.

—Eso no es suficiente.

Cuando abrió los ojos, él había cerrado todo. Se miraron fijamente durante mucho tiempo y, oh, ella era *muy* consciente del asco que desprendía Kostya, pero quedó atrapada de nuevo en la mirada incolora de este chico.

—No. Suficiente —dijo entre dientes apretados.

Algo le dio un tirón en el pecho cuando él inclinó la cabeza, los huesos de su pelo negro cayendo en su campo de visión. Una sonrisa se dibujó en sus labios, feroz y cruel, y se inclinó hacia ella. Le cogió la barbilla con la mano y le acercó la cara con brusquedad.

—No, claro que no —murmuró, con su aliento acariciando su cara—. Pero nada lo será nunca, ¿verdad? Una pequeña campesina de un monasterio no querría otra cosa que ver al monstruo autoflagelarse a sus pies. No lo haré, Nadya. No voy a jugar a ese juego.

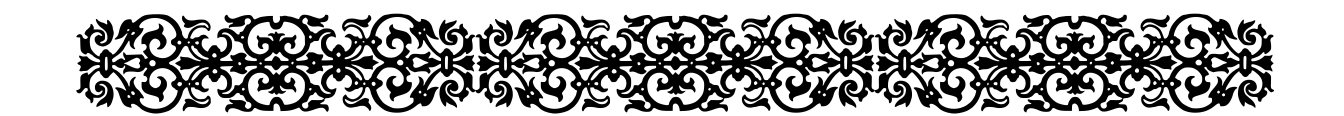
Levantó la otra mano.

—No te atrevas —le espetó a Kostya, que había dado un paso adelante.

—Jugarás —dijo Nadya, ignorando a Kostya, ignorando todo. No pudo ahuyentarle antes de que la hiciera atravesar el bosque—. Te habrías quedado en tus minas infernales si no fueras a jugar. ¿Esperabas volver y encontrar todo exactamente como estaba antes de que lo quemaras hasta los cimientos? Sólo hay cenizas después de un incendio, Malachiasz, y todavía te tendré a mis pies.

Sus ojos se entrecerraron, la leve sonrisa nunca desapareció de sus labios, incluso cuando el aire a su alrededor se volvió peligroso. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ya lo veremos, cariño.



19

SEREFIN MELESKI

Svoyatova Kseniya Pushnaya*: Llamada Svoyatova de las Espinas, Kseniya vivía en los bosques profundos y concedía dones de poder a aquellos que la buscaban y sobrevivían a las pruebas que su dios, Vaclav, les imponía.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Era difícil oír hablar de las conquistas de las fuerzas tranavianas y no sentirse abiertamente encantado. Lo que Serefin no había comprendido era lo grave que era la situación de los kalyazi, lo cerca que estaban del final. Sin embargo, los kalyazi estaban dando la vuelta a la situación, y Serefin tenía que detenerlos antes de que fuera peor.

La *tsarevna* quería información sobre algo que había ocurrido en algún puesto militar, y Serefin no tenía nada que darle.

—Así que no estuviste en Kartevka.

—Sólo tengo una vaga noción de dónde está eso.

Yekaterina estaba hojeando el libro de hechizos de Serefin y cayó en un hechizo a mitad de camino. Serefin no recordaba qué podía ser, pero eso la hizo detenerse y considerarlo más. La magia que guardaba en su libro de hechizos era principalmente ofensiva, con una ordenada colección de hechizos persuasivos.

—Fue una masacre —dijo—. Me sorprende que ustedes, los tranavianos, no lo anuncien como un milagro, con el monstruo que había allí.

Serefin se removió incómodo en su asiento. Sabía a dónde iba esto.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace tres meses más o menos —dijo ella—. Pero esto vino después. El frente ha sido constantemente atacado por una criatura que sólo viene al

amparo de la oscuridad. Hemos luchado en esta maldita guerra tan justamente como ustedes los herejes merecen, pero…

—La guerra no es justa —replicó Serefin de manera uniforme—. Nunca lo ha sido. Y no es nuestra culpa que ustedes no tengan magia.

Yekaterina inclinó la cabeza.

—Qué poco sabes, tranaviano.

—Escucha —dijo rápidamente Serefin, antes de que ella pudiera continuar—. No estoy pidiendo confianza. Pero parece que nuestros objetivos coinciden. ¿Cuántos Buitres se han visto en el frente? ¿Desde cuándo?

—Muchas preguntas.

—Todavía no me has matado ni me has tomado como prisionero de guerra, así que claramente crees que seré útil.

—Útil podría ser una exageración.

—Pero quiero que los Buitres sean derribados, si no para siempre —soy tranaviano, después de todo— al menos una clavija. Quiero al Buitre Negro muerto. Si vive, no importará quién gane esta guerra interminable.

Malachiasz quería ambos tronos. Serefin no podía dejar que tomara el suyo. Y su complot para matar a los dioses de Kalyazin no acabaría con nada.

—Kartevka ocurrió sin previo aviso. Un momento, era una noche tan pacífica como cualquiera puede ser en el frente, al siguiente, los cielos se abrieron y la magia se derramó; una criatura vino con ella que arrasó todo el campamento hasta convertirlo en cenizas.

—¿Qué tenía el lugar que lo hacía especial?

Yekaterina frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Si fue el Buitre Negro quien lo hizo, ¿sobrevivió alguien? ¿Algún testigo? ¿No? Bueno, él es inteligente, no fue sin razón. No es de los que destruyen en masa porque le da la gana.

—Sorprendente —dijo ella con sequedad.

—Es muy inteligente —dijo Serefin distraídamente mientras pensaba—. ¿Había algo allí que pudiera querer?

—*Vashnya Delich’niy*… —dijo el hombre de la puerta, una advertencia.

Pero la *tsarevna* sólo se quedó pensativa.

—Dioses, qué importa, probablemente ya lo sabe. Guardamos nuestras reliquias e iconos más poderosos en Kartevka.

Las reliquias de nuevo…

—¿Todo esto por unos huesos? —comentó Serefin.

Ella sonrió ligeramente.

—Reza para que nunca veas esos huesos en el trabajo.

—Oh, creo que algo se perdió en la traducción. Soy un hereje. No rezo.

Serefin pensó en los libros de hechizos que había encontrado en un campamento kalyazi. Tenían que estar relacionados.

—Pero a pesar de todo, ¿ahora están en manos del Buitre Negro? —preguntó Serefin.

—No fueron recuperados de los restos, así que la suposición es que sí.

Interesante. ¿Qué podrían necesitar los Buitres con un puñado de huesos viejos?

—Podrías recuperarlos si me ayudas a matar al Buitre Negro —dijo.

Yekaterina sacudió la cabeza con incredulidad.

—No entiendo el juego al que estás jugando —dijo. Echó la silla hacia atrás y se puso en pie, recogiendo la cuerda de dientes de hierro y colgándosela del cuello—. Tráelo —le dijo al hombre, antes de salir de la habitación.

Serefin fue conducido al interior de la iglesia, a una amplia sala con velas de cera que goteaban por los apliques y extrañas vidrieras incrustadas en las paredes, con luces que parpadeaban detrás de ellas y que esparcían el arco iris por el suelo de piedra pulida. Había estatuas de extrañas criaturas en cada rincón que, de un vistazo, le inquietaron.

—Esto es tierra sagrada, quítate los zapatos —dijo Yekaterina, quitándose las botas.

Él frunció el ceño.

—¿Suelo sagrado para *quién*? —murmuró.

Ella siguió mirándolo fijamente. Suspiró, se desató las botas y se desprendió de ellas para pisar el frío suelo.

—No me imagino que un tranaviano pueda esperar entender asuntos de la divinidad.

—Te sorprendería —respondió él, frotándose el ojo. Su mano se mojó de sangre. *Diablos, ahora no*.

Algo le arañaba justo debajo de la piel, un presentimiento que no pudo identificar hasta que Yekaterina cruzó la habitación y abrió una puerta. Serefin sólo alcanzó a ver el altar de piedra que había dentro antes de que el pánico lo ahogara. La *tsarevna* hizo un gesto y el hombre le golpeó en la nuca, dejándolo caer como una piedra.

* * *

Un altar de piedra desgastado por los hilos de miles de años. Lo había visto antes y lo veía ahora.

Bueno, *lo sintió*, más bien.

Tenía las manos atadas al altar. Tiró de las cadenas para ver si cedían. Nada. El aire estaba impregnado del aroma del incienso, acre y turbio a la tenue luz de las velas parpadeantes.

—Los dioses han estado tranquilos desde que murió tu padre —dijo Yekaterina desde algún lugar fuera del limitado campo de visión de Serefin. Su voz era tranquilamente contemplativa.

Su ojo izquierdo le mostraba extraños patrones en el brumoso humo del incienso que había sobre él. Comenzó a masticar el interior de su boca. No necesitaría mucha sangre, sólo un poco, sólo un sabor para atrapar su magia.

—Hace mucho tiempo que no se practican las viejas costumbres. Desde que los clérigos comenzaron a desaparecer. Kalyazin olvidó que nuestra magia está tan alimentada por la sangre como la de los herejes, sólo que la derramamos con un propósito divino. La derramamos en subyugación a nuestros dioses, y así, se considera santificada.

Serefin echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y en qué se diferencia el sacrificio ritual de lo que hacen nuestros Buitres en sus cavernas bajo tierra?

Yekaterina hizo un ruido pensativo.

—Te lo acabo de decir.

Oyó el chasquido de sus uñas contra la losa de piedra justo al lado de su oreja, sintió un dolor agudo en el pecho cuando ella arrastró la punta de una daga horizontalmente justo debajo de su clavícula.

Una nube de polillas estalló en el aire. Se echó hacia atrás, haciendo una extraña señal con los dedos sobre su pecho.

Kalyazi supersticiosa, pensó Serefin.

—¿Qué eres? —siseó ella.

Saboreó la sangre de su boca destrozada, y se estremeció de poder. Yekaterina frunció el ceño y cortó otra línea en su pecho, tallando un símbolo en la carne, enviando más polillas revoloteando en el aire.

La *tsarevna* murmuró en kalyazi, las palabras volaban demasiado rápido para que Serefin pudiera seguirlas, pero el zumbido de su voz hizo que el pánico se instalara en lo más profundo de Serefin.

Iba a morir aquí. Luchó contra las cadenas, pero éstas se mantuvieron firmes.

Había una tensión de poder procedente del tallado en su piel, pero no era su magia; no era un poder al que pudiera acceder, aunque había sido su sangre la que se había derramado.

Su pecho se tensó; le costaba tomar aire. Yekaterina lo observó con desinterés.

—¿Qué te dará esto? —roncó, con la cara contorsionada por las repentinas oleadas de dolor ardiente que le lamían la piel—. ¿Poder?

—Quiero un mensaje —dijo ella, limpiando la hoja y enderezándose en el altar—. Quiero que el oído de mi diosa se vuelva hacia mí. Quiero enviar una señal a Tranavia de que no nos acobardaremos ante su magia herética y no sufriremos más esta guerra. —Sonrió ligeramente—. Quiero matar al rey de Tranavia. Y tienes razón, el Buitre Negro también. Esto ayudará.

Levantó la daga para clavársela en el corazón.

* * *

Las paredes del palacio siempre hacían que Serefin se sintiera como si estuviera caminando en la casa de los gigantes. Todo era tan alto y ruidoso y prefería mucho más las estaciones en las que su madre declaraba que el aire de Grazyk la estaba matando y llevaba a Serefin a quedarse en su casa junto a los lagos, cerca de la finca de su hermana.

—¿Qué estás haciendo?

Estaba tumbado en el suelo de uno de los grandes salones, mirando los cuadros del techo. Había pintores trabajando en el otro extremo de la sala que acababan de terminar la parte que Serefin estaba mirando. Más de una vez, un sirviente le había pasado por encima en lugar de rodearlo.

Su primo se inclinó sobre él, antes de mirar al techo. Suspiró a su manera resignada, como si el chico más joven tuviera constantemente cosas mejores que hacer, lo que a Serefin siempre le divertía, porque Malachiasz también se había ausentado de sus clases esa mañana y nadie había sido capaz de encontrarlo. Él hacía eso, desaparecer, a veces. *Ćáwtka Sylwia* nunca se preocupó especialmente, aunque a la madre de Serefin la dejaba sin sentido.

Tenía polvo en la ropa y en el pelo oscuro que Serefin sabía que Wiktoria, la sirvienta de Sylwia, había pasado valientemente media mañana tratando de domar. Tenía sangre seca en las manos, lo que no era extraño, aunque ninguno de los dos chicos debía practicar su magia sin supervisión, especialmente Malachiasz.

Serefin tenía un don para la magia de sangre; Malachiasz tenía algo totalmente diferente y más.

Finalmente, Malachiasz se dejó caer sin contemplaciones en el suelo junto a Serefin.

Un sirviente resopló irritado y pasó por encima de ellos con una bandeja de monedas de plata.

—Nada —contestó Serefin porque, de hecho, no había hecho absolutamente nada—. ¿Qué pasa en esa esquina? —Señaló hacia donde estaban trabajando los pintores.

Malachiasz se quedó callado, luchando con su deseo de permanecer perfectamente indiferente y su amor por el arte. A Malachiasz le gustaba ir detrás del retratista de la familia real mientras Serefin se dedicaba a pasear por los viejos libros de historia de Tranavia.

—Buitres —dijo pensativo.

El techo sobre ellos estaba cubierto de buitres, los pájaros pintados de forma corpulenta y oscura. Serefin se estremeció. Apenas se fijó en los poderosos magos de sangre que acechaban en los salones de palacio y que tomaban el nombre de su orden por las aves carroñeras. A Malachiasz le aterrorizaban y le fascinaban a la vez.

—¿Dónde estabas esta mañana? —preguntó Serefin.

Malachiasz le ignoró, señalando al techo.

—Es una batalla.

—¿Qué?

—Están pintando una batalla.

Serefin frunció el ceño, inclinando la cabeza para intentar ver lo que Malachiasz veía. A él le parecían un montón de animales, pero había algo vicioso en ello.

—Los osos son kalyazi. Las águilas blancas y los buitres son tranavianos.

Los osos estaban perdiendo definitivamente esta batalla en particular. Serefin podía verlo ahora.

—¿Crees que es algo específico? —preguntó Malachiasz.

Serefin sabía demasiado sobre la historia militar de Tranavia y la guerra que habían librado contra su vecino durante casi un siglo. Entrecerró los ojos, tratando de distinguir cualquier rasgo que pudiera denotar a importantes generales de Tranavia.

—Kwiatosław Rzepka —dijo finalmente.

El punto central de la pieza era un águila blanca con una sola ala y garras doradas, arrancando el corazón de un oso con una espada flamígera a sus pies.

Rzepka no era un general tranaviano del pasado; era una figura sacada de los mitos más antiguos de Tranavia. Incluso antes de la guerra con Kalyazin, Tranavia nunca se había llevado bien con su vecino mayor del oeste, y había muchos cuentos infantiles sobre Rzepka y su magia. No era magia de sangre, esto era antes de Tranavia, era magia antigua, una que se había perdido hace mucho tiempo en Tranavia después de que Kalyazin hiciera todo lo posible por eliminarla por completo.

—¿Por qué tu padre lo tendría pintado en el techo?

Serefin no estaba seguro. Su padre prefería los fríos hechos militares a las fantasiosas historias de un viejo mago al que le faltaba una mano y que había cortado una montaña por la mitad y matado dragones en las colinas de las tierras bajas. Se encogió de hombros. Sin duda, Malachiasz sabía más sobre Rzepka que Serefin. A Malachiasz le gustaba todo lo relacionado con la magia.

Su primo inclinó la cabeza hacia atrás, curioso.

—No son los mejores —dijo con escepticismo.

—Este es uno de los salones pequeños —respondió Serefin.

—Supongo que eso lo explica todo.

Serefin deseó que no estuvieran tumbados y poder lanzarle algo a Malachiasz. Su primo se incorporó y le sonrió.

—Tengo hambre —anunció y se levantó—. Vamos. No estás haciendo nada mejor.

—Si no te hubieras perdido el desayuno y la comida esto no sería un problema —dijo Serefin, pero se puso en pie y siguió a Malachiasz—. ¿Dónde estabas, de todos modos?

—Por ahí —dijo Malachiasz.

—Mi madre te va a matar.

Él estaba en su búsqueda de las cocinas de palacio. No se metería en problemas, nunca lo hacía. Era frustrante. Todo lo que hacía Serefin le valía una mirada de desaprobación de su padre, y una reprimenda de su madre.

Pero él era un príncipe y Malachiasz no.

Se movieron entre las piernas de los sirvientes y los *slavhki* hasta que Malachiasz chocó con una figura alta que llevaba una máscara de hierro. Se detuvo en seco cuando la figura se giró lentamente, la sencilla máscara de hierro no revelaba nada más que los ojos verdes de la Buitre.

—Cuidado —ella dijo, con una voz cargada de algo que hizo que Serefin quisiera huir inmediatamente.

Malachiasz dio un paso atrás y se topó con Serefin. *Iba* a correr, pero se congeló una vez más cuando la Buitre se puso en cuclillas frente a él, con movimientos sueltos, y le cogió la mano.

—¿Practicando? —ella le preguntó—. Eres el chico de Czechowicz, ¿verdad?

Malachiasz asintió.

—Muéstrame lo que puedes hacer.

Su expresión era de terror al confirmar que Serefin seguía detrás de él.

—No tengo un libro de hechizos —dijo.

—Yo sí —dijo ella, sacando de su cadera un grueso libro encuadernado en cuero negro.

Malachiasz negó con la cabeza.

—Se supone que no debo usar la magia. —Una súplica a Serefin, rogándole que interviniera.

Pero Malachiasz era muy bueno con la magia, y Serefin no quería decirle a un Buitre que no. Asintió con ánimo mientras la Buitre arrancaba una página de su libro de hechizos.

—Yo no…

Unas garras de hierro inclinaron repentinamente sus dedos y le clavó una en el antebrazo a Malachiasz. Él dio un salto con los ojos se llenaron de lágrimas, pero su expresión se volvió rápidamente vidriosa y buscó la página del libro de hechizos.

Durante un terrible segundo fue como si el tiempo se hubiera detenido. El aire se volvió blanco y brumoso y Serefin se estrelló contra la pared. La Buitre se enderezó, inescrutable tras su máscara de hierro.

—Interesante —dijo, con voz suave, y sin otra palabra, se alejó.

Malachiasz se quedó allí, con la sangre goteando de sus dedos y las lágrimas corriendo por sus mejillas, antes de darse cuenta de que Serefin ya no estaba a su lado.

Gimió, retrocediendo cuando Serefin se puso en pie a trompicones.

—Estoy bien —dijo Serefin, tratando de ser tranquilizador hasta que la sangre se le escurrió por la cara. Le *dolía* la cabeza.

—No lo cuentes —susurró Malachiasz.

No importaba si lo contaba o no si alguien lo veía. Serefin agarró a Malachiasz del brazo y lo arrastró a la sala de los sirvientes.

—Acabas de superar el hechizo de una Buitre —dijo.

Malachiasz asintió, con los ojos muy abiertos.

—¿Por dónde estoy sangrando?

—Sólo es un corte en la frente. Lo siento, Serefin. Podría haberte matado. —Le entró el pánico.

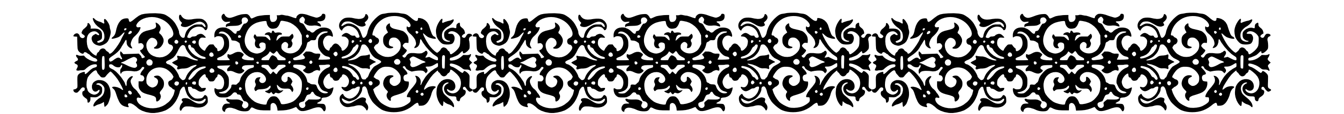
Tenían que informar a Andrzej de lo que había hecho Malachiasz. El mago sabría qué hacer con un chico que había sobrepasado tanto el hechizo que le había dado una *Buitre* que le había salido el tiro por la culata. Por lo general, los Buitres entrenaban a los niños de la realeza en la magia, pero aún no tenían la edad suficiente. Todavía estaban aprendiendo de un mago mortal, y después de *eso* Serefin no quería particularmente nunca entrenar con un Buitre.

Pero Malachiasz estaba temblando e intentando con valentía quitarse las lágrimas que corrían por sus mejillas. Serefin suspiró.

—Vamos a asearnos —dijo—. Luego iremos a comer algo.

—¿No lo contarás?

—Nadie tiene por qué saberlo.



20

NADEZHDA LAPTEVA

Marzenya y Velyos tienen una amarga rivalidad, una diosa de la muerte, el otro un dios de los muertos.

Las cartas de Włodzimierz

Nadya estaba sentada con las piernas cruzadas y sus cuentas de oración en el regazo, mientras Parijahan dormía en la cama a su lado. La oración solía reconfortarla, pero sus rezos ya habían tenido un retorno. Era una tontería por su parte pensar en los dioses como algo parecido a sus *amigos*, pero cuando Nadya estaba en lo más bajo siempre habían estado ahí, su única constante.

Apretó el pulgar sobre la cuenta de Marzenya, flexionando su mano corrupta. ¿Y si esta era la raíz de todos sus problemas? ¿Y si Marzenya pudiera quitárselo y las cosas volvieran a ser como debían ser?

Un pensamiento ingenuo y tonto. No había vuelta atrás. ¿Y si la respuesta era matar a Malachiasz? ¿Serefin? ¿Destruir a dos chicos extrañamente vibrantes que le resultaban fascinantes porque eran muy diferentes de todo lo que había conocido? Por mucho que odiara en su interior los horrores que había provocado Tranavia, no se sentía bien.

Deseó tener un Códice. Necesitaba algo en lo que apoyarse. Kostya no era suficiente, no con Malachiasz aquí. No cuando todo lo que Kostya quería hacer era hablar de la tragedia.

Él vendría por ella esa noche y todo lo que ella haría sería decepcionarlo. No podía huir. Tenía que arreglarse a sí misma primero, encontrar su camino de nuevo. El templo, las montañas, eran lo único que le parecía que tal vez la devolvería a su lugar. No la chica del monasterio, sino una clériga de Kalyazin, de los dioses, que supiera en qué creía y de qué era capaz. Alguien

que pudiera cambiar esta guerra interminable olvidada por los dioses para mejor.

No había funcionado antes. Pero tal vez podría tener una segunda oportunidad.

Kostya se deslizó en la habitación, pareciendo extrañado de que estuviera simplemente sentada en la cama. Ella se llevó un dedo a los labios, mirando a Parijahan, antes de deslizar sus cuentas de oración sobre la cabeza y levantarse. Lo llevó a la habitación principal.

—¿Qué estás haciendo? Vamos. —Había una amenaza en su tono que la asustó.

—No has estado escuchando —dijo ella—. No voy a ir, Kostya.

Toda su conducta se oscureció.

—¿Quién *eres* tú?

Ella lo miró con tristeza. Ella sólo quería que él viera lo que estaba tratando de lograr, incluso con los compromisos que se había visto obligada a hacer, y temía que él nunca mirara más allá de sus tratos con los tranavianos.

—Iba a ignorar lo que vi antes, pero… de alguna manera te han hechizado. Yo… —Se interrumpió cuando ella levantó su mano corrompida.

—Puede que sea una criatura, pero sabe mucho de magia. ¿Y qué es esto? Es magia

Kostya tomó su mano, con el horror grabado en sus rasgos. La dejó caer, asqueado.

—*Eres tú* —dijo en voz baja.

—Kostya…

—Han llegado hasta ti. Me advirtieron, dioses, me dijeron que serías susceptible. Ellos me *dijeron* que flaquearías. —Comenzó a caminar.

—¿Quién lo hizo? ¿La mujer que le había dado el colgante?

Sacudió la cabeza.

—No debí haberte dejado ir. Lo he arruinado todo.

—*¿Tú?*

—¡Se suponía que debías ir al oeste! ¡Se suponía que debías escuchar a los dioses! No a un monstruo que ha hecho esto… —Hizo un gesto de repulsión a su mano—. A ti.

—Se supone que —dijo Nadya rotundamente— nunca hubo un plan definitivo. Se *suponía* que debía ir a la base militar más cercana, pero cuando el monasterio se quemó me quedé varada en un bosque con los tranavianos merodeando por las montañas. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—Habría sido mejor que no lo hubieras hecho —murmuró Kostya.

Ella retrocedió. Algo en su corazón se partió. Él ya no podía verla. Ella era sólo la suma de sus errores.

—No quieres decir eso.

No habló.

—Kostya, ¿quién te dijo que yo flaquearía?

—¿Importa?

Más de lo que crees, pensó ella. La idea de que hubiera algún otro plan mayor que ella no conociera la aterrorizaba.

Cerró los ojos. Dejó escapar un suspiro.

—Si te digo la verdad, prométeme que me escucharás.

—¿Qué *más* podrías tener que decirme? —gritó.

—Los dioses ya no me hablan —susurró ella. No abrió los ojos. No quería ver su cara.

—Nadya. —Ella escuchó el horror en su voz. La ira. La traición.

—Estoy tratando de mejorar esto —dijo ella—. Estoy tratando de arreglar lo que he hecho mal. Si me voy contigo no podré hacerlo.

Abrió los ojos. Kostya la miraba fijamente, con el rostro inexpresivo y los ojos duros. Extendió la mano y, con mucho cuidado, cogió su collar de cuentas de oración.

—Pensé… —dijo en voz baja—. Pensé que se suponía que estabas elevada por encima de todos los demás. *Perfecta*. Pensé que los susurros sobre ti estaban equivocados, pero… —Su agarre se tensó—. Entonces no hay esperanza.

Nadya no tuvo oportunidad de preguntarle qué significaba eso. Tiró con fuerza del collar, tirando de ella hacia delante y rompiendo el cordón. El sonido de sus cuentas de madera para rezar contra el suelo fue fuerte contra sus oídos.

Y algo se rompió dentro de ella.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Lo único que le quedaba de los dioses estaba roto.

—¿Qué has hecho? —gritó, apartándolo de un empujón y tratando de recoger una cuenta, intentando volver a enhebrarla en el cordón roto. No consiguió que la cuenta se deslizara por el borde deshilachado y, de repente, todo lo que había dejado de lado salió a la superficie. Ahogó un sollozo y se llevó el dorso de la mano a la boca.

Kostya emitió un sonido de disgusto y salió de la casa de golpe.

Después de que otra cuenta se deslizara entre sus dedos y rodara, se derrumbó en el suelo, llevándose las manos a los ojos mientras intentaba

contener los sollozos.

Él no la había dejado explicarse. No la había *escuchado*.

Ella había pensado… ¿qué? ¿Que Kostya la perdonaría? ¿Qué ignoraría cómo le había obligado a vivir en los mismos aposentos que el monstruo que le tenía prisionero?

Una mano suave le acarició el pelo al pasar. Malachiasz caminó descalzo por la habitación, agachándose para recoger un puñado de cuentas. Regresó y se sentó frente a ella.

Estaba callado. Era la *última* persona que ella quería en ese momento. No podía ver el cordón deshilachado a través de sus lágrimas, pero eso no le impidió intentar volver a enhebrar una de sus cuentas. ¿Sería capaz de recordar su orden?

—Estas me están quemando literalmente la mano —dijo finalmente Malachiasz—. ¿Por favor, tómalas?

Eso le arrancó una carcajada. Ella extendió sus manos y él colocó suavemente las cuentas en sus palmas, cerrando sus dedos sobre ellas.

Él se acomodó, levantando la pierna y apoyando la barbilla en la rodilla, observándola.

—Lo siento —dijo ella, moqueando—. Los he despertado a todos.

—No hay que disculparse, de todas formas, no estaba dormido. Rashid, sin embargo, podría matarte por la mañana.

Eso le arrancó otra carcajada. Puso las cuentas en su regazo, contándolas. Todavía le faltaban algunas.

—Pensé que podría hacerle entender. —Se estrujó los ojos—. Si le explicara… —Pero había tanto que no podía explicar—. Quiere que sea la chica del monasterio y la perdí hace tiempo.

Malachiasz inclinó la cabeza.

—¿Es algo de lo que quieres hablar conmigo?

—No, yo… quiero que te vayas, Malachiasz.

La tristeza se agrietó en su rostro antes de que lo cerrara.

—Es justo —susurró. Comenzó a levantarse.

—Pensé que… —Nadya se interrumpió. Malachiasz hizo una pausa antes de volver a sentarse lentamente—. No lo sé. Soy una estúpida. No debería haber esperado que confiara en mí. —Se metió el cordón en la boca, tratando de alisar las hebras para poder ponerse las cuentas—. Era mi mejor amigo y pensé que me conocía, pero supongo que… —Se detuvo, incapaz de expresar lo que temía. Que Kostya sólo había sido amigo de la *clériga* y no de Nadya. Ella no quería creer lo peor de él. Tenía derecho a estar furioso. Tenía

derecho a querer a Malachiasz muerto. Lo que ella hacía no tenía sentido y era imposible pedirle que lo entendiera.

Ella sólo deseaba que él la escuchara.

—No eres estúpida ni ingenua —dijo Parijahan, sentándose a su lado.

—Bueno, un *poco* ingenua —intervino Malachiasz.

Parijahan le dio una patada.

Nadya se rió, pero rápidamente se transformó en un sollozo. En la cara de Malachiasz se reflejó algo en lo que ella no podía pensar. Iba a perder la única familia que le quedaba por *él* y no podía soportarlo. Deseó no necesitarlo para una causa mayor.

Deseó no *querer* al chico que había arruinado tanto.

Parijahan le quitó suavemente el cordón.

—Dame las cuentas en orden y yo las ensartaré.

Nadya asintió. Le entregó la cuenta que creía que era la siguiente, pero le preocupaba estar equivocada.

—¿Crees que volverá? —preguntó Malachiasz. Tosió en el hueco de su brazo, un ruido áspero y doloroso.

Nadya se encogió de hombros. Todavía estaban en Tranavia y Kostya apenas hablaba el idioma. No duraría mucho allí. Pero ella no sabía si él podría soportar seguir mirándola.

—¿Y si nunca puedo volver? —dijo ella en voz baja.

Malachiasz suspiró. Se frotó los ojos antes de encontrarse con su mirada. La comprensión llenó sus pálidos ojos, y eso la asustó. Los sentimientos de solidaridad entre ella y un monstruo no eran algo con lo que jamás pensara que tendría que luchar.

Parijahan recogió el resto de las cuentas en el regazo de Nadya y, aunque eran objetos sagrados, ésta se lo permitió. Parijahan se levantó y puso el cordón y las cuentas sobre la mesa.

—Vamos —dijo, volviendo hacia Nadya y extendiendo las manos—. A la cama. Las cosas no parecerán tan sombrías por la mañana. La mañana es más sabia que la noche.

—Sigue siendo bastante sombrío —dijo Malachiasz.

Nadya le dio una patada esta vez.

—Eso es un dicho kalyazi —le dijo a Parijahan, frunciendo el ceño.

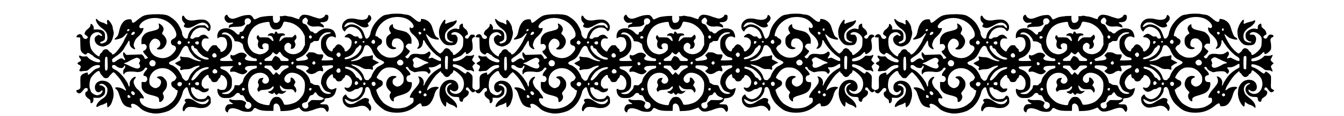
—Lo es.

Dejó que Parijahan la pusiera en pie. Todo era extraño y equivocado. No podía dejar de ver la cara de Kostya. La decepción en ella la trituraba por dentro.

Siguió a Parijahan de vuelta a su habitación. Parj tenía razón. Dormir ayudaría.

La mañana era más sabia que la noche. Las cosas serían mejores entonces.

Ella haría las cosas bien.



21

SEREFIN MELESKI

Una lenta corrosión, un hambre profunda. Decenas de cientos de miles encerrados en una tumba, vivos, enteros, gritando, esperando. Esperando. Esperando.

El Volokhtaznikon

Serefin se despertó de nuevo en ese maldito bosque.

Su ojo derecho estaba completamente ciego. Empezó a sentir pánico, los latidos de su corazón revoloteaban salvajemente en su pecho, porque su ojo derecho era el que *funcionaba*, pero una parte lejana de él sabía que esto no era real.

Podía sentir la sangre seca en su mejilla, pero su ojo izquierdo no sangraba. Estaba claro como el cristal, y le sacudía; estaba acostumbrado a compensar su ojo malo y su sentido del equilibrio estaba perdido.

No es real, no es real, no es real, pensó, dando vueltas.

Esto no era… como el último bosque. Esto no era *real* como el último bosque.

El árbol a su derecha estaba pálido y con cicatrices, las ramas se extendían hacia el cielo, astillándose en fragmentos de hueso. Había algo oscuro y lento goteando por un hueco del tronco. *Sangre*.

Un grito desgarró el bosque, desgarrador y agonizante. Un chasquido agudo, como el de una rama de árbol que se partiera en dos en las cercanías. Serefin se giró. Se olvidó de respirar. Donde el cráneo de ciervo había aparecido como una máscara la última vez, ahora era una realidad grotesca. La hiedra crecía alrededor del cuello y en las grietas del cráneo. El hueso de la mandíbula estaba descompuesto, los dientes afilados como clavos.

—Me sorprende verte tan pronto —dijo—. Pensé que te estabas *resistiendo*.

—No he venido aquí porque quisiera —dijo Serefin con hosquedad.

La criatura, monstruo, *dios,* apoyó una mano enjuta contra el árbol de hueso. El cráneo se inclinó hacia un lado. La oscuridad sin fondo de sus ojos era inquietante. Serefin tuvo que apartar la mirada, pero por todas partes había más cosas que temer.

¿Lo había matado la maldita *tsarevna*? ¿Era así como había acabado aquí? ¿Podría despertarse de esto?

—¿Por fin estás preparado para hablar? —preguntó la criatura.

—Cada vez que hablamos me das respuestas enigmáticas a mis preguntas y me dices que quieres venganza. Eso no es especialmente útil —dijo Serefin. Pero *estaba* dispuesto a hablar. Estaba dispuesto a ponerle un nombre a este horror para poder averiguar cómo escapar de él. No iba a poder resistir su atracción durante mucho tiempo.

Pero, ¿se rindió? ¿Dejar que esta criatura le quitara el ojo, la mente y que hiciera lo que quisiera con Serefin? Tenía que haber otra manera.

Intentó alejarse de la criatura y casi se tropezó, sin estar acostumbrado a que su centro de gravedad se desviara.

—Supongo que es fácil deducir los detalles de tu objetivo —dijo Serefin —. Es evidente que eres un dios kalyazi, pero cuál.

—Ya te lo he dicho: No soy un dios. Velyos es mi nombre. No te lo has ganado, pero puedes conservarlo si así dejas de luchar.

Él no había tomado eso como una verdad antes. Seguramente los dioses se consideraban a sí mismos como… algo más.

—Entonces, ¿qué eres, por favor?

—¿Qué le pasa a un dios que se convierte en no dios?

Un monstruo, entonces.

—Entonces, ¿fuiste desterrado?

—Desterrado, condenado, encarcelado, hay muchas palabras para lo que me pasó —respondió Velyos.

—Y quieres vengarte del panteón que te expulsó —dijo Serefin con rotundidad—. ¿Cómo podría hacer *algo* al respecto?

—Todos queremos cosas —dijo Velyos—. La diosa de la muerte quiere que esa pequeña clériga suya reduzca a cenizas tu mísero país, y tomará medidas drásticas para conseguirlo. Es una diosa de la venganza. Yo soy una criatura de un tipo más particular.

El miedo lo atravesó. Sabía que no podía confiar en Nadya, pero deseaba poder hacerlo; era decepcionante que le recordaran que no podía. Era sólo cuestión de tiempo que ella le apuñalara por la espalda.

Pero tal vez *esta* era su salida. Un trato mortal, un trato cósmico, seguramente uno lo llevaría a la meta que buscaba. Nadya recibió el poder de sus dioses. Tal vez…

—Si quiero matar a un Buitre… —comenzó.

Las garras del árbol de hueso se movieron, raspando y dejando marcas de sangre y arañazos a su paso.

—Si quieres matar a un monstruo, vienes a aquel cuyos dominios albergan al mayor de los monstruos —dijo—. Y, por lo tanto, has venido al lugar correcto.

* * *

Serefin temía haber cometido un grave error, haber dado algo a Velyos que no debía. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Serefin se enfrentaba a algo más grande que él mismo.

Temía que la criatura se diera cuenta de sus amenazas y le quitara el ojo a Serefin. Y aunque apenas funcionara, Serefin quería mantenerlo en su cabeza, donde debía estar.

¿Qué se escondía bajo esa calavera?

A Serefin no le importaba averiguarlo.

El bosque de huesos se despejó hasta llegar a un enorme templo de piedra. Unos oscuros pilares estaban tallados frente a una puerta que se extendía hasta perderse de vista. Serefin se detuvo y lo asimiló. Podía *sentir* el poder que emanaba de aquel lugar, pero no podía identificarlo. Era simplemente poder puro y duro. Un dolor en el pecho, en los huesos. Algo más antiguo que la tierra que tenía hambre, profundamente. Esperando, siempre esperando, para separarse y devorar todo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Quieres matar monstruos —dijo simplemente Velyos—. Te he traído al ser que puede lograrlo.

Todo el cuerpo de Serefin se enfrió.

—¿No eres tú, entonces? —Pensó que sólo iba a quedar atrapado en los asuntos de uno de los horrores de Kalyazin.

—Yo no, no. Este es más fuerte. *Este* conoce a los monstruos. Sin embargo, duerme, ya ves.

Bueno, eso no lo hizo sentir mejor.

—El problema de reclamar… —empezó Velyos. Serefin odiaba esa palabra—… un tranaviano es que no *sabes* nada —se quejó Velyos.

—Ay —dijo Serefin con sequedad—. Supongo que deberías elegir a alguien más adecuado.

—Querido muchacho, me temo que se ha hecho imposible y ahora no hay nadie más adecuado que tú.

Serefin tragó con fuerza.

—No tengo tiempo para darte una lección de mi clase —dijo Velyos con cansancio—. Busca a otra persona que te ayude con eso. Mi dominio fue una vez el bosque… y los muertos.

—¿Y qué hay de este otro? ¿El que duerme?

—La oscuridad y el hambre en ella —dijo Velyos simplemente—. La entropía. Y los monstruos de la oscuridad fueron mantenidos por su mano. Se están despertando, ya ves. Ese chico, el otro…

—Malachiasz —susurró Serefin.

—Sí. Otro tranaviano. Es curioso. Ha despertado una oscuridad que estas tierras no han conocido en muchas épocas. En todo, en él mismo, en alguien a quien la oscuridad nunca debería haber tocado.

—¿Se puede detener?

—¿No es eso lo que estás haciendo aquí? —Preguntó Velyos.

Supuso que sí. ¿Detener a Malachiasz detendría lo que sea que esté despertando?

—El tiempo es limitado, por supuesto. El resto del panteón acabará por hacer llover su destrucción sobre tu mísero país. ¿Tal vez ya han comenzado? Es tan leve la forma en que los divinos tocan el mundo. Tanta discordia que sólo unos pocos pueblos han sembrado en tan pocos años. Tanta ira de los dioses.

Serefin se sintió mal. Miró hacia la enorme puerta.

—¿Qué los ha detenido?

—Los dioses no pueden tocar *directamente* el reino de los mortales. Para eso están los clérigos.

—Pero Nadya…

—¿Crees que la pequeña clériga ha perdido su poder? ¿La niña que está en manos no sólo de la vengativa Marzenya, sino de todo el panteón? No. Esa niña es mucho más de lo que ella sabe.

Serefin frunció el ceño.

—No confundas una lección moral con una revocación de poder. No subestimes la facilidad con la que la niña puede meterse en el camino y lo rápido que todo puede convertirse en un desastre si ella se despierta. Déjala dormir para siempre, que nunca sepa la verdad.

Serefin no sabía qué pensar de eso. O si era de su incumbencia, a fin de cuentas.

—Sólo quiero matar al Buitre Negro —dijo—. Quiero mi trono y acabar con esta guerra incesante. Quiero que nuestro asunto termine.

—La mayoría de las cosas pueden ser vistas a la realidad.

En su mayoría.

—No voy más lejos aquí —dijo Velyos, deteniéndose—. No es mi lugar, aunque bordea mis dominios.

—¿Te parece bien que obtenga el poder de otra persona?

—Ves las cosas de forma tan sencilla. —Velyos sonó divertido.

—Apenas veo, en realidad —dijo Serefin.

Velyos hizo un gesto con la mano.

Serefin no tenía muchas ganas de entrar en el templo que tenía delante. La última vez que lo habían empujado hacia un gran desconocido, había muerto. Si lo pensaba bien, si buscaba en los oscuros rincones de su mente, casi podía recordar lo que había sentido. El destello de dolor; la oscuridad.

Pero su padre apenas podía lanzar un hechizo, y eso sólo dejaba a otra persona que podría haberle matado. Serefin podría llamarlo proteger a su pueblo de un horror. Podría llamarlo castigo por traición. O podría llamarlo como lo que era: venganza.

Con una última mirada hacia la criatura que tenía a su lado, Serefin comenzó a subir los escalones hasta las puertas.

Alrededor de los pilares había tallas extrañas e inquietantes. Cráneos con la boca abierta y rasgos faciales desplazados. Dientes dentados y ojos anchos y aterrorizados. Caótico y obsceno. Serefin se apresuró a pasar y llegar a las puertas, que no eran mucho mejores. Se detuvo.

Lo que le esperaba dentro no podía ser bueno.

Pero Serefin era el rey de Tranavia. Era el rey de un país de monstruos. No tenía miedo.

Se mentía a sí mismo.

Pero no estaba despierto ni dormido. Estaba… ¿muerto? ¿Otra vez? Realmente, ¿qué podría pasarle aquí?

Cosas terribles. Bueno, al menos Ruminski no tendrá que malgastar dinero en asesinos.

—Te he dicho que duerme y aun así te entretienes —dijo Velyos, claramente irritado.

—Si duerme, ¿cómo puede ayudar?

—Tonto ingenuo —murmuró Velyos.

Serefin puso los ojos en blanco. Pero la criatura tenía razón. Cuanto más se demoraba, más tiempo pasaba en la realidad. Si es que eso importaba.

¿Cuánto tiempo llevaba Serefin atado a aquel altar?

Serefin apoyó la palma de la mano en la puerta. Algo cedió. Algo se enganchó y tiró directamente sobre su corazón.

La puerta empezó a moverse.

—Maravilloso —dijo Velyos, extrañamente encantado.

Serefin miró por encima del hombro.

—Todos los demás se convirtieron en un montón de huesos al tocar la puerta. Sabía que me gustabas, tranaviano.

Serefin apretó los dientes. Quitó una polilla de la puerta. Luego la abrió de un empujón.

* * *

Lo malo de mirar algo incógnito era que el cerebro humano hacía todo lo posible por hacerlo totalmente *conocible*. Coherente, como mínimo.

Serefin caminó descalzo por la nieve, pero no sintió frío. No sentía… nada, de hecho. Habría sido increíblemente inquietante si Serefin no se hubiera desconectado ya voluntariamente de la realidad.

—La última vez que me pasó algo así, estaba muerto —dijo en voz alta y descubrió con gratitud que, sí, aún podía hablar. Sin embargo, no podía ver realmente. Su visión se había desplazado en dirección contraria a la de antes y estaba embotada y borrosa hasta el punto de ser inútil. Debería haberle dado más pánico del que tenía.

No tenía más remedio que continuar.

Pero no sabía a dónde debía ir. No había nada a su alrededor. Y eso era posiblemente lo más aterrador de todo esto.

El hecho de no poder ver complicaba mucho las cosas. Sabía que estaba en un espacio abierto, cubierto de nieve. Lo que no sabía era cómo se suponía que debía solicitar a un ser dormido. Podía ser un tonto ingenuo, pero seguía sin tener sentido.

Y el interior de este lugar, este templo, no tenía sentido. El techo era demasiado alto, y una enorme puerta imposible de pasar por alto se alzaba ante él.

En la que sabía que no debía entrar. Le infundió un horror espantoso del que no pudo deshacerse. Como si supiera, total y absolutamente, que detrás de esa puerta estaba la locura.

La puerta se abrió. Serefin dio un paso atrás.

Qué bien, pensó.

La voz que provenía de las profundidades oscuras era profunda, gutural, horrible. Era como si le pusieran brasas en los oídos mientras algo implacable le pasaba las garras por los huesos, haciéndolos añicos.

Su ojo izquierdo sangraba. Una comprensión lejana. El calor que goteaba por su mejilla.

Tenía que haber una forma mejor que ésta.

Pero Serefin sabía que no lo había. No después de lo que Malachiasz había hecho.

—He tratado con reyes antes, lo he hecho. Reyes muertos cuyos huesos se han petrificado al borde del bosque. Viejas e insignificantes bolsas de carne podrida que se llaman a sí mismas *humanidad*. Y tú te atreves a presentarte ante mí, en mi bodega, en los límites de mis dominios, *apenas* un rey, no más que un niño. Lo sé. Lo veo. No hay nada que puedas ocultarme, Serefin Meleski, hijo de Izak, hijo de Bogumił, hijo de Florentyn. Llevas el toque de la muerte sobre ti. Cuánto tiempo, entonces, ¿hasta que sean tus huesos los que arroje a los bordes de mis bosques?

Serefin se congeló. El poder destrozaba sus bordes cuanto más tiempo permanecía ante él.

Toda su facilidad de incredulidad al tratar con Velyos no le servía aquí. Sea lo que sea esto… esto era diferente. Vasta, antigua, incómoda y aterradoramente real.

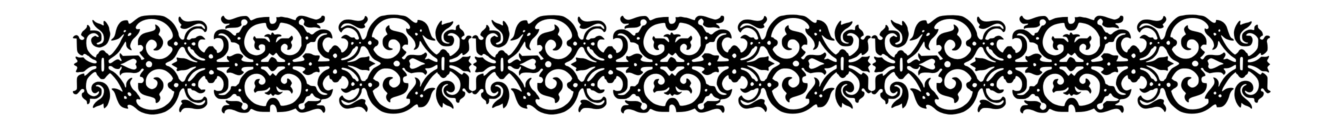
—No perturbes mi soledad con tus irritantes palabras mortales —continuó la voz—. Podemos hacer un trato, tú y yo. Tú necesitas poder para matar al entrometido. Yo quiero al entrometido muerto.

—Qué casualidad —graznó Serefin.

Una mano, enorme y con garras, mucho más grande que cualquier cosa que Serefin pudiera imaginar, salió de golpe. Y otra, y otra, hasta que docenas de manos que arañaban y sangraban intentaban escapar desesperadamente. Tirando, rasgando, desgarrando la puerta, luchando por salir mientras el enorme e incomprensible poder que emanaba de su interior no hacía más que aumentar. Una inmensidad que a Serefin se le hacía muy, muy pequeña.

—Qué casualidad, en efecto.

Una de las manos agarró a Serefin y lo arrastró hacia la oscuridad.



22

NADEZHDA LAPTEVA

Zvonimira es cautelosa y cuidadosa, porque su luz puede ser un bálsamo, pero también puede ser destrucción, y hay quienes quieren arrebatarle su luz.

Códice de la Divinidad, 35:187

Nadya fue sacudida bruscamente por Parijahan.

—Coge tus cosas, tenemos que irnos —dijo. Su cabello oscuro estaba desordenado, como si apenas hubiera dormido.

Nadya se levantó de la cama en un instante, dispuesta a huir. Le dolían los costados y se movía con cuidado, temiendo volver a arrancarse los puntos.

—¿Qué pasa?

Voces lejanas gritaban en kalyazi, y ella sabía que en el fondo las voces significaban batalla. Pero todavía estaban en Tranavia. ¿Cómo es posible?

—¿Te sientes mejor? —preguntó Malachiasz, sospechosamente alegre, cuando Nadya entró en la sala principal.

—¿Ha vuelto Kostya? —respondió ella.

Un parpadeo de molestia cruzó su rostro.

—Lo hizo.

El alivio la inundó. Nadya no había esperado que volviera. Se acercó a la ventana. No podía ver nada, pero sabía muy bien lo que estaba oyendo.

—Tu amigo intentó matarme anoche.

Nadya lo miró de reojo.

—Oh. ¿Lo consiguió?

Malachiasz frunció el ceño.

—¿No?

—No pareces estar seguro de ello.

—Bueno, lo estaba hasta que me lo preguntaste.

—Una pena, realmente, que haya fracasado —dijo ella, con más mordacidad de la que pretendía.

Él asintió, sin parecer ofendido. Ella suspiró y dejó caer la cortina.

—Todos estamos a punto de morir, de todos modos, así que supongo que es discutible —dijo.

—¿Ha empujado Kalyazin el frente hacia Tranavia? —preguntó insegura. Ella sabía que la guerra se había desplazado; Kalyazin se había recuperado. Pero la guerra nunca se había trasladado a Tranavia. ¿Qué les había dado a los kalyazi los medios para lograrlo?

Llevaba demasiado tiempo en Tranavia.

Malachiasz se encogió de hombros.

—Tanto Kalyazin como Tranavia han sufrido recientemente derrotas igualmente importantes.

Había vuelto a mirar por la ventana, sin darse cuenta de que ella lo observaba. Estaba un poco menos destruido de lo que parecía, como si hubiera dormido una hora o más a pesar del dramatismo. Llevaba el pelo negro recogido, lo que resaltaba las líneas de su rostro. Llevaba puesta su vieja chaqueta militar y en su pecho se produjo una punzada por la pérdida. Pero eso ya no podía consolarla.

—Algunos Buitres han estado en los campos de batalla —continuó él, ajeno a todo.

Nadya lo miró fijamente. Él captó su expresión incrédula.

—Sólo tengo el control de la mitad de mi orden —dijo—. Esto no es por mi mano.

—No te creo

Él no respondió.

—¿Cómo sabes de las derrotas?

Él abrió la boca y la cerró.

—Estás mintiendo. —Por supuesto que lo hacía. *Por supuesto*—. No puedes saberlo todo y a la vez no recordar nada desde la catedral —dijo ella, con la voz baja. Hubo movimiento en la puerta. Kostya.

Malachiasz levantó una ceja.

—¿Esperando a pillarme en una mentira?

—Es todo lo que haces.

Una sonrisa de pesar se dibujó en su boca.

—Serefin dejó un montón de informes militares. Los tiene Rashid.

La tensión la abandonó.

La sonrisa se enfrió.

—Me reconforta saber lo mucho que desconfías de mí.

—No te lo mereces —dijo ella—. No cuando cada palabra que me has dicho ha sido una mentira.

Le levantó un rizo de pelo de la nuca. Ella se estremeció, deseando no haber pasado por alto ese trozo al trenzar.

—No todas las palabras —murmuró él. Su expresión se volvió distante—. Se están acercando. Es hora de irse.

Nadya se dio la vuelta, hizo contacto visual con Kostya, e inmediatamente pasó junto a él, cargándose la mochila al hombro. Oyó su voz mientras salía de la casa, escuchó la suave respuesta de Malachiasz, pero no fue capaz de distinguir las palabras.

No podía imaginar que nada de lo que esos dos se dijeran pudiera ser bueno.

Se metió la mano en el bolsillo y pasó el pulgar por su collar de cuentas de oración. No podía servir de collar hasta que encontrara un nuevo cordón y no podía quitarse de encima la sensación de que le faltaba una cuenta, aunque cada vez que la contaba acababa con el número correcto.

Todavía estaba oscuro en el exterior y parecía que la batalla cercana estaba ocurriendo al suroeste.

—¿Impedir que nos noten? —preguntó Parijahan.

Malachiasz se echó la manga hacia atrás, un corte ya sangraba lentamente por el antebrazo mientras arrancaba una página de su libro de hechizos.

A Nadya le resultaba extrañamente aliviador verle utilizar la magia de sangre de forma normal. Totalmente herético y perfectamente banal. Probablemente podría hacer magia sin su libro de hechizos por completo. Era molesto pensar en ello.

Su cabeza se inclinó hacia atrás y todo su cuerpo pareció relajarse en sí mismo, su magia se hizo más densa en el aire que los rodeaba. Era peor que antes, más oscura. Pero llevaba tanto tiempo viviendo con ella bajo la piel que se había insensibilizado a ella.

Cuando sus ojos se abrieron eran negros como el carbón. Nadya frunció el ceño, mirando a los demás. Su mano rodeó la empuñadura de la *voryen* de hueso. Le agarró un puñado de pelo y lo arrastró hasta su nivel, presionando la punta de la espada contra su garganta.

Él se congeló. El aire era extraño, equivocado y sofocante.

—Esta será la última vez que dude, Malachiasz —murmuró ella. Su *voryen* le pinchó la piel, extrayendo un fino hilo de sangre. Su carne se separó, una boca con dientes de navaja se abrió contra el corte que ella hizo.

Él se sobresaltó, jadeando, con los ojos despejados. Ella lo soltó y él se llevó una mano a la garganta, desconcertado.

Ella le agarró la muñeca y le levantó la otra mano. Sus uñas eran largas garras de hierro. Frunció el ceño y le dio la vuelta a la empuñadura para que el cuchillo de hueso quedara a la vista.

—No necesitamos al Buitre. El mago de sangre servirá —dijo ella.

Él la ignoró.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, con la voz baja.

Parijahan se interpuso entre ellos y lo sobresaltó.

—Vamos al norte —dijo ella en breve—. Deja de perder el tiempo.

Rashid corrió tras ella. Kostya le siguió sin mirar a Nadya.

—¿Te ha dolido? —preguntó ella, pasando la hoja por su antebrazo. Un músculo de su mandíbula se agitó. Deslizó con cuidado la punta de la cuchilla contra la parte interior de su brazo, separando la más pequeña porción de carne. La podredumbre ennegrecida floreció en su brazo desde el punto de contacto.

Él siseó entre dientes y se apartó. Su mano se movió sobre el corte.

—¿Qué es eso?

Nadya pasó el pulgar por la parte plana de la hoja. No lo había considerado realmente desde que Pelageya se lo había dado, pero ahora que estaba en sus manos, con la sangre de Malachiasz goteando perezosamente por el filo, podía sentir lo *vivo* que estaba. Cómo había probado su sangre y quería más.

—Una *reliquia*, creo —dijo pensativa.

Había una decidida cautela en la forma en que mantenía la mano sobre su brazo, un ceño fruncido tirando de los tatuajes de su frente.

—¿Cómo se mata a un buitre? —reflexionó ella.

Un genuino dolor apareció en su rostro antes de desaparecer.

—¿Lista para matarme por fin ahora que tienes algo que podría hacerlo?

—¿Crees que mis otras amenazas eran falsas?

—Nadya, es difícil asustarse de verdad de tus amenazas cuando tus *voryen* kalyazi son un mero inconveniente.

Ella miró el cuchillo de hueso en sus manos.

—Pero esto podría… —murmuró.

—Me matarías tan fácilmente —dijo él, con un temblor en la voz que Nadya no esperaba. No pudo ocultar lo verdaderamente herido que estaba por la emoción de ella al encontrar un arma que podía hacerle daño.

—No sería fácil —susurró ella—. Aunque debería serlo.

Él sacudió la cabeza y comenzó a seguir a los demás. Ella tardó en seguirle. Odiaba esto.

—Si vas a quejarte todo el tiempo, monje —ella oyó decir a Malachiasz en su kalyazi de acento grueso cuando por fin lo alcanzó— el ejército está ahí mismo. Ve a llorarles.

Kostya se desgañitó. Se abalanzó sobre Malachiasz, que se limitó a esquivar, agarrarle el brazo y llevárselo a la espalda.

—Dejemos el pasado atrás, ¿de acuerdo? —dijo Malachiasz amablemente —. Por supuesto, me molesta la forma en que has tratado a nuestra querida clériga, pero no quiero involucrarme en tus mezquinas disputas religiosas.

Kostya tenía una mirada asesina. Su mirada captó la de Nadya y, antes de que la dejara caer, ella vio algo demasiado esperanzador como para creer que se trataba de un arrepentimiento.

—Te mataré —prácticamente gruñó Kostya.

—Lo has intentado y has estropeado una camisa en perfecto estado —replicó Malachiasz con sequedad. Le guiñó un ojo a Nadya. La tensión entre ellos se disipó ahora que tenía un nuevo objetivo—. Córtalo por el pecho

—¿Intentaste apuñalarlo? —preguntó incrédula.

—¡Lo apuñalé! —Dijo Kostya—. Es antinatural, Nadya.

—¡Qué sangrante revelación! —Dijo Malachiasz. Dejó caer el brazo de Kostya y lo pateó, tirándolo al suelo. Pisó la espalda de Kostya—. Y una gran subestimación. No tenemos que llevarnos bien, tú y yo, y preferiría que no lo hiciéramos, pero si vuelves a intentar algo como lo de anoche, te mataré y entonces Nadya se enfadará conmigo.

—*Eso* es un eufemismo —dijo Nadya.

—¿Ves? Y entonces nadie estará contento. Si quieres irte, vete. Si te vas a quedar, entonces resuelve pronto tu fanatismo, por favor, para que el resto podamos volver a intentar detener esta maldita guerra.

Nadya se arrodilló y le pasó una mano por el pelo a Kostya.

—Kostenka, por el bien de la amistad que teníamos, *tenemos*, no puedo seguir con esto —señaló con una mano entre ellos— sea lo que sea esto.

Malachiasz quitó el pie de la espalda de Kostya. Parijahan resopló, irritada, y empezó a caminar. Nadya hizo un gesto a los demás para que se alejaran. Ya los alcanzarían. Malachiasz la miró fijamente antes de salir corriendo detrás de los akolanos.

Nadya se sentó junto a Kostya. Apoyó la mejilla en el puño y suspiró.

—Lo sé, ¿de acuerdo? Sé que no tiene sentido que Malachiasz esté aquí. Lamento lo que has sufrido a manos de él. Pero, Kostya, ya no estamos en el

monasterio. Las cosas no son tan simples como nosotros contra ellos.

Kostya se puso de rodillas y escupió una bocanada de tierra.

—Pero las cosas son tan simples como el bien y el mal.

—¿Lo son? —Nadya pensó en la voz, en sus sueños llenos de monstruos. Ya no estaba tan segura.

La forma desesperada en que Kostya la miró fue una puñalada en el corazón.

—Lo siento —dijo—. Siento no ser quien creías que era. No puedo entender por lo que has pasado y tú no puedes hacer lo mismo por mí. Pero Malachiasz tenía razón. Puedes irte. No te retendré a mí. Te saqué de las Minas de Sal, pero no hay deuda que pagar. Te he echado de menos, Kostya. Cada día desde que cayó el monasterio pensé en ti. Nunca imaginé que te tendría de vuelta con vida. Pero… —Su mano se levantó hacia el cuello y cayó cuando no había cuentas de oración a las que agarrarse. Kostya se estremeció—. Si nuestros caminos nos han separado, no te obligaré a permanecer cerca de él.

—Pero… —La voz de Kostya vaciló—. ¿Lo eliges a él?

Nadya lo miró fijamente, sin saber qué decir y sabiendo que tenía que hacerlo rápido. Las voces en la distancia se acercaban cada vez más.

—Cuando seas una criatura medio divina y medio loca que pueda llevarme a través del bosque de Dozvlatovya hasta el templo de Bolagvoy, entonces hablaremos —dijo ella, chocando su hombro contra el de él.

—No estoy hablando de eso —murmuró él.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—. Pero ahora mismo, eso es todo lo que hay. Necesito enderezar mi camino y necesito que él lo haga.

—Eso no tiene ningún sentido.

Se encogió de hombros.

—Lo necesitaba para llegar a Tranavia y matar al rey y lo necesito ahora. No tiene sentido, pero es así.

Dejó escapar un suspiro agónico.

—Ya estoy harta de estar aquí sentada, intentando convencerte cuando hay una escaramuza a nuestras espaldas. —Se levantó—. Si decides irte, lo entiendo. Si quieres venir… —Se encogió de hombros con pesar—. Me gustaría, Kostenka. No espero que tú y Malachiasz se lleven bien. Diablos, yo no me llevo bien con él. Pero creo que a veces vale la pena escuchar a los tranavianos.

Kostya se burló.

—La razón por la que esta guerra no ha terminado es porque nadie se escucha —dijo finalmente. Se giró para alcanzar a los demás—. Aunque realmente no vale la pena escuchar a Malachiasz en un buen día. Es un hereje.

* * *

El viaje fue extraño. Nadya no podía librarse de la constante sensación de que los estaban observando. Al igual que ella, Malachiasz estaba perpetuamente en vilo, saltando ante cualquier sombra. Al menos Nadya esperaba que fuera por eso. No sabía cómo iba a hacer que volviera por segunda vez.

Era él quien debía alejarse de convertirse en el monstruo, y ella no estaba segura de que quisiera hacerlo.

Lo evitó mientras viajaban, manteniéndose al lado de Kostya, que se esforzaba por ser civilizado, afortunadamente. Ya era bastante agotador estar cerca de Malachiasz, que se pasaba la mayor parte del tiempo con la cabeza metida en su libro de hechizos. Nadya tenía curiosidad por saber qué estaba tratando de averiguar, pero intuía que no le iba a gustar la respuesta. La situación se estabilizó en una frágil paz. Este viaje iba a ser largo, y todos parecían reconocer que morderse constantemente unos a otros sólo iba a hacerlo insufrible. Era casi cómodo, casi como el viaje de Kalyazin a Grazyk, una vida atrás. Las discusiones de Nadya y Malachiasz nunca pasaban de ser trivialidades. Kostya se había calmado y parecía disfrutar de la compañía de Rashid.

Nadya sabía que eso no duraría, y que la única razón por la que las cosas no empeoraban era porque estaban apurando tanto su ritmo que estaban demasiado cansados para pelear.

Pero pasar a Kalyazin desde Tranavia fue como respirar aire fresco por primera vez en meses. En el momento en que Nadya volvió a pisar suelo de Kalyazin, algo en su interior se asentó y descansó. Se relajó.

No quería llamarlo esperanza, pero era bueno estar en casa. Incluso si el mundo se estaba cayendo a pedazos.

Pero hacía mucho *frío*. Ya debería ser verano. ¿Cómo iba a sobrevivir alguien? El monasterio siempre había dependido de lo poco que podían cultivar en el frío perpetuo de las montañas, y de lo que Rudnya les donaba, pero para el resto del país las cosas debían ser cada vez más desesperadas. Esto sería un golpe mortal para Kalyazin, sin importar la guerra.

Había un monasterio en Takni'viyesh, enclavado en el bosque. Desde allí, un largo tramo de bosque atravesaba el corazón de Kalyazin, conduciendo

hasta el punto más noroccidental al que intentaban llegar. No sería prudente recorrer todo el camino a través del bosque, sobre todo con los ojos de los monstruos que antes dormían sobre ellos.

Nadya sólo había visto destellos con el rabillo del ojo. La cornamenta de un *leshy*. El corte de la tela negra y el ojo singular y brillante de un *likho*. Y otras criaturas más oscuras que hacía tiempo que habían sido relegadas al mito y la fábula y que Nadya sabía con creciente certeza que no eran tan falsas.

Pero el monasterio era un bastión de calma en medio de los peligros del bosque. Altos muros de madera rodeaban el complejo y, sin embargo, a medida que avanzaban, Nadya se sentía inexplicablemente aterrada.

¿Se sentiría este monasterio como un hogar? ¿O se sentiría ajena y extraña a la persona en la que Nadya se había convertido? De repente, decidió que era una muy mala idea.

Alguien se asomó a la parte superior de la pared mientras se acercaban. Kostya entrecerró los ojos, con una mirada extraña.

—¿Es eso…?

No tuvo la oportunidad de terminar porque la figura desapareció. Las puertas se abrieron poco después. Nadya miró a Kostya, confundida.

Un hombre gigantesco, con una larga barba canosa, ojos afilados y oscuros, y piel morena, salió por las puertas. Llevaba una espada abierta al cinto.

—Oh —murmuró Kostya—. Iván Novichkov.

Nadya parpadeó, desconcertada, cuando el hombre se acercó a ellos. Conocía el nombre, pero era un vago recuerdo que venía de lejos, de antes.

—Iba a preguntar por sus asuntos, pero ahora veo dos caras que no he visto en muchos años —dijo el hombre, con una voz inesperadamente cálida.

Estaba claro que Kostya no estaba tan confundido como ella. ¿Había conocido a este hombre antes? ¿Por qué no podía recordarlo?

Inclinó la cabeza hacia el monje.

—¿Nos conoces?

—De Baikkle, ¿verdad? —La mirada del hombre se desvió hacia los demás, agudizándose ligeramente en Malachiasz antes de volver a Nadya y Kostya, que asintieron—. Imposible olvidar al único kalyazi que vive lo que yo me he pasado estudiando.

Nadya parpadeó. Iván se inclinó ligeramente hacia ella.

—Nadezhda.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella.

—Mis andanzas me llevaron al monasterio de Baikkle muchas veces —dijo—. Pero eras muy joven. No creciste mucho.

Kostya se rió. El corazón de Nadya se apretó al oírlo. Ahí estaba el chico con el que creció, encontrado una vez más en los muros de otro monasterio.

—¿Y con qué compañeros viajas?

—Oh, un grupo extraño —dijo ella, con la formalidad que le quitaba algunos de sus nervios—. Buscamos la ayuda y el refugio del monasterio.

Iván asintió como si no necesitara preguntar, llamando a una hermana y ordenándole que calentara la casa de baños para los viajeros.

—Hermano Iván —dijo ella, avanzando, con la voz baja. Dudó. Tenía que advertirles sobre Malachiasz, pero no sabía cómo reaccionaría este monje—. Uno es tranaviano.

Su semblante no vaciló. Aunque el rostro de Kostya se ensombreció y puso los ojos en blanco.

Iván le dedicó a Nadya una sonrisa irónica.

—Ya veo. ¿Y cómo ha llegado la pequeña Nadezhda a ser la compañera de viaje de un tranaviano? ¿No estamos en guerra, niña?

—Lo estamos. Es una larga historia.

—Me gustaría oírla contar.

Nadya asintió alentando a los demás mientras los miembros del monasterio se acercaban para llevarlos a comer y descansar. Malachiasz acudió inmediatamente al lado de Nadya.

—No creo que… —comenzó en tranaviano antes de interrumpirse, pasando la mirada de Iván al monasterio—. No creo que pueda entrar.

Nadya agarró el brazo de Malachiasz y lo apartó.

—Es tierra sagrada, Nadya, no puedo…

—Tendrías que creer en los dioses para creer que la tierra sagrada es algo real —dijo ella.

La mirada desesperada que le dirigió le indicó que no creía que fuera el momento adecuado para hacer bromas o buscar pelea sobre teología.

—¿Qué crees que va a pasar? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, sólo…

—Entonces, ¿estás diciendo que ese gran plan tuyo ha funcionado y que eres un dios? —dijo ella, con la voz lo suficientemente baja como para que nadie la oyera.

—No, sangre y hueso, claramente que estoy aquí significa que no funcionó, ¿aún no te has dado cuenta?

Él parpadeó rápidamente, ansioso, con los dedos hurgándose las cutículas, la piel alrededor de la uña del pulgar rebosando de sangre. Cuando un grupo de ojos se abrió en su mejilla, su estómago cayó. Estaban bordeados de… dientes.

Él está empeorando.

—Estoy segura de que los dioses están esperando un mejor momento para golpearte —continuó ella.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Puedes ocultar eso? —En contra de su buen juicio, ella levantó la mano y le tocó la mejilla cerca de los ojos.

Él se estremeció. Ella dejó caer la mano.

—Lo dudo, pero lo intentaré —dijo, cubriendo el lugar. Volvió a bajar la mano, gritando. Sus dedos estaban mojados de sangre.

Parecía horrorizado.

—¿Te acaba de morder tu propia cara?

Hizo un sonido extraño y estrangulado, asintiendo lentamente.

—Ve —dijo ella, antes de hacer algo lamentable y empeorar la situación.

La energía temblorosa alrededor de Malachiasz se calmó mientras se enfriaba hasta convertirse en trozos de hielo.

—No hay ninguna razón por la que tenga que seguirte hasta allí.

Extendió la mano y tomando la de él y se tensó.

—Estarás bien —dijo ella suavemente, presionando el pulgar contra la base de su palma. Igual que cuando llegaron a Grazyk y él vio la catedral del Buitre. Pero eso había sido una mentira. ¿Era esto también una mentira?—. Hablaremos cuando estemos dentro. Lo prometo.

Ella había estado evitándolo. Y había sido el movimiento equivocado. Presionarlo lo suficiente y él se iría y ella no tendría forma de llegar a las montañas. Él había sido un perfecto maestro en cómo manipular y ella no estaba por encima de usar sus propios métodos contra él.

Estaba claro que él no quería entrar, pero ella le empujó hacia una hermana que le estaba esperando para que entrara en el monasterio y él entró. Volvió junto a Ivan, que observaba a Malachiasz.

—La oscuridad se aferra a él como un sudario —dijo el monje en voz baja.

—Ah, sí, ése es el tranaviano, y es extraño —convino Nadya, ignorando por completo que acababa de recibir algo muy parecido a un presagio.

También ignoró la mirada que le dirigió el monje. Al menos no estaba siendo alegremente ignorante. Era muy consciente de lo que era Malachiasz.

Kostya le observaba, como si esperara a ver si Malachiasz moría en el acto una vez que traspasara el umbral.

—Me gustaría saber qué te ha traído a este rincón de Kalyazin —dijo Iván.

¿Podría hablar con este hombre, confiar en él? Confiaba ciegamente en ella porque era la clériga, pero ella no podía recordarlo. Apenas había admitido a Kostya lo que le había sucedido, ¿podría realmente decirle a otro kalyazi la verdad y esperar que la escuchara sin juzgarla?

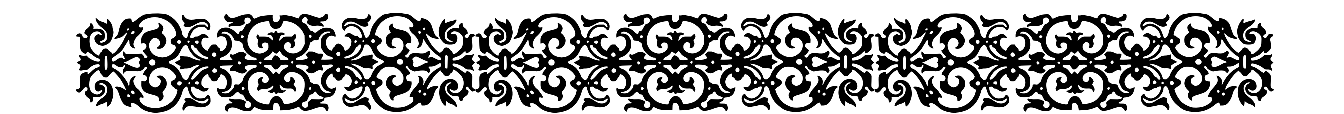
—No tengo una historia especialmente feliz que contarte —dijo, con voz suave.

Iván no se inmutó.

—No vivimos en tiempos especialmente felices, Nadezhda, pero me gustaría escucharla. Ve con la hermana Vasilisa, ya hablaremos más tarde.

Nadya esperó a que Kostya se fuera, no quería que fuera él quien le dijera a Iván quién era Malachiasz. Kostya sabía claramente lo que estaba haciendo porque recibió otra de sus oscuras miradas al entrar en el monasterio.

—No es una historia feliz en absoluto —murmuró Nadya, antes de irse con Vasilisa.



Interludio

TSAREVNA
YEKATERINA VODYANOVA

Katya se limpió la sangre del tranaviano de las manos con cierto asco. Casi se sentía mal por todo el asunto, sobre todo sabiendo que había un par de tranavianos esperando en la posada que casi seguro conocían al rey y que ella tendría que lidiar con ellos. Pero había que hacerlo y le gustaba el dramatismo de todo ello.

—¿Lo vas a dejar ahí abajo? —preguntó la sacerdotisa de la pequeña iglesia, Pavlina.

El rostro lleno de cicatrices de Fyodor estaba tan impasible como siempre.

—Si no sube en unas horas, está muerto. Haz con él lo que quieras —dijo Katya, secándose las manos—. Sin embargo, es probable que esté bien, y debería salir tambaleándose de aquí en una hora.

Pavlina frunció los labios, con desaprobación.

—No voy a decirle a nadie que su iglesia aún tiene un altar a los antiguos dioses debajo de ella, y usted no va a decirle a nadie que probé una teoría y tallé el cofre del rey de Tranavia en su sótano —dijo Katya.

—*Vashnya Delich'niy…*

—Está bien.

—Si haces que esta guerra se prolongue porque tenías una teoría, los dioses nunca te perdonarán.

—Los dioses —dijo Katya, encogiéndose de hombros sobre su abrigo— han dejado que esta guerra se prolongue durante demasiado tiempo, así que sinceramente no puedo decir que me preocupe demasiado por su perdón.

Eso le valió otra mirada de desaprobación; probablemente tendría que hacer una confesión incómoda más tarde. No aquí, quizás con otra sacerdotisa. Ya había aterrorizado bastante a ésta. Esperaría a estar en casa.

—*¡Desafió a una sacerdotisa en medio de la nada! ¡Abrir al rey de Tranavia! Lo pasé muy bien, en definitiva.*

Dionisiy, su sacerdote en Komyazalov, no lo encontraría tan divertido como ella.

Se fue antes de que pudiera decir algo más para que la sacerdotisa rezara más por el alma evidentemente condenada de la *tsarevna*. De todos modos, tenía que enfrentarse a esos dos malditos tranavianos. Había recibido el informe de sus soldados arrastrándolos desde el bosque justo cuando ella había entrado en la iglesia y, sencillamente, no estaba de humor para más tranavianos. Katya había leído suficientes informes militares como para saber qué aspecto tenía la pareja que seguía al rey; no era difícil suponer que esos dos estaban aquí con él.

Katya pensó que ya había tenido suficiente dramatismo por ese día, pero cuando regresó a la posada y se dirigió a la habitación donde tenían a los tranavianos, entró de golpe gritando:

—¡El rey ha muerto, viva la reina!

Disfrutó demasiado del silencio horrorizado que siguió. Pero entonces los hombros del chico se desplomaron de forma realmente agónica y se produjo una punzada de arrepentimiento.

—¡Sólo bromeaba! Debería estar bien, aunque un poco golpeado. Estás con él, ¿verdad? —Cerró la puerta de una patada, ignorando las protestas de su guardia Milomir. Se habían llevado los libros de hechizos de los tranavianos; ella no estaba realmente en peligro aquí.

El chico intercambió una mirada con la chica.

—Lo estábamos buscando, sí. ¿Qué le han hecho?

Había un trasfondo de ira en su tono, pero sobre todo sonaba preocupado. Era bonito. La piel oscura, las pestañas largas, un borde que le hizo pensar que, si el rey estaba realmente en peligro, sería él quien debería preocuparse.

—Oh, no, yo sigo haciendo las preguntas aquí —dijo ella, tomando una silla, sentándose, y echándola inmediatamente hacia atrás sobre dos patas para poder apoyar las piernas en la mesa auxiliar.

La chica tranaviana estaba encaramada a la cama. También era bonita, pálida, con un precioso ojo enfocado en ella. Si Katya no estuviera tratando de hacer algo, se sentiría nerviosa.

—Dejar que tu rey se pierda solo en medio del territorio enemigo no es muy inteligente —señaló.

Ambos parecían no haber dormido en mucho tiempo. Como si hubieran estado cabalgando muy duro por una distancia muy lejana. Katya frunció el ceño. ¿Lo habían perdido? Estaba intrigada, por Serefin, pero sobre todo por el dios que lo tenía en sus garras. ¿Cómo había sucedido eso?

—¿Ha estado actuando de forma extraña últimamente?
—Lo siento, ¿quién eres tú? —preguntó la chica.
—Oh, fue él. —Katya señaló la puerta—. ¿La presentación no es suficiente? Mi nombre es Yekaterina, Katya para los amigos…
—¿Somos amigos? —preguntó la chica.
—¿Lo *somos*?
—Ostyia —dijo el chico, su voz rozando la desaprobación.
—*Tsarevna* de este espectáculo de horror frígido a su servicio. —Katya hizo algo parecido a una reverencia sin levantarse ni bajar los pies de donde estaban apoyados en la mesa.
Los tranavianos intercambiaron una mirada.
—¡De todos modos! ¡Serefin! ¿Actuando raro con ese ojo extraño? ¿Sí?
—Sí —dijo la chica, Ostyia. No llevaba un parche en la cuenca del ojo y su pelo negro parecía haber sido cortado por ella misma con una cuchilla sin filo.
El chico, Kacper, si sus informes eran correctos, frunció el ceño, luego cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared junto a la ventana.
—Interesante. Desde que fue asesinado por su padre, ¿no? —preguntó Katya.
Kacper se estremeció.
Katya agitó una mano.
—Tenemos buenos espías y ustedes, los *slavhki*, son unos rumorólogos.
—¿Por qué lo preguntas? —preguntó Ostyia.
—No soy un *slavhka* —murmuró Kacper.
Katya se guardó ese pequeño detalle.
—Fue él quien se tropezó conmigo con toda esa extrañeza que se arremolinaba a su alrededor. Sólo intento averiguar si puede ser útil.
—¿Útil para qué? —Kacper se quejó.
Ciertamente era el más hostil de los dos.
—Me gustaría que esta guerra terminara tanto como a cualquiera. Pero —dijo— no tengo ese poder.
—Pero tu padre…
—Mi padre no aceptará una tregua. Aceptará la rendición y nada más —dijo Katya—. Nos arriesgamos a la invasión de los aecii del norte con cada año que dura esta guerra, pero —agitó una mano— victoria o muerte. —Hizo una pausa—. Dioses, no te acabo de decir eso.
—¿Dónde está Serefin? —preguntó Kacper.

—Cuando termine nuestra conversación, ya estará aquí. No está muerto… bueno, probablemente no esté muerto. Si estoy en lo cierto en todo esto, no está muerto.

Kacper se puso rígido.

Cuando Katya había visto por primera vez al rey de Tranavia, lo más evidente era que algo andaba mal. Había oído los rumores de que el heredero de Meleski era un borracho, y ciertamente lo estaba o lo intentaba cuando ella llegó, pero había algo más que eso. Su ojo tenía el toque de los dioses. Ella quería pruebas, y eso fue lo que consiguió. Y tal vez si lo mataba aquí podría terminar la guerra, pero Tranavia tenía sus Buitres y éstos se estaban convirtiendo en un problema creciente con cada día que pasaba. El Buitre Negro tenía que morir para detener esa orden y si el rey de Tranavia lo quería muerto, Katya pensó que tal vez podrían llegar a un acuerdo.

El rey llegó no mucho más tarde. Milomir prácticamente lo empujó al interior. Su camisa destrozada colgaba abierta, mostrando el, más bien excelente, si lo decía ella misma, trabajo que Katya le había hecho en el pecho, la sangre y la suciedad salpicaban su cara.

Dejó escapar un gemido al ver a sus amigos, tropezando y casi derrumbándose. Kacper estaba al otro lado de la habitación en un santiamén, agarrando el brazo de Serefin y manteniéndolo firme. Serefin se detuvo, apoyó una mano en el costado de la cara de Kacper y dio un paso atrás para volverse hacia Katya. Tenía un cuchillo en las manos.

—Oh, tonto de mí, me dejé eso, ¿no?

—¿Qué? Lo hiciste. Tú. ¿Hiciste? —gritó con los dientes apretados, con la hoja en la garganta de ella.

Ella estudió su rostro. La cuestión era que ninguno de los rumores que sus espías les habían traído de Grazyk tenía sentido. Esperaba que el ritual arrojara algo de luz sobre lo sucedido, pero aún no estaba segura.

¡Y conocía a la clériga de alguna manera! Katya llevaba meses buscándola sin mucho éxito.

Lo miró con atención. Sus ojos se habían vuelto de un extraño azul noche con estrellas rotas en lugar de pupilas.

—Velyos, ¿eh? —dijo—. Te ha atrapado un dios caído.

Serefin parpadeó.

—La mayoría ni siquiera sabe quién es —continuó ella.

—Pero tú sí —dijo rotundamente.

—Lo sé.

Serefin hizo una mueca. La consideró, con la mano apoyada distraídamente sobre la talla del pecho.

—Esto duele, ¿lo sabes?

Katya se encogió de hombros.

—Seguro que has tenido cosas peores.

—Las ha tenido peores —dijo Kacper.

Serefin le lanzó una mirada herida antes de guardar lentamente la espada en su cinturón.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿El fin de la guerra, la riqueza y la fortuna sin tener que trabajar para ello, la admiración de toda la gente guapa posible?

Se movió para sentarse cautelosamente en el borde de la cama junto a Ostyia.

—Creo que la guerra es el menor de nuestros problemas —dijo finalmente, poniéndose seria—. Si pudiera sentarme aquí contigo y acabar con esta maldita guerra ahora mismo, lo haría. Pero ni tú ni yo tenemos el poder de hacerlo.

—Quiero decir, *técnicamente*, yo tengo ese poder. Sangre y hueso, no me pidas una tregua —dijo con un gemido—. Llevo meses intentando que me escuchen sin éxito. Esto no es cosa mía.

Sacudió la cabeza. Katya no tenía ningún poder y el mero hecho de que Serefin estuviera en Kalyazin significaba que no tenía tanto poder como debería. No tendría sentido que se mataran aquí, aunque la idea de matar al rey de Tranavia seguía siendo muy agradable de pensar. A Katya le gustaba el dramatismo, pero no el asesinato. Si lo segundo llevaba a lo primero, era aceptable, pero matar al legítimo rey de Tranavia en una pequeña aldea kalyazi escondida al borde del alcance de Dozvlatovya no era especialmente dramático.

—¿Por qué estás aquí? —ella preguntó.

Él se apoyó en una mano, claramente sin querer responder. Ella también podía esperarlo si lo necesitaba.

—¿Velyos?

Él asintió lentamente.

—¿Y tú?

Esa era una pregunta más difícil de responder. Oficialmente, Katya había sido enviada al frente. En realidad, había sido enviada a un campamento militar que no veía ninguna acción. *Era aburrido*. Y con el ascenso de los

Buitres, la orden a la que se había unido a los trece años como una curiosidad era de repente útil y nada aburrida.

—Sigo lo que promete ser más dramático —dijo ella, guiñándole un ojo.

El asco cruzó su rostro. Una persona difícil de convencer, este tranaviano.

—Kalyazin no puede sobrevivir a este invierno —dijo ella, suspirando—. Algo me dice que Tranavia tampoco puede.

Serefin miró a Kacper, que negó lentamente con la cabeza.

—No lo creía —dijo Katya en voz baja—. Esperaba averiguar por qué estaba ocurriendo esto, y tengo la sensación de que puedes tener una idea.

—En realidad no —dijo Serefin—. Seguro que no quieres oír mis teorías de que son tus dioses los que causan esto.

Katya frunció el ceño. Eso no tenía sentido. Sin embargo, sonaba como una teoría profundamente tranaviana.

—Algo pasó con el Buitre Negro el día que murió mi padre —dijo Serefin con delicadeza—. Todo fue su plan, en última instancia, y lo que sufrimos ahora es obra suya.

—No lo entiendo.

Serefin sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Qué pasa cuando un monstruo intenta convertirse en un dios?

El hielo corrió por las venas de Katya.

—¿Tuvo éxito?

—Bueno, esa es la cuestión. ¿Cómo vamos a saberlo?

—¿Y quieres matarlo?

—Creo que tenemos que hacerlo.

La mano de Katya se dirigió al collar en su garganta. Había luchado contra varios Buitres, pero la mayoría lo había hecho en los últimos meses. Antes, los Buitres no eran más que cuentos que los abuelos contaban para mantener a los niños asustados y en sus camas. Duérmete o los Buitres se llevarán tu sangre y, a diferencia de los *kashyvhes* que beben sangre, se la llevarán toda y te dejarán seco.

—¿Está en Kalyazin? —preguntó, casi con miedo a saberlo. Se había enfrentado a estos monstruos en innumerables ocasiones, pero siempre había habido susurros sobre el Buitre Negro. Y se habían vuelto aún más aterradores cuando este nuevo había tomado el trono. Este tenía un hambre que el anterior no tenía. Este había cometido atrocidades a una escala que nunca habían visto antes.

—No sólo eso, sino que es muy probable que esté con tu clériga. —Se frotó el ojo lleno de cicatrices—. ¿Puedes hablarme de Velyos? ¿Qué quiere?

No consigo sacar nada de él, salvo una críptica atracción hacia el oeste contra la que estoy luchando.

Katya estaba intrigada. Esto se había vuelto mucho más interesante. Incluso podría decir que había potencial para que fuera excesivamente dramático.

—Espera, ¿sabes lo que está planeando?

—¿Quién, Malachiasz? —Serefin se encogió de hombros—. Quiere matar a un dios.

Su corazón dio un vuelco.

—¿Qué cree que conseguirá con eso?

—Me parece bastante obvio. Los dioses no se meten con Tranavia si están muertos.

Katya tragó con fuerza, con la boca repentinamente seca.

—Eso destruirá su pequeño y temerario país si tiene éxito.

Palideció.

—¿Qué?

—Los dioses trabajan fuera del tiempo. Una muerte lenta, meticulosa. La venganza no es rápida, son pequeñas fatalidades todas seguidas. Si incitara ese tipo de guerra, derribar ese tipo de imperio, la retribución no sería silenciosa, sería una destrucción completa.

Katya cerró los ojos. Se desangraría en Kalyazin. El mundo entero se desmoronaría bajo la ira de los dioses.

—Si vamos a hacer esto, necesito un poco de vino —murmuró.

—Oh, sangre y hueso, yo también —murmuró Serefin.

Katya sonrió, echando su silla hacia atrás y abriendo la puerta. Milomir iba a matarla.

—¿Ser un encanto? —preguntó dulcemente.

Él suspiró profundamente.

Cuando regresó con una expresión de sufrimiento y una jarra de vino y copas para ellos, Katya estaba suficientemente preparada para empezar.

—El mundo se olvidó, verás, todos se olvidaron. Velyos fue expulsado hace mucho, mucho tiempo. El Códice fue despojado de toda referencia a él y a los otros.

—¿Los otros? —preguntó Serefin.

Katya había olvidado que estaba hablando con un tranaviano.

—Había más, muchos más. Los veinte que tenemos ahora no fueron siempre los veinte que han estado con nosotros. *Velyos, Cvjetko, Zlatana,*

Ljubica y *Zvezdan*. —Hizo una pausa y luego permitió—: *Chyrnog*. Pero no quería hablar de un anciano. Los dioses caídos eran suficientes.

Serefin frunció el ceño y se apoyó en una mano. Katya era demasiado consciente de la intensidad con que la chica tranaviana la observaba. Tomó un sorbo de vino para ocultar su rubor.

—¿Qué ocurre con los dioses que han sido expulsados? —preguntó Ostyia.

Katya se encogió de hombros.

—Se les conoce como los caídos. Se dice que fueron atrapados por los clérigos de los dioses que se quedaron. —Pero esa era la pregunta equivocada—. ¿Por qué fueron expulsados, eh?

Serefin volvió a frotarse el ojo, confundido. La forma en que jugueteaba con su ojo estaba empezando a ponerla nerviosa.

—¿Qué pasa cuando los dioses deciden interactuar directamente con el reino de los mortales? ¿Qué ocurre cuando se pelean entre ellos hasta el punto de que se extienden a nuestro mundo?

—¿Desastre?

Katya asintió.

—Aun así. La guerra sería la menor de nuestras preocupaciones, porque ya no estarían obligados a tratar con cuidado a los mortales. Nos quemarían en pedazos para conseguir lo que quieren.

Ella estudió la absoluta incredulidad en su rostro. Si realmente estaba tratando con Velyos, ¿cómo podía seguir aferrándose a eso?

—No me crees.

—Parece ridículo, tienes que entenderlo.

—Tus ojos son lo más inhumano que he visto nunca y hay polillas en tu pelo. ¿Sabes lo que simbolizan las polillas para los kalyazi?

Se encogió de hombros.

—Dos cosas. Son de los dioses y son de la muerte.

Se encogió de hombros.

—¿También *kashyvhes*? Lo cual es un poco extraño, y probablemente menos relevante aquí. Tres veces, entonces, supongo.

Serefin bebió un profundo trago de su vino.

—¿El qué? —preguntó Kacper.

—*Striczki* —dijo Serefin con rotundidad. Bebedores de sangre.

—¿Era una broma? —le preguntó Ostyia en voz baja.

—No lo sé —murmuró, desplazándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas. Serefin parecía a punto de derrumbarse—. Me dijo que

quería vengarse, pero no quiso decir más que eso.

A Katya se le cortó la respiración.

—Hay dos dioses de los que Velyos querría vengarse, y eso explica por qué no intentó reclamar a nuestra clériga. Una es Marzenya, el otro Peloyin.

Los ojos de Serefin se entrecerraron.

—Los cinco condenados intentaban constantemente usurpar el poder de Peloyin —continuó Katya. Se había criado con historias de batallas insignificantes entre los dioses, pero las menciones a las artimañas de Velyos eran escasas hasta que finalmente desapareció por completo. Le llevó mucho tiempo atar cabos. En realidad, sólo lo había hecho por puro aburrimiento y por el deseo de dificultar lo más posible a su sacerdote.

Nunca pensó que estos conocimientos esotéricos fueran útiles. Especialmente en lo que respecta al rey de Tranavia.

Especialmente no en… ¿ayudar al rey de Tranavia? ¿Era eso lo que estaba haciendo? Por mucho que su cerebro se revelara contra la idea, se preguntaba si eso era lo que debía hacer. Algo la había conducido a este lugar específico de Kalyazin; algo la había mantenido aquí esperando, como si alguna parte de ella hubiera sabido que el rey acabaría apareciendo.

Sin embargo, no quería pensar en la posibilidad de que los dioses guiaran sus acciones, porque entonces tendría que enfrentarse a todas las cosas que había hecho y que la condenarían a sus ojos.

—De los caídos, Velyos era el más vengativo. Se llamaba guerra eterna la que se libraba entre Velyos y Peloyin. Marzenya fue la que finalmente lo expulsó; lo hizo atar a un colgante de hierro que fue encerrado en una bóveda bajo la tierra.

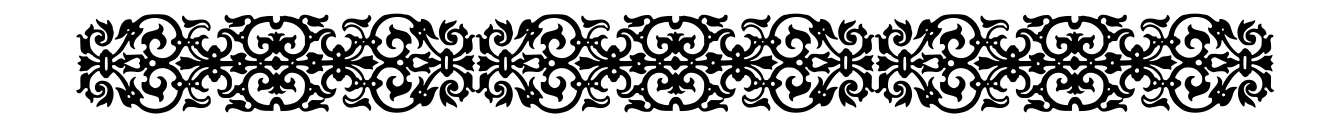
—Entonces, no es sólo venganza lo que quiere —dijo lentamente.

—Es poco probable. Quiere que empiece de nuevo. La guerra eterna. Y no está atrocidad sagrada en la que estamos atrapados, sino una entre los dioses. Apuesto a que quiere que despiertes a los demás.

Serefin palideció.

A Katya no le gustaba a dónde la llevaban sus pensamientos. Si Velyos quería que este muchacho despertara a los demás, bueno, la mayoría eran potencialmente sobrevivibles.

Pero nadie sobreviviría al regreso de ninguno de los ancianos.



23

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Nedelya Ojdanic*: Cuando era una niña, Svoyatova Nedelya escuchó la voz de Vaclav y se adentró en los oscuros bosques cercanos a su pueblo. Nunca regresó, pero cuando su aldea fue atacada por las fuerzas de Tranavia, un «leshy» movió el bosque y los consumió. Se cree que esto se debe a su influencia.*

Libro de los Santos de Vasiliev

El baño fue glorioso para los cansados huesos de Nadya. Después, se vistió con ropa limpia y sencilla. Se metió su puñado de cuentas de oración en el bolsillo, se trenzó el pelo y lo enroscó detrás de la cabeza, y sintió, por un momento, que todo iba a ir perfectamente bien. Volvía a ser *ella misma*.

La sensación terminó en cuanto encontró al hermano Iván en la nave del monasterio. Se deslizó en el banco junto a él y miró el iconostasio. Su corazón se agitó, la pérdida amenazaba con tragarla.

Esto iba a ser un acto de confesión, pero aun así dudó. No sabía si podía confiar en el hermano Iván. Se reprendió a sí misma al pensar en ello; no debería proteger a un tranaviano a expensas de su propia gente.

¿Pero qué hay de la protección de sí misma?

—No sé por dónde empezar —dijo finalmente.

—El principio suele ser el mejor lugar —respondió Iván amablemente—. Nadezhda —suspiró— no eras más que una niña cuando te vi por última vez. Sé que no te acuerdas de mí, no espero que lo hagas. No pasa nada. Simplemente me gustaría ayudarte, si puedo.

Nadya dejó escapar un suspiro.

—He cometido tantos errores.

Nadya vivía con tantas mentiras y medias verdades y no podía mantenerlas todas o se iba a desmoronar bajo su peso.

Si pudiera esconderse y no dejar que se le escapara que había fracasado; que había cometido una herejía; que había un agujero en el mundo por su culpa y que sólo iba a empeorar. Muchas cosas eran culpa suya y no sabía si podría evitarlas. Marzenya exigía una dedicación total y absoluta y ella le había fallado, les había fallado a todos.

Pero él tenía razón, podía empezar por el principio. Sus palabras se volvieron vacilantes a medida que la historia se acercaba a la capital de Tranavia. Mientras ella encantaba a un príncipe al que debería haber matado y se enamoraba de un muchacho que hacía bromas terribles y, en retrospectiva, estaba demasiado dispuesta a ayudar.

Iván escuchó en cómodo silencio, sin hacer preguntas, dejando que Nadya se detuviera y considerara cuando la historia llegaba a lugares oscuros y difíciles de recordar.

Pero fue cuidadosa; no dijo qué era realmente Malachiasz.

—Lo que importa es esto —dijo Nadya, alejándose de la herejía de enamorarse de un monstruo, aunque se hubiera quemado por ello, y acercándose a un tipo de herejía muy diferente—. Mientras estuve en Tranavia, había un velo sobre el reino que me impedía casi totalmente el acceso a los dioses. Era magia de sangre. Un hechizo que había estado en el país durante décadas, refinado por el Buitre Negro para ser aún más fuerte.

Explicó el trabajo más allá de la magia. Explicó el *Rawalyk*. Ser secuestrada por los Buitres y desviar la sangre porque el rey de Tranavia iba a convertirse en un dios.

Aquí fue donde obtuvo una reacción de Iván. Un apretón de labios. Alarma.

—Cuando estuve en Tranavia, vi… cosas… —Nadya no sabía cómo explicar esa parte. Los monstruos que Velyos le había mostrado y contado eran verdad. Las pesadillas que aún la atormentaban cada noche y que ella ignoraba e intentaba olvidar. El conocimiento de que algo se había roto, pero ella no sabía qué—. Cometí una herejía y ahora los dioses guardan silencio. No sé si escuchan mis plegarias. La única magia que tengo es la que soy capaz de sacar de mi interior y usarla, se siente como un veneno. Pensé que podría detener la guerra. Pero… —Sacudió la cabeza—. Y está esto —dijo, apretando su mano—. No sé lo que he hecho y tengo miedo.

Y ahora los monstruos de Kalyazin se agitaban. Monstruos que habían dormido mucho más tiempo que los de Tranavia. Monstruos mantenidos a raya sólo por la fe. Eso significaba un cataclismo.

Iván contempló su mano. El silencio crecía y se extendía entre ellos, y Nadya se hundía cada vez más en la desesperación. Este era realmente el final. Esto era lo que la haría arder.

Finalmente rompió el silencio.

—Ha habido una perturbación en los cielos —dijo lentamente— que los sacerdotes no han podido discernir. Tú nos has dado parte de la respuesta.

—¿Me excomulgarán? —susurró Nadya.

Los fríos dedos de Iván estaban bajo su barbilla, inclinando su rostro hacia arriba. El monje era ilegible y Nadya se estremeció de miedo.

—Siempre fuiste una niña curiosa, Nadezhda. Llena de preguntas. Llena de problemas. Pero hoy eres la única clériga que camina por Kalyazin —dijo—. No sabemos por qué los dioses no han tocado a ningún otro. No sabemos por qué te han tocado de la forma en que lo han hecho. Quizás esto signifique que se avecina un cambio, uno para el que no estamos preparados. No deseo hacerte revivir heridas pasadas, y no veo ningún pecado por el que merezca la pena morir en tu pasado.

Nadya parpadeó, soltando una risa sorprendida, aunque quería llorar.

—Los dioses pueden demorar contigo, y siento que sus opiniones son más importantes. —Su absolución la reconfortó poco. Y no entendía cómo este viejo monje podía conocerla tan bien—. ¿Venías a Baikkle a menudo?

—Con bastante frecuencia, pero eso fue hace mucho tiempo. Cuando el pobre Alexei…

Una punzada en el pecho de Nadya. Alexei ya no estaba.

—Se le cayó un niño de la mano de Dios en la puerta de su casa y no sabía nada de magia, me pidió ayuda.

—Pero tú sabías… ¿sabías? —Nadya se enderezó.

—Lo sé lo mejor que puede uno que no lo experimenta plenamente.

Flexionó los dedos.

—Creo que no entiendo la magia —dijo ella en voz baja. Y la única persona que tenía para enseñarle era un muchacho tranaviano salvajemente condescendiente que lo veía todo como algo que había que controlar.

—¿Nos corresponde a nosotros entender la divinidad? —preguntó Iván. Hizo una pausa, observando su rostro—. Pero tienes razón, veo que no has perdido la curiosidad.

—¿Es tan fija la naturaleza de la divinidad? —preguntó.

—Ver a un hombre intentar convertirse en un dios y fracasar, haría surgir esas preguntas, apostaría.

—No fracasó.

Iván se quedó muy quieto.

—El rey fracasó, sí, pero otra persona hizo el ritual y tuvo éxito.

—¿Y?

Ella sacudió la cabeza, mirando el iconostasio. Estaba adornado con pan de oro y las expresiones impasibles de los santos.

—Tal vez, si los dioses me hablaran, tendría respuestas, pero no es así. Y de todos modos no les gusta hablar de la naturaleza de la divinidad.

—La magia y la divinidad son dos cosas muy diferentes, entrelazadas en la realidad. ¿Se puede tener divinidad sin magia, ya que la magia está ligada a la divinidad?

—Pero se puede tener magia sin ningún toque de los dioses —dijo Nadya —. ¿No son los tranavianos una prueba de ello?

Iván inclinó la cabeza.

—Y es una herejía. Están condenados por ello.

Ciertamente lo están. Pero no, pensó Nadya, en la forma en que los kalyazi estaban esperando.

¿Pero qué hay de Pelageya y sus palabras de que el poder de Nadya no salía de su interior, sino de *otra cosa*? La curiosidad por la magia tranaviana era una cosa; no podía preguntarle a este monje si conocía la magia de los brujos.

—Entonces, ¿crees que esto sigue siendo obra de los dioses? —preguntó, flexionando los dedos.

Algo parpadeó en la cara de Iván.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó amablemente.

¿Qué otra cosa, en efecto? Sería muy fácil tomar su respuesta como una verdad y alejarse de esto, ignorando lo que le estaba sucediendo, aunque fuera en su propio detrimento. Ella no quería descubrir una magia espantosa, quería que esto fuera simplemente otra vía de castigo de los dioses. Eso se entendería fácilmente.

No estaba satisfecha, pero su cansado corazón no quería luchar.

—¿Qué pasa con el tranaviano? —Iván cambió bruscamente de tema.

Nadya suspiró.

—Malachiasz —susurró.

Iván asintió.

—Hubo que convencerlo para que entrara. ¿Los tranavianos tienen tanto miedo a la verdad?

—Yo… Yo quiero confiar en ti como lo hizo el padre Alexei. De la forma en que sé que debería hacerlo. Pero si voy a decírtelo, necesito que me jures

que Malachiasz no será dañado. Desafié las órdenes de mi diosa para mantenerlo vivo y vivo con esas consecuencias. Pero no debe ser dañado. Lo necesito. Si he de arreglar algo, le necesito.

Las tupidas cejas de Iván se juntaron.

—Por favor, hermano Iván, por favor, júralo.

Lentamente, Iván asintió.

—Mientras esté bajo tu protección, no se le hará daño, lo juro.

Ella no comentó la laguna que había incluido en su frase.

—¿Quién es, Nadezhda?

Ella dudó. No quería decepcionar a nadie más.

—El Buitre Negro de Tranavia.

El rostro de Iván permaneció perfectamente inexpresivo.

Una guerra se libraba dentro de Nadya mientras luchaba con distintos tirones. Encontrar a Malachiasz y huir de este lugar, o dejar que Iván lo matara y acabar con sus problemas allí mismo. Estuvo a punto de salir corriendo cuando Iván se levantó sin decir nada y salió por la puerta.

Nadya se levantó tan rápido que casi hizo volar el banco.

—¡Lo juraste, hermano Iván!

Iván hizo señas a una de las hermanas.

—¿Dónde está el chico? ¿El de aspecto enfermizo?

Le pisó los talones a Iván mientras seguían a la monja hasta una de las celdas. Malachiasz se paseaba por la habitación cuando la puerta se abrió de golpe. Se quedó helado, con los ojos muy abiertos al ver al gigantesco monje en la puerta. Vio a Nadya y se relajó un poco.

Se había aseado. Su pelo ya se estaba secando en una espinosa maraña. Sí, las hermanas le habían ofrecido ropa, él la había rechazado, y en su lugar llevaba una túnica negra bordada con tachuelas rojas en los puños y las perneras.

Se quedó mirando a Iván durante un rato, y Nadya vio cómo todo su comportamiento cambiaba. El muchacho ansioso se cerró y el Buitre Negro volvió a ocupar su lugar. Las partes frías, calculadoras y totalmente crueles de Malachiasz que eran el líder de la secta.

—No ha tardado mucho —dijo. La mirada que lanzó a Nadya no era de traición, pero se acercaba bastante.

Ella se estremeció.

—¿Qué esperas ganar viniendo aquí? —preguntó Iván—. ¿Qué destrucción planeas causar?

—¿Crees que me interesa un monasterio en medio de la nada en Kalyazin? —Malachiasz enjauló su corazón con dedos largos y pálidos—. Estoy aquí porque ella está aquí, ni más ni menos.

—Ven —dijo Iván con brusquedad a Malachiasz.

Malachiasz miró a Nadya, con la mirada encapuchada. Había aconsejado a los reyes. Podía encargarse de lo que el hermano Iván quisiera. Le tocó el dorso de la mano al pasar. Él se sacudió sorprendido antes de atrapar sus dedos al pasar.

Nadya lo miró irse, aterrada por la forma en que su corazón comenzó a recomponerse al ver la esperanza en sus ojos ante ese cuidadoso toque. Esto era un desastre. Y el hermano Iván no le había dado lo que quería. Quería respuestas. Cuando desaparecieron de su vista, volvió a la nave.

Había silencio cuando se arrodilló ante el altar.

Acarició el hilo oscuro de la magia en su interior, y la llama blanca se encendió en la punta de sus dedos. Era lo único que podía hacer. Encendió un cuenco de incienso. El olor a sándalo la invadió y respiró profundamente, suspirando. Sacó con cuidado sus cuentas de oración del bolsillo y colocó las que estaban en una cuerda delante de ella. Alineó el resto.

Se mordió el labio y miró el iconostasio, buscando hasta encontrar el icono de Marzenya.

No sé por qué me parece bien volver a intentarlo aquí. ¿Algo de estar fuera de ese país olvidado por los dioses? No lo sé. Espera. No es así como quería empezar esto. Sus oraciones se detuvieron. Se restregó las manos por la cara. Algo que antes era tan natural para ella ahora se sentía incómodo.

Lo siento. Sé que no es suficiente, pero no sé qué hacer. Se frotó la cicatriz en la palma de la mano. ¿Velyos me estaba diciendo la verdad?

—*Oh, niña…*

Nadya aspiró con fuerza. Sus dedos buscaron la cuenta de Marzenya, pero no sabía dónde estaba en el desorden de cuentas que tenía delante. Se mordió un sollozo.

—*No entiendo lo que está pasando*, rezó. *Pensé que estaba haciendo lo que debía hacer. No vi sus planes*.

—*¿No los viste, o no quisiste hacerlo?* —La voz de Marzenya era severa.

Ambas cosas, admitió Nadya.

—*¿Y cuánto, de verdad, quieres arreglar esto?*

Haré lo que sea.

Hubo un largo silencio y Nadya empezó a sentir pánico.

—El chico es intrascendente. Una criatura que hay que erradicar, pero no más.

Pero…

—Hay otro. Surgido de la oscuridad, con poder en tu reino mortal. Hablaste con él. Está despertando uno a uno a aquellos que echamos a un lado por el bien de la seguridad de este reino y lo peor comienza a agitarse. Lo has liberado.

Velyos.

—Apartado, pero no está solo, la oscuridad nunca trabaja solo.

Pero qué pasa con…

—*¿El ritual?* —La voz de Marzenya era mordaz—. *Un gusano tratando de convertirse en un dragón. Patético. Ha provocado un escalofrío, una grieta, sí, juega con poderes que ningún mortal debería poseer y tú lo has permitido*.

No sabía cómo detenerlo.

—Mentirme es imprudente.

Nadya hizo rodar la cuenta entre sus dedos, pensando.

—*Has fallado y debes ser castigada*.

Las manos de Nadya comenzaron a temblar. Bajó la cabeza.

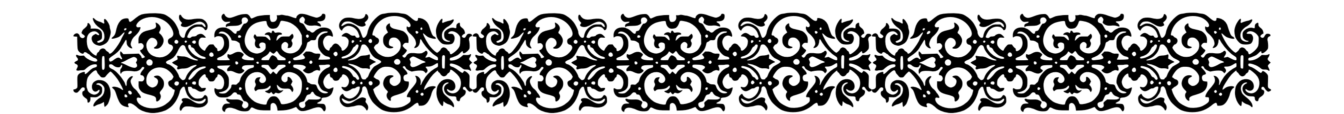
—*Pero queda mucho por hacer* —continuó Marzenya—. *Queda mucho por hacer y aún eres mi recipiente en este mundo*.

Nadya tragó con fuerza. Apretó el pulgar contra la cicatriz de la palma de la mano. Las venas negras habían crecido, arremolinándose en su muñeca. Se preguntó qué le ocurriría si continuaban hasta el corazón.

Viajaba a Bolagvoy. Quería respuestas… ¿Por qué dejó de hablarme?

—Continúa por ese camino. Volveremos a hablar.

Marzenya se había ido. Nadya sabía a cobre. Ella escupió un bocado de sangre en su mano.



24

SEREFIN MELESKI

Molidos bajo los talones de sus superiores y arrojados desde los cielos, confinados en tumbas, bajo las montañas, en las aguas. Son los silenciados. Son los muertos. Saben que los elegidos vienen a liberarlos uno a uno.

El Volokhtaznikon

Ser escupido por las fauces de un monstruo no era, como era de esperar, una experiencia agradable. Serefin se había despertado sintiendo que cada parte de su cuerpo estaba magullada hasta los huesos, e inmediatamente se atragantó con una boca llena de sangre.

Había parpadeado rápidamente varias veces, deseando que su visión se agudizara, pero incluso el parpadeo le dolía. Como si le hubieran clavado puñales en los ojos. Se había sentido extraño, *diferente*, nervioso y mal. No sabía qué había pasado una vez que lo habían arrastrado a través de esas puertas. Su memoria se cortó desarmantemente de una manera que le aterrorizó. No sabía a qué había renunciado y tenía miedo de lo que pasaría cuando inevitablemente lo descubriera.

Y ahora estaba de vuelta en la posada kalyazi y *Kacper* estaba aquí y había echado mucho de menos a Kacper y a Ostyia. Katya se había despedido para averiguar con el hombre de la cicatriz lo que necesitaría para matar al Buitre Negro.

Serefin se inclinó hacia atrás en la cama hasta quedar tumbado. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Le dolía y la cabeza le latía con fuerza. Debería estar moviéndose hacia el oeste, y estaba muy cansado de luchar.

—Serefin, tienes un aspecto absolutamente repugnante —dijo Ostyia, dejándose caer en la cama a su lado.

—Es apropiado, porque me siento positivamente asqueroso —respondió él—. Esa chica no me dio suficiente vino.

Kacper aún no había hablado más allá de ese saludo inicial y Serefin intentaba no preocuparse por ello.

Ostyia emitió un pequeño sonido de angustia. Su mano, de dedos fríos, le tocó suavemente el cuello. Se había olvidado de la cicatriz.

—¿Siempre ha estado ahí? —preguntó ella, con la voz baja.

Él gruñó, restándole importancia. Lo percibía, sí, pero había habido alguna magia que impedía que se notara hasta que Velyos la había destrozado.

—Te cortaron el cuello.

—Sí, bueno, *morí*.

Se quedó callada. No abrió los ojos.

—No me lo has pedido, pero te traeré más vino porque soy magnánima y te he echado de menos —dijo tras un largo rato de silencio, con la voz cruda y llena de una emoción que Serefin no estaba actualmente preparado para manejar.

Serefin abrió los ojos y agarró la muñeca de Ostyia cuando ésta se deslizaba fuera de la cama.

—Siento lo que he dicho.

Hizo una pausa.

—No has sido tú mismo —dijo—. Si vuelves a hablarme así, te sacaré un ojo. Pero he pensado en ello y tienes razón, a veces presiono demasiado.

—Me lo merezco.

—Por supuesto que sí, pero he olvidado que tu papel ha cambiado y el mío también, y no puedo precisamente acosarte en público y esperar que esa pesadilla de tribunal te siga respetando después.

—Será tan aburrido sin que me hagas cosquillas en público.

—De alguna manera, creo que sobrevivirás.

Kacper seguía mirando por la ventana. Serefin no estaba tan seguro de que Kacper estuviera de acuerdo con su fácil perdón. Le dio una palmadita en la mano antes de salir de la habitación.

Serefin se incorporó con un gemido y se pasó una mano por el pelo. Necesitaba un baño. Necesitaba ropa que no fuera ésta para ponerse. Necesitaba sentir que no estaba a punto de convertirse en polvo, pero desgraciadamente no creía que llegara a ese punto.

—¿Kacper?

Kacper se giró ligeramente para mirar a Serefin, con una ceja alzada. Bueno, más o menos. No era muy bueno en eso.

—He perdido mi mochila y llevo demasiado tiempo con esta ropa —dijo Serefin—. ¿Me puedes prestar algo?

La tensión en los hombros de Kacper bajó un poco. El cansancio se dibujó en su rostro y asintió.

Serefin se levantó mientras Kacper empezaba a rebuscar en su mochila. Esto no era normal, esta tensión entre ellos. Había sido tan cruel con Kacper como lo había sido con Ostyia y tal vez Kacper no era tan indulgente. Kacper tenía muchos hermanos; le gustaba guardar rencor.

—Kacper.

No hubo respuesta. Kacper sacó una camisa y unos calzones de la mochila y los puso sobre la cama.

—Kacper, lo siento…

—Sangre y hueso, Serefin —dijo Kacper, enderezándose y sonando exasperado—. No tienes remedio.

Y entonces Serefin fue derribado contra la puerta cerrada y Kacper tenía su cara entre las manos y lo estaba besando.

Oh.

Oh.

Las manos de Serefin trabajaron sin que su cerebro, que aún llevaba treinta segundos de retraso y estaba estático por la conmoción, agarraran las solapas de la chaqueta de Kacper y lo acercaran. Un único y penetrante instante y todo cobró sentido. Cada vez que Kacper se había quedado atrás para recoger a Serefin borracho e incoherente y arrastrarlo de vuelta al campamento sin que nadie supiera que el Gran Príncipe no estaba llevando bien la guerra. Cada vez que Kacper se había sentado en su tienda y le había escuchado entrar en pánico sin cesar sobre su padre y nunca había sido más que atento.

Había pensado que Kacper era una persona angustiosamente amable que no tenía por qué estar cerca de alguien tan desgraciado como Serefin.

Pero Kacper lo besaba con una especie de abandono temerario y apasionado nacido de la desesperación.

Tal vez me perdí un gran número de señales.

Kacper se separó. Su expresión era suave y estaba lo suficientemente cerca como para que Serefin pudiera ver la cicatriz que le marcaba la ceja. Apartó un mechón de pelo de Serefin de donde había caído sobre su frente.

—Eres un maldito denso, Serefin.

Definitivamente había perdido algunas señales.

—¿Yo? —preguntó Serefin sin aliento—. Hazlo otra vez.

Kacper sonrió y se acercó más, presionando sus caderas contra las de Serefin de una manera que hizo que un extraño sonido saliera de la garganta de Serefin. Lo besó de nuevo, más suave, más blando. Sus manos se enredaron en el pelo de Serefin, su boca se movió para besar una línea en su mandíbula.

—Lo eres —dijo cuando se separó y dejó a Serefin sintiéndose desequilibrado contra la puerta—. Además, estás muy sucio y tus ojos son espantosos.

—Me da miedo preguntar —dijo Serefin. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la puerta—. Entonces, ¿cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, qué? —preguntó Kacper.

—Por favor.

Kacper sonrió tímidamente y Serefin tuvo que hacer todo lo posible para no tirar de él y besarlo de nuevo. El corazón le latía en el pecho de forma angustiosa al contemplar todo el tiempo perdido que podría haber dedicado a esto.

—Voy a hacer que te preparen un baño —dijo Kacper, sonando nervioso. Fue a apartar a Serefin de donde estaba frente a la puerta, pero éste se mantuvo firme.

—Kacper, ¿cuánto tiempo? —repitió, con la voz baja.

—Sangre y *huesos* —murmuró Kacper, levantando los ojos hacia el techo —. Mucho tiempo, Serefin.

—Entonces, ¿por qué… ahora?

Kacper suspiró.

—Porque te has ido. Porque Ostyia y yo no podíamos encontrarte y ninguno de nuestros hechizos de rastreo funcionaba y era como si hubieras *desaparecido*. Y luego estabas en *Kalyazin* y estaba tan lejos y te iba a perder y nunca sabrías cómo me sentía. —Sonrió con ironía—. Porque me seguían empujando las chicas cuando llegábamos a Grazyk y quiero que se acabe…

—¿No fue agradable? —preguntó Serefin inocentemente.

—No me gustan las chicas, Serefin —dijo Kacper, exasperado, pero ese era más bien su tono por defecto con Serefin—. Ya lo sabes.

—¿Lo sé? —De hecho, Serefin no lo sabía.

Kacper frunció el ceño.

—Creía que lo sabías. Sabes que a Ostyia no le gustan los chicos.

—Ostyia se asegura de que todo el mundo sepa que no le gustan los chicos —dijo Serefin. Miró a Kacper, que se esforzaba por evitar el contacto visual—. Ostyia —continuó con cuidado—, coquetea con cualquier chica que

se cruce en su camino. Es difícil no darse cuenta. Es casi seguro que está ahí abajo coqueteando con Katya. No es que te haya visto coquetear con ningún chico especialmente guapo.

—Porque me paso todo el tiempo intentando llamar la atención de un chico en particular —dijo Kacper. Hizo una mueca de dolor—. Por favor, no entres en pánico con esto.

—Me da un poco de pánico, pero en el buen sentido, creo —dijo Serefin —. ¿Quizás? No lo sé.

Kacper gimió.

—Es que pensé… contigo y con Żaneta… pensé… nunca dije nada porque nunca te vi con *nadie* y por culpa de Żaneta no creí que fuera posible.

Kacper es el que tiene pánico, pensó Serefin distraídamente.

—Me gustaba Żaneta antes de todo el asunto de la traición —dijo Serefin encogiéndose de hombros—. Nunca me ha importado ni una cosa ni la otra.

La tez oscura de Kacper era extrañamente enfermiza.

—No debería haber hecho eso. Se supone que no debes besar al rey.

—Si me quito el anillo de sello, ¿eso ayudará?

—Te voy a golpear.

—¡Se supone que no debes golpear al rey! Todavía tengo el anillo puesto. —Serefin levantó la mano.

—Quítate el anillo y sé sólo Serefin —dijo Kacper.

Serefin lo hizo y guardó el anillo en un bolsillo de su chaqueta.

—Siempre soy sólo Serefin —dijo—. Creo que ese es todo el problema.

—Nunca es un problema —respondió Kacper.

—Estamos en medio de la nada de Kalyazin y la *tsarevna* está abajo y creo que nos acabamos de aliar con ella… No puedo ver cómo el hecho de ser yo y ocupar el trono no ha sido un gran problema.

—Ibas a tener problemas con Ruminski y el resto sin importar cuándo o cómo tomaras el trono. ¿A cuántos *slavhki* tuvo que ejecutar tu padre cuando subió al trono?

Serefin se apoyó en la puerta.

—La mitad de la corte —dijo en voz baja.

—Sigue —le instó Kacper.

—Mi abuelo fue indulgente, pero sólo porque envió a la mayor parte de la corte al país del lago. Antes de eso, al menos una cuarta parte de la corte fue ejecutada.

—¿A cuántos *slavhki* reprendió o ejecutó cuando subió al trono?

A ninguno. Serefin se quedó callado.

—Yo quería ser mejor —dijo. Lo único que él quería era ser mejor rey que su padre, pero ¿y si eso era imposible?

—Ser, no eres una persona particularmente agradable. Sé que no quieres tomar estas decisiones tan difíciles y complicadas, pero *puedes* hacerlo.

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba a Serefin por ese apodo y su corazón dio una sacudida al escucharlo.

—Estás mucho menos nervioso cuando me aconsejas sobre el asesinato —observó Serefin.

Kacper se rió.

—Soy bastante bueno aconsejando sobre asesinatos.

—También eres bastante bueno en lo otro.

Kacper se pasó una mano por sus apretados rizos negros, sumamente nervioso. Serefin le sonrió.

—¿Significa esto…? ¿Qué significa esto? No esperaba llegar tan lejos. Todo se vuelve turbio a partir de aquí porque siempre he dado por hecho que me rechazarías.

—*Kacper* —Serefin gimió. Pensó en cómo Kacper había estado en medio de los *Rawalyk*, en cómo Serefin siempre se ponía lo más cerca posible de Kacper, como si una parte de él lo supiera, aunque el resto no.

Tomó el rostro de Kacper entre sus manos. Kacper estaba tenso, como si pensara que Serefin iba a rechazarlo de plano después de todo esto.

—Tengo a un antiguo dios kalyazi traqueteando en mi cabeza y has elegido el peor momento para hacerlo —dijo Serefin—. Y a sangre y hueso, me alegro de que lo hayas hecho.

Kacper estuvo a punto de desplomarse con una carcajada impotente. Serefin le besó el costado de la cabeza.

—Nunca hemos sido buenos con el tiempo —dijo, pensando en que, cuando se habían conocido, a Kacper le acababan de romper el brazo con Ostyia.

—Voy a ver lo del baño —dijo Kacper, apartándose de mala gana.

—No eres mi sirviente. Nunca lo has sido.

—Ves, sabía que esto pasaría. Confundes a alguien que se ve obligado a hacer cosas para ti para ganarse un sueldo con lo que hacemos Ostyia y yo, que es un trabajo grato porque nos preocupamos por ti.

Serefin frunció el ceño.

—No soy tan malo, ¿verdad?

—No tengo la costumbre de limitarme a decirte lo que quieres oír, contrariamente a lo que podrías pensar a la luz de las acusaciones vertidas

contra mí.

Serefin frunció el ceño. Kacper sonrió.

—No voy a empezar ahora. Eres una amenaza absoluta, Serefin.

—Ah.

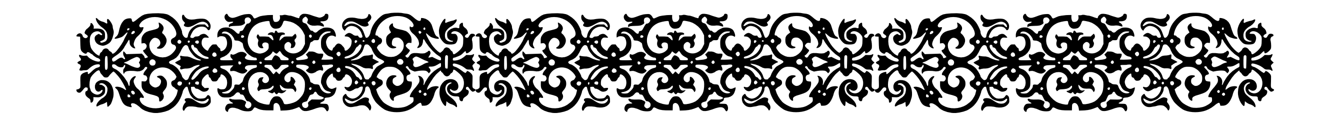
—No te tendría de otra manera —continuó Kacper cuando finalmente pasó por delante de Serefin y abrió la puerta.

—Bueno, un baño suena bien.

—Probablemente deberías… —Frunció el ceño y pasó el pulgar por la mejilla de Serefin—. Tus ojos.

Serefin se encogió y se acercó al espejo mientras Kacper salía de la habitación. Su ojo derecho coincidía ahora con el izquierdo, de un azul noche intenso y sin pupila. En su lugar, puntos de luz como estrellas se arremolinaban en las profundidades imposibles.

Era inquietante. Espantoso era sin duda una palabra para definirlo. Serefin suspiró. Ésta era sólo una de las muchas cosas terribles que le esperaba de su trato con el diablo.



25

NADEZHDA LAPTEVA

Peloyin es un dios de gran benevolencia, de gran ira, de grandes tormentas. Puede enviar las aguas de la vida o los fuegos de la destrucción.

Códice de lo Divino, 355:23

Nadya se deslizó en un banco del refectorio junto a Malachiasz. Él la ignoró cuidadosamente, con la tensión enroscada en sus delgados hombros. Ella robó un trozo de pan negro caliente de su plato y lo masticó mientras se inspeccionaba la mano a la luz natural que entraba por las ventanas.

Él deslizó su plato. Ella no perdió el tiempo y sacó su *voryen* para trinchar un trozo de *tvorog* y cortar un rábano marchito en rodajas del tamaño de un bocado. Hacía mucho tiempo que no comía nada que no fuera pan duro y una sopa de col fina, y hay que admitir que se había acostumbrado a la comida más fina de Grazyk antes de marcharse. Pero de todos modos había echado de menos la comida sencilla del monasterio.

Él apoyó la mejilla en la palma de la mano y la observó.

—No tenías que decirle nada al monje —dijo finalmente.

—Se merecía saber lo que permitía dentro de los muros —contestó ella de manera uniforme. Se sirvió una taza de *kvass*. Tras una pausa pensativa, sirvió una para Malachiasz.

—Es justo —dijo él. Oyó un cálculo en su tono.

—¿Te molesta que tu actuación en las puertas no haya funcionado?

—Piensas muy poco en mí —dijo él.

—Eso es totalmente culpa tuya.

—Sangre y *hueso*, Nadya, sólo dime que me vaya. No me quieres aquí, bien, lo entiendo. Deja que me vaya si quieres que me vaya.

Nadya hurgó en la mesa con una uña de su mano corrompida. Estaba más afilada que antes.

—Por fin he hablado con Marzenya —dijo, y sintió su pequeña sacudida de sorpresa a su lado. Porque *dioses*, aunque se suponía que debía mantener las distancias, seguían sentados lo suficientemente cerca como para que sus hombros se rozaran—. Fue tan despectiva contigo. —Se acercó a él para coger una manzana marchita y cortarla—. *Un gusano que intenta convertirse en dragón*, dijo.

Malachiasz frunció el ceño.

—No entiendes lo implacables que eran sus órdenes. La frecuencia con la que me decía las muchas maneras en que podía, y debía, matarte. Todo lo que ignoré, porque por alguna razón, te quería vivo.

—Por alguna razón —repitió él, con la voz apagada.

Él ya no la miraba y ella dio la vuelta a su *voryen* y utilizó la empuñadura para girar su cara hacia la suya.

—No quiero que te vayas. *Pero me has traicionado* —le recordó—. Eres el líder de una secta que ha estado atormentando a mi pueblo durante generaciones y no puedo ser tan tonta como para pasarlo por alto una segunda vez.

Estudió su rostro, luego apartó su cuchillo y se giró sobre el banco, poniendo el pie sobre él como barrera entre ellos.

—Si hubiera matado a un dios, ¿no crees *que ya lo sabrías*? —espetó, con la voz baja—. Si hubiera hecho algo que salvara a mi país de las antorchas de los fanáticos de tu pueblo, ¿no crees que ya lo sabrías?

—No —dijo ella simplemente.

Él le lanzó una mirada incrédula.

—Has jugado a un largo juego que me ha llevado de la mano durante meses.

—Para llegar a un final que ayudara a Tranavia a sobrevivir a esta maldita guerra, salvo que Kalyazin se ha adentrado en mi país. He jugado un juego más largo de lo que incluso tú sabes y *fracasó*. Nadya, he fallado.

Y aunque la evidencia de su fracaso estaba ante ella, que estaba aquí en absoluto implicaba que no había alcanzado el estado que pensaba, ella no podía creerle.

¿Pero qué era la divinidad? ¿Qué era ese poder que intentaba alcanzar y era posible? No le correspondía a ella conocer la génesis de los dioses y, sin embargo, sin embargo y, sin embargo.

—¿Qué te has hecho? —preguntó ella en voz baja.

—No he dormido en meses —dijo, sonando miserable—. Recuerdo algunas cosas de cuando estaba… —Se interrumpió—. Como eso. Pero sólo trozos. También tienes razón en otras cosas. Soy el monstruo con el que hablaste en las Minas de Sal. No hay un *yo* y un *ello*. Sólo soy yo. Soy el horror que besaste en un altar hecho de hueso. Sólo soy yo.

Nadya se sonrojó horriblemente, agradeciendo que él hubiera dicho la última parte en un susurro tan silencioso que incluso ella apenas lo había oído.

—Pensaste que dejar entrar a tus dioses en Tranavia la destruiría, lo sé. Estabas dispuesta a hacerlo, por mucho que intentara demostrarte que no era el camino. —Su voz era más baja y el miedo inundó a Nadya.

—Nadezhda Lapteva, sé muchas cosas. —Sus manos tenían puntas de garras de hierro y acarició el dorso de una de ellas por su mejilla—. El fin del rey y del velo no fue el fin de nada. Sólo fue el principio. Y ahora tu diosa te utilizará para crear un ajuste de cuentas que lo engullirá todo.

Nadya negó lentamente con la cabeza. Marzenya era una diosa vengativa, pero Nadya tenía su propia voluntad y no quería que Tranavia fuera destruida. Silenciada, pero no destruida. Ya no.

Se movió ligeramente, con su espada apoyada a un pelo de sus costillas. Sus labios se movieron hacia un lado en una ligera sonrisa.

—No dejaré que Tranavia caiga —dijo él suavemente—. Ni siquiera si tengo que pasar por ti para salvarla. —Estudió su rostro—. Necesitarás magia propia, magia que estés dispuesta a reclamar, si esperas seguir jugando con poderes más allá de tu comprensión.

—¿Por qué sigues aquí, Malachiasz?

—Tengo curiosidad. Me has pedido que te ayude.

Estaba demasiado dispuesto a ayudar, *otra vez*. Pero… ¿y si estaba enmendando sus errores? Odiaba este ciclo imposible en el que había quedado atrapada. La miró durante un minuto más antes de levantarse y salir de la habitación. Nadya dejó su *voryen* sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

No había nadie a quien pudiera acudir en busca de ayuda. No podía confiar en Malachiasz, pero eso ya lo sabía. No estaba segura de Marzenya, cuyo silencio sólo la había dejado confundida sobre lo que había visto en Grazyk.

Temía lo que le estaba ocurriendo. Temía lo que Malachiasz estaba planeando.

Reclamar el oscuro pozo de poder la aterrorizaba de sobremanera. Y temía cómo, a pesar de todo, a pesar de su ira, de la frustración, no podía alejarse de él; no podía decirle que se fuera. La idea de perderlo era devastadora. No debería serlo. No debería importarle.

Pero le importaba.

Tal vez valía la pena el riesgo de otra traición, tal vez valía la pena el riesgo de saber que inevitablemente iba a traicionarlo.

O tal vez debería olvidar todo esto.

Intentó juntar las piezas de lo que sabía y no pintaron un cuadro coherente. Todavía estaba sentada en el refectorio cuando entró Kostya, con mejor aspecto del que le había visto en días.

Dudó al verla, pero se deslizó en el banco frente a ella. Estaba limpio, los moratones que tenía en la cara desde las Minas de Sal se habían curado por fin, y se había cortado el pelo, con el símbolo de Veceslav rapado en un lado. Verlo la alegró. Echaba de menos a Veceslav.

—*Dozleyena* —dijo.

Él le dirigió una mirada irónica. Pero se parecía tanto al antiguo Kostya que el alivio se extendió por ella.

—¿Cómo lo llevas?

Ella se encogió de hombros. Él suspiró y, tras una pausa, puso las dos manos sobre la mesa. Ella vaciló y luego colocó sus dedos en los de él.

—Es duro —dijo él— darme cuenta de que no pude estar ahí cuando me necesitabas y que, por tanto, tuviste que tomar decisiones que nadie debería tomar nunca.

—No te culpes por lo que he hecho. Sabía en lo que me estaba metiendo.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Se suponía que debía ayudarte. Quería ayudarte. En lugar de eso, me encerraron en ese agujero infernal con esos monstruos. Me sentí inútil, *débil*, y descargué mi frustración en ti. Me disculpo.

—Tienes todo el derecho a estar molesto conmigo. No espero que entiendas mis decisiones.

—Odio a ese tranaviano con todo lo que hay en mí —dijo Kostya sin rodeos—. Odio que te preocupes por él.

Ella miró sus manos, las de él apretadas en las de ella.

—Pero eres mi mejor amiga. No voy a dejar que lo arruine.

Nadya no estaba segura de merecer esta gracia de Kostya. Sonrió débilmente. Él frotó su pulgar sobre él de ella.

—¿Quieres ir a misa? —preguntó.

—Realmente quiero.

Kostya hizo una pausa. La estudió más de cerca, luego se puso de pie y esperó a que ella lo siguiera, y cuando lo hizo la abrazó.

Sorprendida una vez más por el olor a hogar que desprendía y por lo cerca que estaba de las lágrimas, se aferró a él durante un momento de temblor.

—Quiero que volvamos a ser amigos —susurró ella contra su hombro—. Y tengo miedo de que sea imposible.

Él se inclinó hacia atrás y ahuecó el lado de su cara con la mano.

—Nunca dejamos de serlo, Nadya. —Le besó suavemente la frente—. Ven.

Kostya nunca entendería lo que había cambiado en ella. Pero él también había cambiado. Estaba más tranquilo, ya no hablaba ni se burlaba constantemente. Solemne y mucho más piadoso. Ella no podía empezar a comprender lo que él había sufrido en las Minas de Sal. Y no le reprochaba que intentara matar a Malachiasz, los dioses sabían que ella había tenido el impulso con bastante frecuencia. En realidad, no podía reprocharle nada de lo que había hecho. Ella estaba equivocada, pero no sabía cómo salir del lío que se había montado. No podía hacer que su corazón se detuviera con su traicionera atracción hacia un monstruo.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo ella, siguiéndole al patio—. Estar de vuelta en un monasterio. Lo echaba de menos.

Ella quería la oración nocturna, amoldarse al horario diario del monasterio, un patrón al que su cuerpo anhelaba volver, tan familiar como respirar.

—Es bonito —aceptó Kostya—. Podrías quedarte, ¿sabes? —dijo tras una breve vacilación.

—Sabes que no puedo —dijo ella, enganchando su brazo con el de él.

—No lo sé, Nadya. Me parece que has hecho todo lo que se esperaba de ti.

Ella frunció el ceño. ¿Por qué no le parecía suficiente, entonces?

Él la miró de reojo.

—Siempre has sido una persona de gloria.

—No sé de qué estás hablando —dijo ella con desprecio.

—*Mi vocación divina* —dijo él imitando asombrosamente su voz.

Ella le empujó, riendo, haciéndole perder el ritmo.

—¡Pero es verdad!

—Pero no tiene por qué ser verdad para siempre —dijo él, y su sonrisa se transformó en seriedad.

Nadya no era ingenua, bueno, tan ingenua como solía ser. Sabía lo que Kostya estaba tratando de decir. Pero no se trataba sólo de decir: *Sí, cuando se acabe toda esta tontería divina, encontraré un bonito monasterio y viviré tranquilamente para siempre*. Hacer ese tipo de promesa sólo era tentar al destino. Había probado algo diferente fuera de los muros del monasterio y aún no estaba preparada para dejarlo. No estaba preparada para dejar a Parijahan y a Rashid. No estaba preparada para dejar su país y el de sus enemigos en una guerra interminable.

No iba a hacerle una promesa que no pudiera cumplir. Así que se encogió de hombros.

Su expresión se torció antes de suavizarla y asentir.

Una fractura del alma de Nadya comenzó a sanar durante el servicio. No estaba en casa, pero se *sentía* como si lo estuviera. Pasara lo que pasara, la liturgia rutinaria del Códice Divino siempre sería la misma. Algunas cosas nunca cambiarían, aunque ella lo hiciera.

No esperaba que su diosa apareciera en medio del servicio.

—*No te he abandonado, niña* —dijo Marzenya.

Nadya se puso rígida, y el corazón se le aceleró. Kostya se movió a su lado y ella lo ignoró.

Entonces, ¿qué pasó?

—*Magia contaminada, veneno. He intentado volver a ti, pero los demás no pueden, aún no.*

Nadya frunció el ceño. ¿Se refería a la magia de Malachiasz? Tendría sentido si la ausencia de Marzenya era culpa suya, pero no explicaba del todo lo demás.

—*¿Creías que los tranavianos habían terminado con sus atrocidades? No han hecho más que empezar*.

Malachiasz había dicho que esto era sólo el principio. Nadya se estremeció. Recibió otro empujón de preocupación por parte de Kostya.

¿Qué hago? ¿Continuar hacia el oeste?

—*Continuar hacia el oeste* —confirmó Marzenya—. *Esto ya no es una cuestión de herejía de Tranavia. Hay que hacer algo para detenerlos totalmente*.

Nadya frunció los labios, cautelosa. *No quiero que los destruyan. No ayudaré a su aniquilación*.

—*¿Destruidos? No he dicho nada de destrucción. No* —dijo Marzenya, con un suave canturreo en la nuca de Nadya—. *Nuestra táctica debe cambiar.*

Vamos a hacerles ver el poder de Kalyazin. Les mostraremos por qué deben deponer las armas.

Esto, a Nadya le gustaba el sonido. Esto podría poner fin a la guerra sin la destrucción total de un país que Nadya había llegado a apreciar, incluso cuando ella aborrecía sus prácticas.

¿Qué necesito del oeste? preguntó Nadya.

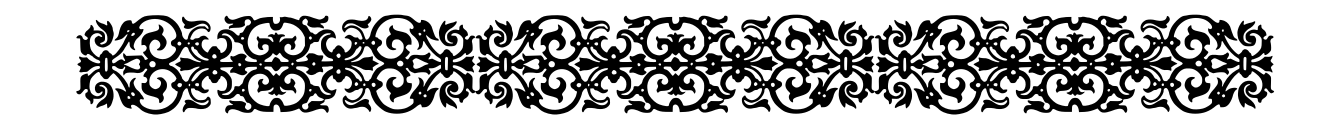
—*Una forma de llegar a los demás. No puedes hacerlo sola, mi bendita niña. Debes venir al oeste, probar la divinidad y mostrar a los herejes que su tiempo ha terminado*.

La resolución de Nadya se endureció. El plan no tendría que cambiar. Por lo que Malachiasz sabría, ella todavía tenía que llegar al templo del oeste. Él nunca tendría que saber lo que ella estaba haciendo.

Marzenya tenía razón, lo que había logrado no era suficiente. Tranavia seguiría llegando, seguiría buscando, hasta que tuvieran lo que Malachiasz quería: el dominio completo y total aparte de los dioses.

—*Acabaremos con esto de una vez por todas*.

Nadya sonrió ligeramente. De una vez por todas.



26

SEREFIN MELESKI

> Svoyatovi Nikolay Ostaltsev*: Sólo se habla en susurros, fragmentos de textos rotos que hablan de un niño bendecido por Veceslav y arruinado por los monstruosos Buitres de Tranavia.*
>
> Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin ya no dormía realmente. Por la noche, todo lo que había escondido en aras de su propia y tenue cordura regresaba. El templo de piedra y sus enormes puertas. Las muchas, muchas manos que se acercaban a él.

Era más fácil mantenerse despierto.

Era más fácil luchar contra la batalla perdida de la atracción hacia el oeste.

Un día iba a despertar y encontrarse a kilómetros de distancia como antes. No podía quedarse aquí; tenía que irse.

Sin embargo, debió quedarse dormido, porque se despertó a mitad del pasillo de la posada, cuando Kacper lo llevó de vuelta a sus habitaciones, claramente preocupado.

—Otra vez no —dijo Kacper, y le cogió la mano mientras tiraba de él.

Serefin se pasó la mano libre por la cara. ¿Otra vez? Sí. Se apartó suavemente de Kacper, sin querer que pareciese intencionado. Tenía una extraña sensación en la nuca, como si lo estuvieran observando, como si lo que fuera que lo sujetaba estuviera simplemente esperando para llevárselo.

—*Pensé que habías dejado de pelear. Hicimos un trato, tú y yo. No me fuerces, puedo empeorar las cosas para ti.*

Serefin ignoró a Velyos.

—*Sería una pena, ¿no? Los mortales son tan frágiles. Todo lo que se necesitaría es que un kalyazi decidiera que hay demasiados tranavianos aquí.*

Y te aseguro que la hoja kalyazi encuentra el corazón de ese muchacho.

No. Serefin había dejado de caminar y Kacper lo miraba con cansada perplejidad. El sueño suavizaba sus bordes, su camisa colgaba abierta, y Serefin quería enterrar su cara contra el cuello de Kacper y esconderse de todo lo que sus ojos malditos le estaban mostrando. En cambio, Serefin se cubrió el ojo izquierdo. Todo estaba bien. Las esquinas del mundo ya no sangraban. Todavía tenía uno. Pero había perdido el otro, por completo.

—*¿Crees que puedes librarte tan fácilmente de mí?*

Serefin no podía seguir luchando.

Si hago lo que me pides, ¿acabará esto?

—Desde luego, ya no me servirás de nada.

Serefin tragó saliva. Bajó la mano con mucho cuidado, preparándose para el cambio de su terrible visión. Cada vez era más difícil saber qué era real.

Cogió la mano de Kacper y la apretó antes de soltarla.

—Estoy bien —dijo, un poco forzado.

Los ojos de Kacper buscaron los suyos. Pero se limitó a suspirar y volvió a su pila de mantas en el suelo.

—*Ya no están dispersos, como ves* —siseó Velyos—. *Antes estaban atados en objetos, metidos en tumbas. Pero había quienes aún eran fieles. Llevaron las piezas a Tachilvnik. Allí esperan el toque de alguien cuya magia pueda liberarlos. Allí esperan un ajuste de cuentas*.

Si todo lo que necesitas es un mago de sangre, dijo Serefin secamente, *no tenías que elegirme a mí*.

—*Yo quería a la chica* —espetó Velyos—. *Tener a la chica habría corregido tantos males. Esperé tanto tiempo hasta que por fin estuve en sus manos, pero tu infantil padre lanzó ese hechizo y envió una llamada que no pude ignorar. Lo harás. Estás lo suficientemente desesperado, ya ves. Y ya no estamos solos, tú y yo*.

Serefin no podía respirar. Necesitaba salir al exterior. Se inclinó sobre el borde de la cama, comprobando que Kacper se había vuelto a dormir.

Su corazón se apretó dolorosamente. Quería apartar los rizos oscuros de la frente de Kacper. Quería arrastrarse al lado de Kacper y poner su cara contra su hombro, para sentir *algo*.

Volvió a salir de la cama, con cuidado de no hacer ruido. Kacper dormía ligero.

Se estremeció. ¿Qué otra cosa iba a hacer mientras dormía?

Se dirigió a la sala común de la posada. Dos de los soldados de Katya estaban sentados en la puerta, jugando a un juego con una amplia gama de

fichas de diferentes formas. Uno de ellos levantó la vista cuando Serefin se acercó.

Serefin levantó las manos.

—Estoy desarmado y sólo quiero salir al exterior. No sé qué órdenes les dio su *tsarevna*…

—Puedes irte —dijo uno con un encogimiento de hombros—. Sin embargo, no puedo garantizar que un aldeano no te ponga una cuchilla en la espalda, una vez que estés fuera.

Dejó escapar una larga exhalación. Todo el mundo lo sabía, entonces. La falta de interés general de Katya por aprovechar que el rey de Tranavia estaba cautivo no se extendería a otros kalyazi. Los soldados parecían querer clavarle una cuchilla en el corazón también.

Serefin no podía fingir alegremente que el noble de Tranavia con el que debían enfadarse era su padre. Había hecho cosas terribles a su pueblo durante esta guerra. Las volvería a hacer. No estaba aquí para jugar limpio con Kalyazin. Era culpa de los kalyazi que él tuviera a sus dioses dando vueltas en su cabeza.

Esa era *toda la razón* de esta sangrienta guerra. La ira se enroscó en lo más profundo del corazón de Serefin y empujó la puerta de la posada hacia la oscuridad.

Eran los malditos kalyazi y sus malditos dioses y él había estado *bien* antes de todo esto. Había estado *bien* cuando todo lo que se requería de él era la victoria en el campo de batalla y la matanza de esa gente atrasada. Y Tranavia había estado tan cerca de la victoria. Habían estado tan cerca y entonces llegó la misiva de Izak Meleski que ordenaba a Serefin ir a las Montañas Baikkle por los rumores de que una clériga se escondía allí.

Debería haber ignorado la misiva. Quemarla. No habría sido la primera vez que uno de los mensajes de su padre se perdía. Serefin había convertido batallas a favor de Tranavia al ignorar las órdenes de su padre; esta guerra habría terminado si lo hubiera hecho ese día.

Pero había querido ver a la clériga por sí mismo. Había querido saber si esta chica a la que los kalyazi se aferraban como su esperanza y salvadora era real.

Y entonces… el desastre.

Este dios la había deseado. ¿Podría convencerse de dejar a Serefin e ir a atormentarla a ella en su lugar?

—*No funciona así, muchacho. Siempre eres tan rápido para huir de tus demonios.*

Oh, ¿es eso lo que eres?

—Eso sería demasiado fácil.

Serefin se alejó con cuidado de la posada, la advertencia del soldado le llegó demasiado cerca. Tenía que haber una forma de romper esta conexión sin destruirse a sí mismo. No quería recurrir a la *tsarevna*, pero si alguien podía ayudarle sería la princesa con conocimientos de lo esotérico.

La talla de su pecho le dolió de repente con una fiereza puntiaguda, y se cubrió el ojo izquierdo mientras la distorsión del mundo se volvía aún más oscura.

—*No más peleas, niño.* —Serefin casi se desmaya. Era la nueva presencia. La oscuridad persistente. La que merodeaba por los bordes de un bosque salpicado de huesos. La que Serefin había estado esperando desesperadamente que no se dignara a hablarle.

—*Hay poderes en juego que no puedes detener* —continuó la voz. Era profunda y chirriante, los huesos se astillaban, un derrumbe que consumía todo a su paso—. *Si no haces nada. Si no actúas. ¿Qué harán los dioses de tus enemigos?*

Serefin se apoyó en un árbol. No debería haber dejado que Velyos lo llevara al bosque, pero sólo le quedaba una pizca de control y le estaba costando todo lo que tenía mantener la mano sobre el ojo; mantener los horrores encerrados allí. Su mano temblaba.

Son los dioses de mis enemigos, dijo. Fue petulante, pero no pudo evitarlo.

—*Son tan simples. Un día podrías encontrarte con que tu hogar se desmorona porque todo lo que ha utilizado para construirse ha desaparecido. Esos dioses que tanto odias, seres a los que recurres*.

El sabor a cobre llenó la boca de Serefin. El pensamiento era aborrecible. Había luchado demasiado tiempo por su causa; creía en eso.

Nunca.

—Lo entiendes mal. No tendrías elección. Sólo haría falta una simple acción, por parte de alguien con suficiente poder para quitar una sola opción y cambiar este mundo para siempre.

Serefin frunció el ceño. Casi levantó la mano para apartar el ojo.

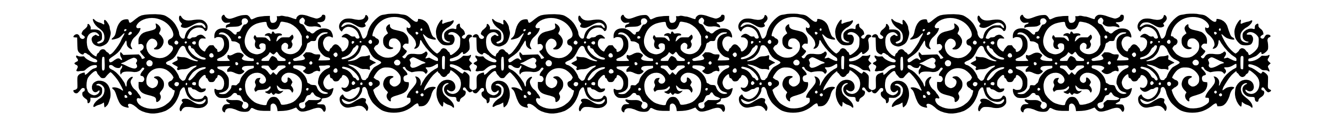
—La chica. La localizaste una vez y escapó. Ahora debe ir con la excusa de la amistad.

Creía que querías al Buitre Negro muerto.

—No necesitas entender cómo se mueven las piezas en este juego. No puedes ver. No puedes entender lo vasto que es esto, lo insignificante que eres. Quiero muchas cosas, muchacho, y te has entregado a mí para que

pueda tomarlas. Detén a la chica, mata al chico, o perderás más de lo que puedes imaginar.

Serefin cerró los ojos. Esto iba a destruirle.



27

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Maruska Obukhova*: Siendo sólo una niña, Maruska profetizó la muerte de la zarina Milyena y fue quemada en la hoguera por ello. La zarina Milyena murió de una mordedura de serpiente una hora después de Maruska.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Nadya se escabulló de la celda que le habían asignado y se dirigió a los terrenos del monasterio. Estaba inquieta por seguir adelante, y un dolor sordo e incesante en la mano no le permitía pensar en otra cosa, y mucho menos en dormir.

El aire de la noche era del tipo de frío doloroso que ella conocía bien, del tipo que se instalaba en lo más profundo de sus huesos, con una permanencia que casi había echado de menos mientras estaba en Tranavia.

Se acercó a las murallas y apoyó los codos en los huecos de los picos de madera que las recubrían.

Unas voces silenciosas atravesaron la oscuridad. Al otro lado de las murallas, Nadya pudo distinguir la alta figura de Parijahan inclinada sobre el muro. La espigada figura de Malachiasz era reconocible sentada a sus pies, con la espalda apoyada en la madera.

Odiaba la punzada de desconfianza que le tiraba del pecho. Habían sido amigos antes de que Nadya chocara con ellos, y aunque sabía con certeza que no podía confiar en Malachiasz, tampoco estaba del todo segura de Parijahan, que tenía su propio código moral que no se alineaba con el pragmatismo de Nadya ni con el puro desprecio de Malachiasz.

Nadya no sabía a qué juego estaba jugando Parijahan y eso la preocupaba.

—Oh, así que nadie está durmiendo.

Nadya dio un respingo cuando Rashid se apoyó en la pared junto a ella. Observó a Parijahan y a Malachiasz antes de volverse hacia Nadya.

—¿Qué están tramando? —preguntó Nadya.

Rashid se encogió de hombros.

—A Parijahan le preocupa que alguien de su Travash la localice.

—Los Travash son como familias reales, ¿no?

—Una forma simplista de decirlo, pero sí. Su casa ha mantenido el poder en Akola durante las últimas tres generaciones, lo cual, para Akola, es mucho tiempo.

—¿Eres de otra casa diferente?

—Eso también es más complicado.

—Ilumíname —dijo ella, acercándose ligeramente al calor de Rashid. Él se movió, rodeando sus hombros con un brazo amable.

—¿Quieres decir que *no conoces* la larga y deliciosamente enrevesada historia de Akola? —Fingió estar sorprendido.

—Mi educación fue más bien especializada.

Sonrió.

—Solían ser cinco países. Tehra, Rashnit, Tahbni, Yanzin Zadar y Paalmidesh. Todos ellos con culturas muy diferentes y lenguas muy distintas. Yo soy de lo que fue Yanzin Zadar, Parijahan es de la antigua Paalmidesh. Su gente está más cerca de… bueno, Lidnado, si estamos pensando en las fronteras. Los míos están más cerca del centro de Kalyazin.

—Son extremos opuestos del país —dijo Nadya.

—En efecto. Los Travash fueron un intento de unificación que… —Hizo una pausa, buscando—… fracasó en su mayor parte. Los tres países más ricos han desgastado a los demás, ya que las familias se arrebatan el poder unas a otras cada vez que pueden.

Nadya lo consideró.

—Entonces, ¿cómo llamamos al idioma akolano?

—Es que los extranjeros son bastante densos.

Ella resopló.

—Es Paalmideshi. La verdad es que no espero que ninguno de ustedes lo sepa. Están bastante ocupados aquí en el norte. Nuestras disputas no son realmente de la variedad del fin del mundo.

—El eufemismo del siglo, Rashid.

Se rió.

—Entonces, ¿cómo se conocieron Parijahan y tú? Nunca lo dijiste.

Su rostro se fracturó y se suavizó.

—Había una deuda que mi familia necesitaba pagar. Trabajé en su casa.

Nadya podía escuchar las cosas que no estaba diciendo. Todo un mundo de historias que el escriba aún no estaba preparado para contar. Ella no lo presionaría. Sabía parte de la historia de Parijahan y parte de la de Rashid. Eso era suficiente para ella.

—Todavía no estoy muy seguro de cómo Parj y yo nos metimos en este lío —dijo en voz baja—. Pero me alegro de que hayamos tropezado contigo.

—La adulación te llevará a todas partes, Rashid —dijo Nadya con sequedad, pero él le guiñó un ojo, con su habitual irreverencia mezclada con sinceridad—. ¿Alguna vez lo echas de menos?

—¿Akola? Sí. Aunque, en realidad, no me queda mucho allí. Mi hermana está felizmente casada y mis padres murieron de una enfermedad que casi se llevó a medio Irdistini. Yo estaba en Paalmidesh cuando eso ocurrió.

Nadya apoyó la cabeza en su hombro.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también podría prescindir del dramatismo cercano a la muerte.

Parijahan acabó acercándose a ellos, dejando a Malachiasz sentado en las murallas, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras miraba al cielo.

—¿Está bien? —preguntó Nadya mientras Parijahan se agachaba bajo el otro brazo de Rashid.

—No —respondió Parijahan.

Nadya suspiró. Se zafó del brazo de Rashid y cruzó las murallas. Malachiasz no se movió cuando ella se apoyó en la pared junto a la que estaba sentado.

—*Dozleyena*, *sterevyani bolen* —dijo en voz baja.

—*Czijow*, *towy dżimyka*. —Sus ojos se cerraron y sus labios se dibujaron en una pequeña media sonrisa.

Ella dejó caer su mano en su pelo. Un extraño tirón de fuerza anuló momentáneamente el dolor siempre presente en la palma de su mano, antes de que Malachiasz levantara la mano y enredara sus dedos entre los de ella.

Qué raro.

Pero ella no retiró la mano. Su discusión en el refectorio le había hecho comprender que estaba cansada de fingir que no lo quería cerca. Si al final iba a traicionarle, ¿lo haría peor si le dejaba entrar —sólo un poco— o mejor? ¿Había luchado él con esos mismos sentimientos cuando planeaba traicionarla?

—*Ay*. —Ella apartó la palma de la mano de la suya, el dolor se convirtió en un dolor agudo.

Malachiasz frunció el ceño, preocupado.

—No hay nada que hacer, no me mires así.

—Siéntate —dijo él, una suave súplica.

Ella dudó, pero se sentó, con la espalda apoyada en la pared.

—No vas a poder arreglarlo.

—¿Te duele ahora? —Él seguía sosteniendo su mano, pero su palma acunaba el dorso de la suya, con los dedos entrelazados.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior. Él le retiró la manga y ella se estremeció al sentir el frío en su piel.

Él sonrió, con el pulgar trazando la línea de su brazo, e inclinó la cabeza, besando el interior de su codo. Ella se quedó sin aliento y cerró los ojos cuando él recorrió con sus labios la sensible carne de su antebrazo. Le besó la muñeca y ella estaba segura de que su interior se había vuelto completamente loco. Luego, con mucho cuidado, apretó su boca contra la palma de su mano.

Todo en su interior se iluminó. Su mano se dirigió a la mejilla de él para atraerlo hacia ella. Lo besó con fuerza, gratificada por el ruido de sorpresa que él hizo, por cómo su mano rodeó su costado y la acercó.

—Es tuyo —dijo él cuando se separaron, con su cálido aliento mezclado en el gélido aire nocturno. Su piel pálida se sonrojó, las pupilas se apagaron. Era dolorosamente humano. La besó de nuevo, tirando de su labio inferior con los dientes de una forma que la quemó.

Tuvo que obligarse a retroceder. Atravesar la niebla y concentrarse en lo que él decía. Su boca parecía magullada a la luz de la luna y eso sólo la hizo desearlo más.

—¿Qué es?

—La magia que se acumula en tu mano. Es tu poder.

Ella negó con la cabeza, confundida, levantando la mano entre ellos.

—Entonces, ¿por qué hace *esto*? ¿*Por qué duele*?

Sus cejas tiraron hacia abajo, tirando de los tatuajes de su frente.

—Todavía no lo tengo claro, pero creo que puede ser porque lo rechazas. —Su voz se elevó esperanzada.

Pelageya había dicho que Nadya sacaba el poder de otra parte, pero ni siquiera ella había sabido lo que eso significaba. Ahora Nadya se lo decía a Malachiasz, y él frunció el ceño. La arropó contra su costado, donde estaba caliente, y siguió inspeccionando su mano. Su aliento se desvanecía ante ellos en el amargo frío. Sus delgadas manos estaban rojas, y ella empezaba a echar de menos su guante.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó él, después de que el silencio se hubiera hecho cómodo entre ellos.

—Nada —dijo ella, enrollando y desenrollando un mechón de su pelo alrededor de su dedo. *Marzenya quiere que derribe a Tranavia y no puedo soportar seguir apartándote porque te voy a perder para siempre*, pensó. Porque no le he contado a nadie las historias del bosque y cruzar la frontera va a destruirte.

Él le lanzó una mirada seca.

—No lo sé, Malachiasz. No sé cómo luchar contra esto.

Esa era la verdad; ella podía reconocerlo, al menos.

Él hizo un sonido pensativo. Sólo estaba escuchando a medias.

—Se siente como tu poder, pero *diferente*. Más oscuro. Como si fueras tú, pero también algo más.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre he sido capaz de sentir la magia. La magia de cada persona es única.

Ella había estado evitando su mano, pero al apoyar la cabeza en su hombro, la estudió. El negro de la cicatriz se enroscaba alrededor de sus dedos en forma de enredaderas de tinta, bajando por la muñeca hasta afinarse como venas en la parte interior del brazo. Sus uñas eran casi como garras. Esperó a que la sensación de malestar se apoderara de ella, pero sólo había curiosidad. Ya no era la misma chica que se horrorizaba ante cualquier cosa monstruosa.

—¿Cómo se siente mi poder? —preguntó.

—¿Cuándo eres tú, o cuando es uno de tus dioses?

—¿Hay alguna diferencia?

Asintió con la cabeza.

—Se siente distorsionado, cuando es su poder. El tuyo se siente… —Se interrumpió, considerando—. Cálido, brillante, pero no necesariamente con luz porque siempre hay un hilo de oscuridad. Como un fuego en el centro de una ventisca.

¿Oscuridad?

—Esto se siente como tú, no como si estuvieras canalizando algo. ¿Y si lo utilizas? ¿Dejaste de luchar contra ello?

—No puedes explicar esta parte —dijo ella, moviendo los dedos hacia él —. Hasta que no sepa que no me va a matar, pasaré.

—¿Qué es la vida sin un poco de experimentación? —preguntó él con ligereza. Su agarre en la mano de ella se movió para sostenerla de nuevo.

La forma en que la miraba la hizo querer huir. Pero, sobre todo, quería apretar su calor y besarlo. Y odiaba estar atrapada en ese lugar de quererlo lejos y cerca a la vez.

Tosió, enterrando la cara en el hueco de su brazo, con un sonido incómodo en el pecho. Había sangre en su manga cuando bajó el brazo.

Ella apoyó los dedos en su pecho.

—¿Estás bien? —susurró ella.

Él se apartó de ella y escupió una bocanada de sangre, con la cara contorsionada. Dejó escapar una respiración entrecortada.

—Sabes que no debes preocuparte por mí.

—Lamento interrumpir. —La voz de Rashid llegó desde el otro lado de las murallas—. Pero tenemos compañía.

Nadya se sonrojó y enterró la cara entre las manos. Malachiasz le sonrió con maldad y le besó el costado de la cabeza antes de ponerse en pie de un salto e inclinarse sobre el muro.

Así que la distancia se acabó.

—Esto es una pesadilla —murmuró ella. Tardó unos segundos en recomponerse antes de ponerse en pie.

—Lo soy —dijo Malachiasz mientras Nadya se inclinaba sobre la pared a su lado.

—Por favor, no hagas que quiera tirarte por el borde más de lo que ya lo hago.

Él miró hacia abajo, dudoso.

—Oh, sobreviviría a eso.

—Lástima.

—¿Por qué el deseo de tu corazón me defenestra?

—No ha habido una sola ventana involucrada en esto.

—Semántica.

—Dioses —dijo Rashid a Parijahan—. Me debes mucho dinero.

Parijahan suspiró.

Había puntos de luz danzando en el oscuro bosque que sólo podían ser antorchas.

—Oh, no —susurró Nadya.

—Hagan sus apuestas —dijo Rashid—. ¿Tranaviano o kalyazi?

Ninguna de las dos opciones era buena. Malachiasz se estremeció. El hechizo que había utilizado para enmascarar el plano cambiante de su rostro se desvaneció.

—Tranaviano —dijo, con voz sombría.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay un Buitre con ellos. —Su voz se enredó alrededor de los dientes de hierro afilados, los ojos se oscureciendo.

El *voryen* de Nadya estaba en su mano, la hoja plana contra la mejilla de él mientras le giraba la cara hacia la suya.

—Si te dejas caer, ¿podrás recuperarte?

Él apretó los dientes antes de asentir una vez. Ella esperaba que dijera la verdad. Estaba bastante segura de que estaba mintiendo.

—Los Buitres todavía te quieren, Nadya —dijo él—. Quieren el potencial que se puede liberar con tu poder.

—Entonces, ¿por qué no me tomaron en las Minas de Sal?

Él le lanzó una mirada vacía y se señaló a sí mismo.

—Te crees muy importante —le dijo ella con desparpajo.

—Soy *increíblemente* importante —respondió él, saltando por encima del muro y desapareciendo.

—También es increíblemente estúpido —dijo Rashid secamente, mirando por encima del muro.

—Este monasterio está fortificado —dijo Nadya con un suspiro. Grandes estructuras hechas de troncos afilados se alineaban en la pared, trampas que sólo podrían saltar con magia de sangre—. No se ha empalado ahí abajo, ¿verdad?

—No —dijo Rashid—. Está bien.

—Lo odio.

Rashid se apresuró a alertar al monasterio. Nadya observó las luces en la distancia, una calma nerviosa se apoderó de ella.

—¿Debemos correr? —preguntó Parijahan.

Nadya negó con la cabeza.

—La última vez corrí. No volveré a correr.

Este monasterio estaba mucho más preparado para un ataque que el hogar de Nadya. No había necesidad de tocar las campanas; eso habría alertado al enemigo. Los kalyazi sabían que estaban aquí.

Una mujer se unió a las chicas en las murallas, su mirada fue despectiva hasta que reconoció a Nadya como la clériga.

Nadya deseó poder decirle que no esperara milagros de ella.

—¿Cómo va tu puntería? —le preguntó la mujer a Parijahan.

—Bien.

Le lanzó una ballesta y una bolsa de pernos. Malachiasz regresó, con sus alas de plumas negras desvaneciéndose en dos salpicaduras de sangre contra

la espalda de su abrigo desgarrado cuando aterrizó en las murallas. Golpeó con una mano una de las puntas afiladas del muro, la sangre cubrió la madera bajo su palma. Nadya lo observó detenidamente; sus ojos tardaban demasiado en aclararse. Un racimo de ojos se abrió y se cerró en su mejilla antes de desaparecer. Retiró la mano, haciendo una mueca.

Nadya supuso que aquel era un método tan eficaz como cualquier otro para que volviera a la claridad.

El rostro de la mujer kalyazi se había puesto blanco como una sábana, su mano temblorosa sacaba su *venyiornik*. Malachiasz se limpió despreocupadamente la sangre de la palma de la mano y se la limpió antes de atarse el pelo.

—¿Y? —le preguntó Nadya.

—Tres Buitres. Una compañía completa.

La mujer miró a Nadya, con los ojos muy abiertos. *Oh, esperarán que mate a los Buitres, entonces*.

Malachiasz se frotó la mandíbula, cubriendo un extraño decaimiento que le mordía la piel.

—¿Estás al mando aquí? —le preguntó a la mujer.

Ella asintió, el miedo se convirtió en desconcierto.

—Anya.

—Malach… en realidad, no, eso no importa. Ese monje no le dijo a nadie que yo estaba aquí, ¿verdad?

Anya negó con la cabeza.

—Excelente. —Escaló la pared, balanceándose sobre las puntas afiladas de una manera incómodamente grácil y vagamente inhumana.

—Está conmigo —dijo Nadya con cansancio, mientras las luces se acercaban cada vez más. Había supuesto que Iván se lo habría dicho a todos —. Simplemente, avisa a tus hombres sobre él.

La sorpresa de Anya aún no se había convertido en ira. Esperaba que siguiera siendo pragmática. Nadya se acercó a donde estaba agachado Malachiasz, con su cuerpo larguirucho encorvado y rígido, el monstruo instalado justo debajo de la superficie.

Le tendió la mano sin palabras y Nadya puso su mano gastada en la suya.

—Deja de luchar contra él —dijo él en voz baja—. Si tu diosa no te da el poder que necesitas, debes usar el tuyo propio.

—No me resisto —siseó ella.

Sus ojos eran turbios, pero su tacto era suave. Le levantó un mechón de pelo que había caído de su trenza y se lo colocó detrás de la oreja. Ella aún

podía sentir la presión de su boca contra sus labios.

De repente, le clavó una garra de hierro en la palma de la mano. Ella gritó, más por la sorpresa que por el dolor, y él la hizo callar.

Pero mientras la sangre brotaba con facilidad de la herida, el poder subió por su brazo e inundó su cuerpo. Un torrente, antes contenido y lejano. Se agarró a la pared, y su otra mano se aferró a la de Malachiasz mientras sus rodillas flaqueaban. Ni siquiera se desequilibró, ya que su agarre se apretó a la mano de ella, sosteniéndola, con la sangre manchando entre sus palmas.

—Blasfemia en tierra sagrada —murmuró él con aire crítico—. Mira lo lejos que has llegado, Nadezhda Lapteva.

—La blasfemia requiere intención —espetó ella. Nadya se limpió la sangre que goteaba de su nariz y buscó en su bolsillo para hacer rodar ansiosamente la cuenta de Marzenya entre sus dedos.

Recibió a cambio un tranquilo desdén.

Malachiasz miraba algo más allá de su cabeza.

—*Towy szanka* —dijo en voz baja. Lo mismo que le había dicho en la catedral antes de marcharse. *Un pequeño santo*.

—¿Te molesta luchar contra tus compatriotas? —preguntó ella. Estaba mareada, nerviosa, como cuando Marzenya le daba un hechizo especialmente poderoso. Y esta magia era sólo… ¿la suya? Le aterraba la posibilidad de quemarse por dentro. No sabía cómo funcionaba la magia de las brujas, no sabía cómo funcionaría esta magia.

—Lo odio. —Hizo una pausa, y luego permitió—: Trata con los Buitres como puedas.

—No creo que…

—No te subestimes, *towy dżimyka*.

—Tú también has hecho mucho de eso —dijo ella con rotundidad.

Él sonrió con ironía y le levantó la mano, besando sus dedos ensangrentados. La dejó caer justo cuando Kostya se acercó a la pared junto a ella.

—Que no te alcancen los rayos de la ballesta esta vez —dijo ella, golpeando su hombro.

—¿Están aquí por ella? —le preguntó a Malachiasz.

Kostya retrocedió cuando Malachiasz dirigió su turbia mirada hacia él. Malachiasz se quedó pensativo, moviendo una mano para tirar de uno de los huesos atados en sus mechones negros antes de encogerse de hombros.

—No puedo decirlo. Podría ser un movimiento de guerra al azar. Que haya Buitres aquí dice lo contrario.

—¿Podrían estar aquí por ti? —Preguntó Nadya.

—Eso sería un suicidio. No soy especialmente indulgente con los traidores.

—¿Cuántos de la compañía son magos de sangre? —Kostya preguntó.

—Hipotéticamente, todos podrían serlo —dijo Malachiasz, con un hilo de condescendencia en su tono que Nadya conocía demasiado bien—. Así es como funciona la magia de la sangre.

La mandíbula de Kostya se apretó.

—Anya —llamó por encima del hombro—. ¿Tienes alguna reliquia?

Anya se detuvo de donde estaba ladrando órdenes. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sí, las tenemos.

—¿Reliquias? —Preguntó Nadya—. ¿Qué reliquias?

Malachiasz se había quedado muy quieto a su lado.

—¿Qué reliquias? —le preguntó ella.

Él le lanzó una mirada *muy* seca. Ella pensó en el *voryen* de hueso y en la facilidad con que le había hecho daño cuando nada más podía hacerlo. ¿Qué podía hacer ella con eso unido a *otra cosa divina*?

¿Era esa la salida fácil? ¿Utilizar la divinidad a través de un objeto imbuido en ella en lugar de acudir a Marzenya? Ahora no confiaba en que Marzenya le diera la magia que necesitaba, y tenía esa cosa, esa oscuridad, ese poder, pero utilizarlo sería dar la espalda a su vocación divina. Era un paso del que nunca regresaría. Cerró la mano que había perdido en un puño y sacó su *voryen* de hueso del cinturón.

—Cógelos —ella dijo—. Los usaré.

—¿Desperdiciar tus escasos recursos en un grupo demacrado de tranavianos lejos de casa? —Dijo Malachiasz, con la voz mellada, la boca llena de clavos de hierro.

—Dejaremos a uno vivo para que le diga al resto del país que ya está bien de que arrasen nuestros pueblos e iglesias —espetó Kostya.

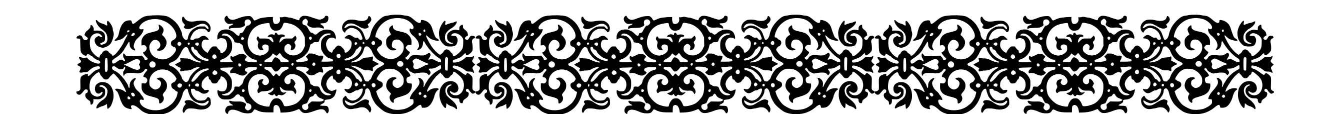
Malachiasz sostuvo la mirada de Kostya, sus ojos se volvieron cada vez más oscuros.

Nadya percibió su decisión antes de que se moviera. Extendió la mano para detenerlo, los dedos se deslizaron por el codo mientras él saltaba de la pared, sus alas negras y plumosas estallaron mientras desaparecía en la oscuridad.

—*Mierda* —juró ella.

—¿Adónde va? —Preguntó Kostya.

—A avisar a los Buitres.



28

NADEZHDA LAPTEVA

> Svoyatova Inessa Besfamilny*: Una clériga sin registro de qué dios o diosa la había tocado. La vida de Inessa fue de angustia. Su amante, Marya Telkinova, fue corrompida por un kashyvhes, lo que obligó a Inessa a matarla a ella y a todo el pueblo que Marya había corrompido al convertirse. Se dice que el río Govanitsy fue creado por las lágrimas de Svoyatova Inessa.*
>
> Libro de los Santos de Vasiliev

Nadya cogió el relicario con manos temblorosas y abrió la caja. Dentro había un paño manchado de sangre. El poder emanaba de la tela, y su mano llena de cicatrices palpitaba como si hubiera un latido en su palma. Que el poder fuera suyo no explicaba por qué le dolía o por qué reaccionaba así. Tal vez Malachiasz estaba mintiendo. Pero ella sabía que no lo hacía. Había algo malo en *ella*. Sólo que no sabía qué.

Sacó con cuidado el sudario del relicario y cerró los ojos cuando una oleada de poder divino la invadió. Se estremeció.

Anya se quedó sin aliento. Estaba mirando a un punto justo después de la cabeza de Nadya.

—¿Alguien puede usar esto? —le preguntó Nadya.

Anya negó con la cabeza.

—Sólo algunos pueden sentir el poder que dejan. Menos pueden usarlo.

Así que estos no eran un reemplazo para los clérigos de Kalyazin. Una pena. Nadya se envolvió la mano con el sudario, siseando entre los dientes ante la afluencia de poder. Pero ella sabía cómo manejar una gran cantidad de poder. Lo que le costaba era la falta de ella.

El sudario pertenecía a Svoyatova Vlada Votyakova. En el momento en que se acercó a su piel, vio a la chica, de su edad, quizá unos años mayor, con

el pelo cortado a la altura de la barbilla, con lágrimas que recorrían las oscuras mejillas mientras presionaba la tela inútilmente sobre una herida que sangraba por el estómago.

Nadya lo pensó mejor y, en su lugar, envolvió cuidadosamente el sudario sobre su pelo, liberando su mano. Anya cogió una diadema de una hermana cercana, los anillos del templo hechos de hierro oscuro. Los anillos del templo de una alta sacerdotisa.

Nadya tragó con fuerza y se colocó la cinta sobre el sudario. No merecía llevar esto.

—Perdimos toda nuestra ventaja porque ese monstruo…

Nadya no dejó que Kostya terminara, sacando la mano para agarrarle la mandíbula y poner su cara a la altura de la suya.

—No hace falta que me cuentes lo que ha hecho Malachiasz, soy muy consciente. Cállate y mantente con vida.

Sus ojos oscuros brillaron. Él miró a un punto justo por encima de su cabeza. ¿Por qué todos hacían eso?

—Se supone que debo protegerte.

—Lo *hacías*. No necesito que me protejan. Ya no.

Él se estremeció bajo su mano. Ella se detuvo, tirando de él hacia abajo para poder presionar su frente contra la de él.

—Mantente a salvo —dijo—. No puedo perderte de nuevo.

Se dirigió hacia las escaleras, sacando su *voryen* de su funda. Rashid la cogió del brazo al pasar.

—¿Qué estás planeando?

—Para saludar a los tranavianos —dijo Nadya.

Rashid frunció el ceño.

—Eso no es lo que estaba preguntando.

Puso los ojos en blanco.

—Lo ha dejado perfectamente claro. Tranavia sobre… —hizo un gesto con la mano—… lo que sea esto. Que así sea.

—No lo mates —llamó Rashid mientras ella subía las escaleras.

—¡No prometo nada! —respondió ella.

Ordenó que se abrieran las puertas y nadie la cuestionó. Nadie cuestionó por qué una chica, pequeña y con los anillos del templo de la alta sacerdotisa, salía sola al encuentro de una compañía tranaviana.

El poder, consideró Nadya, tenía tendencia a hacerla un poco imprudente.

Sacó su otro *voryen*, volteándolo y cogiéndolo por la empuñadura.

Votyakova había sido una clériga del dios Krsnik. Nadya se alegró de tener por fin acceso al fuego sin tener que suplicar a Krsnik por él. Pero no sabía cuánto tiempo duraría este poder; ¿cuánta magia se imbuye en una reliquia después de que un clérigo haya fallecido?

Las frías llamas lamieron sus espadas y ella trabajó rápidamente, arrastrando su espada por el suelo, cruzando la entrada del monasterio. Las llamas surgieron del suelo donde su espada tocaba, creando un muro de fuego que los tranavianos se verían obligados a atravesar. Retrocedió hasta las puertas para no tener que enfrentarse a toda una compañía ella sola.

La imprudencia no tenía por qué ser una locura.

Se tensó al ver el movimiento entre los árboles y se quedó quieta al ver el delgado cuerpo de Malachiasz. Él le dedicó una sonrisa medio loca, con los ojos negros como el ónix; estaba completamente cubierto de sangre y, por lo que pudo ver, la mitad era suya. Ella apretó su *voryen*, sin saber si iba a luchar contra *él* o…

Una forma gruñona se abalanzó sobre él.

Los tranavianos estaban sobre ellos.

Era diferente, ya que accedía a un tipo de magia muy poderosa en lugar de a toda ella, y eso la hacía torpe. Una bola de llamas salió disparada de la punta de su espada sin llegar a dar en el blanco, sus movimientos fueron lo suficientemente lentos como para que el hechizo de un mago de sangre se enganchara contra su hombro, haciéndola retroceder.

Esta era la forma en que los clérigos que la precedieron habían luchado, pero podía sentir algo debajo del calor que le lamía la piel, pero que no la quemaba; era algo más antiguo y mucho más peligroso que ella buscó, un hilo singular debajo de un tapiz que deletreaba un tipo definido de magia. Los restos de un dios, sin filtrar, puros. El tipo de poder que un dios templaría antes de concedérselo a un mortal, aquí dejado para que se convierta en algo vasto e incontrolable.

Ah, esto es lo que quería decir, pensó Nadya, mientras se agachaba bajo un chorro de poder y empujaba a un monje kalyazi fuera del camino.

El fuego les había permitido una mayor preparación; una forma de recuperar la ventaja que habían perdido. Pero enseguida quedó claro que los tranavianos estaban allí por una sola razón: Nadya.

Tiró del hilo de poder de la reliquia justo cuando un Buitre atravesó las llamas.

La vieja magia, indómita y podrida por décadas de soledad, tembló dentro de Nadya. Probó el cobre y escupió una bocanada de sangre. La máscara del

Buitre era extraña, nada más que mandíbulas con dientes todavía atados con cuerdas que cruzaban su cara. Sus ojos eran charcos de negro.

—No puedes matarme con lo que tienes —se burló el Buitre.

Nadya podía sentir el fuego detrás del Buitre, una extensión de su voluntad. Le devolvió la sonrisa y tiró con fuerza de él, engullendo al Buitre, cuyos chillidos rasgaron el aire caótico.

Había alguien a su lado y se giró, pero sólo era Kostya. Observó las llamas, que estaban reteniendo a los tranavianos y dando a los kalyazi la oportunidad de abatirlos con las ballestas. Le sonrió.

El caos no había golpeado de verdad, y Nadya se preguntó qué los detenía. Seguramente tenían un mago que podía contrarrestar su magia. Seguramente uno de los Buitres podría. Una ráfaga de poder atravesó las llamas, y Nadya apenas se apartó de su camino. El Buitre que había quemado se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo.

Sus llamas se apagaron.

Fue el sonido de la batalla lo que realmente sacudió a Nadya. Una fuerte cacofonía de gritos y alaridos y de espadas golpeando la carne, el olor de la magia quemada. Hierro y calor.

Consiguió pasar las piernas por debajo de la Buitre, apartándola de una patada y golpeando su espalda contra el muro del monasterio. Si los Buitres atacaban a los monjes, ninguno sobreviviría. Nadya tenía que mantener a los monstruos concentrados en ella y sólo en ella, pero no sabía dónde estaban los otros dos. Esperaba que Malachiasz se ocupara de ellos en lugar de advertirles que Nadya tenía una reliquia que podía hacerles verdadero daño.

Un verdadero daño si descubría cómo aprovecharla. El poder era fluido y diferente a lo que ella estaba acostumbrada. No quería plegarse a su voluntad, sino que se movía caóticamente a través de ella. Dio un paso y el suelo bajo ella estalló, un trozo de piedra golpeó al Buitre y otro se estrelló contra un monje.

No hubo tiempo para disculparse. Las garras del Buitre rozaron a centímetros del pecho de Nadya. La sangre goteaba de sus ojos, tiñendo de rojo las mandíbulas al quedar atrapada entre los dientes.

Nadya tenía un mal presentimiento sobre la procedencia de esas mandíbulas. Dio una patada, su bota se estrelló contra la cabeza del Buitre y le rompió el cuello. Pero los golpes físicos eran inútiles. Ella había visto a Malachiasz atravesar a un Buitre con sus garras y hacer que se alejara como si nada hubiera pasado.

La magia, sin embargo. La magia podía detener a una de las bestias. Eso esperaba.

Nunca le habían contado cómo Malachiasz mató al último Buitre Negro y ascendió a su trono. Él nunca le daría ese secreto, nunca le contaría cómo su especie se volvió mortal incluso cuando podía soportar tales horrores hechos a sus cuerpos. Pero su reliquia cuchillo de hueso había herido a Malachiasz y seguramente esta magia también podría hacerlo. El poder de fuego de la reliquia surgió, desesperado por ser utilizado, y ella se alejó del Buitre, extendiendo una mano y lanzando un chorro de llamas blancas que se prendió en los soldados tranavianos que se acercaban. El poder divino se calmó, tiró de nuevo del viejo hilo y agarró el caos.

Todo se volvió blanco. Su visión se apagó. Fue vagamente consciente de la magia en las manos ensangrentadas del Buitre. Una mano con garras que se acercaba a su garganta. El pelo rubio del Buitre brillando contra las llamas que aún ardían en el suelo.

Los dioses eran antiguos e insondables. Había cosas más antiguas y profundas, pero ¿cuánto más atrás podía comprender el cerebro de un mortal que los seres de siempre? Nadya tenía mucho más que aprender sobre los dioses que la habían tocado y la habían conducido por este camino oscuro y terrible.

La reliquia conservaba el poder de la clériga que había muerto con ella; pero también contenía algo más, y era ese algo más lo que Nadya captaba mientras el tiempo se volvía fangoso a su alrededor.

Nadya rozó la voluntad de un dios.

Todo se detuvo.

Se dejó caer hacia atrás, respirando con dificultad. Pero nada se movió. Levantó la mano y tocó el sudario que envolvía su cabeza. Esto no era como su magia divina. Aquella estaba condensada. Era un poder concedido por la divinidad para que fuera aceptable para un mortal. Sólo lo suficiente para que su frágil cuerpo pudiera contenerlo. Esto era mucho más que eso, mucho más de lo que cualquier mortal debería tocar. Y aquí estaba, guardado dentro de la pieza de un santo muerto.

¿Cuántas reliquias tenían poder de esta manera? ¿Qué podría hacer ella con un poder de esta magnitud?

Se estaba acumulando dentro de ella, la luz que salía por debajo de su piel como las venas, y la destruiría. La desgarraría por completo y no habría forma de recomponerla. Calor, llamas y una ira tan profunda y tan honda que se convirtió en su núcleo.

¿Cómo estaba sobreviviendo a esto?

Nadya lo expulsó de su cuerpo.

La magia salió disparada alrededor de Nadya en una onda de bola de fuego. Golpeó al Buitre y se quemó. No como la última vez, no un calor tan fácilmente sacudido. Todo lo que quedó fue un montón de huesos carbonizados a los pies de Nadya.

La bilis se precipitó en la boca de Nadya, teñida de cobre, y tuvo arcadas. Se giró y se limpió la boca con el dorso de la mano. Podía oír la batalla, pero sonaba más tranquila, menos caótica, como si los tranavianos hubieran sido repelidos.

Todavía había más de un puñado de tranavianos, quizás siete u ocho. Pero la ráfaga de energía de Nadya había golpeado más que el Buitre y los huesos calcinados estaban esparcidos en el claro como basura desechada. Se llevó la mano a la boca, y el horror la invadió. Era imposible que sólo hubiera golpeado a los tranavianos con ese golpe. Kalyazin debió de quedar atrapado en el caos.

Acababa de matar a mucha gente.

Retrocedió un paso. Los tranavianos restantes estaban tirando sus libros de hechizos. Un par de monjes estaban cortando las mangas de sus abrigos y ella podía sentir el horror de su gente a su espalda.

Esto no había sido lo que ella pretendía. No tenía intención de recibir tanto poder.

—*Esto es lo que pasa cuando un mortal juega con el poder de los dioses*. —La voz de Marzenya era tranquila, calculadora y profundamente punzante.

Nadya volvió a vomitar.

Algo duro golpeó a Nadya, haciéndola caer al suelo. Su cabeza se quebró contra una piedra, la visión se volvió blanca y negra y se fracturó mientras el dolor la atravesaba.

Él dijo que si se caía podía volver, pensó ella frenéticamente, pero había estado mintiendo y ella sabía, en el fondo, que la mataría por haber destruido uno de sus Buitres.

Se puso en pie, con la cabeza dando vueltas, y buscó su *voryen*. La bota de él se estrelló contra su mano y se le escapó un grito ahogado de dolor. Su otra *voryen* estaba fuera de su alcance y la explosión de poder la había dejado mareada y débil. Podía tirar del hilo de poder de la reliquia, pero ya había hecho más de lo que podía soportar. Lo que había sobrevivido era imposible.

El miedo le hizo subir la adrenalina cuando él se puso en cuclillas y su peso se desplazó sobre la mano de ella. Tuvo que morderse el labio para no

gemir.

—¿Qué te he dicho sobre tomar cosas que son mías, *towy dżimyka*? —preguntó él, quebradizo y caótico. El pelo negro ensombrecía unos rasgos rugosos y monstruosos. La sangre goteaba de sus ojos de ónice.

—Dijiste que hiciera lo que tuviera que hacer —escupió ella. Su otra mano buscó la *voryen* de hueso de su cinturón, pero unas garras de hierro le enjaularon la muñeca.

—¿Creías que lo decía en serio?

Ladeó la cabeza y se movió de repente, la espada de Kostya cortó el aire donde había estado.

Nadya se puso en pie con dificultad. Malachiasz mataría a Kostya. Se movió más rápido de lo que creía que era capaz, tropezando para ponerse entre ellos. Los dos muchachos se congelaron. Los ojos de Kostya se apartaron de Malachiasz para encontrarse con los suyos.

Había seguridad en ellos. Siempre habían sido Kostya y Nadya, dos pequeños huérfanos que hacían estragos en el monasterio para esconderse de su destino. Sonrió ligeramente.

Las manos con garras se clavaron en Kostya, el horror cruzó su rostro cuando uno de los Buitres restantes lo apartó. Malachiasz se lanzó a golpearla.

El pánico retumbó en el pecho de Nadya. Buscó a Marzenya más allá de la magia de la reliquia: el fuego no le serviría de nada y le aterraba volver a tocar la magia más profunda.

Marzenya le concedió una línea de poder, cuidadosa y controlada. Un mensaje definitivo: Nadya estaba yendo demasiado lejos y debía contenerse. Nadya lo aceptaría. Se aferró al poder y se zafó de las garras de Malachiasz, arremetiendo contra él y dándole un golpe en la mandíbula con el pie. Oyó el sonido del hueso crujiendo bajo su bota.

—Lo siento —dijo mientras él siseaba de dolor, con la sangre goteando de su barbilla.

No sabía cómo detenerlo así. Kostya se tambaleó hacia ella y su irritación se transformó en horror. La sangre que lo cubría era la suya propia.

—¿Kostya?

Todo se movió demasiado rápido. Un proyectil de ballesta se clavó en el hombro de Malachiasz, y luego otro, haciéndole retroceder hasta un árbol. Su cabeza se estrelló contra la dura madera y cayó como una piedra.

Parijahan cargó otra saeta en su ballesta y disparó al Buitre restante, que se limitó a reír mientras lo observaba. Nadya, desesperada, tiró con más

fuerza del cuidadoso trozo de magia que le había dado Marzenya y lanzó su *voryen*. La hoja se clavó en el ojo del Buitre y éste cayó también.

No estaba muerto, eso era demasiado esperar, pero con suerte cayó el tiempo suficiente como para ser tratado.

Se desequilibró cuando Kostya cayó. Esto no podía estar pasando. Kostya estaría bien, tenía que estar bien.

Pero su pecho había sido desollado en pedazos. Un sollozo se atascó en la garganta de Nadya. Buscó más poder, cualquier cosa, pero se le escapó de las manos.

—*Ya no existirás, niña* —dijo Marzenya con suavidad.

No me importa, dijo Nadya. *Dame más. Dame lo suficiente para salvarlo, o usaré el mío.* Buscó el dolor en su palma, el poder anidado bajo su piel. Pero eso también se resistió a su llamada. Nadie estaba destinado a contener tanta magia.

Si otro trozo se canalizara a través de ella, no sería más que un montón de huesos calcinados. Pero no podía preocuparse. Kostya iba a morir. Ya había llorado su muerte una vez, pero era diferente ver cómo ocurría delante de ella, ver cómo la vida le abandonaba lentamente.

Se preguntó durante mucho tiempo por qué todo estaba borroso, y finalmente se dio cuenta de que estaba sollozando y que por eso el aire sólo pasaba por sus pulmones y no podía ver a través de las lágrimas. No podía perder a Kostya *de nuevo*.

—Esta vez estás aquí —dijo débilmente—. No quiero morir solo.

—No, no lo hagas —dijo ella—. Vas a estar bien.

Pero no iba a estar bien y ambos lo sabían. Todo el mundo la había tratado siempre como una reliquia, como algo sobre lo que había que pasar de puntillas y susurrar, pero Kostya la había aceptado como lo que realmente era: una chica que metía la pata a veces, que era dolorosamente humana y tenía un destino demasiado grande para ella.

Sus caminos se habían desviado con el tiempo, pero él nunca había hecho otra cosa que amarla.

Se mordió un sollozo y acunó su cabeza en su regazo, trazando el símbolo de Veceslav contra el costado de su cabeza.

—Siento haber fallado —susurró.

—No, Kostenka, no, nunca.

Respiró entrecortadamente.

—Hay dioses más antiguos, peores, de los que temían hablarte porque… —Tosió, luchando contra la sangre que goteaba de las comisuras de su boca

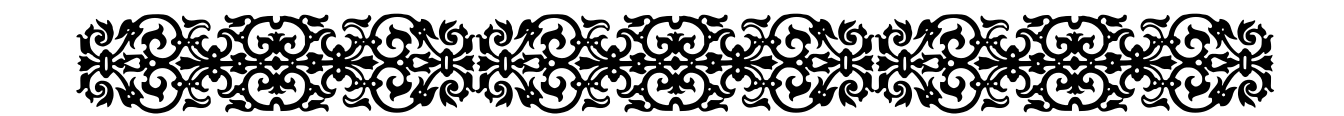
—. Nadya, eres peligrosa. Te tienen miedo.

Ella no entendía por qué le decía esto ahora. Pero asintió a través de sus lágrimas, acariciando una mano sobre su cabeza.

—Kostya, no entiendo, yo…

Pero un último y terrible suspiro pasó por sus labios y se fue. Algo profundo se rompió dentro de Nadya. Pensó que ya no quedaba nada de ella para romperse, pensó que creerlo muerto antes era suficiente para destruirla, pero esto era mucho peor.

Se acurrucó contra él y se dejó destrozar.



29

SEREFIN MELESKI

Engaño, venganza, una serpiente en la hierba mientras Velyos observaba, esperaba y se movía para dar un golpe contra Marzenya y Peloyin que derribara los cielos. Fracasó y fue arrojado al éter.

Los libros de Innokentiy

—No puedes hacer lo que Velyos quiere, eso es imperativo —le dijo Katya a Serefin mientras dejaban atrás la pequeña aldea kalyazi.

Serefin tenía que mantener su ojo cerrado permanentemente. Había tomado prestado un parche de Ostyia y eso le había ayudado, pero a veces su visión seguía siendo borrosa, el mundo adquiría un tinte de horror.

—¿En qué dirección vamos? ¿Vagamente hacia el oeste? —preguntó.

Ella asintió con el ceño ligeramente fruncido.

—Bueno, él quiere que vaya al oeste, así que estamos fallando en esa parte de la solución.

Katya gimió.

—Seguro que hay una forma de acabar con esto —dijo Serefin.

Katya apartó una polilla de su cara. Volvió a la órbita de Serefin. Levantó una mano y se posó en su palma, grande y blanca y negra.

—Tengo una idea, pero significaría ir aún más al oeste —dijo Katya. Su decisión de irse con el rey de Tranavia no había recibido el apoyo de sus soldados. Había permitido que uno de ellos la acompañara, Milomir, un muchacho de aspecto adusto, pero nadie más. Ella había enviado al resto al este, lo que a Serefin le hizo pensar, sobre todo, que estaba dejando que un grupo de soldados bien entrenados refrescara alguna zona de guerra inevitable contra Tranavia. Todo esto se había vuelto mucho más complicado de lo que él podría haber imaginado.

Era demasiado temprano y hacía un frío doloroso. El aliento de Serefin se nubló ante su rostro. La nieve había caído en la noche y ellos crujían a través de ella hacia un bosque, oscuro y amenazante en el horizonte. Katya se bajó el gorro de piel sobre las orejas.

—Todo lo que sé es de textos apócrifos —dijo—. Es una mala señal que Velyos se haya despertado; será aún peor si el resto también lo hace.

Oh, qué bien, los que están esperando que yo venga a armar jaleo, pensó Serefin con mala cara.

Ostyia frunció el ceño. Siempre andaba rondando por donde estaba la *tsarevna*. Serefin se preguntó si debía desalentar el saludable enamoramiento que Ostyia sentía por la chica kalyazi. Pero no, dejaba que Ostyia se divirtiera, no dañaría nada.

—Hay historias —continuó Katya—. Es difícil saber qué es verdad, sobre todo de los caídos. Como dije, Velyos siempre quiere el caos y derribar a Peloyin. —Agitó una mano—. Eso en sí mismo no es particularmente apocalíptico. Siempre estamos en medio de cualquier guerra entre los dioses.

—Habla por ti.

—Ah, ustedes los tranavianos no son inmunes —dijo Katya.

—Lo éramos, hasta que llegó tu clériga y lo arruinó —dijo Serefin. El velo que separaba a Tranavia de los dioses había hecho mucho más que proporcionar una simple protección.

Tan pronto como había caído, el invierno se había abatido sobre Tranavia, despiadado e implacable. Se preguntó si podría volver a ponerlo en pie.

Katya puso los ojos en blanco.

—No importa. Te has encontrado en medio de una batalla eterna entre dioses. Ni siquiera puedes negarlo.

—Puedo negar mis sentimientos sobre la palabra *dios* que se les atribuye.

—No estoy aquí para discutir de teología contigo, tranaviano.

Serefin se encogió de hombros.

—De todos modos, no es un tema en el que esté especialmente versado.

—Sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy.

Sin embargo, era inquietante. Quería que se detuviera. Incluso con el parche en el ojo, su ojo bueno nadaba en la oscuridad. Constantemente saltaba a cosas que no estaban allí. Seguía oyendo susurros en el fondo de su cabeza que no parecían de Velyos ni de la otra voz. Sólo quería silencio y si no lo conseguía pronto se iba a volver loco.

—Lo raro es que todo este caos esté ocurriendo, *pero Velyos no es un dios del caos*. No tenemos ninguno de esos; los tuvimos, pero murieron —reflexionó Katya.

—*¿Murieron?*

—El caos es muy volátil. Esos dioses suelen ser asesinados por uno de los otros.

—Perdón, ¿tienen dioses muertos? ¿Tus dioses se asesinan constantemente entre sí?

—¿Eres voluntariamente denso o es un rasgo con el que sólo yo tengo que lidiar?

—Ahora yo *soy* tu problema.

Ella resopló.

—¿Cuál es tu idea, entonces? —preguntó.

—Hay una vieja ruina en las montañas de Valikhor. Es donde Praskovya Kapylyushna fue despojada de su poder. Hay precedentes de dioses que se alejan de los mortales elegidos, incluso son forzados a hacerlo.

—¿Y crees que puedo liberarme de Velyos si voy allí? —preguntó Serefin con escepticismo. No le gustaba. Cada paso hacia el oeste era un paso más cerca de donde Velyos quería que estuviera.

—Puede que sea tu única opción —respondió ella—. Si estás trabajando con algo antiguo y olvidado, tienes que ir a algún lugar antiguo y olvidado para tratar con ello. Pero primero, encontraremos a la clériga porque para llegar a ese templo, creo que la necesitaremos.

Serefin miró a Kacper, que levantó las cejas y se encogió de hombros. Demasiadas tonterías divinas para un antiguo granjero de Tranavia.

De alguna manera, Velyos y Malachiasz estaban conectados, pero Serefin no sabía muy bien cómo. Malachiasz había querido el poder de matar a los dioses kalyazi. Ningún dios kalyazi había muerto por su mano, que Serefin supiera, pero Malachiasz había estado robando reliquias de los kalyazi, ¿con qué propósito?

¿Una cosa llevaría a la siguiente? ¿Tenía que prepararse para que todo aquello simplemente… implosionara? La otra voz, otro dios, supuso Serefin, también quería a Malachiasz muerto. El entrometido, había dicho, pero eso era casi sospechoso. Era lo que Serefin había querido oír. No le habló a Katya del otro. Algo relacionado con la forma en que le dolía el pecho cada vez que esa terrible voz hablaba y con la forma en que había atravesado las defensas de Serefin con tanta rapidez lo aterrorizaba. Así que se lo guardó para sí

mismo, dejando que pensaran que esto era sólo un problema de Velyos, no de este ser mayor que no tenía nombre.

No tenía ni idea de dónde necesitaba Velyos específicamente que fuera, así que ir al oeste era un riesgo increíble. Pero tenía que hacer *algo*.

—¿Dónde, exactamente, estamos? —le preguntó a Katya.

—Justo después de Rosni-Ovorisk.

El nombre era familiar. Ahí fue donde la guerra supuestamente se había vuelto a favor de Kalyazin. Era inexplicable el renovado vigor del enemigo. Su padre había planeado derribarlos con su plan salvaje, pero obviamente eso no había sucedido. Y cuando Serefin había tomado el trono, el frente había vuelto a su estancamiento de ida y vuelta. Pero estaba saliendo de su estancamiento, y Tranavia podría estar perdiendo.

Serefin no podía saberlo, ni siquiera por los susurros que oía al pasar por las posadas mientras viajaban. Katya nunca se molestaba en aparentar algo diferente cuando pasaban por las aldeas kalyazi. El país era demasiado grande, decía, nadie tenía idea de quién era ella.

—Desde luego, no es mi cara la que aparece en el dinero —bromeaba. Aunque hubo una noche en la que desapareció repentinamente bajo la mesa de una posada porque un príncipe de baja estatura había entrado por la puerta. Ostyia le había deslizado sin palabras su comida. Había permanecido debajo de la mesa durante el resto de la comida, y luego había vuelto a subir cuando el príncipe bajo se había marchado y se había ido a la cama como si nada hubiera pasado.

Habían pasado fuera del alcance de los ejércitos y ahora las aldeas por las que pasaban no estaban asoladas por la batalla, sino por la pobreza que se derivaba de décadas de guerra.

Pero era peor, de alguna manera, al pasar fuera del alcance de la civilización. El aire era diferente y a Serefin no le gustaba. Las noches eran frías y la sensación de ser observado era constante, pero nunca pudo encontrar nada que lo vigilara, por más magia que vertiera en la zona. Katya se había dado cuenta claramente, y Serefin no creía que tuviera magia verdadera. Pero tal vez estaba siendo paranoico.

Por extraño que fuera, Serefin y la *tsarevna* se llevaban bien. Ambos compartían la experiencia de haber crecido en cortes que se preocupaban muy poco por sus jóvenes herederos, enviándolos a la guerra tan pronto como tenían la edad suficiente. Sin embargo, ahí las historias divergían. Serefin era un oficial de alto rango; Katya se había unido a una secta de cazadores de monstruos.

Pasaron por el cadáver de un pueblo. Las casas eran sólo esqueletos de tablas de madera, en su mayoría quemadas.

—¿Qué ha pasado aquí? —Preguntó Kacper.

—*Zhir'oten* —dijo Katya—. Nos acercamos al bosque de los monstruos. Los pueblos de aquí no sobreviven mucho tiempo. Este cayó hace unos años.

Cambiadores de lobos. Serefin se estremeció. ¿Tenían que esperar a esos?

Seguir los pasos de la clérigo estaba resultando un proceso arduo. Serefin no podía averiguar a qué distancia estaban y un día su hechizo de rastreo simplemente se cortó. No tenía ni idea de hacia dónde se dirigía.

Acamparon en la aldea diezmada, a pesar de lo espeluznante que era.

—Es posible que no podamos encontrarla —dijo Serefin, mientras él y Katya se sentaban con un mapa ante ellos.

Milomir discutía con Ostyia sobre sus provisiones y sobre la cantidad que podían utilizar para la cena si iban a llegar pronto al bosque. Katya acabó deteniendo la discusión al ordenar cansinamente a Milomir que diera marcha atrás y buscara caza menor antes de que oscureciera demasiado. Él se marchó refunfuñando.

—Es un rastreador fabuloso —dijo Katya, poniendo los ojos en blanco—. Estaremos bien. —Volvió al mapa.

—La perdí por aquí —dijo Serefin, indicando un punto en el mapa que estaba relativamente cerca, pero que podría haberse desplazado desde entonces.

—Valikhor está aquí arriba —dijo Katya, señalando.

Kacper, inclinado sobre el hombro de Serefin, emitió un pequeño sonido de angustia.

Estaba muy lejos y atravesaba una enorme franja de bosque que dividía a Kalyazin en dos.

—¿No hay un camino más fácil para llegar a este lugar? —preguntó Serefin, intentando no pensar en lo cerca que estaba Kacper.

Katya se encogió de hombros.

—Si quieres tomar los caminos de los mercaderes, tardarás cerca de medio año en llegar.

Kacper hizo una mueca. Serefin llevaba ya demasiado tiempo fuera de Tranavia. Por lo que sabía, su madre había sido depuesta por Ruminski y exiliada al país del lago. Puede que ni siquiera tenga un trono al que volver. Necesitaba que esto tuviera éxito, no sólo por su propio bien, sino por Tranavia.

—¿Cuánto tiempo ahorraremos tomando el camino del bosque? —Preguntó Kacper de mala gana, desplazándose un poco para que su barbilla se apoyara en el hombro de Serefin.

—Unos cuantos meses. Seguirá llevando tiempo, pero la ruta es directa. —Hizo una pausa, pensativa—. E increíblemente peligrosa. Muy poca gente sobrevive a los caminos del bosque.

—Bueno —dijo Serefin con tristeza— no tenemos muchas opciones.

—No, si ya no podemos rastrear a la clériga, no. —Sonaba decepcionada. Habría sido más fácil si la hubieran encontrado; las tonterías divinas eran su especialidad, seguramente podría ayudar. Serefin debería haber hablado con ella en primer lugar.

—¿No tienen una forma de rastrear a los Buitres? —preguntó.

Katya se encogió de hombros.

—Si tienes algo importante de él, podría hacerlo.

A Serefin se le revolvió el estómago.

—¿Y si… y si usas sangre?

—No trato en la herejía —espetó ella.

—Pero, ¿y si eso es lo que tienes que usar?

Se apoyó en las manos, mordiéndose el labio inferior.

—¿Por casualidad tienes un frasco de sangre del Buitre Negro encima?

Serefin negó con la cabeza.

—Es mi hermano.

Sus ojos verdes oscuro se abrieron de par en par, con la mandíbula abierta.

—Un bastardo, técnicamente. Es complicado. Pero, sería una forma de hacerlo, supongo, si el uso de la magia es como el nuestro. Creía que sólo los clérigos podían hacer magia.

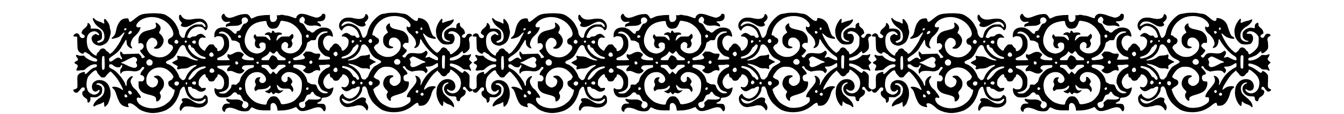
—Es complicado —dijo Katya, con la voz ronca—. Los santos pueden otorgar poder. Es mucho más débil que el de los dioses y el entrenamiento para escuchar a los santos es increíblemente riguroso. Podemos hacer muy poco, comparativamente.

—¿Pero tú podrías hacerlo?

Ella parpadeó rápidamente.

—Creo que podría.

—Bueno —dijo Serefin, sacando una espada de su cinturón e ignorando la forma en que Kacper se tensó. Le ofreció la espada a Katya—. Vamos a buscar a mi hermano.



30

NADEZHDA LAPTEVA

Las lágrimas de Ljubica llenaron todos los lagos de Kalyazin y todavía su agonía no ha terminado.

Las Cartas de Włodzimierz

Nadya estaba de pie en el tranquilo cementerio del monasterio y se rompió bajo el peso de su dolor. No había hecho más que fallar una y otra vez y ahora Kostya se había ido de verdad y ella había matado a diez de sus hermanos y hermanas porque había sido imprudente y no había podido controlar su poder. Su magia los había aniquilado. Y esa magia se había sentido bien, lo que la hacía aún más aborrecible.

Las secuelas eran como vivir una pesadilla. Se restregó las lágrimas, pero éstas caían sin cesar. Se le había permitido ayudar a preparar el cuerpo de Kostya para su entierro, inscribiendo la diadema y el cinturón con los que se enterraba a los muertos en oraciones a Veceslav. Normalmente era Marzenya quien se encargaba de las oraciones del entierro, pero Kostya habría querido a Veceslav. Era lo menos que podía hacer. Los muertos eran enterrados en blanco sin adornos, sin bordados, para facilitarles el paso de los límites mortales.

Nadya no quería pensar en que no se ocuparía de los días de luto adecuados. El tercer, el noveno y el cuadragésimo día debían reservarse para el recuerdo y ella no podía quedarse aquí tanto tiempo.

¿Qué sentido tenía ella si no podía mantener a salvo a la gente que le importaba? Todo lo que hacía era empeorar las cosas. Su monasterio nunca habría sido atacado si ella no hubiera estado allí, todos estarían vivos. Kostya estaría vivo. Mucha gente seguiría viva si ella no hubiera existido.

Tocó la lápida, pasando los dedos sobre el símbolo de Veceslav tallado en la piedra, sobre las hendiduras donde estaba el nombre de Kostya. Konstantin Ruslanovich. Estaba tan lejos de donde murió su hermano. Tan lejos de todo lo que había conocido.

Nadya había pasado tanto tiempo frustrada y asustada de que él quisiera que ella fuera algo que no era, que había desperdiciado el poco tiempo que llevaban juntos desde que lo encontró.

Estaba sentada en el frío cuando Iván la encontró. El viejo monje se sentó en el suelo helado junto a ella.

—Paz, hermana —murmuró cuando ella se tensó, preparada para huir.

Sus dedos se deslizaron contra la piedra.

—Lo siento —susurró ella, pero no sabía si se dirigía a Iván o a Kostya.

Iván suspiró con fuerza.

—Niña, sólo has hecho lo que te han pedido.

Parecía mucho más viejo que cuando habían llegado, sus ojos oscuros estaban cansados.

—La gente ha muerto —dijo—. Si fuera mejor en esto, si tuviera mejor control, nadie estaría muerto. Kostya no estaría muerto.

—Si los Buitres no existieran, Konstantin no estaría muerto —dijo Iván—. No puedes culparte de todas las tragedias que ocurren a tu alrededor.

Sí que podía.

—Si Malachiasz no estuviera aquí, Kostya estaría vivo —susurró.

No había hablado con él desde el ataque. Parijahan le había dicho que nadie se ocuparía de sus heridas, así que Rashid había hecho lo que pudo con lo que tenía a mano. Nadya no estaba realmente preocupada: era un Buitre y podían sobrevivir a heridas más graves que una mandíbula rota y heridas de ballesta. Toda la noche fue confusa e irreal en retrospectiva, como si hubiera sido un sueño.

Pero no era un sueño, era una pesadilla, y la lápida bajo su mano era muy real y no podía despertar.

Las últimas palabras de Kostya fueron un tormento que nunca la abandonó. ¿Quiénes eran los viejos dioses de los que tenían demasiado miedo de hablar a Nadya? ¿Quiénes eran? ¿Y por qué?

—Hermano Iván, ¿conoces a los dioses más antiguos que los que adoramos? —preguntó ella, haciendo rodar casualmente una de sus cuentas de oración entre los dedos.

Lo vio ponerse rígido con el rabillo del ojo.

—¿Qué quieres decir?

—Me lo dio alguien en mi monasterio —dijo ella, levantando el colgante de Velyos de debajo del cuello—. Kostya dijo que el símbolo era de un dios más antiguo que el nuestro. Que también había más.

—No sé dónde habrá oído algo tan absurdo —se burló Iván—. Están los veinte altos. Ni más ni menos.

—Tener a los *Veinte Altos* implica que también hay seres menores —señaló Nadya.

—¿Es esto lo que haces ahora, niña? ¿Cuestionar a tus superiores? —Iván trató de sonar amable, pero su agudeza cortó a Nadya.

—¿Y si hubiera otros? —reflexionó ella, ignorándolo.

—Te acercas peligrosamente a la herejía, Nadezhda.

¿Por qué no le decía la verdad? ¿Por qué la Iglesia creía que era peligroso que ella supiera de los otros dioses? ¿Cuánto tiempo le habían estado mintiendo, y qué otras mentiras le habían contado?

—No podemos ver los hilos que los dioses han utilizado para tejer este mundo —dijo Iván—. Ni siquiera tú, Nadezhda. ¿Podría haber sido diferente la batalla? ¿Cuántos Buitres has matado, niña?

Estaba cambiando de tema para evitar sus preguntas. ¿Por qué mentía? ¿Podía confiar en alguien?

—Siempre hemos estado luchando una guerra contra un pueblo que ha ido tan lejos contra los dioses que ha alcanzado un poder que no tenemos —dijo Iván—. Y esas abominaciones son la prueba. Confío en que cuando llegue el momento harás lo mejor para Kalyazin.

Nadya cerró los ojos. Era mucho peor oírlo de otra persona que cuando se decía a sí misma lo que tenía que hacer.

—Sin embargo —continuó Iván— ninguna batalla es fácil. Y esto es la guerra. En la guerra se pierden vidas. Tú, Nadezhda, eres la que va a detener esta guerra.

—¿Pero y si no puedo? —dijo ella, desesperada.

Iván se encogió de hombros.

—La guerra continúa. Y más almas buenas como Kostya morirán. —Ella escuchó lo que él no dijo en voz alta. *Y más almas malas como Malachiasz vivirán*.

—Marzenya quiere que vaya al oeste. A la sede de los dioses.

—¿Y desde allí?

—Tocar la divinidad y hacer que los tranavianos finalmente puedan ver —dijo Nadya.

Iván se quedó callado.

—No sé si sobreviviré a esto —dijo Nadya en voz baja.

—Si no lo haces, condenas a Kalyazin —dijo Iván.

Reconfortante.

La dejó sentada sola en el cementerio, sintiéndose aún más perdida y confundida. Hacía tiempo que desconcertaba a los sacerdotes el hecho de que ella fuera capaz de comunicarse con todo el panteón. Pero ahora se daba cuenta de que la Iglesia no confiaba en ella.

¿Por qué *le temían*?

Una sensación de malestar se le instaló en la boca del estómago. Sólo había una persona con la que podía hablar de magia y que no le ocultaría la verdad. Podía mentir literalmente sobre todo lo demás, pero no mentiría sobre la magia. Tenía que hablar con Malachiasz.

* * *

Nadya detuvo a Malachiasz en el pasillo y lo empujó contra la pared con más fuerza de la que pretendía, oyendo su grito de dolor y casi sin creérselo. Le pasó un brazo por el pecho —lo suficientemente cerca como para golpear su antebrazo contra su garganta— y le apuntó con su *voryen* de hueso.

—Estaría vivo si no fuera por ti.

Malachiasz, cansado y destrozado, se estremeció.

—¿Puedes hablar? —No sabía hasta qué punto le había roto la mandíbula.

Asintió casi imperceptiblemente.

—Bien. Tenemos que hablar. Pero primero, dame el nombre del Buitre que lo mató. —Necesitaba tener algún otro punto de venganza en el que apoyarse.

La pálida mirada de Malachiasz se oscureció. Su postura cambió por debajo de su brazo mientras se alejaba del chico y se acercaba al monstruo. No dijo nada.

—Ya veo. —Ella ajustó el agarre de la espada, dejando que le rozara la garganta. Las venas negras se extendieron desde el punto de contacto, y ella observó el fino goteo de sangre contra su pálida piel—. Has dejado muy claro lo que te importa, Malachiasz. —Dijo su nombre con todo el veneno que pudo reunir—. Tranavia. Los Buitres. Pero no a mí. Supongo que esto era inevitable.

Inclinó la cabeza contra la pared, cerrando los ojos. Un feo moretón floreció contra su mandíbula, que se hizo más repugnante a medida que la

decadencia se arrastraba a lo largo de ella. Sería muy fácil acabar con él. No la detendría como lo había hecho en el bosque tiempo atrás.

—¿Por qué les avisaste? —preguntó ella. Las lágrimas ardían en sus ojos, pero se negaba a llorar.

Él no respondió.

—No te importa —dijo rotundamente—. No sé por qué he hecho el esfuerzo, volviendo por ti, está claro que no te lo mereces. No lo quieres.

Él temblaba bajo su antebrazo, con el ceño fruncido, pero en silencio. Ella quería agarrarle la mandíbula y tirar de él hasta su nivel, hacerle ver el dolor que le había causado. Causarle el mismo dolor.

Hubo un momento de desconexión, y luego oyó su agudo gemido, su mandíbula moviéndose bajo los dedos apretados de ella.

—Me dijiste que no querías causarme dolor —dijo lentamente, intentando valientemente que su voz no temblara—. Pero tú eres lo único que me hace daño, una y otra vez. ¿Cómo voy a saber si tu dolor es más que un acto para mantenerme lo suficientemente cerca como para que me duela?

Sus rodillas cedieron y cayó. Nadya no se molestó en aflojar su agarre ni en soltar la espada de su cuello.

Se arrodilló ante ella, con una súplica forzada, la respiración haciendo sonar su pecho. El sol que entraba por la ventana delineaba sus bordes, dentados y corruptos, pero a la luz, convirtiéndose en algo hermoso.

Con este chico no había piezas en conflicto. Había tomado la decisión de hundirse en la oscuridad y no habría forma de sacarlo de ella. Ella no podía salvarlo, y seguir intentándolo sólo iba a terminar en más miseria.

—Tendría a un dios de rodillas ante mí —susurró, su tono desapasionado era extraño en sus oídos—. Te dije que te tendría así.

Una lágrima brilló en su mejilla. Él estaba temblando. Apartó las manos, horrorizada por su propia crueldad. No era un dios, por mucho que quisiera serlo. Era un monstruo, un horror, una pesadilla. Sólo era un niño.

Bajó la cabeza, se llevó la mano a la mandíbula, los escalofríos sacudieron sus delgados hombros.

Dio un paso atrás.

La mano de él se alzó y agarró el borde de la falda de ella, su puño se enroscó en la tela. Un escalofrío de miedo la recorrió. Él se enderezó lentamente, con una mano apoyada en la mandíbula, con el dolor dibujado en el rostro. La acercó a ella y se puso en pie con cuidado.

Pero sólo apoyó su frente en la de ella. Pasó un latido, la grieta en la armadura de Nadya se hizo más grande, y las lágrimas que había estado

conteniendo cayeron.

—Así que lo hiciste —rasgó—. Llevas bien la crueldad, *towy dżimyka*.

Dio un paso atrás, mirándolo. La muerte de Kostya era tan culpa de él como de ella, y eso no hacía más que agravar la dolorosa brecha que los separaba. Otro recordatorio de que no podía ceder a las exigencias de su corazón.

Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil luchar.

Le cogió la mano. Estaba fría donde él solía ser cálido. Entrelazó sus dedos.

—Ven conmigo —dijo en voz baja, nerviosa—. Quiero hablar.

El santuario estaba benditamente vacío. Nadya tiró de él hacia dentro, ignorando su reticencia. Se sentó en el primer banco, levantando los pies y sentándose a un lado para poder mirar hacia él. Estudió el vasto iconostasio que tenían delante, dorado y brillante a la luz mortecina de las altas ventanas. Llevaba el pelo suelto y enredado alrededor de los hombros y no se había molestado en utilizar un hechizo para disimular el caos cambiante de sus facciones.

Un grupo de ojos se abrió en su mejilla. Eran de un blanco enfermizo y rezumaban sangre. Su mano se dirigió inmediatamente al lugar.

—Todos me mienten…

—*Ksawery Opalki* —dijo al mismo tiempo. La miró antes de bajar sus pálidos ojos—. El nombre del Buitre. Nadya, lo siento mucho.

Su armadura se hizo añicos. Cerró los ojos y trató de recomponerla. Necesitaba una barrera entre su corazón y él.

—¿Sabías todo el tiempo que Kostya estaba en las minas?

—No soy omnisciente. Tengo un hilo de control sobre los Buitres. Bueno, yo tenía eso. No, no lo sabía.

—Sin embargo, tú eras la razón por la que seguía vivo, ¿no?

Se rió suavemente.

—Sabes que no soy tan noble como eso. La suya fue una muerte sin sentido y tú mereces vengarte.

Dejó muchas cosas sin decir entre ellos. Él había elegido a su país y a su orden por encima de ella, y ella elegiría a su país por encima de él, ¿y qué pasaría cuando llegara el momento de que esa elección fuera la definitiva? Lo que tenían no estaba hecho para durar.

—¿Por qué les advertiste?

—No lo hice. Intenté dar una orden para salvar el monasterio. No salió bien.

Nadya disimuló cuidadosamente su sorpresa.

—No estoy segura de creer eso —dijo.

Él asintió.

—Siento haberte roto la mandíbula —dijo ella.

—¿Vamos a intercambiar disculpas, porque vamos a estar aquí literalmente toda la noche? —dijo él, recogiendo su mano malherida.

—¿Cómo me la he roto?

—Si estamos preparados para el golpe, podemos trabajar alrededor de él.

—Entonces, si te pilla desprevenido…

—No me mataría —respondió alegremente—. Es mucho más difícil que eso, Nadya.

—Pero no eres irrompible.

Aunque él podía hablar, por lo que se curaba notablemente rápido, pero ella ya lo sabía.

—No lo soy. ¿Planeas romperme? —preguntó él, con voz áspera.

Ella se estremeció ante su tono.

—Debería haberte encadenado en las bodegas del monasterio.

Él lo consideró.

—Eso habría sido ciertamente efectivo.

—La próxima vez, tal vez —dijo ella con seriedad.

Malachiasz emitió un sonido pensativo.

Nadya suspiró; esto no la llevaba a ninguna parte. Tiró de su núcleo y unos puntitos de llama blanca se encendieron a lo largo de las yemas de sus dedos. Pero eso fue todo. La magia le dolía en la palma de la mano, pero no sabía cómo llegar a ella. La magia nacida de la desesperación no era tan fácil de recuperar.

Malachiasz levantó una ceja y una pequeña sonrisa se dibujó en su boca al reconocer lo que ella quería. Se descolgó el libro de hechizos de la cadera y lo dejó sin contemplaciones en su regazo.

—No quiero esto —dijo ella con duda.

Él la ignoró. Sacó su daga de la funda y se la ofreció también tras una mirada irónica hacia el iconostasio.

—No lo necesito.

—¿No?

Ella negó con la cabeza. Se mordió el labio inferior, contemplando el libro de hechizos. No había quitado los iconos que había puesto en la portada cuando lo había tomado prestado en Grazyk. Pasó la punta de los dedos por el icono de Marzenya.

—Malachiasz… ¿Por qué los había guardado?

Él malinterpretó su intención, abriendo los ojos una fracción.

—No tienes que hacerlo —dijo rápidamente.

Ella se rió y él se relajó.

—No voy a hacerlo.

Ella empezó a coger uno de los iconos y se sobresaltó cuando la mano de él se posó sobre la suya.

—Tampoco tienes que hacer eso —dijo él, con una voz insoportablemente suave.

Ella se sobresaltó, sorprendida, estudiando su rostro. Él evitó cuidadosamente tocar los iconos mientras retiraba la mano. No ofreció nada más a modo de explicación y, por mucho que Nadya quisiera saber por qué, no preguntó.

—La Iglesia me oculta algo —dijo—. Y creo que tiene que ver con la forma en que uso la magia.

Masticó distraídamente la uña de un pulgar, mirando de nuevo el iconostasio. Nadya podía nombrar cada símbolo y pintura de cada santo. Su fe era lo único que conocía sin lugar a dudas, pero aquí estaba con un chico que había profanado todo lo que su fe representaba. El conocimiento era inútil cuando se enfrentaba a algo tan diferente a todo lo que le habían enseñado.

—Ya has utilizado mi libro de hechizos, aunque sin querer, y has forjado un vínculo mágico extrañamente inexplicable a través del poder robado —dijo finalmente Malachiasz. Había un hilo subyacente en su voz que ella no podía descifrar, pero que hizo que la nuca se calentara.

—¿Y?

Abrió el libro.

—La magia es la magia —dijo lentamente, como si esperara que ella discutiera.

Pasó las páginas de su libro de hechizos, pasando por encima de docenas de hechizos meticulosamente construidos, su garabato desordenado de borde a borde. Se detuvo en una página cubierta de bocetos a carboncillo, manchados e imperfectos.

Eran bocetos de ella. Había lienzos apilados en todos los rincones de sus aposentos en la catedral. Ella había pensado que él simplemente coleccionaba cosas hermosas cuando todo el tiempo había sido él quien las creaba. Su rostro se calentó, la delicadeza con la que la había capturado era demasiado visible.

—¿Qué tal un enfoque diferente? —dijo él, con palabras apresuradas.

Cerró el libro con un chasquido y lo dejó a un lado. Se sonrojó y se sintió ligeramente mortificado.

Oh, diablos. Estoy en peligro, pensó sin remedio.

—Eres muy bueno —dijo.

Su mano se movió para posarse sobre el libro. Él se abstuvo de mirarla.

—Gracias —dijo en voz baja.

Un peligro tan absoluto e irreversible.

—Kostya dijo que la Iglesia tenía miedo de que yo descubriera dioses antiguos fuera del panteón. Que tenían miedo de mi corrupción. —Levantó la mano con ironía.

Malachiasz le cogió la mano y la estrechó con la suya.

—¿Porque temen que te comuniques con esos seres?

Era ciertamente plausible.

—No debía liberar a Velyos, y lo hice. No puedo evitar sentir que está conectado.

Dudó.

—Si descubrimos cómo llegar a tu poder, ¿tendrás que seguir hacia el oeste?

—Sí —dijo ella. Sí, porque necesitaba poner fin a los terrores de Tranavia. Sí, porque esto estaba condenado entre ellos. Sí, porque ella iba a destruirlo y era demasiado tarde para detenerlo. Las piezas ya estaban colocadas. No había vuelta atrás.

Asintió con la cabeza.

—¡Bueno, has hablado tanto de ello que tengo curiosidad de todos modos! —Le apartó la manga para que la mancha oscura fuera visible hasta su codo —. No creo que te vaya a gustar la respuesta que encontremos para esto —dijo, mirándola a los ojos por debajo de sus largas y oscuras pestañas.

Se movió, levantando las piernas para quedar precariamente sentado, con las piernas cruzadas, en el banco.

—Así que sabemos lo de Velyos —dijo— y no forma parte de tu panteón, ¿verdad? —Esperó la confirmación.

Ella asintió.

—Muy bien. Un dios caído, entonces, signifique lo que signifique. Tu poder es tuyo, independientemente de dónde lo hayas obtenido inicialmente. Usaste el poder de Velyos en la catedral, ¿te pareció similar?

—No. Como el poder de cualquiera de los dioses.

Inclinó la cabeza, observando una vidriera detrás de ella. Sonrió mientras observaba al curioso e inquisitivo muchacho que amaba los rompecabezas.

—Podemos descartar que se trate del poder de un dios caído, entonces, porque se sentiría así.

—Sin embargo, eso no deja nada más. No soy una bruja, como Pelageya. Ella dijo que yo lo estaba sacando de otro lugar.

¿Pero era otra persona? ¿O algo más? O si realmente era sólo su magia, ¿qué era lo que la hacía sentir tan oscura y fuera de su alcance? ¿Por qué no podía llegar a ella por sí misma? Pelageya dijo que la magia de bruja y la de clérigo no son diferentes, así que ¿por qué no puedo hacer nada con esto? ¿Y por qué me está cambiando?

Las líneas tatuadas de su frente se arrugaron mientras fruncía el ceño.

—La divinidad sabe a cobre y ceniza —murmuró. Le cogió la mano corrompida con suavidad, mirándola durante un largo rato antes de que su mirada pasara por delante de la de Nadya, como si estuviera por encima de su hombro.

Nadya se quedó quieta. Deslizó su otra mano sobre la de él.

—Y un halo fracturado… —Le abrió la palma de la mano.

Ella se estremeció, mordiéndose el labio.

—¿No podrías preguntar antes de hacer eso?

Él no respondió, mojando un dedo índice en su sangre. Se metió el dedo en la boca.

—Dioses, Malachiasz, ¿qué estás haciendo?

Ella se echó hacia atrás cuando él agitó unos dedos vagos y ensangrentados frente a su cara, haciéndola callar distraídamente.

—Tengo una teoría.

—¿Es que eres repugnante?

—No, hay suficientes pruebas de eso para concluir que es cierto —dijo distante, mirando fijamente a su lado. Hizo una pausa, y con una nota extraña en su voz, susurró—: Divinidad, sus ojos desenfocados.

Nadya se quedó fría, observándolo con horror mientras daba vueltas a las piezas que estaba juntando en su mente. No pudo saber qué era lo que él había descubierto y no le decía.

—No de tus dioses, no de los caídos, algo más allá, algo más antiguo. Antiguo, hambriento, loco.

—¿Malachiasz?

Se estremeció, parpadeando hacia sí mismo y hacia la sangre que se acumulaba en su palma, palideciendo.

—Lo siento —dijo, sacando un paño del bolsillo de su chaqueta y envolviendo cuidadosamente su mano.

Esperó, con el miedo enroscándose en su interior. Él tomó su rostro entre sus manos, con algo en sus ojos que ella nunca había visto antes; la asustó.

—No te hará daño si lo reclamas —dijo, en voz baja y casi reverente de una manera que no tenía sentido en este chico hereje.

—Simplemente te volverás magnífica.

—¿Qué?

La besó. Él era una tormenta y ella iba a ahogarse. Se separó demasiado pronto, dejándola sintiéndose inmovilizada y temblorosa. Malachiasz besó muy suavemente el dorso de los dedos de su mano corrompida.

—Todo irá bien, te lo prometo —dijo—. Pero tienes que dar el siguiente paso tú misma. Eres tú, Nadya, eres toda tú.

Se levantó para marcharse, apretando ligeramente una mano contra su pelo antes de salir de la habitación.

—¿Qué? —susurró ella, llevándose una mano a la boca.

Mientras estuvieran en lados opuestos de este conflicto, serían crueles el uno con el otro, aunque quisieran ser tiernos. Y cuando fueran tiernos, su corazón latiría demasiado fuerte. No había forma de evitarlo.

En el momento en que él se fue, la presencia de Marzenya la invadió.

¿Qué significa? ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir que haga?

La diosa no respondió de inmediato. Nadya se levantó de su asiento y casi se cae antes de llegar al altar y encender otra barrita de incienso. *¿Y los otros dioses volverán a hablarme?*

—*No pueden* —dijo Marzenya simplemente, sin dignarse a responder a sus otras preguntas.

El corazón de Nadya vaciló. Oh. *¿Pero el velo?*

—*Otro velo, una magia diferente* —dijo Marzenya—. *Diferente en la creación, un fin similar. Más centrado, más definido. Más fuerte. Los tranavianos han creado algo que partirá a Kalyazin por la mitad si se les da la oportunidad. Por eso debes hacerles cambiar de opinión.*

¿Cambiar sus mentes? preguntó Nadya. La guerra había durado casi un siglo. Tranavianos como Malachiasz y Serefin querían que la guerra terminara. ¿Pero la propia Tranavia? ¿Kalyazin? ¿Querían que la guerra terminara? Serefin había mencionado lo lucrativa que era para los nobles tranavianos y Nadya se preguntaba si era lo mismo para Kalyazin.

Eso la cansaba mucho.

—*Vamos a cambiar sus mentes* —repitió Marzenya—. *De forma permanente. Hay un pozo del que deben beber. Lo arreglaremos. Devolveremos el equilibrio. Devolveremos a Tranavia a nuestras gracias.*

Nadya tragó. Esta era una canción muy diferente a la que Marzenya solía cantar para ella.

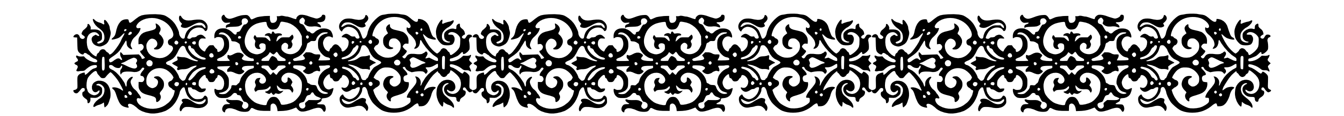
¿Sabes por qué la Iglesia me ha mentido? ¿Sobre los viejos dioses, los que han caído? ¿Sobre lo que es este poder mío?

Hubo una larga pausa.

—*No es el momento de hacer preguntas. Es el momento de actuar. Ve.*

Nadya debería agradecer que la destrucción total ya no estuviera sobre la mesa. Debería estar agradecida de poder acabar con esto sin destruir el país que tanto amaba el chico al que quería, aunque tuviera que destrozarlo para conseguirlo.

El extraño comportamiento de Malachiasz seguía siendo desconcertante y presente, enterró sus dudas, encendió otra barrita de incienso y salió del santuario.



Interludio

PARIJAHAN SIROOSI

La carta estaba doblada en un cuadrado diminuto y la metió en el fondo de su mochila tanto como pudo. Ella no sabía cómo la había encontrado el mensajero. El alcance de su familia estaba claramente más allá de lo que ella pensaba.

> *Su Gran Majestad, Rey de Reyes, Gobernante de la Travash de la Casa Siroosi, en Cuyas manos Descansa la Conexión de los Cinco Países Bajo el Gran Sol, Daryoush Siroosi, está muriendo. Él pronto caminará entre las arenas.*
>
> *Venga a casa, Su alteza.*

Ella miró fijamente al fuego. Ellos habían dejado el monasterio unos días antes. Ir al extremo opuesto de Kalyazin simplemente porque Nadya quería había sido razón suficiente para Parijahan; eso significaba estar muy, muy lejos de Akola.

Rashid estaba dormido, su cabeza en su regazo, sus dedos entrelazados a través de su cabello oscuro. Nadya estaba, por turnos, malhumorada y extrañamente concentrada en algo que ella y Malachiasz pasaban horas discutiendo cada día. Parijahan hacía mucho que había dejado de escuchar los suaves sonidos de las voces de Malachiasz y Nadya mientras ellos discutían en las extrañas idas y venidas en los que tranavianos y kalyazi tenían la tendencia a caer cuando estaban hablando. Parijahan no pensaba que alguno de los dos se daba cuenta de que lo estaban haciendo. Ellos hablaban en un idioma hasta que uno de ellos chocaba con una pared que el idioma del otro no les permitía pasar y cambiaban al del otro y continuaban.

Su padre estaba muriendo.

Venga a casa.

Se suponía que ella debía sentirse triste, pero sobre todo estaba aterrorizada por lo que eso significaba con ella tan lejos de Akola.

Se sobresaltó cuando Malachiasz se sentó a su lado.

—¿Nadya está dormida? —ella preguntó.

Él asintió.

—¿Le has dicho a Rashid?

—No se lo puedo decir a Rashid.

Malachiasz enarcó una ceja.

—Yanzin Zadar ha estado esperando que Paalmidesh muestre debilidad durante décadas. Ellos llevan intentando derribar el Paalmideshi Travash desde que tengo uso de razón. No puedo confiar en él con esto.

—Oh. —Él apoyó la barbilla en las manos—. Me encanta escuchar que la política de otro país está tan desordenada como la de Tranavia.

—Me cuesta creer que algo pueda ser peor que Tranavia.

—¿Cómo va todo eso de la unificación de los cinco reinos?

Parijahan estaba callada.

—Mira, sabía que sería una mala idea. Al menos dos reyes son manejables.

Si tan solo los Cinco Padres te lo hubieran preguntado hace siglos, tú podrías haberles dado tu asombroso consejo político.

—*Es* una pena que no me hayan consultado.

Parijahan puso los ojos en blanco.

—Eres bueno en política, al menos.

—Qué acusación.

—No una sin fundamento.

—Simplemente soy bueno para ser paciente. Y es un juego. —Él se quedó callado, luego continuó—: Y yo soy bueno en los juegos.

Él estaba subestimando sus capacidades.

—Ugh. Entonces maneja esto.

—Absolutamente no. Tenía la impresión de que tú y Rashid no estaban demasiado preocupados por las disputas particulares de su país de origen —dijo Malachiasz.

—Quiero decir, no lo sé. Yanzin Zadar tiene derecho a estar molesto con Paalmidesh; nosotros no hemos sido precisamente amables con ellos. Y Rashid… él ha dicho que no le molesta.

—Ah, él dice eso.

—No te atrevas, Malachiasz Czechowicz, chico horrible.

Malachiasz se rió suavemente.

—Él me dirá que vuelva —ella dijo—. Me dirá que haga lo correcto porque él es tan malditamente noble.

Malachiasz se llevó una rodilla al pecho y la rodeó con los brazos.

—No puedo hacerlo, Malachiasz. Pensé que me repudiarían por irme. Estaba preparada para *esa* realidad, no para esta.

Él apoyó la cabeza en sus rodillas, pensando. De vez en cuando, una parte de él temblaba, como si él no estuviera totalmente en el mismo reino de existencia que todos los demás. Ella había sabido desde el principio lo que él era; él había hecho un trabajo terriblemente malo al ocultar que era un Buitre cuando estaba desesperado y solo en un reino enemigo. Ese aspecto de él nunca la molestó; francamente, era el encantador y gentil chico tranaviano lo que siempre la hacía más cautelosa.

Pero era el encantador y gentil chico tranaviano quien siempre escuchaba cuando ella se quejaba y le daba consejos tan devastadores.

Él miró intencionadamente a Rashid, pero Parijahan indicó.

—Él no se va a despertar.

—Vas a tener que decírselo. Tendrás que decírselo a ambos, honestamente.

Eso era exactamente lo que ella no quería hacer.

—¿Qué pasaría si te quedas aquí? —él preguntó.

—No lo sé —ella dijo—. Soy la heredera de un Travash. Los otros dos superiores Travash presentarán sus ofertas por el trono. Un consejo compuesto por nobles de todas las casas de Akola decidirá quién será el próximo gobernante. Es probable que Yanzin Zadar intente derribar el sistema. Siroosi ha retenido a Akola durante mucho tiempo. Sería… deshonroso de mi parte abandonarlo y dejarlo caer en manos de una casa diferente.

—Pero tú —dijo Malachiasz, sus palabras con cuidad—, no eres exactamente honorable.

Ella le lanzó una mirada irónica.

—Bueno, *tú* ya lo sabes.

Él le sonrió.

—Debes tener cuidado —ella dijo—. Tengo un mal presentimiento sobre todo esto.

—Seguramente mi participación es causa de dicho mal presentimiento —él comentó.

Sí y no. Lo que él había hecho en Tranavia había sido una traición, pero ella no se habría enojado tanto si él le hubiera dicho desde el principio lo que

estaba planeando. Los grandes planes de la divinidad para derrocar a los dioses estaban muy bien; Parijahan *odiaba* que le mintieran. Eso era parte de lo que la convertía en una *prasīt* absolutamente terrible.

—Tú y Nadya son una combinación peligrosa —ella dijo.

Él esbozó una sonrisa suave, menos su habitual de amargura. El animal salvaje que él dejó asentarse bajo su piel ausente.

Madre bendita, él está enamorado de ella. Ella conocía a este chico lo suficientemente bien como para saber que eso solo podía significar un desastre.

—Hubo mucha magia en el santuario esa noche y no estoy tan seguro de que todos nos demos cuenta de lo que hemos hecho.

Parijahan se burló. Él sonrió con pesar.

—Mis propios planes incluidos.

Un ojo se abrió en la sien de él como para confirmarlo.

—¿Duele?

—Sí —dijo él alegremente—. ¡Casi siempre! Tengo un dolor constante.

Ella gimió, una risa escapándose. Ella apoyó su mano libre sobre la de él. Tan terrible como era, él era su amigo y ella no quería verlo tan dañado.

—Calculé mal —dijo él, encogiéndose de hombros—. Eso sucede.

Parijahan no le creyó. Aunque deseaba que él tuviera una explicación más obvia de su mentira. Él no había calculado mal en absoluto. La magia con la que él y Nadya trabajaban era incompresible para Parijahan, y a ella no le importaba particularmente saberlo. Akola tenía sus propios magos que solo se mantenían al margen del conflicto entre Kalyazin y Tranavia porque pocas personas los conocían. Ellos vivían en los desiertos profundos y rara vez llegaban a las ciudades para comerciar.

—¿De verdad pensaste que serías capaz de matar a un dios y derrocar un imperio divino, así como así? —Ella chasqueó los dedos.

—Estaba pensando con demasiada sencillez, tienes razón. Tengo el poder, pero no sé cómo usarlo. Me preocupa que, si lo hago, será mi fin.

—¿Pero si tuvieras que usar ese poder para salvar a Tranavia?

Él estuvo en silencio durante mucho tiempo, hurgando distraídamente en la piel alrededor de la uña del pulgar.

—Entonces ese sería el final de Malachiasz Czechowicz —dijo finalmente.

Parijahan dejó escapar un suave suspiro.

—Es un desastre. Puedo ser idealista, pero no me engaño tanto como para pensar que cualquier cosa que haya planeado Nadya traerá un final pacífico a

este conflicto.

Él sonrió, pero fue triste.

—Entonces, ¿por qué la estás ayudando?

—Porque quiero ayudar. Porque *soy* demasiado malditamente idealista y tengo que permitirme esperar que uno de nosotros pueda arreglar este lío del mundo o yo mismo me voy a arrastrar bajo el peso de mi propio pesimismo desesperado. —Él se encogió de hombros—. Porque estoy preocupado por ella.

—Si la lastimas como lo hiciste antes, te mataré antes de que ella tenga la oportunidad —dijo Parijahan.

—De ti, estoy realmente aterrorizado —él respondió.

—Deberías tenerle el mismo miedo a ella.

—No es miedo —él murmuró—. Esa no es la palabra adecuada. ¿Pero tal vez debería serlo? Ella me contó algunas cosas inquietantes que su iglesia ha dicho sobre ella.

—Cosas que vas a usar en un argumento sobre moralidad teológica, estoy segura —dijo Parijahan secamente.

—La pelea es la mitad de la diversión. Y tú solo estás cambiando de tema porque no quieres abordar esa carta.

Ella frunció el ceño.

—No sé qué hacer —ella dijo.

—Entonces, ¿vas a ignorarla y esperar que desaparezca?

—Ha funcionado bien hasta ahora.

—Parj…

Ella no quería que él usara ese tono con ella. Él no tenía derecho a juzgar. Ella alisó el cabello de Rashid. Su pierna estaba dormida.

—No estoy haciendo nada porque Nadya necesita mi ayuda. No la voy a dejar contigo.

—Justo —él reconoció—. Pero… él es tu padre.

La confusión herida en su voz era angustiosamente genuina. Parijahan le lanzó una mirada desesperada.

—Algunos de nosotros no tenemos uno de esos —él continuó en voz baja.

Él estaba en lo correcto. Pero era mucho más complicado de lo que él pensaba. Ella había dicho cosas que nunca podrían dejar de decirse, ella había hecho cosas que nunca serían perdonadas.

Ella había pensado que su Travash enviaría gente a matarla, no rogarle silenciosamente que regresara.

Ella cerró los ojos. Malachiasz apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Algunos de nosotros formamos nuestras propias familias —dijo Parijahan—. No estoy segura de dónde me equivoqué de que la mía tenga un chico monstruo, pero ahí está.

Malachiasz resopló.

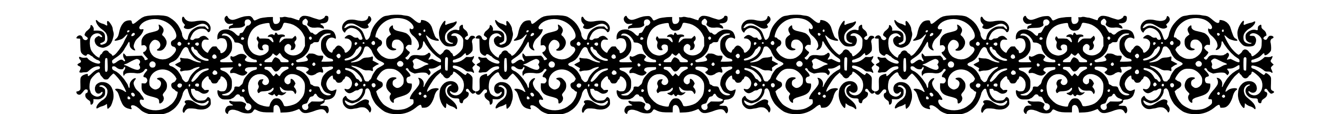
Un largo silencio cayó sobre ellos. Malachiasz finalmente se levantó, pero solo para avivar el fuego y levantar suavemente a Nadya y llevarla a la tienda para que no se congelara. Ella se veía pequeña en sus brazos, el largo cabello negro de él mezclándose con sus mechones rubio-blancos mientras él hundía su rostro cerca del de ella. Parijahan escuchó la suave amortiguación de sus voces. Él volvió a salir y se sentó a su lado.

—Ve a dormir. Yo haré guardia.

—No quiero gobernar Akola —ella dijo con la mirada vacía, mirando al fuego—. Si me quedo aquí, no tengo que hacerlo. —Ella enterró su rostro contra su hombro.

Él la rodeó con un brazo. Su terrible y poderoso amigo. Cuando ella había huido de su casa, nunca habría adivinado que se encontraría con el Buitre Negro de Tranavia en una pequeña aldea

Kalyazi, un chico inquieto con soldados kalyazi pisándole los talones. Ella no quería volver. Ella no podía.



Interludio

TSAREVNA
YEKATERINA VODYANOVA

La magia extraída de los santos era terriblemente imperfecta, y eso era lo que los tranavianos simplemente no podían entender. Con su magia herética que hacía las cosas tan fáciles, ellos no podían comprender la magia que requería *trabajo*. Serefin había observado con creciente confusión en su rostro mientras Katya sacaba la mayor parte de las cosas de su mochila y comenzaba a hojearlas.

—Son esos… —Él cogió un puñado de setas—, sangre y huesos, ¿por qué tienes *czaczepki towcim*?

—Solo los clérigos tienen verdadera magia —dijo Katya, sacando un pequeño cuenco de cerámica y aplastando la salvia de un adivino en él—. Se amable y usa tu poder blasfemo para encender esto, ¿por favor?

Él frunció el ceño. Hubo un latido de silencio.

—Lo siento, ¿no lo he dejado claro? Los dioses y yo no siempre nos llevamos bien. Me importa un carajo cómo ustedes obtienen su magia, pero mi opinión no importa, solo la de mi padre y la iglesia.

Ellos se habían mudado a una de los cascaras quemadas de una casa. A Katya le dolía el corazón al ver tal destrucción, especialmente por algo que no había molestado a los habitantes de Kalyazin en décadas. Kalyazin siempre había tenido sus monstruos. Acechaban en los rincones, los *domovoi* conservaban sus casas, los *bannik* conservaban las habitaciones de baños y los *dvorovoi* los establos. Pero los monstruos que causaban verdadero daño, los *zhir'oten*, los *kashyvhes*, los *drekavac*, no se habían visto en mucho tiempo. Y ellos se habían levantado.

Velyos había sido una vez el dios del inframundo y los bosques y todos los monstruos que habitaban allí. Cuando él fue puesto en libertad, todo lo demás se despertó con él. Kalyazin finalmente había luchado para salir de su lugar de oscuridad y monstruos y ahora estaban siendo arrastrados hacia

abajo. Katya tuvo la terrible sensación de que este horror era irreversible. Incluso si Serefin lograba escapar del agarre de Velyos, la oscuridad estaba aquí para quedarse.

Serefin se cortó el pulgar con una navaja en la manga y encendió su cuenco. Ella le ofreció un hongo.

—Puedes venir conmigo.

Él frunció el ceño.

—He tenido suficientes horrores divinos para toda la vida, gracias.

—Me cuesta creer que te molesten algunos alucinógenos ligeros.

—No me conoces en absoluto, querida. —Tenía un frasco apoyado contra su muslo. Él admitió—: Si la magia de sangre pudiera aumentarse con drogas, los Buitres lo habrían descubierto hace mucho *tiempo* antes. Recreativa es un asunto completamente diferente.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras. —Se lo tendió a Ostyia, quien dudó antes de negar con la cabeza.

—La magia de sangre es suficiente para mí —dijo Ostyia en voz baja.

—Sangra un poco más sobre la salvia —le dijo Katya a Serefin.

—La usaré para rastrear al Buitre Negro.

Serefin se movió nerviosamente. *Herejes tontos, tan inseguros cuando se enfrentan a la magia que no entienden*, ella pensó. Cualquier cosa que ella le diera de Svoyatovi Vladislav Batishchev sería suficiente para encontrar al Buitre Negro. Pero ella necesitaría realizar otros rituales para tener el poder suficiente para matar a un Buitre, especialmente a uno tan poderoso como él.

Los clérigos podían usar el poder en cualquier momento. Personas como Katya, que acudían a los santos, tenían que realizar rituales prolongados y extensos para obtener un poco de magia. Eran buenos para cazar, buenos para encuentros individuales, pero malos para el campo de batalla. La magia requería demasiada preparación y muy poco de lo que hablar como recompensa. A Katya no le importaba; no podía imaginar vivir con poder como un clérigo, constantemente presente y *allí*.

—Primero Pelageya, ahora ella, ¿qué pasa contigo kalyazi? —Kacper murmuró.

—¿Conoces a Pelageya? —Katya chilló, incrédula.

—Ella es la consejera de mi madre —dijo Serefin con el ceño fruncido.

—Si las brujas tuvieran una madre total, esa sería Pelageya —dijo Katya —. *Yo he* conocido a Pelageya. Ella es una de las últimas brujas que quedan. Bueno, en su mayoría se la considera un mito, por lo que la iglesia no se

esfuerza demasiado por erradicarla. —Tenía sentido que Pelageya hubiera estado en Tranavia todo este tiempo; ellos serían mucho más amables con las brujas.

Serefin miró a Katya con recelo. O, al menos, ella pensó que él lo hizo. Era desconcertante cómo ella no podía decir lo que él estaba mirando a través de sus ojos fantasmales. *Él* era desconcertante. Ella no entendía cómo un rey había sido arrastrado a lo que parecía un asunto completamente kalyazi. ¿Cómo lo había tomado un dios desterrado que había dormido durante milenios? ¿Fue culpa de la clériga? ¿O se había señalado a Serefin por esto hace mucho tiempo y no había forma de detenerlo?

Katya disfrutaba de una buena contemplación existencial de vez en cuando.

—Parece que no tienes una buena opinión de la iglesia —comentó Serefin.

—Amo la iglesia, pero no me *gusta* la iglesia —dijo Katya—. Es complicado.

—Aparentemente.

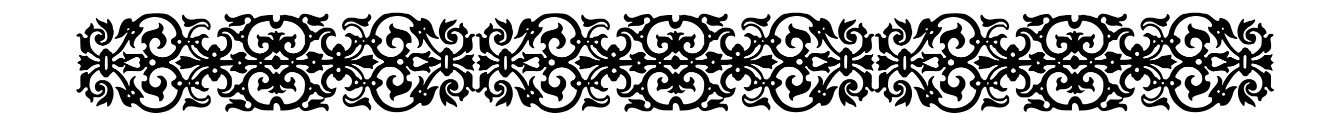
—Parece que *tú* no tienes una muy buena relación con tu familia —señaló Katya con un levantamiento de cejas.

—He matado a mi padre y planeo matar a mi hermano —respondió Serefin—. No puedo imaginar a qué te refieres.

Ella se echó un poco de humo a la cara, inhalando profundamente, antes de coger uno de los hongos.

—Vuelvo enseguida —dijo con una sonrisa irónica antes de llevárselo a la boca.

Los efectos fueron relativamente repentinos. Y Katya cayó.



31

NADEZHDA LAPTEVA

Grigoriy Rogov era un monje que escuchaba las voces de los dioses caídos. Fue envenenado por un hermano de su monasterio.

Los libros de Innokentiy

Malachiasz pasaba cada vez más tiempo estudiando detenidamente su libro de hechizos. Eso casi sería un regreso a la normalidad, él siempre había estado sangrando por eso antes, pero había algo en la forma en que se acurrucaba sobre él, manteniéndose alejado de todos por las noches cuando acampaban, que preocupaba a Nadya. Pero ella no podía convencerse a sí misma de que él estaba conspirando para traicionarlos a todos porque él no sería tan obvio al respecto. Y cada vez que ella se acercaba y le tocaba el hombro con la barbilla, él hacía todo lo posible para explicarle lo que estaba haciendo, unir hechizos que los llevarían a través del bosque en una sola pieza, no escondiéndolo. Algunas noches él ignoraba el libro, sentado doblado al borde del fuego, cosiendo la parte de atrás de su chaqueta donde sus alas la habían desgarrado. Rashid juzgaba en voz alta sus costuras.

Él se había negado a explicar lo que había visto del poder de ella en el santuario, y ella se preguntaba si él sabía más de lo que dejaba ver. Si él sabía por las historias de adónde ellos iban. Pero a pesar de lo inteligente que era Malachiasz, a ella le costaba creer que un chico de Tranavia conociera este lugar. Que sabría él de Evdokiya

Dobronravova, quien hizo la peregrinación a Bolagvoy pero fue devorada por Tachilvnik en el camino. Su propia mente en deterioro la hizo pedazos y flores crecieron sobre sus huesos.

Seguramente él no sabía que ese era el destino que Nadya tenía para él.

Llevaban semanas viajando y todavía les quedaba mucho por recorrer antes de llegar al punto donde el bosque de Dozvlatovya se convertía en Tachilvnik. El alcance impasible. La parte de Kalyazin entregada por completo a los monstruos. Nadie que entrara a esta parte del bosque salía jamás, pero era el camino más rápido al monasterio. Si sobrevivían, ellos estarían allí en la mitad del tiempo. Pero eso era un gran *sí*.

Parijahan había estado actuando de manera extraña y Nadya tampoco estaba segura de si debía decir algo al *respecto*. Le preocupaba haber estado tan absorta en sus propios problemas que no se había dado cuenta de nada. Quizás Parijahan había estado actuando mal durante un tiempo. Tal vez Malachiasz se había estado poniendo cada vez más inquieto. Y tal vez Nadya no se había dado cuenta de nada de eso.

Perder a Kostya fue difícil, pero sería peor si el dolor de su pérdida la hiciera alejar a los amigos que ella había dejado. Ella no podría soportar perder a Parijahan o Rashid. Y Malachiasz… bueno… realmente no importaba lo que pensara su corazón.

Parijahan y Malachiasz susurraban, los tonos irregulares de sus voces encontraban sus oídos. Finalmente, Malachiasz se separó y se marchó. Nadya frunció el ceño. Parijahan tenía los brazos cruzados sobre el pecho e ignoraba furiosamente las miradas de Nadya y Rashid.

Nadya se movió hacia los árboles para seguir a Malachiasz. No estaba tratando de ser sutil y fue fácil encontrar su alta figura mientras él se deslizaba entre los árboles. Estaba nervioso cuando ella lo encontró, de pie en la orilla del lecho de un río, mirando el agua, que de alguna manera aún fluía a pesar del frío helado.

—No quiero hablar de eso —dijo mientras ella se acercaba.

Nadya frunció el ceño. Él la miró. Sus ojos se suavizaron.

—No es nada… —Él se calló y agitó una mano.

—¿Malvado? —ella ofreció.

Él rió.

—¿Es esa la palabra para eso?

—¿Para ti? Ciertamente, Malachiasz.

Su respiración todavía se entrecortaba cuando ella usaba su nombre, y ella trataba de usarlo tanto como podía. Ella se preguntaba si los recordatorios la ayudarían, si tenía algún sentido recordarle la frágil ancla que lo ataba a su humanidad. Finalmente, ella decidió que no importaba particularmente si eso *no* ayudaba, todavía era algo que ella podría hacer durante el tiempo que quedaba.

Y fue reconfortante saber que él y Parijahan estaban peleando por algo benigno.

—Bueno —dijo ella finalmente—, estoy aquí si quieres hablar de ello.

—¿Alguna vez te ha molestado? —él preguntó—. ¿No saber de dónde eres y quién es tu familia?

Nadya no podía decir si esto estaba relacionado con algo o no. Ella sabía que a él le molestaba que sus recuerdos de infancia hubieran sido borrados. Por mucho que a él le *gustara* el monstruo que era, siempre habría una semilla de resentimiento por cómo él se había vuelto de esa manera.

Ella se encogió de hombros. Francamente, ella nunca pensaba en eso. Su sentido de pertenencia siempre había estado firmemente arraigado dentro de los muros del monasterio. No fue hasta que comenzó a chocar con muchos de su fe que se encontró vacilando. Ella ya no sabía a dónde pertenecía. Nunca más podría permanecer dentro de los muros de un monasterio, ella había visto y hecho demasiado, y la idea la aterrorizaba.

Ella había estado callada durante demasiado tiempo. Ella no solía ser la pensativa. Malachiasz la miraba con curiosidad.

—No —dijo ella en voz baja—. Me molesta más que yo no creo que encaje nunca más con aquellos que consideraba mi familia.

Una pausa de perplejidad, antes de que una luz exasperantemente petulante parpadeara en los ojos de él.

—¿Porque finalmente te convencí de que tengo razón? —preguntó él, falsamente inocente.

—Tú no tienes ni un poco de razón —ella espetó.

No era que él tuviera razón y ella se equivocara. Era que él había señalado discrepancias que ella no podía explicar. Nadya no podía racionalizar las cosas que ella había visto en Tranavia.

Ella le devolvió la sonrisa de él con una mirada furiosa y metió sus manos en los bolsillos de su abrigo.

—Quiero saber qué me hizo tan inútil que yo fui fácilmente desechado —él susurró finalmente.

El corazón de Nadya se partió.

—Pensé que los habitantes de Tranavia creían que ser elegido para los Buitres era un honor.

—Lo *es*. —Pero él sacudió su cabeza.

¿Cuánto tiempo hasta que las pequeñas cosas que él no dijo se convirtieran en otra red de mentiras? ¿Cuánto podía ella pasar por alto antes de llegar a arrepentirse? ¿Qué *había* hecho él que no le estaba contando? Ella

se preguntaba si Marzenya lo sabía, si eso también se lo estaba ocultando. Ella no entendía por qué tenía que estar en la oscuridad. Ella quería *ayudar*.

Nadya había recibido más instrucciones de Marzenya. Un lugar dedicado al que ir. Sus instintos la habían llevado al lugar correcto, pero Marzenya hizo que sonara como si quisiera a Nadya para mucho más.

Y tal vez la chica atrapada en Tranavia hubiera vacilado un poco ante ese cambio de destino. Tal vez la chica que había quedado atrapada en el corazón oscuro de la guarida del monstruo podría tener algunas dudas sobre las intenciones de Marzenya, pero perder la voz de los dioses, perderlo todo, había cambiado algo dentro de Nadya. Ella no podía perderlo *todo*. Ella no podía perder la voz de los dioses. Ella no se volvería *inútil*. Pero, oh, ella estaba enojada con Marzenya y si esto no funcionaba, ella no sabía dónde eso la dejaría.

—No lo sé —dijo él finalmente—. No me gustan estos bosques.

—¿A ti? ¿No sabes algo? Imposible.

—Voy a empujarte a este río.

—¡No sé nadar!

—Es una pena. Supongo que morirás.

Él se tensó de repente y se volvió para mirar hacia los árboles.

—¿Nadya? —él murmuró, con los ojos vidriosos.

A ella se le erizaron el vello de la nuca.

—¿Cuándo se suponía que íbamos a llegar a Tachilvnik? —preguntó Malachiasz.

—Una semana más o menos. Todavía estamos muy al sur —dijo Nadya.

Él hizo un zumbido pensativo.

—Y desde allí se convierte en el bosque que solo lo divino puede atravesar. Tranavia tiene lagos, nosotros tenemos bosques.

Él no reaccionó, seguía mirando a través de los huecos de los árboles. Aunque era mediodía, estaban tan adentro del bosque que un pequeño sol atravesaba las ramas de los árboles. Con todo su mundo congelado permanentemente en medio del invierno, todo era aún más sombrío.

Nadya quería sus cuentas. Las había relegado a una bolsa en su mochila; solo mantenía la cuenta de Marzenya en su bolsillo. Ella la hizo rodar entre sus dedos, deseando poder hablar con Vaclav.

Un escalofrío penetrante la atravesó, el aire de un invierno profundo. Ella lentamente sacó la cuenta de su bolsillo. La yema de su dedo recorrió la talla de una calavera, solo una faceta del dominio de su diosa. Muerte. Magia. Invierno.

Invierno.

Pelageya le había dicho que la retribución divina de ellos en Tranavia no sería tan obvia, que el invierno era parte de ella. Pero el invierno también estaba matando a Kalyazin. ¿Qué estaba escondiendo Marzenya?

—Hay algo observándonos —dijo Malachiasz, su voz enredada en los bordes. Él tomó su espada y su libro de hechizos.

—Mago de sangre, no Buitre —ella dijo distraídamente.

Él puso los ojos en blanco, pero permanecieron claros.

—Las cosas que habitan en este bosque no van a apreciar nuestro traspaso. —Ella también podía sentirlo, algo viejo y enojado mirando desde las sombras.

Ella *realmente* deseaba poder hablar con Vaclav. Si era un *leshy*, todos iban a tener problemas. Los guardianes de los bosques no eran conocidos por ser particularmente amigables.

Malachiasz se estremeció. Él lentamente enfundó su daga y sujetó su libro de hechizos a su cinturón.

—No provoques una atención indebida. Si solo nos está observando, déjalos —dijo ella—. Necesitamos superar esto sin acercarlos. Además, rey de los monstruos, ¿ellos no deberían escucharte?

Ella recibió una *mirada*.

Hubo ese momento con las *rusałki* y Nadya había estado tan segura de que la magia de Malachiasz era la razón por la que ellas habían escuchado.

¿Y si hubiera sido ella?

Ellos esperaron a que los demás los alcanzaran, pero cuando lo hicieron, Malachiasz pronto se alejó. Nadya no se molestó en seguirlo esta vez. Se puso al paso de Parijahan.

—No voy a preguntar sobre qué han estado hablando tú y Malachiasz —dijo Nadya cuando Parijahan se puso rígida—. Pero puedes hablar conmigo si lo necesitas, lo sabes, ¿verdad?

—No es nada. Malachiasz simplemente está siendo el desastre inquieto que es.

Nadya enarcó una ceja. Parijahan le sonrió.

—Además, no quiero agobiarte con mis propias dificultades mientras tú estás lidiando con todo esto —ella dijo.

Nadya no quería ser excusada porque estaba luchando. Ella no quería que Parijahan sintiera que ella tenía que lidiar con lo que fuera que eso fuera solo porque la vida de Nadya se había desmoronado a su alrededor.

Ella había abierto la boca para decirlo cuando una magia desconocida la golpeó. Ella se quedó sin aliento. La magia era casi divina. Algo se estrelló cerca, estalló una pelea. Nadya y Parijahan intercambiaron una mirada mientras Rashid despegaba en la dirección de la conmoción.

Malachiasz tenía a una chica alta y de cabello oscuro clavada al suelo. Nadya estuvo a punto de hacer una pregunta antes de que alguien se moviera junto a su codo y ella atacara instintivamente.

Golpeando a un rey de Tranavia en la cara. Él dio un paso atrás tambaleándose, maldijo y levantó las manos.

El *shock* se transformó en alivio.

—*¿Serefin?*

Él la miró parpadeando, le dio unas palmaditas suaves en la cabeza y de repente se centró en Malachiasz y la chica detrás de Nadya. Ella se volvió, sacó su *voryen* y lo sujetó sin apretar.

—¿Quién eres tú, *Towy Wilockna*? —Malachiasz siseó—. ¿Y qué crees que estás haciendo con esos dientes?

Los ojos de la chica brillaron y le escupió algo a Malachiasz que Nadya no pudo captar, aunque ella reconoció kalyazi. Malachiasz rió sombríamente.

—¿Quién te ha mentido? —él preguntó, la voz un enredo bajo. Una mano contra el esternón de ella, la otra apretaba una garra de hierro contra su garganta. Los ojos de él estaban turbios, segundos después de llenarse de negro—. ¿Te dijeron que tendrías algo de magia secreta? ¿Te llevaron a una habitación oscura y susurraron en un idioma que no conocías hasta que te sentiste *diferente*? ¿Te dijeron que eras especial, te entregaron una espada mágica? ¿Te dijeron que estabas muy preparada para matar a alguien como yo?

Nadya agarró la mano de Serefin yendo hacia la hoja en su cinturón. Ella se acercó a Malachiasz.

La chica respiraba con dificultad, pero una sonrisa fría tiró de su boca.

Malachiasz le devolvió la sonrisa con dientes de hierro.

—¿Crees que eres una cazadora de Buitres, pequeña loba? ¿Pensaste que esos dientes extraídos de los de mi especie te hacían especial? —Él levantó la cadena de dientes alrededor del cuello de la chica con una garra de hierro—. ¿Puedo contarte un secreto? —Su sonrisa enfermiza tiró aún más de su boca—. Conozco cada diente de esta cuerda y cada Buitre al que se los has robado aún vive. Todo lo que eres es una chica sin magia y una hoja desafilada y una cadena de dientes.

Ya es suficiente, pensó Nadya, inclinando su *voryen* bajo la barbilla de él.

—Tú, más que nadie, deberías saber que no debes subestimar a una chica con una espada. —Ella golpeó la punta contra su mejilla—. Déjala levantarse, ya has hecho tu punto.

Él dejó que la chica se pusiera de pie. Él apoyó los codos en sus rodillas, sus manos con las puntas de garras de hierro permanecían amenazadoramente visibles.

Ella era alta, con rasgos refinados como si estuviera hecha de vidrio. Llevaba una chaqueta militar kalyazi en azul marino intenso y tenía un *voryen* apretado con un puño; sus agudos ojos verdes estaban extrañamente dilatados. ¿Qué extraña compañía nueva había elegido Serefin? ¿Y qué estaba haciendo él aquí?

—¿Puedo… puedo ver eso? —preguntó ella, extendiendo su mano hacia la daga. La chica claramente pensaba que ella podría dañar a Malachiasz. ¿Era eso otra reliquia?

La mirada de la chica abandonó brevemente la de Malachiasz, entrecerrando los ojos en la mano extendida de Nadya. Ella miró a Serefin con ironía.

Sus cejas se arquearon; él se recostó contra un árbol. ¿Qué estaba haciendo *Serefin* con una cazadora de Buitres que se mantenía con los claros aires de una noble?

—Yo misma saqué todos los dientes —ella le dijo a Malachiasz.

—¿Crees que nuestros dientes no vuelven a crecer? —Malachiasz replicó, su voz traicioneramente agradable—. ¿Crees que sacarnos un diente de la boca hará un daño irreparable?

—Ellos estaban muertos cuando los saqué —espetó la chica.

—Cariño, somos muy buenos sobreviviendo.

Ella ladeó la cabeza. Su postura era increíblemente relajada para alguien que acababa de ser arrojada al suelo por el Buitre Negro.

—¿Estás con él? —ella le preguntó a Nadya.

Nadya apoyó la mano en el cabello de Malachiasz. Esa extraña chispa de magia se encendió bajo sus dedos pero ella la ignoró.

—Soy yo quien evita que él te arranque la garganta, sí.

—Tranquila —dijo Serefin en voz baja.

—Déjame ver la daga —dijo Nadya, más fuerte esta vez.

La chica se rió.

—Tú no me *ordenas*.

—Nadya —interrumpió Serefin con cansancio—, ¿puedo presentarte a una *tsarevna* Yekaterina Vodyanova?

Toda la sangre desapareció del rostro de Nadya. *¿Qué?*

—Katya —continuó Serefin—, esta es Nadezhda Lapteva, tu clérigo. Por favor, nunca me hagan volver a presentar a dos kalyazi. Voy a cuidar de mi orgullo herido.

La *tsarevna* parecía engreída. Ella dio la vuelta a su *voryen* y se lo entregó primero a Nadya, quien lo tomó, aturdida. La futura gobernante de Kalyazin estaba parada frente a ella y ella viajaba con el Buitre Negro. No había forma de darle la vuelta a eso como algo bueno. Pero, mientras Nadya lo pensaba más, ella se dio cuenta de que estar cerca de Serefin la había insensibilizado a la idea de la realeza. Bien podría actuar como si no estuviera perturbada por este giro de los acontecimientos.

—¿Pensaste que esto lo mataría? —Nadya golpeó la parte plana de la hoja contra la mejilla de Malachiasz—. ¿Cualquier cosa?

—Yo creo…

—¿No?

—Creo que tienes que usarlo de otra manera —ofreció Malachiasz amablemente. Él simuló haber sido apuñalado.

Nadya resopló suavemente. Ambos sabían que eso no era cierto. Su reliquia de hueso lo lastimaba con solo estar cerca de él. Esto no era más que una espada promedio. Ella se la entregó a Malachiasz.

Él se sentó. Sus ojos se aclararon, las garras se alejaron excepto una, que él usó para abrirse el antebrazo. Katya hizo una mueca. Él hojeó su libro de hechizos durante unos segundos antes de arrancar una página y envolver la daga en ella. El papel se convirtió en ceniza en sus manos. Él la lanzó al aire, la agarró por la punta y se la ofreció a la *tsarevna*.

—Si quieres intentarlo, puedes apuñalarme. Sobreviviría, pero te sentirías muy bien haciéndolo, *Wécz Joczocyść* —él dijo.

Ella le enseñó los dientes. Él le arrojó el *voryen*. Ella lo agarró por la empuñadura.

—Bueno —continuó Malachiasz—, todo esto es una linda coincidencia, ¿no?

—Cállate, Malachiasz —dijo Nadya

La única ceja levantada de Malachiasz se volvió hacia ella, y un escalofrío de miedo le advirtió que ella podría estar yendo demasiado lejos. Pero él permaneció sentado, con las piernas estiradas con indiferencia. Él se apoyó sobre sus manos, contento de ver cómo se desarrollaba todo esto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ella preguntó a Serefin, muy consciente de que la *tsarevna* la estaba mirando. Mirando la mano que ella tenía

descansando en el cabello de Malachiasz, el hueso que ella estaba rodando entre las yemas de los dedos.

El ojo de Serefin parecía de otro mundo, el otro cubierto con un parche negro; se veía terrible.

—Él tiene un dios antiguo traqueteando en su cabeza y estamos tratando de liberarlo —respondió Katya por él.

—Lo siento, ¿tu cómo estás involucrada? —Nadya estaba desconcertada por el papel de la *tsarevna* en todo esto. ¿Cómo se cruzó Serefin con ella? ¿No estaban en *guerra*?

Sin embargo, ella supuso que se podría decir lo mismo de ella y Malachiasz; ambos símbolos de ideologías de oposición, pero aquí juntos de todos modos.

Katya sonrió.

—Sé mucho sobre dioses antiguos.

El corazón de Nadya se le subió a la garganta. ¿Katya podría ayudarla? ¿Sabría ella qué significaban todos los mensajes crípticos que Nadya había estado recibiendo? ¿*Querría* ella ayudar a Nadya, sabiendo que ella estaba con el Buitre Negro? Nadya no la dejaría pasar por no querer tener nada que ver con una clériga contaminada.

—¿A dónde van? —ella preguntó.

—Tzanelivki —dijo Serefin. Se frotó el ojo distraídamente.

—Ahí es donde nosotros vamos —dijo Malachiasz, sonando confundido. Ante la perplejidad de Nadya, él aclaró—: Tachilvnik. —Ya no contento con mirar, finalmente se puso de pie. La *tsarevna* se tensó mientras él se enderezaba en toda su estatura.

—Todos tenemos que ir al mismo maldito lugar, aparentemente —dijo Malachiasz con acritud—. Qué casualidad.

Los ojos de Serefin se entrecerraron.

—No he olvidado lo que hiciste —dijo en voz baja.

—Estaría increíblemente decepcionado si lo hubieras hecho. Trabajé *muy* duro para poner todo eso en su lugar y tú tenías que ir y arruinarlo sobreviviendo.

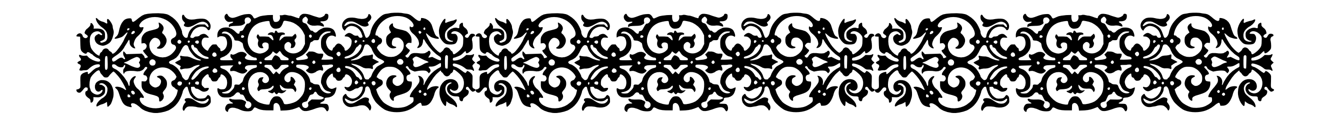
—Sangre y huesos, lamento mucho haber frustrado la traición. Realmente, es una pena. Lo que realmente necesita Tranavia es ser gobernado por el peor Buitre Negro que hemos tenido.

Una sonrisa se asomó a la boca de Malachiasz.

—Tranavia ha sobrevivido tanto tiempo porque soy el peor. No te engañes.

Hubo un zumbido en los oídos de Nadya que ella no pudo evitar. Todas las pequeñas peculiaridades que tenía Serefin y que le habían recordado a Malachiasz cuando ella estaba en Grazyk de repente se volvieron aterradoramente claras. Al verlos enfrentarse, el parecido en sus perfiles era demasiado cercano para ser una coincidencia. Los ojos de Serefin, antes de todo esto, habían sido del mismo pálido helado que los de Malachiasz. Ellos tenían rasgos similares de huesos finos. Malachiasz era una sombra más ligera y gastada que Serefin, pero el parecido era sorprendente. *Un chico de la oscuridad y el otro de oro*.

Oh, dioses.



32

SEREFIN MELESKI

Yace bajo las olas. Aguas profundas. Aguas oscuras. Las manos torcidas de Zvezdan sostienen entre ellos un ejército, si alguna vez él piensa en mirar hacia arriba y escuchar a los sacerdotes ahogados pidiendo su gracia.

Los libros de Innokentiy

—Vienes aquí, tienes a la *tsarevna* kalyazi a cuestas, que por casualidad caza Buitres… —Malachiasz miró a Serefin con una mirada molesta que decía *buen intento*—. ¿Qué estás haciendo, *moje kóczk*?

Serefin se estremeció ante el tono mordaz de Malachiasz.

Katya había arrastrado a Nadya y estaba hablando con ella intensamente. Kacper parecía querer matar a Malachiasz él mismo. Él estaba sentado en un árbol caído junto a Ostyia, quien *claramente* quería saber de qué estaban hablando Katya y Nadya, pero después de unos minutos ella se levantó para hablar con la pareja akolanos.

—¿Qué *estoy* haciendo? —Repitió Serefin—. Una novedad para ti de todas las personas que me preguntes eso.

Malachiasz puso los ojos en blanco.

—Especialmente cuando yo debería preguntarte lo mismo.

Malachiasz señaló vagamente hacia donde estaba Nadya. Mientras Serefin miraba, ligeramente horrorizado, un grupo de ojos, negros como el carbón, se abrieron parpadeando en su mejilla. Malachiasz no reaccionó cuando su cuerpo se agitó y se movió. Pero hubo un escalofrío en sus bordes que hizo que Serefin pensara que él en realidad no estaba viendo *todo* de él. Lentamente se quitó el parche del ojo.

—Eres un desastre, ¿no? —él murmuró.

Caos dado forma. Malachiasz estaba ocultando lo que él realmente era detrás de una máscara que se había vuelto endeble. El horror era mucho más y con su ojo perdido él podía ver *todo*. Quizás Malachiasz realmente se las había arreglado para volverse más parecido a un dios. Serefin había subestimado enormemente a qué se enfrentaba.

Malachiasz frunció el ceño, perplejo.

—¿Y qué hiciste con todo este poder?

Una fractura en la expresión de Malachiasz.

—Yo… no lo sé.

Mintiendo, él está mintiendo.

—Por supuesto que está mintiendo. Él ha construido un imperio sobre la vulnerabilidad —señaló Velyos.

¿Sabes entonces lo que él es?

—Obtener el poder de un dios y saber cómo usarlo son dos cosas muy diferentes —respondió Velyos.

Serefin guardó ese pensamiento. Él se ató el parche sobre el ojo.

—Te ves pésimo —dijo rotundamente.

Malachiasz sonrió.

—Tú también. ¿Quién es el dios?

—No quiero hablar de esto contigo.

—Me halaga que pienses que te voy a sabotear.

Serefin resopló.

—¿Qué has estado haciendo el último año si no sabotearme?

La postura de Malachiasz era lánguida, pero traicionada por sus dedos que se tocaban la piel alrededor de sus cutículas. Serefin parpadeó, él tembló un poco. Era un hábito inquieto de su madre.

Él realmente es mi hermano, pensó, una sensación de hundimiento lo hundió.

—Es mejor que tu respondas una pregunta —respondió Malachiasz—. Mi memoria es confusa en el mejor de los casos.

Más mentiras.

—Es un largo camino hasta Tzanelivki —continuó Malachiasz—. Y tú estás muy lejos de casa. ¿En manos de quién dejaste el trono?

El tono punzante en la voz de Malachiasz hizo que Serefin se erizara. ¿Cómo *supo* él lo que había pasado?

—Correcto. No lo hiciste.

Él lo había dejado en las manos de su madre, sangre y huesos, de la madre de *ellos*, pero ese no era un punto digno de discusión aquí.

—¿Y qué habrías hecho tú? —Preguntó Serefin.

—Matar a Ruminski. Inmediatamente. Elimina al líder y las ratas se dispersarán.

—¿No hemos visto suficiente muerte?

Malachiasz se rió.

—Ni siquiera hemos empezado.

No, ellos ciertamente no lo habían hecho.

—¿Cómo supiste todo eso?

—Soy el Buitre Negro. Todavía tengo mi orden.

—¿Lo haces?

Un parpadeo.

—Bueno, la mayoría —admitió.

—¿Qué hiciste con Żaneta?

—Hasta donde yo sé, ella está en las Minas de Sal, donde pertenece, ya que ella es miembro de *mi* orden.

Serefin apretó los dientes.

—La retuviste a propósito.

—¿Pensaste que te facilitaría las cosas? ¿Después de que tu mano destruyera mis planes completamente? Le ofrecí algo a Nadya que deseaba más y ella lo tomó.

—Porque ella es *tan fácil* de manipular.

De nuevo, una grieta.

—A ella… le importa —dijo él finalmente—. No lo suficiente para ayudarme a mantener mi trono.

—¿Por qué esperarías que ella eligiera un tranaviano cuando puede salvar a alguien de Kalyazin? —Pero Malachiasz frunció el ceño—. No importa. Żaneta se tomó mal los cambios. Eso sucede. Es mejor para ella permanecer en las Minas de Sal hasta que se adapte, y ella se *adaptará*, solo necesita tiempo.

La admisión fue sorprendente y casi sonó como si Malachiasz estuviera tratando de ayudar.

Serefin se había preguntado qué sucedía en las Minas de Sal. Él realmente no quería los detalles sombríos, pero esto le tranquilizó. Al menos ahora sabía que todo había estado tan condenado desde el principio como él había sospechado.

Se acercó a Malachiasz, las palabras salieron de sus labios espontáneamente. El otro chico parpadeó, como si quisiera alejarse, pero se mantuvo firme.

—Sabes lo que ella va a hacer, ¿no?

Malachiasz ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere esa diosa de ella, Malachiasz? —Serefin no sabía lo que estaba diciendo. ¿Qué le estaba *pasando*?—. ¿Pensaste que ella se detendría después de Grazyk? ¿O que ella quiere que toda Tranavia se arrodille?

Malachiasz frunció el ceño, pero palideció.

—¿Qué hará esa preciosa clérigo tuyo por el capricho de su diosa?

Malachiasz tragó saliva, hielo en sus ojos.

—No creo que eso sea tan simple. —Él se apartó de Serefin. Y Serefin, con un escalofrío, fue soltado.

Nadya se alejó de Katya con el rostro tenso. La *tsarevna* fue a hablar con un Milomir muy miserable, él asintió y desapareció entre los árboles y ella saltó, alegre.

—¿Suficiente pérdida de tiempo? —ella preguntó.

—¿A dónde va ella? —Preguntó Serefin.

—Milomir no viajará más con nosotros.

—Esta fiesta tiene *cuatro* tranavianos —señaló Kacper.

—Y una clériga —dijo Katya alegremente.

Como si fuera un intercambio digno. Nadya se movió incómoda. Ella intercambió una mirada con Malachiasz, palabras no dichas pasando entre ellos.

No había sido Serefin quien había hablado de Nadya, pero las palabras resonaron en su cabeza. ¿Qué *estaba* haciendo ella? A él no le gustaba que fueran al mismo lugar porque ahora parecía como si los estuvieran *conduciendo* al mismo lugar, y Serefin no podía ir a donde Velyos deseaba que fuera.

Pero, ¿y si eso significa detener a Nadya? ¿Detener a Malachiasz?

Puede que él no tenga elección.

* * *

La picazón en la cabeza de Serefin solo empeoraba. Él no tenía mucho tiempo para llegar a Tzanelivki antes de perder la poca voluntad que le quedaba.

Y si perdía eso, ¿qué se pasaría con él? Él necesitaba más información y necesitaba saber qué estaba planeando Nadya. Pero Malachiasz mantenía a Nadya alejada de él siempre que podía, y cuando Malachiasz no estaba con ella, la *tsarevna* lo estaba, y ella era igual de mala.

Así que Serefin se mantuvo cerca de Ostyia y Kacper, ignoró cuánto Ostyia coqueteaba con Katya y dejó que Kacper hiciera todo lo posible para convencerlo de que iban a salir de esto de una pieza.

Había cierta incomodidad en que Serefin y Kacper aún no supieran cómo navegar. Algo pendía sobre ellos que los mantenía *separados*. Para Serefin, eso era lo inevitable: él probablemente iba a morir. Eso no le hizo sentir que él debería ceder a la chispa cambiante que tenía por Kacper, cuando todo lo que él quería hacer era exactamente eso. Sin embargo, él no sabía qué estaba reteniendo al otro chico. Quizás lo mismo desde un ángulo diferente.

Los bosques kalyazi eran oscuros, la maleza espesa y difícil de navegar. Perdieron el camino poco después de aventurarse en Dozvlatovya. Todavía tenían que ir más profundo, mucho más para descender, y ellos siempre estaban siendo observados. Serefin podía sentirlo y Malachiasz claramente también; sus manos y brazos sangraban constantemente mientras él sostenía varios hechizos de protección en su lugar. Serefin no estaba del todo seguro de cómo él estaba consciente con tanta pérdida de sangre.

Nadya era diferente de lo que era en Grazyk, pero Serefin realmente no podía ubicar cómo. ¿Era la misma tensión que él estaba sintiendo? ¿La misma pesada inevitabilidad de que estuvieran malditos pendiendo sobre ellos? Que independientemente de adónde fueran y qué hicieran, esto estaba tan fuera de su control que solo terminaría en un desastre. Ella constantemente discutía con Malachiasz, pero solo por trivialidades. Serefin tenía la sensación de que todos sabrían cuando esos dos pelearan por algo importante.

Pasaron unos días de viaje antes de que Serefin finalmente pudiera tener a Nadya a solas. Malachiasz se había ido a buscar agua que pudieran hervir para beber. Ninguno quería arriesgarse a un fuego en el bosque, pero la mayoría de las noches significaba la diferencia entre la supervivencia y una muerte lenta.

Serefin se dejó caer al suelo junto a Nadya. Ella estaba ensartando con cuidado cuentas de madera en una cuerda, pero de vez en cuando las quitaba todas y empezaba de nuevo. Ella se mordió el labio inferior mientras trabajaba.

—Él está mintiendo, sabes —dijo Serefin.

—Lo sé. —Nadya no miró hacia arriba.

Serefin la miró de soslayo; ella le devolvió la mirada antes de volver a su trabajo.

Cómo explicaba que él podía *ver* cosas. Cosas que no tenían sentido, cosas que no podían ser reales. ¿Cómo explicaba que él *sabía* que cualquier

otra palabra de la boca de Malachiasz era una mentira, incluso las más serias, especialmente esas? ¿Cómo él explicaba que él podía solo *decirlo*? Malachiasz recordaba cada maldita cosa desde que él huyó de la catedral. Él sabía absolutamente lo que él había hecho; simplemente no quería admitir nada de eso ante Nadya. ¿Por qué sacar a la luz el hecho de que su relación se balanceaba sobre hilos desgastados?

—Él recuerda —dijo Serefin simplemente.

Nadya se tensó. Sus dedos se detuvieron en su trabajo. Ella tiró de las cuentas del cordón, reorganizó dos y volvió a ensartarlas. Colgó una nueva cuenta y ató tres nudos entre esa y la siguiente. Ella trabajó en silencio durante mucho tiempo antes de hablar.

—Eso no lo sabes —ella dijo en voz baja.

—Nadya, lo hago.

Sus ojos oscuros eran fríos. ¿Por qué ella quería confiar *tanto* en él? ¿Después de lo que él le había hecho?

—Di que él *está* mintiendo —dijo ella—, ¿qué importa? Es una suposición bastante segura de que todo lo que él dice es una mentira.

—Entonces, ¿por qué lo mantienes cerca?

—Lo necesito para llegar a Bolagvoy. Ninguno de los dos llegará allí sin él.

—¿Lo sabes con certeza?

—Serefin, ambos actuamos basándonos únicamente en el mito y la esperanza. Si las historias dicen que los mortales no pueden atravesar el bosque, me inclino a creerlo. Necesitamos a alguien que sea *más*, y ese alguien es, lamentablemente, él.

—Podría ser yo —él murmuró, tocándose el rabillo del ojo.

Ella enarcó una ceja.

—¿Quieres arriesgarte a eso?

¿Arriesgarte?

Interesante, cómo había un nombre para ese lugar en kalyazi y tranaviano y eso no significaba lo mismo en ninguno de los dos idiomas. Interesante, cómo ellos necesitaban un monstruo para llegar a cualquier parte.

—Además —dijo ella— no ha *pasado* nada.

—Realmente no creo que esa deba ser tu métrica de cuán inofensivo piensas que él es. Porque yo no creo que eso sea verdad en absoluto. Hubo una masacre en Kartevka —él dijo—. Murieron muchos kalyazi y muchas reliquias fueron robadas.

Serefin tuvo la repentina y aguda conciencia de que él no estaba actuando completamente solo. Esa otra presencia de repente estaba muy *cerca*. Las palabras seguían siendo las de Serefin, pero había algo más que lo empujaba. Algo que le gustó mucho cuando Nadya miró hacia arriba, una fractura en su calma.

—No es bueno —ella admitió—. Pero todavía nada en los niveles que él insinuó que era capaz, ¿no?

—¿Sacrificarías a tu gente por él?

—No —dijo ella brevemente—. Estoy dispuesta a ser pragmática con él. Eso es diferente.

Serefin realmente no podía ver en qué eso se diferenciaba en absoluto.

Ella suspiró.

—Nunca asumí que él no cometió atrocidades durante esos meses. Debería haber sido más clara, Serefin, él todavía no ha declarado la guerra a los dioses, lo que sugiere que él no está en la capacidad que le gustaría.

—Tener el poder de un dios y saber qué hacer con él son dos cosas muy diferentes —dijo Serefin, citando a Velyos.

Nadya parpadeó.

—¿Qué?

Ella no había visto lo que Serefin tenía de Malachiasz. Serefin tenía la sensación de que incluso en su peor momento, Malachiasz seguiría pareciendo humano. Eso no había sido lo que Serefin había visto cuando dejó que su visión alterada abarcara a su hermano menor.

—¿Qué estás insinuando, Serefin?

—Estoy *insinuando* que estás pensando con demasiada sencillez. —Serefin había sido empujado hacia atrás, sus palabras ya no eran suyas—. Estás atrapada en una perspectiva muy limitada en la que confías demasiado en lo que tienes delante. Tú tienes tus dioses, pero ¿y si ellos simplemente son seres con poder que han descubierto qué *hacer* con todo ese poder?

Ella lo estaba observando. Esto no era algo de lo que él supiera algo, ni él le había dado razones para creer que él lo hacía. Es casi seguro que él sonaba completamente loco.

—Pensamos en el poder de manera demasiado simple —él continuó, porque tenía que hacerlo, porque *no era él quien hablaba*—: ¿Qué pasa si no es solo magia de sangre y lo que sea que tu poder es…?

—Magia divina —ella dijo en voz baja.

—Si, eso. ¿Y si hubiera algo más?

Las cejas oscuras de ella se arquearon hacia abajo. Ella miró hacia el cordón de cuentas a medio ensartar y flexionó los dedos de su mano izquierda, la piel extrañamente manchada.

—¿Qué pasa si los dioses que adoras no son dioses en absoluto? —él murmuró, citando las palabras de Pelageya de hace una vida—. ¿Y si todo se reduce al *poder*? —Serefin, *no Serefin*, preguntó.

—Continua —ella dijo, pero su voz temblaba.

—Poder divino, magia de sangre, magia de brujas, luego más, algo más. Monstruos, seres que han descubierto cómo usar su poder para trascender los miserables vínculos mortales, más allá aun…

—Dioses —ella terminó en voz baja.

—Dioses —repitió—. Entonces, si uno tiene ese tipo de poder, pero aún no sabe cómo usarlo… —Él se interrumpió. Malachiasz había aparecido en los límites del campamento, vagamente frustrado.

Nadya lo miró sin pestañear.

Serefin *tenía* que volver en sí mismo. Pero no sabía cómo. Y él se preguntó si este era el principio del fin.

Si perdía el control completamente, no podría recuperarse. El ser, fuera lo que fuera, lo tendría por completo.

Ella se volvió, buscando su ojo descubierto.

—¿Quién es el dios que te tiene?

—Velyos. —Y cuando él fue a contarle lo del otro, descubrió que no podía. Algo forzó su mano, le impidió hablar. Las palabras murieron en su garganta.

Ella no se dio cuenta de su lucha. Ella asintió una vez, su expresión nunca cambió.

—Por supuesto —ella susurró, su voz extrañamente desapasionada—. No te preocupes por Malachiasz. Pronto no será un problema para nadie.

* * *

Había algo primordial en el bosque por el que pasaban ahora. Estaba trabado en invierno, pero este era un bosque *siempre* trabado en invierno. Perpetuamente en penumbra: los árboles aquí tenían agujas, no hojas, y no caían por el frío. Ellos crearon marquesinas de oscuridad por las que ellos se vieron obligados a caminar, incluso cuando *algo* acechaba en los bordes de su conciencia. Eso estaba al acecho, la construcción lenta de una criatura que había dormido durante milenios despertando.

La pequeña banda de inadaptados de Serefin había estado lo suficientemente bien preparada para un viaje tan largo, y él se sintió aliviado al descubrir que Nadya sabía cómo viajar a través de un bosque como este.

Pero saber que era *normal* que estuviera tan oscuro todo el tiempo no lo hacía menos aterrador. Saber que se estaban moviendo a una parte del mundo que era antigua, que aún habitaba en los límites crepusculares de la conciencia y rara vez se veía perturbada por pasos mortales, no lo hacía menos desconcertante.

Cuanto más profundo viajaban, más antiguo y grande crecía todo, los árboles que se habían agrupado antes se alzaban enormes e impenetrables.

—*Será como un desollamiento de la mente. ¿Cómo vas a detenerlo, joven rey, joven mago? ¿Cómo vas a dejar de perderlo todo?*

Con cada día que pasaba, Serefin se fracturaba un poco más. Y el otro ser, esa otra voz horrible, tomaba un poco más de él. Y Velyos despellejaba un poco más de su alma.

Serefin no iba a sobrevivir a esto.

Malachiasz se puso a caminar a su lado. Por mucho que Serefin quisiera evitarlo por completo, era imposible.

—Debes pensar que todos somos fantásticamente ingenuos —observó Serefin, usando un palo para golpear el suelo mientras caminaba—. Como si tu solo estuvieras aquí para ser bueno y útil.

—¿Crees que tiene algún sentido apuntar con cuchillos a la espalda? —Malachiasz respondió suavemente—. Este bosque nos va a matar a todos mucho antes de que tengamos la oportunidad de matarnos unos a otros.

Serefin se estremeció. Malachiasz se secó distraídamente la comisura de la boca y sus dedos se mojaron de sangre. Él frunció el ceño. Sus movimientos eran casi imperceptiblemente temblorosos, pequeños tartamudeos que Serefin sentía que eran ondas de caos que él estaba haciendo todo lo posible por ocultar mientras se desmoronaba.

—Y ambos queremos lo mejor para Tranavia —continuó Malachiasz como si la sangre nunca hubiera sucedido. Cómo tranaviano.

—¿Me estás ofreciendo una tregua?

—No con tantas palabras, no. —Su voz era delicada con disgusto—. Tú me hiciste *asesinar*.

Él sonrió.

—*Yo* no hice nada más que sugerir que Izak necesitaría un mago poderoso para el hechizo.

Una punzada atravesó el pecho de Serefin. Su padre lo había elegido para morir. Él nunca iba a ser lo suficientemente bueno para su padre; Izak había tomado la salida para deshacerse de él en el primer momento que pudo.

—Podrías hacerlo perfectamente bien por Tranavia —continuó Malachiasz—. A pesar de las decisiones actuales. Podrían convencerme de dejar de lado algunos de mis planes anteriores.

—Tengo un dios kalyazi tratando de destrozarme de adentro hacia afuera —respondió Serefin con ironía—, en última instancia, solo hubo un curso de acción singular. —Había algo extrañamente alentador en el hecho de que Malachiasz admitiera que tal vez él no necesitaba ambos tronos. Eso no cambiaba nada, Serefin todavía estaba en su camino, pero la confirmación de que el Buitre Negro podía, de hecho, cometer un error fue agradable.

Malachiasz hizo un sonido pensativo.

—¿El mismo dios que te trajo de regreso?

Serefin asintió.

—Interesante.

—No particularmente. Él ha pasado mucho tiempo diciéndome que yo no era su primera opción. Nadya lo era, pero las circunstancias la hacían indisponible.

Malachiasz miró hacia donde Nadya caminaba con la más adelante.

—¿Qué está planeando ella, Malachiasz?

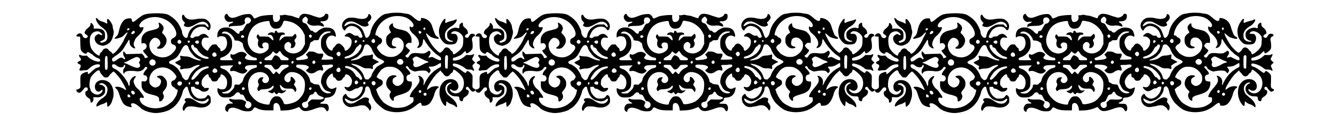
—Trascendencia, en cierto modo —él dijo—. Pero no creo que ella se dé cuenta. No te preocupes. Tengo el mejor interés de Tranavia en el corazón, Serefin, siempre lo tengo.

Seguro. Tu solo instigaste un golpe de estado que nos está desmoronando. Lo mejor para Tranavia, de hecho.

—Creo que deberíamos alegrarnos de que el dios te haya tomado a ti y no a Nadya —murmuró Malachiasz.

Serefin le lanzó una mirada de incredulidad, pero la mirada de Malachiasz estaba lejos.

—Ella es lo suficientemente peligrosa por su cuenta.



33

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatova Valeriya Zolotova*: Clériga de Omunitsa, ella se ahogó en una inundación enviada por su diosa para aniquilar la antigua ciudad de Tokhvoloshnik.*

Libro de los Santos de Vasiliev

La conversación con Serefin dejó a Nadya conmocionada. Evidentemente Malachiasz estaba mintiendo. Eso no era todo. Pero la sugerencia de que, oh, no, Malachiasz había logrado mucho lo que él quería, simplemente ella no sabía cómo manejarlo, Nadya no sabía qué hacer con eso.

Malachiasz tenía reliquias. Malachiasz había masacrado a su pueblo. La magia estaba cambiando.

Ella casi había terminado con sus cuentas de oración. Era difícil recordar el orden de las cuentas, y mientras ella trabajaba en ellas todas las noches, mientras los que la rodeaban discutían sobre si debían arriesgarse a un fuego, mientras Malachiasz estaba sentado acurrucado sobre su libro de hechizos de una manera sospechosa, ella realmente no sabía si importaba si ella hacía la elección correcta.

O tal vez marcaría la diferencia. ¿Y si realmente hubiera una jerarquía que Nadya estuviera ignorando? ¿Una que ella ni siquiera conocía?

Y ella todavía no podía evitar la sensación de que faltaba una cuenta, pero ¿de quién? Cada vez ella contaba veinte.

—Por supuesto que la iglesia no quería que tú supieras acerca de los dioses caídos, —dijo Katya mientras Nadya se sentaba a su lado una noche—. Ellos no quieren que nadie lo sepa. La gente siente curiosidad; la gente intentaría despertarlos.

—Es más, ellos no querían que *yo* supiera —dijo Nadya, frunciendo el ceño.

Katya se burló.

—¿Qué te hace tan especial…? —Ella se interrumpió—. Oh.

¿Era eso a lo que se reducía? ¿La iglesia temía que Nadya se comunicara con los otros, los que estaban fuera del panteón? Técnicamente, ella ya lo había hecho. Ella supuso que el miedo de ellos estaba justificado; lo primero que ella hizo una vez que habló con uno de los dioses caídos fue liberarlo. Pero ella no volvería a dejarse influir tan fácilmente.

Excepto que ella sabía que eso no importaba.

—¿Qué estás haciendo todo el camino aquí? —Nadya preguntó en su lugar.

—Evitando a mi padre, sobre todo —dijo Katya con el ceño fruncido—, Y tratando de evitar que ese chico desate al monstruo que está en su cabeza.

—Técnicamente, yo liberé a Velyos —dijo Nadya.

—No puedo creer que nadie te haya dicho nunca quién era él.

Todos pensaban que era mejor protegerla, resguardarla y luego arrojarla a los lobos.

—No es realmente Velyos el problema —continuó Katya—. Es la implicación de que Velyos puede guiar a los antiguos.

Malachiasz se sentó junto a Nadya. Katya vaciló, pero siguió hablando.

—Y los otros caídos, bueno, son malos, pero nosotros hemos sobrevivido peores.

—¿Pero hay dioses más antiguos que eso? —Preguntó Nadya.

Katya asintió.

—Nunca he descubierto nada más que susurros. La mayoría de sus nombres han sido borrados de los recuerdos. Pero hay uno… Chyrnog. Entropy. Muy pocos lo recuerdan y así es exactamente como él lo deseaba.

Malachiasz estaba tenso al lado de Nadya.

—Y tal vez estoy siendo demasiado cautelosa, no hay pruebas de que un ser antiguo se haya movido, pero no puedo evitar sentir que este es el comienzo de un desastre mucho mayor. Hay muchas cosas en que la iglesia ha hecho mal —dijo Katya—. Y, dioses, nunca pensé que le diría *esto* a la clériga, pero tú no pareces estar muy fuertemente bajo su influencia.

Nadya le dio un fuerte codazo a Malachiasz antes de que él pudiera decir algo engreído.

—¿Qué más tiene la iglesia errónea? ¿Magia? —Preguntó Nadya, levantando el brazo y amenazando con darle un codazo de nuevo. Él era como un perro tirando de su correa; ella podía sentir lo mucho que él quería intervenir en la conversación.

—Oh, absolutamente. —Katya explicó vagamente la magia a la que ella tenía acceso, lanzando miradas de desconfianza a Malachiasz todo el tiempo.

Eso tenía sentido: los rituales, las oraciones para llamar a los santos en busca de hechizos. Eso claramente provenía de una comprensión de la magia divina, solo alterada para aquellos que no están estrictamente tocados por los dioses.

—¿Y la iglesia acepta esto? —Preguntó Nadya, dando vuelta a un pequeño icono que Katya le entregó.

—No —respondió Katya—. Es sangrientamente oculto. Los santos no son dioses, así que la magia no es sagrada.

Malachiasz gimió, se inclinó hacia atrás y se tapó los ojos con un brazo.

—No más teología.

—Nadie te está hablando a ti —señaló Nadya. Se volvió hacia Katya, confundida—. ¿Entonces cómo?

—¿Cómo usa la *tsarevna* la magia oculta sin ser ahorcada por ello? —Katya preguntó secamente—. La iglesia mira a otro lado cuando se trata de *Voldah Gorovni*. Algo necesita matar las abominaciones.

Nadya ignoró la pequeña burla de Malachiasz.

—Es difícilmente segura magia kalyazi —admitió Katya.

—Así que cualquier persona sorprendida usándola que no sea *Voldah Gorovni* sería colgada.

Katya asintió con la cabeza, imperturbable y sin darse cuenta de la *mirada* que Malachiasz le estaba lanzando a Nadya desde su posición ventajosa en el suelo. Ella le cubrió la cara con la mano y la apartó a un lado.

—¿Pero cuánto tiempo se ha utilizado esta magia?

—Es antigua, magia antigua.

Nadya frunció el ceño. Eso no tiene sentido. A ella le habían enseñado que solo había magia divina, solo esa era aceptable.

Malachiasz se sentó de nuevo, se estiró y le quitó el guante de la mano izquierda a Nadya. El rostro de Katya cambió casi imperceptiblemente, una conmoción que ella mantuvo cuidadosamente enmascarada. La mano de Nadya era la de un monstruo, retorcida y corrupta. Ella la acercó a su pecho, de repente profundamente avergonzada. ¿Qué estaba haciendo él?

—Espera —dijo Katya, tirando de la mano de Nadya y desenroscando sus dedos—. Ese es el símbolo de Velyos.

Nadya asintió y se mordió el labio. Había sido muy *estúpido* lo que ella había hecho, pero no había otra forma.

—Yo lo desperté —dijo Nadya. La oscuridad. Este poder que ella estaba evitando. Ella había culpado la pérdida del control de su magia a la reliquia, al tocar a un dios, pero ese no era el poder de Krsnik; ella lo había usado antes, ella conocía su forma. Esto era otra cosa.

Como magia oscura propia de ella.

—Kostya dijo que la iglesia temía que yo me corrompiera. Ellos sabían que había algo mal en mí desde el principio —ella susurró. Iba a llorar.

¿Y si ella nunca hubiera sido la esperanza que Kalyazin necesitaba para sobrevivir? ¿Y si ella solo iba a ser su destrucción? Con tanta facilidad ella se había enamorado del enemigo; con tanta facilidad ella había recurrido a la magia más oscura para ver su objetivo terminado. ¿Y si ella nunca hubiera sido divinamente bendecida, sino más bien una criatura de poder oscuro? ¿Dónde estaba Marzenya en todo esto? ¿Dónde estaba ella *ahora*? Nadya la alcanzó y no obtuvo respuesta. La desesperación la inundó.

—No hay nada mal contigo, *towy dżimyka* —murmuró Malachiasz, tomando su mano. Su corazón se desgarró dolorosamente. Ella no se merecía su amabilidad. Usarlo como él la había usado a ella era una idea novedosa al principio, pero ella no había tenido en cuenta lo mucho que ella se preocupaba por este chico horrible.

Katya no estaba tan segura como Malachiasz. Ella tiró de su trenza alrededor de un hombro y distraídamente la desenredaba y volvía a trenzar, sus largos dedos trabajaban rápido.

—¿Crees que eso está relacionado con los dioses caídos? —Katya preguntó a Malachiasz.

Sacudió la cabeza lentamente.

—A los otros, quizás.

Nadya dejó escapar un pequeño gemido estrangulado. Él tenía que estar equivocado. Él había hablado de su poder en términos de divinidad, no de horrores sobrenaturales como en lo que había convertido su propia magia.

—Es difícil de saber —él continuó—. No es como si hubiera una gran cantidad de otros que usen la magia de esta manera con la que podamos comparar.

Katya frunció el ceño y miró a Malachiasz con apreciación, como si ella lo estuviera *viendo* por primera vez. Ella estaba viendo al chico al que le gustaban los rompecabezas, no al Buitre Negro. Eso no duraría. Incluso mientras estaban sentados en la maleza con el peso del bosque presionándolos, Nadya podía sentir un tenso hilo de odio entre Malachiasz y Katya.

Él deslizó su dedo índice por el de Nadya antes de presionar su nudillo contra su palma. Ella se estremeció.

—La magia está cambiando —dijo Nadya en voz baja.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? —Preguntó Katya.

Nadya asintió lentamente. Ella captó el movimiento de las cejas de Malachiasz. Ella estaba difícilmente mintiendo. Ella estaba aquí para averiguar qué había sucedido con su magia… y hacer algo que terminaría con esta guerra de una vez por todas.

—La divinidad corrompe —murmuró Malachiasz—. No estamos hechos para tener tanto poder sin que no nos retuerza.

Él se estremeció, grupos de ojos se abrieron sobre la piel visible. Eso fue toda una declaración.

—Pero tú crees que este es *mi* poder.

Él no dijo nada, solo levantó las cejas, una gentil súplica para que ella lo entendiera. Pero ella no quería. Ella no quería enfrentarse a la idea de que posiblemente había alguna otra razón por la que la iglesia en la que ella había confiado tanto le tenía tanto miedo, y se apresuró a suponer que ella fallaría. Si la divinidad era una monstruosidad, de verdad, ¿en qué la convertía todo eso a *ella*?

Katya observó a Serefin desde el otro lado del campamento, hablando con Ostyia y Rashid.

—¿Tu liberaste a Velyos?

—Sí —dijo Nadya, agradecida de que el enfoque se alejara de ella.

—Entonces, ¿por qué él tiene a Serefin?

Ahora esa era una pregunta.

Nadya ya no quería hablar de esto. Estaba aterrorizada de que Serefin pudiera fallar en romper él mismo lo que Nadya estaba tratando de recuperar para sí misma.

—¿Qué haría el otro? —Preguntó Malachiasz—. ¿Si fuera puesto en libertad? Me refiero al antiguo.

—Devorar el sol —dijo Katya sin rodeos.

Y si Malachiasz estaba mintiendo él tal vez ya lo sabía, la criatura divina que él era, pero él solo parecía curioso. A Nadya no le gustó la clara providencia que los llevaba a todos al mismo lugar. En especial, a ella no le gustaba que los tranavianos tuvieran una palabra para Bolagvoy también; significaba algo muy diferente para ellos. *Asiento de dioses,* significaba en kalyazi. *Pozo*.

En tranaviano significaba la *boca del infierno*.

¿Cómo se atrevía Marzenya a guardar silencio con ella *ahora*?

Katya y Malachiasz se dieron amplios espacios mientras viajaban. Malachiasz era errático, cada día él se ponía más visiblemente nervioso, y Katya se había dado cuenta. Era difícil no hacerlo, por la forma en que sus dedos pálidos estaban constantemente enrojecidos y sangraban porque él no dejaba de mordisquearlos, sus uñas se convirtieron en astillas.

Era extraño tener otro kalyazi con quien viajar que no fuera de un monasterio. Katya era sorprendentemente irreverente, incluso para los estándares de Nadya, y ella se llevaba sorprendentemente bien con Serefin. Hasta el punto en que, a medida que los días se convertían en semanas, Nadya estaba bastante segura de que eran *amigos*. Era extraño.

Sin embargo, en última instancia, todo esto se sintió transitorio. Los días que pasaron se sintieron irreales. Ellos estaban aquí, en este lugar, solo por el destino y las circunstancias, y cuando se rompiera el hechizo se volverían el uno contra el otro. Malachiasz y Serefin eran el enemigo, ninguna cantidad de amistad cuidadosa iba a cambiar eso. La forma en que Malachiasz agarraba sus dedos con los de él mientras caminaban, toques cuidadosos y fugaces, no importaba, su tiempo juntos era limitado y se agotaba rápidamente. Ella no podía pensar en eso. Ella no pensaba en eso.

Llegaron a un claro, antinatural en la forma en que los enormes árboles se abrían en un círculo. Dentro del claro había una serie de inmensas estatuas, y Malachiasz se puso tenso a su lado. Ella lo miró al mismo tiempo que él la miraba a ella. Sus ojos pálidos eran inescrutables.

A ella no le gustaba cuando su rostro era tan difícil de leer.

Ella se quedó sin aliento. Los ojos de los dioses se volvían hacia ella una vez más y ella podía *sentirlo*.

Había cuarenta estatuas en un círculo alrededor del claro.

—Oh, esto no es extraño en absoluto —dijo Rashid mientras el resto del grupo lo alcanzaba.

Kacper tomó a Serefin del brazo y tiró de él hacia el bosque. Ostyia lo siguió. Parijahan observó a Malachiasz con la misma cautela que sentía Nadya. Katya se acercó a Nadya, curiosa.

¿Cómo sería ser una observadora casual de lo divino y lo oculto como Katya? Nada de esto la tocaría jamás. Ella continuaría con su lugar de poder y su collar de dientes de Buitre y toda esta locura divina giraría a su alrededor.

Algunas de las estatuas parecían más antiguas que otras. Aunque Nadya nunca había visto ninguna de las figuras de las estatuas, figuras extrañas,

sobrenaturales, raras, ella reconoció la mitad de ellas intrínsecamente. Los Veinte Superiores del panteón. Ellos habían encontrado algo *muy* antiguo.

La pálida mirada de Malachiasz estaba sobre ella mientras él daba el primer paso más allá del límite que los retenía. La golpeó de inmediato, la presencia dentro del claro, la guerra que se estaba librando a su alrededor sin que nadie lo supiera.

Dioses, nosotros empezamos algo terrible, ella pensó, girando en un círculo lento, contemplando cada estatua.

Ella conocía veinte de las estatuas. Cada figura monstruosa. Cada diente afilado y cada miembro extra. Cada cuerpo se torcía en lo irreal. Cada rostro se volvió incomprensible. Y uno que ella conocía mejor que el resto.

Ella quería quemar esta imagen de su cerebro. Los dientes que se alineaban a lo largo de un cuerpo ágil, apenas humano, los elegantes cuernos rizados. Los ocho ojos sin parpadear, insondables en su tallada quietud. La parte superior del cuerpo esquelético.

Muerte y magia e invierno.

Muerte.

Dieciocho años Nadya había vivido con esta diosa hablándole, a través de ella. Dieciocho años y Nadya finalmente entendía con qué estaba lidiando.

Nadya era muy pequeña y joven y muy insignificante frente a este ser que había reclamado su alma.

Nuestra señora de la muerte y la magia.

Marzenya estaba, por supuesto, en silencio.

Nadya había intentado ser la mano de la muerte que su diosa deseaba, pero ella seguía vacilando, fallando. Ni siquiera era una cuestión de compasión; Nadya simplemente tenía demasiadas dudas.

Eso no era ni remotamente todo el horror que Nadya tenía que enfrentar mientras se quebraba. Ella no fue hecha para presenciar esto. Se suponía que ella no debía *saberlo*.

Había veinte más con las que lidiar. Estas eran aquellas en las que el tiempo había erosionado las estatuas. Estas limitaban con algo para lo que el cerebro de Nadya no podía encontrar palabras; sus ojos querían pasarlas por alto, ella no quería considerarlas. Pero ella sintió un tirón; ella se sintió atraída por ellas. Y por encima de todo estaba el pensamiento que la había perseguido durante meses:

¿Y si los dioses no son dioses en absoluto? Caídos, sobrenaturales y *locos*.

¿Ellos qué estaban haciendo?

—Nadya. —El suave chirrido de Malachiasz la sacó de sus pensamientos. Ella tenía problemas para respirar. Su mano estaba en la parte baja de su espalda. Él ahuecó su otra mano contra su rostro, protegiéndole los ojos de las estatuas mientras la giraba hacia él—. Vuelve abajo, *Towy dżimyka* —susurró.

—¿Malachiasz?

Él se estremeció al oír su nombre. Ella observó su rostro, observó cómo él miraba cada estatua.

—Es mucho poder —dijo él contemplativamente—. Cada estatua, la muestra más pequeña.

La máscara de él se estaba deslizando.

Fueron piezas al principio, fáciles de pasar por alto porque había estado sucediendo durante meses; ella se había acostumbrado a los ojos parpadeando abiertos por su piel, la pudrición que se lo comía, las bocas y los dientes extraños. Pero con el tiempo sus bordes se habían vuelto oscuros. Lo que ella había visto de él en las Minas de Sal, ese horror cambiante y caótico, ni siquiera era lo peor.

Serefin tenía razón.

Malachiasz tenía todo ese poder al alcance de su mano. Y Nadya no estaba tan segura de que él no supiera qué hacer con él. Ella no podía creer que él no fuera capaz de dominar la pesadilla en la que se había convertido.

Su máscara volvió a caer en su lugar cuando él miró a Nadya. Solo un chico, tranaviano, hermoso, solitario.

—¿Estás bien? —él preguntó.

Ella apretó la cara contra su pecho. Sus brazos la rodearon, con una mano acunando la parte posterior de su cabeza. Ella necesitaba respirar, todo el aire había sido succionado del claro y ella moriría aquí, en el centro de este círculo, rodeada de dioses y no de dioses, y *¿qué pasa si estos dioses a los que adoramos no son dioses en absoluto?*

¿Qué pasa?

¿Y si esa no era la pregunta correcta? Entonces, ¿y si los dioses, como ellos eran, fueran otra cosa? Entonces, ¿y si ellos hubieran ascendido a este estado desde algo inferior? Ellos estaban ahí. Eso no fue lo que hizo que Nadya inmediatamente quisiera huir.

Fueron los otros veinte.

Los caídos, los perdidos. ¿Qué había pasado allí y qué pasaría si ellos se levantaran? ¿Y qué era lo que a *ella* la atraía, ni siquiera a los caídos, sino a los antiguos? Los creados a partir de un vacío tan completo y profundo que se habían olvidado porque recordar era volverse loco.

Divinidad y una oscuridad desconocida.

—Hay más aquí de los que pensé que tenía tu panteón —dijo Malachiasz pensativo. Su barbilla afilada descansaba sobre su cabeza.

—¿Crees que conoceremos a las personas que los tallaron? —Preguntó Katya, acercándose a la estatua que Nadya de alguna manera *sabía* que era Bozidarka. La figura tenía agujeros en las palmas de las manos, su columna vertebral visible a través de un torso cavernoso. El rostro no tenía ojos, solo cuencas vacías, incluida una en la frente. A Nadya le picaba la frente—. No las personas *originales*, ¿pero seguramente alguien las atiende?

—No hay nadie aquí —dijo Nadya. Este lugar no estaba hecho para mortales. Había historias de clérigos que habían hecho este viaje, sobreviviendo en el monasterio de Bolagvoy durante meses en soledad antes de abrirse paso a garras para salir del bosque. Eso solo folclore. Nadie lo logró.

Katya resopló.

—Bueno, supongo que podré decirle a mi sacerdote en Komyazalov «Te lo dije».

Malachiasz tiró de un hueso de su pelo.

—¿Significa esto que *yo* tengo razón?

—No.

Él señaló erráticamente a los veinte primordiales. Nadya los miró, temblando mientras le dolía la palma y el repentino deseo de acercarse a ellos la recorrió. Ella se volvió hacia él. Él se quedó mirando algo que pasaba junto a ella, con el rostro mortalmente pálido.

—No estamos solos —él dijo en voz baja.

La cabeza de Katya se dio la vuelta y ella maldijo.

Malachiasz se arremangó y buscó el cuchillo que colgaba de su cinturón. Mago, no Buitre. Eso hizo que Nadya se sintiera solo un poco mejor. Ella sacó su *voryen* de hueso de su cinturón. Malachiasz asintió lentamente.

—La reliquia te vendrá bien aquí —dijo él.

Los ojos de Katya se entrecerraron.

Nadya tomó su collar de cuentas. Ella había terminado de volver a enhébralas y sus dedos encontraron la cuenta de Marzenya. A pesar de todo, ella se volvió hacia su diosa primero.

Solo… por favor.

Nadya no obtuvo respuestas ni magia. Sólo silencio. Solo la expectativa de una completa dedicación. Nadya tenía que hacer esto sola. Ella se mordió el labio, mirando a Malachiasz. Ella no tenía idea de lo que ella encontraría

cuando se girara, pero a ella no le gustaba nada que pusiera nervioso a Malachiasz.

—*Litkiniczki* —él murmuró.

Lichni'voda, su cerebro suministró en kalyazi.

Mala suerte. Presagio oscuro.

Excepto que no el concepto. La criatura.

—Muévete muy lentamente —dijo él en voz baja—. Aunque no importa. Nos ve. Yo lo veo.

Había presagios kalyazi regulares, pequeños, simples. Pequeñas criaturas que explicaban pequeños desastres cuando se les veía. Pero los grandes, los monstruos, si sobrevivías a un encuentro con *Lichni'voda*, tendrías toda la mala suerte del presagio para seguirte.

La sangre corría por los antebrazos de Malachiasz. Nadya escuchó que Parijahan los llamaba, pero Malachiasz extendió una mano.

—No pases el umbral —dijo él, su voz solo lo suficientemente fuerte para que ellos lo escucharan.

Si el *Lichni'voda* no los veía a ellos, el presagio no los seguiría.

Solo Nadya, Malachiasz y Katya habían captado su atención.

Parijahan se agachó lo suficiente para ver lo que miraba Malachiasz. Ella se movió hacia la estatua con los ojos muy abiertos.

Estaban en problemas.

—Está bien —dijo Malachiasz suavemente—. No hay forma de salvarnos a ninguno de nosotros de esto, así que bien podríamos matarlo, ¿no? —Él se acercó a Nadya, agachando la cabeza y besándola.

La mano de él estaba ensangrentada y le manchó la barbilla cuando él levantó el rostro de ella hacia el suyo. Fue algo desesperado, desordenado y asustado. Ella podía sentir el corazón de él latiendo rápido en su pecho. Él estaba entrando en pánico, pero trataba de mantener la calma por su bien, pero él no necesitaba hacerlo, ella entendía la gravedad de la situación.

Matar la cosa no era el problema.

Había una parte de ella que pensaba que todo este miedo al bosque era innecesario. Que lo que ellos enfrentarían sería fácil de manejar. Serefin era un mago poderoso. Malachiasz era el Buitre Negro, el rey de los monstruos. Y por mucho que lo dudara, Nadya tenía poder propio.

Ella no había esperado algo tan alejado de los mitos y las leyendas que no había historias sobre cómo, exactamente, eso podría ser asesinado. Algo que tendría más consecuencias que las que eso trajo este encuentro.

Estaban condenados y sería algo muy real e inevitable.

—Está bien —ella murmuró—, ¿dónde está?

Su mirada pasó por encima de su hombro.

—Solo observando.

—¿Crees que podemos esperar a que se vaya? El daño está hecho.

—Yo prefiero no hacer eso —dijo Katya

Ella hizo una mueca. Tampoco era algo que Nadya quisiera considerar, no cuando estaban en un lugar tan peligroso, no cuando el alcance de la mala suerte podía ser increíblemente mortal. Y estaba sobre ellos *juntos*. Estaba en la maldita *tsarevna* de Kalyazin.

—¿Por qué no dejamos que Serefin entrara aquí en nuestro lugar? —Murmuró Malachiasz.

Nadya se rió, presa del pánico y enfadada.

—Eres horrible. —Ella se inclinó sobre los dedos de sus pies y lo besó una vez más. La alineación de su mundo cambió ligeramente sobre su eje. La conciencia de que esto deletreaba un Antes y un Después. Que los *Lichni'voda* eran mitos y ese mito se había apoderado de ellos.

—Quizás el Buitre, no el mago —ella ofreció.

Una media sonrisa apareció en su boca y eso hizo que Nadya doliera. Él dio un paso atrás y miró a Katya.

—Yo me quedaría atrás como al comienzo —él dijo.

Los ojos pálidos de Malachiasz parpadearon entre ella y el lugar donde estaba la cosa detrás de ella. Sus pupilas se dilataron, cubriendo sus iris incoloros. Su postura cambió casi imperceptiblemente, hasta que el caos turbulento comenzó a estremecerse a través de él. Garras extendiéndose fuera de sus uñas, púas de hierro sobresaliendo de su piel, pero más, peor porque él era mucho más y mucho peor ahora. Él echó un vistazo a una de las estatuas del claro.

Su máscara cayó y él se movió demasiado rápido para que sus ojos lo rastrearan mientras él pasaba junto a ella.

Su propio poder estaba enterrado profundamente, pero ella podía encontrarlo. Si Marzenya no le hablaba, o no podía, bien, *bien*. Pero ella no iba a morir aquí, y ellos estaban lidiando con algo mucho más antiguo que los monstruos normales de Kalyazin.

Ella presionó sus dedos contra la cicatriz, sintiendo el agudo dolor del poder. *Su poder. Esperando ser reclamado, la forma es extraña y sin forma y muy antigua*.

El *Lichni'voda* tenía una figura casi humana, pero estaba envuelto en sombras. Un solo ojo negro, sin parpadear, estaba asentado en el centro de su

rostro. La nariz se hundía como la de un cráneo. Un bocado de dientes afilados.

Y los *sonidos* que hacía rasparon sus oídos. Nadya quería huir.

Pero ella podía sentir el poder de la criatura. Los trucos de la suerte, volviéndola amarga, hacían que la magia de Malachiasz no funcionara como solía hacerlo.

La frustración de Malachiasz estaba aumentando mientras la cosa lo rodeaba y su propia magia nunca daba en el blanco. Nadya pasó los dedos por su collar.

Había una jerarquía en las cosas. Los clérigos ocupaban un lugar destacado en esa jerarquía, pero le habían dejado muy claro que ella no era *solo* una clériga. Había algún otro poder que estaba esperando a que Nadya abriera la puerta. Había estado llamando, seguía llamando, pero ella no había podido abrirla.

Nadya miró hacia el claro. Observó cada estatua hasta que algo afilado pasó volando junto a su oreja, atrayendo su atención hacia la criatura. Pero ella tuvo el tiempo que necesitaba. Ella sabía lo que tenía que hacer mientras tiraba de la cuenta de Marzenya al fondo de su collar. *¿Qué pasa si los dioses a los que adoras no son dioses en absoluto?*

¿Y si eso no importaba ni un poco?

¿Y si esa nunca fue la pregunta?

¿Y si la pregunta fuera: qué pasaría si hubiera una chica que pudiera invocar la magia de lo divino y extraer el poder de la oscuridad y tamizar la magia de los bosques?

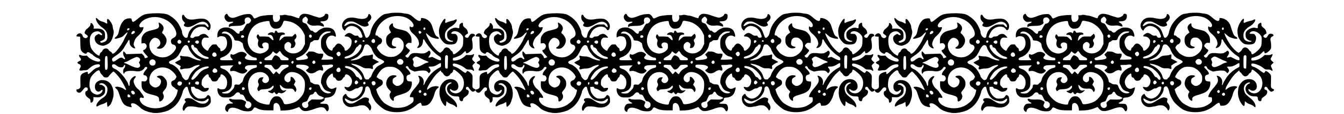
¿Y si se tratara de magia, en su esencia singular?

No se trataba de cómo llegaba Nadya. Era que ella podía tocarla sin ser destruida. Que ella era capaz de combinar la divinidad y la oscuridad para matar a un rey y tal vez *tal vez* detener algo más grande. Antiguo, sobrenatural y *loco*.

La divinidad sabe a cobre y ceniza, ella pensó ociosamente.

Era más de lo que ella jamás había esperado.

Nadya abrió la puerta.



34

SEREFIN MELESKI

Tres coronas para el frente de Cvjetko, para el lobo, el oso, el zorro. Porque sus garras son afiladas y sus dientes son muchos y mastica, muerde y aúlla.

Las Cartas de Włodzimierz

Tan pronto como el claro estuvo a la vista, la visión de Serefin quedó cegada. Nada más que un blanco abrasador y agonizante. Él podía sentir la sangre goteando de sus ojos. El parche en su ojo izquierdo de repente doloroso; si él se lo dejaba puesto un segundo más, le quemaría el cráneo. Arrancó el parche y casi se cae por una piedra. Él dejó escapar un grito ahogado antes de que Kacper apartara su rostro y lo empujara hacia atrás, más adentro del bosque.

Lo que él había visto estaba siendo grabado en su mente donde viviría, se formaría y se apoderaría de él hasta que le arrancara el corazón y no dejara nada atrás.

Ellos estaban lidiando con poderes mucho más antiguos y vastos de lo que podían comprender. Serefin siempre lo había sabido, pero había sido demasiado fácil ignorarlo.

—Serefin —murmuró Kacper. Tuvo cuidado cuando lo tomó por los hombros y lo empujó al suelo.

Serefin se cubrió los ojos y gimió cuando Kacper apartó las manos.

—Te vas a lastimar —dijo gentilmente. Él parecía asustado y confundido.

Serefin parpadeó con fuerza y se le concedió unos segundos de visión. Tenía las manos ensangrentadas y el rojo apelmazado debajo de las uñas. Él se llevó la mano a la cara y encontró los cortes que le habían dejado las uñas.

Cerró los ojos.

—Está empeorando —dijo Ostyia.

—¿Has dejado de coquetear con el enemigo el tiempo suficiente para darte cuenta? —Kacper respondió bruscamente.

—Oye, oye —dijo Serefin, extendiendo una mano—. Deténganse. —Era difícil hablar; el dolor en su cabeza era punzante.

El claro no solo había sido una colección olvidada de estatuas antiguas. Se habían masacrado almas en ese círculo. Miles de sacrificios hechos. No había sido maleza sobre la que habían crujido las botas, sino huesos antiguos esparcidos por los bordes.

—Tenemos que detener esto —dijo Serefin.

—¡Tenemos que descubrir cómo sacarte a *ti* de esto! —Ostyia respondió. Sus manos estaban en su rostro, gentilmente mientras ella trazaba los cortes —. Acabas de intentar sacarte los ojos. No puedes decirme que estás bien, Serefin.

—*No* lo estoy —él espetó—. Claramente *no* lo estoy. Toma mis manos —le dijo a Kacper, la necesidad de rascarse los ojos lo abrumaba.

Las cálidas manos de Kacper envolvieron en las suyas, tranquilas y seguras.

—Está bien —dijo Serefin, su voz sonaba extrañamente más uniforme de lo que él sentía—. Necesito que me dejes inconsciente.

Kacper dejó escapar un sonido ahogado. Un grito inhumano atravesó el bosque desde la dirección del claro. Ostyia empezó a levantarse.

—No. Los demás pueden manejarlo —dijo Serefin entre dientes—. Malachiasz está ahí, ellos están bien.

—No creo…

—Ustedes dos *deténganse*. Dejen de intentar resolver esto. Dejen de intentar arreglarlo ustedes mismos, nunca podrán hacerlo y empeorarán las cosas.

A través de la sangre que nublaba su visión, vio caer el rostro de Kacper y su culpa fue inmediata. *Por supuesto* que ellos querían ayudar. Ellos estaban adoloridos y obviamente algo andaba mal. Pero ellos eran magos de sangre; eran tranavianos. Ellos no tenían idea de lo que estaba pasando. *Él* no tenía idea de lo que estaba pasando.

Él siseó cuando algo tiró de su pecho, tratando de tirar de él hacia el claro. Él no podía expresar con palabras las cosas que había visto allí. Él había esperado monstruos. Había esperado cosas como Velyos: aterradoras, poderosas, pero formas que él podía racionalizar, compuestas por partes que su cerebro sabía cómo manejar.

Pero *esas estatuas*. El cerebro humano no fue hecho para ver esas cosas; los mortales no estaban destinados a *saberlo*. Se suponía que tenía que ver con el poder. Seres de gran poder. Pero ¿qué pasaba con algo cuando tenían tanto poder? ¿Qué tan lejos podría mutar una persona con ese tipo de magia revolviéndose en su sangre?

Kacper apretó las manos con más fuerza. ¿Él había intentado moverse?

—*Entonces lo ves, finalmente, ¿no?* —Era la *voz*. Serefin casi deseó a Velyos. Esta voz sin nombre y Velyos, retumbando en su cerebro, ambos clamando por su atención. Sus nervios estaban desgastados hasta el punto de romperse.

—*Ves contra lo que estás tratando de luchar. Pero no es necesario. No tienes que pelear conmigo. No tienes que luchar contra Velyos. Sería tan fácil, tan silencioso, caer. Es una cosa tan fácil, dejarse llevar. Entregarse no requiere acción, simplemente aceptación.*

Serefin apretó la mandíbula, atrapando un trozo de piel entre sus dientes. La sangre inundó su boca, goteó por su barbilla.

—¿Serefin? —La voz de Ostyia se entrecortó con desesperación. Él no sabía cómo decirles que probablemente él estaba bien porque estos dioses todavía lo necesitaban.

Él no sabía qué pasaría cuando finalmente dejara de ser útil.

—*Todos ustedes pelean. Aquellos de ustedes de ese grano de arena que llaman país. Aquellos de ustedes que derraman su sangre para probar lo que nosotros podríamos darles en su totalidad. Te rendirás pronto.*

Serefin resopló durante un largo y doloroso suspiro, y él casi estuvo de acuerdo. Cualquier cosa para detener esto.

Pero le dieron un fuerte apretón en las manos y se dio cuenta de que las manos de Kacper aún apretaban las suyas, manteniéndolas alejadas de su rostro.

No me has roto todavía.

La voz rió oscuramente.

—*Si hubiera querido romperte, nunca te habría dado la oportunidad de defenderte. Estás tan cerca. Ya casi termino contigo. Pero si no demuestras ser lo suficientemente fuerte para mirar los rostros de aquellos que son mucho mejores que tú…* —La voz se detuvo. Punto hecho.

La cabeza de Serefin latía con fuerza y los horrores en el claro se volvieron lo suficientemente tenues como para alejarse. Se estremeció, sus músculos se volvieron líquidos en su cuerpo. Se desplomó hacia adelante, Kacper apenas lo alcanzó cuando él perdió el conocimiento.

* * *

—¿Lo que te pasó?

Cuando Serefin se despertó, afuera estaba oscuro. Él no podía *sentir* el claro cerca, lo que él esperaba significara que se habían alejado de él mientras estaba inconsciente.

Gimió, moviéndose para presionar sus manos contra sus ojos doloridos.

Nadya lo tomó por los brazos.

—Yo no haría eso si fuera tú.

Él se quedó flácido, dejándola soltarlos.

—¿Qué tan malo es?

—Parece que te peleaste con un gato muy enojado —dijo ella, alegre de una manera que implicaba que estaba tratando de encubrir algo. Ella lo imitó arrastrando ambas manos por su rostro.

Él se rió a pesar de que le dolía.

—¿Alguna vez has pensado que tal vez estamos haciendo algo incorrecto estando aquí?

Él se incorporó hasta sentarse; fue una leve agonía hacerlo.

—No tengo otra opción —murmuró. No tenía ninguna duda de que, si hubiera ignorado a Velyos y al otro por completo, él sería destrozado y sus piezas arrojadas a un lado.

Ella envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas.

—Ojalá nunca me hubieran dado ese colgante. Nada de esto estaría sucediendo si no fuera por mí.

—Sin embargo, yo estaría muerto, así que no puedo culparte por eso —señaló Serefin.

—Probablemente eres el único. —Había un mal humor en su voz que no le sentaba bien—. ¿Crees que algo cambiará alguna vez?

Nadya quería asegurarse de que estarían bien, y Serefin tenía que creer que a partir de este caos podría haber una oportunidad de paz. Además, él y Katya aún no se habían asesinado, eso siempre era una buena señal.

Pero él no sabía lo que estaba pasando en Tranavia y eso lo estaba devorando por dentro. Él no era lo bastante ingenuo para pensar que su trono no había sido arrebatado en su ausencia.

—No lo sé.

Ella exhaló lentamente.

—Velyos quiere que despiertes a los otros dioses durmientes, ¿hay algo más?

Está el anónimo que quiere a Malachiasz muerto, y no sé qué más quiere él, pero eso te arruinará a ti. Y él se esforzó tanto en decírselo, porque no quería traicionar activamente a esta chica, pero como antes las palabras se negaron a salir de sus labios. El sin nombre exigió su silencio. Si los dioses dormidos se despertaban, estaban todos perdidos. Si Malachiasz lograba derrocar este imperio divino, estaban perdidos. Serefin tenía que al menos intentar salvar a Tranavia.

Él sacudió la cabeza. Ella entrecerró los ojos, pero cedió con un asentimiento.

—Quiero que tus dioses me dejen en paz —él dijo.

—¿No quieres el poder que te pueden dar?

—Si hay poder al final de esto, tal vez podría ser convencido —dijo secamente. Todo lo que él tenía eran polillas y estrellas y el conocimiento de que era diferente a antes. Pero él no *quería* serlo. Quería ser Serefin de nuevo, excepto Serefin besando al hermoso chico tranaviano que lo deseaba. Serefin que sabía lo que necesitaba su país y cómo mantener su trono, el Serefin que podía ser un *buen* rey, no el Serefin con todas estas cosas horribles agregadas.

Nadya le tocó suavemente la cabeza, extrañamente reconfortante, antes de levantarse y caminar hacia donde estaba sentada Parijahan. La chica akolana se veía cada vez más sombría cuanto más viajaban. Serefin realmente no podía entender qué estaba pasando allí.

—Bueno, ahora que no estás tratando de arrancarte la cara —dijo Ostyia mientras tomaba el lugar que Nadya había dejado atrás, con una sonrisa de complicidad en los labios—. ¿Kacper?

—Detente.

Su sonrisa se ensanchó.

—Lo sabía.

Él gimió, apoyando la cabeza contra su hombro.

—He estado esperando años para que te des cuenta —dijo ella.

—*Detente* —él suplicó.

—Pensé que estabas llegando a algún lado cuando lo ascendiste, pero *no*, ¡Solo estabas siendo amigable! Cómo se suponía que iba a decir: «¿Oye, Serefin, ese soldado que acabas de ascender a tu glamoroso círculo real está perdidamente enamorado de ti, pero tú eres demasiado de la realeza para darte cuenta?»

Él suspiró.

—Me alegra que lo hayas descubierto. —Ella hizo un gesto a Kacper para que se acercara. Él le entregó a Serefin una taza de té de metal.

—Qué demonios…

—Vamos a estar aquí por un tiempo —dijo Kacper—. Malachiasz no sabe lo que está haciendo.

—¡Es complicado! —Malachiasz llamó desde el otro lado del claro. Nadya de alguna manera se había abierto camino hasta su regazo y estaba estudiando su libro de hechizos con él, con la cabeza apoyada sobre el hombro de ella. Independientemente de lo que Serefin pensara de Malachiasz, él descubrió que le dolía el pecho mientras los miraba.

Volvió su atención a la taza de té.

—¿Tú… empacaste esto? ¿Acabas de tener esto contigo? —Serefin se movió hacia la manada de Kacper detrás de ellos—. ¿Qué *más* tienes ahí? ¿Entraste en las cocinas reales?

Kacper se rió y empujó a Serefin lejos.

—Sangre y huesos, lo desearía. Lo que más lamento es saber cómo come la gente como tú.

—Es mejor que la comida campesina, —dijo Serefin solemnemente.

—Seguro que lo es —coincidió Kacper.

Serefin frunció el ceño.

—Kacper, esto es muy importante.

Kacper enarcó las cejas.

—¿Tienes alcohol *ahí*?

—Bebe eso primero. Podría tener algo.

—Eres demasiado bueno conmigo.

—*Eso* es muy cierto.

Mientras Serefin sorbía el té, Kacper hizo lo que pudo con los cortes en la cara de Serefin. Si se infectaban, Serefin se encontraría en un nuevo mundo de problemas.

—¿Vas a decirnos qué está pasando? —Preguntó Kacper.

Serefin tomó un trago para no responder de inmediato. Él todavía estaba luchando por resolverlo y aparentemente no tenía permitido contarle a nadie sobre este segundo dios. El pánico lo acosaba.

Nadya y Malachiasz estaban discutiendo sobre algo al otro lado del claro, pero Serefin no podía oírlos lo suficientemente bien como para saber qué.

—Solo estoy tratando de deshacerme de cualquier tontería divina —él dijo.

—¿Y luego?

—¿Qué quieres decir?

Kacper se apoyó en los talones. Serefin suspiró.

—Tengo que sobrevivir a esto primero.

—Yo *no* voy a volver a Grazyk si tengo que sufrir la corte de Ruminski —se quejó Ostyia.

Serefin puso los ojos en blanco, pero no pudo reírse de sus palabras. Si él no sobrevivía a esto, es posible que no haya una corte en Grazyk a la que regresar. Puede que no quede mucho de Tranavia.

Katya se acercó a donde estaban sentados los tres. Ostyia se movió ligeramente y la *tsarevna* se sentó entre ella y Serefin. Su cabello oscuro estaba salvaje y enredado alrededor de su cabeza. Ella suspiró y apoyó la barbilla en las manos, mirando a Nadya y Malachiasz.

—¿Él tiene tus reliquias? —Preguntó Serefin.

—No lo sé. Pero ella tiene una reliquia que puede matarlo.

Serefin se enderezó, ganándose un sonido de protesta de Kacper.

—¿Qué?

—El hueso de la espinilla de Svoyatova Aleksandra Mozhayeva…

—Sangre y huesos, tu gente son unos morbosos —dijo Kacper.

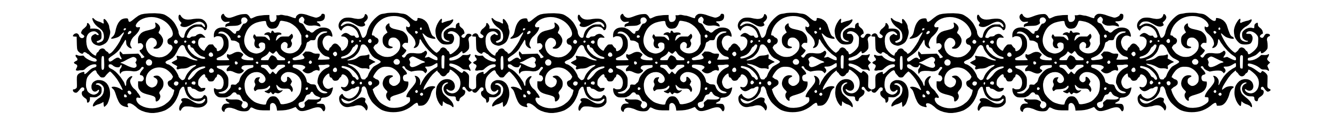
Katya se encogió de hombros.

—No puedo imaginar ella de dónde lo sacó, pero si hubiera algo que pudiera matar a un Buitre de su poder, es eso. —Ella se apoyó en sus manos —. Ninguno de los dos es lo que yo esperaba.

Todo era más fácil cuando Serefin pensaba en el chico sobre el trono de huesos viendo cómo Izak Meleski torturaba al hijo que él había asesinado horas antes. Era más fácil cuando Serefin solo conocía a Malachiasz como el Buitre Negro, sonrisa cruel, palabras frías y planes de traición.

Él no quería enfrentarse al adolescente al otro lado del campamento, sonriendo alegremente a la chica kalyazi sentada a su lado.

—Si puedo conseguir esa daga, todo lo que necesitaremos es el momento adecuado para atacar.



35

NADEZHDA LAPTEVA

Svoyatovi Sergei Volkakov*: Incluso cuando los tranavianos le cortaron las manos y la lengua, Svoyatovi Sergei no descansó y derribó una montaña sobre los herejes.*

Libro de los Santos de Vasiliev

—Esto no va a ser bonito. —Malachiasz estaba mirando la frontera.

Solo era más bosque. Nadya podía sentirlo, el lugar donde el bosque pasaba de mortal a divino. Su mapa había sido sorprendentemente preciso, aunque incluso si no lo hubiera sido, no podía faltar el poder que emanaba fuera de su alcance.

—¿Qué pasa si simplemente entras? —él preguntó.

Ella lo miró a él. Ella estaba sentada en el suelo, el libro de hechizos de él en su regazo. Ella no pudo leer mucho, su letra era demasiado desordenada. Principalmente ella buscaba los bocetos escondidos entre las páginas, escondidos en medio de los hechizos. Él fingió que no sabía lo que ella estaba haciendo.

—¿Quieres intentar eso?

—No, solo estoy…

—No creo que suceda nada, si eso es lo que estás preguntando. No creo que ninguno de nosotros sea derribado en el momento en que pasemos la frontera.

Él se ató el pelo hacia atrás mientras consideraba la magia.

—Supongo que cualquiera que entre en él terminará dando la vuelta y regresará al bosque normal —dijo ella, sin dejar de hojear su libro de hechizos. Encontró un hermoso boceto de perfil de Parijahan, cuya expresión dejaba claro que ella sabía que él la estaba dibujando—. O es destrozado por monstruos.

Malachiasz hizo un ruido de agradecimiento.

—Teorías acertadas.

—Oh, un gran elogio.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Crees que yo podría simplemente entrar en él?

—Sí. Tú tienes que averiguar cómo *nosotros* podemos entrar contigo. —Quizás no *con él*. Nadya no estaba completamente segura de cuándo lo reclamaría el bosque. Ella se preguntó si ya había comenzado. Si su leve e inquieto temblor no fuera tan benigno. Ella suavemente apartó esos pensamientos, él estaba nervioso, eso era todo, iba a ser un hechizo complicado.

—Dame el hechizo que he echado a perder.

—Tú, monstruo. —Ella pasó a la página marcada pero no la arrancó, sino que le entregó el libro—. No tendré tu magia diabólica.

—Solo la tuya —dijo él, con voz remilgada—. Estás de buen humor —señaló.

Quizás ella estaba cansada. Era tan *agotador* sentir cosas todo el tiempo. El oscuro presagio se cernía sobre ellos, justo al principio del final, y ella no quería pensar en eso. Solo él podría transportarlos a través de la frontera, y eso lo destruiría. Ella lo había llevado de la mano a su destrucción, manteniendo ante él la promesa de la absolución que, independientemente de su falta de remordimiento, él deseaba.

—Usé suficiente poder en el claro como para estar muerta… principalmente estoy tratando de olvidarme de eso —ella respondió.

Malachiasz arrancó el hechizo de su libro antes de devolvérselo. Su antebrazo sangraba lentamente y él usó sus dedos para dibujar sangre en la página. Colocó el hechizo al aire libre. Un escalofrío, un crujido, una ruptura de la visión del bosque antes. Una gran, pared alta y negra apareció.

Ella silbó bajo, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Si deseas probar tu teoría… —Él hizo un gesto dramático.

Chocar de frente contra una pared no era algo que quisiera hacer en particular. Ella lo fulminó con la mirada.

—Creo que tienes razón, sin embargo…

—Oh, me encanta escuchar eso. Deberías acostumbrarte a decir eso.

—… eso era simplemente indetectable. Si alguien entraba aquí sin saberlo, sería devuelto a casa.

—O a los monstruos.

—Nadya, vamos a ver muchos de esos sin que los invoques tan alegremente.

Ella se encogió de hombros. Estaban condenados a morir de todos modos. Bien podría hacerlo interesante. La incertidumbre pasó por el rostro de él.

—Saldremos de eso —él dijo en voz baja.

—No lo haremos, el presagio está establecido, pero por favor continúa siendo tan deliciosamente optimista, es un buen vistazo para ti.

Él suspiró mientras se limpiaba las manos y el antebrazo. Él tocó ligeramente la pared con los dedos. Docenas de ojos negros como la tinta se abrieron de golpe a lo largo de su brazo, su cuello y su rostro. Él tiró de su mano hacia atrás, dejando escapar un leve siseo entre los dientes.

—¿Valdrá la pena? —él susurró.

¿Vale la pena mostrarle a Tranavia que ellos ya no podrán arrasar a los kalyazi con su magia? Nadya lo consideró. *¿Vale la pena poner fin a esta guerra? ¿Vale la pena recuperar el favor de los dioses?*

Si.

Pero ella no pensó que él estuviera hablando con ella. Nadya se encontró con sus helados ojos pálidos y asintió.

—¿Podemos esperar hasta la mañana? Preferiría no abrir esto ahora.

Su inquietud fue reveladora. Pero estaba oscureciendo y Nadya lo entendió. Sus bromas sobre monstruos se acercaban demasiado a la verdad. Ella no sabía a qué se iban a enfrentar en el otro lado, los monstruos aquí ya eran bastante malos y, sinceramente… ella aun no quería perder a Malachiasz.

Ella le entregó su libro de hechizos. Él se lo sujetó al cinturón antes de plegarse junto a ella. Él tomó la mano de ella llena de marcas. Las venas ennegrecidas no se habían extendido más, pero parecían muertas. Él trazó cuidadosamente la cicatriz con el dedo índice. Él había estado tan enamorado de eso desde ese momento en el monasterio y ella *todavía* no estaba del todo segura de qué había sido. Pero ya no dolía tanto, no desde el claro. Tal vez el dolor constante era realmente su rechazo al poder. Quizás usarlo no le haría daño. Pero… ella no sabía si ella realmente creía eso.

—Había muchas estatuas en ese claro —él comentó.

Nadya *no* estaba preparada para tener esta conversación.

—Sí —ella admitió. Probablemente él tenía razón. Debe haber algún tipo de ascensión que los kalyazi no discutieron, si es que lo sabían—. Si estás engreído por una sola cosa, voy a terminar esta conversación —dijo ella antes de que pudiera continuar.

Él solo parecía un poco presumido.

—Tú mismo dijiste que ese hechizo no hizo lo que pensabas —dijo ella —. *Tú* no *estás* en ese claro.

—¿Pero podría estarlo? Nosotros no sabemos de dónde vinieron.

—Pero ¿qué importa eso?

—Porque atribuyes tanta importancia a veinte, pero sólo veinte, de los seres de ese claro. ¿Qué hay de los demás?

—En algún lugar del camino la Iglesia debe haber…

—No se trata de material apócrifo, Nadya.

Ella se apoyó en sus manos, sus dedos agarrando los de él. Él entrelazó sus dedos mientras miraba hacia la pared. El rostro se de ella se calentó.

—No creo que nosotros estemos abordando esto desde la dirección correcta —ella reflexionó.

—¿Nosotros?

Su rostro se sonrojó aún más. Dioses, ella lo odiaba.

—*Bien, Malachiasz*. Tenías un puto punto sobre las intersecciones del poder y la divinidad.

Él sonrió tan brillantemente que ella se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. Había pasado mucho tiempo desde que lo había visto sonreír así.

—Eso es todo lo que quería, gracias.

—No te acostumbres a esto. Te equivocas acerca de que esa intersección socava el concepto de divinidad.

—¿Por qué crees que los demás han sido expulsados de tu panteón?

Eso, ella no lo sabía. Claramente, existía conocimiento de esos dioses y lo que les había sucedido. Katya conocía fragmentos y piezas, no lo suficiente, de ninguna manera, meros fragmentos, pero se lo habían ocultado a Nadya porque, ¿Porqué, la Iglesia temía que ella los buscara? ¿Qué la llevaría a hacer eso? Si nunca le hubieran dado el colgante que atrapaba a Velyos, ella nunca se habría enterado de estos otros.

A menos que… este encuentro fuera inevitable.

Ella contempló su mano.

—No creo que esto cambie nada.

Malachiasz soltó una risa sin aliento.

—Eres tan *terca*. ¿Cómo puede esto no cambiar nada?

—Los dioses todavía están allí. Yo todavía puedo hablar con ellos.

Malachiasz hizo una mueca. Ella puso los ojos en blanco, sí, eso no era del todo cierto, pero incluso si ellos no le hablaban directamente, *estaban* allí.

—Entonces, ¿qué hiciste en el claro? ¿Qué fue eso?

Ella había destrozado al monstruo en el olvido con nada más que su poder.

—No lo sé —dijo ella.

—Dos demostraciones de una asombrosa cantidad de magia. Me pregunto si siempre podrías lanzar así, pero te reprimes.

—¡Por buena razón! ¡No puedo controlar esto! —Ella había matado a mucha gente en un momento de divina, ¿qué, dicha? Ella trató de no recordar lo *bien* que se sentía al usar tanto poder, incluso si estaba completamente fuera de su control—. No sé lo que soy. Pensé… —Ella no sabía lo que pensaba. Si ella *siempre* hubiera podido lanzar así, debería haber terminado la guerra hace mucho tiempo. Pero no se trataba de eso. No se trataba de qué lado de esta maldita guerra tenía más poder para lanzar, si ese fuera el caso, Tranavia la habría terminado hace años.

Malachiasz estaba callado. Sus largos dedos encontraron lentamente los alfileres que sujetaban la trenza de ella enrollados alrededor de su cabeza, tirándolos libres. Su cabello caía en ondas pálidas alrededor de sus hombros. Él acarició un mechón entre sus dedos.

—Nadezhda Lapteva —dijo él contemplativamente.

Ella se estremeció al escuchar algo en su voz que no pudo ubicar. Ella lo iba a traicionar. Ya no era una cuestión de lo que su corazón quisiera, y una pequeña parte de ella *quería* que él sufriera por lo que había hecho.

—Te dije, una vez, que podrías hacer este mundo o destrozarlo —dijo en voz baja—. Eso sigue siendo cierto.

—Se suponía que las cosas iban a cambiar —dijo ella—. Pero tu…

—Hice lo que pensé que era necesario —él respondió—. Y eso tampoco cambió mucho.

Ella enarcó una ceja. *Mentira*.

—Tienes ojos abriéndose sobre ti en todo momento, Malachiasz, realmente no puedes decir que no haya cambiado mucho.

Su sonrisa era triste.

—Para ser perfectamente honesto, ese claro me aterrorizó. Si tus veinte pueden funcionar a través de ti, esos otros también pueden.

—¿Crees que intentarán usarme? —*¿Es por eso por lo que todos me han estado mintiendo?*

Él asintió.

—Los dioses técnicamente no pueden forzar las acciones de un mortal.

—¿No se puede o no se puede por un código ético que a la mitad de los demás no les importa?

Nadya frunció el ceño.

Él inclinó su barbilla hacia arriba.

—¿Y qué podrían hacer esos otros contigo? ¿Ahora que hemos visto de lo que eres capaz?

—Ni siquiera puedo conseguir que los veinte que me hablaban antes me reconozcan —dijo ella secamente—. Dudo haber llamado la atención de los antiguos y más primitivos.

Él no parecía convencido. Para ser justos, ella ya *había* llamado la atención de uno antiguo y más primitivo. Pero ella había forzado ese encuentro en el acto. ¿Habría sucedido si ella no hubiera estado en un lugar tan desesperado?

—Nadya, eres como un faro con todo ese poder. Me sentí atraído por ti a través de Tranavia incluso cuando yo estaba…

—¿Así? —ella ofreció.

—Así —él repitió.

—¿Completamente fuera de tu mente? ¿Totalmente loco? ¿Un monstruo sin alma y apenas coherente?

—Está bien, lo entiendo.

—Sigues siendo todas esas cosas.

—Gracias.

—Sin embargo, así es como tú podrías hablar conmigo.

Intersecciones de la divinidad.

—No puedo entender si fue producto de que robaste y uniste mi magia con la tuya, o simplemente porque me atrajo a lo que eres. No estaría tan seguro de que no hayas llamado la atención de dioses más antiguos y mucho más peligrosos.

Un escalofrío de miedo se apoderó de ella. Ella dobló las rodillas y las rodeó con los brazos. El miedo de él no era algo que ella hubiera considerado, pero era válido.

—Y… —Él hizo una pausa, sacudiendo la cabeza—. Tu poder es aterrador, Nadya.

—En el monasterio…

—En el monasterio quería ver si lo estabas obteniendo de algún dios caído y no. No lo estás obteniendo de nada, diga lo que diga Pelageya. Pero lo que tú tienes se siente… —Él hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Antiguo.

Ella lo miró sin decir una palabra.

—Cuando pasemos la pared, no sé a qué te vas a abrir tú misma —él finalizó.

—No, pero tú finalmente vas a probar el poder que anhelas —espetó ella, sabiendo que solo lo dijo porque él la estaba asustando.

—No es por eso por lo que estoy aquí y lo sabes. —Él se erizó, algo peligroso y errático chispeó en su voz.

—Reproducir la emoción no va a funcionar de nuevo, lo sabes, ¿verdad?

Él suspiró e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Nadezhda Lapteva. —Su tono era un monstruo un poco caótico, un chico un poco melancólico.

—¿Cuánto de esto es un motivo oculto?

Demasiado rápido y de repente él tenía su rostro entre sus manos. Su toque fue suave, pero oh, hizo que fuera demasiado fácil recordar cuán rápido él podía matarla. Con qué rapidez se podían incrustar garras de hierro en su cráneo.

—Chica estúpida, exasperante e *inteligente* —él murmuró—. Yo quiero *ayudarte*.

—Los insultos son definitivamente la forma de transmitir tu punto de vista. Continúa, lo estás haciendo de maravilla.

Él dejó escapar un gemido de frustración y apoyó la frente contra la de ella.

—Necesitas mi ayuda —dijo finalmente—. Yo estoy ayudando. No es suficiente, pero lo estoy intentando.

—Nada de eso es suficiente —dijo ella en voz baja—. Sé que me estás mintiendo.

—¿Lo estoy? —él preguntó con cuidado.

—Yo también estaba en ese claro, Malachiasz —dijo ella—. Sé lo que vi. Tu máscara no se mantuvo cuando te enfrentaste a otros *seres de poder*.

—¿Y qué crees que viste?

—No lo sé —dijo ella, tomando su rostro entre sus manos y estudiando sus rasgos, pómulos afilados y largas pestañas. Los parpadeos y los cambios se habían vuelto mundanos a pesar del horror. Pero a su cerebro mortal no le gustaba recordar cómo se había visto él en el claro; eso la asustó por completo.

¿Qué le había hecho todo ese poder a él? Aparte de convertirlo en un monstruo hecho de puro caos. ¿Él seguía siendo mortal? Y si lo que él dijo sobre su propia magia era cierto… ¿qué era ella?

—¿Puedes ser asesinado?

—¿Vas a intentarlo? Ha pasado un tiempo desde que me pusiste un cuchillo en la garganta.

Ella deslizó su mano hacia abajo hasta que estuvo envuelta alrededor de su garganta. Ella presionó ligeramente su pulgar contra su tráquea. Él se estremeció.

—¿Cortarte la garganta incluso te mataría?

—Depende de cómo lo hayas hecho —dijo él, un poco sin aliento.

Ella liberó la presión, pero mantuvo la mano en su garganta unos segundos más, hasta que finalmente la movió, entrelazando sus dedos en el cabello de su nuca.

—Estás tratando de preguntarme algo —él dijo.

—¿Eres inmortal?

Él parpadeó.

—Sangre y huesos, espero que no. No lo *creo*.

—Has dicho que hay Buitres que son antiguos.

—Existen. Aunque yo soy el Buitre Negro. Alguien me va a matar eventualmente por el trono.

Lo dijo con tanta naturalidad. No como si no le importara, sino más bien como si fuera inevitable. Eso le rompió el corazón.

—Pero todo este poder debe tener un efecto inverso en ti.

Él le lanzó una mirada seca. Su cuerpo se retorcía constantemente sobre sí mismo, el caos tomaba forma. ¿No era eso lo suficientemente inverso? Ella se dio cuenta de que él le ocultaba mucho dolor y ella esperó a sentirse triunfante. ¿No se lo merecía por lo que había hecho? Pero ella no lo hizo. Él era solo un chico herido.

Ella acercó su cabeza hasta que su frente se apoyó contra la de él.

—No me arrepiento de lo que hice —dijo él—. Pero lamento que haya sido necesario tantas mentiras. No se suponía que fueras tan brillante. No se suponía que me importara.

—Te preocupas demasiado por todo. Desafortunadamente, es parte de tu encanto.

Esto la iba a matar. Este, aquí mismo, este hermoso chico y su monstruoso poder y sus mentiras y el conocimiento de que nada importaba, ellos siempre se traicionarían entre sí al final.

Ella no sabía cómo contener el enredo de todo lo que estaba sintiendo. El deseo y la repulsión y el odio y el dolor. Y, dioses, la abrumadora culpa. Ella había perdido tanto, su familia, su fe, Kostya. Y todavía estaba tratando de

aferrarse a este chico que estaba en el corazón de gran parte de su dolor, incluso mientras ella se preparaba para arruinarlo.

Malachiasz la besó suavemente en la frente, luego fue a ver quién iba a vigilar primero, bostezando. Nadya miró hacia la pared negra.

¿Sabías sobre Velyos y Serefin?

—Por supuesto lo hacía.

¿Yo también lo detengo? ¿Qué pasa si él no puede liberarse? ¿Y si él hace lo que quiere Velyos?

Marzenya no era particularmente comunicativa. Nadya odiaba que, si ella tenía una pregunta sobre algo importante, probablemente sería ignorada o recibiría algo vago a cambio.

—Si haces lo que te ordeno, no tendrás que preocuparte por ese chico.

Nadya frunció el ceño, incapaz de responder cuando Malachiasz regresó. Él le sonrió, con los miembros sueltos y somnoliento, antes de colapsar en un montón a su lado.

Ella rió.

—No vas a dormir aquí, te morirás de frío. Ve, a la tienda.

—Sólo si vienes conmigo —él murmuró.

Ella se tensó. Él abrió un ojo y la miró con un destello malicioso y travieso. Eso no sería mantener su distancia. Eso sería desechar por completo el escudo desordenado que ella había estado intentando construir durante todo el viaje.

Eso sería reconocer que no les quedaba mucho tiempo.

¿Era tan difícil para él?, ella se preguntó, vacilando. ¿Y si ella se lo dijera? En este momento, ¿qué pasaría si ella le dijera que en el momento en que esa pared cayera probablemente él iba a morir? Le daba algún tipo de advertencia para que él pudiera ver el otro lado de esto. Sería tan fácil salvarlo. Ella estaba tan insensible a la idea de su destrucción que a veces dudaba que realmente suceda, hasta que ella se dio cuenta de que solo se estaba mintiendo a sí misma para seguir adelante.

—Eres una pesadilla. Estoy agotada. Vamos.

Él la siguió hasta que estuvo amontonado a sus pies dentro de la tienda. Ella lo cubrió con una manta y puso los ojos en blanco. Él murmuró algo incomprensible pero vagamente un agradecimiento. Y luego él le agarró la parte de atrás de las rodillas y tiró de ella hacia abajo junto a él. Ella reprimió un grito de sorpresa cuando él besó firmemente su frente antes de enterrar su rostro en su cabello.

—De hecho, duermo cuando tú estás cerca —él murmuró—. Y estoy tan cansado.

Ella dejó que la pequeña fractura en su corazón se partiera mientras cambiaba a una posición más cómoda y tiró de la manta y las pieles sobre ambos.

Dile la verdad.

¿Qué podría haber sido él si los Buitres nunca se lo hubieran llevado? A veces ella se preguntaba si él habría estado mejor, o si era este trauma lo que lo hacía tan gentil con las personas que le importaban. Ella no podía engañarse con las otras piezas: la crueldad, la frialdad, la conspiración calculada. ¿Pero el chico exhausto con la sonrisa devastadora que solo quería a la chica que le importaba cerca para poder dormir toda la noche?

Nadya se estaba condenando activamente por ese chico.

Ella entrelazó sus dedos en su cabello. Él tenía los ojos cerrados y ella trazó sus rasgos, presionando su pulgar contra sus labios.

—Gracias —él murmuró.

—¿Por qué?

—Por regresar. Nadie ha hecho eso nunca.

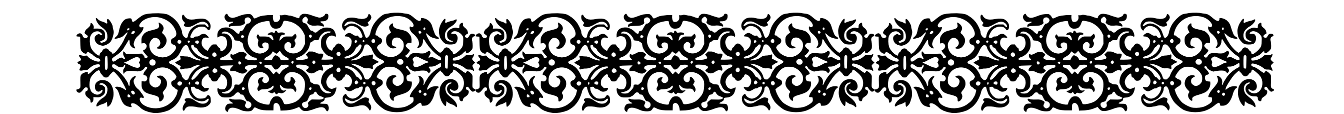
Se tragó una amenazante oleada de lágrimas.

—Esto funcionará, ¿verdad, Malachiasz? —Ella susurró.

Él hizo un sonido afirmativo somnoliento.

Pero él era un tranaviano, un mago de sangre, y el *Buitre Negro* por el amor de Dios, y ella era kalyazi, una campesina, la clériga.

Nada funcionaría en absoluto.



Interludio

TSAREVNA YEKATERINA VODYANOVA

Katya esperó hasta que los demás se durmieron antes de hacer su movimiento. Ella se había frustrado pensando que era imposible matar al Buitre Negro, pero ver la reliquia en las manos de la clériga lo había cambiado todo.

Ella conocía la espinilla de Svoyatova Aleksandra Mozhayeva. Sabía lo que podía hacer esa espada. Simplemente no estaba segura de cómo conseguirla sin que la clériga lo supiera.

Alguien se sentó a su lado. Katya se tensó.

—Francamente, no confío en ti sola —dijo Kacper.

—Si todavía no he asesinado a tu querido rey, ¿por qué lo haría ahora? —dijo ella, hojeando su mochila. Necesitaría magia para colarse en la tienda y agarrar el *voryen* sin que la clériga, o peor aún, ese Buitre, se despertara.

—Un estratega sabría esperar.

Ella sonrió.

—Todos mis informes dicen que tú eres uno para vigilar.

Él gruñó.

—¿Por qué es eso?

—La chica es una noble. Andar con el rey es una rebelión. Ella es una maga poderosa, pero hay muchos en Tranavia. *Tú* eres más complicado.

—Te aseguro que definitivamente lo estás pensando demasiado —él respondió.

—No estoy tan segura de estarlo.

—¿De eso se trata? Reconocimiento.

—Eso solo sería útil si me escucharan —dijo Katya—. Ellos no lo hacen.

Kacper soltó un gruñido pensativo, aunque vagamente incrédulo.

—Todos están conspirando sobre la mejor manera de destruir a los demás —él dijo—. La clériga, el Buitre, Serefin, esa chica akolana.

—¿Pero no Rashid?

—Rashid hace todo lo que Parijahan desea que haga —dijo Kacper—. Ella es cercana al Buitre, así que eso podría ser peligroso.

Ella no había notado nada de esto. Él *era* el que debía vigilar.

—¿Qué estás haciendo? —él preguntó.

De repente, un lamento atravesó el aire. La mano de Kacper se movió hacia su libro de hechizos. Katya permaneció sentada. Ella extendió una mano, manteniendo quieto al chico de tranaviano.

—Espera —ella susurró.

Los lamentos eran febriles, aterrorizados, transformándose en gritos tan aterrorizados que golpeaban hasta los huesos de Katya. Odiaba este lugar, ella lamentaba haber venido aquí.

—*Deravich* —ella murmuró.

—¿Qué?

—Un monstruo nacido entre los muertos. De aquellos que han muerto en trauma. Mantente en silencio. Si no nos nota, estaremos bien.

Ella había estado en ese claro con el *Lichni'voda*. Ella había visto al monstruo inhumano que realmente era el Buitre Negro y el tipo de poder que la clériga tenía dentro de ella. Ella había sido marcada junto con ellos. No le hacía ningún bien preocuparse por eso, pero ella deseaba no haber sentido tanta curiosidad.

Los lamentos se calmaron. Katya suspiró.

—No somos bienvenidos aquí —dijo Kacper.

—Ni siquiera un poquito.

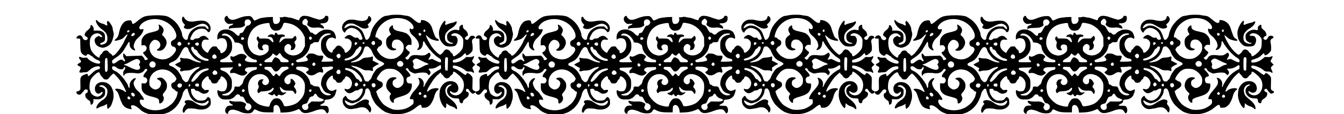
Ella sacó un pequeño frasco de su bolso. Solo necesitaba un poco de magia y entrar en un ligero estupor para contactar a un santo. Con suerte, esto haría el trabajo.

—¿Puedes vigilar por mi durante unos minutos? —preguntó a Kacper.

Ella no esperó a que él respondiera antes de beber el líquido ácido y moverse para entrar en la tienda.

Al momento siguiente de que se dio cuenta, ella estaba de vuelta afuera con el *voryen* de hueso en sus manos, respirando con dificultad. Ella no podía evitar la sensación de que, aunque había tenido éxito, el Buitre lo *sabía*. No creía que él se hubiera despertado, pero todo era siempre muy confuso cuando usaba magia. Los bordes del mundo se atenuaron y los colores estaban mal. Era un estado peligroso en el que estar, porque ella nunca estaba completamente segura de lo que estaba haciendo.

Pero ella tenía lo que necesitaba. Con suerte, la clériga estaría demasiado distraída para darse cuenta de que faltaba.



36

NADEZHDA LAPTEVA

Ella baila en el pantano, Zlatana lo hace, esperando que los vagabundos escuchen su alegría. Esperando para llevarlos a Dziwożona por que su trato con la bruja la alimenta bien.

Los libros de Innokentiy

Nadya se despertó gritando.

Malachiasz salió de la tienda antes de que Nadya tuviera tiempo de registrar qué la había despertado. Ella tropezó tras él, con los ojos nublados y todavía sintiendo su calor contra su piel antes de que el frío abrasador la despertara.

En el segundo que estuvo fuera de la tienda, Nadya lo *sintió*.

Ya tenían la atención de los dioses caídos. Ella había pensado que Velyos era otra cosa al principio; él le había dicho que no era un dios, y estúpidamente ella se lo había tomado al pie de la letra. Serefin había estado lidiando con el toque de Velyos sobre él y Nadya podía sentir eso. Pero aquí había algo más, oscuro, profundo, más difícil de ubicar, más difícil de identificar para ella, y este nuevo poder suyo fue aprovechado en un hilo de divinidad que significaba que ella *siempre* estaba sintiendo algo. Esto era diferente. Este era otro dios.

Malachiasz extendió un brazo, impidiendo que Nadya se acercara más. Ella se llevó la mano a la boca.

—Estamos lidiando con poderes que se escapan a nuestra comprensión —él murmuró—. ¿Es esto Velyos?

No se sentía como Velyos; no había necesidad de preocuparlos más.

—Creo que sí.

El cuerpo de Serefin se sacudió con convulsiones y sangre caía de sus ojos. Nadya agarró su collar y agarró la cuenta de Marzenya.

Tengo que ayudarlo, rezó.

—*Él ha dejado atrás nuestra ayuda, niña* —respondió Marzenya.

Nadya no quería aceptar un no por respuesta. Se deslizó hasta el suelo donde Kacper sujetaba a Serefin para evitar que se sacara los ojos.

—Necesito tela —dijo ella. Malachiasz parpadeó antes de ir a buscar su abrigo y regresar con un paño que él usaba para limpiar la sangre de sus manos; afortunadamente, no había sido usado.

Nadya se acercó, con cuidado de evitar el manoteo de Serefin, recordando el incidente en el barco, sus ojos sangrantes. Ella se movió detrás de él, agarrando la parte de atrás de su cabeza antes de que se estrellara contra el suelo.

—Está bien, glorioso tonto —ella murmuró mientras le ataba los ojos con la tela—. Vas a estar bien. Lucha si debes, pero no hay vergüenza en rendirse —susurró ella, con la boca cerca de su oído. Ella acarició su cabello hacia atrás de su frente—. Déjame ver a qué nos enfrentamos. —Ella deslizó la palma de su mano sobre su frente, cerrando los ojos.

Ella echó un vistazo horrible. Algo viejo y repugnante se había apoderado del alma de Serefin y se aferraba con fuerza. Nadya no podía hacer nada, congelada en su lugar al pie de un inmenso templo de piedra mientras una enorme mano se deslizaba por la puerta. La siguió otra mano hasta que docenas de manos estaban arañando para escapar.

Sus ojos se abrieron de golpe, su mano se alejó de la frente de Serefin. Esta no era una conexión que ella pudiera romper. Miró hacia donde estaba Malachiasz cerca y negó con la cabeza.

—¿Qué es? —Preguntó Kacper, la desesperación llenó su voz.

—Algo antiguo. —Ella dobló los talones y se sentó con la cabeza de Serefin en su regazo—. Si él no rompe esto con Velyos, lo devorará. —Pero incluso mientras hablaba, ella estaba segura de que no era Velyos. Pero ella no sabía quién era y eso la aterrorizaba.

¿Qué le ha pasado a él?

—¿Qué hacemos? —Preguntó Ostyia, presa del pánico.

Malachiasz se frotó la mandíbula, la expresión oscura de su rostro era incómoda.

—¿Él ha dado la impresión de que sabe cómo romper esto? —ella le preguntó a Kacper.

—Apenas.

¿Qué quiere él?, le preguntó a Marzenya.

—¿Qué piensas, niña? Lo desterramos hace mucho tiempo. ¿Qué más podría querer?

Venganza.

—Así es.

—Las ruinas… —comenzó Katya.

—Él *quiere* a Serefin aquí —espetó Nadya, interrumpiéndola—. ¿Cómo sabemos que empujarlo más cerca no va a desencadenar exactamente lo que él quiere?

Nadya se estremeció. Ella no había agarrado su abrigo en su salida. Malachiasz se sacó el suyo y se lo puso sobre los hombros, agachándose a su lado.

—No hay nada que hacer más que seguir moviéndonos —dijo él—. Solo podemos esperar que nuestra trayectoria actual sea la correcta.

Nadya asintió, frunciendo el ceño. Actuando a partir de mitos y esperanza. En el mejor de los casos, era endeble y lo único que tenían. Era demasiado tarde para dar la vuelta. Ella se puso de pie y Kacper ocupó su lugar, colocando la cabeza de Serefin en su regazo con manos suaves.

—No lo despiertes —dijo ella—. Podemos esperar.

—Esto nunca hubiera sucedido si tú no hubieras interferido con Tranavia —espetó Ostyia.

—Esto sucedió porque tu último rey y *él*… —Ella señaló a Malachiasz, quien tuvo la decencia de parecer miserable—… jugaron con poderes que no entendían. Yo no tuve nada que ver con esto. Quiero ayudarlo. Nosotros le ayudaremos a seguir adelante.

* * *

Se necesitaba más sangre de la que Nadya pensaba que Malachiasz podría derramar físicamente. Ella siguió esperando a que él se desmayara, pero él siguió alimentando el hechizo con sangre, sus rasgos se agitaron, la máscara se desmoronó y se cayó mientras se paraba a los pies de la divinidad y lo desnudaba y él le mostraba al mundo exactamente en lo que él se había convertido.

Él terminó de rodillas, con la cabeza inclinada y temblando, y Nadya se preocupó brevemente de que este fuera su fin antes de que ese chico terrible, brillante y monstruoso se pusiera de pie y golpeara la mano contra la pared negra.

Y toda se hiciera añicos como un cristal.

Él vaciló sobre sus pies cuando la magia se desvaneció y el poder antiguo se apresuró a pasar junto a ellos en un torrente que incluso aquellos que no tocaban la magia con regularidad sentirían arder en su piel.

La máscara de Malachiasz no regresó, y su cabeza se movió, dedos en forma de garra revoloteando a su lado.

Oh, el bosque ya estaba carcomiendo su mente. Entonces eso fue todo. Él se había ido. Tan fácil, en última instancia. Mucho más fácil que torcer el cuchillo ella misma.

No menos doloroso, consideró ella, con el pecho apretado.

Ella hizo un gesto al resto de ellos para que se alejaran mientras avanzaba hacia Malachiasz, buscando su pozo de poder. Su cabeza se levantó de golpe cuando ella se acercó y él la miró con ojos negros e insondables.

—*Dozleyena, sterevyani bolen* —dijo ella, extendiendo una mano—. Vas a volver de esto, ¿verdad, Malachiasz?

Un escalofrío al oír su nombre en su lengua. Un aliento agudo siseó entre dientes de hierro. El miedo se instaló profundamente en el corazón de Nadya, diferente a cuando estaba en las Minas de Sal. Ella ya no podía sentir los restos de la coherencia de él.

Ese hilo que los unía era algo animal y duro. Algo poderoso y vilmente cruel.

Él se movió sobre sus pies y Nadya se sobresaltó, casi saltando de miedo. Él dio un paso más hacia ella. Los ojos de ónix parpadearon, muchos de ellos, deslizándose por sus rasgos de una manera que hizo que su estómago se revolviera. Era el horror de las Minas de Sal llevado más lejos cuando los pequeños pedazos de Malachiasz que aún se aferraban fueron barridos.

Luego, él desapareció en el bosque.

—Joder —murmuró Nadya, mirando el lugar dentro de los árboles donde él había desaparecido.

Ella lo había empujado por el borde hasta la ruina.

SEREFIN MELESKI

Serefin solo duró unos segundos sin la tela atada sobre sus ojos. Él había perdido el izquierdo por completo, y el derecho vacilaba tanto que solo podía dar unos pocos pasos hacia Nadya sin querer vomitar por los horrores que le

arañaban la vista. Su cabeza latía con un dolor casi cegador mientras se movía lentamente hacia donde había caído el muro de magia.

—¿Crees que hemos desatado algo al hacer eso? —él preguntó amablemente, mirando lo poco que podía ver a través de la fina tela.

Nadya tragó saliva.

—Ni siquiera pensé en eso —susurró.

Malachiasz se había ido, lo que no era una gran sorpresa para Serefin, pero Nadya había palidecido considerablemente. ¿De verdad pensaba que él estaba lo suficientemente completo como para ayudarlos?

—Él… —ella comenzó y se detuvo, su voz temblaba peligrosamente—. Él era tan normal antes. No pensé…

Serefin puso una mano en su hombro con mucho cuidado, con cuidado, ya que realmente él no podía ver dónde estaba, y apretó suavemente. Ella se estiró y puso su mano sobre la de él.

—Tú también estás en mal estado —ella dijo.

Él se encogió de hombros, sobre todo para enmascarar su puro terror. Decididamente no estaba bien, pero ¿qué podía hacer él realmente al respecto?

—*Vas a dejar salir al resto* —siseó Velyos—. *Déjame todo lo demás a mí. Esos dos se destrozarán y terminarán nuestro trabajo por nosotros*.

Te voy a expulsar.

—Disfrutaré mucho verte intentarlo. Ayúdame y tendrás la oportunidad de matar a esa criatura.

¿Puede ser asesinada?

—Querido muchacho, cualquier cosa puede ser asesinada. Incluso los dioses.

Él miró a Katya, cuyas facciones se habían mantenido suaves y extrañamente despreocupadas.

No sería un viaje largo hasta el templo en la base de las montañas. Nadya había calculado como máximo una semana. Pero podrían pasar muchas cosas una vez que cruzaran la frontera manteniendo a raya toda esa locura divina.

Kacper se acercó a Serefin y con cautela envolvió su brazo alrededor de la cintura de Serefin.

—Necesitas ayuda —él murmuró en su oído. Rozó su nariz contra la mejilla de Serefin—. Déjame ayudar.

Se inclinó hacia Kacper y asintió con cansancio.

—Ellos se están… él se está apoderando de mí —dijo él. Nadya se tensó al otro lado—. Si empiezo a sonar extraño, o si… hago algo y está claro que

no… bueno, no soy *yo*, entonces… noquéenme. Es horrible cuando estoy dormido, pero podría ser más fácil manejarme.

—Serefin… —murmuró Nadya.

—No hay nada que hacer —dijo Serefin, falsamente alegre—. ¿Deberíamos irnos?

Nadya se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. No lo había trenzado y le colgaba suelto sobre los hombros. Ella cogió el libro de hechizos de Malachiasz de donde estaba tirado en el suelo y lo miró antes de entregárselo a Parijahan. Rashid la abrazó.

—Eso lo rompió —la oyó decir Serefin—. Yo no lo hubiera pedido si realmente hubiera pensado…

Rashid besó un lado de su cabeza.

—Él ya estaba roto. Él quería ayudar. Él nos dio eso.

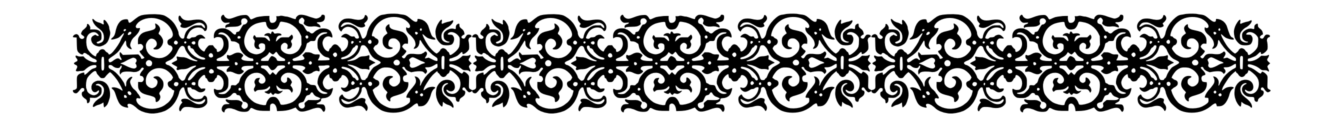
Ella asintió con la cabeza, retrocedió y se secó rápidamente los ojos. Se volvió hacia Serefin.

—Vamos.

Kacper le tomó la mano.

—Solo confía en mí —murmuró Kacper—. Llegaremos al otro lado de esto como lo hacemos con todo lo demás.

Kacper empujó su frente contra la sien de Serefin y sus labios se encontraron a un susurro de un beso. Serefin se inclinó hacia atrás y se aseguró de que la venda de los ojos estuviera firmemente atada contra su cabeza, y Kacper tiró de él hacia adelante.



37

NADEZHDA LAPTEVA

Un cuchillo se tuerce en las entrañas del divino mientras él espera y mira, él sabe que caerán, siempre caen, nada es eterno excepto la oscuridad.

El Volokhtaznikon

Un segundo, Nadya estaba con los demás, abriéndose camino a través de un bosque que no había sido invadido en cientos de años. Al siguiente, estaba completamente sola.

El pánico la atravesó cuando el silencio de repente se volvió insoportablemente fuerte en sus oídos. Era difícil no notar la ausencia de los pasos torpes de Serefin mientras luchaba con solo la mano de Kacper para guiarlo. Se dio la vuelta lentamente, temiendo lo que pudiera encontrar detrás de ella.

No había nada.

Nadya se aferró a sus cuentas de oración. ¿Debería continuar sola? ¿Debería intentar encontrar a los demás? No había forma de saber qué les iba a hacer el bosque antes de que les permitiera llegar a su destino, *si* es que les permitía llegar allí.

¿Tener a Malachiasz por un poco más de tiempo los habría salvado del bosque jugando con ellos, o era esto inevitable?

¿Que se supone que haga?

—*Sigue adelante.*

La presencia de Marzenya era más fuerte y aterradora aquí. Algo sobre eso, sobre ella, se sentía… diferente. Nadya no sabía qué hacer con eso. Pero su diosa tenía razón.

Ella tenía que seguir adelante.

Aquí los árboles eran enormes, uno solo no cabría en el ancho del santuario en el monasterio donde ella había crecido. Insondablemente grandes. Estaba perpetuamente oscuro, perpetuamente frío, y Nadya se sentía extraña. Había un zumbido distractor en su sangre.

Ella podía sentir a dónde tenía que ir, pero no se atrevía a dar un paso adelante. ¿Y si ella estaba destinada a buscar a los demás?

Ellos pueden encargarse por sí mismos, ella pensó, aunque eso no era ni un poco cierto. Serefin era un desastre, apenas se controlaba a sí mismo. Y Parijahan y Rashid no tenían magia en un lugar donde la magia estaba en todas partes.

Una punzada de preocupación la apuñaló, pero ella tomó una decisión. Tenía que continuar y rezar para que los demás estuvieran bien.

Rezar para que no les sucediera lo mismo que Malachiasz.

Rezar para que a ella tampoco.

Nadya se arropó con el abrigo de Malachiasz y se arremangó las mangas demasiado largas. Olía a él de nuevo, pero era un consuelo frío.

Él solo había estado tratando de *ayudar* y se había roto lo poco que quedaba de él.

¿Era esto parte de la maldición? El oscuro presagio sobre ellos iba a golpear eventualmente. Pero no. Ella sabía que presionar más allá de ese muro de magia lo haría pedazos y se lo había pedido de todos modos.

—*¿Quieres que así sea? ¿Eso lo haría más fácil de soportar?*

Nadya suspiró.

—*Él no es lo que debería preocuparte. Tienes cosas mucho más importantes con las que lidiar que ese gusano.*

Realmente siento que tus insultos hacia él podrían ser mejores.

—*Agradece que él aún vive, niña* —respondió Marzenya secamente.

Nadya sonrió levemente. Era casi como una conversación que había tenido con Marzenya antes. Ella echaba de menos el resto del panteón, pero tener a Marzenya de vuelta era suficiente. Casi. Sin embargo, la diferencia en Marzenya era preocupante. Siempre un poco fría, un poco cruel, pero Marzenya no controlaba los secretos, esos eran para Vaclav. Las palabras de ella tenían un toque desapasionado, como si estuviera hablando con un extraño, no con una chica con la que ella había hablado durante toda su corta vida.

Pero su sonrisa se desvaneció. Sin embargo, él no viviría mucho más, ¿verdad?

Era opresivo, cómo vivía y respiraba el bosque y quería que Nadya se *fuera*. La maleza era espesa y difícil de recorrer, llena de hojas masticadas por gusanos y huesos blanqueados, y ella tuvo que cambiar de ruta por completo para rodear los enormes árboles. Todo olía a humedad y descomposición, atravesado por la amarga agudeza del frío.

No pasó mucho tiempo para que el cansancio de Nadya desacelerara sus pasos y su soledad se aferrara a su corazón. Era difícil ver el final de esto y creer que cualquier cosa sería mejor. ¿Perder la pista de Serefin era otro fracaso? Si él vacilaba, Nadya y el resto del mundo se perderían. Ella no podía mentirse a sí misma; ella sabía, en el fondo, lo que le pasaría si los dioses caídos fueran liberados. La tomarían y ella no sería lo suficientemente fuerte para defenderse.

Quizás ella debería intentar encontrarlo en su lugar.

—*Sigue adelante*.

Se mordió el labio, mirando el dosel oscuro de hojas que cubrían el cielo. Echaba de menos el sol; ella había estado en la oscuridad durante demasiado tiempo.

Empujó hacia un claro. Malachiasz holgazaneaba en las ramas bajas de un árbol, mordisqueándose las uñas con indiferencia. Algo punzó en el pecho de Nadya. Este era el Malachiasz de la noche en la catedral. Kohl delineando los ojos pálidos, haciéndolos aún más incoloros y extraños, cabello negro enredado con cuentas doradas y trozos de hueso.

Llevaba la ropa con la que había desaparecido. Una túnica y mallas negras. Y había una mirada cruel y distante en sus ojos mientras la miraba.

Ella no podía decir si él estaba realmente allí.

—¿A dónde crees que va a ir esto, de verdad? —él dijo arrastrando las palabras.

—¿Qué?

Él hizo un gesto con la mano.

—Todo esto. El templo, los dioses, ese asunto con Serefin. ¿Qué todo esto va a hacer?

—Detener la guerra —dijo ella tranquilamente—. Serefin tiene que liberarse de Velyos. Yo necesito respuestas. Marzenya…

—La perra que te manda.

Nadya se quedó helada.

—¿Perdón?

—Me escuchaste —dijo él lentamente. Una sonrisa tiró de su boca mientras caía al suelo, sus movimientos eran tan elegantes como siempre—.

No los necesitas a ellos, pero tampoco escuchas la razón, así que realmente no tiene sentido nada de esto. Tú seguirás siendo irracional, esta guerra continuará, nada cambiará.

—¿De qué estás hablando?

—Ríndete, pequeña clériga. Perdiste. Mataste al rey de Tranavia y nada cambió, excepto que tus pequeños dioses te expulsaron porque te atreviste a pensar por ti misma. Kalyazin nunca va a ganar. Tienen poca potencia y son incapaces de igualar la magia de sangre que un *niño* de Tranavia podría lanzar.

Ella dio un paso atrás mientras él se acercaba, mirándola como un depredador. Su espalda chocó con un árbol y ella quedó atrapada.

Él puso su mano contra el árbol, garras de hierro largas y afiladas, golpeando el espacio junto a su cabeza. Se inclinó más cerca.

—Tenía razón y siempre la tendré. Tú no eres más que una chica con una espada.

Él estaba a un suspiro y ella podía saborear *algo* en el aire. Su corazón tropezó con latidos aterrorizados y erráticos que ella no podía explicar, porque incluso en el peor de los casos, arrancando corazones y comiéndoselos frente a ella, él nunca había desencadenado un instinto de miedo tan primitivo en su interior. Ella nunca pensó que él realmente la mataría, excepto aquí… ella no estaba tan segura.

La manga de él se deslizó hacia atrás ligeramente. Nadya miró de su brazo a su cara. Ella arrastró la uña afilada de su mano izquierda contra la mejilla de él, un corte que se abría y chorreaba sangre.

—Nos condenarías a todos —susurró ella—, por el bien de tu venganza. Pero, por supuesto, lo sabes todo, Malachiasz Czechowicz… —Ella esperó—. Como si supieras que nunca debes subestimar a una chica con una espada.

Ella alcanzó su *voryen* de hueso, el pánico se instaló entre sus costillas cuando descubrió que había desaparecido. Sus dedos se cerraron sobre una de sus otras espadas y ella la sacó de su funda, sosteniéndola sin apretar.

Un golpe de vacilación, *si ella estaba equivocada*, no, si ella estaba equivocada, él estaría bien.

Ella deslizó la hoja a través de sus costillas hasta su corazón.

La sangre se derramó sobre sus manos, cálida y no de él *no de él*. Ella tenía razón, ella debía tener razón.

Los ojos del *Telich'nevyi* se pusieron blancos, la conmoción y la confusión torcieron su rostro. Eso agarró la empuñadura de su espada,

dejando escapar un pequeño y doloroso jadeo que sonó como *él* y Nadya cerró los ojos porque ella no podía ver esto. *No es él, eso solo le robó la cara*.

Cayó al suelo a sus pies. Ella se estremeció, de pie en el claro con sangre en sus manos, obligando a sus nervios a calmarse antes de moverse, empujando el cuerpo con la punta de su bota.

—¿Nadya?

Ella giró, su *voryen* se levantó. Malachiasz miraba más allá de ella, el cuerpo a sus pies. Nadya no estaba segura de que fuera posible que él se viera más pálido de lo que estaba en ese momento. Supuso que tropezar con el propio cadáver de uno mismo sería alarmante. Pero, oh, dioses, realmente era él. ¿Era realmente él? ¿O era este otro?

Los *Telich'nevyi* también salieron directamente de los mitos kalyazi. Cambiantes de forma que solo necesitaban un mechón de cabello de la cabeza de alguien para copiarlo tan completamente que sus seres queridos nunca lo sabrían.

—Dale un momento, cambiará —dijo ella en voz baja, más fuerte y su voz se quebraría, porque este *podría* ser Malachiasz.

—¿Lo mataste? —La voz de él sonó apagada.

—Lo hice.

—¿Se veía así? —Más pequeña, ahora.

—Lo hacía. —Ella estaba empezando a temblar. Ella lo había apuñalado. No a él, pero él todavía. Él actuaba así normalmente, no era su comportamiento lo que la había alertado en absoluto. Fue una suposición, una suposición afortunada.

—Oh. —Más una exhalación estrangulada que una palabra real.

Ella se limpió la sangre de las manos y buscó entre la maleza algo para limpiar su espada.

—¿Cómo hiciste, eh, c-cómo…?

—¿Cómo supe que no te estaba matando a ti?

Él tragó saliva y asintió.

No lo hacía, dioses, ella realmente no lo hacía. Ella lo miró fijamente. Él se puso aún más pálido.

—Nadya —dijo él en voz baja, desesperación en su voz.

Ella sacudió su cabeza.

—Eso no… No obtuvo bien tus ojos. Y tú haces este pequeño y extraño estremecimiento cuando escuchas tu nombre, eso tampoco hizo eso.

Él no podía apartar los ojos del cuerpo. Todavía se parecía a él. Ella le volteó la cara, deslizando los dedos sobre el corte en la mejilla que ella había

abierto en el *Telich'nevyi*.

—Este lugar quiere que nos destruyamos unos a otros —ella dijo. Ella lo besó, un toque suave y tranquilizador—. No podemos permitirlo. —Qué fácil era mentirle.

La mano de él estaba en su cintura, temblando mientras sus dedos se hundían en la tela de su chaqueta, la chaqueta de él. Ella se volvió para irse, pero cuando dio un paso y la mano de él se soltó de la de ella, su corazón dio un vuelco. Ella se giró. Ella estaba sola.

—Mierda —ella maldijo.

SEREFIN MELESKI

Las voces se habían vuelto incesantes. Los que se suponía que él debía despertar haciéndose más ruidosos con cada paso. Sus voces se suman a las otras dos que sonaban en la parte posterior de su cabeza, creciendo hasta un punto álgido, una cacofonía, insufrible. Él perdió la cuenta de cuántas voces había, perdió todo lo que pudiera hacerlas distintas mientras se fusionaban en un coro espantoso.

Él no creía que pudiera luchar mucho más tiempo. Lo mejor que él podía hacer era obedecer y esperar que sobreviviera para ver el final.

Le dolían los ojos. La mano de Kacper entrelazada alrededor de la suya era un consuelo cálido y sólido a pesar de que él podía sentir su pulso acelerado y sabía que él estaba aterrorizado.

Kacper lo estaba conduciendo en la dirección equivocada. Él sabía adónde tenía que ir; Sabía dónde dormían los caídos. Serefin apartó la mano de un tirón. Al segundo en que lo hizo, él estaba solo.

—¡Espera! —Dijo, dando un paso adelante como si pudiera sacar a Kacper de dondequiera que él había ido, pero no había nada más que un bosque oscuro a su alrededor.

Su respiración se hizo fuerte y rápida. Él extendió la mano hacia atrás con manos temblorosas y desató la tela alrededor de sus ojos. La pesadilla cobró vida a su alrededor.

Él estaba de pie en el centro de un cementerio de gigantes, sus vastos huesos esparcidos y creando un bosque blanco. Las polillas se levantaron frenéticamente a su alrededor, pero no eran naturales. Marcadas, blanco y negro con calaveras en sus alas.

Serefin se llevó las manos a los ojos. Salieron ensangrentadas. Él trató de no entrar en pánico porque si entraba en pánico haría algo estúpido y si él hacía algo estúpido estaba perdido. Necesitaba pensar.

Él necesitaba despertar a los que dormían.

No. Él estaba aquí para romper con esto. Necesitaba seguir adelante porque esa era la única manera de cortar a Velyos y al resto.

Velyos lo instó a seguir, a través del cementerio de huesos. Él pasó junto a cráneos del tamaño del gran salón de Grazyk. Algunos eran casi humanos, excepto que había demasiadas cuencas de ojos, las formas incorrectas, las mandíbulas demasiado largas. Algunos eran como cráneos de animales: ciervos, lobos, ratas, serpientes y uno que se parecía terriblemente al cráneo de un dragón.

Brillantes telarañas cubrían los huecos vacíos. Una de las polillas de Serefin estaba atrapada en una telaraña y él vio con horror cómo una araña del tamaño de un lobo se deslizaba desde dentro de los huecos del cráneo para devorarla.

Cuando morí, me mostraste visiones de lo que podría sucederle a este mundo, ¿no es así? Él preguntó con cautela. Grazyk ardiendo. Kalyazin un páramo estéril. Sangre lloviendo del cielo. Pero ¿cuál sería el catalizador de ese tipo de apocalipsis? ¿Inacción? ¿Guerra continua?

—*Lo hice* —dijo Velyos—. *Estás a un velo de mi dominio. Un paso al lado y estás ahí.*

¿Dónde estoy ahora?

—*Esto también es mío, si es mío en una forma diferente. Tienes un poder excepcional, tranaviano, pero te alimentas de un susurro de magia. La chica bebe mucho más.*

¿Y Malachiasz?

Se hizo el silencio mientras Serefin continuaba, los huesos crujían bajo sus botas.

—*Él tiene el poder de un dios* —dijo finalmente Velyos—. *Y es por eso por lo que él debe morir*.

Algo cercano al dolor llenó a Serefin. Él seguía recordando al chico con el pelo negro enredado en el salón de los sirvientes, con lágrimas en sus mejillas, aterrorizado por su poder. Él seguía pensando en su hermano caminando a su lado y ofreciendo una tregua. Él no sabía si podría hacerlo al final.

—*Si quieres evitar lo que te mostré, debes continuar. He estado colocando las piezas en su lugar durante tanto tiempo y he perdido muchas*

en el camino. Pero finalmente he encontrado las piezas que se moverán en las direcciones correctas y estamos tan cerca, ya ves, tan cerca del cambio real.

Serefin hizo una pausa. Durante el año en que Velyos vibraba en su cerebro, el ser se había vuelto coherente. Mucho más coherente que cuando le habló después de que lo mataran. Velyos se estaba volviendo más fuerte. Cada paso hacia el oeste le había dado fuerzas.

Serefin solo quería que sus ojos dejaran de doler, que dejaran de sangrar. Él quería recuperar su trono. Quería salvar a Tranavia.

Quería dormir.

Él no estaba tan seguro de ser lo suficientemente fuerte como para romper esto.

¿Cómo despierto a los demás? Mejor evitarlo, él pensó. Trató de alejarse un paso de donde Velyos deseaba que él fuera y no pudo. La única salida era ver esto hasta el final.

—Lo sabrás. Será fácil; estás casi allí. ¡Ya comenzaste el proceso y ni siquiera lo sabías! Mortales, tan fugaces, tan rápidos, pero cuando te empujan en la dirección correcta te lanzas de cabeza al abismo sin una segunda mirada y eso es bueno, muy bueno. Maravilloso que ahora la canción pueda continuar.

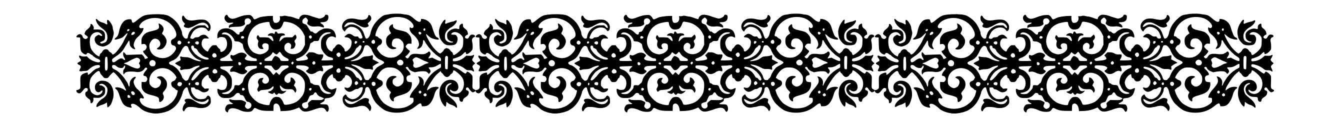
»Estaba roto, ya ves. Hace mucho, mucho tiempo. Había una nota, aquí y allá, pero la canción necesita tocar hasta el final y estamos tan cerca, unos instrumentos más, una tortura un poco más exquisita y la tendremos.

El pánico arañó su pecho. Cuando él dio un paso adelante, el crujido de huesos sonó demasiado fuerte en sus oídos.

—*Quería los cuatro. Los quería a todos, ¿sabes? Porque, oh, las cosas que yo podría arreglar si tuviera a la chica y al monstruo y al príncipe y a la reina. Pero me las arreglaré. Soy ingenioso. Tú me has sido muy útil, joven príncipe convertido en rey, convertido en instrumento y presagio. Estamos tan cerca. Tan cerca de un comienzo, tan cerca de un ajuste de cuentas*.

¿Contra los otros dioses kalyazi? Serefin trató de poner razón en las palabras de Velyos.

—*¿Quién más?*



Interludio

KACPER NEIBORSKI

Serefin se ha ido.

Otra vez.

Había vuelto a perder a Serefin.

No sólo eso, sino que había perdido a todos los demás. Maldita sea la kalyazi, no se preocupaba por ella, pero *Ostyia* estaba por ahí sola. Tenía que mantener la calma, pero lo único que quería hacer era huir de este maldito bosque, volver a Tranavia y fingir que nada de esto había ocurrido. Nunca había sido asignado a la compañía del príncipe. Nunca se había peleado con Ostyia porque ella se había burlado de su enamoramiento de Serefin delante de los demás soldados. Nunca había sido promovido al círculo íntimo de Serefin.

Ninguna de estas locuras había ocurrido.

Era sólo un chico del campo. No estaba hecho para esto. Realeza y Buitres y tonterías divinas. Era bueno en la magia de sangre, pero había muchos que eran mejores. Y la magia de sangre era tan básica, tan *normal*. Lo que sea que fuera esto no era normal.

Sangre y hueso, esperaba que Serefin estuviera bien, pero tenía la sensación de que algo muy malo estaba a punto de suceder y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. No había podido evitar que Serefin se fuera. No pude hacer nada para ayudar a Serefin mientras esos seres trataban de destrozarlo, sólo pudo observar con horror cómo sus ojos sangraban y trataba de arrancarlos aunque tuviera que atravesar su propio cráneo para hacerlo.

Kacper deseaba no haber salido nunca de casa. Haberle quitado la granja a su hermana. Haber cumplido con su deber en el frente y haber regresado en el momento en que su contrato hubiera terminado. Pero tuvo que conocer a un ridículo príncipe de ojos pálidos y una sonrisa que podía iluminar una habitación llena de soldados cansados y que sólo querían volver a casa.

Un chico que bebía demasiado y eso le hacía ser demasiado confiado. Que se tumbaba en el suelo de su tienda y se quejaba a Kacper de que al menos en el frente podía ser *Serefin*, cuando en casa tenía que estar callado y pasar a un segundo plano para escapar de la atención de su padre.

Kacper no sabía si podría sobrevivir a la pérdida de Serefin. Había empujado su estrella a la órbita del príncipe y sería un cataclismo intentar salir de ella. Había hecho la única cosa que siempre le habían dicho que nunca hiciera y se había enamorado muy por encima de su posición.

La brillantez de Serefin le resultaba a veces cegadora. Kacper le había visto ganar batallas sólo con la estrategia, en las que estaban en inferioridad numérica y de poder. Serefin era inteligente; sabía cómo torcer los escenarios a su favor. Y ver cómo todo se desmoronaba alrededor de Serefin le estaba matando.

Observó su entorno. Todo empezaba a parecer igual y la poca luz que quedaba empezaba a desvanecerse.

No sobreviviré una noche aquí fuera, pensó Kacper, el miedo lo invadió.

Algo se rompió cerca. Kacper se giró y se llevó la mano a su libro de hechizos. Por lo general, se inclinaba por una espada: Ostyia y Serefin eran mejores magos y era más prudente contar con alguien que pudiera actuar sin magia. Pero aquí una espada iba a ser inútil contra cualquier horror kalyazi que el bosque decidiera escupirle.

¿Era esto una prueba? ¿O este antiguo bosque estaba simplemente jugando con ellos porque podía hacerlo? Porque habían entrado en la boca del infierno y ahora estaban a su merced.

Tranavia tenía historias sobre este lugar que todos habían ignorado porque Serefin estaba siendo obligado a venir aquí.

Y ellos iban a morir por ello.

PARIJAHAN SIROOSI

Parijahan bordeó los límites de un pantano. Seguía oyendo cosas, susurros, palabras que a veces parecían kalyazi, a veces tranaviano, pero a veces oía Paalmideshi y el sonido le daba ganas de llorar.

¿Qué estaba haciendo?

Estaba sola. No se había sorprendido especialmente cuando levantó la vista y los demás se habían ido. Incluido Rashid, y hacía mucho tiempo que

no estaba sin él a su lado. Su ausencia era una espina en su corazón.

Por favor, sobrevive a esto, rezó, aunque sus dioses estaban muy lejos y los de Kalyazin no se preocupaban por ella. Aquí caminaba en el reino de los dioses que no le pertenecían y era irónico, realmente, cómo su cobardía la había llevado tan lejos.

¿Cuánto faltaba para que dejara de correr?

Dejó caer su mochila y se sentó en el borde del pantano. No podía pasar por ahí. Ella no podía jugar a este juego que los otros *podían*. Todo lo que tenía era un puñado de armas y su propio ingenio y le preocupaba que ese ingenio no fuera suficiente aquí.

La carta seguía en el fondo de su mochila. Había intentado no pensar en ella. Había intentado resolver lo que debía hacer con Malachiasz, pero su ayuda sólo podía llegar hasta cierto punto y él, extrañamente, quería que ella hiciera lo correcto.

Un rompecabezas, ese chico.

Lo correcto significaría enfrentarse a su familia. Poner a prueba una frágil paz que sólo se había ganado huyendo del palacio por la noche y sin volver a cruzar la frontera de Akola. Significaría entregarse a una familia que tenía más probabilidades de ejecutarla que de acogerla y entregarle el Travash. Ni siquiera *quería* la Travash.

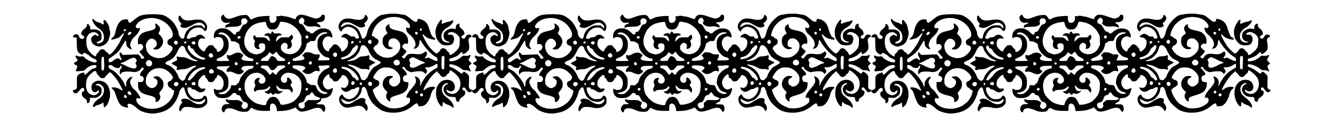
Pero no tomarla significaba condenar a Akola a una guerra civil que llevaba décadas agitándose en sus bordes. Tenía que elegir entre ella misma o su país.

Y estar rodeada de gente como Nadya y Malachiasz lo empeoraba todo, porque ambos morirían rápidamente por sus países y Parijahan no podía obligarse a sentir lo mismo. Tal vez fuera egoísta. Pero no podía ser como los amigos que había hecho en esta tierra fría y amarga.

Algo salpicó cerca y Parijahan se tensó. Había entrado aquí tontamente pensando que al menos tendría la seguridad de sus compañeros para descansar en este lugar mágico.

Rebuscó en su mochila y sacó la carta. La leyó de nuevo, aunque las palabras estaban grabadas a fuego en su cerebro.

Arrugó la carta y la arrojó al agua turbia del pantano antes de poder cambiar de opinión. El agua se derramó sobre ella, haciendo correr la tinta. Se levantó. Tenía que encontrar a los demás.



38

NADEZHDA LAPTEVA

El mundo que desean es de huesos rotos y sangre, siempre sangre.

El Volokhtaznikon

En las ruinas de Bolagvoy había un altar y un pozo y un lugar donde los anteriores a ella habían acudido a pedir los ritos perdidos. Ella había pensado que iría al altar para pedir perdón por sus pecados y volver a lo que conocía.

Pero, en cambio, debía ir a probar la divinidad.

Nadya se negó a dormir. Siguió caminando, aunque cayera la noche. Incluso cuando se hizo tan oscuro a su alrededor que apenas podía ver. Incluso cuando su cuerpo comenzó a flaquear por el agotamiento. Tenía que hacer una cosa, y entonces tendría respuestas. Podría ser perdonada. Podría encontrar la paz. Algo, *cualquier* cosa podría cambiar.

La maleza crujía bajo sus botas, Marzenya la empujaba hacia el corazón del bosque, hacia las montañas. ¿Qué era ella, después de todo, sino un recipiente para la voluntad de los dioses? ¿Qué otro propósito tenía? ¿Qué más había?

Nada y nada y nada.

Y así siguió avanzando. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía en la oscuridad contra la parte posterior de sus párpados era su espada clavada en el pecho de Malachiasz. La traición en sus ojos antes de que se volvieran tenues, oscuros, silenciosos.

Lo había hecho con tan poca vacilación.

¿Qué más podría hacerle? ¿Qué tan poco valía él para ella, realmente?

Él lo era todo; él no era nada. Ella estaba desgarrada en mil direcciones pero sólo había una y era hacia *adelante*. No había nada más que esto.

Pero la sangre en sus manos, cálida y de él, excepto que había sido un monstruo. Pero él era un monstruo. ¿Y cuánto tiempo pasaría hasta que *él* se volviera contra ella de esa manera, y ella se viera obligada a actuar?

No podía volver a hacerlo. No podía volver a hacerlo.

Pero ella no sabía lo que le depararía el futuro y habían sido maldecidos. Tal vez eso era lo peor. O tal vez lo peor estaba por venir.

Los monstruos la dejaron en paz, como si fueran retenidos por una mano mayor. Pero los vio de pasada. Una *leshy* mientras se sentaba en un altar de piedra y la miraba partir. Un oso, enorme y primitivo, atravesando el bosque justo al lado de ella, avanzando en la misma dirección. Hacia la montaña, cada vez más cerca de la montaña.

Nada más importaba que llegar a la montaña.

La sede de los dioses. El pozo de la divinidad.

La boca del infierno.

Nadya se tragó ese miedo porque era de origen tranaviano y no le pertenecía. Ella era kalyazi y estaba tocada por la divinidad y tal vez eso no importara, pero tenía que intentarlo.

Se arrastraría hasta su diosa.

Había roto al chico que amaba. Lo apuñaló en el corazón. Él estaba ahí fuera, más monstruo que otra cosa, y ella lo dejó para eso, porque había cosas más grandes aún por venir.

Pero ella tendría que llegar allí primero. Todo lo que podía hacer era poner un pie delante del otro y seguir adelante.

SEREFIN MELESKI

Le estaba devorando.

De alguna manera, había llegado al lugar donde debía estar; el tirón en su pecho se había calmado. Y cuando parpadeaba, se encontraba en un bosque, sombrío y oscuro, y entonces todo se desdibujaba y los huesos se esparcían hasta donde alcanzaba la vista.

Y entonces se sentó porque estaba muy cansado. Había luchado durante mucho tiempo. Quería dormir. Seguramente estaría bien que durmiera. Nada le haría daño: le necesitaban, le necesitaban para despertar a los que dormían.

Se acostó.

Y el bosque, tenía hambre. Sabía lo que había pisado dentro de él, sabía que esos grandes poderes que habitaban dentro y alrededor y entre y debajo de sus árboles tenían grandes planes para los pequeños insectos que correteaban mientras él observaba.

Serefin no sabía cómo podía *sentir* el bosque. Cerró los ojos. No se dio cuenta de que el musgo empezaba a crecer sobre su mano, de que las raíces de los árboles empezaban a envolver sus piernas y a clavarle cada vez más en la suave tierra. De repente pudo sentir el hambre de todo lo que le rodeaba. El hambre, que le daba vueltas a Malachiasz por dentro y por fuera. Ese dolor que se asentaba en el núcleo de todo ser que se llamaba a sí mismo dios, que se llamaba a sí mismo más viejo que la misma tierra, ese deseo de ser necesitado y querido y de hacer cuando estaban tan lejos y no podían hacer nada más que sugerir y tallar y ser pacientes.

El musgo se deslizó por el brazo de Serefin.

Era esta hambre la que empezaba a masticar a Serefin por dentro. No era algo natural para él; no lo quería. Pero por un segundo, comprendió lo que era ser Nadya, alguien que aceptaba su lugar en este ámbito de poder que era demasiado vasto para comprenderlo.

Y comprendió lo que era ser Malachiasz, que arañaba más y trataba de enderezar todas las piezas sólo para verlas derrumbarse. Que luchaba por convertirse en algo que iba más allá de lo mortal y conocer ese dolor y seguir queriendo, seguir alcanzando, y seguir viendo cómo todo caía al suelo, con la esperanza de que si sólo llegaba un poco más lejos, todo estaría bien.

Podía sentir a Kacper y su pánico y su desconcierto y un amor incansable por Serefin que no podía comprender que mereciera. Y a Parijahan, *la reina*, retirándose de la canción. Dando la espalda y tomando una decisión. Una nota discordante resonando en él, dolorosa. La *tsarevna* que caminaba por el bosque con una extraña calma que los demás no tenían. Que sabía que este lugar no la tocaría porque conocía el momento de su propia muerte y éste no lo era.

Se hundió más.

¿No se suponía que debía luchar contra algo?

Era Serefin Meleski y la lucha era lo único que tenía porque el bosque se estaba llevando todo lo demás, Velyos estaba tomando y tomando, con sus largos y pálidos dedos y sus insondables ojos parpadeando desde el cráneo de un ciervo. Mientras diseccionaba a Serefin en partes utilizables y lo empujaba más y más abajo hasta que los árboles crecían sobre él y no era nada y todo y esto estaba sucediendo de nuevo, *¿cómo estaba sucediendo de nuevo?*

Estaba demasiado cansado para luchar. Dejó que sucediera.

La clave fue el abandono. No fue un acto radical, dramático, que despertara a los que habían dormido durante miles de años. Todo lo que se necesitó fue resignación. Todo lo que se necesitó fue que un chico dijera que había tenido suficiente y dejara todo.

Dejar que el bosque lo destrozara.

No sabía si se recompondría, al final, si había un final, si algo terminaría alguna vez o si esto seguiría y seguiría alimentando este bosque por la eternidad.

«Eres profundamente melodramático, espero que lo sepas».

Un parpadeo en su conciencia. Serefin aún estaba medio disperso, muchas partes dispares lanzadas al viento, apenas quedaba la forma de un niño.

«*No puedes dormir durante el cambio de edad*» dijo Velyos. «*Por muy dulce que parezca. Levántate, rey de Tranavia, rey del oro, rey de la sangre, rey de las polillas, hay mucho más que hacer*».

Pero los primeros pasos se habían dado. El bosque se estremeció cuando aquellos que había tenido a su alcance durante tanto, tanto tiempo, empezaron a despertar.

Allí estaba Velyos, abriéndose camino hacia el sol después de siglos. Se había despertado atado, consciente pero atrapado. Y ahora era libre para vengarse de los que lo habían atado. El dios del inframundo, de los ríos y de los trucos.

Y Cvjetko, que había estado al lado de Velyos cuando habían llegado a la meta de los tronos de Peloyin y Marzenya. Por sus coronas hechas de tierra, hueso y sangre. Un dios de tres cabezas y tres seres y tres elementos que no coexistían, sino que vivían en una constante tormenta agitada.

Zlatana, de los pantanos y de la maleza y de los monstruos que moraban en los rincones oscuros del mundo indómito. Tan enfadada por haber estado atrapada durante tanto tiempo por tan poco.

Zvezdan, de la oscuridad de las aguas.

Ljubica, de las lágrimas eternas. Lágrimas y luto y angustia y oscuridad, oscuridad, oscuridad.

Y… Chyrnog, la última y de un tipo de oscuridad muy diferente.

Serefin estaba desconcertado. Aquí había más de lo que había pensado.

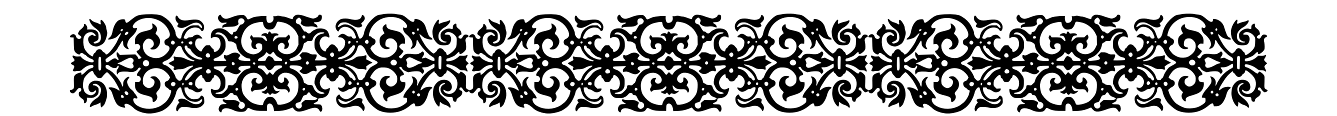
«*Cinco menores, en el gran ámbito de las cosas. Los que estamos por debajo de los que están por encima, o, en este caso, por debajo*» dijo Velyos con astucia. «*Chyrnog es el más grande, el más antiguo, el que lleva más tiempo dormido. Es el que dará la vuelta a este mundo y lo hará de nuevo. Él*

es quien te ayudará en la segunda parte de tu búsqueda, joven rey. Él te devolverá tu corona».

Serefin sintió que algo horrible comenzaba a agitarse.

Y, no por primera vez, se preguntó si, tal vez, había cometido un terrible error.

Serefin fue arrastrado hacia abajo.



39

NADEZHDA LAPTEVA

Sería demasiado fácil pensar que estas circunstancias se han malinterpretado a lo largo del tiempo. Que la magia sea una simple cuestión de conexión divina entre mortal y dios sería una suposición arriesgada. Porque, ¿qué hay de Tasha Savrasova, que no fue tocada por ninguno de los dioses, su forma se torció en algo parecido a los buitres de Tranavia, y, sin embargo, guardó la divinidad en sus palmas? ¿Qué pasa con ella?

Las Cartas de Włodzimierz

Cuando Nadya llegó a las puertas de Bolagvoy, fue como si hubiera caminado sola por el bosque durante años. Había vivido un día y una eternidad a la vez. El edificio era de madera, dramático y macizo, con amplias cúpulas de cebolla. Había permanecido en pie desde el principio de los tiempos, y seguiría en pie mucho después de que todo desapareciera.

Hija mía, has llegado muy lejos. La voz de Marzenya estaba muy cerca. *Mucho más lejos que cualquier otro mortal al que haya bendecido. Sabía que lo cambiarías todo; que arreglarías este mundo roto.*

Nadya tragó saliva. El interior de la iglesia era luminoso. En la base de la montaña, los árboles no podían tapar el sol tan fácilmente. Los iconos enmarcaban la puerta. Todos los santos que habían existido tenían un lugar entre estos muros. La maleza se arrastraba por el suelo, trepando por las paredes, exuberante y verde.

Era hermoso, pero la sensación aquí era distorsionada, impía, como si fuera a parpadear y ver algo muy diferente, pero no estaba segura de qué.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? preguntó Nadya. *Sólo quiero entender. Si soy tan especial, tan diferente, ¿por qué me han tratado así?*

Oh, niña, ¿no lo sabías?

Nadya se había puesto en marcha hacia las puertas del santuario, pero se detuvo al no reconocer el tono de la voz de Marzenya. *¿Saber qué?*

Nunca nos apartamos, niña. ¿Creías que el chico que forjó el velo para apartar a su país de nuestro contacto se detendría ahí?

Nadya se enfrió. Su mano se apretó en un puño. Eso no podía ser cierto.

¿Qué?

El chico que pisa los límites de nuestro reino, que tiene el poder de cruzar pero no el conocimiento, el chico que espera convertirse en algo más grande de lo que está destinado a ser. ¿Creías que te dejaría solo para vivir tu vida a nuestro antojo? ¿Creías que no habías renunciado a algo grande al elegirle a él?

Nadya negó con la cabeza. Malachiasz no le habría hecho eso. Tenían sus diferencias, oposiciones fundamentales, pero él sólo había tratado la creencia de ella en los dioses con una especie de cauteloso, aunque burlón, respeto.

Sin embargo, tenía un sentido demasiado terrible. Por supuesto que había estado ocultando algo así. Sus dioses no la abandonarían.

Pero eso no lo explicaba todo. ¿Qué era *ella*?

Siempre estuviste destinada a ser divinamente bendecida, dijo Marzenya. *¿Importa el resto?*

Sí, sí importaba. Había creído que era una simple clériga, pero era algo mucho más y eso la aterrorizaba.

¿Qué necesitas que haga?

Si te pidiera que mataras al chico, sinceramente, ¿lo harías? Marzenya sonaba curiosa.

Nadya vaciló. Se mordió el labio inferior, las lágrimas acudieron a sus ojos. Aunque un monstruo como él no merecía sus lágrimas.

¿Me estás pidiendo que elija? preguntó Nadya. Estaba bajo el sol que atravesaba las ventanas, temblando bajo el peso de la divinidad. *¿Me estás pidiendo que te elija a ti o a él?*

Sí.

Kostya, su Kostya, le había dado el mismo ultimátum, que esto no podría continuar para siempre. Nadya tendría que tomar una decisión entre Malachiasz y su devoción a sus dioses. Era un pecado que no podía ignorar.

Nadya cerró los ojos. Pensó en la vibrante sonrisa de Malachiasz, atenuada por la oscuridad que mantenía cerca. El calor de él junto a ella, la forma en que su mano acunaba la parte posterior de su cabeza cuando la abrazaba. Su puro deleite cada vez que hacía una broma absolutamente terrible.

Un chico ridículo de Tranavia que no podía dormir y la quería cerca.

Nadya puso la mano en la puerta.

Estaban malditos, unidos por casualidad en Kalyazin, atraídos por las circunstancias, pero destinados a caminos opuestos.

Pensó en sus pálidos ojos cerrados con crueldad. El caos de su cuerpo y sus rasgos. Su mente destrozada. Su deseo de hacer algo que destruyera su mundo porque creía que era lo correcto.

Pero ella era kalyazi, y en este mundo había algo más que el chico al que amaba.

Nadya abrió la puerta de un empujón.

La aprobación de Marzenya la inundó. Delante de ella había unas escaleras. Frunció el ceño, sin saber adónde la llevarían.

Las escaleras descendían en la oscuridad e imposiblemente hacia abajo y todo zumbaba de una manera que le resultaba familiar pero que Nadya no podía situar fuera de un picor justo debajo de su piel, un horror, una vaga inquietud. No sabía cuánto tiempo había pasado, su respiración superficial y las paredes que parecían encerrarla lentamente eran su único indicador, antes de llegar a un templo de piedra. El suelo estaba cubierto de flores blancas luminiscentes que bañaban la habitación con un suave e inquietante resplandor. Pasó la mano por encima de una de ellas y se enroscó sobre sí misma, abriéndose sólo cuando se apartó.

En el extremo de la sala había un profundo estanque excavado en el suelo. Todo en este lugar parecía mucho más antiguo que la ruina de arriba. Esto era poder antiguo. Podía ver las huellas de aquellos que habían llegado antes que ella a este lugar. La mayoría había muerto aquí, y sus huesos estaban esparcidos entre las flores. Una caja torácica albergaba un racimo de lianas que envolvían cada hueso y brotaban en pálidas flores.

Se acercó al pozo.

Querías respuestas, dijo Marzenya. *Ya es hora. Sólo hay una manera de obtenerlas. Y con esas respuestas necesito que hagas algo por mí*.

Cualquier cosa, dijo Nadya apurada. Llevaba mucho tiempo desesperada por esto. Se arrodilló al borde de la piscina, pasando los dedos por los símbolos grabados en la piedra.

El agua habría sido demasiado simple, tenía demasiado sentido.

Estaba llena de sangre.

Nadya ahogó un sollozo.

Mantuvo la mano sobre la piscina. Esto era lo que había venido a buscar, esto era lo que quería. Pero, ¿a qué precio? ¿Qué le quitaría esto?

¿Qué le quedaba por perder?

Cualquier cosa, repitió. *Haría cualquier cosa*.

Y se movió, sumergiendo el pie en el charco de sangre. Estaba asquerosamente caliente y tragó la bilis que le subió a la garganta. Había escalones en el borde del charco. ¿Cuántos antes de ella habían hecho esto? ¿Adónde la llevaría esto?

Antes de que pudiera continuar, algo sacudió los cimientos de la montaña. La alarma de Marzenya la sorprendió. La diosa se apartó de ella y se dirigió a otra cosa.

¿Qué ha hecho ese chico? Siseó su diosa.

A Nadya se le revolvió el estómago. ¿Serefin o Malachiasz? Era imposible saberlo y tenía que seguir adelante.

Se deslizó en la piscina hasta las pantorrillas y se puso de pie, dando un paso tembloroso hacia abajo. La sangre estaba en sus caderas, empapando la tela de su vestido. Se quitó apresuradamente la chaqueta de Malachiasz. Se la acercó a la cara, percibiendo su desvaído aroma, antes de arrojarla a un rincón de la habitación. No podía soportar la idea de estropearla. Nadya pasó la mano por la superficie. Dio otro paso, con la sangre en el pecho. El siguiente paso la llevaría por debajo. Dudó. La chaqueta arrugada de la esquina le produjo una punzada.

¿Y si era una decisión equivocada?

Pero Nadya había sido tocada por los dioses, *elegida* para esto.

Respiró profundamente y se dejó caer, dejando que el charco de sangre la tragara entera.

* * *

Y así el pajarito se arriesga al olvido.

Esto era el olvido.

Esto era lo que era ser arrancado y arrojado contra el tejido del tiempo. Oír la canción que denotaba el presente pero verlo todo ante ella. Verla sonar una y otra vez.

Aquí, entonces, estaban sus respuestas, de alguna manera, de una forma que era un asalto a diferencia de las cuidadosas piezas fragmentadas que había recogido a lo largo del camino. Una jerarquía de poder que se podía romper, derribar, *cambiar*. Los dioses eran reales, *existían*, pero ¿seres benévolos? Difícilmente. Podían manipular esta gran canción fuera del reino de los mortales, pero no podían traspasar la frontera que los separaba de la

mortalidad. Algunos eran amables y otros crueles, y luchaban entre ellos. Aun así, mantenían una cuidadosa alianza y sólo debían seguir una única regla: podían observar, podían sugerir, pero no debían influir directamente en el curso de la mortalidad.

La magia era una bestia difícil de manejar, que no se podía domesticar, pero había quienes eran capaces. Y había quienes podían torcer la magia a su antojo en pequeños detalles. Mortales, poderosos, imbuidos de magia.

Pero qué hay de aquellos que podían estar entre realidades; que caminaban de un lado a otro, transformándose en seres de coherencia en medio de la locura mientras empujaban el reino mortal por su camino. Observaban. Esperaban. Llevaban a los mortales como si fueran hormigas. ¿Qué habían sido alguna vez? ¿Mortales o mágicos o algo intermedio? ¿Dioses caídos o humanos que habían superado cierto punto de trascendencia?

Eso, al final, no era el gran misterio que podía parecer hace un año.

Los dioses eran dioses y no era una gran pregunta porque, sí, un mortal podía hacer esa ascensión pero ¿a qué precio? Los pocos que sobrevivían estaban tan alterados que era como si nunca hubieran sido mortales.

¿Se podía matar a un dios?

Se podía matar a cualquier cosa.

Y debajo de todo ello estaba el canto de la oscuridad. Debajo de esa cuidadosa jerarquía había un vasto océano de poder que se agitaba y contenía criaturas antiguas e insondables. Y ella se arrodilló al borde de ese lugar y contempló lo que significaba que quisiera sumergirse en ese océano de poder y tomarlo todo para sí misma, que de alguna manera sentía como si ya lo hubiera hecho.

Ella era todo y nada y, sin embargo, la cicatriz de su palma de la mano palpitó una sola vez, una respuesta a esa llamada discordante. Y se permitió bajar la mano. Se permitió tocar la superficie de aquella agua oscura.

El espacio en el que se encontraba cambió, dejó de ser una canción, y Nadya se despertó en una habitación oscura en la que la sangre goteaba de las paredes y el suelo de piedra estaba cubierto de nieve. Se estremeció y se envolvió con los brazos. Ante ella había hileras y más hileras de extraños frascos y diferentes piezas de hueso, como la tienda de un boticario, o el taller de una bruja.

—La magia está cambiando.

Nadya dio un salto. Una joven estaba a su lado, observando los estantes de frascos. Tenía unos rasgos extraños y amplios y una larga trenza negra que

rozaba el suelo junto a sus pies descalzos. Cogió uno de los tarros.

—El mundo está cambiando, pero así es como funciona el mundo. La magia, sin embargo, se supone que fluye en una sola dirección, y eso ya no es una verdad. —Nadya frunció el ceño.

—Tengo un amigo que diría que todo es lo mismo.

—En esencia, lo es —convino la chica—. ¿No eres tú una prueba de ello?

—¿Lo soy? —preguntó Nadya desesperadamente—. ¿Qué es todo esto?

—Trozos de todo y de nada. Hay cosas que están sucediendo ahora. Un cambio en el mundo causado por tantos pequeños desastres, tantas elecciones que se combinan para llevarnos a este punto. Lo divino y lo herético se combinan para convertir a un niño en la apariencia de un dios.

Nadya respiró con fuerza.

—Imposible antes, posible ahora. No te hagas la sorprendida, sabías lo que estaba estudiando. Tu gente también lo estudia en secreto. Una chica que tenía la oscuridad encerrada, ¿qué hará ahora que se ha despertado?

Esta chica era familiar, pero Nadya no tenía idea de por qué. Ni siquiera sabía si la chica era real. Nadya acercó su mano.

—Una abominación, y sin embargo… —Ella hizo una pausa pensativa—. Tal vez algo más. Ser ambas cosas es imposible. Ambos son el aceite y el agua y, sin embargo, ese chico. Y, sin embargo, *tú*. —La chica cogió un frasco atrapado en un estado perpetuo de una gota de sangre cayendo en la leche, los colores aún separados—. Esto es lo que quieres.

Pero Nadya se sintió atraída por un tarro de plata con un cordón de dientes atado al cuello. Lo cogió, consciente de que la chica la observaba.

—¿Qué voy a encontrar? —susurró.

—¿Qué buscas?

—Quiero saber lo que soy.

La chica se encogió de hombros.

Nadya abrió el frasco con cuidado. Obtuvo lo que deseaba.

Una chica. Como cualquier otra. Una chica que podía tener un poder que condenaría a otro mortal. Una chica campesina de un monasterio en lo profundo de las montañas de Kalyazin. Una chica que había conocido la soledad, el hambre y la guerra. Una chica que había perdido y amado y se había preguntado.

Una chica que había dudado.

Todo y nada.

Pero eran cosas que ella ya sabía. Dejó escapar un sonido de frustración.

—Dale un momento —dijo la chica.

Ese océano, ese pozo, ese vasto caos de poder. Eldritch y la oscuridad y la locura. La cicatriz de la palma de la mano le produjo otra punzada de reconocimiento. Un estremecimiento de confirmación.

Tapó el frasco y lo devolvió a la estantería.

—No estás haciendo las preguntas correctas —observó la chica—. Sabes quién, y qué, eres. Eso nunca ha cambiado.

—¿Entonces qué *cambió*?

Algo había cambiado. Algo la había llevado por ese camino hacia la destrucción en el que había arruinado tantas cosas con el pretexto de intentar hacer el bien.

La chica cogió la cara de Nadya con una mano.

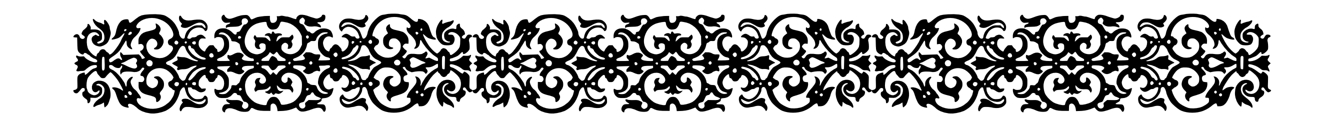
—Tal vez nunca estuviste destinada a salvar el mundo, hija de la muerte, tal vez estás haciendo exactamente lo que debías hacer. Bailaste en el borde de la oscuridad y la luz y caíste. Siempre ibas a caer. La oscuridad siempre iba a tenerte. Nunca has podido escapar de ella. Fue exactamente para lo que naciste.

Eso no podía ser posible. La chica sin palabras entregó a Nadya el otro frasco.

—Esto no destruirá a Tranavia, ¿verdad?

—Ya te dije —dijo la chica—, la destrucción no es mi intención.

Nadya dejó que el frasco cayera de sus dedos, observando cómo el vidrio se hacía añicos en cristales. Mito, esperanza y fe.



40

NADEZHDA LAPTEVA

Este mundo espera un giro, una revuelta, un ajuste de cuentas. Se ha agitado y escupido y retorcido hasta convertirse en algo tan diferente del plan que los primeros, los viejos, los muertos, deseaban que fuera. No asumas que ese plan era bueno y justo. No asumas la bondad. Asume el olvido.

El Volokhtaznikon

De un fuerte tirón, Nadya salió a la superficie, ahogada y jadeante. Malachiasz la sacó de la piscina, el pánico se apoderó de su voz mientras repetía su nombre una y otra vez.

—Está bien —dijo ella, escupiendo una bocanada de sangre, limpiándosela de los ojos—. Estoy bien. —Dudó antes de mirar hacia donde él estaba agachado ante ella.

Estaba medio muerto. La máscara se había destrozado, pero se había agarrado a trozos de ella. Su pelo negro era salvaje, sus rasgos fluidos. Los cuernos negros se enroscaban en su pelo. Pero sus ojos eran de un azul pálido, y le apartó suavemente el pelo empapado de sangre de la cara y le limpió la sangre de la piel.

—¿Qué has hecho? —murmuró.

Nadya negó con la cabeza, sin palabras. Había renunciado a él. Había elegido a Marzenya. ¿Cómo es que estaba aquí y casi entera?

Él estudió su rostro y a ella le aterró la idea de que si miraba demasiado cerca iba a ver. Él sabría lo que ella había hecho.

Le agarró la cara y le besó con fuerza. Su intención era distraerlo, pero entonces él emitió un *sonido* y el calor ardió hasta el núcleo de Nadya. Ella quería esto, lo quería a él. ¿Cuántas mentiras se había dicho a sí misma mientras lo alejaba?

Él le devolvió el beso con la misma clase de hambre desesperada que ella sentía. Ella se acercó más, se puso a horcajadas sobre sus caderas y enredó las manos en su pelo.

—Nadya —gimió él—. Este es un mal momento.

—*Cállate*. Cállate. Malachiasz —dijo ella entre besos sin aliento. No sabía si lo besaba por arrepentimiento, si esto era una despedida o si era un recordatorio de que, por mucho que lo intentara, no podía apartarse de este terrible y hermoso chico de Tranavia.

No quería que fuera ninguna de esas cosas. Había elegido a Marzenya porque tenía que hacerlo. Pero amaba a Malachiasz, terriblemente, dolorosamente, desesperadamente, ¿y si había elegido mal?

La mano de él, que la cubría, se volvió dura y le agarró la mandíbula, rompiendo el beso cuando él le giró la cabeza bruscamente hacia un lado y le besó la mandíbula, la garganta. Cuando sus afilados dientes rozaron su clavícula, ella jadeó y sus dedos se enroscaron en la nuca de él. Su otra mano recorrió su columna vertebral antes de aplastarse contra la parte baja de su espalda, acercándola lo más posible.

Había demasiadas capas de ropa entre ellos. Nadya agarró uno de sus cuernos negros en espiral y lo utilizó para echarle la cabeza hacia atrás y poder besarlo de nuevo, tirando de su labio inferior entre los dientes, oyendo el gemido que brotó de su pecho. Se apoyó en un codo mientras ella desplazaba su peso contra él. Las flores blancas que cubrían el suelo se alejaron de sus movimientos. Cada lugar que tocaba ardía mucho después de que sus manos siguieran vagando; la presión de su boca era una exquisita tortura.

La mano de él se subió a la falda de ella para agarrarle el muslo y ella estaba demasiado ida como para mortificarse por el gemido que se le escapó y por la forma en que sus caderas se hundieron en las de él. Al besarlo más profundamente, sus labios se separaron al seguirla, mientras ella deslizaba las manos bajo el dobladillo de su camisa y trazaba las líneas de su cuerpo, su piel caliente bajo sus manos.

Él se congeló. Nadya le besó la mejilla, el puente de la nariz, los tatuajes de la frente, antes de darse cuenta de que se había quedado quieto contra ella. Se inclinó ligeramente hacia atrás.

Sus ojos pálidos se estrecharon, sus bordes se afilaron, pero de alguna manera no parecía que la estuviera mirando.

—Nadya —susurró él, con el pánico en su voz—, ¿qué has hecho?

—Yo…

—*¿Qué has hecho?* —La agarró por los brazos, con tanta fuerza que le dolió.

Ella cerró los ojos, las lágrimas amenazando con inundarla. No sabía lo que había hecho. Simplemente había seguido las órdenes de su diosa. Había elegido a su diosa.

—Hice lo que tenía que hacer —susurró.

Bruscamente, fue arrojada de su regazo mientras se ponía en pie. El pánico hacía que sus rasgos cambiaran rápida y caóticamente hasta el punto de parecer doloroso, hasta que se redujo, desapareciendo, y todo lo que había ante ella era un adolescente larguirucho, roto y perdido.

—No —susurró—. Se lo está llevando todo. Se lo está llevando todo.

¿Qué he hecho?

La magia profanada no volverá a ser lanzada, dijo Marzenya, sonando petulante. *¿Cómo pueden usar lo que no recuerdan?*

El fondo del mundo se cayó. Oh. Se puso en pie con cuidado, temiendo lo que pudiera hacer Malachiasz. Ella había roto algo en el tejido del universo. Ella había arrancado el conocimiento de la magia de sangre de Tranavia.

Había cambiado el mundo.

Había hecho lo único que podría poner fin a la guerra.

¿Pero a qué precio?

Malachiasz se reía. Era un sonido horrible, de pánico, sus ojos sangraban, oscureciéndose hasta convertirse en ónix. Su postura cambió y toda la voluntad de lucha de Nadya se desangró al enfrentarse al Buitre Negro.

—No, oh no, no es tan fácil —dijo—. Sin embargo, inteligente, chica inteligente —escupió—. Ojo por ojo. La traición se sirve sola, ya veo.

Se acercó un paso más. Ella dio un paso atrás, pero el charco de sangre estaba cerca y no quería caer bajo su magia una vez más.

—Sangre y hueso, te subestimé —dijo él, con voz enredada y oscura—. Un error que no volveré a cometer.

—Malachiasz, por favor, yo…

—Ya has hecho bastante —dijo con dientes de hierro, agarrando su mandíbula con una mano y acercándola. Sus ojos parpadearon pálidos durante un instante y la dolorosa traición que había en ellos le rompió el corazón—. Creíste que eso acabaría con todo, ¿verdad? No más *magia del diablo*.

Cerró los ojos. No sabía que esto pasaría, pero sí sabía que traerlo aquí lo quebraría. Que esto rompería a Tranavia. Ella había conseguido exactamente lo que deseaba.

—Todo este tiempo —murmuró—. Este era el juego que estabas jugando. No buscabas respuestas en absoluto. Me necesitabas para poder apuñalarme por la espalda.

—Como tú me hiciste a mí —espetó ella. No le dejaría olvidar lo que le había hecho a ella primero.

—¿Esto es por *venganza*? —Parecía incrédulo.

No lo era. Nunca se trataba de venganza.

—¿Eso lo haría más fácil? —preguntó ella en voz baja. Él la miró fijamente, herido y enfadado. Ella no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas—. ¿Facilitaría el hecho de considerarme la villana que sólo quería hacerte daño como tú me lo habías hecho a mí? ¿Si sólo fueras la pesadilla de mis sueños? ¿Si esto fuera sólo un juego que estaba jugando para poder retorcer el cuchillo un poco más fuerte? Sabes que nada de eso es cierto.

—Nadezhda, para —dijo.

—Sabes que yo siempre elegiré a mi diosa y a mi país y tú siempre elegirás a tus Buitres y a Tranavia.

—*Nadya*.

Su diosa le había mentido, la había engañado, le había hecho creer que no era nada sin ella, y no era cierto. Sin embargo, Nadya no podía dar la espalda a la única cosa en la que siempre había creído.

—Dime que no querías que esto sucediera —dijo suplicante—. Dime que no estabas planeando esto todo el tiempo.

Ella permaneció en silencio.

Él dejó escapar un suspiro ahogado y la soltó. Una de sus manos se dirigió a su pelo, deshaciendo un trozo de hueso que estaba atado en las hebras. Trabajó rápida y eficazmente hasta que tuvo un montón de huesos en su palma.

—Bien jugado, *towy dżimyka* —dijo— pero tú y yo somos muy diferentes y te olvidaste de mantener la mirada hacia adelante. Te olvidaste de que este juego iba a continuar. ¿Se suponía que también me tocaría a mí?

—Malachiasz…

—¿Quitarme todo lo que tenía? ¿Lo único que ha hecho que esta vida inútil sea siquiera un poco útil? —Hizo rodar un trozo de columna entre sus dedos—. Estoy *muy lejos de eso*.

Cada una de sus palabras fue un golpe.

—Soy mucho más —susurró, como si su corazón se astillara. Luego, con más frialdad—: Soy un dios. Por más que hayas jugado admirablemente a este

juego, has perdido. Porque por supuesto que te ayudaría, por supuesto que esto terminaría así. Me has llevado justo donde quería estar.

Y ella estaba demasiado adormecida para el *shock* porque sus palabras eran inevitables. La traición era inevitable. Eso era lo único que tenían entre ellos: la voluntad de traicionarse mutuamente para llevar sus propios ideales más lejos. Ella había sido una tonta al creer que podría ser algo más.

Había tejido una red alrededor de él, pero nunca se había liberado de la maraña en la que la había metido y él se había aprovechado de ello. Ella se lo había permitido.

Él aplastó los huesos entre sus manos. El monstruoso ser divino en el que se había convertido tomó forma. Sus bordes empezaron a temblar.

Nadya pensó rápidamente. Había seres con más poder y existían justo fuera de este reino. Oyó que las puertas se cerraban de golpe en el piso de arriba, pero era demasiado tarde, había dado un paso atrás, de vuelta al charco de sangre. De vuelta al olvido.

SEREFIN MELESKI

Serefin escupió una bocanada de tierra. Se levantó con dificultad, con la cabeza dando vueltas.

No has terminado, muchacho, siseó aquella voz. *Chyrnog. Todavía tienes que hacer algo más. Están en el templo. Quiero al niño.*

Serefin gimió, apretando las manos contra su frente. ¿Qué había hecho? Los dioses seguían aquí, no lo habían dejado ir.

Chyrnog se rio.

¿Creías que alguna vez ibas a ser libre? No. Éste es tu destino. Te rendiste. Has caído. Nos perteneces.

Serefin trató de luchar. Trató de tomar el control de… algo. Pero no le quedaba nada con lo que luchar. Comenzó a caminar, pero apenas fue por su propia voluntad.

Pronto podría dormir.

Debía librar a Tranavia del traidor, detenerlo antes de que pusiera en marcha algo cataclísmico. Sólo una cosa más que hacer.

El problema era que Serefin no era realmente el que caminaba. Sin embargo, seguía avanzando por el bosque; por suerte, parecía un bosque normal y corriente, pero quién sabía cuánto duraría eso.

Serefin no tenía el control. Los dioses lo tenían por completo.

—No —dijo en el silencio, tratando de obligar a sus piernas a detenerse, tratando de recuperar algún tipo de control—. No. No te dejaré hacer esto.

Hubo un largo silencio. El bosque estaba inquietantemente silencioso.

Bien. Trabaja por tu salvación.

Había un extraño zumbido en la parte posterior de su cabeza, la sensación de que algo estaba mal, lo cual era ridículo porque, por supuesto, algo estaba mal, *todo* estaba mal. Esto era el mundo sacado de su suave y precario equilibrio. Esto era algo que cambiaba tan astronómicamente que incluso cuando rozaba a Serefin, éste lo sentía. Aunque no le tocó por completo.

Aunque se salvó.

Era terrible, fuera lo que fuera. Ninguno de ellos debería haber venido a este lugar.

El bosque escupió a Kacper y a la *tsarevna*. Kacper aterrizó pesadamente a los pies de Serefin, con la sangre goteando de su nariz y cubriendo sus manos.

Serefin quiso derrumbarse de alivio.

—Kacper —respiró, cayendo de rodillas frente a él.

Kacper parecía aturdido, mirando a través de Serefin. Parpadeó y sus ojos oscuros se aclararon ligeramente.

—¿Serefin?

Serefin puso las manos a ambos lados de la cara de Kacper, trazando la cáscara de sus orejas, el dedo índice se movió para rozar un corte que recorría su mejilla. Casi sollozó. *¿Qué le había pasado?*

¿Acaso quería saberlo?

—Tenemos que salir de aquí, Serefin —dijo Kacper, agarrando las manos por él, los dedos atrapados en su camisa y tirando de él más cerca—. Este lugar es maligno. Tenemos que salir. He perdido… —Sacudió la cabeza lentamente—. No puedo recordar. No puedo recordar lo que perdí, pero parece importante y se ha *ido* y ni siquiera sé lo que era.

Serefin miró a Kacper con los ojos muy abiertos. O lo intentó. Su único ojo estaba tan metido en otra realidad que ni siquiera registraba a Kacper frente a él. Pero seguía sosteniendo el otro. No había perdido su ojo derecho.

—¿No lo sientes? —preguntó Kacper desesperadamente.

Serefin asintió, pero no tenía ni idea de lo que había sido. Kacper se ahogó en un sollozo y Serefin lo acercó, enterrando su cara contra su cuello. La respiración agitada de Kacper lo sacudió mientras se aferraba a Serefin.

—No he terminado aquí —murmuró Serefin contra el cuello de Kacper. Lo besó—. Hay una cosa más que tengo que hacer. —Soltó a Kacper para alcanzar su libro de hechizos, mirando a Katya, que estaba aturdida. Había un largo trío de cortes en su mejilla, y su pierna derecha estaba cubierta de sangre—. ¿Puedes encontrar a Ostyia? Dioses, los akolanos también, no merecen ser dejados atrás. Toma, tengo un hechizo para que no nos perdamos. —Lo sacó de su libro de hechizos y se lo tendió a Kacper.

Kacper se quedó mirando su mano.

—¿Qué estás haciendo? Es sencillo, lo prometo.

—Serefin…

Algo en la voz de Kacper hizo que Serefin se quedara frío. No podía ponerle un nombre, el pánico ciego mezclado con la confusión en blanco.

—¿Qué se supone que debo hacer con eso? —preguntó Kacper con cuidado, con delicadeza, como si intentara no ofender a Serefin pero también como si *supiera* que debía saber exactamente qué hacer.

—¿Qué quieres decir? Ya sabes lo que hay que hacer.

Pero Kacper negaba lentamente con la cabeza. Se apartó de Serefin y no cogió la hoja.

—Sé dónde está el templo. Buscaré a los demás y me reuniré con ustedes allí.

—¿Kacper?

Kacper ya se había puesto en pie y había desaparecido entre los árboles. Serefin arrugó lentamente el trozo de papel en su puño, con el pavor haciéndose un hueco en su pecho.

¿Qué ha pasado?

Se encontró con los ojos de Katya. Ella sostenía una larga daga de hueso en sus manos.

—Creo —dijo en voz baja—, que todos vamos a morir aquí.

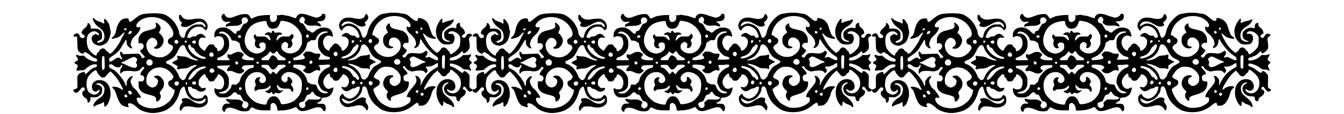
Serefin soltó una carcajada.

Giró la hoja en su mano y se la tendió a Serefin, con la empuñadura por delante.

—¿Puedes matarlo? Sea lo que sea, hay más por venir.

Serefin cogió la *voryen*. La empuñadura se calentó en sus manos. Podía sentir el suave zumbido del poder dentro del hueso.

Todos habían estado esperando con sus cuchillos a la espalda de los demás. Era el momento de clavar la daga.



41

NADEZHDA LAPTEVA

Un hueso roto bajo el peso de mil gusanos que se revuelven, desesperados por comprar, frenéticos por la luz. Tener hambre, devorar, consumir.

El Volokhtaznikon

Nadya no debía estar aquí. Como criatura de la magia que era, ella no estaba destinada a caminar este reino. Se suponía que debía permanecer firmemente en el mundo mortal; el olvido no debía ser un estado duradero. Pero tenía que detener a Malachiasz.

Aquí estaba el siguiente paso de su gran plan convertido en realidad. Los huesos en su cabello en los que ella había decidido no pensar eran la magia que había sentido todo el tiempo. Reliquias que él había robado a su pueblo porque había sabido que necesitaría un poco más de magia para llegar al lugar que quería.

Había *vuelto* a mentir. Y de nuevo ella le había creído porque había querido creer de verdad que lo que había hecho no había funcionado del todo; que no sería capaz de poner en marcha el caos que deseaba. Que se había *convertido* en el caos.

Todo era mentira. Había sabido, todo el tiempo, lo que tenía que hacer, dónde tenía que estar.

No había querido ayudar. Había sabido que era exactamente donde podía llegar a los dioses que quería destruir. La habían engañado de nuevo.

La traición se sirve sola.

Ella era una tonta. Aquí, tal vez, estaba la maldición lanzada sobre ellos por esa criatura en el claro. O simplemente eran sus miles de mentiras las que los alcanzaban.

Sabía que no debía confiar en él, pero igualmente había aceptado sus mentiras. ¿Pero qué le había arrancado a cambio?

Tal vez él nunca la perdonaría. Tal vez ella no merecía ser perdonada. Tal vez esa era la línea que ninguno de los dos podría cruzar. Tenía que llegar en algún momento.

Esto no estaba destinado a durar.

Donde ella estaba ahora era una superposición en el mundo que Nadya conocía, este mundo de dioses y monstruos. Salió de la piscina y se encontró con que todo estaba ligeramente torcido. El templo de piedra se había convertido en hueso tallado. Las flores eran manchas negras arrugadas en el suelo, llenas de gusanos. Cuando volvió a subir las escaleras, el templo de madera era de mármol pulido y las escaleras ascendían hacia las montañas.

Era una ironía enfermiza, una cruel vuelta de tuerca en su corazón. No necesitaba contar las escaleras que subían hacia las montañas, lo sabía.

Siete mil.

Siete mil escaleras que la llevaban al lugar donde el chico al que amaba hacía todo lo posible por destruir a los dioses a los que había dedicado su vida. Como las siete mil escaleras que llevaban desde el monasterio al que llamaba hogar hasta la base de la montaña.

Sacó su *voryen* de su funda y se puso en marcha.

Si hubiera sabido cómo acabaría esto, ¿habría seguido adelante? No sabía la respuesta a esa pregunta. Lo que fuera que tuvieran entre ellos debía terminar aquí.

Se habían traicionado mutuamente.

Y el mundo entero sufriría por ello.

Pero Marzenya le había mentido también, no había confiado en ella. *Todos* habían mentido a Nadya.

El suelo tembló traicioneramente. Nadya había vivido toda su vida en las montañas y sabía lo terrible, lo *rápido* que podía venir una avalancha. Hizo una pausa en su ascenso, esperando a ver si era allí donde encontraría su fin o si tenía un poco de tiempo.

Algunos trozos de nieve errantes se deslizaron por los escalones frente a ella.

Pero los temblores continuaron. Cada uno de ellos la hizo detenerse, cada uno de ellos la hizo preguntarse si se trataba de eso. Seguramente no era obra de Malachiasz. Él no trabajaba con grandes dosis de poder, eso no era…

Bueno, no era *Malachiasz*, pero ella no sabía cómo actuaría este dios del caos con forma.

Los temblores no podían detenerla. Ya había subido los siete mil escalones del monasterio. Podía hacerlo de nuevo si era necesario.

Atrás quedaban sus dudas de que no pudiera hacer esto; de que hubiera subestimado sus propias capacidades y no pudiera ver esta destrucción. Ella no sabía cómo iba a detener esto, cómo *podría* detener esto. Ella no tenía el poder de un dios. Ella era sólo una chica con algo de magia y una espada.

Pero una chica a la que subestimó constantemente.

Siguió subiendo, subiendo, subiendo mientras la montaña se estremecía a su alrededor, mientras el mundo empezaba a fracturarse. Algo más se había despertado. El suyo no era el único cataclismo que había comenzado aquí, y la idea la aterrorizaba.

Serefin había fracasado. Una parte de ella siempre supo que lo haría. Y tal vez ella hubiera podido detenerlo, o tal vez eso hubiera condenado aún más al mundo.

Pero Serefin fue a quien *Nadya* subestimó. Serefin, el borracho, el rey reticente que *huyó* antes de intentar arreglar el desastre de su reino. Había quedado atrapado en la red de un dios que ella había liberado y ella había estado demasiado atrapada en sus propias miserias como para darse cuenta de que *tal vez* debería haberle ayudado primero.

Era demasiado tarde. A su alrededor sonaron estruendosos crujidos; algo se estaba desmoronando dentro de esta montaña. Algo implacable y furioso se había desatado. Las consecuencias de sus acciones, de las de Malachiasz, de las de Serefin, todo era una gloriosa pesadilla. ¿Qué encontraría cuando llegara a la cima? ¿Cómo volvería a su propio reino de existencia?

¿Vendría Malachiasz con ella? ¿O era aquí donde existía para siempre, ahora? ¿Acaso quería que volviera con ella?

Nadya se sentía extraña. No pertenecía a este lugar. O tal vez había cambiado algo dentro de sí misma y *las* consecuencias estaban aún por llegar.

La mano ya no le dolía. La cicatriz había ennegrecido su mano, como si la hubiera sumergido en tinta. Sus uñas estaban afiladas, no como las garras de hierro de Malachiasz, eran antinaturales en su afilado. Pero la oscuridad había dejado de filtrarse sobre ella. Subió un poco por su antebrazo antes de desaparecer y detenerse.

—La has cagado.

Nadya se congeló. Había una figura sentada en las escaleras. De tamaño humano, pero incluso sentada Nadya podía decir que era muy alta. Su larga cabellera tenía aspecto de vacío, con estrellas que centelleaban en el fondo, y

su voz sonaba imposiblemente triste. A Nadya le daban ganas de tumbarse y rendirse allí mismo.

Nadya cerró la mano izquierda en un puño. La figura la miró a través de su pelo; sus ojos eran vacíos similares.

—Querían que fueras perfecta. No lo eras. —La figura se encogió de hombros—. Ahora tienes una guerra de magia en tu interior. Debe de doler.

Nadya negó con la cabeza.

—No demasiado.

—Sin embargo, no te dejarán ir. —La figura ladeó la cabeza—. Eso es lo raro. —Cerró los ojos y sonrió ligeramente—. Eso es lo que pasa cuando tu magia viene del mismo lugar que la mía, supongo. Me encerraron, y a los que son como yo, ya sabes. No les gusta que la magia no se ajuste a sus reglas inmutables.

Un trozo de hielo pasó a su lado y, cuando Nadya fue a rodear la figura, no había *tiempo*, le tendió una mano para detenerla.

—Me llamo Ljubica —le dijeron—. Tú y yo nos veremos mucho en el futuro. Alguien tiene que responder a tus preguntas, ¿no? Aférrate a tu mortalidad, pequeña clériga, sí, sigues siendo una clériga después de todo esto, pero quizás ligada a un tipo de dios diferente, porque es lo único que no quieres perder.

Desaparecieron entre el humo. Nadya frunció el ceño. Se llevó la mano al pecho, con la urgencia que le invadía. Tenía que seguir avanzando. El mundo se movía bajo sus pies, su tejido se alteraba.

Al final de la escalera había simplemente más montaña, y así Nadya avanzó a duras penas por la nieve mientras el suelo se inclinaba traicioneramente, y el cielo era de un verde enfermizo y siniestro.

Había huellas ensangrentadas en la nieve, los pies descalzos. Nadya los siguió de mala gana, rezando por no llegar demasiado tarde. Ella lo sabría, ¿no? Podía sentir los susurros en el aire, la sangre de la que estaba empapada se secaba rígida e incómoda contra su ropa. Pequeños trozos de ella se desprendían a cada paso.

A través de la nieve, con la montaña cayendo a su alrededor, Nadya cayó en una ventisca. El corazón de una tormenta, de una guerra que se desencadenaba a su alrededor y que ella aún era demasiado humana para ver.

Nadya apretó los dedos contra la palma de su mano corrompida. El hielo congeló sus pestañas. Había un pozo de poder dentro de ella, terrorífico, oscuro, *loco*. Divino. Todavía no sabía qué significaba eso, pero estaba desesperada y lo usaría. Se sumergió en el remolino de poder que sabía a

veneno y cobre, cobre y ceniza, y se extendió por sus huesos hasta que su sangre ardió. Extendió la mano…

… la ventisca se congeló a su alrededor.

Y, una vez más, las huellas ensangrentadas en la nieve. No faltaba mucho para llegar; no faltaba mucho para caer.

Tal vez no se trataba de su procedencia, ni de lo que esto significaba. Le habían mentido durante mucho tiempo, y tal vez todo lo que tenía era ella misma y este poder. Tal vez eso era todo lo que necesitaba. No confiar más en los hermosos chicos de Tranavia con sonrisas torturadas, no escuchar más a una diosa que daba tan poco a cambio de tan ardiente devoción.

La nieve comenzó a caer más lentamente y las huellas eran menos tenues. Había mucha sangre dejada en la nieve, pesadas gotas de ella en un rastro hacia una escena de la que Nadya quería huir.

La mente de Nadya no podía comprender en qué se había convertido Malachiasz. El caos era un molde adecuado para el muchacho errático y ansioso. Era como si todos los cambios de antes se amplificaran diez veces. Era un horror en constante cambio, pero todavía tan diferente de los horrores a los que se enfrentaba, estáticos en su monstruosidad.

No se enfrentaba a todo el imperio divino. No lo consideraban lo suficientemente importante. Era una molestia. Un mortal que había ido demasiado lejos y al que había que enfrentarse. Pero Nadya conocía al dios que tenía delante.

La muerte, la magia y el invierno.

Hija de la muerte, estás exactamente donde debes estar.

Nadya estaba demasiado lejos. Parecían estar tan cerca, pero cada paso que ella daba sólo los alejaba más. No podía detenerlo si no podía *razonar* con él.

Pero su corazón sabía que estaban más allá de la razón. Más allá de la fuerza bruta. No entendía por qué estaban tan fuera de su alcance, por qué no podía tocar el dobladillo de la túnica destrozada de Malachiasz.

Nadie miró los rostros de los dioses y vivió. Nadie paraba. Nadya había pensado que sus sueños de monstruos con muchas articulaciones e hileras de dientes serían lo más lejos que alcanzaría, condenada a los vagabundeos subconscientes de una experiencia atormentada. Pero esto era real. Había probado la divinidad y el olvido y había sobrevivido. Era una clériga de lo divino que había nacido de la oscuridad.

Y si no detenía a Malachiasz, no habría defensa contra lo que Serefin había puesto en marcha. Sus dioses eran todo lo que les quedaba contra los

que Serefin había despertado.

La magia se agitó a su alrededor en una tormenta hasta que, de repente, atravesó lo que la había atrapado en su bucle, de repente *permitió*, y sus dedos agarraron el brazo de Malachiasz…

… sólo para pasar por el aire, su brazo desapareció.

… entonces había *demasiados* miembros porque él estaba en constante cambio.

No había nada del niño buitre de Tranavia a lo que aferrarse. Atrás quedaba el mago de sangre renegado, el consejero de reyes, el alma ansiosa y ridícula que ella había intentado salvar desesperadamente.

No se puede razonar con el caos, dijo Marzenya desde detrás de Nadya.

Nadya no se volvió, no lo necesitaba. Los ocho ojos insondables. La piel translúcida y pálida. Las costillas de los dientes y los dedos pintados de muerte.

Sus dioses eran monstruos glorificados. Esa ya no era la cuestión. Había superado ese enigma y había pasado a uno nuevo para el que aún no tenía respuesta.

¿Se preocupaban, en absoluto, por personas como ella? ¿O sólo era un peón más en su locura divina?

El caos es inevitable. Es una tormenta que pasa eternamente por el mundo. Y no hemos tenido caos en nuestro número en mucho, mucho tiempo.

El escalofrío de la muerte estaba en su hombro, las yemas de los dedos de Marzenya rondando su piel, los moretones floreciendo bajo la pulgada de espacio que los dedos de la diosa dejaban incluso cuando no la tocaban realmente.

Qué criatura tan triste es, pero fuerte.

—Lo sabías —susurró Nadya, horrorizada—. Sabías que haría esto.

Por supuesto que lo sabía.

Nadya trató de alcanzarlo, pero el monstruo gruñón se abalanzó sobre ella, con la sangre brotando de su boca de uñas dentadas y de hierro. Sus lágrimas se congelaron en sus mejillas, la sangre goteaba de su nariz.

—¿Así que este era tu plan? Traerme aquí, utilizarlo, alejar a los dioses para que… ¿qué?

La era de la magia hereje ha terminado, siseó Marzenya. *El tiempo de la abominación ha terminado. Hay que hacer sacrificios para llegar a un final que hable de la verdad*.

Malachiasz cayó sobre una rodilla. Su columna vertebral se desprendió de su piel. Nadya se tapó la boca con una mano para contener un sollozo. Los

dedos de Marzenya le aferraron la nuca, obligándola a mirar. La sangre goteaba bajo cada punto que la diosa tocaba en su cabeza. Pero ya no podía apartar la mirada mientras sus huesos se resquebrajaban y se doblaban, volviendo a formarse sólo para hacerse añicos. Mientras la sangre caía de sus ojos y sus ojos y sus ojos y había demasiados, tantos, y le dolía mirar, le dolía ver.

Ella lo amaba. Incluso ahora, incluso aquí, incluso cuando él había forjado las últimas piezas de su monstruoso plan con odio en su corazón por ella. Su traición por la traición de ella.

Él moriría aquí. Tenía el poder de los dioses, el conocimiento para formarlo, pero, oh, era tan joven, un niño, y ellos sabían cómo retorcer su poder del caos contra él. Ya habían tenido dioses del caos antes y cada uno de ellos se quemó como lo harían con Malachiasz.

No sobreviviría.

Has sido tan buena, tan útil para nosotros, susurró Marzenya. *Te quiero, hija mía*.

Pasó un dedo por la mejilla de Nadya, aún sosteniendo la parte posterior de su cabeza. Nadya se estremeció, su piel se separó bajo la caricia de su diosa.

Nadya volvió la cara hacia el contacto de Marzenya.

—Y yo te amo —susurró, dejando caer su mano corrompida desde donde descansaba cerca de su pecho, con la palma hacia Malachiasz.

La mano de Marzenya se deslizó desde su cabeza hasta su espalda. Bastaría tan poco, un roce errante de sus dedos mortalmente fríos, para que Nadya muriera. Su utilidad había llegado a su fin porque, a pesar de todo lo que había hecho, seguía haciendo demasiadas preguntas. Todavía dudaba demasiado. Todavía se había enamorado de un monstruo.

¿Se puede amar a un dios? No, eso es imposible.

El más mínimo brillo, una fracción de agudeza en los ojos de ónice de Malachiasz.

Sus manos se cerraron sobre las de ella, mortales y finas, y sus garras de hierro le atravesaron las palmas. Un estallido de dolor que se sintió lejano cuando derribó el oscuro pozo de magia que había en ella y lo inundó con él. Él era oscuridad y terror y locura, y, al final, con un halo agrietado y amargo de divinidad manchado por un océano de horrores, ella también lo era.

Marzenya la apartó de un empujón mientras Malachiasz se ponía en pie tambaleándose. Un monstruo, caos, pero afilado. Coherente. El Buitre Negro, y un dios en control de la magia que se agitaba en su interior. Sólo en control

porque el oscuro zumbido de poder de Nadya había suavizado los bordes de su caos. Un vínculo roto; un vínculo reforzado.

—Déjanos —le espetó Nadya, a través de una boca llena de sangre.

Él le dedicó una breve mirada mientras el control de la muerte de Marzenya se hacía palpable. Y con una sonrisa retorcida, clavó sus garras de hierro en el pecho de la diosa.

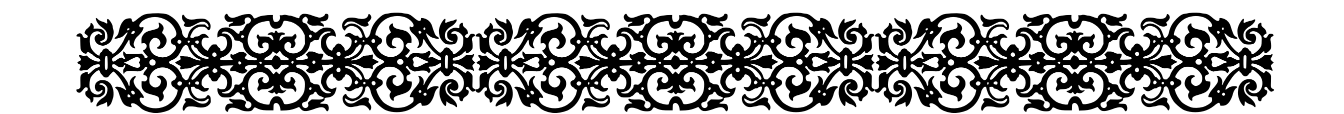
La muerte de un dios era como el colapso de una estrella, que se derrumba sobre sí misma hasta que no queda nada más que una supernova, un momento solitario de brillo antes del vacío.

No. Ella le había dado el poder de huir para no hacer esto. *Esto no*.

Había terminado antes de que Nadya se diera cuenta de que Malachiasz había atacado. Y todo lo que quedaba era la nieve arrasando en una ventisca a su alrededor y un vacío absoluto y total.

Los otros dioses se habían ido. Ninguno se arriesgaría a la ira de este asesino de dioses.

Nadya retrocedió en la nieve cuando Malachiasz se volvió contra ella. Todo lo que había querido era liberarlo. Y todo lo que obtendría a cambio de esa misericordia era la muerte.



42

SEREFIN MELESKI

Sus nombres se han perdido en el tiempo, estos dioses del caos, estos seres de la astucia, el engaño y el azar. Pero los que los destruyeron siguen vivos: Marzenya, Veceslav, Peloyin y Alena. Golpeando a aquellos que los golpearían sólo por su naturaleza. Y así el ciclo se extiende, girando, girando.

Los libros de Innokentiy

Serefin agarró la daga de hueso con tanta fuerza que temió que la empuñadura se rompiera. La escena había dejado una marca en él. Un monstruo de partes cambiantes y dientes y garras afiladas que destruía al de hielo, nieve y muerte. Un dios hecho, un dios asesinado.

A Serefin sólo le quedaba una última cosa por hacer antes de poder dormir. Atrás quedaban todos los pensamientos de volver a Tranavia y reclamar su trono. Atrás quedaban los pensamientos de salir de esta montaña. Si sólo se ocupaba del monstruo que tenía delante, su hermano menor, podría dormir. Podría dormir para siempre.

A Serefin le parecía bien, incluso agradable. Una polilla revoloteó contra su hombro. La apartó distraídamente. Volvió con más urgencia.

La aplastó con la mano. No había tiempo para eso.

—Malachiasz —llamó Serefin, y su voz sonó mal en sus oídos.

El monstruo se giró y, lentamente, sin quererlo, abandonó a la clériga donde yacía jadeante y cubierta de sangre en la nieve.

—Ven ahora —dijo Serefin, con la voz más suave—. No sé si lo sabes desde hace mucho tiempo, o si lo sabes del todo, o si hace falta trascender mágicamente el tiempo y el espacio para desenterrar los recuerdos que los Buitres encerraron, pero tenemos que hablar, tú y yo. Bueno, tal vez sí, ella es el enemigo, pero lo lamentarías.

Nadya dejó caer la cabeza hacia atrás en la nieve, cubriéndose la cara con las manos.

Malachiasz dio un paso más hacia Serefin. Retorciéndose, rugiendo, revolviéndose, dientes y miembros y caos y locura hasta la tranquilidad.

Silencio.

Reduciéndose, más lento y más suave, hasta que todo lo que había ante Serefin era un niño, más alto que él, más joven que él, aterrorizado y confundido.

El chico que estaba de pie en el pasillo de Grazyk, con las lágrimas corriendo por las mejillas polvorientas mientras caía en la cuenta de lo que significaba exactamente su poder. Serefin no había entendido, aquel día, lo que había hecho. Obligar a Malachiasz a revelar su poder a ese Buitre le había condenado. *Serefin* lo había condenado. Y, tal vez, los Buitres estaban donde Malachiasz pertenecía, pero si no hubiera sido por él, Malachiasz podría haber seguido siendo simplemente un niño noble criado en Grazyk. Malachiasz podría haber sabido que eran hermanos mucho antes de esto.

El corazón de Serefin se apretó en su pecho. Se acercó un paso más.

—Lo lograste —continuó Serefin—. Ese gran alboroto contra tus enemigos.

—No ha terminado. No he terminado —dijo Malachiasz desesperadamente—. Ese fue sólo uno y hay tantos…

—¿Y qué pasa entonces?

Malachiasz parpadeó. Abrió y cerró la boca, lamiéndose los labios agrietados y sangrantes.

—¿Qué pasa cuando se derriba este imperio divino?

—Lo hago mejor —dijo Malachiasz—. Hago que Tranavia sea *mejor*.

—No puedes hacer eso —replicó Serefin.

La forma en que Malachiasz le miraba: herida y enfadada y con un *pozo de tristeza tan profundo*. Él *lo sabía*.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Serefin con ligereza—. Te he echado de menos.

—No lo suficiente —espetó Malachiasz, dando un paso atrás. Se llevó las manos a las sienes. Sus rasgos aún se movían, los ojos se abrían, los dientes arañaban su piel donde no debería haber dientes, sólo para curarse, pero esto no se parecía en nada a aquella monstruosa muestra de divinidad—. ¿No lo suficiente como para contarme alguna vez?

—No lo sabía.

—Eres un mentiroso.

—Lo soy. —Serefin se encogió de hombros—. Un mentiroso. Un asesino. Un borracho. Tú no eres mejor. Un mentiroso. Un asesino. Un monstruo. Qué pareja hacemos. Los reyes de Tranavia, un par de hermanos inútiles.

Malachiasz se estremeció como si lo hubieran golpeado. Serefin dio un paso cauteloso, llegando por fin hasta el otro muchacho. Malachiasz se rasgaba ansiosamente las uñas, sus bordes temblaban como si estuviera a segundos de convertirse en el monstruo.

Malachiasz tragó con fuerza. Sus pálidos ojos estaban vidriosos por las lágrimas.

—Hermano —murmuró.

Y fue el vacío roto y hueco en la voz de Malachiasz, las lágrimas que corrían por sus mejillas manchadas de sangre, lo que hizo pedazos lo que quedaba de Serefin. No era tan cruel como creía. Serefin no podía hacer esto. El chico que tenía delante no era sólo un Buitre traidor que intentaba arruinar la vida de Serefin. Era más que eso. A Serefin le quedaba tan poca familia que no podía matar al hermano que nunca había conocido. Malachiasz había hecho de su vida un infierno absoluto y eso era una *cosa*, pero Serefin no podía pagar eso con otro asesinato.

Serefin dejó que su mano se apartara de la daga de hueso que llevaba al cinto.

—Soy la última persona de la que querrías oír eso —dijo Serefin—. Y, sinceramente, podría haberlo hecho mejor en el ámbito de los hermanos pequeños, pero…

Se sobresaltó cuando Malachiasz lo abrazó de un tirón, con los hombros temblando por los sollozos. Serefin se quedó helado, cautivo de lo mucho que había echado de menos a Malachiasz y de lo mucho que lo detestaba y odiaba, pero no podía soportar verlo tan destrozado. Devolvió el abrazo.

El mundo parpadeó y se deformó cuando Serefin perdió el control de su ojo izquierdo. Era una hemorragia lenta, las sombras se deslizaban por la esquina de su visión, y su mano rodeaba la empuñadura de la daga, sacándola de su funda.

No. Ya te he dado suficiente. Ya has tomado suficiente, pensó Serefin, luchando, intentando soltar la espada, intentando que Malachiasz se apartara y viera lo que estaba a punto de suceder para poder, al menos, intentar detenerlo.

Pero no tenía el control. Era totalmente impotente para mirar, para sentir, mientras su mano agarraba con fuerza la daga. Su otro brazo abrazaba a Malachiasz a su vez.

—Adiós, hermano —susurró su boca en el oído de Malachiasz.

Un desgarro cuando se apartó de Malachiasz. La daga se clavó en el pecho de Malachiasz. Malachiasz se puso rígido y exhaló dolor. La sangre caliente derramándose sobre la mano de Serefin.

Dio un paso atrás. Estaba llorando. Esto no era lo que quería: no había querido matar a Malachiasz.

Fue débilmente consciente del grito de angustia de Nadya.

Tenía que controlarse. No podía terminar así. No viviría así. ¿Cuál sería el maldito sentido?

Cada vez que Velyos o Chyrnog le habían hablado, cada vez que ocurría algo raro y divino, empezaba lo mismo. Su ojo izquierdo le dolía y empezaba a sangrar, su visión se volvía borrosa. Su ojo izquierdo era el problema.

No había ningún hechizo para lanzar, ninguna magia para romper esta conexión. Lo divino era demasiado fuerte y Serefin era demasiado mortal. Una polilla se posó sobre su ojo izquierdo, forzándolo a cerrarse. El ojo ansiaba ver y controlar a Serefin y utilizarlo para más matanzas, más ruina de este mundo para poder deleitarse con el sufrimiento que dejaba a su paso.

Necesitaba sacarlo.

Era un impulso, una bestia irracional e incontrolable. Nadie le prestaba atención. Nadie se daba cuenta de que las manos le subían por la cara. No haría falta mucho. Los ojos eran frágiles, y éste era más débil que la mayoría.

Esto acabaría con él.

Había un peligro muy real de desangrarse aquí arriba. Y existía el peligro igualmente real de que Nadya lo dejara aquí arriba para que se pudriera como se merecía.

Pero tenía que sacarlo.

Sacar el ojo, cortar lo divino. Era tan fácil. Tan simple. Si sólo lo hubiera hecho antes de venir a este lugar infernal. Antes de que ocurriera lo peor.

El dolor era un amigo familiar para Serefin. ¿Qué era un poco más de dolor?

Dudó. Siguió dudando. Ese pequeño instinto humano que evita que el cuerpo se dañe a sí mismo le pinchaba.

Pero no tenía el control de su ojo izquierdo.

Ya ni siquiera era *suyo*.

Y si no era suyo, ¿qué hacía en su cuerpo? Tenía que sacarlo. Tenía que sacarlo.

Tenía que desenterrarlo.

Y sus dedos se clavaron en la cuenca del ojo y esa vocecita de aguijón, ese pequeño y cuidadoso instinto, se silenció. Se oscureció. Le dejó arañar, le dejó sangrar, le dejó hurgar y cavar hasta que algo cedió. Había tanta sangre, *demasiada sangre*, que Serefin se mareó porque ni siquiera el estallido de dolor fue suficiente para noquearlo. Había sobrevivido demasiado. La dolorosa agonía no fue suficiente para apagarlo y dejarlo dormir finalmente. Tal vez nunca dormiría. Tal vez esta era su condenación. Sacar su propio ojo y no dormir nunca, no soñar nunca, no conocer otro momento de descanso. Había sido tomado por estos dioses, *reclamado*, y nunca sería libre.

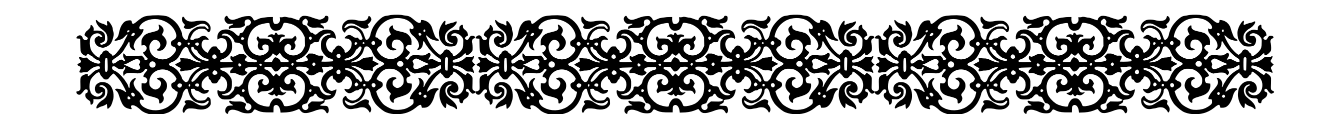
Algo se rompió.

No había querido romperse. Los cuerpos, tan frágiles, tan mortales, pero tan resistentes a la presión. No *querían* romperse. Pero se rompió, se quebró: el trozo de carne que mantenía su ojo anclado en su cuenca, que le permitía ver, sentir, se partió en dos.

Y, por primera vez en meses, *el silencio*.

Serefin rompió la conexión con los dioses.

Su ojo izquierdo cayó al suelo, un caos de estrellas.



43

NADEZHDA
LAPTEVA

Codicioso es, Chyrnog, codicioso de darse un festín con todo lo que desea. El poder de Alena descansa en el cielo y él anhela, tiene hambre, y si escapara, si rompiera los lazos que lo atan, la devoraría.

El Volokhtaznikon

Su dolor iba a tragársela entera. Su diosa había desaparecido. Seguía buscando a Marzenya y sólo había un vacío, vacío y silencioso.

Apenas vio a Serefin a través de sus lágrimas mientras se acercaba a Malachiasz. De repente, estaban muy cerca.

El temblor de agonía que atravesó el rostro de Malachiasz hizo que el terror penetrara en su interior. Se apartó a trompicones de Serefin y Nadya tardó un momento en registrar la sangre que cubría sus manos. La empuñadura de una espada enterrada en el pecho de Malachiasz.

No.

El suelo se inclinó mientras el resto del mundo de Nadya se desgarraba. Se lanzó hacia delante mientras Malachiasz caía de rodillas. Sólo era consciente de su entorno en dolorosos destellos. Las lágrimas corrían por las mejillas de Serefin, que se pasaba una mano ensangrentada por el pelo, con los ojos vidriosos y llenos de sangre, mirando a la nada. El terrible vacío del rostro de Malachiasz. Su propio corazón palpitaba en su garganta mientras sentía pánico.

Pero Malachiasz era el Buitre Negro. Lo había visto ser apuñalado antes y sobrevivir. Esto no sería nada. Estaría bien. Era casi imposible matar a un Buitre, y él era mucho más.

La mano de Nadya se acercó a la empuñadura de la espada y sintió el poder que *desprendía*. Conocía esta espada. Sabía de lo que era capaz.

Un terrible temor se apoderó de ella. Se puso de rodillas frente a Malachiasz y, dioses, había mucha sangre y su respiración era superficial y esto *no podía estar pasando, no podía estar pasando*.

—Malachiasz, mírame —susurró, aterrada y temblando—. Quédate conmigo.

Sus ojos estaban desenfocados y se lanzó hacia delante. Nadya le agarró por los hombros y le bajó al suelo, acunando su cabeza en su regazo. Le apartó el pelo de la frente. Seguramente ella podría hacer algo. Su magia podía curar. Frenética, la invocó, sintiendo el inconmensurable vacío sin que Marzenya acudiera a su plegaria, y presionó su mano sobre la herida. Bien. Bien. Utilizaría su propio poder. Estaba desesperada, más que desesperada, esto no podía estar *pasando*. Sin duda, su magia se cumpliría. Seguramente ese pozo de poder debía valer algo.

—Nadya —murmuró Malachiasz, la urgencia de su voz desvió su atención. Pero ella sabía que *sabía* lo peor.

No funcionaría. Ella había gastado el poder que tenía liberándolo de Marzenya; no había nada más que pudiera hacer.

Fuera lo que fuera esa hoja, fuera el poder que tuviera dentro, no había forma de detenerlo. Había veneno y magia, y si la hoja no había hecho suficiente daño por sí sola, la magia y el veneno terminarían el trabajo pronto.

Esto no. No ahora, no después de todo lo que había pasado. No podía perder a su diosa y a él de un solo y terrible golpe.

—No —dijo ferozmente—. No te vas a morir por mí.

No he llegado a disculparme por lo que hice, y tú has matado a mi diosa, bastardo impenitente.

Jadeó, su mano se acercó y dejó las yemas de los dedos ensangrentadas contra su mejilla, sobre sus labios.

—Malachiasz, por favor —dijo ella, con la voz quebrada—. Sobre lo que pasó…

—Te quiero —dijo él, cortándola—. Te quiero mucho. Quería… —Se interrumpió, con la cara desencajada y la sangre brotando de las comisuras de la boca.

—*No* —gimió ella. Se aferró a su mano, su pulso desvanecido atrapado bajo su piel.

No era justo. Le habían dado todo ese poder, y aquí, cuando importaba, era impotente. No podía salvarle.

—Quería mostrarte la paz —susurró finalmente.

No quedaba nada de su corazón por romper.

Dejó escapar un suspiro, pero no tomó otro. Sus pálidos ojos se apagaron, las luces se apagaron.

Nadya esperaba que todo esto fuera una gran broma cósmica. Que él se riera de ella por ser tan dramático. Pero cuando la mano de él se debilitó, la realidad comenzó a golpearla.

Un terrible sollozo de pánico brotó de su pecho. Una pena demasiado grande para las palabras la ahogó. Él no podía haberse ido, *no podía ser*. Había trabajado tan duro para recuperarlo, para mantenerlo humano, demasiado humano, al fin y al cabo, demasiado mortal.

—No —susurró ella, besando sus dedos tatuados—. No, no, vuelve, por favor, vuelve.

Apoyó su frente contra la de él, sus lágrimas tenían menos distancia para caer. No sabía qué hacer. Alguien tiraba de su brazo y a lo lejos, como si estuviera muy lejos, pudo oír que alguien le decía que tenía que irse. Pero ella no iba a dejar a Malachiasz, no podía.

El hermoso y terrible chico que sólo quería, en definitiva, nada más que paz.

No podía irse.

—Nadya. —Su rostro se movió hacia un lado, a centímetros de la cara llena de lágrimas de Parijahan—. Tenemos que irnos.

Negó con la cabeza, hundiendo los dedos en el pelo de Malachiasz.

Parijahan tomó la daga de Malachiasz de su cadera, metiéndola en su bolsa junto a su libro de hechizos. La pena rompió sus rasgos y extendió la mano, tocando su mejilla, cerrando cuidadosamente sus ojos.

—Adiós, querido tonto —susurró.

Algo más profundo se quebró con Nadya.

—Parj, *no puedo*.

—Él no querría que murieras aquí también.

—No podemos dejarlo.

El suelo tembló. Parijahan se puso de pie tambaleándose.

—Si podemos volver y darle el entierro que se merece, te juro que lo haremos. Pero, Nadya, si nos quedamos más tiempo, estaremos muertos. Por favor, sé que parece imposible, pero tenemos que seguir avanzando. Esta montaña se va a derrumbar a nuestro alrededor y tenemos que bajar ahora.

Si se iban nunca iban a poder volver. Tenía que dejarlo aquí.

Nadya asintió muy lentamente. Hacer lo que había que hacer. Besó su boca inmóvil una última vez. Tomó su *voryen* y atrapó un mechón de su pelo donde se enhebraba una cuenta dorada, cortándolo.

—Te quiero, Malachiasz Czechowicz —susurró—. Y nunca te lo dije y ahora tengo que estar enfadada contigo para siempre y nunca te lo perdonaré.

Puso la mano sobre la daga enterrada en su pecho, pero no pudo obligarse a dar el siguiente paso. Necesitaba saber qué había hecho esto; cómo el chico que había sobrevivido tanto había sido asesinado por esto. Otro sollozo la sacudió.

Parijahan puso su mano sobre la de Nadya y arrancó la daga.

Su angustia buscó algo a lo que aferrarse y enterrarse en lo más profundo, y aterrizó en quien había sostenido la hoja que cortó la vida del cuerpo retorcido de Malachiasz. Nadya mataría a otro rey tranaviano si fuera necesario, mantendría este maldito ciclo ardiendo para siempre.

Pero él ya no estaba. Un charco de sangre era todo lo que quedaba del lugar donde había estado.

Nadya no recordaba haber llegado al fondo de la montaña. El hecho de haber sido desmontado y vuelto a montar la estaba afectando. No estaba consciente cuando la montaña se partió en dos y sus dioses finalmente se alejaron del todo.

* * *

Nadya se encontró en una cama cálida y seca. Era un consuelo lúgubre mientras se acurrucaba en un débil esfuerzo por protegerse del dolor de una pérdida que temía que nunca la liberaría.

El aire se sentía mal. Algo fundamental se había roto y la espiral hacia el caos era cada vez más rápida. La pérdida de los dioses, de todo, era un peso tangible, un matiz en los colores del mundo. Todo se sentía mal.

La puerta se abrió. Oyó a Parijahan suspirar. La cama se movió cuando la chica akolana se arrastró junto a ella.

—Sé que estás despierta —dijo.

Nadya no dijo nada. Cerró los dedos de su mano corrompida en un puño y la acercó a su pecho.

—Y sé que vas a querer quedarte aquí para siempre hasta que te consumas en la nada. No quiero precipitar tu dolor.

—Entonces no lo hagas —dijo Nadya, dándose finalmente la vuelta y sentándose. El cabello oscuro de Parijahan estaba extendido sobre la almohada, con los ojos cansados. Parijahan abrió la boca para hablar, pero Nadya levantó una mano—. No me digas lo que ha hecho esto. No me digas lo que ha empeorado, no puedo soportarlo. ¿Dónde estamos?

—En un pueblo a las afueras de Dozvlatovya, al oeste. Resulta que Tachilvnik es en realidad una pequeña extensión de bosque cuando no intenta retenerte allí para siempre. Nadya, yo también puedo sentirlo. *El rompimiento*.

Nadya sacudió la cabeza.

—¿Y Serefin?

—Nadie lo sabe. Encontramos a Katya y a Ostyia. Rashid está bien, se rompió la muñeca, pero no a Kacper ni a Serefin.

Nadya no podía preocuparse por los chicos de Tranavia. Serefin había matado a Malachiasz. Tal vez había muerto cuando la montaña se derrumbó. Un problema menos que resolver.

—Bien.

—Nadya…

Nadya dejó caer su cabeza en sus manos. Nunca había estado tan sola.

—Hay un sacerdote aquí que quiere hablar contigo —dijo Parijahan con cuidado.

—No.

Parijahan se limitó a asentir.

—Murió odiándome —dijo, con la voz en blanco.

Te dijo que te quería, se reprendió a sí misma. Pero sólo lo había dicho porque sabía que se estaba muriendo. No había forma de curar su traición. Se quedó mirando un cuadro de flores en la pared frente a ella, pero apenas las vio.

—Hice algo muy malo, Parj, y…

Parijahan la hizo callar.

—No, Nadya, no vale la pena.

Nadya se llevó las rodillas al pecho y enterró la cara entre los brazos, con un nudo en la garganta. Había perdido a su diosa —perdió a todos los dioses — y al chico que amaba, y no sabía cuál debía llorar primero, cuál debía dolerle más, porque ahora mismo todo le dolía y no veía el sentido de *nada*. No le quedaba nada. Qué rápido había perdido su casa, a Kostya, a Malachiasz, *todo, todo*.

—Era terrible, pero también era muy bueno —dijo Parijahan—. Y tú y yo sabemos que él no querría que te desvanecieras porque él se ha ido.

—Tú y yo sabemos que él querría que se le llorara de la forma más dramática posible —dijo Nadya, moqueando.

Parijahan se rió, pero fue un sonido entrecortado y Nadya no pudo analizar el torrente de emociones que la llenaba. Rabia, porque había perdido

tanto y cómo se atrevía a que alguien más estuviera de luto también. Lamentación, porque Parijahan y Malachiasz estaban muy unidos y Parj tenía todo el derecho a estar desolado.

Pero todo fue arrastrado al vacío de sus pedazos destrozados. Y Nadya se quedó sin nada. Recuerdos que se desvanecerían, pero que por ahora ella podía mantener cerca. La forma amable y sincera en que él había actuado durante su viaje al bosque, y aunque eso había sido parte de su juego, ella sabía que también había sido real. Sus mentiras eran sus verdades y eso era lo que le hacía tan frustrante. Ella lo había odiado y lo había amado y ahora se había ido.

—¿Qué quería el cura?

—No —dijo Parijahan—. No, ¿sabes qué? Te vas a lanzar a algo para distraerte y te va a matar. No me mires así, no me importa si eso es lo que quieres. Tú y yo vamos a quedarnos aquí y vas a llorar hasta el olvido si es necesario, porque sé, Nadya, sé lo mucho que lo querías y lo siento.

—Yo también perdí a Marzenya —susurró Nadya.

Parijahan se incorporó muy lentamente.

—¿Qué?

—Malachiasz la mató. Consiguió su deseo, mató a un dios. —Nadya negó con la cabeza—. No me queda nada por lo que luchar. Los dioses nos han dado la espalda y es mi culpa. ¿Puedes sentirlo?

Parijahan se estremeció.

—No sabía lo que significaba eso.

Nadya cerró los ojos, queriendo sufrir el vacío. Con un sobresalto, se dio cuenta de que podía sentir algo. Era mucho más antiguo. Una chispa de algo que ella podía alcanzar y hablar con lo que no era sus dioses, pero como ellos. Los dioses caídos se habían despertado, y lo que eso significaba, no lo sabía. ¿Pero qué hay de las criaturas más oscuras? ¿Y ella?

Tal vez todavía no había terminado para ella.

O tal vez todo se desmoronaría a su alrededor sin importar lo que hiciera.

Todo lo que sabía era que quería quedarse aquí y desaparecer para siempre. Nadie sabría nunca el destino del clérigo que había condenado al mundo. El destino de la chica que había amado al chico equivocado y había perdido todo por ello.

Tú y yo vamos a vernos mucho más en el futuro, había dicho Ljubica. Nadya dejó escapar un lento suspiro, sabiendo, con súbita y punzante certeza, que el gran juego de los dioses aún no había terminado.

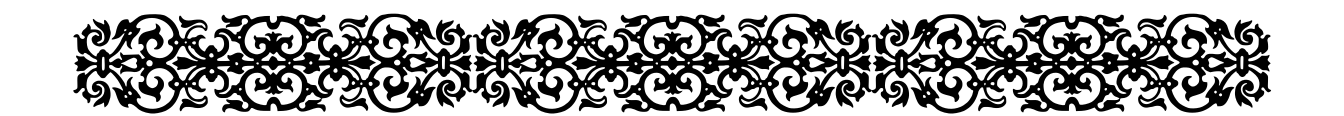
Nadya había pensado que los dioses que conocía estaban jugando la partida, pero al llegar más lejos, encontró algo más que se había desatado, algo que había estado empujando sus piezas mortales durante mucho tiempo.

Ese ser estaba ganando.

Ese ser iba a destruirlo todo.

Llamaron a la puerta. La persona que estaba al otro lado no esperó a que Nadya o Parijahan respondieran.

—La *tsarevna* exige vuestra presencia inmediatamente.



44

SEREFIN MELESKI

Svoyatovy Maksim y Tsezar Belousov*: Ambos elegidos por la diosa Bozidarka, los hermanos profetizaron la caída definitiva de Tranavia y la victoria de Kalyazin sobre los herejes. Sus profecías fueron consideradas apócrifas y descartadas cuando Maksim cegó y luego asesinó a Tsezar.*

Libro de los Santos de Vasiliev

Si la montaña se hubiera derrumbado a su alrededor y se lo hubiera tragado entero, a Serefin le habría parecido bien. No estaba del todo seguro de cómo debía vivir con lo que había hecho.

Si sobrevivía.

Si el dolor punzante en la cabeza y la fiebre que le estaba revolviendo el cerebro no lo mataban primero, por supuesto. En realidad, arrancarse un ojo con las manos ensangrentadas no era lo más aconsejable.

Pero Serefin no podía sentir a Velyos. Las polillas seguían revoloteando a su alrededor, nunca se libraría de ser tocado por un dios. Pero el dios se había *ido* y ya no podía controlarlo. Chyrnog también se había ido, y eso era… preocupante, por decir lo menos. No sabía dónde estaban; no le importaba. Tenía que volver a Tranavia. Tenía que volver a casa.

Porque algo había sucedido en la cima de esa montaña y Serefin no sabía qué era, sólo que lo aterrorizaba. Sólo que podía sentir que algo había cambiado y no podía ubicar qué era. Pero había un temor ominoso que se negaba a dejarlo ir y sabía que esas dos cosas estaban relacionadas.

¿Qué habían hecho?

El mundo entero se sentía mal de una manera que Serefin no podía explicar con palabras. Como si algo se hubiera alejado de la realidad; como si todo el color se hubiera atenuado. Tal vez era sólo él y su vista, ahora de

alguna manera mejor y peor que antes, pero sabía que no era eso. Habían desplazado algo, habían roto algo.

Había perdido a Ostyia en algún lugar de aquel bosque, pero tenía que esperar, y confiar, en que saldría bien. No podía volver a buscarla. No podía volver a ese horrible campo de juego de lo divino.

Al menos tenía a Kacper, pero estaba actuando de forma extraña. Había lagunas en su memoria que seguían apareciendo, y Serefin no sabía qué significaban.

Siguieron avanzando, incluso cuando la fiebre de Serefin ardía más y más y sus pasos se volvían menos firmes al adaptarse a tener oficialmente un solo ojo. Era, al menos, el que siempre había sido un poco más claro. Una pequeña misericordia.

Si iba a morir, no quería hacerlo en Kalyazin. No estaba seguro de tener ese lujo.

Llegó a un punto en el que estaba demasiado débil para caminar y Kacper tuvo que arrastrarlo a un pueblo kalyazi para encontrar un sanador. El único lugar al que podían ir era la iglesia, donde una vieja sacerdotisa tenía fama de tener poderes curativos concedidos por algún santo.

No había tiempo para ocultar que eran tranavianos. No había forma de enmascarar quién era Serefin.

La sacerdotisa abrió la puerta de la iglesia de madera desvencijada y echó un vistazo a los muchachos, manchados de sangre y agotados, antes de asentir con la cabeza y hacerles una seña para que entraran. Serefin ya había superado el punto de preocuparse de que si no volvía a pisar una iglesia kalyazi sería demasiado pronto, y se dejó arrastrar por Kacper.

—¿Qué demonios te has hecho en la cara, chico? —le preguntó la sacerdotisa mientras sus manos curtidas le tocaban la cara ensangrentada, observando la cuenca del ojo infectada y vacía. Cómo no había matado aún a Serefin debía ser un milagro—: Esos arañazos en la cara te dejarán cicatrices, seguramente. Si es que sobrevives —añadió.

—Por favor —dijo Kacper en voz baja, con una súplica lastimera en su voz.

La mujer no parpadeó ante el acento de Kacper. Suspiró, asintió y salió de la habitación, murmurando sobre la recolección de instrumentos y rezando para que los santos quisieran molestarse con un hereje tranaviano.

Kacper se sentó en el banco junto a Serefin y apoyó la cabeza en su hombro. Serefin temblaba violentamente y tenía el terrible presentimiento de que éste podría ser el final.

—No quería matarlo —dijo—. Mi hermano. Yo no…

—¿Es la fiebre la que habla, o eres tú? —preguntó Kacper.

—Soy yo.

Kacper asintió.

—Vas a lograrlo. Y vamos a volver a Tranavia y a olvidarnos de todo esto.

Serefin no podía hacer eso. No podía olvidarse de nada. Ostyia seguía ahí fuera… en algún lugar, esperaba, porque no podía considerar que pudiera estar muerta. La sangre de su hermano estaba en sus manos y le había arrancado un ojo para cortar una conexión con algún dios kalyazi que iba a causar estragos en todo.

Y Kacper no recordaba cómo usar la magia. Serefin tampoco sabía lo que eso significaba, pero le daba escalofríos. ¿Por qué él podía recordar y Kacper no?

—Deberían volver a su país —dijo la sacerdotisa al regresar—. Normalmente los enviaría a la guarnición para que ardieran por sus pecados, pero la magia de sangre ha cesado en Tranavia. Tal vez su gente haya visto por fin el error de sus caminos.

Kacper parecía confundido. Serefin trató de enderezarse, con la sangre escurriendo de su rostro. Esto era un sueño, un sueño febril y había perdido la coherencia por el dolor, eso era todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Serefin, tratando de sonar sólo un poco curioso, consciente de que el dolor le hacía balbucear como si estuviera borracho. *Deseaba* estar borracho.

—El frente se ha paralizado —dijo la mujer—. Supongo que no te habrás enterado hasta aquí. ¿Qué *hacen* aquí fuera? —preguntó, repentinamente suspicaz.

—¿Si te dijéramos que somos espías nos matarías más rápido? —dijo Kacper con cansancio—. La verdad es demasiado larga y tiene poco sentido.

La sacerdotisa hizo un gesto de rechazo. Los miró mientras mezclaba una cataplasma en un pequeño cuenco de piedra.

—Ustedes acaban de dejar de usar la magia de sangre.

De nuevo, Serefin miró a Kacper en busca de algún tipo de respuesta, y éste se limitó a encogerse de hombros.

—Es como si los tranavianos hubieran visto por fin la luz —dijo contemplativa—. Me pregunto qué habrá cambiado. Tal vez la guerra termine por fin. ¿Crees que tu rey finalmente vio la verdad de los asuntos?

Serefin se estremeció cuando un paño húmedo le tocó la cara. Le limpió la herida lo mejor que pudo y le dolió más que el pulso constante y doloroso que martilleaba frente a su cerebro desde hacía días.

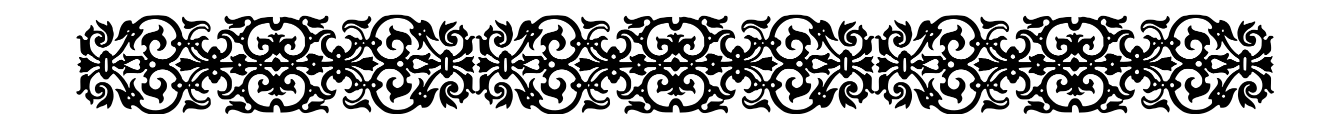
—Lo dudo —dijo finalmente—. El rey ha visto demasiados horrores como para rendirse tan fácilmente.

La sacerdotisa emitió un sonido de desaprobación, pero guardó silencio mientras trabajaba.

La mente de Serefin se agitó. Lo que le había ocurrido a Kacper le había ocurrido a todo el mundo.

Tranavia nunca sobreviviría sin la magia de sangre que la había construido.

Todo su país estaba a punto de caer.



Epílogo

EL CHICO PERDIDO EN LA OSCURIDAD

Esta vez era diferente. La oscuridad era algo a lo que estaba íntimamente acostumbrado; la oscuridad no era nada para él. Había vivido, trabajado y aprendido en la oscuridad. Esto era más que eso y a la vez algo totalmente distinto.

—*Te he esperado mucho tiempo, muchacho*.

La voz era eterna e interminable. Raspaba sus entrañas, haciéndolo pedazos. Pero él ya había sido despedazado antes. Esto no era diferente. No había más que caer.

(Eso pensaba él, pero en realidad, ¿qué le quedaba?).

Pero no era así como debía ser. Porque esta vez todavía tenía un trozo de sí mismo, y lo mantenía cerca. No estaba dispuesto a perderlo de nuevo. No estaba dispuesto a caer en el pantano de puro odio que le esperaba, justo al otro lado del borde.

Ella había intentado arrebatarle lo único que le había importado, y el odio se quemaba muy fácilmente. Así que esperó en el borde, esperó a caer, esperó a que esto, lo que fuera, se convirtiera en el olvido que sabía que era. Porque esa daga en su pecho había hecho lo único que nadie podía hacer. Pero había habido algo en esa hoja, y aunque había cortado los hilos de su vida, también había hecho… algo más.

Esa voz, esa única voz que no era suya y que no pertenecía a este lugar, pero que *susurraba* implacablemente hasta que pensó que rompería el último trozo de sí mismo entre sus manos para hacerla parar.

Pero no podía hacerlo, todavía no, algo iba mal.

—*¿Aún no estás listo para irte, asesino de dioses?*

Frunció el ceño. Lo había hecho, ¿no? Demasiado poco y demasiado tarde.

—*Podría mantenerte aquí…*

Su corazón comenzó a levantarse, pero lo reprimió. Esto no funcionaba así. La muerte era la muerte, y era inevitable para él; siempre había sabido que le llegaría más pronto que tarde. No le correspondía rechazarla.

—*Por supuesto, tienes que hacer algunas cosas por mí…*

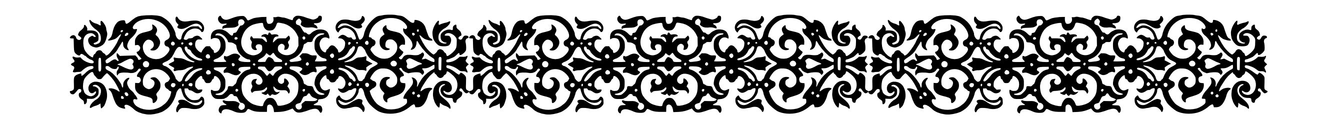
Tenía tanto que quería hacer… Había tanto que aún no había terminado. No estaba preparado. Pero, no, no, era su momento. Era su momento.

Pero había un anhelo en medio del hambre. Había anhelo junto a la aceptación. No quería ir. Dio un paso atrás: la muerte no era para él un obstáculo.

—*Oh, chico, no lo entiendes. No te estoy dando una opción*.

Malachiasz se despertó en la nieve manchada de sangre.

Y la entropía, la muerte del mundo, despertó con él.



Agradecimientos

Me advirtieron sobre el segundo libro, lo hice, pero realmente no creo que haya una manera de estar preparada para la lucha singularmente específica que viene con él. *Dioses despiadados* intentó con todas sus fuerzas doblegarme, y 2018 se convirtió en un pequeño agujero negro por ello. Haré todo lo posible para agradecer a todos los que me ayudaron a mantener la cabeza fuera del agua, pero estoy seguro de que seré tan olvidadizo como siempre lo soy, así que si estuviste cerca del caos que fue este último año, gracias.

Gracias a Vicki, que aceptó todas mis ideas raras sin ni siquiera una pausa y de alguna manera se las arregló para empujarme a ser más raro.

Gracias, como siempre, a Thao, el mayor campeón y animador, y al resto del equipo de SDLA.

Gracias a DJ, siento haberle hecho todo eso a Serefin, sé que es tu favorito. A Meghan, publicista extraordinaria: un día me acordaré de poner todo en mi calendario. A Jennie, Olga y el resto del equipo de Wednesday Books: Me siento tan honrada cada día de poder hacer todo esto del libro con todos vosotros. Al equipo de marketing de la biblioteca, sois lo máximo. Y gracias, una vez más, a Mark por el arte más metálico para las portadas de los libros. Gracias a Anna, que dio a Wicked Saints el envoltorio más gloriosamente llamativo. Gracias a Melanie, que se encargó de todos mis polacos. Y gracias al equipo de Servicios Creativos por inclinarse continuamente hacia la estética Metal Goth, significa mucho para este Metal Goth.

Mi proceso de escritura para *Dioses despiadados* fue mucho más solitario que para Wicked Saints, pero me habría derrumbado si no fuera por los primeros consejos de R. J. Anderson, R. M. Romero y Jessica Cooper. Al grupo de Slack: ya sabéis quiénes sois. A Stephanie Garber, Roshani Chokshi, Margaret Rogerson, Robin LaFevers, Adrienne Young y Rosamund Hodge por sus hermosas palabras y su apoyo inicial. A Marina, Lane, Tatra, Diana, Dana, Ashely y Hannah, ¡todavía estáis aquí!

A la pandilla de Spell Check, Margaret Owen, L. L. McKinney, Linsey Miller, Adib Khorram y Laura Pohl, gracias por el respiro del caos de la vida real y las travesuras salvajes de DnD.

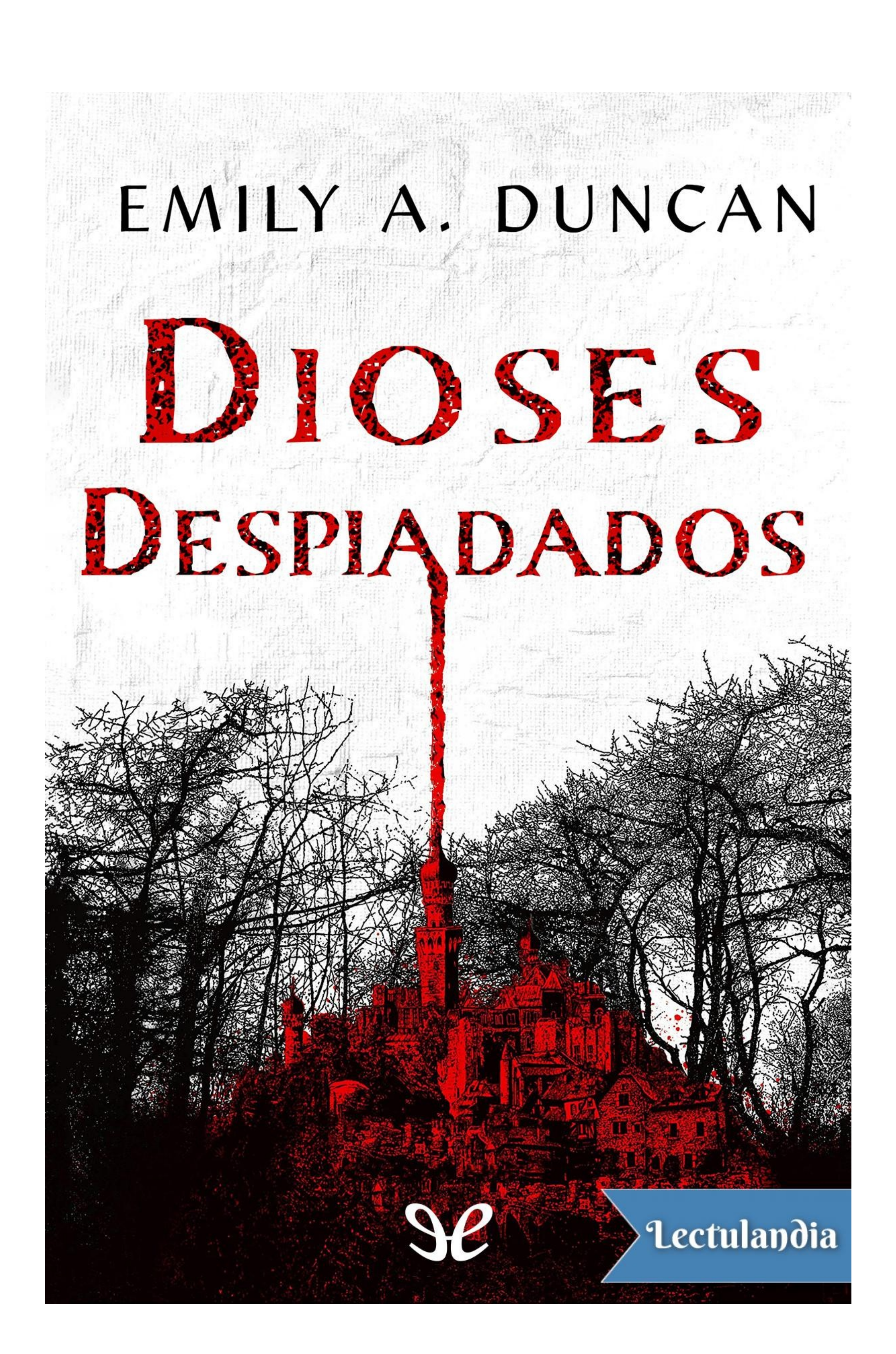
A Christine, Rory, Claire y Nicole, este salvaje viaje sería mucho más tenue sin vosotras cuatro. (Además, Claire, termina tu libro).

A todos los blogueros que mostraron tanto amor por Wicked Saints, gracias por todo lo que hacen. Me ha sorprendido vuestro entusiasmo y apoyo, y ha significado un mundo para mí. A los libreros que gritaron desde el principio. Allison, Sami, Shauna, Kiersten, Jordan, Meghan, sois todos maravillosos. A los artistas que siguen cogiendo a estos niños raros míos y creando obras maestras, gracias.

A mi familia de la biblioteca, gracias por sufrirme. Sé que puedo ser un poco desastre, pero todos ustedes hacen que el trabajo diario sea tan divertido. A Tim, Kara, Kyle, David, Sadie y Matt, vosotros me mantenéis con los pies en la tierra.

Como siempre, a mi familia por su apoyo incondicional.

Y a todos los demás que mi cerebro de pez dorado ha olvidado, gracias. Sigamos haciendo arte raro.


EMILY A. DUNCAN
DIOSES
DESPIADADOS
Lectulandia